



TESIS DOCTORAL

*Yuder Pachá, la presencia y la huella de andalusíes e hispanos
en la curva del río Níger entre los siglos XIII y XVII. De la
realidad a la ficción*

*(Yuder Pacha, the moorish and paniards' presence and trace
along the bend of the Niger River between the 16th and
17th centuries. From reality to fiction)*

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Antonio Llaguno Rojas

Bajo la dirección del doctor

Gabriel Núñez Ruiz

UNIVERSIDAD DE ALMERÍA
Facultad de Humanidades
Programa de Ciencias Humanas y Sociales
MAYO 2021

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias en primer lugar a Pedro Perales Larios por su labor de corrección del texto, así como por las interesantes observaciones que me ha proporcionado sobre la redacción del mismo.

Igualmente tengo que agradecer a José Heras Sánchez la amplia bibliografía suministrada, con el préstamo de muchas de sus publicaciones, entre las que yo destacaría su proyecto docente *Teoría de la Literatura. Teoría de la Narrativa* para la plaza que obtuvo en su día de profesor titular de la Universidad de Almería.

Gracias a Juan Rafael Parra Tejero su traducción de algunos textos escritos en inglés y francés, a Ramón García Ortega por su trazado del camino de Yuder, así como a Pedro Jesús Pérez Perellón por su ayuda en el procesamiento de textos.

Y cómo no, quiero expresar mi mayor agradecimiento a mi tutor, Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, y a mi director de tesis, Gabriel Núñez Ruiz, por sus inestimables consejos y orientaciones sobre la elaboración de este trabajo.

ÍNDICE

RESUMEN	7
ABSTRACT	8
CAPÍTULO I	9
INTRODUCCIÓN: PRESENTACIÓN Y OBJETIVOS	9
I.2.: ESTADO DE LA CUESTIÓN: REVISIÓN BIBLIOGRÁFICA	13
I.2.1. Fuentes árabes	13
I.2.2: Fuentes sudanesas	14
I.2.3: Fuentes francesas	16
I.2.4: Fuentes castellanas	17
I.3: LAS NOVELAS Y EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ	29
I.3.1: Antecedentes propios de <i>El eunuco de Tombuctú</i>	29
I.3.2: Novelas sobre Yuder Pachá	30
I.3.3: Análisis sobre otras novelas	33
I.4: MARCO TEÓRICO	35
I.5: FUENTES Y METODOLOGÍA	38
I.6: ESTRUCTURA DE LA TESIS	40
CAPÍTULO II	43
LA REALIDAD FRENTE A LA FICCIÓN	43
II.1: Desde la novela histórica moderna a la posmodernidad.....	45
II.2: Entre la realidad y la ficción	49
II.3: La verosimilitud y la ficción: la mimesis, los mundos posibles y el pacto narrativo.....	54
II.4: La verdad histórica y los anacronismos	61
II.5: <i>Ordo naturalis/ordo poeticus</i> y las unidades sintácticas de la novela.....	64
CAPÍTULO III	67
EL CRONOTOPO: LAS COORDENADAS ESPACIO-TEMPORALES	67
III.1	69
LA DIMENSIÓN ESPACIAL EN EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ.....	69
III.1.1: La estructura espacial de <i>El eunuco de Tombuctú</i>	70
III.1.2: Los subsistemas espaciales y su función simbólica	74
III.1.4: Los sentidos y el espacio	90
III.2	101
LA DIMENSIÓN TEMPORAL EN <i>EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ</i>	101
III.2.1: La tipología del tiempo y el <i>tempo</i> narrativo.....	101

III.2.2: Las relaciones temporales entre la historia de El eunuco de Tombuctú y el	104
III.2.3: La temporalidad y la cronología en <i>El Eunuco de Tombuctú</i>	116
III. 3	123
UN CRONOTOPO SINGULAR: LA CIUDAD DE TOMBUCTÚ Y SU DEVENIR HISTÓRICO	123
III.3.1: La fundación de Tombuctú: los tuaregs y el imperio maliense	123
III.3.2: Tombuctú y el imperio Songhai	128
III.3.3: Tombuctú, ciudad del comercio, la cultura y la religión	130
CAPÍTULO IV	141
LOS ACONTECIMIENTOS	141
IV.1	143
LOS ACONTECIMIENTOS, HISTORIA Y DISCURSO	143
IV.2	151
LOS MORISCOS GRANADINOS Y SU PRESENCIA ARGUMENTAL EN <i>EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ</i>	151
IV.2.1: La conquistacristiana de Las Cuevas y del Almanzora: los musulmanes pasan a ser mudéjares	152
IV.2.3: El periodo de la expulsión: la segunda rebelión de los moriscos o la guerra de las Alpujarras	158
IV.2.4: Los moriscos como problema	163
IV.2.5: Notas historiográficas en torno al problema de los moriscos	164
IV.2.6: Los moriscos en <i>El eunuco de Tombuctú</i>	166
IV. 3	175
EL IMPERIO MARROQUÍ DESDE LOS ALMORÁVIDES A LOS SAADÍES ..	175
IV.3.1: Ahmed al-Mansur, el Songhai y Yuder Pachá	181
IV.3.2: El final de la dinastía de los saadíes	185
IV.4	187
EL EXILIO DORADO DE YUDER PACHÁ	187
IV.5	193
YUDER PACHÁ Y EL PACHALATO DE TOMBUCTÚ	193
IV.5.1: Yuder Pachá y el sultán al-Mansur	193
IV.5.2: El fin del imperio songhai: la batalla de Tondibi	196
IV.5.3: La formación del pachalato de Tombuctú y su estructura de gobierno ...	200
IV.5.4: Evolución histórica del pachalato	204
IV.5.5: El final del pachalato	208
CAPÍTULO V	213
LOS PERSONAJES	213

V.1	215
LOS PERSONAJES EN LA TEORÍA LITERARIA Y EN <i>EL EUNUCO</i>	215
V.1.1: La importancia del personaje en el relato	215
V.1.2: La caracterización del personaje.....	217
V.1.2.1: Caracterización del personaje Yuder Pachá	218
V.1.2.2: La caracterización de los personajes de El eunuco por su denominación	222
V.1.3: La presentación de los personajes en El eunuco.....	226
V.1.4: Tipología de los personajes	231
V.2	235
EL ANÁLISIS ACTANCIAL Y <i>EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ</i>	235
V.2.1: El análisis actancial de Greimas	235
V.2.2 El análisis actancial de “Reino de Granada”	240
V.2.3 El análisis actancial de “Marrakech”	241
V.2.4 El análisis actancial de “El exilio dorado”	250
V.2.5 Análisis actancial de “De Marrakech a Tombuctú”	256
V.2.6 Análisis actancial del final de la novela	261
V.3	265
PERSONAJES SINGULARES HISPANOS ANTERIORES A YUDER PACHÁ EN LA CURVA DEL NÍGER.....	265
V.3.1: Al-Fazzazi y la celebración del maulud	265
V.3.2: Es-Saheli, inspirador de la arquitectura sudanesa	269
V.3.3: Sidi Yahya al-Andalusí.....	277
V.3.4: Ali ben Ziyad, el patriarca de los Kati.....	281
V.3.5: Mahmud Kati, el padre de la historiografía africana	286
V.4	291
YUDER PACHÁ Y SUS COETÁNEOS.....	291
V.4.1: Nacimiento de Yuder Pachá y su rapto por los corsarios berberiscos. Diego Marín, al-Dugali y el príncipe Ahmed (al-Mansur)	293
V.4.2: Yuder en Marrakech: la forja de un líder. La princesa Lalla, Ammar al-Fata, ben Zarqun y al-Torki.....	300
CAPÍTULO VI.....	311
LA PRODUCCIÓN LITERARIA Y SU EXPRESIÓN NARRATIVA.....	311
VI.1	313
LA COMUNICACIÓN NARRATIVA.....	313
VI.1.1: LA ENUNCIACIÓN NARRATIVA	313
VI.1.1.1: Las instancias enunciativas de la narración: escritor, autor y narrador. 313	

VI.1.1.2: Autor versus narrador.....	319
VI.1.1.3: El narrador, instancia central de la comunicación, y sus tipologías.....	321
VI.1.1.4: Perspectiva y focalización en la narración	325
VI.1.1.5: Narradores y focalizaciones en El eunuco de Tombuctú	327
VI.1.2: LA RECEPCIÓN NARRATIVA.....	336
VI.1.2.1: Autor versus lector	336
VI.1.2.2: Narrador versus narratario.....	338
VI.2.....	343
LOS MODOS NARRATIVOS <i>EN EL EUNUCO</i>	343
VI.2.1: El discurso de lo autobiográfico.....	344
VI.2.2: Las Confesiones	346
VI.2.3: El intercambio epistolar	351
VI.2.4: El Memorial de Diego Marín y la Crónica de Hakim al-Andalusí	360
ANEXO I	369
PERSONAJES HISTÓRICOS DE <i>EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ</i>	369
ANEXO II	381
ITINERARIO SEGUIDO POR YUDER PACHÁ DESDE MARRUECOS A LA CURVA DEL NÍGER PARA CONQUISTAR EL IMPERIO SONGHAI	381
BIBLIOGRAFIA	383

RESUMEN

Con esta tesis pretendemos abordar la presencia desconocida de andalusíes e hispanos en la Curva del Níger entre los siglos XIII y XVII, antes de que lo hicieran otros europeos que sí fueron conocidos y a los que se atribuyó erróneamente el descubrimiento para sus congéneres de esas tierras. Sin embargo, fueron esos otros personajes los que no sólo visitaron primeramente esas tierras ignotas del antiguo Sudán Occidental, sino que conformaron con sus vidas y sus obras parte de la idiosincrasia de esa región subsahariana. Entre esos personajes pioneros en ese territorio, nos centraremos en personajes tales como al-Fazzazi, es-Saheli, Sidi Yahya, Ali ben Ziyad, Mamud Kati o Yuder Pachá entre otros, especialmente este último, que centrará parte del relato.

Igualmente que estos personajes son desconocidos para el gran público, lo son las relaciones seculares entre al-Ándalus, Marrakech y el África negra con la importante metrópoli de Tombuctú.

Estos olvidos historiográficos hemos tratado de corregirlos a través de nuestra novela *El eunuco de Tombuctú*, con la que pretendemos dar a conocer y divulgar páginas de Historia, surgidas de un estudio riguroso de la época, pero no dejando de ser una novela, por lo que hemos tratado de armonizar realidad y ficción. Es por esto por lo que, en paralelo al acercamiento historiográfico, se hace un análisis de la novela desde la narratología y otras corrientes de la teoría literaria, abordando los cuatro elementos que estructuran todo relato: espacio, tiempo, acontecimientos y personajes, y el cómo se elaboran la enunciación narrativa (escritor, autor y narrador) y la recepción del discurso por el lector y el narratario.

Palabras clave: Yuder Pachá, al-Ándalus, Marrakech, Curva del Níger, realidad, ficción, narratología, espacio, tiempo, acontecimientos, personajes, enunciación, recepción.

ABSTRACT

The purpose of this thesis is to deal with the Moorish and Spaniard unknown presence along the Niger river bend between the 13th and 17th centuries, before the arrival of other Europeans who were known and wrongly attributed this discovery for their congeners in those lands. Nevertheless, those other characters were really the ones who not only visited those undiscovered lands in the Old West Sudan, but also the ones who made up part of the idiosyncrasy of that sub-Saharan region, thanks to both their lives and work. Among the pioneering characters in that territory, attention will be paid on personalities such as al-Fazzazi, es-Saheli, Sidi Yahya, Ali ben Ziyad, Mamud Kati or Yuder Pachá. Part of this writing will be specially based on the last one.

In the same way as these characters are unknown for most people, so are the secular relationships among al-Andalus, Marrakech and black Africa with the important metropolis of Timbuktu.

These historiographical oblivions have tried to be corrected by means of our novel entitled Timbuktu's Eunuch, with which we attempt to arise awareness and to divulge pages of history as emerging from a strict study of the age, but keeping it a novel. This is why reality and fiction have tried to be balanced. For this reason, and parallel to the historiographical approach, it is made an analysis of the novel from narratology and other branches of literary theory, presenting the four elements that give structure to the whole story: space, time, events and characters, as well as how the narrative enunciation is produced (writer, author and narrator) and the reception of speech by the reader and the narratee.

Key words: Yuder Pachá, al-Ándalus, Marrakech, Niger's bend, reality, fiction, narratology, space, time, events, characters, enunciation, reception.

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN: PRESENTACIÓN Y OBJETIVOS

I.1: OBJETO Y DELIMITACIÓN DE LA TESIS

El objeto de esta tesis es desentrañar cómo hemos abordado a través de una novela, *El eunuco de Tombuctú*¹, la presencia de una serie de personajes históricos procedentes fundamentalmente de la Península Ibérica en una región determinada, la Curva del río Níger, en un tiempo determinado, el intervalo comprendido entre los siglos XIII y XVII. Y con ello, cómo escribir Historia a través de una novela, con el rigor exigido, ateniéndonos siempre lógicamente a la relación entre la realidad y la ficción.

Nos centraremos especialmente en la figura de Yuder Pachá, al entender que en gran medida la novela podría considerarse una biografía novelada de éste. Igualmente, nos detendremos en el contexto socio-político en el que vivieron y las improntas personales que estas figuras históricas originaron en él.

Este tema ha centrado nuestro interés en numerosas ocasiones, y se ha plasmado en la publicación de dos monografías previas a la novela (Llaguno, A., 2006 y 2008) y en decenas de artículos diversos, resultado de la investigación de las fuentes disponibles, tanto orales como escritas. Nuestro afán fue siempre el mismo: divulgar estas páginas, desconocidas para el gran público, sobre la relación secular entre al-Ándalus, Marrakech y el África negra que tenía a Tombuctú como epicentro, redescubrir la figura de Yuder Pachá y su papel en la conquista del imperio songhai, así como su participación en la política del sultán marroquí Ahmed al-Mansur.

En cuanto a la coordenada espacial ésta se delimita en cuatro espacios diferenciados: el antiguo reino de Granada, especialmente Las Cuevas (hoy Cuevas del Almanzora, en Almería), lugar de nacimiento de Yuder; el Marruecos de los saadíes, centrándonos en la ciudad de Marrakech; el valle del Draa y la Curva del río Níger, con su epicentro en Tombuctú, espacios unidos entre sí por relaciones históricas seculares, enlazados en la novela por la figura de Yuder Pachá.

Respecto a la coordenada temporal cabe distinguir dos períodos: uno, más largo y generalista, al que se hace referencia de vez en cuando en la novela, comprendido entre los siglos XIII y XVII, y otro, más específico y corto, coincidente prácticamente con la

¹ A partir de ahora cuando nos refiramos a nuestra novela reduciremos el nombre a *El eunuco* en la mayoría de las ocasiones.

biografía de Yuder, entre 1561 y 1606, intervalo que va desde un año antes de su nacimiento hasta el de su muerte.

Los acontecimientos son aquellos que hemos seleccionado de la historia diegética de estos intervalos temporales mencionados que hemos entendido servirían mejor para fijar los objetivos de nuestro trabajo. Y en cuanto a los personajes, el principal protagonista es Yuder Pachá, aunque otros actores, históricos la mayoría de ellos, transitarán también por la novela, dando cuenta, esos otros personajes anteriores a la llegada al Níger del almeriense, de sus aportaciones a la idiosincrasia del antiguo Sudán.

El objetivo, pues, es tratar de hacer Historia a través de una novela, por lo que hemos intentado ser lo más rigurosos posible en cuanto a la utilización de las fuentes documentales disponibles, aunque no deja de ser una novela, lo que nos ha permitido recrear los espacios personales y más desconocidos de la trama histórica y biográfica de Yuder y de los demás personajes, además de asentar la existencia de las relaciones norte-sur del Sáhara.

Para ello hemos utilizado en la construcción de la novela recursos y estrategias narratológicas y semióticas. Ha sido una utilización previa a la redacción de la novela para enfatizar los aspectos que considerábamos necesario hacer previamente para escribir Historia. Aunque el análisis semiológico y narrativo cabe hacerlo también en la novela concluida, esos elementos discursivos operaron antes para cumplir nuestros objetivos.

En resumidas cuentas, es partir de la hipótesis de que entre Europa, a través de la Península Ibérica, y más concretamente del al-Ándalus, y el África negra hubo relaciones seculares profundas, y que éstas no datan tan sólo de mediado el siglo XIX con las expediciones de los exploradores financiados por las Sociedades geográficas y africanistas centroeuropeas. Tombuctú fue una ciudad conocida y visitada por andalusíes en tiempos pretéritos, antes de que ingleses, alemanes y franceses la visitaran. Esta quiere ser nuestra aportación conceptual, así como rastrear la presencia e importancia de Yuder en ese encuentro entre dos mundos. Y todo ello a través de una novela, que pretende, a pesar de la ficción necesaria, comprender la Historia.

I.2.: ESTADO DE LA CUESTIÓN: REVISIÓN BIBLIOGRÁFICA

Respecto a las fuentes bibliográficas en general hemos de destacar que la mayoría de ellas no son de fácil acceso, o no lo eran hasta hace bien poco, ni están disponibles en las librerías, ni siquiera en las bibliotecas públicas, por lo que el conocerlas ha sido muy difícil para los posibles lectores interesados. Bibliotecas privadas muy selectas o personas clave muy señaladas han paliado esta situación, que ha sido la responsable del desconocimiento en España del tema que trataremos de las relaciones hispano-subsaharianas hasta fechas muy recientes, y más aún de la figura de Yuder Pachá y su epopeya sudanesa.

Hemos seleccionado entre estas fuentes las que consideramos que son las más importantes para situar en su justa realidad esas relaciones históricas, sin menoscabar la importancia de otras obras, que, aun no siendo lo que podemos llamar troncales para el esclarecimiento del estado de la cuestión, sí están recogidas en la bibliografía general de la tesis.

I.2.1. Fuentes árabes

Empezando por la documentación extranjera, y más concretamente la árabe, aludiremos a las obras de dos literatos de la corte saadí: Al-Fisthali y Al-Ufrani². El primero de ellos, Abu Faris al-Fisthali, era el visir de la pluma del sultán al-Mansur y, como tal, el encargado de la correspondencia real, cometido en el cual redactó la carta del soberano a los cherifes, jurisconsultos y notables de Fez anunciándoles la derrota de las tropas del askia negro en Tondibi por el ejército marroquí comandado por Yuder Pachá. Reconocido poeta, al-Fisthali compuso, igualmente, loas a Yuder ensalzando su valor y fuerte liderazgo.

Al-Ufrani fue el principal historiador de la dinastía saadí de Marruecos, que da nombre al texto, también conocido como “La distracción del camellero”, *Nuzhat-al-Hadi*, escrito cuya primera traducción al francés la hizo Octave Houdas en 1889, publicándola en París en la editorial Leroux, una copia de la cual hemos utilizado.

² Además de los dos citados, otros autores de menor importancia, Abul Abbas Ahmed y Abu Mohamed ben Uyal Almazuzi, cantaron también en sus poemas la gesta de Yuder.

El libro es una crónica de la historia de los sultanes que se sucedieron entre los años 1511 y 1670, la cual da cuenta de la elección de Yuder como comandante del ejército que al-Mansur envió al Sudán para conquistarlo. En ella destaca al-Ufrani que los soldados cristianos y los veteranos de Alcazarquivir hablaban una lengua común para entenderse, como lengua franca, que no era otra que la castellana.

I.2.2: Fuentes sudanesas

Las fuentes sudanesas son de una importancia crucial para nuestras investigaciones, concretamente tres de ellas, todas también traducidas del árabe al francés por Houdas. Las tres tienen la virtud de darnos datos de Yuder una vez conquistado el Songhai y constituido el pachalato, mientras que la bibliografía en castellano se refiere a Yuder hasta el momento de la batalla de Tondibi, cuando fueron derrotados los songhai del Askia por el ejército marroquí que comandaba.

La primera de ellas es el *Tarikh el-Fettach*, o *El-Fettassi*, atribuida a Mahmud Kati, aunque más bien es una obra colectiva que él mismo inició, pero que concluyó uno de sus nietos, Ibn el-Moktar. El título completo de la obra es “Crónica del investigador para facilitar la historia de las ciudades, los ejércitos y los principales personajes del Tekrur”, título que ya es una declaración de intenciones. Fue escrita entre 1519 y 1599, iniciada, como hemos dicho, por Mahmud Kati, el primero de los Quti africanos, el hijo del toledano Ali ben Ziyad.

Mahmud, que fue testigo de la invasión de los marroquíes comandados por Yuder, nos relata la confrontación entre los ejércitos invasor y sudanés, las caídas de Gao y Tombuctú, y la ocupación de parte de la Curva del Níger. Hasta finales del siglo XVI los Kati continuaron escribiendo esta monumental obra, por la que podemos conocer cómo transcurrió la época de apogeo del pachalato de Tombuctú, con las interacciones entre los diferentes grupos étnicos, permitiéndonos conocer también la organización política y militar del Sudán durante esa época.

Entre las aportaciones de la obra destacan también las apreciaciones de Mahmud Kati de que en la composición del ejército de Yuder había dos secciones importantes, una compuesta por renegados y otras por andalusíes, y que utilizaban para entenderse como lengua franca militar una lengua extraña, distinta al árabe, la castellana.

La edición bilingüe (árabe-francés) del *Tarikh el-Fettach* se publicó en 1913, traducida conjuntamente por Octave Houdas y Maurice Delafosse, editándose la reproducción fotográfica de esta obra inicial en 1964, en la editorial Maisonneuve, bajo los auspicios de la UNESCO. La publicación supuso un revulsivo entre los historiadores europeos, que descubrieron la importancia del componente hispano en la conquista del Songhai, por lo que muchos de ellos buscaron en nuestro país las fuentes bibliográficas a las que nos referiremos después.

La segunda de las fuentes sudanesas es el *Tarikh es-Soudan (al-Soudan)*³, de Es Sa'di (Abderramán ben Abd Allah es-Sa'di), discípulo del sabio Ahmed Baba, que incide más que la anterior en la historia del pachalato, toda vez que su autor, natural de Tombuctú, además de ser imán de las mezquitas de Djenné y de Sankoré, fue secretario de la administración del pachalato, encargado de la redacción, como notario también, de muchos de sus documentos oficiales. El Sa'di, que vivió a principios del siglo XVII es un cronista privilegiado de la conquista, ocupación marroquí de la Curva del Níger y constitución del pachalato, hasta 1656.

El texto fue traducido del árabe al francés por Houdas, publicándose en París en 1900 en la editorial de Ernest Leroux.

El *Tarikh es-Soudan* es una obra magna por su extensión y precisión (continuamente aparecen las fechas exactas de los sucesos, tanto en el calendario árabe como en el cristiano), y clave en el conocimiento de Yuder y de su gesta sudanesa, porque relata el final del imperio Songhai por la derrota del askia Isaq II a manos del ejército marroquí enviado por el sultán al-Mansur. También repite la información de Mahmud Kati de que la lengua castellana era la oficial del contingente militar invasor.

La obra es una crónica detallada de los distintos pachás que sucedieron a Yuder, de las relaciones que mantuvieron con él, al tiempo que nos relata de manera amena y prolija la nómina de askias que sucedieron a Isaq II, y se detiene en narrarnos los contactos entre los poderes nativos y los marroquíes.

El capítulo 21 lleva por título “Llegada del pachá Yuder al Sudán” y sus primeras palabras son para caracterizarlo físicamente como “de talla pequeña y tenía los ojos

³ Una fuente también interesante, aunque menor, es una crónica del pachalato en la segunda mitad del siglo XVIII, redactada por un cherife de la ciudad, Mawlai Sulayman, que nos aproxima al ocaso del mismo. Puede considerarse complementaria a la obra de Sa'di.

azules” (Sa’di, 1900: 215). Más adelante ensalzará sus virtudes y dotes extraordinarias, refiriéndose a que durante muchos años ocupó altas responsabilidades en la corte marroquí, desplegando una gran inteligencia en todas ellas. Finalmente, describirá el requerimiento que le hizo el sultán al-Mansur para que volviera a Marrakech.

Es un entrecruzamiento de relatos de pachás y askias que abona la idea que pudiera tener un sudanés de la época de que el régimen ancestral pervivía, aunque bajo la autoridad de Marruecos, cosa que Yuder entrevió que era necesario hacer para que el sistema político-administrativo creado por ben Zarqun y él mismo –el pachalato– persistiera.

La tercera obra sudanesa de referencia es el *Tedzkiret en-Nisian fi Ajbar Moluk es-Soudan*, de autor desconocido, seguramente nacido en 1700, que es un diccionario biográfico de los pachás de Tombuctú desde 1590 hasta 1750⁴.

El diccionario se terminaría en 1751 y sería traducido al francés por el profesor Houdas, publicándose en la editorial Adrien-Maisonneuve en París en 1913/14, volviéndose a publicar su reproducción fotográfica en 1966.

I.2.3: Fuentes francesas

Dejando atrás las fuentes sudanesas, y antes de pasar a las castellanas, es necesario detenerse en la obra en francés de Abitbol, *Tombouctou et les Arma. De la conquête marocaine du Soudan nigérien en 1591 à l’hégémonie de l’Empire peul de Macina en 1833*, cuyo subtítulo resume perfectamente el objeto de su estudio.

Abitbol estudia profusamente la constitución de la etnia de los *arma* y sus variantes, según su procedencia, distribuyendo el texto en cuatro partes. En la primera de ellas el autor empieza con la conquista del Sudán, tras la unificación de Marruecos por los saadíes, con el establecimiento del pachalato.

En la segunda parte Abitbol estudia la evolución del pachalato hasta la mitad del siglo XVII, deteniéndose en las tres primeras fases históricas del mismo, de las cuatro que considera: la primera sería la de la consolidación del pachalato, entre 1612 y 1646; la

⁴ Otras fuentes sudanesas del siglo XVII, pero menores, serían el *Durar al-Hisan*, de Baba Guro y el *Diwan al-Muluk*, un diccionario biográfico anónimo.

segunda vendría caracterizada por la inestabilidad política y la segmentación territorial, entre 1646 y 1700; y la tercera sería la del establecimiento de una oligarquía *arma* y consiguiente enfrentamiento territorial, entre 1700 y 1750.

La tercera parte de la obra gira en torno a la vida social y económica del pachalato, y la cuarta hace referencia al colapso del Estado *arma* de dicha institución, entre 1750 y 1833, que coincide con la cuarta fase histórica del mismo, en el que la hegemonía de los marroquíes cesa. Con la derrota ese año final del último pachá, Uthman, por parte de los peules de Sheku Amadu, podemos considerar que acabó el pachalato.

I.2.4: Fuentes castellanas

En castellano podemos distinguir tres momentos historiográficos: en primer lugar, de los siglos XVI y XVII unos documentos contemporáneos a la vida de Yuder o inmediatamente posteriores, pero en los que aparecen personajes muy relacionados con él; un segundo momento a principios del siglo XX, en el que se reivindica la gesta de Yuder, pero que vuelve a caer en el olvido; y un tercer período que se inicia a mediados de los años setenta del siglo pasado, que quiere asentar definitivamente el conocimiento de la presencia de los hispanos en el Subsáhara africano, entre ellos el conquistador Yuder Pachá.

Adentrándonos ya en el primer momento, consideramos que la fuente documental más antigua es el manuscrito conocido como el *Anónimo Español*, que data del mismo año de la conquista del Songhai (1591)⁵ y está redactado por un autor desconocido⁶, que informa al rey Felipe II de la aventura marroquí. El texto se incluyó en el tomo sexto del Libro de los Jesuitas, que en 1595 promovió el arzobispo de Sevilla monseñor de Castro.

Jiménez de la Espada (1877) fue quien primeramente publicó el manuscrito del *Anónimo español* como apéndice de una de sus obras, aunque la versión más accesible y

⁵ Con fecha anterior (1586) se publicó la obra de Diego de Torres, *Relación del origen y suceso de los xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante*, que su autor dedicó a Felipe II, referida a su experiencia en la corte marroquí entre los años 1546 y 1554, y en la que describe el imperio marroquí de aquella época y la situación de las plazas portuguesas. Sirve como trasfondo al tema que nos ocupa, pero no es imprescindible en la historiografía que estamos analizando, aunque sí importante.

⁶ Emilio García Gómez, en su célebre artículo "Españoles en el Sudán", sugiere que el autor podría ser un jesuita o un agente oficioso de España en Marruecos, como el sacerdote Diego Marín o Baltasar Polo.

consultada por nosotros es la que aparece en la obra de Henri de Castries de 1923 *La conquête du Soudan par Al-Mansur, 1591*.

El manuscrito se inicia con la “Relación de la jornada que el rey de Marruecos ha hecho a la conquista del reyno de Gago, primero de la Guinea hacia la parte de la provincia de Quitehoa, y lo que ha sucedido en ella hasta agora”, que arranca con la llegada del traidor y supuesto príncipe askia Uld Quirinfil a Marrakech, quien dice ser hermano del soberano del Songhai Isaq II, e incita al sultán al-Mansur a conquistar el imperio sudanés.

A continuación, el autor desconocido es el primero que se referirá a Yuder y a la conquista del Songhai, caracterizando a Yuder como figura histórica, informándonos de que fue elegido por el sultán para comandar el ejército a formar para la conquista sudanesa. Escribe textualmente el anónimo escritor refiriéndose a este hecho:

Escogio para esto a un alcayde suyo renegado, natural de las Cuevas en el reyno de Granada, criado en su casa desde pequeno, el cual, aunque no tenia ninguna experiencia en cosas de la guerra, siendo, como es, mozo, habiendo dado buena quenta otras vezes que le había enviado a coger las garramas de sus vassalos con gente de guerra, le parecio que tambien daría buen recaudo en esta jornada⁷ (p. 458).

Ya en esta primera aproximación a nuestro protagonista obtenemos información de primera mano de su biografía: su lugar de origen (Las Cuevas, hoy Cuevas del Almanzora), su educación y crianza en la corte de Marrakech, y que desde muy joven se le encomendó funciones que resolvió con eficacia, como la recaudación de impuestos, lo que lo acreditaba a los ojos del sultán para encabezar esta misión bélica.

El manuscrito anónimo prosigue con la formación del ejército en sí y del equipamiento y acumulación de provisiones que Yuder tuvo que hacer, y las distintas jornadas que los marroquíes tuvieron que consumir antes de vencer al askia Isaq II en Tondibi, y describe el saqueo de la capital imperial, Gao, y la ocupación de Tombuctú. Finalmente, se relata también la llegada de Mohamed ben Zarqun procedente de

⁷ Nuestro escritor, aunque no nombra expresamente en este momento a Yuder, más adelante en el texto se refiere a él como Jaudar.

Marrakech, que sustituirá a Yuder al frente del pachalato de Tombuctú que acaba creándose.

Seguidamente a esta relación, se acompaña un apéndice, a manera de anexo, con dudas sobre si se trata del mismo autor que el de ésta y que, aunque con algunas inexactitudes geográficas, resulta también muy interesante: “Relación de la jornada que el xarife manda hazer al Xingete, provincia de Guinea para el poniente, y la ciudad de Gago, que dizen estar de Marruecos ochenta o noventa jornadas, en que hay algunos desiertos de arena sin agua alguna”.

En esta nueva relación se detallará el número exacto de tiradores de a pie, escopeteros, gastadores, camellos, armas, cantidad de pólvora y otros pertrechos bélicos.

El *Anónimo Español* es un documento sumamente valioso pues se escribe prácticamente al mismo tiempo en que se suceden los hechos, como una crónica periodística, utilizando en gran medida las fuentes orales y seguramente lo directamente observado en algunas ocasiones.

Cronológicamente después de esta singular obra anónima nos encontramos dos cartas y un manuscrito también de gran importancia historiográfica para conocer la trayectoria vital de Yuder. La primera de las cartas se escribe, al igual que el *Anónimo Español*, en la misma fecha de lo redactado, y fue enviada por el capitán de Tánger, Antonio Pereira, al rey Felipe III el 23 de febrero de 1604, en la que le relata al monarca hispano las luchas dinásticas que acaecieron en Marruecos entre los hijos del sultán al-Mansur cuando éste falleció en 1603.

En la carta de Antonio Pereira se describe la intervención de Yuder en esa guerra civil que protagonizan Muley Zidane, rey de Fez, contra su hermano Abu Fares, rey de Marrakech, interviniendo también otro hijo de al-Mansur, Muley ech-Cheikh, todos ellos guerreando entre sí y utilizando la influencia del pachá almeriense, al que salió cara su mediación entre unos príncipes y otros. La misiva esta vez recoge la época final de Yuder, puesto en aprietos por los hijos de al-Mansur, en vísperas de ser apresado y ajusticiado por su papel en el conflicto dinástico, en el que quiso preservar la voluntad del sultán fallecido.

Esta carta la recogería igualmente Henri de Castries en otra obra sobre sucesos inéditos de la historia de Marruecos, obra magna de veintiséis volúmenes (1906-1965).

Diez años después de escrita esta carta nos encontramos con un manuscrito de suma importancia escrito por el flamenco Jorge de Henin, consejero y diplomático del sultán

Muley Zidane, que dedicó su informe a Felipe III con fecha 15 de diciembre de 1614. Es un largo texto de 173 folios dirigido al monarca con detalles muy precisos para la cabal comprensión de lo expuesto.

Este manuscrito está numerado como el 17.645 de la Biblioteca Nacional de Madrid, perteneciente a la colección del señor de Gayangos, y tiene un interés histórico indudable pues su autor, por su posición en la corte de Muley Zidane, fue testigo directo de las luchas dinásticas entre los hijos de al-Mansur y del papel que Yuder jugó en ellas. Igualmente, Henin vivió la sucesión en el trono unificado de Marruecos de Muley Zidane por su hermano Abu Fares y el consecuente ocaso de Yuder.

El llamado también *Documento Henin* reafirma la procedencia de Yuder de Las Cuevas, del reino de Granada, haciéndose eco de su fama de ser el mejor capitán de los reyes de Marruecos y de que fue el conquistador del imperio songhai, además de prestar numerosos servicios a su señor al-Mansur. Recoge también el informe las enhorabuenas que recibió en Marrakech el héroe Yuder cuando conquistó el reino de Gao, y las loas y poesías que se escribieron en su honor por los poetas de la corte.

Especialmente valiosa es la información que suministra Henin de la muerte de Yuder en el cadalso de la cárcel de la Sahena, haciendo una crónica detallada de los últimos momentos de su vida y de sus últimas palabras, crónica que hemos utilizado nosotros en nuestra novela.

La segunda de las cartas a la que nos referíamos es la escrita por un autor también desconocido al marqués de Velada, don Jorge de Mendoza da Franca, el 16 de octubre de 1648, y que fue publicada en 1922 por Ignacio Bauer Landauer en lo que él llamó *Papeles de mi archivo. Relaciones de África II*.

La carta empieza relatándole al marqués la situación del imperio marroquí tras la batalla de Alcazarquivir o de los Tres Reyes, de la que salió como soberano Ahmed al-Mansur, extendiéndose luego por las relaciones entre sus hijos, que peleaban entre sí para disputarse el trono de su padre. En esta relación también sale referenciado Yuder como el “Baxá Iaudar, aquel valeroso eunuco renegado, natural de Almería”, participando en las luchas dinásticas.

Después de esta carta de 1648 hay un olvido bibliográfico sobre la figura de Yuder y la presencia de hispanos en la Curva del Níger, lo que alimenta la idea de que fueron los

exploradores centroeuropeos⁸ del siglo XIX los primeros que llegaron a esas tierras. Y ello a pesar del español Cristóbal Benítez, que visitó esas tierras a finales del siglo XIX.

Benítez acompañó como asistente al explorador Oscar Lenz en su viaje a Tombuctú, y publicó en 1886 y 1887 sus experiencias en la región, en una especie de diario en dos volúmenes que tituló *Viaje por Marruecos, el desierto del Sáhara y el Sudán*, en los que se hace eco de la existencia de un grupo humano (se refiere a los *arma*) descendiente de los moriscos hispanos: “Los ermas dicen ser descendientes de los antiguos árabes que desterrados de España, se refugiaron en Fez, Tetuán y Rabat, y acompañaron al Sultán magrebino Muley Ahmed ed-Dahabi a la conquista del Sudán, los cuales, terminada ésta, se establecieron en Timbuctou, llegando a degenerar en el tipo negro, como hoy se ve, por mezclarse con las naturales, si bien conservan la regularidad de sus facciones y algunos rasgos característicos de la raza de que proceden”. Pero no hace referencia a Yuder ni a su protagonismo en la gesta de la conquista marroquí del Songhai.

El segundo momento histórico en la historiografía sobre Yuder y especialmente de la presencia hispana en la Curva del Níger, se inicia en la década de los años veinte del siglo XX de la mano del filósofo español José Ortega y Gasset, seducido por las ideas africanistas del antropólogo alemán León Frobenius, especialista en África occidental, que vino a Madrid a impartir unas conferencias en la Residencia de Estudiantes y con el que estableció una fructífera relación intelectual.

Ortega, en un artículo que publica en el diario *El Sol* el 12 de marzo de 1924 con el título de “Las ideas de León Frobenius”, reivindica, aunque de una manera un tanto romántica y poética, pero bella, la obligación intelectual de la España de entonces de retomar esta historia de los *arma*, que él llama *ruma*:

Donde el Sáhara termina y el Sudán comienza, sobre el codo del Níger, se halla la ciudad santa de Tombuctú, en la cual, hasta 1900, no habían penetrado más de tres o cuatro europeos. Fue en tiempos una urbe gigante y sabia, por la cual peleaban una vez y otra los pueblos del desierto y los reyes tropicales. Pues bien: allí viven desde hace casi cuatro siglos nuestros parientes.

⁸ El primer explorador que volvió de Tombuctú y escribió sobre la ciudad y la región del Níger, que visitó en 1828, fue el francés René Caillié. Su obra *Voyage a Tombuctú* nos recrea la ciudad legendaria, aunque sólo tangencialmente se refiere a su pasado marroquí. Existe una edición española de 2015: *Tombuctú. De Djenné a Tombuctú*.

A fines del siglo XVI, un sultán de Marruecos quiso lo que parecía imposible: arrebató Tombuctú a los tuareg. Para ello contrató gran número de españoles armados con armas de fuego, las primeras que aparecían en este fondo africano. Los soldados españoles ganaron la batalla más grande que nuestra raza ha logrado del otro lado del Estrecho, y, victoriosos, se avocindaron en Tombuctú, tomaron mujeres del país y crearon estirpes que aún perduran. Orgullosos de su origen hispano, conservaron una exquisita disciplina aristocrática, y aún representan sus familias los núcleos nobles del país.

¿Por qué, por qué no hemos ido a visitar a estos ruma del Níger, nuestros nobles parientes?

A este llamamiento del filósofo sólo respondería en España el arabista Emilio García Gómez, que en 1935, en la *Revista de Occidente*, publicaría un clarificador artículo, “Españoles en el Sudán”, basándose en el *Anónimo Español*, y fuentes marroquíes y sudanesas, tratadas y traducidas algunas de ellas por los franceses Castries, Delafosse y La Chapelle.

El estudio de García Gómez es de una importancia crucial porque compendia de manera muy didáctica el contexto histórico en el que se produjo la conquista del Sudán por el ejército marroquí del sultán al-Mansur comandado por Yuder Pachá en 1591. Empieza el artículo con la descripción de la situación política de España, Marruecos y el Sudán (el imperio songhai), y se extiende en enumerar los monarcas que gobernaban estos Estados y las relaciones entre algunos de ellos.

Decidido el sultán marroquí a conquistar el imperio sudanés, García Gómez se hace eco de la información suministrada por el *Anónimo español* de que al-Mansur encargó comandar el ejército de ocupación a Yuder: “Llamábase este famoso personaje el bajá Yawdar. De él y de sus orígenes hispánicos sabemos, realmente, muy poco: su nombre; que tenía buena figura y ojos azules, y el pueblo de su naturaleza, que era, indudablemente, Cuevas de Vera (hoy Cuevas del Almanzora), en la provincia de Almería”.

Después se refiere a la fama de Yuder, elogiándolo como “...glorioso varón musulmán cargado de lauros guerreros y cantado en dítirámicos poemas”, haciéndose eco de fuentes musulmanas de la época de la conquista.

García Gómez precisa la composición del ejército de Yuder (5.070 efectivos), la composición racial de éste, su división en diez batallones, al frente de los cuales Yuder situó a diez caides, y la cantidad de animales, armamento y víveres, entre otros aspectos de la tropa formada.

Nuestro autor también se extiende en detallarnos el tránsito del ejército por el desierto, precisando fechas y kilómetros hasta su llegada a Tondibi, donde el 13 de marzo de 1591 se libró la batalla que acabaría con el imperio songhai. Sigue relatándonos García Gómez las negociaciones de Yuder con el Askia Isaq II, el saqueo de la capital Gao, la toma de Tombuctú, la disconformidad del sultán con la actitud del general cuevano hacia el askia y su posterior destitución y sustitución al frente de las fuerzas marroquíes por el granadino Mohamed ben Zarqun, finalizando con la batalla de Bamba y la encarcelación que ordenó el nuevo pachá de los notables de Tombuctú en 1594, y su traslado encadenados a Marrakech, entre otros, del sabio Ahmed Baba.

Este estudio de García Gómez es imprescindible para resituar la aventura de la conquista del Sudán y el papel de los hispanos, en especial de Yuder Pachá, en ella, aportándonos una síntesis perfecta de las fuentes islámicas sobre el tema, y facilita que investigadores posteriores centrasen su interés en aspectos parciales de la historia.

El autor de “Españoles en el Sudán” finaliza su artículo con un bello texto en el que se refiere también al inspirador hispano de la arquitectura sudanesa, en un tono épico muy parecido al escrito que hiciera once años antes Ortega y Gasset:

Quando en diciembre de 1893 una columna francesa ocupa Tombuctú, encuentra aún, a la sombra de las mezquitas elevadas por el granadino al-Sahili, a los descendientes de aquellos renegados que combatieron a las órdenes de Yawdar “natural de las Cuevas, en el reino de Granada”. Aún hoy subsisten, viviendo de humildes oficios, y su comunidad se llama todavía Arma, en recuerdo de aquellos arcabuces que abrieron a los españoles la conquista del Sudán.

Finalmente, los trabajos de investigación del coronel Joaquín Portillo Togores son el epígono de este segundo momento de la historiografía que hemos dicho empezó con la invocación de Ortega a que volviéramos nuestra mirada hacia la gesta de Yuder Pachá en la Curva del Níger.

Las investigaciones del coronel se publicaron entre los años 1971 y 1974 en la *Revista de Historia Militar* con el título general de “La expedición del bacha Yaudar a través del Sahara” y constituye hasta ese momento el estudio más completo de la aventura protagonizada por el conquistador almeriense, donde trabaja las fuentes marroquíes, musulmanas y las hispanas referenciadas. El trabajo consta de tres partes, y tiene cada una de ellas un apéndice con notas sumamente clarificadoras sobre las situaciones narradas.

La primera parte es la de los “Antecedentes”, en la que el autor connota la aventura de un carácter hispano-marroquí, partiendo de la situación en la que queda el trono de Marruecos tras la batalla de Alcazarquivir, con la entronización de Ahmed al-Mansur, que activa la economía del imperio y organiza la corte y el ejército a la manera turca, en el que el papel de los arcabuceros cristianos y andalusíes cobra una gran importancia.

Al igual que analiza la conformación del ejército marroquí, Portillo Togores hace lo propio con el del Sudán, refiriéndose igualmente al renacimiento del imperio de Gao con el Askia Mohammed (1493-1528). La riqueza aurífera controlada por los emperadores songhai determinará la decisión del sultán marroquí de conquistar su imperio.

La segunda parte la titula “La expedición del bacha Yaudar a través del Sahara”, igual que el título general del trabajo, partiendo de los intentos de los monarcas saadíes de avanzar hacia el sur de su imperio, hacia el Sáhara, para controlar los yacimientos de sal de Tegaza y Taodeni, y cómo el sultán Ahmed al-Mansur se decide finalmente a conquistar el imperio songhai, que le disputaba el control de estos enclaves.

El sultán se ve alentado en sus propósitos por el falso príncipe askia Uld Quirinfil, y celebra una gran conferencia de sus notables en palacio para que le autoricen a la formación de un ejército de conquista, al mando del cual situará a Yuder, que cobra una gran importancia en la obra de Portillo Togores, extendiéndose también el autor en la composición de la tropa y en los demás efectivos bélicos.

El coronel Portillo aporta sus conocimientos de la zona para describirnos la geografía del desierto, y utiliza las fuentes bibliográficas sudanesas para darnos detalles de la expedición, como el nombre de los diez generales que encabezaban las divisiones del ejército de Yuder, y el encuentro de las huestes marroquíes con las songhai en Tondibi.

La tercera parte del estudio de Portillo Togores repite prácticamente el título de la segunda, “La expedición militar del bacha Yaudar a través del Sahara”, y empieza con

la descripción del río Níger y con el consejo de guerra que hizo el askia Isaq II con sus generales antes de su derrota en Tondibi, al tiempo que describe la situación de los ejércitos marroquí y sudanés en el campo de batalla y cómo se desarrolló ésta.

Alude también Portillo a las negociaciones diplomáticas entre Yuder y el Askia, analizando las causas de la victoria de Tondibi, alguna de ellas debidas al empleo de armas de fuego, pero sobre todo, y lo dice un militar, a la fuerte cohesión del ejército marroquí y a la actitud valerosa y aguerrida de su comandante en jefe, Yuder Pachá.

A mediados de los años setenta y principios de los ochenta del siglo XX aparecen varios artículos⁹ en revistas de divulgación histórica que pretenden revivir la figura de Yuder Pachá y la presencia de hispanos en la Curva del Níger, entre los que destacaríamos, por orden cronológico, los de Pedro Costa Morata, “Españoles al servicio del cherif marroquí en el Sudán del siglo XVI”, en 1975, en la revista *Historia Internacional*; el de Ferrán Iniesta, “Djuder Pachá, el andaluz que conquistó Tombuctú”, en 1981 en la revista *Historia 16*; y el de Joaquín Portillo, hijo de Portillo Togores, “La aventura de Yaudar en África”, en el cuarto trimestre de 1987 en la revista *Cálamo*.

En estos tres artículos la figura de Yuder centra el protagonismo de la gesta marroquí de la conquista del Sudán, y es particularmente interesante el de Ferrán Iniesta, que nos recuerda al trabajo del coronel Portillo en tanto que nos describe en plan divulgativo los antecedentes, desarrollo y consecuencias de dicha aventura y el papel de Yuder.

Iniesta inicia su estudio dándonos cuenta de la situación del imperio marroquí con la ascensión de la dinastía saadí y la entronización de Ahmed al-Mansur tras la batalla de Alcazarquivir, y continua igualmente con la descripción del Songhai, al que llama el último imperio negro. Después, nuestro autor se detendrá en analizar las particulares idiosincrasias de los andaluces, renegados y marroquíes, especialmente en la conformación del ejército de conquista, incidiendo en el personaje de Yuder y su relación con la dinastía reinante.

Iniesta nos describe la batalla de Tondibi, las tácticas bélicas de Yuder y las entradas

⁹ Aunque no hemos incluido en las obras troncales de referencia trabajos de Mercedes García-Arenal, ni los de otros tan significativos como Julio Caro Baroja o Bernard Vincent, que sí aparecerán más adelante, cabe destacar los artículos de la primera, “Vidas ejemplares: Said ibn Faray al-Dugali (m.987/1579), un granadino en Marruecos” o “Los andalusíes en el ejército sa’adí: un intento de golpe de estado contra Ahmad al-Mansûr al- Dahabî ”.

del ejército en Gao y Tombuctú, ciudad esta última en la que se detiene para darnos unas pinceladas de su historia y de la presencia del arquitecto granadino Es-Saheli en su arquitectura. Finalmente, el autor se hace eco de la supuesta connivencia entre Yuder y el askia Isaq II, con el consecuente enfado del sultán al-Mansur, lo que le hizo sustituir al conquistador almeriense por Mohamed ben Zarqun al frente del recién creado pachalato de Tombuctú.

En 1984 Manuel Villar Raso publicará la primera novela en castellano sobre Yuder y la presencia de andalusíes en las tierras sudanesas, *Las Españas perdidas. Odisea africana de Yuder Pachá y los moriscos andaluces*¹⁰, que trataría de popularizar la figura del conquistador cuevano y de su gesta militar.

A pesar de esta loable pretensión creemos que la novela adolece de cierta falta de rigor histórico, en cuanto que obvia acontecimientos fundamentales que nos ofrecen las fuentes consultadas que hemos visto, primando más la ficción que la realidad, al contrario que en el caso de *El eunuco*. Por otro lado, Villar Raso parte en este primer momento de su novela por considerar que la llegada de Yuder a Marruecos se produjo no por una razia de piratas berberiscos, sino encabezando un ejército de mercenarios, principalmente andalusíes, que fue formando desde la salida de su tierra natal hasta la llegada al imperio de los saadíes. Para hacer plausible este hecho, el autor adelantará la fecha de nacimiento de Yuder a la propuesta que hacemos en nuestra novela.

No obstante el análisis crítico anterior, el profesor Manuel Villar Raso contribuyó mucho al conocimiento de la figura de Yuder Pachá y de la conquista del Sudán en numerosas conferencias y artículos, entre los que destacaría “La Gesta africana de Yuder Pachá”.

Puede decirse que el asentamiento definitivo en la bibliografía española de nuestra época sobre la vinculación a España de la conquista del Songhai por Yuder, y de la población *arma* del Subsáhara, viene dado por la obra colectiva derivada de las expediciones de la Universidad de Granada al antiguo Sudán entre los años 1984 y 1988, que analizaremos brevemente a continuación, y que fue publicada por la Universidad y la Diputación de Granada.

¹⁰ El Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora reeditaría la novela en 1991, con ocasión del cuarto centenario de la conquista del Songhai por Yuder Pachá.

Los resultados de la *I Expedición de la Universidad de Granada a la curva del Níger*, que se realizó entre diciembre de 1984 y enero de 1985, se plasmaron en la obra *Andalucía en la Curva del Níger*, publicada en 1987, en la que caben destacar los artículos “La gesta africana de Yuder Pachá”, de Manuel Villar Raso; “La conquista del Sudán en el marco de las relaciones entre Marruecos, España e Inglaterra”, de Leocadio Martín Mingorance; “Historia sociopolítica de los Arma”, de Torcuato Pérez de Guzmán; e “Influencias árabes y españolas en la lengua songhay hablada en la Curva del Níger”, de Amador Díaz García.

Son un compendio de artículos que se especializan en aspectos específicos de la región sudanesa y de la llegada a ella del ejército hispano-marroquí de Yuder Pachá, enfatizando el papel del héroe de Las Cuevas, la creación de la etnia de los *arma* y las huellas lingüísticas de España y Marruecos aún presentes en el idioma songhai.

La *II Expedición Científica y Cultural de la Universidad de Granada a la Curva del Níger* tuvo lugar entre el 21 de marzo y el 25 de abril de 1988, y se tradujo en la obra también colectiva *Españoles en la Curva del río Níger*, publicada en 1991 igualmente por la Universidad y la Diputación de Granada.

De nuevo, en esta obra vuelven a tratarse de forma específica aspectos de la temática general, destacando los artículos de “Yuder Pachá y la conquista del Sudán. Andaluces en la curva del Níger”, de Rafael López Guzmán; “Notas preliminares sobre la vida social y material de Tombuctú y del Níger medio”, de Ismael Diadie Haidara y Amador Díaz; “Arquitectura y urbanismo de Tombuctú”, de Rafael López Guzmán y José Bigorra; “Etnogénesis de los Arma”, de Ismael Diadie Haidara y Amador Díaz; y “Arabismos e hispanismos en la lengua de los *Arma*”, de Amador Díaz García.

En 1993 Juan Manuel Riesgo¹¹ publicó un interesante trabajo en los *Cuadernos de la Escuela diplomática*, “IV Centenario de la conquista de un imperio africano por el almeriense Yaudar”, en el que, a la manera de García Gómez o Portillo Togores, expone la situación del conocimiento de Yuder Pachá y de su aventura sudanesa, partiendo de la descripción de la legendaria ciudad de Tombuctú, de la situación de España y Marruecos en el siglo XVI, la batalla de Alcazarquivir, las razones de la conquista del imperio del Níger y el cómo fue la expedición al Sudán y el papel de su comandante Yuder. Además, nos cuenta Riesgo asuntos tan interesantes como la llegada de

¹¹ También es muy interesante su artículo “Los Armas de Mali. Polémica y realidad”, de 1988.

manuscritos de Tombuctú a la biblioteca de El Escorial o la conspiración morisca liderada por el corsario al-Dugali contra el sultán al-Mansur.

En 1993 Ismael Diadié Haidara publica *El Baja Yawdar y la conquista saadi del Songhay (1591-1599)*, que integra definitivamente en un texto único los conocimientos que hasta ese momento se disponían sobre la figura de Yuder¹².

La obra se la encargó el Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora, que, junto con el Instituto de Estudios Almerienses, la publicó, siendo el interés municipal conmemorar el IV centenario de la conquista del imperio songhai por el militar cuevano.

Diadié empieza su trabajo estudiando en las fuentes disponibles, y cotejando los datos, los años más desconocidos de Yuder en su pueblo natal, Las Cuevas, y su estancia en Marruecos hasta la caída del Songhai en 1591. Se detiene después exhaustivamente en las cuestiones logísticas de la batalla de Tondibi y de la conquista, describiéndonos los acontecimientos que siguieron a la derrota del askia Isaq II, para finalizar con un epílogo en el que aventura las consecuencias de la ocupación del país sudanés.

Es una obra clarificadora sobre el estado de la cuestión, rigurosa, sin concesiones al romanticismo, con una indagación casi arqueológica de las fuentes bibliográficas. Da por sentado la procedencia de Yuder de la actual Cuevas del Almanzora, manifestando sus dudas sobre su nombre exacto y fecha de nacimiento.

En este sentido, el historiador local Pedro Llaguno (1990) publicó un artículo en el que, basándose en una hipótesis de Manuel Villar Raso de que Yuder pudiera ser hijo de Diego de Guevara e Isabel de Mendoza, da cuenta de que encontró en los archivos parroquiales la partida bautismal de un tal Diego, hijo de los referidos progenitores, que fue bautizado el 13 de marzo de 1562.

Lógicamente, este nombre de Diego de Guevara y su probable fecha de nacimiento no tienen por qué ser necesariamente los correspondientes a la figura histórica de Yuder, aunque nosotros los hemos dado por cierto en *El eunuco*.

¹² Previamente, Ismael había publicado en francés una monografía sobre la presencia de hispanos en la Curva del Níger, *L'Espagne musulmane et l'Afrique subsaharienne*.

I.3: LAS NOVELAS Y EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ

I.3 .1: Antecedentes propios de *El eunuco de Tombuctú*

Con estas mismas fuentes documentales, más otras relativas a la Granada musulmana y morisca, así como a específicas de la comarca del Almanzora y de la actual Cuevas del Almanzora, publicamos dos monografías, claramente antecedentes de nuestra novela.

La primera de ellas, *La conquista de Tombuctú. La presencia de Yuder Pachá y otros hispanos en el País de los negros*, de 2006, fue prologada por la prestigiosa arabista Gema Martín Muñoz, y pretendía dar cuenta de la presencia de hispanos en la Curva del río Níger, planteando la obra como el encuentro de dos mundos, el cristiano y morisco del reino de Granada y el del Subsáhara musulmán y animista, con una parada en el imperio marroquí de los saadíes.

Pero también, en la primera parte de la obra, se hace una descripción del antiguo reino de Granada, que primero fue musulmán, luego mudéjar, luego morisco y, finalmente, cristiano, y ello para justificar la salida de muchos de sus habitantes buscando una tierra más tolerante que los acogiera.

En una segunda parte abordamos la situación del Magreb y la curva del Níger, acercándonos a los primeros imperios negros del África occidental (Ghana, Malí y el Songhai) y a las ciudades de Djenné y Tombuctú. Igualmente, abordamos el estudio del imperio marroquí desde los benimerines a los saadíes, pasando por los almorávides y almohades y deteniéndonos en la descripción de la batalla de Alcazarquivir. Nos centramos en Marruecos como puente de unión de esas dos realidades geográficas distintas, país que acogió a Yuder como a uno de los suyos y lo convirtió en uno de los generales más prestigiosos de su ejército y el conquistador del imperio negro del sur, el Sudán.

En la tercera parte tratamos sobre el encuentro de Andalucía y la Curva del Níger, un encuentro entre dos mundos. La presencia de hispanos como al-Fazzazi, es-Saheli, Sidi Yahya, León el Africano o Ali ben Ziyad contribuirían a conformar la identidad de esa región sudanesa. Y la aventura africana de Yuder Pachá, con la constitución del pachalato de Tombuctú, es el colofón con el que la obra se cierra.

En toda la obra hay una reivindicación de la importancia de los andalusíes e hispanos en la región sudanesa, la cual no sólo visitaron, como hicieran los exploradores europeos del siglo XIX, sino que se asentaron allí y contribuyeron con sus obras respectivas a crear la idiosincrasia propia de esas tierras. Es el contacto del Mediterráneo con la sabana africana, con el desierto de por medio, a veces frontera y a veces vía de comunicación. La consecuencia inmediata del encuentro, entre otras, fue un mestizaje enriquecedor.

La segunda de las monografías a la que hacíamos referencia fue la que publicamos en 2008 con el título de *Tombuctú. El reino de los renegados andaluces*, prologada por el eminente arabista Emilio González Ferrín. Si en la primera tratábamos de relacionar dos mundos aparentemente alejados entre sí, y divulgar la presencia de andalusíes en la Curva del Níger, ahora ahondamos en una de las huellas fundamentales de esa presencia, y muy ligada políticamente al Marruecos promotor de la idea: la constitución del pachalato de Tombuctú.

La obra la estructuramos en tres partes, acordes con el devenir histórico de esta provincia marroquí: en la primera asistimos al origen del pachalato, deteniéndonos en la forma en la que se fraguó la conquista del Songhai y en la figura de Yuder Pachá y el surgimiento de la etnia de los *arma*, que haría pervivir el régimen creado 242 años, durante los cuales se sucedieron 167 pachás; en la segunda se trata de la constitución y configuración definitiva del pachalato, describiendo su estructuración político-administrativa; y en la tercera nos centramos en su declive y final, con las disensiones entre los *arma*, que provocan una desmembración territorial y la irrupción de los pueblos nativos que acaban con la hegemonía de los *arma*, primero los tuaregs y los bambara, luego los peules de Macina y finalmente los toucouler, antes de que llegaran los franceses a colonizar aquellas tierras del Sudán occidental a finales del siglo XIX.

I.3.2: Novelas sobre Yuder Pachá

Hay muy pocas novelas sobre Yuder Pachá como protagonista, a las que nos referiremos brevemente. La nuestra, *El eunuco de Tombuctú*, fue publicada en 2015.

La primera de ellas es la francesa *Le pacha de Tombouctou* de André Demaison, publicada en París en 1927, que aparte de recurrir a elementos un tanto líricos en

ocasiones, la verdad es que recurre en otras a datos históricos precisos, aunque algunos de ellos inexactos.

La novela empieza con la llegada del supuesto príncipe askia Uld Quirinfil a la corte de Marrakech para convencer al sultán de la conquista del Songhai. Allí lo recibirá Si-Mana, un eunuco negro al servicio de Yuder Pachá como asistente. Yuder es citado como el caíd de los fusileros renegados.

Al principio también de la novela, se rememora la infancia de Yuder en Las Cuevas, donde es un huérfano recogido por Ferriro (Azán Ferreiro) y luego trasladado a Sevilla, cosas ambas inciertas. Demaison además cambia el nombre cristiano de Diego por el de Domingo, y ya en Marrakech le hace tener una relación especial con Zouleikha, la favorita del sultán, licencia similar a alguna utilizada por nosotros.

El Consejo de Notables designará a Yuder comandante del ejército que al-Mansur enviará al Songhai, describiendo la novela con cierto detalle la composición del ejército, y nombrando a los caídes que acompañaron a Yuder: Ali ben Mostapha ed Torki, Ahmed ben Youssef, Mostapha ben Askar, Ammar el Fita, Ahmed ben el Haddad, Bou Chiba, Bou Gheita, El Amri y Ahmed el Haroussi. Igualmente Demaison apuntará alguno de los lugares del recorrido del ejército marroquí desde el Tafilete hasta Arauán, antes de llegar al Níger: el Hammada el Arich, el Erg Siguidi, el Eglab o ech Chach.

En medio de estas descripciones, el autor francés evoca personajes históricos del pasado, como el emperador Carlos V o el duque de Alba, así como hechos singulares como la batalla de Alcazarquivir.

La novela describirá la batalla de Tondibi, aunque no se refiere a ella por ese nombre, sino por la del Sudán, en la que se hace referencia al grito de guerra de Yuder: “¡Cortad las cabezas!” con el que Yuder animaba a sus soldados a combatir contra sus enemigos. Después, Demaison relatará acontecimientos conocidos, como la toma de Gao, la capital del imperio, el intento del askia derrotado de negociar o la sumisión de los tuaregs, peules o bambaras a la autoridad del general cuevano, observando alguna imprecisión histórica, como hacer morir ahora a Ferriro cuando en realidad lo haría en la expedición que organizara el sucesor de Yuder, ben Zarqun, a Marrakech con los sabios tombuctianos presos.

Mientras el ejército espera en Tombuctú órdenes del sultán, Demaison hace una bella descripción de la vida cotidiana de la Curva del Níger, con expresa mención de las mezquitas de Sankoré, Dhingereiber y Gao, con evocación de figuras históricas del

pasado como Gongo Moussa (Kanku Musa) o el arquitecto granadino es-Saheli. El ejército se relaja, muchos de los soldados consumen hachís o se entretienen con las nativas, mientras Yuder cultiva su amistad con el mayor sabio del Sudán, Ahmed Baba.

La novela finaliza con la llegada inminente de ben Zarqun a Tombuctú. Todos saben que el sultán lo envía para que sustituya a Yuder como jefe del ejército, descontento por no haber aniquilado al askia Isaq, pero el general no quiere darse por enterado y sueña que la comitiva militar que está a punto de llegar es una escolta que le envía al-Mansur.

Por estas mismas fechas, concretamente en 1928, Lucien-Graux publicó en París su novela *El Mansour le Doré. Sultan de Marrakech*, en la que lógicamente se centra sobre la figura de al-Mansur, pero relacionando su trayectoria vital a la epopeya sudanesa (de ahí el título de la novela), a la que dedica la mitad de la obra. En este contexto, Yuder será uno de los personajes que aparecerán en el relato, novelando el autor la conquista del Songhai, la sustitución del primer pachá por ben Zarqun y su regreso a Marrakech, donde asiste a las luchas del sultán con sus hijos antes de morir en 1603, momento en el que acaba la novela.

En 1984, como vimos en un apartado anterior, Manuel Villar Raso publicó *Las Españas perdidas. Odisea africana de Yuder Pachá y los moriscos andaluces*, que ya sí se centra en el personaje de Yuder, y cuya crítica ya hicimos en ese apartado.

En 2014 Abdallah Saaf publica en Rabat su obra *Le conquérant de l'empire imaginaire*, una supuesta crónica (ficticia) de un alto funcionario de la Corte de Marrakech enviado en 1591 por el sultán marroquí al Songhai, con el encargo de averiguar las supuestas “desviaciones” de Yuder, que desembocaron en una conducta equívoca del conquistador respecto al askia sudanés. El narrador, el funcionario del *majzen*, relatará sus contactos con Yuder y algunos de sus colaboradores, así como sus conclusiones, en un texto a veces poético, pero no muy exigente con la precisión histórica.

En 2017 Mustapha Busfeha García publicó *Babuchas negras*, una novela que es un mosaico de personajes y acontecimientos en torno a la Batalla de los Tres Reyes, desde Felipe II a don Sebastián de Portugal y los sultanes al-Malik, al-Mutawakil y al-Mansur, en la que Yuder Pachá acaba teniendo el protagonismo avanzada la novela. Yuder aparece rodeado de nuevos personajes ficticios, en torno a una ciudad, Larache, cortejada por los sultanes en disputa o el mismo Felipe II.

A nuestro juicio el protagonismo que adquiere Larache en la vida de Yuder es injustificado históricamente. El título de la novela se debe al hecho de que cuando la ciudad fue cedida a Felipe III los patriotas de la ciudad, forzados a exiliarse, calzaron babuchas negras en señal de duelo, con la promesa de no usar otras de un color distinto hasta que volviera a manos marroquíes, cosa que sucedió en 1689 con el sultán Muley Ismail.

No obstante, la novela sí se atiene en cuanto a la procedencia de Yuder y a la conquista del Songhai a los datos históricos conocidos.

I.3.3: Análisis sobre otras novelas

Son innumerables las novelas que han sido objeto de análisis diversos, algunos de los cuales han sido utilizados por nosotros, cabiendo destacar, entre otros, los siguientes textos: *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en “La gloria de don Ramiro*, de Amado Alonso; *Teoría General de la novela. Semiología de la Regenta*, de Bobes Naves; *Ficción y espacio narrativo. Organización y funcionamiento del espacio en “La ciudad de los prodigios”*, de Eduardo Mendoza, de Valles Calatrava; *Perspectivismo y contraste (De Cadalso a Pérez de Ayala)*, de Baquero Goyanes; *La novela histórica como máscara. Análisis de la novelística de José Luis Sampedro*, de Díaz de Alda; *Ramón Pérez de Ayala: tres novelas analizadas (Tinieblas en las cumbres, La pata de la Raposa y La caída de los limones*, de Hipólito Fernández; o *Teoría y ficción en la obra de Umberto Eco*, de Piñero García de Quesada.

También han sido muchas las tesis doctorales que analizan determinadas novelas, algunas de las cuales hemos también utilizado y aparecen en la bibliografía. Entre otras, destacarían: *Las novelas históricas de Germán Espinosa*, de Silva Rodríguez; *“Polvo y esparto” de Abelardo Arias. Espacio costumbrista y espacio simbólico*, de Ivars; y *África subsahariana en la novelística de Manuel Villar Raso: un acercamiento multidisciplinar*, de Kahdy Diop.

Mención aparte merece la obra de Umberto Eco *Apostillas a ‘El nombre de la rosa’*, en la que el analista y el autor de la novela estudiada coinciden en la misma persona, cosa que hacemos nosotros en esta tesis, empezando los dos autores por manifestar que

ambas novelas son el producto de adaptar a un lenguaje actual un manuscrito escrito, en el caso de *El nombre de la rosa*, por un tal Adso de Melk, del siglo XIV.

Umberto Eco en sus *Apostillas a 'El nombre de la rosa'* describe minuciosamente en trece capítulos el proceso de elaboración de su célebre novela, empezando por el título de la obra y su significado, al tiempo que nos confiesa el por qué eligió una determinada época histórica –el medievo- para enmarcar la trama de la novela. En este sentido, Eco afirma que el autor más que interpretar su obra puede contar por qué la ha escrito.

El semiólogo italiano se documenta a fondo sobre la época para recrear el mundo que quería reconstruir (“La novela como hecho cosmológico”), analizando la inclusión de diferentes voces y las correspondientes instancias narrativas, con el protagonismo de Adso, narrador en primera persona (“¿Quién habla?”). El protagonista, para evitar que el lector no entienda el significado de algunos elementos del relato por ser muy antiguos, y en desuso hoy día, explicará aquellos que se puedan prestar a no ser entendidos, dando por hecho que son hechos conocidos (“La preterición”).

Eco nos habla también de cómo imprimir el ritmo adecuado al relato, dosificando la aceleración o frenada del mismo (“La respiración”). Y es que el semiólogo escribe pensando en el lector, porque es consciente de que cuando la obra está terminada se establecerá un diálogo entre el texto y sus lectores, en el que no participa el autor (“Construir el lector”).

Finalmente, Umberto Eco resumirá su concepción de la novela histórica, afirmando que en ella no es necesario que todos los personajes sean reconocibles, porque su función será hacer comprender mejor al lector lo que sucedió realmente. Lo importante es que la inclusión de actores, aun los ficticios, con sus correspondientes interacciones, explique con verosimilitud el desarrollo de los acontecimientos que se narran (“Lo posmoderno, la ironía, lo ameno”).

I.4: MARCO TEÓRICO

Como pórtico a este marco teórico, digamos que lo que conocemos como relato ha estado presente prácticamente en todas las sociedades y culturas, y ha contribuido a la conservación y transmisión de las mismas a lo largo de la historia. Las historias, por tanto, son compañeras inseparables de nuestras vidas. Desde que en la infancia oímos los primeros cuentos de hadas hasta que, paseando por el Prado, por el Louvre o por la Tate, deparamos en la narratividad de la pintura, nuestra existencia y las manifestaciones artísticas que la acompañan –teatro, cómic, cine, fotografía- están impregnadas de ciertos modos narrativos. En general, podríamos decir que nos pasamos la vida narrando, pues no otra cosa es la verbalización a posteriori de cuanto nos sucede a diario (Villanueva, 1992). Asimismo, también podríamos afirmar con Barthes que el relato comienza con la historia de la humanidad y que no ha habido pueblos sin relatos; es decir: el discurso narrativo es la “metáfora orientadora” por la que comprendemos el mundo en que vivimos y las distintas culturas con las que convivimos. Aprendemos igualmente las distintas disciplinas, desde la religión a la filosofía o las ciencias, mediante relatos. La literatura, el cine, la televisión o la pintura se nos presentan mediante historias. E incluso nuestros sueños los recordamos en forma de historia.

Con objeto de fundamentar teóricamente este estudio histórico-narrativo o narración histórica, sobre el que se construye este trabajo de investigación, iremos completándolo con las modernas teorías de la narrativa, que darán solidez a los problemas centrales de la narración y del corpus narrativo. Para ello acudiremos a las aportaciones de la Teoría Literaria e iremos incorporando al trabajo un conjunto sistematizado de opiniones de los especialistas relacionados con la narratología actual: desde Lázaro Carreter a Bajtin, desde Carmen Bobes a Mieke Bal, desde Valles a Barthes, desde Tomachevski a Greimas, desde Spang a Vargas Llosa o desde Pozuelo a Genette, entre otros; todos ellos contribuirán a fundamentar teóricamente esta tesis.

En este sentido, siguiendo los criterios de la narratología (Bal, 1990), en nuestra novela analizaremos los elementos de la *fábula* (la historia), los aspectos de la *trama* (el discurso) y las palabras del texto.

Por lo expuesto anteriormente, empezaremos abordando los cuatro elementos sintácticos que integran la *fábula*, que son los que fundamentalmente estructuran cualquier diégesis: espacio, tiempo, acontecimientos y personajes. Después nos

acercaremos a los componentes del análisis temporal de Genette (1972): orden, velocidad y frecuencia, con las dos principales anacronías entre el transcurrir temporal en la historia y en el discurso (prolepsis y analepsis).

Una vez analizados teóricamente los elementos sintácticos de la novela, y su traslación concreta a *El eunuco*, estudiaremos las teorías existentes sobre el cómo se escribe la historia en forma de trama o argumento. Haremos un recorrido analítico por lo expresado por autores que, desde el formalismo, el estructuralismo, las escuelas post-estructuralistas, la fenomenología, la pragmática o la narratología semiológica, entre otros acercamientos teóricos, han abordado la producción literaria y los modos narrativos de expresión. Estudiaremos, pues, los elementos de la enunciación narrativa (escritor, autor y narrador) y de la recepción del discurso (lector y narratario), lo que cerraría el círculo de la comunicación narrativa, para finalizar con las formas expresivas utilizadas en nuestra novela (*Confesiones*, *Cartas*, *Crónicas* y omnisciencia).

Concluiremos nuestro marco teórico recordando que en nuestra tradición literaria toda novela histórica es un relato de ficción. Pero ésta, frente al proceder de otros géneros, necesita ir acompañada de investigaciones exhaustivas que le confieran veracidad. Y ésta sólo se logra, como repetimos varias veces, si previamente a la escritura llevamos a cabo un laborioso trabajo de documentación, como hemos hecho nosotros con la figura de Yuder Pachá y su época, para sacarlo del olvido y devolverlo a la memoria histórica, a la historia de la cultura y a las librerías. Concretamente, éste ha sido el modo de fomentar la curiosidad por un personaje tan singular y fascinante y por sus circunstancias personales, históricas y culturales. Hemos incorporado también los rasgos psicológicos del personaje para dotarlo de profundidad psicológica.

Y una vez cumplidas dos de las condiciones imprescindibles de este género, la construcción narrativa y el relato concreto del personaje Yuder Pachá, hemos cimentado, basándonos en la Historia y en el estudio analítico de la cultura, la Teoría explicativa de todo el conjunto narrativo.

Realmente, creemos que hemos cumplido con la mayor exigencia que debe proponerse cualquier escritor actual de novela histórica: la de escrutar la vida y las costumbres de nuestro pasado histórico, en concreto, de nuestros siglos XVI y XVII fundamentalmente. Hemos pretendido que *El eunuco* reconstruya la peripecia vital de Yuder Pachá, contextualizándola en su tiempo, y procurando elaborar un discurso de modo que los lectores contemporáneos a su publicación puedan comprender e

interpretar los hechos que se narran. De este modo cumplimos con los cometidos atribuidos por Walter Scott a toda novela histórica desde el momento en que escribiera su *Waverley*, primera novela histórica moderna, consistentes no tanto en escribir una obra moral sobre el pasado, sino en escudriñar arqueológica, histórica y socialmente aquella época y sus habitantes.

La obra de Scott pretendía evadir a los lectores de la sociedad industrial que surge en Europa a mediados del siglo XIX; pero también, poner un espejo en la historia pasada en el que sus contemporáneos pudieran mirarse y reconocerse, por un lado; y por otro pensarlo de nuevo para recrearlo, evitando sus errores. Recordemos que Scott narra las luchas de los escoceses con los ingleses en 1745, para ahora proponer el entendimiento entre ambos pueblos. Su éxito le llevó a publicar las aventuras de *Ivanhoe*, con un fondo caballeresco que nos recuerda las lecturas de *El Quijote*, que tanto gustaban a sus contemporáneos.

El éxito entre el público lector llevaría al asentamiento del género. Después vendrían *Los novios*, de Manzini; *El último mohicano*, de Cooper o *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo. A éstas le siguen *Los episodios nacionales*, de Galdós; *Yo, Claudio*, de Robert Graves; las *Memorias de Adriano*, de Yourcenar; *El nombre de la Rosa*, de Eco, o *El hereje*, de Delibes.

La crítica literaria, con excepciones lúcidas como la de Juan Valera, que circunscribió la vida de la novela histórica con la vigencia del movimiento romántico, no podía sospechar el éxito y la larga vida de la misma.

El gran éxito de lectores que este género ha cosechado a lo largo de los dos últimos siglos se debe al hecho de representar los acontecimientos del pasado de modo fidedigno, para conocimiento y goce de los lectores, a la par que recrear personajes de ficción, como también sucede en nuestra obra.

I.5: FUENTES Y METODOLOGÍA

Respecto a las fuentes, como ya hemos dicho anteriormente, son pocas las disponibles en castellano y no muy accesibles, al igual que las sudanesas, por lo que parte de nuestro trabajo consistió en recuperar las pocas existentes. En el caso de la figura de Yuder tuvimos que seguir su rastro en las alusiones que aparecían dispersas en esas fuentes, algunas de las cuales se referían a nuestro personaje sólo tangencialmente, teniendo que cotejar fechas y acontecimientos para hilvanar su trayectoria biográfica.

En este sentido, respecto a la metodología, hemos investigado en los fondos bibliográficos y documentales de las tres principales bibliotecas de Tombuctú: el Centro de Documentación e Investigación Ahmed Baba (CEDRAB); la Biblioteca Fondo Kati, dirigida por Ismael Diadié Haïdara; y la Biblioteca Conmemorativa Mamma Haïdara, regentada por Abdelkader Haïdara.

Por otra parte, hemos utilizado fuentes orales, a través de numerosas entrevistas, en la decena de ocasiones que hemos visitado la región sudanesa, sobre todo para conocer la huella que la presencia hispana y la figura de Yuder tienen en la actualidad. Igualmente, han sido muy útiles las informaciones obtenidas oralmente de eruditos e imanes sobre costumbres y ritos, desde gastronómicos y sociales hasta religiosos, que aparecen reflejados en nuestra novela.

Finalmente, nos ha sido de gran ayuda los diez diarios de viaje que escribimos cuando visitamos Malí, en los que anotamos entrevistas, conversaciones, datos objetivos e impresiones que luego reflejaríamos en *El eunuco*.

Hemos seguido una metodología analítica previa a la construcción de la novela, manipulando los elementos estructurales de todo relato – espacio, tiempo, personajes y acontecimientos- para dotarla de los valores semánticos perseguidos.

En síntesis, con objeto de fundamentar el corpus teórico de este trabajo, hemos aplicado, como se ha hecho desde mediados del siglo XIX para escribir la Historia de las distintas disciplinas, el *método histórico*. Y, junto con la interpretación histórica, nos hemos valido de las aportaciones de la Teoría Literaria, especialmente de la Semiótica, para analizar literariamente el relato de Yuder Pachá.

Asimismo, hemos llevado a cabo nuestro estudio de gabinete con objeto de examinar los datos recogidos con anterioridad por otros investigadores, junto al trabajo de laboratorio consistente en la búsqueda de bibliografía o de fuentes inéditas como pasos

previos a la escritura de esta tesis. Y finalmente, hemos acudido al estudio de documentos, que es una técnica de investigación valiosa tanto para la investigación cuantitativa, como para a cualitativa.

Como es común en investigaciones de este tipo, nosotros utilizamos más de un método: si bien el método histórico conforma todo el esqueleto de la investigación, lo hemos acompañado del análisis documental para explorar y complementar el método central y del análisis semiótico para construir la teoría literaria del relato.

I.6: ESTRUCTURA DE LA TESIS

Tras la presente “Introducción”, en la que se delimita el objeto de estudio de este trabajo, donde se revisa el estado de la cuestión, así como se establecen las hipótesis de las que partimos, con los correspondientes objetivos de la tesis, y se analiza la metodología utilizada, hemos distribuido el estudio en siete capítulos, incluido este primero introductorio, con sesenta y cuatro apartados diferenciados.

El segundo de los capítulos enmarca nuestra novela histórica entre la realidad y la ficción. Es un texto el nuestro que quiere hacer Historia, por lo que aportará informaciones y acontecimientos reales, verídicos y contrastables; pero no deja de ser una novela, por lo que aparecerán elementos ficcionales, pero que hemos querido que sean verosímiles, creíbles, que rellenarán los huecos ineludibles, sobre todo los referentes a las relaciones personales entre los personajes. Los mundos posibles y el pacto narrativo entre autor y lector cobrarán aquí su importancia.

Después de este marco general de *El eunuco*, la tesis continua con los capítulos III, IV y V, que responden a los cuatro elementos estructurales de toda novela: tiempo, espacio, acontecimientos y personajes.

Los dos primeros elementos los integramos en un mismo capítulo (III) por su especial relación:” El cronotopo: las coordenadas espacio temporales”, dentro del cual analizaremos la dimensión espacial en *El eunuco* en el apartado III.1, en el que haremos un repaso a las estructuras espaciales de nuestra novela y su valor simbólico, así como la significación del viaje como elemento vertebrador del espacio, además de relacionarlo con cada uno de los sentidos.

En el apartado III.2 del capítulo abordaremos la dimensión temporal en *El eunuco*, con las distintas tipologías del tiempo y del tiempo narrativo, así como profundizamos en la cronología propia de la novela, deteniéndonos en las relaciones temporales presentes en la historia de *El eunuco* y el discurso de la novela. Finalizaremos este capítulo III con un tercer apartado (III.3) en el que uniremos en una ciudad, Tombuctú, el espacio y el tiempo en nuestra novela, en un cronotopo singular, deteniéndonos en la fundación de la capital del pachalato y en su devenir histórico.

En el capítulo IV de la tesis tratamos el tercer elemento estructurante de toda novela: los hechos o sucesos, que hemos titulado” Los acontecimientos, historia y discurso”. Nos acercaremos teóricamente a la dimensión de los acontecimientos desde la narratología, y en los apartados sucesivos de este capítulo nos centraremos en aquellos

más significativos y relevantes de la novela. Así, el apartado IV.2 tratará sobre “Los moriscos granadinos y su presencia argumental en “*El eunuco de Tombuctú*”, primer acontecimiento tratado analíticamente, además de ser cronológicamente el primero por enmarcar la situación que hizo que muchos andalusíes e hispanos musulmanes tuvieran que exiliarse.

Seguidamente, analizaremos la situación de “El imperio marroquí desde los almorávides a los saadíes” (IV.3), para continuar con “El exilio dorado de Yuder Pachá” (IV.4) y finalizar con la relación entre Yuder y el pachalato que creó (IV.5).

El capítulo V versará sobre el cuarto elemento que estructura toda novela: los personajes. Nos detendremos en ellos desde la teoría literaria (V.1), al tiempo que haremos un análisis actancial de las distintas partes de la obra (V.2), referenciando a los personajes anteriores a Yuder Pachá en la Curva del Níger (V.3) o a los que fueron contemporáneos suyos (V.4)¹³.

Hemos querido, finalmente, que la tesis acabe con un capítulo que trata sobre “La producción literaria y su expresión narrativa” (VI), con un primer apartado en el que nos centraremos en ver cómo se produce la comunicación narrativa (VI.1), primero enunciándose el relato a través del escritor, del autor y del narrador (VI.1.1), para después estudiar el cómo se recibe el relato por el lector o el narratario (VI.1.2).

Un segundo apartado de este capítulo VI se centrará en estudiar cuáles han sido los modos narrativos que hemos utilizado en *El eunuco* para contar la historia pretendida, por lo que tendremos ocasión de analizar cómo en la novela hemos utilizado las *Confesiones* de Yuder, el *Memorial* de Diego Marín, la *Crónica* de Hakim al-Andalusí, las *Cartas* que se intercambiaron diferentes personajes o la voz omnisciente.

Acabado el texto en sí de la tesis, lo acompañamos con dos anexos y la bibliografía. En el primer anexo hacemos una relación de los personajes históricos que transitan por las páginas de la novela, con unos apuntes biográficos de cada uno de ellos. En el segundo trazamos el itinerario que siguió Yuder cuando salió en octubre de 1590 de Marrakech camino de la Curva del Níger, para conquistar el imperio songhai en marzo de 1591.

¹³ Redactando esta tesis, se me encargó por la editorial Ginger Ape Books&Films escribir el libro *De Toledo a Tombuctú. Un camino de manuscritos*, en el que utilicé parte modificada de los apartados de esta tesis referentes al pachalato y ciudad de Tombuctú, así como de los personajes anteriores a su presencia en la Curva del Níger.

Una de las fuentes documentales para la redacción de la tesis, además de las indicadas en un apartado anterior, será la bibliografía contemporánea utilizada, añadida a la historiografía clásica a la que hemos tenido acceso y comentado ya. En este sentido, hacemos aquí las referencias bibliográficas consultadas para la confección de la tesis, la mayoría de las obras citadas, y algunas otras que creemos necesario mencionar para abordar certeramente la teoría narrativa y todo el corpus teórico al que aludimos en este trabajo, además de las publicaciones puramente históricas.

CAPÍTULO II

LA REALIDAD FRENTE A LA FICCIÓN

II.1: Desde la novela histórica moderna a la posmodernidad

Desde Platón y Aristóteles a nuestros días, como bien señala Rodríguez Pequeño (1995: 17-125), han sido muchos los autores y teóricos de la literatura que han intentado establecer clasificaciones de los géneros y subgéneros literarios, encuadrando a determinados textos en uno u otro título, unas veces como género y otras como subgénero. No es nuestra intención analizar estas clasificaciones, sino dar por buena, a efectos pragmáticos, la división clásica, que nuestro autor referenciado comparte, de hablar de tres tipos, que hacen referencia, respectivamente, a la *lirica*, a la *narrativa* y a la *dramática*. *El Eunuco* se encuadraría en el segundo de los epígrafes, la narrativa, y más concretamente en una de sus concreciones: la novela, y dentro de ella en la *histórica*.

Efectivamente, a diferencia de los estudios a los que nos referíamos antes sobre Yuder Pachá y las relaciones entre el Mediterráneo y el África subsahariana, en esta ocasión nos hemos pretendido acercar a los personajes y sus entornos desde la narrativa, la que suele llamarse a partir de Walter Scott novela histórica. Se ha teorizado mucho sobre lo que este género, o más bien subgénero, significa, pero no vamos a extendernos en estas disquisiciones teóricas porque no es objeto de esta tesis, aunque si nos centraremos un poco en el origen del término porque encuadrará parte de nuestro enfoque a la hora de construir una novela de este signo.

Siguiendo a Lukács en su obra ya clásica, *La novela histórica* (1971: 15 y ss.), podemos considerar que la novela histórica moderna nace efectivamente con Walter Scott a principios del siglo XIX, en unos años en los que se están produciendo fuertes convulsiones socio-políticas en Europa, como el auge y la caída del imperio napoleónico. Son momentos de transición en los que las burguesías del momento toman conciencia de su función histórica, y vuelven su mirada a los acontecimientos históricos del pasado como fuente inagotable de argumentaciones a sus pretensiones de hegemonía social (Mata Induráin, 1995: 2).

Pero además, o en paralelo a ello, del contexto histórico mencionado, está teniendo lugar también el auge del Romanticismo, produciéndose un replanteamiento del orden artístico existente hasta ese momento, surgiendo nuevos esquemas narrativos en la literatura en general, en el sentido de la modernidad en que hablamos antes sobre la

nueva novela histórica, que será uno de sus subgéneros (Silva Rodríguez, 2008: 82 y ss.)

Y aunque bien es verdad que antes de Scott, ya desde la antigüedad con las epopeyas griegas, como la *Iliada* o la *Odisea* de Homero, se venían escribiendo novelas con trasfondo histórico, es a partir de novelas del autor escocés como *Waverley* (1814) o *Ivanhoe* (1820) cuando realmente se establece la relación moderna entre el elemento histórico o historiográfico y la novela. Ya no nos bastará con fijar la acción en el pasado lejano y dibujar un decorado artificioso, sino que habrá que recrear la ambientación histórica ajustada a la realidad, describir las costumbres de ese momento y dotar a los personajes de una psicología coherente con la época en la que vivieron.

Antes hablábamos de que numerosos teóricos han estudiado los pormenores de lo que se ha venido en llamar novela histórica desde Scott. Kurt Spang ha sido uno de esos teóricos que han profundizado en el tema, llegando a hablar de “una docena de géneros narrativos de índole histórica que guardan alguna relación con la narrativa histórica” (Spang, 1995: 65).

Ya hemos dicho que no es nuestro propósito sumarnos a esa nómina de teóricos de la novela histórica, por lo que no entraremos tampoco a analizar los pormenores de las delimitaciones entre géneros y subgéneros limítrofes. Tan sólo volveremos a aludir a algunos de esos planteamientos y reflexiones teóricas cuando ello explique cómo hemos construido esta novela. En este sentido, la narración historiográfica que hemos llevado a cabo más que reproducir mecánicamente los datos históricos disponibles, lo que podría llamarse un *modo objetivo* de narrar, los hemos dispuesto intercalados con elementos de ficción, seleccionando y desechando materiales para formar un constructo que algunos teóricos llaman *modo interpretativo* de narración.

En este sentido, creemos que la novela analizada se inscribe más en el subgénero de la llamada *novela histórica posmoderna*, en tanto que reivindicamos una figura ciertamente histórica pero un tanto olvidada, con el fin de humanizar su trayectoria vital.

Fue Wesseling (1991) quien acuñó el término de novela histórica posmoderna o *contemporánea* para referirse a la novela que empieza a escribirse a partir de la segunda mitad del siglo XX en un contexto distinto al que enmarcó la aparición de la novela histórica moderna. Pero antes el Romanticismo y ahora la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial fueron momentos similares de cambio social, que exigían una nueva

revisión al novelar la historia, apareciendo ahora, sobre todo en la década de los ochenta del siglo pasado, en lo que podemos llamar la *posmodernidad*, este nuevo subgénero de la novela histórica.

Cuando mencionamos aquí el término posmodernidad estamos pensando en el paradigma que define las últimas décadas de nuestra cultura, y, entre cuyos rasgos caracterizadores, que tengan que ver con este texto, podríamos enumerar los siguientes: los ataques de la posmodernidad a la razón modernista, la imposibilidad de comunicación lingüística al margen de determinadas condiciones sociales y culturales, la indiferenciación de géneros y modelos artísticos, la apertura del canon y del currículum escolar (Lyotard, 2009) y la importancia de las imágenes (Benjamín, 2007).

Y es que, al igual que en el Romanticismo, en esta nueva época en Europa hubo un momento de crisis en que el mundo parecía ir demasiado de prisa, como analiza Riosalido en su tesis doctoral, al hacer aparecer el posmodernismo como el resultado del hundimiento del modelo burgués del capitalismo tardío, posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando la sociedad hasta entonces llamada moderna se transformaría en una sociedad de consumo, inmersa en una cultura de masas en la que las nuevas tecnologías dominan los medios de comunicación (Riosalido Villar, 2014: 15-16).

Jamenson antes (1996), en una interesante monografía donde teoriza sobre la posmodernidad, había hablado del surgimiento de esa nueva era del consumismo y de la información, que hace derrumbarse a la sociedad moderna.

Pero, como hemos dicho antes al hablar del Romanticismo, en el posmodernismo vuelve a surgir un nuevo interés por narrar el pasado, pero ahora desde nuevos planteamientos, por los que el autor no tiene por qué ajustarse estrictamente a los hechos reales, sino complementar la narración con elementos ficcionales de su imaginación, como apunta Umberto Eco en sus célebres apostillas a su novela *El nombre de la rosa* (1998) o Vargas Llosa en *La verdad de las mentiras* (2002).

El escritor peruano en un artículo con un título muy sugerente, “El arte de mentir”, relaciona magistralmente la verdad y la mentira en la novela. Aunque parte de la afirmación provocadora de que las novelas mienten, argumentando su aseveración en el deseo de los lectores de vivir vidas distintas a las propias, y a la reconstrucción que hacen los autores de la realidad que quieren imitar. Acaba su reflexión aparentemente con una contradicción con lo apuntado al principio: la buena novela siempre dice la verdad y la mala novela miente. Y es que si hablamos de novela “verdad” es saber

crearle al lector la ilusión de que es cierto lo que está leyendo, y “mentir” es no saber hacer esa “trampa” (Vargas Llosa, 1984: 2-4).

El posmodernismo, como nos recuerda Lozano, plantea un nuevo discurso narrativo en el que predomina la heterogeneidad y no sólo el único realista del Romanticismo. La polifonía se abre paso para enfocar lo narrado desde diversas perspectivas que intentan interpretar los textos interpuestos (Lozano, 2007: 168-170). En *El eunuco* la intercalación de cartas, confesiones y crónicas siguen este nuevo planteamiento narrativo.

Mientras Scott elegía como protagonistas a personajes ficticios, ahora lo son personajes reales, lo que obligará a los autores a indagar en las fuentes historiográficas para darles una caracterización psicológica coherente y una proyección vital que no desentone con lo que de ellos se sabe. Así, en la novela, el protagonista es una figura histórica, Yuder Pachá, y otros personajes importantes contemporáneos, figuras tan importantes como los sultanes al-Mutawakkil, al-Malik y, sobre todo, al-Mansur, o el corsario al-Dugali o el pachá ben Zarqun. Ello sin contar con los andalusíes que llegaron al Níger antes que Yuder y que marcaron una impronta identitaria en la región.

Pero la verdad es que se trata de la reconstrucción de un pasado sobre el que no hay mucho escrito. Esto no pasa, por ejemplo, con las figuras de los sultanes, pero sí sobre su relación con nuestro protagonista principal. Y lo mismo podríamos decir de la relación tan estrecha entre nuestro Yuder y la princesa Lalla o el presbítero Diego Marín.

Y es que, como decía Wesseling (1991: 100), en la novela histórica posmoderna se trazan versiones alternativas a las oficialmente establecidas como únicas, incorporando tramos de historias paralelas y reescribiendo, en definitiva, el periodo histórico narrado, donde se aporta al discurso la imaginación del autor para cubrir los espacios no documentados u olvidados. Hutcheon acuña el término de *metaficción historiográfica* oponiéndola a la que llama *ficción histórica* de la novela tradicional del Romanticismo. El nuevo concepto se refiere a este proceso de deconstrucción de los hechos supuestamente dados, construyendo un nuevo artefacto narrativo en el que la ficción no tiene por qué ser mimética a la realidad, sino que se construye un nuevo discurso narrativo que va más allá de la ficción, con esa integración en un puzzle o collage de variados textos y perspectivas en el contexto de la intertextualidad (Hutcheon, 1990: 117).

Esta posición de la novela posmoderna no deja de ser reivindicativa de determinadas figuras históricas no tratadas adecuadamente, en el sentido en el que lo expresa Paul Ricoeur cuando mantiene que la novela histórica tiene el deber de saldar las deudas que se puedan tener con aquellos personajes del pasado que no han sido tratados correctamente por los historiadores, olvidando así el papel trascendental que hubieran podido jugar en ese tiempo pretérito. Llega a hablar en este sentido de una *deuda con la alteridad*, y no dejaría de ser un proceso revisionista de la narración al servicio de la restitución histórica de un determinado personaje (1996: 847 y ss.).

Lo mantenido por Ricoeur es lo que hemos hecho con la figura de Yuder, al que creemos que no se le ha hecho la justicia debida, cosa que tratamos de subsanar con la novela, al seguir los planteamientos de la novela histórica posmoderna consistentes en revivir la significación del personaje olvidado dándole el valor que tiene seguramente en el presente.

Pero, además, la novela histórica necesita que el autor, antes de empezar a escribirla, se documente lo máximo posible sobre la época en la que se sitúa el relato, para que no se produzcan anacronismos injustificados. El afamado autor de novelas históricas Jesús Sánchez Adalid se refiere a ese trabajo previo de preparación documental que el autor ha de hacer, recogiendo datos sobre las costumbres, hábitos de vida, arquitectura, alimentación, geografía y otros elementos que permitan una recreación lo más ajustada posible al cronotopo real, visitando incluso los espacios que luego describirá en la novela. De este modo, el autor podrá rellenar los huecos documentales con diálogos y acciones que aunque no se produjeran realmente, que fueran meras conjeturas, sí que son verosímiles y pueden explicar el desarrollo de los acontecimientos que se narran (Sánchez Adalid, 2008: 46-51). Nuestras dos monografías anteriores a *El eunuco* sobre Yuder Pachá y la Curva del Níger dan cuenta de esa recogida documental de la que hablaba el novelista.

II.2: Entre la realidad y la ficción

En cualquier caso, aunque hemos huido de la exposición acrítica de los datos históricos de manera inconexa como si de un manual de Historia se tratara, sí que hemos tratado de observar el rigor histórico en todo lo que hemos narrado con objeto de

buscar el equilibrio entre la exposición de los elementos historiográficos tratados y la interpretación de los mismos.

El hecho de que ciento cincuenta y cuatro de los ciento sesenta y siete personajes protagonistas o aludidos sean reales da una idea aproximada del rigor pretendido, aunque también los recursos narrativos utilizados, en los que nos centraremos en los capítulos siguientes, hablan de nuestro interés por interpretar subjetivamente la concatenación de sucesos. Estamos hablando de ese equilibrio mencionado anteriormente, en el que la acertada combinación de realidad y ficción ha sido una de nuestras metas. Kebbel (1992) formula de manera muy adecuada este planteamiento.

Por otro lado, participamos de la idea de Vargas Llosa de que en la narración de cualquier historia no existe la invención químicamente pura, algo que sea totalmente ficticio, sino que el autor destila en ella algunos aspectos de su propia personalidad y vivencias íntimas, como si en vez de elegir una historia determinada para narrar es ella la que te busca como autor (1977: 20-21). No obstante, hemos de decir que nuestro interés principal por el tema tratado creemos que obedece más bien a lo expuesto al principio del capítulo al tratar de divulgar una historia que desde que la conocimos, por nuestra vinculación al municipio del que era natural Yuder Pachá¹⁴, Cuevas del Almanzora, creímos que fue ignorada o ninguneada por la historiografía oficial europea, que, en su etnocentrismo característico, databa en el siglo XIX el momento en el que las tierras bañadas por el Níger fueron descubiertas por vez primera por exploradores centroeuropeos, ignorando la presencia significativa de hispanos y andalusíes en aquellas recónditas tierras desde al menos el siglo XIII.

Baquero Goyanes insiste en el hecho de que el autor, por más que se apoye en los datos historiográficos, cuando escribe novela histórica manipula ese material del pasado y no deja de inventar, de aportar a lo narrado su propia visión de la historia que cuenta (1988: 47-48). Lo que haría el autor sería tan sólo recoger esos datos y aderezarlos en forma de novela, imaginando la psicología de los personajes, deduciéndola de lo que conoce pero también de lo que supone determinaba sus comportamientos.

Lo que conocemos como relato ha estado presente en todas las sociedades y culturas y ha contribuido a la conservación y transmisión de las mismas a lo largo de la historia.

¹⁴ Entre los años 1987 y 1999 el autor fue alcalde del municipio de Cuevas del Almanzora (Almería), del que procedía Yuder Pachá.

En general, podríamos afirmar que nos pasamos la vida narrando, pues no otra cosa es la verbalización a posteriori de cuanto nos sucede a diario. Así mismo, también podríamos afirmar con Barthes y Genette que el relato comienza con la historia de la humanidad y que no ha habido pueblo sin relatos. Esta es la metáfora orientadora por la que comprendemos el mundo (Genette, 1991).

En línea con lo expuesto anteriormente, y en ese afán de conseguir el equilibrio mencionado entre realidad y ficción, hemos pretendido que aun la ficción parezca verosímil y creíble, puesto que la hemos puesto al servicio de lo narrado por entender que lo que queríamos contar era necesario abordarlo desde distintas perspectivas, unas contrastadas y referenciadas documentalmente y otras desde acercamientos más psicológicos y vivenciales, en los que lógicamente nuestro papel de interpretación ha sido decisivo al inclinarnos a favor de la ficción. Franklin García Sánchez abunda en esa postura de perspectiva que se obtiene relacionando lo mimético, lo ficcional y lo fantástico (1993).

Pero hay que partir de la base de que la novela histórica es ante todo novela, con un discurso ficcional que utiliza el discurso histórico como trama (Silva Rodríguez, 2008: 93-94). Lo que hace el novelista, en definitiva, será crear ficción utilizando materiales que toma de la historiografía, del pasado que quiere reconstruir (Mata Induráin, 1995: 20). Es lo que hemos pretendido hacer en nuestra novela y, tal y como indica Germán Gullón, utilizar básicamente hechos historiográficos reales y contrastables documentalmente, mezclándolos con otros fruto de nuestra imaginación, ficcionales, pero que se acomodan coherentemente con los primeros para hacer plausible el discurso total que pretendemos (1996: 67).

Admitido ya el hecho de que la novela histórica supone aunar la literatura con la historia, mezclar los elementos ficticios con los históricos, se ha discutido mucho sobre la proporción en que ambos elementos han de participar en la obra final. Si el autor opta por enfatizar lo literario y ficcional, descuidando la precisión de los datos históricos, podemos estar asistiendo a una obra que se ambienta en una determinada época pasada pero que en realidad no es un discurso histórico, predominando la trama novelesca, y hasta folletinesca, sobre la historia de ese momento. Por el contrario, abusar de una prolija documentación historiográfica puede oscurecer o asfixiar la trama de lo que se quiere narrar, convirtiendo la obra en una crónica o historia novelada, pero no en una novela en sí.

Conscientes de este difícil equilibrio, algunos estudiosos, como Silva Rodríguez (2008: 96 y ss.) en su tesis doctoral, hacen un recorrido histórico por aquellos autores que han teorizado sobre qué elemento ha de predominar en la novela histórica, si la ficción o la historia. Habrá una serie de autores que descartan el maridaje entre Historia y ficción y otros, la mayoría, que sí abogan por la unión de ambos elementos en la llamada novela histórica.

Entre los que consideran inviable literariamente el encuentro entre la novela y la Historia destaca la figura de Manzoni, el autor de *Los novios* (1827), que llegó a afirmar que unir la ficción y la Historia suponía una contradicción, y que la llamada novela histórica era un fracaso como tal novela precisamente por centrarse en la Historia.

El filósofo español Ortega y Gasset abunda en esta idea, considerando fallido el intento de unir ambos elementos por considerarlos contradictorios (1982: 46-47), al igual que hiciera antes Amado Alonso cuando teoriza sobre la novela histórica, afirmando que literariamente es imposible la relación entre la Historia y la novela (1942: 7).

En el lado contrario, la mayoría de los teóricos piensan que sí es posible la unión de la ficción con la realidad, aunque sea construyendo un oxímoron, un acuerdo entre opuestos, resultado del cual surgirá la novela histórica, la posibilidad de construir ficciones sobre un pasado real. La novela resultante será, pues, esa obra literaria donde se cruzan y se mezclan dos maneras de comprender la realidad, dándole un sentido pleno: la ficción y la Historia (Silva Rodríguez, 2008: 98-100).

Felicidad Buendía habla también de ese abrazo fructífero entre la Historia y la imaginación, que hace que la novela histórica sea capaz de novelar y de historiar al mismo tiempo (1963: 21), algo parecido a lo que afirma Noé Jitrik (1995) cuando escribe que este tipo de novela se orienta hacia la verdad de la historia, que es realmente su fundamento.

Carlos Mata concluye su retrospectiva sobre la novela histórica afirmando que es el marco adecuado en que el acercamiento científico del historiador a la realidad se funde con el tratamiento literario del tema narrado y se completan armoniosamente ambas perspectivas. En la novela histórica, la literatura y la historia se unirían en un diálogo constructivo y sugerente entre pasado y presente, permitiendo reactualizar experiencias pretéritas (1995: 58-60). Hacemos nuestro su planteamiento, que ha inspirado la construcción de la novela que estudiamos.

Es lo que Fernández Prieto (2004: 92-93) escribe cuando trata de relacionar la novela y la Historia hablando de la novela histórica como una reescritura o reelaboración de los datos historiográficos a través de una trama ficcional, como si se tratara de un pacto hipertextual que hace más comprensible al lector lo narrado, añadiendo al registro documental otros elementos ficcionales.

White considera que la Historia no es la simple transcripción de unos determinados elementos historiográficos, sino que los historiadores utilizan la tropología para darles un determinado significado (2003: 20 y ss.). La narrativa histórica sería una metáfora de lo que se cuenta, una interpretación subjetiva del autor que narra, enfatizando unos sucesos y olvidando otros y aportando, aun sin querer, su propia ideología. Ya no tendría sentido, pues, oponer la ficción a la realidad, puesto que si queremos conocerla sólo lo podemos hacer contrastándola con lo imaginable, en un mismo plano de igualdad (White, 2003: 123 y ss.)

Y es que, como afirma Riosalido, una trama histórica no deja de ser una construcción humana que no está ahí como una cosa dada y estructurada a la espera de que alguien se encuentre con ella y la lea, sino que sólo existe cuando se organiza como un texto, por ejemplo, a través de la novela histórica. Y nunca será una narración neutra, porque tanto el autor como el lector escribirán o leerán, respectivamente, el texto con su determinada psicología y personalidad, actitudes y prejuicios (2014: 100).

Kurt Spang designa dos tipos fundamentales en la manera de novelar la Historia, atendiendo a esta relación entre los datos históricos documentados y la ficción y teorizando sobre lo que él llama *novela histórica ilusionista* y la *antiilusionista* (1995: 86-100), aunque hemos de reconocer que nuestra novela no se encuadra en su totalidad en ninguna de estas categorías exactamente, sino que participa de ambas. No obstante, somos conscientes de que no nos corresponde a nosotros el encuadre teórico de la obra, sino que esta función le corresponderá a otros.

Participamos de la llamada novela histórica ilusionista en lo que hace referencia a nuestra pretensión de que lo narrado en la novela sea totalmente creíble y verosímil y, en este sentido, nuestro afán de transmitir al lector la ilusión de que todo lo narrado es auténtico y veraz, que la Historia y la ficción coinciden.

Sin embargo, no hacemos nuestro su planteamiento de que la historia novelada es una historia inmutable, cerrada en su totalidad, sino que comulgamos más con la idea de que la Historia es contingente y que, consecuentemente, no tiene una coherencia

predeterminada que obligue al autor a una descripción lineal de lo único que ha pasado realmente. Éstos son planteamientos que están en la base de la novela antiilusionista y también de la posmoderna, que postulan que el autor ha de conexionar elementos y acontecimientos autónomos, entrelazándolos y relacionándolos para dar sentido a lo que se quiere narrar.

Esto último es lo que hacemos en nuestra novela: relacionar personajes y espacios, que no dejan de ser piezas separadas del puzle de la vida, para que adquieran el sentido que pretendemos: el de divulgar la significación de esas figuras históricas y aquellas otras de ficción pero necesarias para la comprensión del comportamiento y la psicología de las reales. Por esto no renunciamos a crear también un mundo de ficción y a permitirnos ciertas licencias literarias que hagan más auténtica, en definitiva, la historia que narramos.

II.3: La verosimilitud y la ficción: la mimesis, los mundos posibles y el pacto narrativo

Como en tantas ramas del saber, Aristóteles, al igual que muchos otros filósofos griegos, fue un precursor de las teorías relacionadas con la verosimilitud y la ficción. En *La poética* considera la *mimesis* como el elemento crucial para escribir las obras trágicas, consistiendo ésta en el arte de la imitación (2000)¹⁵.

Esta imitación puede llevarse a cabo buscando los elementos más parecidos o idénticos al modelo original, como hace la música imitando los sonidos de los animales o de la naturaleza, o la pintura, que mezcla los colores naturales para su representación artística. Y otra manera de efectuar la imitación sería la que hace la narrativa, que más que una representación idéntica de medios y objetos utiliza personajes que ejecutan las acciones imitadas. En este sentido, la narrativa sería la expresión artística de las acciones de los personajes, que Aristóteles centra en la tragedia. Y como los personajes son cambiantes, la *mimesis* es igualmente dinámica, dependiendo de sus acciones (Aspe, 2005: 203).

Aristóteles heredó el concepto de *mimesis* de su maestro Platón, que introduce el término en uno de sus *Diálogos*, concretamente en *Crátulo*, en el que se refiere a la

¹⁵ Hemos utilizado *La Poética* traducida por Salvador Mas y publicada en la editorial Biblioteca Nueva (Madrid) en 2000 (Clásicos del Pensamiento, 10).

mimesis como la manifestación corporal de lo que se quiere imitar, pero Aristóteles se distancia de esta concepción de la *mimesis*, reafirmando que lo que se imita son las acciones del hombre y no tanto el hombre como tal.

En el mundo arcaico griego la *mimesis* era casi sinónimo de arte, estableciéndose una relación estrecha entre “ser” y “ser representado” (música, pintura, poesía/narrativa), aunque Aristóteles hace una equivalencia más moderna y que ha influido en el concepto contemporáneo de la ficcionalidad al establecer otra relación, ahora entre “ser” y “aparecer”. Así, la realidad artística, por ejemplo la obra literaria, más que imitativa es alternativa a la realidad (Barbero, 2004).

Aristóteles introduce también en *La poética* ciertas consideraciones precursoras de lo que hoy día consideramos el *pacto narrativo*, al que nos referiremos más adelante.

Y es que si el filósofo habla de la *mimesis* como la imitación (en el sentido expuesto y no en el platónico), también se refiere al *ápate*, que literalmente significa “engaño”, y que no es otra cosa que una *mimesis* exitosa en la que el lector percibe y siente como propias las sensaciones de los personajes imitados, como si fuesen reales. Los oyentes de las tragedias clásicas consideraban como propias las experiencias que los actores representaban en el escenario, produciéndose la *kátharsis* o purificación del espíritu en el desenlace de la tragedia.

Aristóteles se adelanta a la modernidad cuando afirma que el poeta (el escritor) no tiene que por qué repetir lo que en su momento dijera un personaje de la trama trágica, siendo suficiente con que ponga en su boca aquello que resulte verosímil a juzgar por su carácter (López Eire, 2001: 190-191).

Volviendo a nuestro tiempo, para Rodríguez Pequeño (1995: 127) la *mimesis* de Aristóteles es una actividad imitativa no meramente reproductiva, que más que copiar la realidad la representa subjetivamente, de tal manera que crea una realidad no existente, pero muy parecida a ella.

Tomás Albadalejo (1992) abunda en esta misma consideración de la *mimesis* de Aristóteles al afirmar que ésta no es imitación en el sentido de la reproducción exacta de la realidad efectiva, sino que sólo reproduce algunas constantes de cómo funciona esa realidad, situando en ellas acciones concretas.

Paul Ricoeur recoge la idea aristotélica de la estructura de conjunto referencial del texto literario que la *mimesis* hace posible, relacionando los personajes, los procesos, los

estados, las acciones y las ideas con el acto de la creación del constructo narrativo (Rodríguez Pequeño, 1995: 129).

La *mimesis*, pues, para estos tres autores de referencia estará siempre relacionada con el concepto de realidad, como tendremos ocasión de ver en las páginas siguientes.

Bobes señala que la ficcionalidad es el rasgo más importante de la estructura semántica de la comunicación literaria, y surge del pacto implícito que se establece entre el emisor y el receptor por el que se sustituyen las reglas que rigen el mundo real por aquellas otras que fija el emisor, y que son aceptadas por el receptor como propias del relato (Bobes Naves, 1993: 28). Podemos considerar que la ficcionalidad es necesaria para que exista un texto literario, y si no la hubiera no existiría éste como tal.

Se establece entonces una relación estrecha entre realidad y ficción, connotándose el discurso narrativo con una naturaleza sustancialmente ficcional. Lo que hace entonces el autor, el novelista, es transformar lo verdadero en ficción, y ello en el marco de la lógica de los mundos posibles (Garrido, 1996: 240).

Cuando hablamos de ficcionalidad nos referimos, pues, a la creación de mundos de ficción a través de la narración, que son diferentes a los mundos reales, pero que no son inverosímiles, sino que son *mundos posibles*, como señalaba antes Garrido y también Carlos Reis (1996: 97), que habla de la existencia de la ficcionalidad en otros textos diferentes a las novelas, y no necesariamente literarios.

El concepto de *mundo posible* proviene del filósofo Leibniz, que afirmaría que existe la posibilidad de diferentes mundos, aunque vivimos en el mejor de los posibles. Karl Popper recogería el testigo de la utilización del término para referirse a la existencia de tres de ellos: el mundo físico, el mundo de los estados mentales y el formado por los productos mentales, incluyendo en este último la ficción artística (Álamo, 2014: 27-28).

Este tercer tipo de mundo posible sería el ficcional, el que se plasma en la novela, como en cualquier otro texto literario, siendo necesario que se apoye en el mundo efectivo. No juzgaremos entonces el universo de ficción que encierra una novela (personajes, sucesos, espacios y tiempos) desde el criterio de verdad/falsedad, puesto que la ficción, como señala Garrido (1996: 31), tiene su propio estatuto, que no es otro que el de los mundos posibles.

Tomás Albadalejo (1986; 1992), en su teoría de los *modelos de mundo*, establece tres tipos de mundo: un mundo verdadero y otros dos ficcionales (el verosímil y el inverosímil), entendiendo que los dos primeros son mundos convincentes, mientras que

el inverosímil no, pues se inscribe en el terreno de la fantasía para alejarse de la realidad.

El primero de los mundos, el tipo I, es el *mundo de lo verdadero*, para el que el texto se rige por las reglas de la realidad efectiva, originando una estructura referencial muy semejante a esos elementos estructurales del mundo real y siendo una parte de la realidad efectiva. A este tipo I pertenecerían los textos miméticos no ficcionales, por lo que se trataría de textos no literarios.

El segundo de los mundos, el tipo II, sería el *mundo de lo ficcional verosímil*, en el que la estructura del conjunto referencial no sigue las reglas de la realidad objetiva, pero se asemeja mucho a ellas. Son textos miméticos ficcionales, y por ello verosímiles.

En este segundo tipo se encuadrarían muchas de las novelas históricas, como *El eunuco*, en las que la estructura referencial de personajes, espacios, tiempos y acciones son muy parecidas a las del mundo empírico pasado que trata de reflejar en el texto, pero al introducir la ficcionalidad hablamos de textos literarios, pues en el caso contrario estaríamos ante tratados de Historia pero no de novelas.

Estas novelas históricas tipo *El eunuco* se construyen partiendo del realismo como representación más fiel posible de la realidad, estando su estructura de conjunto referencial muy próxima a la realidad efectiva, pero siempre siendo una representación lingüística realista y también literaria. Y es que siempre la realidad que se configura en la obra narrativa realista no deja de ser una realidad simulada, aunque el autor intente aproximar lo máximo su obra a la realidad efectiva, una simulación de la realidad que nos habla de la conexión estrecha entre el realismo y la mimesis. Esta conexión, como ya hemos dicho, situará a esta ficción realista en el tipo II de Albadalejo, y dentro de éste en el subtipo de mayor grado de verosimilitud, que podríamos llamar “mimético altamente verosímil”, muy próximo al tipo I de los modelos del mundo (realidad efectiva) (Albadalejo, 1992: 93-96).

El tercero de los mundos del referido autor, el tipo III, es el *mundo de lo ficcional inverosímil*, que se rige por reglas que no son las del mundo real, ni se asemeja a ellas, sino que las transgrede. Se trataría de textos no miméticos ficcionales y por tanto no verosímiles.

Rodríguez Pequeño comparte los dos primeros modelos de mundo de Albadalejo, pero no el tercero, porque cree que los textos ficcionales no miméticos no tienen por qué ser siempre inverosímiles, puesto que la condición de verosímil no viene dada únicamente

por su semejanza con lo verdadero, sino que el requisito es que tenga apariencia de verdad. En este sentido, algunos textos literarios ficcionales no miméticos, como la literatura fantástica, de terror o de ciencia ficción, pueden tener cierto grado de verosimilitud. Muchos autores de este tipo de textos crean hechos imposibles pero con cierta verosimilitud interna, que hace que el lector se sumerja plenamente en el relato, viviéndolo como propio, experimentando las sensaciones de pánico y terror, por ejemplo, que sufren los personajes de la trama.

Esto hace que Rodríguez Pequeño crea que dentro de las construcciones funcionales no miméticas puede haber ciertos relatos con un cierto grado de verosimilitud, puesto que si no fuera así las historias creadas no tendrían ningún sentido.

Esta diferenciación en el tipo III de Albadalejo de las construcciones ficcionales no miméticas, tanto las verosímiles como las inverosímiles, hace que Rodríguez Pequeño (1986) añada un cuarto tipo, reformando el modelo de Albadalejo, por lo que el nuevo modelo quedaría de la siguiente manera: habría dos grandes macro-modelos, uno del mundo real y otro del mundo fantástico. En este primer macro-modelo estarían los dos tipos de Albadalejo: el tipo I del *mundo de lo verdadero* y el II del *fictional verosímil*. En el segundo macro-modelo, el del *mundo fantástico*, estaría el tipo III, el de lo *fantástico verosímil*, y el IV el de lo *fantástico inverosímil*.

Los dos primeros tipos (el de lo verdadero y el de lo ficcional verosímil) se diferenciarían en ser ficción o no, aunque ninguno hace una trasgresión de la realidad efectiva, mientras que los tipos III y IV (el de lo fantástico verosímil y el de lo fantástico inverosímil) se distinguirían en que en el primero de ellos la construcción literaria atiende a la mimesis, mientras que el segundo (el cuarto de esta nueva tipología) no lo hace, siendo parecidos en que ambos trasgreden la realidad.

Nuevamente, en este modelo de Rodríguez Pequeño, *El eunuco* volvería a encuadrarse en el tipo II, el mundo de lo fantástico verosímil: se habla de personajes, tiempo, espacios y acciones reales pero con dosis importantes de ficcionalidad, lo que convierte al texto en literario (novela).

Y esos mundos son posibles porque se produce un *pacto narrativo* entre el autor y el lector, por el que este último acepta que lo que narra el primero es creíble (Pozuelo, 1993: 51).

Ese pacto también puede considerarse un *pacto poético* que hará posible la comunicación literaria, que el lector de la novela la lea como un hecho verosímil, aun

sabiendo que no se corresponde inequívocamente con la realidad. Asume su verdad artística en cuanto que admite que lo que se relata es como si hubiera sucedido realmente (Abad Nebot, 2002: 33).

Por el pacto ficcional lo que se cuenta en la novela, pues, se hace creíble al lector, aun sabiendo que algunos de los hechos que lee en la narración son imaginarios, pero que sin embargo no son mentira, pues se podrían haber producido en la realidad. El lector cuando lee la novela renuncia a su incredulidad ante lo que no conoce, “fingiendo” que lo que le cuenta el autor es real, al igual que cuando el autor narra los hechos del relato los cuenta como si hubieran ocurrido en su totalidad.

Rodríguez Pequeño insiste en la idea de que la verosimilitud que el lector da a lo narrado en el texto por el pacto narrativo no dependerá tanto de la posibilidad de realización de los hechos en sí relatados, sino de su apariencia de verdad. El lector se conformará con que parezca posible lo que se le cuenta, al igual que acepta que el autor de la novela utilice el recurso del narrador omnisciente (Rodríguez Pequeño, 2008: 124).

En otro lugar, el mismo autor aborda el tema de la verosimilitud cuando afirma que es una consecuencia de la relación entre la realidad y la ficción mediante la comunicación textual. Estará muy relacionada con los personajes, el espacio, el tiempo y los sucesos de la historia narrada, tal y como se dan en la realidad, pero también en cómo se presentan en la narración. En este sentido, la literatura realista, como puede ser el caso de *El eunuco*, pretende hacer coincidir lo máximo posible estos elementos narrativos del mundo real y los del mundo narrativo, a diferencia de la literatura fantástica, que pretende alejarse de mundo real, en una representación no mimética de la realidad (Rodríguez Pequeño, 1995: 132).

Entre el autor y el lector se producirá un acuerdo pragmático y semántico por el cual el primero, al escribir, producirá realidad ficcional cercana a la realidad efectiva, y el segundo interpretará esa realidad con altas dosis de verosimilitud, pero sabiendo ambos que la obra literaria es una construcción ficcional. Y esa aceptación por parte del lector de la verosimilitud de la ficción que lee estará ligada a la configuración del texto. En este sentido, los aspectos semánticos y sintácticos de la obra literaria estarán íntimamente ligados en la ficción realista, en tanto que el conjunto referencial de ésta, que tiende a la realidad efectiva (semántica), se plasmará mediante una determinada

forma expresiva, en un texto con una explícita construcción sintáctica (Albadalejo, 1992: 126-127).

Por el pacto narrativo la novela se convierte en verdad y el lector no cuestionará la veracidad de lo narrado, haciendo posible la comunicación, narrativa, primero entre el autor y la obra, y después entre la obra y el receptor, el lector (Bobes, 1993).

Documentalmente sabemos que Yuder mantuvo relaciones privilegiadas y continuas con personajes históricos que aparecen en *El eunuco*, pero no nos constan evidentemente transcritas las conversaciones que entre ellos pudieron mantener, por lo que éstas son imaginarias del autor, pero totalmente creíbles, puesto que en esos contextos relacionales éstas se pudieron haber producido verosímilmente de la manera en la que las recreamos en la narración.

Y es que el pacto ficcional, aunque se inscribe en la ficción literaria, tiene que apoyarse en situaciones y hechos que bien pudieran ser realidades contrastables y, en este sentido, deberán respetar las leyes por las que se rige el mundo real y no las imaginarias de los relatos fantásticos. El lector no cuestionará la realidad de lo que lee siempre que sea verosímil, como hemos tratado de hacer en *El eunuco*.

Pero a pesar del pacto narrativo entre autor y lector, y de esa relación estrecha entre la ficción y la realidad efectiva que se da en las obras ficcionales realistas, hay una separación ontológica, como afirma Albadalejo, entre realidad efectiva y ficción, existiendo entre ambas una tensión que exige que haya un equilibrio que haga que la intensidad de una no supere a la de la otra (1992: 115 y 116).

Por otro lado, una forma de que un relato cobre realismo o verosimilitud es utilizar, además, la descripción para conseguir una impresión de realidad, por lo que en nuestra novela describimos con precisión los contextos espaciales en los que se relacionan los personajes, para dar la impresión de realidad de los acontecimientos que le ocurren a éstos, incluidas las conversaciones entre ellos.

La verdad o falsedad de lo que se cuenta estará ahora relacionada con que lo que se escribe de los personajes y de las acciones en las que participan tenga sentido o no, con la coherencia propia del relato, en el que se sigan ciertas normas lógicas en la narración literaria, derivándose su validez de la finalidad poética de la *mimesis* de la que hablaba Aristóteles, de la capacidad de producir imágenes ficticias del mundo adecuadas a como verdaderamente se dan en él (Martínez Bonati, 1992: 39).

Ya Cervantes hablaba de la poética de las cosas ciertas, de la necesidad de la consonancia entre lo que se dice y lo que es (la coherencia a la que nos referíamos antes), de hacer que la mentira parezca verdad. Se refería nuestro autor inmortal a la poética de la verosimilitud realista, afirmando que la verdad ideal de lo inventado requiere trabazón y armonía (Abad Nebot, 2002: 49).

II.4: La verdad histórica y los anacronismos

La verdad histórica de la novela viene dada fundamentalmente por la veracidad de los grandes momentos históricos que le toca vivir a Yuder: su procedencia del antiguo reino de Granada, con la mala convivencia entre cristianos viejos y moriscos; las razias de los piratas berberiscos en sus costas para conseguir esclavos; su estancia en la corte de Marrakech, la descripción de la vida palaciega, con sus intrigas y la presencia omnipotente y lujuriosa del harén; la diplomacia y la política de alianzas del imperio marroquí; las costumbres de la época narrada, como la castración de los esclavos, la educación de los eunucos, las conversiones al islam o la organización de los ejércitos; su exilio en una zauia del Sus; la conquista del imperio negro songhai y la constitución político-administrativa del pachalato de Tombuctú; las luchas étnicas en la Curva del río Níger... y su vuelta a Marrakech llamado por su protector, el sultán al-Mansur, ciudad en la que será apresado y mandado ajusticiar por su nieto Abdallah.

Igualmente, está constatada documentalmente la presencia hispana y andalusí en la Curva del Níger desde el siglo XIII hasta la llegada de Yuder, extendiéndose en las figuras de estos personajes ya que nuestro protagonista principal se refiere a ellos en la novela como sus precursores en la región, considerándose él mismo como un continuador de las huellas que dejaron y que observara, por ejemplo, en la arquitectura sudanesa o en la misma procedencia racial (hispana y morisca) de muchos de ellos, lo que a veces le producirá la sensación de un *déjà vu*.

Además, hemos caracterizado lo más objetivamente posible los entornos espaciales en los que vivió nuestro protagonista: la configuración urbana morisca de Las Cuevas; los pagos y las vegas del valle del río Almanzora; el palacio de Marrakech y sus estancias; la cordillera del Atlas; la arquitectura de las kasbas y los ksar; el Sáhara y sus

formaciones desérticas; el Sahel y las tierras bañadas por el río Níger; la ciudad de Tombuctú, la sabana africana...

Pero, sobre este fondo historiográfico verificable, que da armazón a la novela, el mundo relacional descrito es casi enteramente ficcional. Y aunque bien es verdad que la mayoría de los personajes son reales, no lo son las relaciones entre ellos, sin existir constancia documental de las mismas. En un capítulo posterior, en el que nos centraremos en los personajes, tendremos ocasión de profundizar en el tema.

En esa recreación de personajes, espacios y tiempos hemos procurado evitar los anacronismos, aunque la verdad es que algunos de ellos se hacen necesarios si no queremos caer en un escenario artificioso e ininteligible para el hombre de hoy. Así recurrimos a la vieja coartada que ya utilizara Scott del encuentro casual del autor con un conjunto de materiales manuscritos que se limita a ordenar, intercalando entre ellos textos historiográficos aparentemente neutros:

El contenido del cofre consistía en varios legajos de manuscritos enrollados y anudados por tiras de cuero. Uno de los rollos lo formaban unas crónicas de un tal Yuder Pachá que éste le dictara a un escribano que compartía con él encarcelamiento, otros tres eran un conjunto de cartas que intercambié Yuder con este mismo escribano, con un sacerdote y con una mujer, que debería ser su amante a tenor de lo que se decían. Igualmente, había un memorial del religioso y unas cartas del soberano del Sudán y del propio Yuder dirigidas al sultán al-Mansur, además de otros escritos con anotaciones dispersas (16)¹⁶.

Además, aclaramos en estas primeras páginas que hemos traducido las palabras impresas al castellano actual para su mejor comprensión por el lector contemporáneo:

Entendí también que para hacer más entendible al lector actual lo que se expresaba en los distintos legajos, podría ser útil “traducir” los textos, escritos en castellano antiguo y algunos en árabe, al español de hoy, aunque mantuviera determinados giros y expresiones de la época. Igualmente, convertí las fechas

¹⁶ Al finalizar el texto citado de algún o algunos párrafos de *El eunuco*, así como alguna frase de la novela entrecomillada o incluida en ella, indicaremos entre paréntesis el número de la página de la novela publicada en la editorial Almuzara, respetando las cursivas cuando ellas aparecen en la novela, que siempre serán cartas.

expresadas en el calendario musulmán al cristiano para hacerlas más comprensibles al lector occidental (16-17).

Fernández Prieto, haciendo una revisión de los autores que han tratado este tema, se refiere a ese *anacronismo necesario* que resulta de la transformación por el autor de la forma y expresión de los contenidos historiográficos contados (2004: 253), tanto en sus aspectos culturales y psicológicos como en la actualización del habla de los personajes (2004: 256), como afirmamos en el último párrafo que hemos transcrito de la novela.

No obstante, otros anacronismos sí son evitables, sobre todo aquéllos que hacen referencia a los paisajes descritos, la atmósfera de los espacios que encuadran la acción y las costumbres sociales en los distintos momentos temporales de la novela. Con ello mantendremos la verosimilitud de lo que se narra, haciendo creíble los datos ficticiales que acompañan a los historiográficos para una comprensión total e integradora de la trama. En los capítulos siguientes ampliaremos esta estrategia de recreación histórica a través de estos recursos narrativos cuando profundicemos en cuáles de ellos utilizamos.

Finalmente, quisiéramos apuntar que, tal y como dice María Antonia de Miquel en su guía didáctica *Cómo escribir una novela histórica* (2014: 102-103), este tipo de obra admite complementos que aseguren al lector la veracidad de los datos historiográficos. Es lo que hacemos adjuntando al final de la novela una serie de apéndices en los que se aclaran cuáles de los personajes que aparecen son ficticios o no, un glosario de términos, alguna aclaración histórica, una breve biografía de todos los personajes históricos referenciados y un mapa del itinerario seguido por Yuder en su epopeya para conquistar el Sudán.

Pero, por supuesto, como venimos reiterando a lo largo de todo este capítulo, partimos de la base de que la verdad histórica resulta de la concatenación de estos datos con la imaginación del autor, en este caso nuestra, que humaniza los fríos datos historiográficos y los hace más comprensibles al lector de hoy. Como diría el viejo Aristóteles, de lo que se trata es de introducir la poesía en la historia.

II.5: Ordo naturalis/ordo poeticus y las unidades sintácticas de la novela

Desde *La Poética* de Aristóteles, la clásica distinción entre *ordo naturalis* y *ordo poeticus* ha pervivido en la narratología y en la crítica literaria actuales como concepto clave para entender la conversión de una historia en un texto narrativo. Así, los formalistas rusos establecieron una distinción entre la ordenación lógica del material diegético y su organización literaria, distinción derivada de esa dicotomía clásica. El *ordo naturalis* sería la *fábula*, la historia real, la diégesis, que se trasladará a un texto literario a través de la oportuna ordenación literaria, configurando la *trama*, que será el *ordo poeticus* (Valles, 2008: 85).

La *fábula* sería, pues, el material temático, cuyo contenido sería el conjunto de acontecimientos, mientras que la trama consistiría en la elaboración artística de ese material dispuesta de una determinada manera en el texto. Forster llamará *story* a la *fábula*, al material diegético, y *plot* a la *trama*, otorgando a ésta la primacía en el texto literario (1985a: 31-36). Otros narratólogos en vez de *trama* hablan de *relato* o *discurso*.

Tomachevski describe el proceso creador del novelista cuando empieza a escribir su obra eligiendo un tema para ella, constituido por los distintos elementos en que se puede descomponer la historia que se quiere narrar, la *fábula*, que no es otra cosa, pues, que el conjunto de acontecimientos relacionados entre sí, que adquieren el carácter de “situaciones” cuando el autor introduce los personajes en ese mundo relacional, denominando “motivos” a las unidades temáticas más simples. Pero el autor debe dar forma al tema seleccionado, darle una estructura narrativa, que, además mantenga el interés del lector, que se implique emocionalmente con la *fábula*, surgiendo así la *trama*, la forma como se cuenta la temática seleccionada. El autor escribirá su novela utilizando unos determinados signos lingüísticos (Tomachevski, 1982: 179-183).

El conjunto relacional al que nos referíamos al hablar de la *fábula* como conjunto de acontecimientos se transforma cuando se introducen nuevos personajes o nuevas relaciones entre ellos, siendo el relato una sucesión de situaciones. Brèmond (1974: 90) enfatiza este aspecto cuando habla de que todo relato implica una sucesión de acontecimientos integrados en un discurso en una misma acción, concluyendo que si no hay sucesión no hay relato.

La narratología estructuralista recoge la dicotomía clásica *ordo naturalis/ordo poeticus*, expresada por los formalistas rusos en la distinción *fábula/trama*,

contraponiendo la *historia* al *discurso*, es decir la ordenación lógica en el tiempo de los acontecimientos frente a su determinada disposición literaria. Para Todorov (1976: 157) la obra literaria es *historia* en tanto en cuanto hace referencia a una concreta realidad, mientras que es *discurso* desde el momento en que esa realidad es contada por un narrador al lector que lee la obra.

Bobes (1993: 50-51 y 141) participa de esta diferenciación, aunque introduce, entre la *historia* y el *discurso*, el *argumento*. La *historia* sería el conjunto de motivos, el *argumento*, en qué forma y orden se exponen los mismos, y el *discurso* sería el conjunto de signos lingüísticos que lo expresan.

En definitiva, todas estas dicotomías o contraposiciones pueden reducirse al qué se narra o se cuenta y al cómo se hace esto, aunque veremos que la figura del narrador como mediador entre ambas instancias emerge de manera importante, de tal forma que Bal (1990: 125) define al texto narrativo como “aquél en el que un agente narrativo cuenta una historia”.

En el sentido anterior, la narración sería el discurso narrativo que cuenta una historia con un determinado argumento, que no es otra cosa que una secuencia de acontecimientos que se relacionan con uno o varios personajes, con una determinada cronología, y que son causados o vividos por actores concretos.

El texto narrativo, pues, no sería la historia, sino que ésta, como fábula, se relata en él a través de un determinado discurso. La narración es discurso, la manera en cómo una historia se cuenta, con el establecimiento de unos determinados personajes, de una serie de hechos o acontecimientos, del espacio donde éstos ocurren, del tiempo en que lo hacen y de quién es la persona (el narrador) que cuenta esa historia (fábula). Estos serían los elementos materiales de la historia, las categorías sintácticas en torno a las cuales articularemos el desarrollo de la presente tesis.

Esas cuatro unidades sintácticas se constituirán en los elementos estructurantes de la trama, cuyo análisis (sintáctico) se complementará con otro de tipo semántico, en el que el narrador y la presentación de los acontecimientos se presenta de una determinada manera, la literaria o discursiva. Y todo ello siguiendo los criterios de la teoría literaria y la narratología.

Así, tras la “Introducción” y esta “Presentación”, abordaremos, por el mismo orden, esos cuatro elementos sintácticos, que integran la novela *El eunuco*, agrupados en tres

bloques: por un lado, el espacio y el tiempo, que conforman el *cronotopo*; por otro, las acciones o acontecimientos; y, finalmente, los personajes.

CAPÍTULO III

EL CRONOTOPO: LAS COORDENADAS ESPACIO- TEMPORALES

Mijail Bajtín (1991: 237-238) acuñó el neologismo de *cronotopo*, basándose en la teoría de la relatividad de Einstein, para referirse al tiempo y al espacio como unidad indisoluble que enmarca el relato, convirtiéndose en el armazón estructural de la narración. En este sentido, el tiempo y el espacio serían las coordenadas que fijan el argumento de la novela a la realidad, asociándolo a un tiempo histórico y espacio vital determinado. El tiempo y sus componentes se revelarían en el espacio, y el espacio se entendería y mediría a través del tiempo.

El cronotopo integraría, pues, los elementos espaciales y temporales de la historia que se narra en la novela, los ejes en los que se moverán los personajes y se desarrollará la trama del discurso literario.

Así, la historia de *El eunuco*, aunque sea principalmente una novela espacial, no se entendería sin esa interrelación de los espacios por los que transitan los personajes, especialmente Yuder, cuya personalidad y estructura psicológica, al igual que las de los demás, evolucionarán porque transcurre el tiempo en unos espacios determinados de esa manera indisoluble.

III.1

LA DIMENSIÓN ESPACIAL EN EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ

Tradicionalmente al espacio se le ha dedicado una atención menor que a otros elementos de la narración, especialmente respecto al tiempo, pero desde Leibniz y Kant, entre otros, la narratología ha invertido los términos, gracias en parte a autores tan importantes como Gullón (1980: 248) y Bajtín (1982: 220).

Arturo Ardao (1993) considera que en los inicios del siglo XX imperaba en la crítica literaria como primordial la reflexión sobre el tiempo, pero que en las últimas décadas del siglo, tras las reflexiones existencialistas y fenomenológicas oportunas, viró para centrarse en la noción de espacio, recogiendo las ideas de Mikowski en su obra *El tiempo vivido* (1933) y, muy especialmente, las expresadas en el artículo de Frank de 1963, “Diseño espacial en la literatura”, en el que afirma que el tiempo ha dejado de ser el elemento principal de la estructuración de la novela y que la tendencia de ésta se orienta contemporáneamente a un *diseño espacial*, que explicará mejor el desarrollo de la trama.

Como nos recuerda Valles (2008: 178), el espacio literario tiene un claro sentido ontológico ya desde Aristóteles, en tanto que es el lugar físico donde transcurre la acción narrada y se mueven los personajes (función sintáctica). Pero no solamente es esto, sino que se convierte en el verdadero protagonista en muchas ocasiones o en elemento vertebrador de la trama narrativa (Gullón, 1980: 8), adquiriendo el carácter de signo referencial, simbólico y semiótico del discurso (función semántica).

Bobes retoma la definición del espacio “como un lugar físico donde están los objetos y los personajes” (1993: 174), siendo uno de los elementos estructurales de la narración, pero cabría insistir en que el espacio en la novela, sobre todo en la histórica y realista, como acabamos de decir, no es simplemente un paisaje o una parte de una geografía concreta, sino que adquiere una dimensión simbólica que explica en gran medida el desarrollo de la trama (Ivars, 2005/2006: 87-89). Y siempre, como bien señala Ricardo Gullón (1980: 1), relacionado con el tiempo, insistiendo en la idea de Bajtín de que no existe el uno sin el otro, siendo la naturaleza del espacio lo temporal, y la del tiempo lo espacial.

III.1.1: La estructura espacial de *El eunuco de Tombuctú*

Luis Javier de Juan, en su tesis doctoral *El espacio en la novela española contemporánea*, dice que hay dos tipos de novelas en relación al protagonismo que el autor da al espacio (2004: 21). En unas es un simple decorado artificioso donde transcurre una acción, casi prescindible en la trama, aunque sea indeterminado. En otras, por el contrario, el espacio cobra un protagonismo especial y determinante, hasta el punto de poder considerarse una *novela espacial*. Es el caso de nuestra novela, en la que, por otro lado, al espacio lo relacionamos también muy estrechamente con el tiempo.

En novelas históricas como *El eunuco* el espacio histórico coincide en gran medida con el espacio ficticio. Para ello nos hemos documentado prolijamente sobre los diferentes lugares físicos y hábitats donde se desarrollan los acontecimientos históricos, además del conocimiento vivencial de algunos de ellos. Elementos como la vegetación, las edificaciones, los accidentes geográficos... han sido tenidos en cuenta con el máximo respeto a la caracterización debida a la época de la trama, para conseguir un clima adecuado que permita al lector introducirse en esos ambientes espaciales como si fuera un personaje más.

El narrador de la historia utilizará para presentar el espacio la descripción como recurso narrativo, que no será la exposición de un mero decorado, sino un elemento clave para descubrir donde focaliza su atención el autor del discurso. Ello, unido a la utilización del devenir de la acción en un tiempo determinado y la relación estrecha con los personajes, acaban de conformar al espacio como el elemento estructurador del relato.

De esta manera, el espacio en *El eunuco* nunca es neutro, sino que configura semánticamente lo que pretendemos enfatizar, focalizando acciones y personajes. No es baladí que nos entretengamos describiendo la vega del río Almanzora, los palacios de Marrakech, el desierto del Sáhara, la ciudad de Tombuctú o los meandros del Níger, sino que tienen un significado claro semántico que buscamos para construir el discurso narrativo e histórico.

Pero hemos evitado que las descripciones de los espacios ahoguen el fluir del relato, para lo que hemos seleccionado dentro de éstos aquellos elementos que sintetizan más

nítidamente el valor semántico del lugar narrado, para lo cual se eliminan datos superfluos que puedan introducir lentitud sin sentido en el ritmo del texto literario.

Hemos entendido también, como afirma Marta Castellino (2003: 190), que el autor no debe limitarse a que el narrador omnisciente o los narradores homodieéticos describan los diferentes espacios, sino que debe autenticar su discurso a través de complementar la descripción con aspectos no estrictamente espaciales, pero que ayudan a entenderlo, como ciertos usos y costumbres, ritos, creencias, supersticiones, distribución de las viviendas, etc.

Al margen de que iremos viendo, a lo largo de este capítulo y otros, descripciones de este tipo, que otorgan al espacio un valor simbólico y semiótico, conviene que nos detengamos ahora en ciertos momentos de la narración en los que el espacio se une indisolublemente a algunos de estos elementos complementarios que hemos dicho autentican el discurso espacial.

En el primero de ellos, en el exilio dorado de Yuder en una zauia del Sus, se connota a ese espacio de misterio, superstición e idiosincrasia de esa región alejada de la corte, con ocasión de la celebración bereber religiosa y comercial de la fiesta del *mussem*, en torno al ksar y la zauia de Es-Souk. Allí, Yuder asistirá a una práctica de curanderismo muy ligado al espacio donde se encuentra:

Llegamos a la zauia de Es-Souk por la tarde del primero de los tres días que duraba también el mussem. En su sala principal el cheik estaba recostado entre cojines sobre una estera en el suelo, recibiendo a los devotos que desde lugares muy alejados de la región habían venido a obtener la baraka o bendición del hombre santo que presidía el recinto (192)...

... Con la sangre que manaba de la herida mojó un trozo del pan que habíamos utilizado en la cena frugal que habíamos degustado antes de la danza, y se lo dio a comer al herido [Yazid, uno de sus suboficiales] al tiempo que le despojaba de las tablillas que apretaban su pierna y le untaba con su sangre la pierna fracturada (194)...

A la mañana siguiente, después de dormir un rato, abandonamos la zauia para volver a Es-Souk y, curiosamente, Yazid ya no necesitaba las tablillas para andar y las heridas de su curandero habían cicatrizado (195).

En Tombuctú, Yuder vivirá la religiosidad de la ciudad santa del Sudán, muy ligada a la proliferación en ella de mezquitas y mausoleos de hombres piadosos. Será éste un subespacio en el que se producirá una ligazón estrecha entre la celebración del *maulud* (conmemoración del nacimiento y bautismo de Mahoma) con las mezquitas y otros espacios sagrados de la ciudad:

Empezamos dando tres vueltas a la mezquita de Djingereiber invocando el nombre de Alá y de su Profeta, mientras observaba que muchos devotos yacían sobre las tumbas de sus antepasados, situadas junto a la muralla de la mezquita y señaladas por unas piedras que sólo ellos reconocían. Después de estas tres vueltas preceptivas a la gran mezquita, hicimos lo mismo en torno a las dos otras principales mezquitas de la ciudad, la de Sankoré y la de Sidi Yahya (256).

*Nos sentamos en el suelo, sobre unas esterillas dispuestas en el espacio cercado frente a la fachada principal de la mezquita, reservado a las autoridades civiles y religiosas de la ciudad. Se procedió primero a recitar íntegramente otra vez el *Kitab al-Ishrniyyat* de al-Fazzazi, a lo que siguió la lectura también por todos de la *fatiha*, tras lo cual los presentes en el ritual lanzaron al aire al unísono un único grito de júbilo, saludándose los unos a los otros y deseándose suerte para el año venidero. Habíamos celebrado el bautizo del Profeta y con ello acababa el *maulud* (257).*

O la relación de la paz interior asociada al interior penumbroso de las mezquitas, como le sucedió a Yuder en variadas ocasiones, recordando con nitidez fechas y estados de conciencia:

Recuerdo aún con nitidez aquel día de mediados de agosto. Hacía calor en la calle, aunque en el interior de la mezquita, donde me hallaba, la media oscuridad que reinaba entre sus columnas era un bálsamo para el cuerpo y para el espíritu. Era viernes y estaba en Djingereiber con el caíd y otros notables de la ciudad, en primera fila de los creyentes que seguían el ritual de la oración principal de la semana, frente a la hornacina del mihrab, desde donde el imán que dirigía la

plegaria acababa de invocar el nombre del sultán de Marrakech como el amir al-muminin, el comendador de los creyentes (258).

Igual que cuando expresamente se iba a meditar a la gran mezquita de Tombuctú, que, con su configuración sobria y armoniosa, le hacía evocar amigos perdidos y momentos de su azarosa vida:

Una tarde que andaba melancólico me fui a meditar a la gran mezquita de Djingereiber y a recordar a los que consideré amigos al poco de llegar a la ciudad, al cadí Abu Hafs, Ahmed Baba y Bagayoko, ahora los dos primeros presos en Marrakech y muerto el último de ellos. Me recosté en el suelo sobre una estera, leyendo unas poesías de Sidi Yahya que me recordaban a las que leía en la zauia de Tamegrut, todas ellas de un elevado misticismo.

La sala de oración está plagada de anchas columnas, como ocurre en la mezquita de Córdoba, según me dijo en su día Bagayoko, construidas con el pobre aunque digno barro que le da a la estancia sobriedad, pero también belleza y una quietud y armonía que hace que la imaginación vuele lejos del recinto sagrado. Evoqué los diferentes lugares por los que ha transcurrido mi vida y, al igual que me dijo el imán sobre que es-Saheli estaba enterrado en uno de sus pilares piramidales, aquí quiero yo también ser sepultado cuando llegue la hora de mi muerte (289).

Hemos querido también recurrir a un fenómeno natural extraordinario propio del desierto, como el *hartman* (fuerte viento de arena), al final de la novela, para dar una pincelada evocadora de Las Cuevas: la patria al principio y al final del relato:

Nunca había visto un hartman como el de aquella tarde. Sobre el cielo se levantaba un muro de arena, que avanzaba rápidamente hacia la ciudad, envolviéndola completamente en unos pocos minutos. De pronto todo se oscureció, pasándose del día a la noche, y un fuerte viento de fina arena del desierto nos cubrió a todos, arrojados al suelo y tapados por nuestras túnicas.

Me recordó la situación, Marcos, a cuando se desbordó el Almanzora una vez en nuestra niñez. Estábamos todos los amigos jugando en los taráis frente a la rambla

que desembocaba en el río, cerca de Portilla, cuando oímos las caracolas de los agricultores que vivían más arriba... (321).

III.1.2: Los subsistemas espaciales y su función simbólica

El eunuco se estructura, pues, en cuatro partes (Las Cuevas/Reino de Granada, Marrakech, valle del Draa y Tombuctú) que son los cuatro subsistemas espaciales que forman parte del universo espacial de la novela, que bien pudieran reducirse al binomio Mediterráneo/Curva del Níger.

Y, habida cuenta de que la estructura espacial de esta novela se centra en esos cuatro subespacios diferenciados, hemos adoptado una técnica perspectivística plural, no unidireccional, en la que el concepto de *simultaneidad espacial* de Frank (1963: 8-9) nos permite, como muchos otros autores hacen con sus relatos, poner en relación esos distintos subsistemas espaciales que forman parte del universo espacial de la novela, simultaneidad que se convierte en parte estructurante de la trama, muy útil para acercarse a mundos paralelos interrelacionados por personajes que los habitarán en tiempos sucesivos, o simplemente para describir subespacios de ese espacio global en unos mismos tiempos cronológicos, aunque sean habitados en principio por personajes diferentes que pueden encontrarse o entrar en conflicto en algún momento. Se trata, en definitiva, de narrar acciones simultáneas en el tiempo en distintos espacios.

La simultaneidad plena la vemos en la novela, por ejemplo, cuando se describen acontecimientos que ocurren en el mismo tiempo en subespacios diferentes, como los son Las Cuevas, en el reino de Granada, Marrakech, la zauia del Sus o el Songhai sudanés. Así, mientras que en 1569 el rey de los moriscos Aben Humeya arrasa la vega del marqués de los Vélez en Las Cuevas, la patria de Yuder, por esas mismas fechas gobierna en el recientemente unido reino de Fez y Marrakech Muley Abdallah al-Galib (1557-1574), hijo de Mohamed ech Cheikh, el fundador del nuevo imperio marroquí, cuya familia procedía del valle del Draa. Y, finalmente, el emperador sudanés, el Askia Daoud (1549-1582), lleva el Songhai a su esplendor en ese mismo momento. Es un intento de plasmar lo que está ocurriendo al mismo tiempo en los cuatro subespacios, que principalmente nuestro personaje principal, Yuder, conectará transitando por todos

ellos, en un encuentro metafórico entre el Mediterráneo y el África subsahariana, pasando por el Magreb.

Pero en *El eunuco*, además de aplicar la simultaneidad espacial, predomina la sucesión de espacios en una determinada cronología vividos especialmente por el protagonista, Yuder Pachá. Así, el espacio se configura relacionándolo íntimamente con los significativos y grandes momentos temporales de su vida, recreándose la novela primero en el subespacio del reino de Granada, donde nace y se cría Yuder; para seguir con el de Marrakech, donde se forma y vive la juventud; en el valle del Draa, donde alcanzará la madurez, para acabar con el subespacio de Tombuctú, donde funda un pachalato marroquí, con importantes aportaciones andalusíes.

Tiene sentido, pues, que las cuatro partes de la novela se correspondan con los cuatro espacios diferenciados en los que nuestro protagonista principal desarrolla sus cuatro grandes etapas vitales.

En este sentido, hay una reconstrucción topográfica del espacio en la novela horizontal porque todos los lugares que lo integran, como campos, calles, palacios, plazas, ríos, mares y otros accidentes geográficos, pueden localizarse en el plano horizontal del mundo, como en un mapa. Este nivel topográfico es opuesto al vertical, en el que los espacios se encuentran en un eje vertical imaginario y simbólico (Juan Ginés, 2004: 37-39).

Álvarez Méndez (2002: 80), en su tesis doctoral *Los espacios narrativos*, afirma que el interés del espacio en la novela viene dado en gran medida por la dimensión *actuacional* del autor. En el caso que nos ocupa, durante los nueve viajes a la Curva del río Níger entre 1993 y 2010) es cuando nuestra atracción por los paisajes que contemplamos se convierte ya en un *leitmotiv* de nuestra creación artística, haciéndonos ver de manera diferente la conocida Marrakech y nuestro lugar patrio también de Las Cuevas, hoy Cuevas del Almanzora, con nuevos ojos, espacios que se engarzan entre sí formando parte del universo global de *El eunuco*.

Y estas experiencias personales y el conocimiento profundo del medio tratado, harán indudablemente que la trama parezca enteramente verosímil al lector, contribuyendo a esa imagen de realidad de la que hablábamos antes cuando afirmábamos que los espacios naturales descritos no son ficcionales.

Los distintos espacios vividos por el protagonista son verdaderamente determinantes de su *hacer* y de su *ser*, en tanto que, por un lado, condicionan absolutamente su modo

de vida y, por otro, servirán para forjar su personalidad. Como dice Bobes, el espacio perfila a los personajes (1985: 199), en el sentido de que modula sus particulares psicologías. De alguna manera el espacio en novelas como ésta supera su función básica de ser el “escenario de la acción para convertirse en agente de la historia” (Juan Ginés, 2004: 23).

Y es que, efectivamente, en este tipo de novelas el espacio guarda relación muy estrecha con el personaje, adquiriendo su verdadera relevancia cuando los distintos actores de la acción transitan por él, configurándolos de una determinada manera, como bien afirma Gullón (1980: 55).

Y ello es así porque el espacio, por muy real que sea, acaba por convertirse en un espacio mental cuando un determinado personaje lo habita o da cuenta de su existencia. Será entonces un espacio subjetivo, vivido por el individuo, percibido desde su particular psicología.

El espacio, así, deja de ser una convención estética y sirve para ubicar la historia diegéticamente, representándola, y posee una acepción simbólica, es decir, tiene un significado socio-cultural además de psicológico. Se trata de la dimensión topológica que Panofsky (1999) aplicó al espacio, como uno de los hilos conductores del relato. Éste podemos ponerlo en relación con la realidad, con la trama y con la organización textual. En el primer caso tenemos un espacio concebido como un mapa: el nivel topográfico del espacio. En relación con la trama, el espacio no es ya una entidad estática, sino una zona de acción en la que se producen los acontecimientos: es la estructura cronotópica. Y finalmente es en el nivel textual u organización del espacio en el discurso en el que tiene lugar la narración (Mendoza, 2003: 257; Valles, 1999).

De lo expuesto anteriormente cabe deducir que el espacio narrado nunca es neutro, sino que está impregnado de la elaboración perceptiva del narrador y de las connotaciones sociales que intervienen en su configuración, que le dotan de significaciones diferentes, como lugar de placer o, por el contrario, inhóspito, de encuentro o despedida, de luchas o de asiento del poder, y de otras variadas significaciones, que hacen que el autor de un relato ponga límites a los espacios de la trama (Ainsa, 2003: 26-27).

La evolución de los personajes a través de los diferentes espacios implica que el autor o el narrador presenten previamente dichos espacios, describiéndolos. En muchas obras de ficción los espacios reales no tienen por qué coincidir con los espacios tal y como

son vividos por los protagonistas, adquiriendo esos espacios un valor extraordinariamente simbólico, muchas veces no coincidentes con la realidad.

En *El eunuco*, en la mayoría de los casos, por no decir en todos, coinciden los espacios relatados y los ficcionales, al ser una novela realista, aunque su evocación por Yuder y otros personajes de la novela tenga también un valor simbólico: la placidez de la vega de Las Cuevas, con su distribución urbanística que reposadamente descansa sobre el río Almanzora, en una armonía que evoca la patria perdida; el mar bravío del Estrecho que preludia el cautiverio de los raptados por al-Dugali; Marrakech con sus palacios, llenos de intriga, y el harén, que despierta la voluptuosidad incluso de los eunucos; el valle del Draa, con sus gargantas profundas y valles que alternan su verdor con la aridez del desierto, contrastes que se corresponden con la convivencia del agravio del exilio forzado de Yuder con la sensualidad como medio de sobrellevar este exilio que se convierte en dorado; o la vastedad de las tierras sudanesas donde recrear en torno a su gran río, el Níger, la patria añorada de Las Cuevas que riega otro río recordado, el Almanzora. Los espacios cargados de valor simbólico, pero reales, aunque utilizados en la novela, como vemos, semióticamente, pero que no dejan de ser fundamentalmente una de las coordenadas, junto al tiempo, que enmarca la acción del discurso literario y el deambular de sus personajes por ellos.

Y aunque, al ser *El eunuco* una novela y no un tratado de Historia, aun siendo en líneas generales las geografías aludidas reales efectivamente, hay elementos espaciales, con una carga simbólica buscada por nosotros, que a pesar de que no pudieran coincidir exactamente con la realidad nos conviene en el relato y resultan ficcionalmente verosímiles. Es lo que afirma Albadalejo cuando alude a las construcciones lingüísticas, que aun siendo independientes de la realidad efectiva, sí que están vinculadas a ellas por su verosimilitud (1992: 54).

En el texto novelesco inevitablemente el espacio objetivo devendrá en espacio subjetivo, en tanto que el autor o yo narrador pasará por su propio tamiz perceptivo las sensaciones espaciales que le proporcionan sus sentidos, expresando de una determinada manera el espacio en cuestión, cuya realidad efectiva asume el lector (Gullón: 1980: 2).

La mayoría de las descripciones espaciales aparecen en la novela narradas en la mayoría de las ocasiones por Yuder a sus interlocutores epistolares, como al escribano Hakím al-Andalusí (su amigo Marcos) o a su preceptor Diego Marín, descripciones

escritas tal y como ve esos espacios, convirtiéndose en un narrador-descriptor, que por ello otorga a lo narrado la verosimilitud del que contempla con sus ojos una determinada geografía o ambientes espaciales. Igualmente, un segundo narrador, el padre Diego Marín, preceptor de Yuder, describirá en su *Memorial* a su pupilo el entorno palaciego de Marrakech, completando su visión del mismo (polifonía). En otras ocasiones es el narrador omnisciente quien describe el mundo espacial de la novela, convirtiéndose en narradores los teóricos recopiladores de los manuscritos que conforman *El eunuco* para asentar los espacios en la realidad efectiva y hacer más creíble el discurso narrativo.

Como se deduce de lo expuesto anteriormente, para autentificar el discurso narrativo hemos recurrido a describir los distintos espacios de manera precisa y muy ajustada a los espacios reales donde transcurre la acción, porque entendemos que ello le da a la narración la verosimilitud buscada.

La primera parte de la novela (*Reino de Granada*) se circunscribe al antiguo reino nazarí ya conquistado por los Reyes Católicos setenta años antes, reino en el que se encuentra el pueblo natal de Diego de Guevara, Las Cuevas (hoy Cuevas del Almanzora), donde transcurre su primera infancia. Ese espacio y ese tiempo forjarán indudablemente parte de su carácter, y su recuerdo lo acompañará toda su vida, convirtiéndose en la patria añorada que intenta reencontrar en otros espacios y tiempos que vivirá después. Sin duda, el habernos criado en esa misma villa evidencia el valor de la dimensión actuante del autor al que aludía Álvarez Méndez, afirmación a la que nos hemos referido antes.

La villa de Las Cuevas debía su nombre precisamente a esta sucesión de grutas que, como poros para respirar, tenía la inmensa terrera que servía de límite por el este al pago de Calguerín. Estas cuevas agujereaban la roca vertical y su acceso sólo era posible en la mayoría de los casos por las escaleras de cuerda que se lanzaban desde su interior hacia abajo, por lo que una vez parapetados allí los que las moraban y recogidas las escaleras, se hacían inaccesibles. Algunas de ellas estaban habitadas por los moriscos más humildes, en otras se guardaba el grano, como una especie de rudimentarios silos, y otras servían de escenarios imaginarios para la chiquillería (60).

--- Y a nuestra tierra de origen, ¿la has echado siempre de menos?

--- Sí, Marcos, creo que siempre la añoré, que siempre vino conmigo, y que, aunque a veces no me diera cuenta, permanentemente la busqué en la tierra de los negros (54).

La imagen que tiene Yuder de Las Cuevas es muy precisa, como vemos en sus *Confesiones* a Marcos, describiendo el medio natural y el urbano de forma muy exhaustiva. Rememora, así, el sistema de regadío de la vega de su tierra natal, con su red de acequias, ramales, azudes y manantiales de agua. Da cuenta de los árboles frutales que recuerda, como las palmeras datileras o las higueras, entre otros.

Saciada nuestra hambre con las brevas o los higos, seguíamos por una vereda, entre verdes bancales plantados con verduras y hortalizas, hacia el fondo de la vega, que se cortaba abruptamente por unas colinas de mediana altura en las que se vislumbraban algunas cuevas y humildes viviendas de los moriscos que cultivaban las tierras.

Naranjos, limoneros, albaricoqueros, olivos y granados compartían suelo con legumbres como las habas, los garbanzos o los guisantes, que coloreaban la tierra cuando daban el fruto, mientras que la alfalfa, que servía de forraje para el ganado, manchaba de verde el campo todo el año (52).

En esta descripción del medio rural de Las Cuevas queremos dejar clara la influencia del sustrato musulmán en su identidad como pueblo, aludiendo a cuestiones tan fundamentales como su economía, basada fundamentalmente en la agricultura, al tiempo que la relegación de los herederos de los musulmanes, los moriscos, a “algunas cuevas y humildes viviendas”, siendo ellos los que cultivan mayoritariamente las tierras. Sus antiguas viviendas en el núcleo urbano serán ocupadas por los “cristianos viejos”, que vendrán de otras geografías peninsulares a repoblar el antiguo solar musulmán.

A veces esa precisión en la descripción relaciona el espacio con el tiempo que transcurre en él, produciendo, por ejemplo, cambios en el paisaje ligado al paso de las estaciones. Es lo que recuerda Yuder que le pasaba a la fértil vega de su Cuevas natal, y que, por otra parte forma parte de nuestros propios recuerdos de infancia, un recorrido

que habremos hecho con nuestros amigos cientos de veces: las propias vivencias como fuente de información:

Cruzando el río, al otro lado, se abría el pago de Campos, que cambiaba del color verde al amarillo según los trigales crecían y daban su fruto, recordándonos también el cambio de las estaciones (52).

Recordará también nítidamente Yuder la configuración urbana de Las Cuevas, que recorrerá una y mil veces con su pandilla, siendo descrita con gran minuciosidad para que aparezca como un mapa o plano por el que se mueven los personajes, descripción igualmente resultante del conocimiento de la villa y de nuestras investigaciones de cómo era en ese momento histórico, aunque la trama urbana a la que aludimos haya sufrido pocas modificaciones:

La antigua medina musulmana de Las Cuevas coincidía prácticamente con el barrio que conocíamos como de la morería, antaño al lado de la mezquita mayor, ahora iglesia, al que se entraba según se salía del templo a la izquierda, con intrincadas callejuelas que desembocaban en la cuesta de los Aljezones, que descendía hasta encontrarse con el final de la calle del Pilar de la Almazara del Marqués, la que arrancaba de la iglesia de la Encarnación, formando una especie de ángulo con ella, que circundaba como perímetro a la morería. Y ambas calles confluían en un cruce donde se hallaba una antigua mezquita, ahora convertida en ermita bajo la advocación de la Virgen de Nuestra Señora de la Piedad (57).

En la parte segunda (*Marrakech*) Diego de Guevara se convierte en Yuder. El espacio anterior cristiano deja paso al musulmán del imperio de Marrakech, y allí Yuder pasa de la niñez a ser un hombre joven, con dos momentos temporales que marcarán definitivamente su personalidad: la castración a la que se ve sometido, convirtiéndose en un eunuco, con su psicología diferencial; y su esmerada educación, sobre todo militar, que lo convertirá en uno de los más prestigiosos generales del ejército marroquí.

Lo primero que llamó mi atención de Marrakech al traspasar sus murallas fueron sus palmerales y el color rojo de sus casas, y la sensación de encontrarnos

en una gran ciudad en la que amplias avenidas conducían a palacios, madrazas y mezquitas, dominando toda la horizontalidad los alminares de estas últimas, especialmente el de la Kutubia, y la imponente cordillera del Atlas, allá en el fondo del paisaje, con sus cumbres todavía nevadas (69).

Pasamos tres días en la estancia donde nos habían operado, recuperándonos de las heridas y cambiando aceleradamente, al menos los mayores, nuestra percepción del mundo adonde nos habían traído. Ya estábamos en condiciones de vivir en la casa de los eunucos (81).

...esos son mis mejores recuerdos de mi formación en palacio, el aprender a montar a caballo, a tirar con arco, a manejar la espada y la daga, lanzar la jabalina y luchar cuerpo a cuerpo. Y cuando ya empezábamos a dominar estas disciplinas bélicas, más o menos un año después de nuestra llegada, un mando militar andaluz, un cristiano viejo que se había hecho mercenario a las órdenes del sultán, nos enseñó el manejo de la pólvora y del tiro con arcabuz, lo que me deslumbró, porque vi la fuerza que podía adquirir un hombre prolongando su mano con tal mortífera arma (92).

Igualmente se describirá, en esta ocasión por parte del presbítero Diego Marín en su *Memorial a Yuder*, la estructura espacial del palacio del sultán en Marrakech, con sus patios sucesivos, jardines, fuentes y edificios suntuosos anexos, ocupado cada uno de ellos por cortesanos y servidores de distinta categoría, en una representación del espacio como símbolo de jerarquía social (70).

Yuder se detendrá también en describir con detalle la medersa donde estudia (91-95) y el espacio vedado del harén como lo ven sus ojos (102-108), como comprobaremos en un apartado posterior a este capítulo cuando relacionemos el espacio con los sentidos.

Pero también es importante la descripción de los espacios domésticos donde transcurre la vida de Yuder en Marrakech, sobre todo aquellos que habita por su condición de eunuco cortesano o alumno aventajado. Cuando va traspasando los distintos patios del palacio de Marrakech es como si fuese conociendo paulatinamente los lugares donde se asientan los entresijos del poder y la vida íntima de los cortesanos:

Atravesamos la puerta de acceso al segundo patio, donde, a diferencia del primero, en el que había un ruido casi ensordecedor por el mucho ir y venir de la gente allí concentrada, en éste reinaba el silencio. En un extremo del patio se abría lo que debiera ser el Salón de Audiencias, en el otro la que luego supe era la Sala del Consejo Imperial, el diwán, y algunas otras dependencias con soldados y los que parecían siervos con distintos oficios palatinos (72-73).

...

A un lado del recinto destacaba un edificio rectangular de una sola planta, recubierta de mármoles y cerrada por un tejado dorado que correspondía al Salón del Trono. Al otro lado del patio se agrupaban las dependencias privadas del sultán, que ocultaban las estancias del harén y de los eunucos. Y ante todas esas dependencias, musculosos esclavos del color del ébano guardaban la privacidad del lugar. Era el espacio de la vida doméstica y de placer del sultán, su ámbito más íntimo, al que muy pocas personas podían acceder (73).

En la tercera parte (*El exilio dorado*), que transcurre en el valle del Draa, es donde vemos a un Yuder que desarrolla su sexualidad de eunuco y busca los placeres que lo evadan de su exilio, al tiempo que ejerce las funciones encomendadas por el sultán de recaudar impuestos, educar a los infantes portugueses de Alcazarquivir en la fe islámica y someter a las tribus insurgentes con eficacia y diligencia. Es el momento en el que su fama y prestigio van creciendo, en un espacio alejado de la corte, en el que puede reflexionar sobre sus errores incipientes en el palacio del sultán, al tiempo que se enfrenta al cometido asignado en el que él es el último responsable. En este cronotopo adquiere la madurez, aunque es joven todavía.

Tuvimos que atravesar dos ríos, el Dades y el Uarzazat, y pasar la aldea de Agdz hasta adentrarnos en el valle del río Draa, fruto de la unión de esos dos afluentes. El nuevo río transcurría nada más formarse surcando suaves laderas que descendían de la gran cordillera del Atlas, para adentrarse luego en terrenos más llanos. El paisaje entonces volvió a cambiar, sucediéndose en las orillas de los ríos y riachuelos oasis poblados de palmeras y pequeños huertos irrigados con el agua que canalizan los pobladores desde los cauces a los bancales, un agua teñida de

ocre debido a los minerales que arranca a las montañas, pero buena para el riego y agradable al paladar (172).

Iniciamos el viaje desandando el camino que nos llevó a Tamegrut desde Marrakech. Subimos hasta Uarzazat, desde donde partimos hacia el oriente siguiendo el valle del río Dades, plagado de kasbas y ksar en sus orillas, que visitábamos anunciando a sus jeques mi cometido como recaudador de impuestos y de recordarles su obligada obediencia al sultán (190).

...Todo mi cuerpo estaba fibrado por el ejercicio al que constantemente lo sometía. Me había convertido en un hombre ya físicamente, aunque mentalmente lo era desde hacía tiempo. Y fue Nana, con su cuerpo acoplado al mío, la que me mostró, como si fuera un espejo, los cambios corporales que me habían ocurrido fruto del severo adiestramiento que había seguido durante los años anteriores. Con Nana a mi lado, con nuestros escarceos sensuales, me sentí un hombre completo, con ganas de vivir de nuevo (191).

Finalmente, en la cuarta parte (*Tombuctú*), el espacio de la Curva del Níger será el definitorio de su fama y prestigio para la Historia. Ha llegado su tiempo en esa geografía alejada del antiguo reino de Granada y de Marrakech en el que se hará de alguna manera inmortal, un personaje histórico y de leyenda.

Habíamos salido del Tanezruft y entrado en el Sahel, una zona de transición entre el desierto más duro y la estepa que empezaba más al sur, pero igualmente árida, aunque empezaban a aparecer arbustos y árboles de poca envergadura, como las acacias, cuando llegamos a la primera de las ciudades del Songhai, Arauán (231).

La sabana se dibujaba ya en el paisaje porque empezaban a verse superficies verdes de vegetación manchar el ocre que todavía predominaba en el horizonte. En el mes que llegamos al Níger, en marzo, es cuando éste lleva menos agua, por lo que vimos islotes de arena que sobresalían entre los meandros del río debido a

que su nivel había menguado mucho. Por el contrario, el calor era muy intenso y el tórrido viento parecía querer secarlo todo (232).

El narrador omnisciente nos describe topográficamente la ubicación de la kasba que Yuder ordenó hacer en Tombuctú:

La kasba estaba fuertemente amurallada, con dos entradas, una hacia el sur, en dirección al puerto de Kabara y del palacio Madugu que construyera es-Saheli, donde había residido siempre el Tombuctú-koy; y otra hacia el oeste, donde se encontraba el mercado, y más allá, en esa misma dirección, la gran mezquita de Djingereiber (251).

Y Yuder contará al escribano Hakim al-Andalusí la situación y las estructuras de las viviendas de la ciudad:

Al igual que pensé al ver las kasbas del Draa, las viviendas de Tombuctú parecían también surgir de las entrañas de la tierra, como si fueran una continuidad de las arenas del desierto que hasta allí llegaba. Salpicados en los cruces de las calles, vi hornos para hacer el pan, de barro también y con la estructura cónica de los hormigueros de termitas con los que nos encontramos en el desierto en nuestra reciente travesía.....

Aunque la mayoría de las viviendas eran muy simples y de una sola planta, casi todas ellas tenían en sus ventanas las celosías que yo viera antes en Marrakech, y sus puertas estaban adornadas con remaches metálicos que realzaban las fachadas de las mismas. La mayoría de las viviendas eran de una sola planta, aunque las había de dos, como la del cadí, recubierta su fachada por unas piedras de color más claro que el marrón del barro, que se traían del desierto y que reforzaban la estructura además de ornamentar las casas de los ricos (254).

Pero, como siempre en *El eunuco*, el espacio descrito tiene una función semántica, que el título de un capítulo ya lo explicita: “Tombuctú, el nuevo al-Ándalus” (303-307). El espacio sudanés como una recreación de la patria perdida de Las Cuevas, en el reino

de Granada. La mítica Tombuctú como la nueva tierra de los andalusíes exiliados o separados a la fuerza de la también mítica al-Ándalus (Llaguno, A., 2008).

III.1.3: El viaje como elemento vertebrador del espacio

Quizá es el viaje el momento en el que la relación entre el espacio y el tiempo es más estrecha, donde ambos elementos están más unidos y son determinantes de la evolución psicológica del protagonista. De hecho, algunas de las grandes novelas o narraciones de la literatura universal podrían considerarse como relatos de viajes.

Khady Diop en su tesis doctoral, *África subsahariana en la novelística de Manuel Villar Raso: un acercamiento multidisciplinar*, nos habla de los viajes como estrategia de presentación y configuración espacial, profundizando en la función y simbolismo del camino. El viaje adquirirá una gran importancia como eje temporal y espacial del relato (2010: 28-32).

Nos recuerda el autor que la representación textual del viaje se ha convertido en un elemento habitual de la literatura desde la antigüedad. Ya Homero, en su *Odisea*, relata las hazañas de Ulises en un viaje por tierras desconocidas, donde va descubriendo igualmente seres extraordinarios e ignotos, buscando su patria de Ítaca, donde su paciente y fiel esposa, Penélope, lo espera. La epopeya de Ulises será un referente desde entonces de la importancia del viaje en sí, al margen de lo que se encuentre en el camino.

Otras obras posteriores utilizarán el viaje como elemento configurador del relato, como el *Viaje de los Argonautas*, de Apolonio de Rodas, *Las aventuras de Simbad el marino* de *Las mil y una noches*, *El Cid*, las novelas de caballería, como *Amadís de Gaula*, las novelas picarescas, como *El lazarillo de Tormes* o *Guzmán de Alfarache* o el mismo *El Quijote*, por no avanzar más en la historia de la literatura universal.

Podríamos afirmar, por otro lado, que gran parte de las obras de ficción se asientan en el espacio estrechamente relacionado con el viaje, siendo el tema fundamental de muchos textos literarios novelescos, como hemos apuntado (Butor, 1964: 44). En nuestra novela el viaje guardará una estrecha relación con los lugares por los que transitan nuestros personajes, especialmente Yuder. El espacio recorrido será la base sobre la que se asienta la trama de la novela, y los distintos acontecimientos que tienen

lugar en ella, siendo, pues, el elemento novelesco en el que se incardinan tanto los desplazamientos físicos, así como la evolución psicológica de los personajes.

El eunuco guarda una cierta relación con el llamado “relato de viajes”, si bien no puede identificarse plenamente con él, sino que toma prestados elementos configurativos de su estructuración narrativa. En este sentido, dentro de los dos tipos de relatos que distingue Genette (1993: 53-76), los relatos factuales y los ficcionales, en la novela los viajes son factuales y no de ficción, basándose en hechos realmente acontecidos, con espacios y tiempos vividos realmente por los personajes.

Ese predominio de lo factual sobre lo ficcional hará que formalmente en el relato de *El eunuco* lo descriptivo se imponga a lo narrativo, y que lo objetivo prevalezca sobre lo subjetivo. Los espacios por los que transcurre el tiempo que se narra cobran, como ya hemos visto, una importancia crucial en el relato, convirtiéndola en una novela verdaderamente espacial más que temporal, aunque el ámbito cronológico sirva para dar en cada momento la importancia a un espacio, al que sucesivamente seguirá otro y otro en ese devenir viajero de nuestros protagonistas.

Albuquerque-García (2011: 15-34) señala perfectamente estos tres rasgos nucleares factual/ficcional, descriptivo/narrativo y objetivo/subjetivo de todo relato de viajes, en el que la paratextualidad tiene también su importancia, actuando como un elemento más que ayuda a describir la esencia del viaje, y encabeza, por ejemplo, los capítulos pertinentes con títulos que aluden a lo característico y propio del viaje en sí. Títulos como “De Marraquech al valle del Draa. 1579, “Carta del escribano Hakin al-Andalusí al pachá Yuder donde le cuenta la llegada del príncipe askia Uld Quirinfil” o “ Carta del pachá Yuder al escribano Hakim al-Andalusí donde le narra su travesía por el desierto. 1590-1591” resumen descriptivamente en sí mismos los viajes por espacios determinados.

En la novela hemos querido imbricar ambos componentes estructurales en los momentos cruciales de la vida de Yuder, porque los diferentes viajes que tuvo que emprender nuestro héroe, casi siempre impuestos por otros, marcaron su personalidad.

El primer viaje es el emprendido por su familia cuando es expulsada con otros moriscos de Las Cuevas en 1570. Describimos el itinerario que seguirá su grupo familiar “que saldría de Las Cuevas hacia Vera y de allí, por la costa, arribaría a Sevilla por el río Guadalquivir, para ser dispersados luego por la ancha Castilla” (41). Esta separación, impuesta orfandad, marcará la vida de Yuder.

El segundo viaje cronológico que se relata en la novela es el que siguen el corsario al-Dugali y sus secuaces desde que desembarcan en Mesa Roldán hasta que llegan a Las Cuevas para raptar a los vecinos que pudieran. Es un corto viaje que nos permite que los lectores se asomen a un paisaje desolado por las sucesivas expulsiones de las poblaciones moriscas en tiempos diferentes:

Anduvieron por la noche para no ser avistados, e iniciaron la caminata rambla arriba hasta que dejaron la sierra del Cabo de Gata y se internaron en la de Cabrera. Pasaron por pueblos y enclaves abandonados, como Teresa y Cabrera, o diezmados, como Serena, Bédar o el cabezo de Marín, despoblados tras la expulsión de sus hermanos los moriscos tres años antes¹⁷, hasta que llegaron al lugar de Antas, donde se dispusieron a descansar (25).

En la mañana del sábado 28 de noviembre los corsarios llegaron a Las Cuevas, entrando por la rambla que llamaban de Cirera, por detrás del castillo (26).

El tercer viaje es el que realizan los vecinos de las Cuevas capturados en la razia de al-Dugali, en un viaje penoso por el tramo final del valle del Almanzora:

Finalmente, los corsarios se pusieron en marcha hacia el río llevando en medio de ellos a la presa capturada. Eran más de doscientas cuarenta personas las que apresaron, que iban maniatadas o atadas las manos a la espalda y con una argolla en el cuello que se encadenaba a la de la persona que le seguía y antecedía. Formaban en fila formando pequeños grupos que, a su vez, estaban unidos entre sí por cadenas no demasiado largas, lo que dificultaba el andar.

Despejado ya el camino, la cabalgada de corsarios y sus cautivos siguieron el curso del río hacia Villaricos, que distaba menos de tres leguas de la villa saqueada, en medio de gritos y lamentos. Llegaron al enclave litoral hacia el mediodía del domingo 29 de noviembre y, apaciguada ya la mar, embarcaron rumbo a Tetuán en los navíos que los esperaban (30).

17. Sofocada la segunda rebelión de las Alpujarras el 1 de noviembre de 1570, se procedió a la expulsión de los moriscos seguidamente, tanto de Las Cuevas como de todo el valle del Almanzora y de Sierra Cabrera.

El cuarto viaje es el que hicieron los cautivos de Las Cuevas en barco desde Villaricos a Tetuán, un viaje verdaderamente inhumano por el trato de los corsarios, quizá el más lastimoso de todos ellos.

El quinto ocupa parte destacada de la tercera parte de *El eunuco*, centrándose en el “exilio” que el sultán al-Mansur impone a Yuder, al desconfiar de él por sus posibles tratos con el traidor al-Dugali. Es un viaje muy relacionado con el espacio al que va destinado, la zauia de Tamegrut, en el Sus, donde sirve leal y eficazmente a su soberano, recaudando impuestos de las tribus rebeldes de la región y adoctrinando a los infantes cautivos de la batalla de Alcazarquivir.

Yuder, en sus *Confesiones*, describe minuciosamente el recorrido del viaje, detallando a su interlocutor, su amigo Marcos, los desfiladeros, ríos y valles que atraviesa, como si fueran las escalas de un viaje purificador y catártico, como si estuviera expiando su connivencia pasada en Marrakech con el sultán y sus enemigos al mismo tiempo.

Antes, su amigo y paisano de Las Cuevas le cuenta lo que ya es público en la corte:

Los cortesanos que no te quieren bien, los afines a nuestro paisano ben Zarqun, hablaban abiertamente de que te han exiliado por tu connivencia con al-Dugali. De so2bra sé por ti mismo lo difícil que te fue mantener tu lealtad hacia el sultán, ¡Alá le dé larga vida!, al mismo tiempo que mantener la cortesía debida a nuestro raptor, que también veló, aunque seguramente de manera interesada y torticera, por nuestra formación en palacio, especialmente por la tuya (167).

Pero el sultán no aprieta demasiado a Yuder, no lo castiga formalmente, sino que lo aleja de la corte, dándole mando, como hemos visto, y lo envía a ejercer sus nuevos cometidos en una tierra muy querida para él, como si lo quisiese examinar antes de repudiarlo definitivamente o no. Le sigue contando Marcos:

El sultán te manda precisamente a la cuna de su dinastía, al valle del Draa, donde la familia de los saadíes inició su ascenso al poder imperial...

Es como darte una segunda oportunidad, que tienes que aprovechar para recuperar el favor imperial, demostrarles a todos los cortesanos que eres un buen administrador al servicio del califa (168).

Verdaderamente su nuevo destino es un “exilio dorado”, donde Yuder madurará definitivamente y volverá a hacerse acreedor de la confianza del sultán. Ha sido un viaje reparador para nuestro protagonista, que lo conducirá a un destino donde pasará un relativo largo período de tiempo, once años. Será un espacio desértico donde la zauia, mitad convento, mitad escuela coránica y albergue, le permite reflexionar y gozar de su amante Nana la turca, alcanzando la paz interior que ansiaba y el perdón de al-Mansur. Un viaje, en definitiva, con una fuerte carga simbólica, en tanto que cierra una etapa vital y le permite enfrentarse a otra de crucial importancia en su biografía.

El sexto viaje de Yuder es el que hará, ya rehabilitado políticamente por el sultán, desde Marrakech a Tombuctú. En él, *El eunuco* describe, igualmente, los lugares por los que avanza el ejército marroquí que él comanda a través de lugares inhóspitos y desérticos, pero será también un viaje simbólico porque supondrá el llegar a la tierra prometida para muchos de los soldados, el lugar donde pueden recrear sus respectivas patrias, Las Cuevas para Yuder. Es como el viaje que hicieron siglos atrás los judíos cuando salieron de Egipto y atravesaron el desierto del Sinaí hasta llegar a las fértiles tierras bañadas por el Jordán, el Níger de nuestros personajes.

Yuder va, en este sentido, planificando el asentamiento de los soldados licenciados del ejército en torno al río sudanés (¿piensa en su río natal, el Almanzora?), en tierras que les entrega, como le confiesa a Marcos, y en donde desarrollan variados oficios:

Prosiguiendo con mi idea de asentar definitivamente a nuestros compatriotas en esta tierra, he procedido a licenciar a un centenar de nuestros soldados más veteranos aprovechando que el pachá Mansurico trajera con él soldados más jóvenes que los nuestros, que han reemplazado a los que yo jubilé. En premio a sus servicios he hecho lotes de tierras fértiles pertenecientes a los nativos insurgentes y las he distribuido entre nuestros curtidos soldados. La mayoría de las tierras están junto al río, fecundadas por sus aguas, en donde se cultivan cereales, arroz y multitud de verduras.

Otros de nuestros veteranos han preferido dedicarse a la ganadería...También los hay, sobre todo en los núcleos urbanos, dedicados a los trabajos artesanales... (287-288).

Por eso, cuando el sultán llame a Yuder a Marrakech para que le ayude apaciguar a sus hijos, que se disputan el poder, Yuder manifestará su desazón y contratiempo por esa llamada:

Cuando la vida te regala felicidad ésta no es para siempre. Eso es lo que me ha pasado a mí. Creía que la había logrado por fin en esta tierra y que aquí acabaría mis días, rodeado de gente querida y que me respeta, en un entorno que recrea cada vez más nuestro valle lejano del Almanzora. Pero la carta que me envió el sultán en julio del pasado año desde Marrakech me ha llenado de inquietud porque reclama mi presencia en la capital del imperio (308).

Éste es el último gran viaje de Yuder en el que la novela se detiene describiendo los espacios del itinerario y de las ciudades sudanesas. Los otros que hará, como su vuelta a Marrakech llamado por al-Mansur o los desplazamientos que haga en el contexto de las guerras civiles de los príncipes saadíes ya no son cruciales como tales viajes, por lo que dejan de describirse los espacios con la profusión de antes. La acción será entonces la que imprima velocidad al relato y no tanto el escenario en el que se produzcan.

III.1.4: Los sentidos y el espacio

En esa relación estrecha de la que hemos hablado entre los personajes y el espacio, los sentidos juegan un papel importante en la manera como aprehenden la realidad. En *El eunuco* hemos querido que los distintos escenarios por donde transitan los protagonistas, especialmente el principal, sean descritos no solamente con precisión física, sino también por cómo son percibidos por la vista, el olfato, el gusto, el oído o el tacto de los personajes o del narrador omnisciente.

Y es que los personajes en muchas ocasiones interiorizan el espacio sensorialmente mediante esas variadas sensaciones. Recuérdese, por ejemplo, al Jean-Baptiste

Grenoville de *El perfume*, o a Hans Schnier, el protagonista de *Opiniones de un payaso*, de Heinrich Böll, quien tiene el don de reconocer olores por teléfono. En *El perfume* los personajes captan y describen el espacio y los objetos a través de los olores.

La descripción del espacio se connota entonces de la riqueza expresiva que otorgan las imágenes sensoriales diversas. Ivars habla de que el autor al utilizar los sentidos para presentar el espacio lo está identificando, así como a los personajes y sus sentimientos, entrando, pues, el espacio en el plano de lo simbólico, a lo que tanto venimos refiriéndonos (2005/2006: 99).

La representación de un espacio determinado a través de la vista es lo más habitual en la novela en general, y en la nuestra también. Así, nos recreamos en la descripción de los distintos espacios por los que transcurren las vidas de Yuder y de los otros personajes a través de sus percepciones visuales directas. Tanto el narrador omnisciente, el propio Yuder o los otros actantes escriben los escenarios o paisajes de la novela a través de cómo los ven. Los lectores leerán cómo Yuder, por ejemplo, rememoraré al final de su vida, en la prisión de la Sahena, sus recuerdos visuales de Las Cuevas y de los episodios que más le impactaron allí en su niñez, como el asalto a la villa de Aben Humeya:

...Pero antes de adentrarnos en Campos, nada más subir por un terraplén desde el río, unas higueras robustas y con múltiples ramas como brazos aguantaban nuestro peso, subidos a una altura desde la que veíamos cómo las casas del pueblo, blancas con algún toque de color azul, se desparramaban del castillo hacia abajo (52).

Vimos gente huyendo despavorida que subía río arriba...

... Lo primero que divisamos fueron dos llamaradas de fuego, una que provenía de la iglesia y otra cerca de la casa de mis padres...

Enseguida vimos galopar las huertas de Calguerín unas decenas de caballos y correr por ellas más de un centenar de hombres... (61).

Igualmente, Yuder revive las primeras impresiones visuales que le causaron ciudades como Fez o Marrakech, y el cómo esas visiones primeras le hará comprender su llegada a otra dimensión espacial y a unos entornos palaciegos en principio hostiles:

A la mañana siguiente, al amanecer, Diego de Guevara divisó desde una torre de la muralla del palacio el entramado de callejuelas que se abrían al otro lado del recinto palaciego, que formaban intrincados laberintos en los que multitud de puestos empezaban a abrirse para vender todo tipo de mercancías a los viandantes que ya empezaban a circular por la zona. Comparó la medina [de Fez] con la morería de Las Cuevas y alcanzó entonces a comprender lo grande que era el mundo al que lo habían venido a traer (43-44).

Una vez dentro de la estancia [palacio de Marrakech], vimos a una decena de personas, eunucos como luego supimos, que nos ordenaron desnudarnos. El terror se apoderó de nosotros hasta el punto de que nos bloqueó la razón y, como autómatas, nos prestamos a obedecer sin oponer resistencia (80).

Cuando Yuder se adentra por vez primera en el harén de Marrakech abre bien los ojos para captar lo que allí pasa, descubriendo que es un espacio de placeres y de intrigas. Recuerda vívidamente sus primeras impresiones derivadas de lo que vio y adivinó en las miradas:

Al sultán al-Mutawakkil lo vi tan sólo en tres ocasiones... La primera vez, en la sala de audiencias, nos miró como a los otros regalos que le habían hecho las delegaciones que le habían rendido tributo... (102)

... [el sultán] a diferencia de cuando nos vio en la sala de audiencias, nos miró con otra mirada, claramente de lujuria y lascivia.

...observé por el rabillo del ojo cómo la esclava que estaba más en contacto con el sultán le susurraba cosas al oído, haciéndole arrumacos y carantoñas que le provocaban la risa, y en un momento dado, aprovechando que Alonso atrajo la atención del monarca, me dirigió una mirada y me guiñó un ojo (103).

Los personajes de la novela gustan de recordar las impresiones visuales que le causaron los distintos edificios, habiendo ya transcritos párrafos donde describen minuciosamente patios y salas de los palacios. Así, Yuder recordará también nítidamente la madraza de ben Yuseff y cómo su contemplación le trasladaba a su Cuevas natal:

Tras la puerta de entrada se abría un enorme patio porticado con un estanque rectangular en su centro, donde los alumnos hacían sus abluciones antes de rezar, y enfrente la gran sala octogonal que servía a la vez de escuela superior y lugar de oración. La decoración de todo el interior del edificio era espectacular, lo que resaltaba en una arquitectura que no dejaba de ser sobria. Maderas nobles, mármoles, estucos y mosaicos embellecían cada una de sus paredes y de sus rincones, como la hermosa y profunda cúpula de la sala de oraciones y de estudios que observé cientos de veces cuando permanecía sentado en el suelo con mis libros. Yo miraba hacia arriba, hacia la bóveda, plagada de arabescos y decoraciones que sobresalían del fondo semejando estalactitas, transportándome a otros sitios como si fuera la bóveda celeste de mi niñez allá en Las Cuevas, que no volveré a ver (94).

Igualmente, Yuder recordará cómo vio la fortaleza a donde fue exiliado en el valle del Draa:

A media legua de la zauia de Tamegrut se encontraba el kasr que en la corte me habían asignado como residencia. Desde la distancia se asemejaba a una pequeña ciudad fortificada, con torres vigía en cada una de sus esquinas, todo ello construido con adobes que resultaban de la mezcla de barro con paja o heno secados al aire, y que, a pesar de la pobreza de los materiales, daban sensación de consistencia. El color marrón del barro se confundía con el del árido paisaje, pareciéndome que dichas construcciones brotaban del suelo (175).

O la impresión de majestuosidad que le produjo su primera visión de la mezquita de Djenné:

La mezquita es impresionante por sus vastas dimensiones, que la hacen aparecer como una inmensa fortaleza de barro elevada sobre una plataforma cuadrada de doscientos cincuenta pies por cada lado, accediéndose a ella por varias escalinatas. Sus altas paredes culminan en infinidad de pináculos, entre los que se intercalan decenas de torres y minaretes. Un espectáculo impresionante para la vista, que sobrecoge a uno ante su grandeza (291).

Pero no sólo describimos en la novela los espacios concretos a través de la vista, sino que cada uno de los otros sentidos tendrá un cierto protagonismo en esa aprehensión de la realidad por parte de los personajes.

Respecto al olfato, los primeros recuerdos de Yuder del harén, además de lo que allí vio, fueron los perfumes que olió en ese recinto: "...mientras que tres concubinas le masajaban el cuerpo casi desnudo con aceites que desprendían perfumes embriagadores" (p. 102).

Pero donde más se incide en el recuerdo de un paisaje a través del olfato es en la batalla de Tondibi, donde Yuder se recrea contándole al escribano Hakim al-Andalusí la lucha contra los songhai rememorando los olores del encuentro bélico:

El humo de las explosiones de la artillería se unía a la niebla con la que el día había amanecido y al polvo del suelo para enturbiar el aire hasta hacerlo irrespirable, mientras un fuerte olor a carne quemada inundaba el campo de batalla (236).

Hemos pretendido que el lector asista a la batalla oliendo la pólvora y aspirando el humo y el polvo producidos, respectivamente, por las deflagraciones de la artillería y por la tierra reseca. Una mezcla de sensaciones, a la que se añade la visión de la sangre, para fijar en la memoria el recuerdo del encuentro bélico impactante, pleno de movimiento y ritmo acelerado de todos los que intervinieron en él, hombres y animales, en un lenguaje narrativo similar al cinematográfico: "Fue una carnicería espantosa. La arena quedó completamente impregnada de la sangre de los contendientes, especialmente de los sudaneses" (p. 238).

La percepción del espacio a través del oído también la usamos en la novela como una manera de que el narrador omnisciente cuente acontecimientos importantes y significativos, o de que Yuder recuerde tiempos pasados a través de sonidos diversos.

Así, el narrador omnisciente describirá la llegada de los corsarios berberiscos a Las Cuevas en la razia de 1573 con sonidos estruendosos y amenazantes, frente al silencio temeroso de los que van a ser inmediatamente hechos cautivos:

Pero en ese momento por la puerta de la fortaleza entró un centenar de corsarios berberiscos fuertemente armados mientras que un estruendo de voces, trompetas y tambores tronaba en el exterior del castillo, al tiempo que en su interior un silencio sepulcral invadió a los falsamente convocados en aquel lugar (28).

El mismo narrador relata la batalla de Tondibi acudiendo al estruendo que producen las armas de fuego, que hacen temblar la tierra misma. Un sonido también amenazante: “...Los cañones, arcabuces, culebrinas y escopetas no cesaron de escupir munición contra las filas enemigas. El estruendo producido se asemejaba a una fuerte tormenta que hacía retumbar el suelo” (p. 236).

Yuder, como aludimos antes, en sus últimos días en Tombuctú, recuerda su Cuevas natal acordándose del sonar de las caracolas, que como primitivos altavoces, anunciaban el desbordamiento del río Almanzora, una percepción asociada de dos espacios recordados por el oído y por la vista:

Me recordó la situación, Marcos, a cuando se desbordó el Almanzora una vez en nuestra niñez. Estábamos todos los amigos jugando en los taráis frente a la rambla que desembocaba en el río, cerca de Portilla, cuando oímos las caracolas de los agricultores que vivían más arriba. De esta manera curiosa comunicaban a los que vivíamos más abajo que el río venía crecido. Nos apresuramos a volver al pueblo, y, sólo unos instantes después de hacerlo, vimos un muro de agua avanzar por el cauce del río, imponente, anegando sus riberas y causando muchos perjuicios. Animales muertos y enseres flotaban en sus aguas, en lo que parecía el fin del mundo a nuestros ojos infantiles (321).

Pero no siempre la percepción de un espacio y un tiempo pasados a través de los recuerdos auditivos es vitalmente negativa para nuestros personajes, sino que también les permite recrearse en situaciones de júbilo festivo y de placeres.

Diego Marín recuerda la entrada de al-Mansur por vez primera como sultán en Marrakech, como si oyera mientras le escribe a Yuder los gritos de alegría de la multitud y sus exclamaciones laudatorias al nuevo califa del Islam:

...un gentío multicolor se agolpaba para presenciar su llegada, gentío que empezó a gritar de alegría cuando los heraldos con sus trompetas y los tambores anunciaron la comitiva real (150).

...Otros tambores retumbaban de vez en cuando acompasando la marcha y dando a la comitiva la solemnidad de las grandes ocasiones.

...iban recitando en voz alta jaculatorias y exclamaciones de alabanza hacia el nuevo sultán: ¡Alá proteja a nuestro sultán! ¡Grande es el excelso señor Ahmed al-Mansur! ¡Grande es Alá! ¡Grande es su profeta! ¡Grande es nuestro señor al-Mansur, el comendador de los creyentes, el descendiente del Profeta!, palabras que se propagaban y repetían por la muchedumbre que aguardaba la comitiva imperial (151).

Yuder también recordará la despedida de su ejército de Marrakech, camino del Sudán, como unos momentos en los que predominan los sonidos musicales y guturales de la multitud, pareciendo que aún le resonara en sus oídos ese acompañamiento festivo y musical:

Y todo ello en medio del sonar de trompetas, tambores, flautas y gaitas, acompañado de los gritos de júbilo de las mujeres, ricamente ataviadas, lo que contribuía a expresar el alborozo que toda la población sentía por la campaña que iniciábamos (227).

Por otro lado, Yuder rememora vivamente sus momentos de placer con su amante Nana la turca recordando la música y la danza de un espacio concreto en su exilio dorado del valle del Draa:

Una procesión de devotos encabezados por el estandarte de la cofradía y los músicos entraron en la jaima llenándola completamente. A una señal del mokadem los músicos empezaron a tocar sus instrumentos. Se inició una danza a la que iban incorporándose poco a poco muchos de los hombres y mujeres que hasta entonces permanecían tumbados sobre los cojines... La música seguía incesante, sobresaliendo los tambores y las panderetas con ritmos cada vez más fuertes que arrastraban a la danza poco a poco a los asistentes a la velada (193-194).

Respecto a la evocación del tiempo y del espacio a través del sentido del tacto, en *El eunuco* casi siempre ocurre en momentos de placer y de sexo explícito. Es lo que ocurre cuando el sultán al-Mutawakkil se siente atraído sexualmente por el adolescente Alonso Sánchez, recordando Yuder la imagen del tocamiento que le hace el soberano a su primo: "... [el sultán] introdujo su mano derecha bajo la leve túnica de mi primo, ascendiéndola por los muslos hasta llegar a las nalgas y palpárselas" (p.103).

Yuder recordará, igualmente, al final de su vida sus encuentros amorosos/sexuales con algunas de sus amantes, describiendo prolijamente sus contactos:

...[Anisa] rodeándome con sus brazos, selló mi boca con la suya para después introducirme en ella su lengua, que entrelazó con la mía en un beso profundo y prolongado.

... pero sus labios sí creí reconocerlos en los labios carnosos de Anisa y su cara era también la de ella, y los senos que acariciaba eran también los suyos, aunque los notaba más crecidos que aquellos (108).

Con Nana [la turca] volví a sentir la voluptuosidad del placer. Era la sensualidad hecha mujer. Su cuerpo, tibio y elástico, se adaptaba al mío como si fuera su complemento, fundiéndose ambos en uno solo. Era capaz de enervar toda mi piel, despertando mi sexo dormido con sus envites, soñando que la penetraba una y otra vez. Mis dedos y mi lengua exploradora suplían las carencias obligadas y nos permitieron a los dos gozar del placer de la carne (176).

Desprovistos ya de nuestras ropas, sus manos infatigables recorrieron todo mi cuerpo, facilitando la labor el agua tibia que servía de lubricante a sus movimientos. Todavía recuerdo cómo parecía que sus manos me estaban esculpiendo, como si fuera una estatua, y reparé entonces en que mis hombros se habían ensanchado, que el pecho se había robustecido con músculos en los que antes no me había fijado bien, y que mis brazos y piernas se habían convertido en potentes armas corporales (191).

En este párrafo último, el tacto cumple la función además de fuente de conocimiento íntimo del propio cuerpo. Yuder, más preocupado de su función de jefe militar, parece que no se fija en el crecimiento y madurez de su estructura corpórea hasta que las manos de su amante, su tacto, le hacen apercibirse de su desarrollo muscular.

Al igual que la presentación de espacios y tiempos ligados al sentido del tacto está impregnada de sensualidad, la que se hace a través del sentido del gusto lo es también en gran medida, desde el consumo de sustancias excitantes a la degustación de manjares.

Así, Yuder le contará a su compañero de celda en la Sahena cómo recurrió en ocasiones al consumo abundante de vino, hidromiel y hachís para evadirse de la realidad, como en aquella ocasión en la que salió de la mezquita de Djingereiber, donde estuvo reflexionando largamente sobre su vida y sobre sus seres queridos desaparecidos, todo lo cual le provocó cierta melancolía:

Mi primo me convenció para visitar una casa donde servían hidromiel y un vino exquisito, además de poder fumar hachís. Me conoce y sabía que estaba bajo de

ánimo y que necesitaba evadirme de la melancolía. Acepté su propuesta y, disfrazados de mercaderes árabes, estuvimos bebiendo y fumando bastante tiempo, y acabamos totalmente embriagados, dejando volar nuestra mente más allá del humo de las pipas cargadas de las hierbas alucinógenas (289).

En cuanto a la degustación de comidas, Yuder le describirá también a su amigo Marcos la composición exacta de la cena con la que fueron obsequiados en Tombuctú por su cadí en la fiesta del maulud, cena a la que él le daba mucha importancia porque le permitió conocer y compartir unas horas en torno a las viandas con los notables de la ciudad:

Recuerdo los cinco platos que nos sirvieron: ensalada de verduras, algunas de las cuales no conocía; cuscús de arroz y carne; otra carne con una salsa negra hecha a partir de una hierba que da nombre a la comida, faku-hoy, al parecer proveniente de Egipto; mollejas y asado de cordero, todo ello acompañado de dos clases de pan, el del trigo tradicional y otro, esponjoso y blando, de arroz (255).

En esa asociación de espacios y sentidos, las dunas que rodean Tombuctú permiten, igualmente, describir costumbres, ceremoniales y ritos, como los que hemos visto ya, y esta otra cena que nuestro protagonista recordará, a la que fue invitado por el amenokal (reyezuelo) de los tuaregs, que supuso un acercamiento decisivo a esta etnia fundadora de la ciudad de Tombuctú: el espacio como lugar donde se degustan los manjares, pero también con el valor simbólico de donde se sella una alianza:

Después de la bienvenida empezamos a cenar el mechuí con el que quería homenajearnos nuestro anfitrión. Dos corderos enteros llevaban tiempo asándose a fuego lento en unos hornos excavados en la tierra, esparciendo su oloroso aroma por el entorno. Nos los sirvieron con cuscús sobre unas grandes bandejas de plata. Realmente tenían un sabor muy agradable (295-296).

La cena acabaría con la toma del té, recordando Yuder pormenorizadamente su ritual, pues le daba mucha importancia a ese encuentro en cuanto significaba sellar una alianza con los tuaregs:

Los bella [esclavos] trajeron dulces de miel y empezaron a calentar el agua para el ceremonial del té, pues era todo un ritual su preparación y bebida.

El mismo té se hervía tres veces seguidas, añadiéndose cada vez más azúcar y menta, que se extraía de un paño húmedo para que no se secase. A la hora de servirlo la tetera se separaba del vaso para que el té hirviendo creara espuma, cosa que se incrementaba haciendo pasar el líquido de un vaso a otro. Finalmente, el amenokal mismo cogió mi vaso, vertió su contenido en la tetera para volver a servirlo después de que reposara en la vasija un tiempo.

El ritual tuareg prosiguió con los tres tés de rigor. El primero se servía sin azúcar, amargo como la vida, decían; el segundo, con un poco de ella, fuerte como el amor; y el tercero, muy azucarado, dulce como la muerte. Una verdadera filosofía de la vida (296-297).

III.2

LA DIMENSIÓN TEMPORAL EN *EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ*

Tradicionalmente en la narratología y en la crítica literaria clásica el tiempo constituía el aspecto más importante en la construcción de la novela, aunque últimamente la dimensión espacial le ha quitado esa prevalencia, con excepción del relato cinematográfico, a pesar de que sigue siendo considerado un factor fundamental en la configuración del texto literario, que ordena cronológicamente la historia del discurso (Baquero Goyanes, 1970: 78).

En todo caso, el tiempo, como venimos repitiendo, forma con el espacio una unidad indisoluble que sólo a efectos prácticos separamos, constituyendo el conocido *cronotopo*, que establece las coordenadas en las que se suceden los acontecimientos en la novela y se mueven espacio-temporalmente los personajes.

El tiempo como categoría sintáctica del relato es un elemento clave para estructurar la historia del discurso, aunque también tiene un valor semántico indudable, que permite al autor de la novela dar un sentido al texto: a las acciones, al espacio y a los personajes (Bobes, 1985: 150).

Como bien aseveró Kant (1961: 182), el tiempo no subsiste por sí mismo, es decir, no se puede objetivar, pero el tiempo real es la condición ineludible para que se den los acontecimientos. Es, por esto, una fórmula “a priori” de la sensibilidad.

III.2.1: La tipología del tiempo y el *tempo* narrativo

Valles, siguiendo a Benveniste (1982), analiza los diversos tipos de tiempo que éste establece, como el tiempo crónico o convencional, el tiempo físico experiencial, el tiempo psicológico, el tiempo lingüístico o el tiempo figurado (Valles, 2008: 199), que se unen a otras denominaciones que se han venido dando y que nosotros trataremos de simplificar.

El tiempo objetivo es el tiempo cósmico, físico, cuya duración puede cuantificarse y medirse a través de determinados artilugios como el calendario o el reloj, o representado en el espacio como una línea recta en tanto que indica el antes y el después. Pero en el

relato, el tiempo deja de tener esa realidad objetiva, para convertirse en algo interior al personaje o al narrador, porque éstos tendrán una noción del tiempo que se ha transformado atendiendo a sus peculiares emociones, sentimientos y percepciones. El tiempo físico y objetivo se ha convertido en humano y subjetivo en el mundo de la ficción literaria, hasta el punto de que narratólogos como Garrido (1996: 204) consideren que en el texto literario todo es ficticio menos la experiencia subjetiva del tiempo. Y ello sin desdeñar a Ricoeur (1996: 105) cuando afirma que esto no significa que ese tiempo del relato sea el tiempo real, sino que estamos hablando de un tiempo literario que manipulará el autor para cumplir sus objetivos narrativos.

La conversión del tiempo físico en tiempo humano hace de la existencia temporal un eje fundamental del acto de narrar, aunque el tiempo narrativo es verdaderamente un pseudo-tiempo, al que organiza temporalmente en tanto que está hecho a la medida del mundo narrativo textual (Barthes, 1966: 23-34).

Este tiempo humano, que también podríamos llamar tiempo psicológico o interior, radica su medida en la conciencia, variando de un individuo a otro según su estado anímico o experiencias previas. Pero aunque se rija por la idiosincrasia propia del individuo y sus emociones, no deja de tener como correlato el tiempo físico, como bien afirma Garrido (1996: 162).

Todorov (1976: 174) diferencia claramente entre la temporalidad de la historia (el tiempo objetivo) y la del discurso (el tiempo narrativo). Mientras que en la historia ocurren multitud de acontecimientos al mismo tiempo, siendo un tiempo pluridimensional, el tiempo del discurso o narrativo es necesariamente lineal, puesto que el autor tiene que ir ordenando uno tras otro los acontecimientos, con una selección previa de aquellos que quiere narrar y aquellos otros que quiere obviar o que, simplemente, desconoce. El creador literario alterará esta linealidad temporal atendiendo a sus propósitos narrativos, que veremos más adelante.

El tiempo del discurso marcará la velocidad del relato, entrando en juego un tercer tipo temporal, junto al objetivo y subjetivo, que es el *tempo* narrativo, que analiza Baquero Goyanes (1970), que es el que determina el ritmo narrativo, lento o rápido. El autor, utilizando alguno de los recursos narrativos a los que aludiremos después en el apartado siguiente de este capítulo, dará agilidad o lentitud al relato según sean sus propósitos literarios y estilísticos.

Hay novelas en las que es muy difícil establecer el tiempo en el que se desarrolla la acción, teniendo el lector para conocerlo que orientarse por algún hecho histórico conocido que coincida con la cronología de los acontecimientos de la trama, o bien por la evolución de las edades de los personajes, aunque en este último caso conoceríamos más bien el paso del tiempo. Esto no ocurre en las novelas realistas como *El eunuco*, en la que en cada capítulo de la novela viene indicado el año preciso en el que se desarrolla la acción, por lo que la cronología es conocida de antemano, situando al lector en ese momento histórico de manera inequívoca. No es un tiempo sugerido, sino expresado de manera precisa por la indicación de las fechas respectivas.

En los sesenta y dos capítulos de la novela, tan sólo uno de ellos no lleva fecha, el cuarto, (“El Memorial de Diego Marín”), aunque, al estar en la primera parte de ella y por los capítulos que le anteceden y siguen, es fácil deducir la fecha.

La historia que se cuenta en la novela transcurre en cuarenta y cinco años, desde 1561 a 1606, que marca la cronología de la vida de Yuder, desde un año antes de su nacimiento en 1562 a su muerte en 1606, por lo que, como venimos repitiendo, la novela podría considerarse de alguna manera como una biografía novelada del conquistador almeriense, aunque se trate de un novela al fin y al cabo. Un tiempo, pues, aparentemente real, objetivo, al margen de las consideraciones que veremos a continuación.

El presente de *El eunuco* se sitúa en el año 1606, cuando Yuder, junto a su amigo y paisano Marcos, el escribano Hakim al-Andalusí, permanece apresado en la cárcel real de la Sahena, en Marrakech, esperando su ajusticiamiento. Desde este presente se retrocederá al pasado y se anticipará el inmediato futuro, tres momentos temporales unificados en ese presente, en el sentido que decía Ricoeur (1996: 68) de que el presente es a la vez lo que vivimos y el que realiza las anticipaciones. Mucho antes, san Agustín hablaba del presente unificador de lo ya vivido (pasado) y lo que ha de vivirse (futuro), fundidos los tres tiempos en uno.

Estas consideraciones surgen cuando estudiamos la relación del tiempo con los personajes, que, además de encuadrarse en la Teoría de la Literatura y la Narratología, también ha sido objeto de la reflexión existencialista por filósofos como Bergson, que habla de que en el interior del individuo los estados de conciencia conforman una unidad durable, que es el tiempo personal, humano; o Husserl con su concepto fenomenológico de la conciencia del tiempo inmanente; o de Heidegger (2008), que ha

estudiado profusamente las vivencias del tiempo en el ser humano. El *estar ahí* del individuo entrañará una percepción subjetiva de la temporalidad.

Cuando aludamos al tiempo novelesco nos limitaremos a referirnos a las relaciones de los acontecimientos entre sí, en cuanto a si se pueden presentar al mismo tiempo o sucesivamente, cuál es la duración de los mismos, por un lado, y, por otro, si en la enunciación el narrador sitúa el enunciado en el presente o en el pasado (Bobes, 1985: 148). Estas relaciones nos permitirán hacer un análisis sintáctico de la novela y ver el grado de manipulación del creador, en función de los contenidos semánticos que quiera enfatizar. El autor no puede actuar sobre el tiempo real, pero sí sobre el tiempo literario.

III.2.2: Las relaciones temporales entre la historia de El eunuco de Tombuctú y el discurso de la novela

Paul Ricoeur, en su obra *Tiempo y narración II. Configuración en el relato de ficción*, intenta superar el modelo de Genette de análisis temporal, proponiendo un estudio del tiempo que supere la relación entre historia y discurso, para centrarse en lo que coinciden los tiempos literario y existencial. Aunque es un análisis sugerente, en esta tesis no desarrollaremos este otro acercamiento conceptual, y utilizaremos la estrategia analítica de Genette.

Genette (1972) en su célebre obra *Figures III* centra su interés en estudiar los componentes principales del análisis temporal, a saber, el *orden*, la *velocidad* y la *frecuencia*, que igualmente nosotros en *El eunuco* hemos utilizado como recursos narrativos para conseguir nuestros propósitos literarios.

Respecto al *orden* temporal en la literatura, el narratólogo francés teoriza sobre la libertad que se toma el autor para no hacer coincidir la linealidad cronológica y sucesiva del tiempo de la historia con la del relato o discurso. Lo lógico aparentemente sería que el texto literario plasmara el orden de los acontecimientos tal y cómo se dan en la historia, el sucederse en un continuo las horas, los días, los meses y los años, lo que constituiría una *isocronía*, es decir, una coincidencia absoluta entre la realidad y su mimesis literaria, pero ya hemos visto que ésta (la mimesis) no es una reproducción matemáticamente exacta del modelo. El creador expresará la noción del tiempo como quiera, manipulándolo artísticamente. Se producirá entonces una *acronía* o discordancia

entre el devenir de los acontecimientos históricos y los del relato (Genette, 93), actualizándose la dualidad de la retórica clásica del *ordo naturalis* y el *ordo artificialis*.

Las dos principales anacronías que utilizan los autores son la *prolepsis* y la *analepsis*, recursos narrativos que nosotros también hemos utilizado en *El eunuco* cuando hemos querido que el narrador evoque por adelantado lo que va a suceder, en el primer caso, o cuando se produce una retrospección o vuelta al pasado, en el segundo.

Así, la novela empieza en el capítulo primero con una *prolepsis* que anticipa el desarrollo del relato. Como dijimos, es el año 1606 y el escenario es la prisión real de la Sahena, en Marrakech, donde Yuder y su amigo Marcos, reconvertido en Hakim al-Andalusí, esperan la muerte condenados por el príncipe Abadallah, nieto del sultán al-Mansur, en el marco de las luchas fratricidas que se sucedieron en el imperio marroquí tras la muerte del soberano saadí.

Por otro lado, y muy en relación con la *prolepsis*, cabe hablar de la disposición de los acontecimientos en la narración, siendo en nuestro caso el tiempo de comienzo *in extrema res*, es decir, la historia del discurso comienza por el final, en un momento muy cercano al desenlace que se anuncia.

Yuder adelanta cuál será el futuro que les espera a los dos, al tiempo que dicta al escribano Hakim unas *Confesiones* que rememorarán su azarosa vida pasada:

Es ahora, cuando en breve estaré en el Paraíso, ¡Alá el Compasivo así lo quiera!, cuando se me agolpan en la memoria cientos de imágenes de mi pasado, de mi historia, que quiero contar a mi compañero de sufrimientos Marcos para aliviarnos de la espera de la muerte, y al mismo tiempo para que él conozca de mi boca aquellas otras aventuras que no compartimos en las orillas del Níger, aunque muchas de ellas las oyera relatar a los cuentistas de la plaza de Jemaa el Fna o se las escribiera yo en mis cartas (21-22).

Hemos querido que la novela empiece así con esta *prolepsis* para enfatizar temporalmente ese año de 1606 en el que no sólo concluye la vida de nuestro protagonista principal sino el de toda una época de esplendor del imperio marroquí, aunque a partir de ese momento el desarrollo de los siguientes capítulos sigue un desarrollo temporal lineal, año tras año, salvo en contadas ocasiones en las que queremos poner de relieve algunos acontecimientos como elementos fuerza de la acción

narrativa, como cuando se vuelve después del capítulo 6, centrado en el año 1574, al de 1572 en el siguiente (“Leonor”) para dar cuenta de la primera relación sentimental de Yuder con su vecina, que explicará que cuando fue posteriormente castrado ya se había desarrollado sexualmente, lo que hará que a lo largo de toda su vida mantenga una sexualidad activa aunque incompleta por su mutación parcial genital. Hemos recurrido a la ficción en este caso, inventándonos la figura de Leonor, porque, aunque no consta documentalmente ninguna relación sexual previa a su estancia en Marruecos, sí que hay referencias posteriores a que mantuvo relaciones con una amante, Nana la turca, las que no hubiera podido mantener si antes de la castración no hubiese sentido deseos sexuales definidos.

También, tras este capítulo, volvemos a utilizar una analepsis en el siguiente (“La Santa Inquisición en Las Cuevas”), retrocediendo a 1561, porque queremos enfatizar la presión continua que los “cristianos viejos” ejercían sobre los moriscos en el reino de Granada, que desembocará en su expulsión de Las Cuevas en 1570.

Tras el capítulo 21 (año 1577), en el que el nuevo sultán al-Malik se entroniza en Marrakech, volvemos a utilizar una analepsis en el que le sigue, un retroceso a un año antes (1576), porque queremos recrear la primera vez que Ahmed al-Mansur y Yuder se encuentran y conocen, cuando el primero no era aún sultán y el segundo era todavía Diego de Guevara, encuentro que marcará su relación.

El resto del relato sigue una continuidad temporal lineal, sucediéndose año tras año, en una analepsis repetida, salvo las elipsis que luego comentaremos, hasta llegar a los últimos dos capítulos, en 1606, que cronológicamente son el final de la historia, pero que enlazan con el primero, donde anticipaba este fin, en un pretendido círculo temporal, que hace que de alguna manera toda la narración sea un presente.

Un segundo elemento del análisis del tiempo es el de la *velocidad* o la duración del tiempo, una dimensión cuantitativa del mismo a través de la utilización de las elipsis, las pausas, los sumarios o las escenas, que iremos viendo a continuación, siendo las tres primeras alteraciones durativas las que rompen el tiempo del relato, frente a la isocronía que supondría la equivalencia en la duración entre el tiempo de la historia (diégesis) y el del discurso (novela) (Valles, 2008: 204).

Genette (1972: 131) se pregunta cómo medir la velocidad del relato, que bien pudiera establecerse en una relación armoniosa entre la extensión de este último y la duración temporal, haciendo equivalente un período cronológico con una determinada extensión

del texto, como el número de páginas¹⁸ o de líneas dedicadas a una determinada unidad temporal (horas, días, meses, años...).

En este sentido, y para complementar el análisis sintáctico y semántico de la narración, hemos creído conveniente cuantificar el número de páginas, capítulos y modalidades de la narración, que nos permitirá valorar con precisión la utilización de los recursos narrativos.

Tabla I: Extensión de los modos narrativos

	CAPÍTULOS	PÁGINAS
<i>Confesiones de Yuder</i>	17	83 (32%)
<i>Cartas</i>	19	67 (26%)
<i>Memorial de Diego Marín</i>	9	44 (17%)
Narrador omnisciente	14	68 (25%)
Escenas ¹⁹	37	60%

Piensa Genette que lo ideal sería que hubiese esa isocronía entre el tiempo histórico y el relato, como hemos repetido ya, pero es muy frecuente la alteración de esa proporción para cumplir los objetivos del plan literario del creador o autor de la novela, como hemos hecho nosotros mismos en *El eunuco*. La irregularidad entre la velocidad histórica y la del discurso suele ser inevitable en la novela contemporánea, y mucho más en el relato fílmico.

La duración afecta al ritmo de la narración, que hemos pretendido que sea ágil, con una relativa velocidad en la lectura, por lo que los capítulos tienen pocas páginas, con

¹⁸ Nosotros hemos utilizado el número de páginas del texto y el número de capítulos dedicados a un período cronológico como unidades de medida temporal narrativa.

¹⁹ Las escenas no están incluidas como modo narrativo, sino como modalidad narrativa de comunicación entre los personajes, pudiendo estar presentes en cada uno de los cuatro modos, por lo que en esta tabla aparecen los capítulos en los que aparecen, con su porcentaje correspondiente.

una media de 4,2 páginas por cada uno de ellos. Queremos que el lector pase de un capítulo a otro sin que un texto largo en su duración le haga perder el interés por la lectura, salvo en lo que respecta a determinados acontecimientos claves en la historia, que tendrán un tratamiento especial, más pausado.

Para lograr esta velocidad hemos recurrido a las elipsis en cuatro ocasiones en el devenir cronológico de la historia. Primeramente hemos omitido deliberadamente los años comprendidos entre 1562, fecha del nacimiento de Yuder, y 1568, el período de tiempo correspondiente a su primera infancia, en parte porque no hay una documentación sobre este intervalo temporal y en segundo lugar porque no lo consideramos relevante en la trama, por lo que no hemos considerado necesario recurrir a la ficción para rellenar ese hueco. Sin embargo, sí que hemos novelado otros años posteriores de su segunda infancia y adolescencia porque entendemos que éstos sí fueron cruciales en su maduración como persona.

La segunda elipsis es la correspondiente al año 1575, instalado ya en Marrakech, pero sin ningún dato importante en su biografía, en una época en la que Yuder se está formando, como se refleja en apartados anteriores y posteriores.

La tercera omisión temporal es la de 1581, en el exilio dorado de nuestro protagonista, dentro del largo período de once años alejado de la corte, en el que no son muchas las actividades que realiza, salvo las que sí merecen un tratamiento especial, como su descubrimiento del sufismo, la recaudación de impuestos, sus amores con Nana o la descripción de las prácticas de superchería y de curanderismo de la región.

La última elipsis cubre el período de 1585 a 1588, también en ese exilio en el valle del Draa y por las mismas razones. De hecho estas dos elipsis finales se sitúan en la cronología reflejada en la Tercera Parte de la novela (“El exilio dorado”), con menos páginas, porque suponemos que fue menos pródiga que las otras en acontecimientos significativos a tener en cuenta.

Junto a las elipsis, los *sumarios* también son útiles para aligerar el texto e imprimirle un ritmo mayor, al resumir acontecimientos históricos en una síntesis textual que evita detenerse en los pormenores inútiles de determinados sucesos, quedándonos sólo con lo sustancial para nuestro objetivo creativo.

Nosotros hemos recurrido a este recurso narrativo en cuatro ocasiones en la novela. El primero de los sumarios es el utilizado en el capítulo 23 (“Pachá de Tánger. 1576-1578”), período de dos años que hemos resumido en 3,5 páginas, cantidad menor que la

media de la extensión de cada capítulo (4,2) porque el acontecimiento principal de ese intervalo temporal fue el que Yuder ocupara por vez primera un cargo militar, el de comandante del campamento que sitiaba a la plaza portuguesa de Tánger, y no otra cosa más relevante.

El segundo sumario nos lo encontramos en el capítulo 48 (“Carta del pachá Yuder a Nana la turca donde le habla de la constitución del pachalato de Tombuctú y de la etnia de los *arma*. 1591-1592”), en el que en sólo 3 páginas Yuder le relata a su amante lo más importante sucedido en ese tiempo, que no es otra cosa que la creación de las primeras estructuras de mando del pachalato creado por él y la configuración de la etnia nueva de los *arma*, fruto del mestizaje entre los soldados hispano-marroquíes del ejército que él comandaba y las nativas sudanesas:

Mi fiel Nana, aprovecho que ben Zarqun quiere que me quede en Gao, asentando nuestra conquista de la ciudad, para escribirte esta carta que me sirve para recordar lo más importante sucedido durante el último año y medio en esta tierra ocupada (275).

El tercero lo veremos en el capítulo siguiente, el 49 (“Carta del pachá Yuder al escribano Hakim al-Andalusí donde le habla de los *arma*, de la deportación de los letrados de Tombuctú y de la muerte de Mohamed ben Zarqun. 1593-1597”), donde en 4 páginas Yuder cuenta a su amigo Marcos los principales hechos ocurridos en esos años, hechos que se enuncian en el mismo título del capítulo.

Y, finalmente, en el capítulo 60 (“La vuelta del pachá Yuder a Marrakech, la muerte de al-Mansur y las guerras civiles en el imperio. 1599-1606”) tiene lugar el mayor sumario del tiempo tratado, 7 años, resumidos en tan sólo 5 páginas, de vuelta ya Yuder a Marrakech para auxiliar al sultán al-Mansur a lidiar políticamente con sus hijos en las luchas fratricidas que han emprendido por su sucesión. La síntesis narrativa pretende imprimir un ritmo acelerado al final de la novela, que desembocará en el desenlace de la historia, ya anticipado en el primer capítulo.

Frente a los recursos acelerados de las elipsis y los sumarios, los autores de novelas utilizan las *pausas* para hacer una parada en la trama, deteniendo el paso del tiempo para recrearse en un determinado acontecimiento. Es lo que hacemos en *El eunuco* en algunos capítulos en los que queremos recrearnos en las acciones narradas. Así, el

capítulo 2 (“Asalto de al-Dugali a Las Cuevas. 27 al 29 de noviembre de 1573”) da cuenta de lo ocurrido tan sólo en 2 días, ocupando una extensión mayor que la media de páginas por capítulo (4,2), concretamente 7, longitud textual que en otras ocasiones ha servido para reflejar el paso de años enteros. Queremos recrearnos en la llegada del corsario al-Dugali a la costa almeriense en una de sus frecuentes razias, donde capturó a más de 240 personas, entre ellos a él mismo, a su pariente Alonso Sánchez, a su amigo Marcos o al presbítero Diego Marín, además de a otros personajes de la novela. Este es un acontecimiento vital para todos los raptados, que cambiará el curso de sus historias personales y en cierta medida de la política marroquí. La acción, pues, merecía la pena que nos detuviéramos en ella porque pretendíamos desde el principio fijar la situación de desarraigo y exilio forzoso de este grupo de moriscos y de “cristianos viejos” del reino de Granada, y de que rompiéramos la linealidad cronológica, anteponiendo este capítulo a otros que narran episodios anteriores en el tiempo.

Otras pausas, mayores, son las que encontramos en los capítulos 3 (“Audiencia de Granada. 1574”) y 9 (“Aben Humeya, el rey de los moriscos. 1569”), en los que sólo nos referimos a un solo día de la historia, porque queríamos profundizar, en el caso del primero de ellos, en las causas y consecuencias del rapto de al-Dugali, y, en el segundo, en el acogimiento protector y casi familiar de la princesa Lalla, madre del sultán al-Mansur, a Yuder, que explica su esmerada formación político-militar.

En el capítulo 35 (“La gran consulta. Marrakech 1589”) también nos hemos demorado explicando las razones que el sultán y sus cortesanos adujeron para emprender la conquista del Sudán, una pausa fundamental que anticipa un hecho histórico de singular importancia.

La batalla de Tondibi (capítulo 39) merece también que nos detengamos en menos del medio día que duró, dedicándole 6 páginas del texto, y ello por su importancia igualmente histórica al suponer la confrontación bélica la derrota del imperio songhai, que pasó a convertirse en una provincia del imperio marroquí.

Finalmente, en los dos últimos capítulos, el 61 (“El apresamiento del pachá Yuder y del escribano Hakim al-Andalusí en la cárcel de la Sahena. 8 de diciembre de 1606”) y el 62 (“Crónica de la muerte de Yuder Pachá escrita por el escribano Hakim al-Andalusí (Prisión de la Sahena). 10 de diciembre de 1606”), la pausa es obligada para nuestros propósitos novelescos al escribir *El eunuco* de narrar y ensalzar la vida de Yuder, concretamente antes de sus horas finales, que nuestro protagonista escenificó con

mucha heroicidad, como lo atestigua un valioso documento. Era necesario detenernos, casi con un lenguaje fotográfico y fílmico, en su final, que vivió con una gran dignidad.

El autor, pues, utiliza las elipsis, los sumarios y las pausas para alterar la velocidad del relato, para imprimirle un ritmo determinado, con lo que el tiempo diegético y el del discurso se alejan en mayor o menor grado.

Sin embargo, el creador también puede utilizar otro recurso que reduce notablemente estas diferencias temporales hasta el grado cero de distanciamiento, como es el de las *escenas*, que ya no suponen una anacronía sino que, por el contrario, suponen sincronías temporales. El discurso utilizará entonces los diálogos entre los personajes como forma narrativa, asemejándose al género dramático clásico.

Con las escenas, el tiempo real es el que sucede en la escenificación dramática, un presente que hemos pretendido que impere en nuestra novela, por lo que en los 37 capítulos de ella, de los 62 que la conforman, hemos optado por la forma dialogada como manera de actualizar la trama, lo que supone que en el 60% de los capítulos asistamos al intercambio oral de los personajes.

Con este recurso narrativo ya hemos abordado los dos primeros elementos del análisis temporal que suelen utilizar los autores en la elaboración de sus novelas (orden y velocidad). Nos centraremos ahora en el tercero de ellos, la *frecuencia*, que hace referencia a la relación de repetición posible entre los acontecimientos de la historia y la narración de los mismos, que para Genette (1972) puede ser de tres tipos: relatos singulativos, repetitivos o iterativos.

Los relatos *singulativos* son aquellos que relatan una vez lo que ha acontecido una vez y varias veces cuando los sucesos ocurren, igualmente, varias veces, en el mismo número. Es el recurso más utilizado por los autores, al igual que hemos hecho nosotros en *El eunuco*, en el que normalmente cada capítulo enuncia el acontecimiento singular que se relata en el mismo. Sin embargo hemos recurrido también a narrar varias veces un mismo acontecimiento, lo que constituye los llamados por Genette (1972) relatos *repetitivos*, utilizados para enfatizar un determinado suceso, narrado por diferentes protagonistas, para enfocar el tema tratado desde un cierto poliperspectivismo o focalidad complementaria para entender mejor la acción. Así, considerando de especial importancia la castración de Yuder y las de sus amigos de Las Cuevas, hemos querido tratar el tema desde dos enfoques: el primero visto por alguien distinto al que sufre el hecho en sí, como el padre Diego Marín, que años después a la castración contará a

Yuder, en su *Memorial*, cómo vivió él la mutilación a la que fueron sometidos (Capítulo 12: “El harén de palacio”):

Al poco, gritos infantiles rompieron el silencio del patio, y comprendí entonces que se estaba consumando la castración. Cuando me dejaron entrar en la habitación donde el cirujano os había amputado los testículos, os vi a todos tirados en el suelo, desconsolados, traspasados de dolor, tiritando, semidesnudos, con gasas en el bajo vientre manchadas de sangre. Uno de vosotros, tu amigo Andrés Martínez, estaba en medio de una hemorragia que acabaría con su vida. Cuando entré todos me mirasteis desolados, como preguntándome cómo había permitido que os hubieran hecho eso, que os hubieran quitado vuestra hombría. Busqué tus ojos, Yuder, pero no los encontré porque mirabas hacia la pared, absorto, como si no quisieses que nadie se compadeciera de ti. Lo preferí porque tu mirada me hubiera interrogado con preguntas que yo no hubiese sabido responder (77).

El segundo enfoque del acontecimiento supone una visión distinta, toda vez que es uno de los sufrientes castrados, Yuder, quien recuerda la brutal operación a la que fueron sometidos, tanto él como su amigo Marcos, entre otros, a quien cuenta, mientras esperan la muerte en la Sahena, sus recuerdos del hecho (Capítulo 13: “La casa de los eunucos”):

Los eunucos nos fueron sujetando y maniatando para que no nos moviéramos y el médico judío pudiera hacer su trabajo limpiamente. Vi cómo a Alonso Sánchez, que estaba a mi lado, el cirujano le agarraba con la mano izquierda los testículos, tirando del escroto hacia abajo y, rápidamente, sin que lo esperara, una afilada cuchilla que mantenía en su mano derecha cortó de un golpe sus atributos masculinos.

Cuando me tocó a mí el turno aún no había salido todavía de mi estupor, no entendía qué estaba pasando exactamente, pero comprendí que sería mejor estarse quieto, no fuera que la cuchilla me hiciese más daño del necesario... (81).

La conspiración del corsario al-Dugali contra el sultán al-Mansur también determinó el devenir de Yuder en tanto que el soberano sospechó que él mismo estaba implicado

en ella. Por eso hemos querido hablar del mismo hecho explícitamente en dos capítulos, aunque sean en muchos más en los que aludimos a esa íntima convicción del monarca de la traición de su protegido.

En el capítulo 24 (“La batalla de los Tres Reyes y la conspiración de al-Dugali. 1578”) el narrador omnisciente narra una escena en la que al-Mansur dialoga con su madre, la princesa Lalla, sobre el traidor al-Dugali, entreviéndose las sospechas del recién coronado sultán hacia Yuder, sospechas alimentadas por Mohamed ben Zarqun, declarado enemigo del cuevano²⁰:

--- Hace tiempo, madre, que sospecho de su lealtad [la de al-Dugali] y de sus pretensiones de alzarse con el poder, tan creído estaba de su fortaleza y de que mi hermano le debía el trono. Convencí al sultán [su hermano al-Malik] para que lo destinase a las provincias del Sus y del Draa, que tan bien conocía, para que controlase a los antiguos partidarios de al-Mutawakkil, no fueran a sumarse al ejército que éste estaba formando con el rey don Sebastián. No lo quería conmigo cuando nos enfrentáramos a los portugueses.

--- Nunca confié en el corsario --- prosiguió la princesa ---, nunca entendí la confianza que le diera tu hermano. Ya se lo advertí a Yuder --- y en ese momento

el sultán y el pachá [Mohamed ben Zarqun] cruzaron su mirada, gesto de complicidad que no agradó a la señora Lalla (145).

En el capítulo siguiente, el 25 (“Ahmed al-Mansur en Marrakech. 1578”), el padre Marín le recuerda a su pupilo la recién abortada conspiración, de la que éste quiere pasar página y de su vinculación a la misma:

--- Te supongo enterado, Yuder, de la conspiración que urdió el corsario al-Dugali contra nuestro señor el sultán.

Por supuesto que conocerías la noticia, que había corrido como la pólvora desde Fez a Marrakech, aunque te faltaban por atar algunos cabos sueltos y, sobre todo, cómo te podía afectar a ti.

²⁰ Gentilicio de los habitantes de Las Cuevas.

--- Así es, Ammar, ¿quién en la corte no sabe de la traición del infame pachá de Salé?, lo que a algunos no nos ha sorprendido pues ya conocíamos sus dobleces de antaño (152-153).

Un tercer tipo de relato es el *iterativo*, que sería aquel que narra una sola vez un acontecimiento aunque se refiera a hechos que ocurrieron en varias ocasiones, recurso que hemos utilizado en cierta manera para tratar la supuesta connivencia de Yuder con al-Dugali, que acabamos de ver.

El corsario habituaba a establecer con algunos de los jóvenes que raptaba una cierta relación protectora, aunque no presencial, destinada a poder utilizarlos en el futuro, una vez adiestrados militarmente, cuando pudiera ejecutar su secreta ambición de ocupar el poder, suplantando al sultán en el trono. En la novela sólo hay una escena (Capítulo 21: “Al-Malik en palacio. 1577”) en la que se visualiza esa doble vinculación de Yuder con su raptor y con su principal protector, el entonces príncipe al-Mansur, que descubre *in fraganti* una reunión secreta del que quiere que sea su leal protegido con el corsario (126-127). Pero aunque contemos una sola vez el hecho de la supuesta doblez de Yuder, encuentros como éste debieron producirse más, pues en la mente de al-Mansur se instauró esa idea de la actitud equívoca de Yuder, que se traduciría en su exilio temporal.

Hemos utilizado esta figura de la narración iterativa para hacer del lector un agente activo que pretenda descubrir otras acciones que justifiquen esa convicción profunda del al-Mansur de la supuesta connivencia de Yuder con él y con el corsario al-Dugali, que indague en las claves del asunto. Pero nosotros hemos optado por presentar de forma singulativa una sola vez el referido encuentro, aunque en variadas ocasiones el relato se refiera a él.

La princesa Lalla prevendrá al sacerdote Diego Marín sobre la posible captación por al-Dugali de su pupilo Yuder para su causa, en la primera conversación que mantiene con él, presentando ya la doble protección de la que es objeto (Capítulo 14: “La princesa Lalla. 1574”):

--- Mi hijo Ahmed me ha hecho llegar a través de sus agentes su interés por la formación de vuestro pupilo Diego de Guevara, pues parece ser que en Fez le asombró su gallardía. Mis eunucos de confianza propiciarán que se forme también

en la escuela de los príncipes y de que se adiestre como soldado y en tareas administrativas. Además, el alcaide al-Dugali ha mostrado también su interés por el muchacho y ha procurado que esté a mi servicio. Eso allanará mucho las cosas porque el corsario goza de la confianza del sultán.

--- ¿Y de la vuestra, señora?

--- En absoluto. Al-Dugali --- y volvió la princesa a bajar la voz --- es un tramposo taimado que vendería a su madre por unas monedas de oro, aunque hay veces que hasta aliarse con el diablo es necesario, pero no os fieis de él. Ni dejéis que atrape al joven Diego en sus redes, que lo ha hecho ya con otros pajes de palacio para tenerlos como confidentes y luego engrosar su ejército, que parece más bien suyo que del sultán (89).

Más tarde, el mismo Diego Marín advertirá a Yuder sobre esa relación perniciosa con al-Dugali, refiriéndose a la única vez en que fue sorprendido por al-Mansur entrevistándose con él:

--- Yuder, ten cuidado con al-Dugali, que puede arrastrarte con él al precipicio. Ya has visto cómo el príncipe ha reaccionado al verte con él. Mejor que ligan tu suerte al sultán y a su hermano, y no a este corsario (130).

Yuder reflexionará a lo largo de la novela sobre esa ambivalencia relacional suya, como le recuerda a Marcos, al final de su vida en la prisión de la Sahena, a punto de morir, haciendo referencia a los sentimientos que le causaba la actitud del sultán cuando partió de Marrakech al exilio en el valle del Draa (Capítulo 26: “La despedida de Marrakech”):

Todavía no sé, Marcos, si merecí la desconfianza del sultán al-Mansur por querer llevarme bien con todos los cortesanos que conocí, incluido al-Dugali, y no saber distanciarme de algunos de ellos, como del corsario, para así aumentar el aprecio de otros principales de la corte. Pero una cosa tengo clara, y es que nunca conspiré contra él (158).

Y admite a continuación esa cierta relación dual, aunque la justifica, situación que le permitió aprender aceleradamente que en la vida hay que decidir continuamente y elegir entre opciones diferentes:

Mi propia debilidad de niño cautivo, arrancado de su tierra a la fuerza, forjó parte de mi carácter en cuanto a querer ser bien recibido por todos y sentirme querido. Y eso fue lo que el sultán no supo entender, que yo no estaba en la misma situación que otros cortesanos que tomaban parte de uno u otro notable según sus propios intereses. Yo quería estar bien con todos, incluido aquél que me raptara en Las Cuevas. Bien sabe Alá que entonces aprendí que continuamente tienes que ir eligiendo, optando por unas personas y desechando otras, y al mismo tiempo permanecer siempre fiel y leal a lo que de verdad merece la pena. Pero eso lo aprendes con la experiencia, y yo en aquellos años, todavía casi infantiles, no la tenía (158).

III.2.3: La temporalidad y la cronología en *El Eunuco de Tombuctú*

En *El eunuco* el hilo conductor temporal es la cronología vital de Yuder, con independencia de que algunos acontecimientos sean protagonizados por otros personajes, pero no cabe hablar por ello de simultaneidad, sino que el tiempo narrativo viene marcado por la sucesividad de los momentos temporales de nuestro protagonista, en torno a los cuales se engarzarán los otros tiempos personales de los demás personajes de la novela.

Es verdad que a veces aparecerán pequeñas simultaneidades, como las trayectorias vitales del padre Marín, de los amigos de la infancia de Yuder o de otros personajes secundarios, pero siempre estarán subordinadas al eje temporal central del protagonista. Tan sólo en la Primera Parte de la novela (16% del total), en la que Yuder es el niño Diego de Guevara, aparecen sucesos con una cronología diferenciada puesto que su figura está aún desdibujada o no había nacido todavía.

En las otras partes de la novela, aunque haya una simultaneidad aparente entre los distintos narradores que focalizan desde ángulos distintos la narración, en realidad no

suponen líneas temporales paralelas, sino que expresan sucesivamente un mismo tiempo, el de Yuder.

Queda claro, pues, que en nuestra novela la sucesividad temporal viene determinada por la trayectoria vital de Yuder. En función de su cronología se ordenarán los acontecimientos, con las correspondientes manipulaciones del orden, la duración y la frecuencia del relato que hemos creído conveniente establecer para enfatizar unos contenidos sobre otros, y dotar así al tiempo del valor semántico que nos ha convenido.

Aunque en la historia del discurso hay acontecimientos que los narradores cuentan en pasado o en presente, hemos querido que en *El Eunuco* el relato se cuente como en un presente continuo, para lo cual hemos utilizado los tiempos verbales como recurso narrativo.

El hecho de que los acontecimientos no siempre se presentan desde el pasado al presente sucesivamente, como podría parecer lógico, sino que la sucesividad sea manipulada por el autor, es por la razón ya expuesta de utilización del tiempo como valor semántico.

Como bien analiza Bobes (1985: 155), el contar un acontecimiento en pasado o presente dependerá de la relación entre las dos sucesividades que representan la enunciación y el enunciado. Si la enunciación permanece en un plano temporal fijo, el enunciado resultará siempre de un acontecimiento pasado, pero si, como en *El eunuco*, el tiempo evoluciona en paralelo con la historia, el relato aparecerá narrado siempre en presente. En nuestra novela la mayor parte de la narración acontece desde el presente del narrador en cada momento (sobre todo en los diálogos, en las *Confesiones* de Yuder, en las *Cartas* y, en alguna ocasión, en el *Memorial* de Diego Marín).

La misma Bobes (1993: 200-203) afirma que, a diferencia de la epopeya o de la épica, en donde todo el relato ocurre en el pasado absoluto, en la novela la temporalidad puede medirse por el presente del narrador, lo que le da al autor la libertad aparente de poder elegir entre unas y otras opciones en el devenir de los personajes.

En este sentido, el tiempo adquiere unos valores semánticos en relación a los otros elementos narrativos de la novela, es decir, al espacio, las acciones y los personajes. La utilización a la que nos referimos de los tiempos verbales nos ayudará a situar las acciones de la novela en gran medida en el tiempo presente que queramos.

Queremos en *El eunuco* que Yuder, como narrador principal, se sitúe progresivamente al mismo nivel temporal de los acontecimientos relatados, de tal manera que el lector,

aunque sepa el desenlace final de la obra, no sepa prever el final de muchos sucesos que se enuncian y se van desarrollando posteriormente. Sabemos desde el principio, porque él lo anuncia, que Yuder morirá ajusticiado, pero no adivinamos por el texto el desenlace de otros acontecimientos o historias paralelas, como, por ejemplo, el devenir de los otros cuevanos raptados por al-Dugali, su propio final, el de Diego Marín, y el de los otros personajes que aparecen en la novela o el resultado de las sospechas de al-Mansur hacia nuestro protagonista y el futuro de las relaciones de Yuder con sus amantes.

De alguna manera, cuando la presentación del relato ocurre en tiempo presente el lector se ve involucrado en la previsión del desenlace oportuno, es un escenario abierto, en el que tiene que imaginar, y desear, que se resuelvan los acontecimientos de una determinada manera (Bobes, 1985: 163). Una involucración parecida a la que hablamos en el apartado anterior cuando nos referíamos a la narración iterativa, en la que queríamos convertir al lector en un agente activo que indagara sobre otras acciones relacionadas pero no expresadas como tal y que probablemente habrán aparecido o aparecerán en el relato.

La simultaneidad entre la enunciación y el enunciado, a pesar de los diferentes tiempos verbales, da una perspectiva temporal presente, como ocurre en *El eunuco*, en el que se presenta un discurso con un presente continuo y sucesivo. Este presente, repetimos, hace que los personajes evolucionen sin saber el lector cuál va a ser su futuro, que aparece abierto a sus ojos, con la ilusión de que aún no está escrito, que cabe alguna elección entre opciones posibles. Los personajes evolucionarán al mismo tiempo que el narrador dé cuenta de ellos.

Dentro de las modalidades narrativas, las escenas, con sus conversaciones entre los personajes, nos sitúan en el presente más actual de los sucesos que se dramatizan. Teniendo en cuenta (véase Tabla II) que en 37 capítulos de *El eunuco* aparecen textos dialogados, es decir, en un 60% del total de los capítulos, podemos comprobar nuestro interés en enfatizar el presente de la narración.

En las *Confesiones* de Yuder, en las *Cartas* de los distintos remitentes de las mismas, y algo menos en el *Memorial* de Diego Marín, los narradores hablan desde el tiempo presente, especialmente en las cartas, en las que suelen hacerse referencia a acontecimientos de los que aún no se sabe su desenlace, en el presente más actual.

En líneas generales, tanto en las *Confesiones* como en las *Cartas* el momento de la enunciación corresponde al momento en que Yuder y los narradores epistolares dictan o escriben sus textos, que no siempre coincide temporalmente con el tiempo del enunciado. En muchas ocasiones se refieren al mismo momento, utilizando para ello el presente de indicativo --- “ahora creo”, “converso”, “todavía no sé”---, pero en la mayoría de las veces, desde el presente de la enunciación, el enunciado al que se refieren los narradores es de un inmediato pasado, utilizando para ello unas veces el pretérito imperfecto de indicativo ---“estaba”, “ocurría”, “gozaba”---, que, más que al pasado estrictamente, el enunciado puede referirse a un tiempo muy próximo al momento de la enunciación, como si la acción estuviera llevándose a cabo en ese instante. Lo mismo ocurre con la utilización del pretérito pluscuamperfecto ---“había protegido”, “había salido”--- en determinados contextos, que para muchos lingüistas es un pasado hecho presente, aunque, por otra parte, también lo utilizamos para referirnos sin más a hechos del pasado.

Lo normal en la novela es alternar el pasado y el presente, y aunque en la nuestra en gran parte el presente está actualizado, es imprescindible recurrir al pasado para explicar el presente. Así, en las *Confesiones* y las *Cartas* son muchas las expresiones evocadoras que utilizan el presente de indicativo pero retrotrayéndose hacia el pasado: “cuando recuerdo”, “cuando evoco”, “recuerdo vivamente”, “creo recordar”, “recreo vívidamente”. Es una manera de utilizar este tiempo verbal como presente histórico.

Otras veces la enunciación y el enunciado están más lejos en el tiempo, utilizando entonces para ello el pretérito perfecto simple ---“salí”, “aprendí”, “vimos”, “bajamos”---, tiempo verbal que expresa acontecimientos ya concluidos y no, como en el pretérito imperfecto, acciones en pleno desarrollo. Y aunque este tiempo verbal (pretérito perfecto simple) lo utilizamos en todas las modalidades narrativas, lo utilizamos más frecuentemente cuando habla el narrador omnisciente, que se refiere a acontecimientos pasados más lejanos en el tiempo o incluso a algunos anteriores al nacimiento de Yuder (Primera Parte): “anduvieron”, “acudieron”, “retuvo”, “hizo”, “pasaron”, “entraron”.

Igualmente, el pretérito perfecto lo hacemos utilizar a Diego Marín en su *Memorial* a Yuder por las mismas razones de lejanía ---“me imaginé”, “el corsario atendió”, “lo que llamó mi atención”---, aunque cuando los recuerdos atañen a sucesos más actuales el

sacerdote utiliza tiempos verbales más próximos, como el pretérito imperfecto: “presidía la comisión”, “en el tercer patio se encontraban”...

El eunuco cuenta una historia de 45 años distribuidos en 62 capítulos agrupados en cuatro partes, con cuatro núcleos narrativos claros y diferenciados, con referencia a la cronología de Yuder: la infancia del protagonista en Las Cuevas, en el reino de Granada (Primera Parte); su estancia en Marrakech, donde se forma como político y militar (Segunda Parte); su exilio en la región del Sus (Tercera Parte); y su estancia en Tombuctú, donde alcanza su máximo poder y ascendencia político-militar, con su vuelta final a Marrakech para auxiliar al sultán al-Mansur frente a la insubordinación de sus hijos (Cuarta Parte).

Hemos querido distribuir el tiempo cronológico atendiendo a la importancia que hemos querido dar a los distintos acontecimientos o sucesos del discurso, para lo cual hemos elaborado la siguiente tabla, que nos ilustrará esa distribución temporal en nuestra novela y nos permitirá hacer un análisis cuantitativo de los mismos y a descubrir nuestras intenciones como creadores al distribuir de esa manera los tiempos en la novela:

Tabla II: Distribución temporal de la novela y su extensión

	Capítulos	Años tratados	Páginas
Primera Parte <i>REINO DE GRANADA</i>	10 (8) ²¹	13	43 (16%)
Segunda Parte <i>MARRAKECH</i>	16 (18) ²²	4	79 (30%)
Tercera Parte <i>EL EXILIO DORADO</i>	8	11	27 (10%)
Cuarta Parte <i>DE MARRAKECH A TOMBUCTÚ</i>	28	17	119 (44%)

²¹ A pesar de que aparecen 10 capítulos en la parte primera de la novela, realmente son 8 los correspondientes a esa época aunque aparezca formalmente en la misma ese número, debido a la utilización de la analepsis.

²² Véase la nota anterior (incorporación de los dos capítulos incluidos en la primera parte).

Como puede verse en la tabla, hemos pretendido realzar la época de madurez personal y política de Yuder en Tombuctú, donde se establecerá después de conquistar el imperio songhai e iniciar la constitución del pachalato. Por eso, esa parte (cuarta) es la que más capítulos tiene (28) y la historia diegética es de 17 años, ocupando un 44% del texto de la novela, mientras que, por el contrario, la tercera parte, referida al exilio de Yuder en el Sus es a la que hemos querido dar menos importancia, con tan sólo 8 capítulos y aunque abarca 11 años cronológicos tan sólo ocupa un 10% de la extensión del texto de la novela, porque hemos utilizado, como vimos, el recurso narrativo de la elipsis en dos ocasiones, que cubre cuatro años de silencio.

El segundo núcleo narrativo que hemos querido enfatizar es el de la Segunda Parte (*Marrakech*), que ocupa en páginas el 30% del total y se distribuye en 16 capítulos aunque tan sólo abarca un período de 4 años, y ello porque hemos utilizado el recurso narrativo del sumario en una ocasión para sintetizar ese lapsus de tiempo.

El tercer núcleo es el de la Primera Parte (*Reino de Granada*), pero ya distante de la cuarta y la segunda en el tratamiento cuantitativo de páginas (43) y capítulos reales (8).

Se trata aquí de la primera infancia de Yuder, no muy documentada, por lo que hemos utilizado la elipsis del período comprendido entre 1562 y 1568. No obstante, sí hemos querido detenernos en esa primera parte en la situación de los moriscos de Las Cuevas, y, por extensión, de todo el reino de Granada, una situación que viene marcada por la ruptura de la convivencia entre cristianos viejos y cristianos nuevos por la política de asimilación de las autoridades cristianas. Es el marco histórico del que partirá el relato.

III. 3

UN CRONOTOPO SINGULAR: LA CIUDAD DE TOMBUCTÚ Y SU DEVENIR HISTÓRICO

III.3.1: La fundación de Tombuctú: los tuaregs y el imperio maliense

Una vez analizadas las dimensiones espaciales y temporales que configuran *El eunuco*, creemos que se hace preciso que concretemos ese cronotopo en un espacio singular, la ciudad de Tombuctú, protagonista junto a Yuder Pachá de la trama novelesca que nos ocupa. Queremos detenernos ahora en cómo surgió la ciudad y en su devenir histórico, porque el eje temático de nuestra novela trata precisamente de la presencia de andalusíes e hispanos en la Curva del río Níger, y muy especialmente en Tombuctú.

En nuestra novela hemos querido enfatizar la importancia de Tombuctú para Yuder desde que oyó hablar de ella por vez primera en su exilio en el valle del Draa. Detenido el ejército de Yuder a descansar en el palmeral de Zagora, el comerciante árabe Abbas Kader ben Barka “le abrió los ojos a un nuevo mundo”:

--- Allí donde vamos, pachá Yuder, el oro abunda como aquí los dátiles (173).

...

--- El askia de los negros vive en Gao, que es la capital de su reino, pero nosotros llegamos hasta Tombuctú, una ciudad que en nada desmerece a Marrakech, con sus centenares de mezquitas y mausoleos. Una ciudad de ensueño, dorada, donde el oro brilla en las piraguas que lo traen por un río tan grande como el mar (174).

...

--- Y ¿dices que Tombuctú es una gran ciudad?

--- Fantástica, señor, y es además una ciudad sabia, adonde vienen estudiantes de todos los confines para aprender no sólo el santo Corán, sino disciplinas como la medicina y la astronomía más avanzadas del mundo.

--- Magnífica imagen ofreces de la ciudad.

Fue la primera vez que oí hablar de Tombuctú y te aseguro, Marcos, que durante las noches siguientes, al dormir, sólo imágenes figuradas de la ciudad, deseadas y lujuriosas, ocuparon mi mente y mis sueños (174-175).

Yuder convertirá ya a Tombuctú en una meta, será nuestro protagonista un Sujeto con un Objeto definido (véase apartado sobre el análisis actancial), que bien podría sustituir a la añorada Las Cuevas, como se lo confiesa a su amigo el escribano Hakim:

Me vienen también a la cabeza, como para superar esa nostalgia, las imágenes placenteras que me suscitó el jefe de la caravana de Zagora, Abbas Kader, cuando me habló de Tombuctú y, curiosamente, me vienen igualmente y al mismo tiempo a la mente recuerdos de nuestra lejana villa del valle del Almanzora, en el reino de Granada. La melancolía y el placer como las dos caras de una misma moneda (203).

... Salem, mi primo Alonso, va más allá de esta apreciación de Nana, y sueña con llegar al otro valle del río de los negros para hacerlo nuestro y encontrar allí nuestra morada definitiva. Le digo que está loco y me río de sus sueños, pero, poco a poco, observo que los comentarios de Nana y de Salem están causando mella en mi ánimo y que empiezo a vislumbrar que ese valle sudanés pudiera parecerse al nuestro del Almanzora (204).

En *El eunuco* el narrador omnisciente, en su crónica de junio/julio de 1598, convierte a Tombuctú en el nuevo Al-Ándalus. Los lugartenientes de Yuder le manifiestan en asamblea sus deseos de quedarse a vivir para siempre en las tierras conquistadas del Níger, propietarios ya de lotes de tierra que el antiguo pachá les había entregado. Es un espacio en el que, por fin, serán libres y en donde recrearán su patria de origen. En la novela, pues, Tombuctú es un cronotopo singular, un espacio que en el *tempo* del relato vertebra la narración (303-307).

El nombre de Tombuctú ha llegado hasta nosotros como una ciudad legendaria, casi mítica, que expresaba el lugar más remoto al que pudiéramos ir. A lo largo del tiempo fue llamada la “perla del desierto”, la “reina del Sudán”, la “ciudad santa” o la “ciudad del saber”, entre otros nombres, denominaciones todas ellas que querían manifestar la

importancia de la urbe, que en el siglo XVI llegó a ser la más poblada de la región sudanesa.

Su origen data de finales del siglo XI o principios del XII, cuando un grupo de tuaregs *imaktcharen*, que a su vez eran una facción de la tribu bereber de los *massufa*, dedicados al pastoreo, trasladaron su campamento desde Arawan hacia el sur, a un lugar equidistante entre ella y la sabana africana, en el centro de la joroba que hace el río Níger cuando desciende hacia el mar. Ese lugar era apropiado para estos bereberes por tener agua en abundancia, que extraían de un pozo, al frente de cuyo cuidado pusieron a una mujer anciana, Buctú, auxiliada por un grupo de tuaregs, que se cuidaban de preservar el pozo para sus jefes *imaktcharen*. De ahí el nombre de la nueva ciudad que surgiría en torno al pozo: Tombuctú o el lugar de Buctú, como recoge al-Sadi en su *Tarikh es-Soudan* (Llaguno, A., 2006: 170-171).

Pronto, Tombuctú adquirió una gran importancia como punto de encuentro entre dos mundos, el del norte y el del sur, entre la sabana y el norte africano bañado por el Mediterráneo. Esa situación estratégica hizo que pronto Tombuctú no fuese únicamente el lugar donde los tuaregs fundadores de la ciudad hacían escala y guardaban las mercancías que habían ido adquiriendo cuando pastoreaban, a la espera de volver a Arawan en invierno, sino que empezó a convertirse en parada obligatoria de los mercaderes del norte que querían intercambiar sus mercancías por las de los sudaneses. Y es que su posición geográfica la convirtió en el punto natural de encuentro entre los nómadas árabes y bereberes del norte con las poblaciones sedentarias sudanesas.

Hasta finales del siglo XIII los tuaregs mantuvieron el poder sobre la ciudad que habían fundado, hasta que el recién hegemónico imperio de Malí la incorporó a su Estado en tiempos del célebre Kanku Musa. El soberano maliense acababa de hacer el peregrinaje preceptivo a los lugares santos del Islam en 1325, y se trajo consigo al arquitecto es-Saheli para revolucionar la arquitectura de las ciudades sudanesas. Fue entonces cuando Tombuctú inició su despeque urbanístico y en menos de un siglo se convirtió en una verdadera urbe, con barrios diferenciados por el lugar de procedencia de sus habitantes y sus actividades laborales: el de Badjingué (“marisma de los hipopótamos”) era habitado por los negros que emigraron del antiguo imperio de Ghana y se dedicaban al comercio; en torno a la mezquita de Sankoré se instalaron los árabes blancos, grandes comerciantes, sabios y ulemas, provenientes de las ciudades marroquíes de Fez o Marrakech, Gadamés y El Cairo, que constituyeron la aristocracia

de la ciudad; y alrededor de la mezquita de Djingareiber se construyeron sus casas otros comerciantes árabes procedentes de los oasis argelinos del Tuat. Un aluvión de pueblos y modos de vida diversos que fueron conformando una ciudad permisiva en usos y costumbres, que dio lugar a una sociedad islámica heterodoxa.

Ciertamente, es-Saheli fue el verdadero inspirador de la arquitectura sudanesa, como luego veremos, y a su dirección se debe, entre otras edificaciones, la gran mezquita de Djingereiber, que sirvió de modelo a otras que se construyeron después (López Guzmán, R. y Bigorra, J., 1991: 50).

La mezquita se empezó a construir en 1327, finalizándose en 1330, aunque fuera remodelada entre 1570 y 1583 por el entonces imán del templo y cadí de la ciudad Al-Aqib, que le dio en gran medida su configuración actual.

El imán y el profesor Seku Feita nos acompañan [a Ismael y a mí] a visitar la mezquita, que llaman la 'imperial'. Me hacen notar la similitud de la construcción con las pirámides de Egipto, influencia que trajo de ese país Es-Saheli, enterrado en el interior de la mezquita, precisamente en uno de sus pilares piramidales. A mi pregunta de por qué no hay ninguna inscripción que indique dicho enterramiento me contestan que en esa región han seguido al pie de la letra lo preceptuado en el Corán de la simplicidad y la ausencia total de imágenes y de adornos. Los datos, por ejemplo, de la ubicación del arquitecto se transmiten de generación en generación...

En un patio interior, el imán y el profesor me señalan unas piedras bajo las que se encuentran enterrados varios pachás arma. Sarcásticamente explican el hecho porque todos los arma han sido malos musulmanes, por lo que sintieron la necesidad de compensar esa falta de fe islámica enterrándose en ese lugar sagrado, como si así su culpa se expiara.

(Diario de mi primer viaje a Tombuctú, 29 de agosto de 1993).

Otra mezquita notable es la de Sankoré, construida un siglo después que la de Djingereiber, y costeadada por una mujer árabe muy rica, también bajo el dominio mandinga de Malí, aunque igualmente que la anterior fue reconstruida en 1582 por el cadí Al-Aqib, que aprovechó para agrandarla y hacer su perímetro parecido al de la Kaaba en La Meca.

El imán principal de la mezquita nos acompaña a su interior, mostrándonos el efecto de la invasión del desierto: a nuestros pies despunta el vértice de un arco ojival que sirviera de entrada a una de las estancias de la mezquita. Es como si nos encontráramos en un segundo piso de la misma mezquita de hace siglos, con metros y metros de arena bajo nuestros pies. El Sáhara avanza secularmente sobre el Sahel, cubriendo todo lo que encuentra a su paso. Lo que hoy vemos flota sobre lo que fue ayer.

(Diario de mi primer viaje a Tombuctú, 29 de agosto de 1993).

Pero la verdadera importancia de la mezquita radicaba en el hecho de que fuera la sede del principal centro universitario de Tombuctú, sirviendo sus patios interiores de aulas permanentes, que se trasladaban a su exterior cuando era mayor la afluencia de alumnos.

Finalmente, la tercera mezquita en importancia de Tombuctú era la de Sidi Yahya, ordenando construirla hacia 1440 el jeque El Moktar Hamallah, siendo cadí de la ciudad Mohamed Naddi. Bajo el alminar tuvo su sepultura Sidi Yahya, lo que transformó la mezquita en un verdadero mausoleo, al que acudían y peregrinaban muchos fieles de la ciudad y de toda la región, invocando la protección del hombre santo que vino de la Península Ibérica. La puerta de entrada principal es una verdadera obra de arte, con sus repujados metálicos de clara influencia hispano-marroquí.

Pero no sólo se construyeron estas tres grandes mezquitas, sino que se edificaron decenas de ellas por todos los barrios de la ciudad, adquiriendo por ello la fama de santa, como también por la abundancia de mausoleos de hombres piadosos y santos repartidos por doquier (Cortés López, 2002: 30).

Es-Saheli también recibió el encargo del emperador Kanku Musa de edificar un palacio en Tombuctú, llamado Mádugu (“casa del rey”), que sirvió de modelo a otras casas de notables de la ciudad.

El material con el que se construían los edificios era muy pobre, a base de mezclar barro con paja, formando adobes que se secaban al sol, el llamado “banco”. Las estructuras más elevadas, como los minaretes de las mezquitas, se reforzaban con troncos de árboles del entorno, como palmeras o acacias, que servían también de

escaleras para la labor de continua restauración que acometían los vecinos cuando las lluvias arrasaban el frágil barro de los edificios.

III.3.2: Tombuctú y el imperio Songhai

Tombuctú, una vez incorporada al imperio mandinga de Malí, no paró de crecer hasta convertirse en el verdadero punto de encuentro comercial entre las caravanas que venían del norte del Sáhara y las piraguas que procedían de la sabana africana. Los camellos portaban las placas de sal tan necesarias para los sudaneses, además de productos sofisticados como la seda, joyas, incienso, perfumes o refinadas maderas, además de papel, productos de farmacopea, dátiles, especias o caballos. Las piraguas venían cargadas, además de oro y esclavos, de exóticos productos como el marfil, la nuez de cola, la manteca de karité, la goma arábica, el ámbar gris o el algodón.

En apenas un siglo desde su fundación, Tombuctú pasó, pues, de ser un campamento tuareg a convertirse en una verdadera ciudad, el punto donde el desierto dejaba de serlo, ya convertido en Sahel, y la sabana ya se adivinaba, donde el norte y el sur se encontraban, como ya hemos comentado. Fue el comercio transahariano el que hizo surgir Tombuctú y el que contribuyera decisivamente a convertirla en la gran ciudad que llegó a ser.

Pero en gran medida, Tombuctú le debió mucho a Djenné su importancia comercial, pues esta segunda ciudad era la realmente productora o manipuladora de los productos que se vendían a los comerciantes árabes y bereberes, centralizando las mercancías de la sabana. Tombuctú era la sede de las principales sucursales de los caravaneros y de la mayoría de los productos a intercambiar. Eran, en definitiva, dos ciudades hermanas, que se complementaban en ese punto final de la ruta transahariana.

Con el soberano maliense Mansa Suleyman, hermano del mítico Kanku Musa, es cuando Tombuctú se reconvierte en la próspera ciudad de la que hemos hablado, en torno a los años cuarenta de siglo XIV. Pero sus sucesores no supieron o pudieron mantener el imperio unido, y otros estados emergentes fueron anexionándose algunos reinos de Malí. Los mossi serán de los primeros que atacarán Tombuctú cuando empieza la descomposición del estado maliense, y más tarde los tuaregs, que en 1435 reconquistan la ciudad que fundaran tres siglos atrás (Diadié, y Llaguno, A., 2018: 54).

Los tuaregs, al igual que otras etnias que controlaron políticamente la ciudad, permitieron una gran autonomía de la misma y que la dirigiera una especie de reyezuelo, el *Tombuctú-koi*, a cambio de reconocer la autoridad superior del *amenokal*, o rey del grupo nómada, y de la consiguiente tributación.

Durante el mandato de Mohamed Naddi como Tombuctú-koi, entre 1433 y 1465, la ciudad vivió tres décadas de paz y prosperidad, con una excelente relación de vecindad con los reinos vecinos, que le permitió ir configurándose como una ciudad de la cultura, a donde llegaban sabios y santos de todo el norte africano, impartiendo su magisterio y llevando a cabo obras piadosas.

Pero este período de bienestar se truncó cuando el nuevo poder emergente, el imperio Songhai, se fue anexionando los antiguos reinos de Malí. El fundador del nuevo imperio, Sonni Ali Ber, tomó la ciudad en 1468 y, animista como era, dejó de propiciar la venida de intelectuales y de santones, que optaron por irse entonces a Walata, que floreció un tiempo como antes lo había hecho Tombuctú.

No obstante lo anterior, Sonni Ali Ber, “el Grande”, fue un excelente militar, un buen administrador y un hábil político, que configuró el nuevo Estado como una estructura sólida de poder. Muerto por accidente, ahogado en un río, en 1492, su hijo Sonni Baro no supo mantener el trono, que le fue arrebatado por uno de los generales del imperio, y pariente además, Muhammad Turé, que acabó con la dinastía de los Sonni, implantando la suya propia, la de los Askia.

El nuevo emperador, conocido a partir de entonces como Askia Muhammad, consolidó el imperio como el Estado hegemónico de la Curva del Níger, llevándolo a su apogeo, y teniendo a Gao como su capital. Y con él Tombuctú volvió a florecer, regresando a ella los hombres doctos y santos emigrados a Walata, además de otros que vinieron de todos los puntos cardinales del continente. Los soberanos Askia apoyaron económicamente a los sabios que se asentaban en la ciudad, tanto con oro como con manuscritos, que tenían el mismo valor.

El askia emuló a Kanku Musa convirtiéndose al Islam y peregrinando a Medina y a La Meca, siendo un protector de la religiosidad y civilización musulmana, además de un gran conquistador de pueblos y también, como Sonni Ali Ber, un buen administrador, refundando el imperio songhai.

Tombuctú, al igual que ocurriera con el imperio, conoció su máximo esplendor hacia mitad y finales del siglo XVI, cuando gobernaba en el Songhai el Askia Daud, que lo

hizo entre los años 1549 y 1582. Y aunque la capital administrativa y política era Gao, Tombuctú llegó a ser la ciudad más importante de la curva del Níger, la perla del Sudán, como era conocida por los visitantes que a ella llegaban. Su capitalidad comercial, cultural y religiosa nadie la discutía, así como el ser la proveedora de los múltiples placeres que muchos buscaban.

III.3.3: Tombuctú, ciudad del comercio, la cultura y la religión

Como ya hemos visto, con el primero de los askia, Muhammad, Tombuctú volvió a florecer en detrimento de Walata, a finales del siglo XV, lo que trajo consigo, entre otras consecuencias, su primacía absoluta en el comercio transahariano. Los mercaderes árabes y bereberes que traían la sal del norte dejaron en gran medida de hacer escala en Walata, para llevarla directamente a Tombuctú, donde se intercambiaba por las mercancías sudanesas.

La sal se extraía primero en Tegaza y luego en Taodeni, cortadas en grandes placas por los esclavos *messufa* y por los moros *berabichs*, de gran tamaño, hasta el punto de que un camello portaba en ocasiones tan sólo dos de ellas, una a cada lado, aunque lo más habitual era que llevaran de cuatro a seis.

Los camellos se agrupaban en caravanas llamadas *azalais*, integradas por un número que oscilaba entre los treinta y los mil animales, aunque en ocasiones superaban los dos mil.

Las caravanas solían partir de Sijilmasa en tres momentos determinados, atendiendo a las mejores condiciones climáticas: hacia mediados de octubre, a principios de febrero y a finales de abril, tardando en recorrer los seiscientos kilómetros existentes entre Taodeni y Tombuctú aproximadamente en quince jornadas nocturnas, descansando durante el día, bajo la vigilancia de los tuaregs y sus esclavos, los *bella*, que garantizaban la seguridad de comerciantes y mercancías.

El lugar de destino de las *azalais* en Tombuctú era el barrio de las caravanas o de Abarayu, en donde las mercancías que transportaban se preparaban para ser distribuidas hacia el sur a través de los múltiples canales que formaba el Níger, sobre todo a partir del puerto de la ciudad, Kabara, o de la ciudad hermana de Djenné, situada en mitad del delta del río, además de otros puertos menores escondidos entre los meandros fluviales.

Las placas de sal se envolvían para protegerlas en correajes de cuero con inscripciones de algún santo para que ayudara a que llegaran a su destino, y eran transportadas en las piraguas hasta tierra firme, donde se colocaban sobre burros y bueyes para llegar a los puntos de la sabana distantes al río.

Junto a la sal una mercancía muy preciada en Tombuctú, y que solía quedarse mayoritariamente en la ciudad, era la de los manuscritos, que en muchas ocasiones se intercambiaban a su mismo peso por oro, de lo que se hizo eco, entre otros viajeros y escritores, León el Africano, cuando la visitó a principios del siglo XVI y dio cuenta del alto valor que alcanzaban y que muchos de ellos eran mandados copiar por los eruditos y sabios de la ciudad, que enriquecían así sus bibliotecas (León el Africano, 1991: 288). Como consecuencia, la profesión de copista fue una de las más valoradas en todo el Subsáhara.

Los caravaneros tenían sus agentes comerciales en Tombuctú, que facilitaban el intercambio comercial de sus mercancías con las que traían las piraguas de la sabana, cargadas de oro y de esclavos, además de los otros variados productos exóticos. La mercancía humana procedía mayoritariamente del país que los cronistas árabes llamaban de Lamlan, cerca del nacimiento de los ríos Senegal y Gambia, al sur del antiguo imperio de Ghana. Alrededor de esta incesante actividad mercantil se fueron construyendo lugares donde descansar y comer preferentemente los comerciantes, aunque también los ocasionales viajeros, como posadas y sitios donde yantar, además de puntos de encuentros sexuales y de ocio, tan abundantes que durante un tiempo Tombuctú fue conocida también como la ciudad del placer.

La ciudad fue creciendo, con nuevos asentamientos para la creciente actividad comercial agrupados en nuevos barrios diferenciados. Si al de Abarayu llegaban las caravanas del norte, los mercaderes de Djenné vendían sus productos en el mercado de Yubú Ber, al este del barrio de Djingereiber, mientras que en el barrio de Sankoré se fueron instalando los talleres de la artesanía local, tales como joyerías, ropa o zapaterías. Pero toda la ciudad era un inmenso mercado, un hervidero de gentes de distintas procedencias geográficas y étnicas, que rondaba los cien mil habitantes. A finales del siglo XVI probablemente la ciudad se amurallaría en una nueva ordenación urbana, con muchas fachadas de las casas reforzadas con placas de una piedra caliza que los arquitectos o alarifes hacían traer del desierto.

Tras el comercio vino también del norte la cultura, la civilización islámica, aunque connotada con los elementos autóctonos animistas, que derivó en un sincretismo y mestizaje observable en todas las manifestaciones sociales, culturales y religiosas. Tombuctú se convirtió en la capital cultural y religiosa del Songhai y de toda la región, aunque Gao se mantenía como la capital administrativa del imperio.

Y es que tras los comerciantes vinieron sabios, hombres santos y ulemas de Arabia, el África mediterránea, los oasis saharianos y otras ciudades como Djenné y Walata, atraídos por la prosperidad de Tombuctú, protegidos por los askia. Aquí impartieron sus doctrinas y saberes en la ciudad y aportaron sus bibliotecas familiares, hasta hacer de ella el faro del conocimiento de la curva del Níger. El mismo Askia Daud abrió en la ciudad una biblioteca pública como referencia de su política cultural.

En *El eunuco* queremos reflejar esta importancia estratégica de Tombuctú, convertida en la época en que llegó Yuder a la Curva del Níger en la capital del comercio, la cultura y la religión del Songhai, describiendo el narrador omnisciente su centralidad en las rutas comerciales norte-sur y, seguidamente, en lugar del placer y la cultura y religión islámica, refiriéndose al surgimiento de mezquitas y centros universitarios que rivalizaban con los más importantes del Islam:

Situada en el centro de la curva que hace el Níger cuando en su ascensión hacia el desierto cambia de sentido y baja hacia la sabana, Tombuctú se había convertido en el punto final de las caravanas que venían del norte atravesando el Sahara para traer consigo la sal, los manuscritos, la seda, tejidos y otras manufacturas del Mediterráneo y de Asia. Igualmente, era el punto de partida desde donde volvían las mismas caravanas, pero ahora cargadas de oro, esclavos, marfil o nuez de coca.

Tombuctú era, pues, el punto de encuentro entre el norte y el sur del gran desierto, lo que la había convertido en la capital comercial del Songhai. La ciudad estaba llena de fondas para albergar a los comerciantes y de almacenes para guardar sus mercancías, además de casas donde lujuriosas mujeres, brebajes alcohólicos y pipas de hachís hacían gozar y entretenían a los mercaderes. Era también la ciudad del placer.

Pero los comerciantes del Magreb trajeron también el Islam a estas tierras, que antes fueron animistas, y convirtieron a Tombuctú igualmente en la capital

religiosa del Sudán, plagada de mezquitas, entre las que sobresalían tres, la de Djingereiber, Sidi Yahya y Sankoré, la última de las cuales era así mismo la sede de la mayor universidad del África negra, que rivalizaba con la de Qarawiyyin en Fez. Numerosas madrazas y escuelas coránicas rodeaban las mezquitas de Sankoré y Sidi Yahya, y atraían a innumerables estudiantes a sus aulas, muchas de ellas en la misma calle, al aire libre. En los siglos XV y XVI cursaban sus estudios en la ciudad más de veinticinco mil, provenientes muchos de ellos de lugares muy alejados de la misma (251-252).

En este marco de florecimiento intelectual, similar al del Renacimiento europeo, se forjó una pléyade de intelectuales, entre los que sobresalieron cuatro: Mahmud ben Omar Aqit (1463-1548), un hombre piadoso y asceta, de grandes conocimientos, que llegó a ser cadí de la ciudad; el jurisconsulto Mohamed Bagayoko (1523-1594), profesor universitario en Sankoré, imán de la mezquita de Sidi Yahya y cadí de Tombuctú; Mahmud Kati (m. 1539), en cuya figura nos detendremos después; y Abul Abbas Ahmedd Baba (1556-1627) especialmente (Sékéné Mody Cissoko ,1960: 939).

Ahmed Baba es sin duda la personalidad más importante de la intelectualidad de Tombuctú y de todo el Sudán en ese siglo XVI de los askia, con un saber enciclopédico parecido al de los sabios renacentistas de Europa, que ejerció su magisterio en disciplinas tan variadas como la Gramática o la Retórica, el Derecho, la Teología o la Historia. Su obra cumbre *Tekmlet ed Dibadj* nos permite conocer de primera mano la larga nómina de sabios y santos que protagonizaron el florecimiento cultural y místico sudanés, en un momento en el que se puso de moda la redacción de crónicas locales y diccionarios biográficos.

En la novela hemos querido que Yuder conociera de primera mano a estos eruditos tombuctianos, y que conociera por ellos, sobre todo por Ahmed Baba, la presencia de otros hispanos que dejaron una huella profunda en la ciudad y en la región, como el arquitecto granadino es-Saheli o el poeta cordobés al-Fazzazi, al tiempo que sus grandes obras, como la mezquita de Djingereiber, en el caso del primero, y la loa al Profeta *Kitab al-Ishriniyyat*, en el del segundo, un panegírico de obligada lectura en la fiesta del maulud (“Carta del pachá Yuder al escribano Hakim al-Andalusí donde le cuenta sus relaciones con los notables de Tombuctú y la celebración del maulud. Junio-julio 1591)” (253-257).

El segundo pachá de Tombuctú, ben Zarqun, envió exiliado a Ahmed Baba a Marruecos en 1594, en compañía de lo más granado de la intelectualidad tombuctiana y de sus bibliotecas. Ante el sultán al-Mansur el sabio sudanés se quejó de que el nuevo pachá destruyó su biblioteca, que, a pesar de contar con 1.600 volúmenes, decía que era una de las más pequeñas de la ciudad, lo que nos puede dar una idea de la riqueza en manuscritos y libros de Tombuctú en esa época. El soberano, asombrado de su sapiencia, lo liberó y le permitió impartir su magisterio en Marrakech, reteniéndolo cerca de él para poder disfrutar de su elocuencia. Una vez fallecido el soberano saadí en 1603, Ahmed Baba volvió a Tombuctú en 1607, donde hasta 1627, año en que murió, siguió alumbrando a sus múltiples alumnos con sus enseñanzas (Llaguno, A., 2006: 183).

En *El eunuco* Yuder contará a Hakim, indignado, la estrategia torticera que usó ben Zarqun para acabar con los intelectuales tombuctianos:

... A mediados de octubre de ese mismo año, sofocada esta segunda revuelta, con el pretexto de que quería recabar de nuevo el juramento de los notables de la ciudad al sultán, el pachá los convocó para ello en la mezquita de Sankoré y ordenó al caíd al-Torki que los ejecutase allí mismo. Tan sólo los que no acudieron por diferentes motivos a la convocatoria, como fue el caso del caíd Abu Hafs o Ahmed Baba, se salvaron de la masacre, aunque no escaparon a la redada que hizo después el pachá. Después de cinco meses presos en la cárcel de la kasba, en marzo del año siguiente, partieron encadenados hacia Marrakech con sus bibliotecas y las de muchas madrazas de la ciudad, junto a mil doscientos esclavos sudaneses y tres mil seiscientos kilos de oro cargados en treinta mulas, al mando de Azan Ferrer, al que acompañaba también otro de mis generales, Ahmed ben Yussef.

El pachá ha privado a Tombuctú de su intelectualidad más selecta, y ello en nada nos beneficia, por más que haya mentes retorcidas que piensen que es mejor gobernar sobre bestias que sobre hombres libres (280-281).

En una ciudad de cien mil habitantes había aproximadamente veinte mil estudiantes, la mayoría de ellos universitarios, lo que nos puede dar una idea de lo bulliciosa que era la ciudad: comerciantes y estudiantes por toda la ciudad, que le daban una tonalidad

especial, con sus variados colores de piel y vestimenta, habida cuenta de la distinta procedencia racial y geográfica de todos ellos (252).

La enseñanza tenía dos niveles, el elemental y el superior o universitario, concitando ambos la llegada a Tombuctú de estudiantes de toda la Curva del Níger, que acudían a la ciudad atraídos por la fama de la instrucción que allí se daba.

La enseñanza elemental o básica se impartía en las escuelas coránicas o medersas a partir de los siete años de edad, y abundaban por la ciudad, llegando a haber hasta la centena. La mayoría de ellas se ubicaban en viviendas particulares, en alguna habitación interior, en algún patio o en el exterior, en la calle, frente a la fachada. Los profesores no recibían ingresos estatales por su magisterio, sino que éstos procedían de las aportaciones de algunos hombres ricos de la ciudad o de los padres de los alumnos que se quedaban en régimen de internado en la vivienda del docente, además de algunas donaciones que en alguna ocasión daban los príncipes askia. También era muy usual ver deambular por las calles a los alumnos con recipientes para recabar comida o limosnas para el profesor y sus pupilos.

Básicamente, la enseñanza en este primer nivel educativo tenía dos grados: uno primario consistente en el aprendizaje del árabe recitando las suras del Corán y los preceptos morales más básicos, y uno secundario, en el que se incorporaba ya la gramática y los rudimentos de los conocimientos que luego se estudiarían en la enseñanza superior. Hasta hoy día, paseando por la ciudad podemos encontrarnos grupos de niños sentados en el suelo, en torno a su maestro, balanceándose sobre sus tablas coránicas de madera canturreando el texto sagrado. Y una vez aprendido a leer, los profesores incorporaban en el programa académico la enseñanza de los cinco pilares del Islam, para hacerlos buenos devotos de Alá y de su Profeta Mahoma.

La enseñanza superior o universitaria era impartida por eminentes eruditos que fueron llegando a Tombuctú desde otros centros islámicos de renombre, como de El Cairo, Fez o Qairuán, por el prestigio que les daba tener sus cátedras en la ciudad. Las aulas se agrupaban temáticamente, a manera de las facultades europeas, en torno a las mezquitas, en alguna sala interior, en sus patios o en sus fachadas, al igual que las escuelas coránicas, produciéndose vivos debates entre alumnos y profesores. La universidad de Tombuctú realmente la constituían las tres grandes mezquitas, aunque la de Sankoré era el foco principal universitario, muy prestigioso en toda la región.

Muchos de los profesores redactaban sus propios libros de texto para uso didáctico de sus alumnos, al tiempo que para responder a las demandas de una parte de la población con sed de cultura, que en este caso eran escritos que por lo general consistían en loas al Profeta y en literatura piadosa.

Lógicamente, las disciplinas más demandadas eran las que se centraban en la Teología islámica, desde el estudio profundo del Corán a las tradiciones que se recogían en la *sunna* o la legislación procedente de todo el cuerpo doctrinal. Pero también se impartían disciplinas menos religiosas, como la Lógica, la Gramática o la Historia, además de otras científicas, como las Matemáticas, la Óptica o la Astrología.

Normalmente la vida académica de los estudiantes desde la enseñanza básica a la culminación de la universitaria era de veinte años, recibiendo los alumnos que llegaban al final de los estudios un diploma, semejante al título occidental de graduado superior, que lo acreditaba como *marabú*. Con esta titulación los jóvenes universitarios podían convertirse en ulemas o profesores, al tiempo que imanes o cadíes si la comunidad los nombraba.

Numerosos viajeros nos hablan de la paz que se respiraba en Tombuctú, dada esta sociedad tan culta, donde no se podían portar armas por las calles. Y en este contexto, la ciudad también se convirtió en el centro religioso de la región.

Efectivamente, Tombuctú fue también conocida como la ciudad santa de la Curva del Níger, plagada de mezquitas, entre las que sobresalían las tres ya mencionadas de Djingereiber, Sankoré y Sidi Yahya, en torno a las cuales se celebraban los ritos islámicos preceptivos. Entre estos destacaba la celebración del maulud, que hacía peregrinar a Tombuctú a gran número de personas residentes en el desierto o en la sabana, pero oriundos de la ciudad.

Para seguir el ritual de esta fiesta sagrada los fieles se concentraban en distintos lugares de la ciudad. En el entorno de la mezquita de Djingereiber se reunían los oriundos de los oasis del Tuat y de la ciudad de Gadamés, además del grupo étnico de los peules, mientras que en la de Sankoré lo hacían los procedentes de Walata, los *sanhaja* y los *kunta reggady*, y alrededor de la de Sidi Yahya los *wangara*. Las mezquitas menores acogían al resto de devotos.

En todos esos lugares de concentración los fieles rezaban y recitaban después el *Kitab al-Ishriniyyat* de al-Fazzazi, como veremos en un capítulo posterior más detalladamente, una lectura monocorde guiada por el director del coro, el *cheik-el-*

Maddah, rodeado de imanes y ulemas. Toda la ciudad estaba en la calle, llegando muchos de los feligreses a un verdadero éxtasis de comunicación con la divinidad a través del cántico del poeta hispano al-Fazzazi.

A pesar de esta acendrada religiosidad, el islam de Tombuctú era un tanto heterodoxo, habida cuenta de la heterogeneidad de razas y etnias que en ella convivían y la proximidad en todos los sentidos del animismo, por lo que proliferó, entre otras cosas, la figura de los santos, que el islam más riguroso prohibía. De ahí la abundante cantidad de mausoleos distribuidos por la ciudad y el culto al hombre piadoso allí enterrado. Tombuctú era conocida, en este sentido, como la ciudad de los trescientos treinta y tres santos, cuyo patrón era el hispano Sidi Yahya, cuya semblanza haremos en otro apartado.

En *El eunuco* hemos utilizado el recurso de la *pausa* para describir la celebración del maulud, para recrearnos en esa experiencia, casi mística, vivida por Yuder en 1591 y por nosotros en nuestra primera visita a Tombuctú en 1993, cuyos apuntes en el diario de viaje nos han servido para narrar tal efeméride en la novela (253-257).

Todavía hoy día se revive en el maulud el ritual de antaño, en el que también hay lugar para que los notables de la ciudad se junten en torno a ricas viandas, al tiempo que comentan las incidencias y novedades que ocurren en la ciudad. Nosotros mismos participamos en una de esas veladas en nuestro primer viaje a Tombuctú:

El alcalde [Harbére Sabane] me hace llegar la invitación, que textualmente dice: “20h. Diner chez le cadí et tournée à la fête du Maouloud”. Hoy se conmemora el aniversario del nacimiento del Profeta Mahoma, una de las fiestas más importantes para los musulmanes y los habitantes de Tombuctú.

En este día es tradicional que el gran cadí de Tombuctú invite a cenar a los notables de la ciudad en su casa, previamente a los actos religiosos que luego vendrán. El alcalde e Ismael me recogen con el coche y nos dirigimos a la casa del cadí.

Como casi en todas las casas, el suelo lo constituye la fina arena del desierto, y sobre él, y también en la calle, numerosas mujeres y niños se afanan en los preparativos, supongo, de la cena.

La cena tiene lugar en la terraza de la casa, cubierta de alfombras y esteras, y nos sentamos en el suelo, una vez desprovistos del calzado, formando grupos en

corro. Previamente, antes de sentarnos, saludamos al gran cadí, Zouber, un anciano casi centenario y medio ciego, que yace absorto sobre el suelo, sin participar en conversación alguna, en su mundo.

El gran cadí de Tombuctú venía a ser el gran juez de la comunidad, y en tiempos era la máxima autoridad civil cuando el gobernante estaba ausente de la ciudad. Así ocurrió cuando la llegada de Yuder a Tombuctú, que carecía en ese momento de una autoridad fuerte por estar el jefe de la ciudad en continuas luchas contra los Askias. Entonces el cadí era quien representaba a la ciudad y fue quien negoció las condiciones de la rendición con el conquistador Yuder, al igual que hizo el correspondiente de Gao ante la huida de Isaq II. Hoy el papel del cadí es meramente simbólico.

Poco a poco la terraza se va llenando de notables, todos ellos hombres, teniendo los menores en importancia o edad que retirarse a otras dependencias de la casa. Muchos de ellos se acercan a donde estoy para saludarme, y el alcalde me los va presentando y explicando el objeto de mi visita [hermanamiento entre nuestras dos ciudades]. Calculo que seremos unas sesenta o setenta personas las que finalmente nos acomodamos en la terraza para cenar, mientras que la televisión de Mali nos graba, hablando de mi presencia en la ciudad. Parece ser que esta fiesta nocturna de Tombuctú es muy conocida en todo el país, de ahí el interés televisivo.

Mi corro lo formamos el Alcalde, el Gobernador de la región de Tombuctú, el caíd arma de Sarejkaina, Abba Baber, Ismael Diadié y yo... El caíd Abba Baber tiene un gran sentido del humor, yo diría que sarcástico, alejándose de lo que habla con su peculiar discurso humorístico y desenfadado. Ésta parece ser una de las características de personalidad de los arma.

La cena consiste en cinco platos diferentes, servidos en cinco grandes fuentes, una para cada grupo de comensales: ensalada, cuscús de arroz y carne, carne en salsa, mollejas y asado de cordero, acompañados de dos clases de pan, el de trigo tradicional y otro, esponjoso y blanco, de arroz. Para beber, agua y refrescos.

Después de la cena y de descansar un poco en el hotel, volvemos a salir a las once de la noche para hacer el recorrido por las mezquitas y otros lugares de oración. En esta noche todo el mundo se encuentra en la calle hasta las cinco de la mañana aproximadamente. En primer lugar, al igual que se hace en La Meca con

la Kaaba, damos vueltas sobre todo el contorno de la mezquita de Djingereiber, concretamente tres, mientras que muchos yacen sobre las tumbas de sus antepasados, situadas junto al cerco de la mezquita.

Además de estas tres preceptivas vueltas a la mezquita de Djingereiber, se visita también las otras dos grandes mezquitas [la de Sankoré y la de Sidi Yahya]. Igualmente, existen otros lugares sagrados en la ciudad que congregan a los vecinos de los barrios donde se encuentran, y que visitamos nosotros también.

En todos esos sitios, imanes y letrados recitan cantando el ‘Kitab al-Ishriyyat’ de al-Fazzazi de Córdoba, mientras los fieles corean en grupo los versos recitados y las mujeres dejan escapar de vez en cuando gritos de júbilo.”

(Diario de mi primer viaje a Tombuctú, 30 de agosto de 1993).

CAPÍTULO IV
LOS ACONTECIMIENTOS

IV.1

LOS ACONTECIMIENTOS, HISTORIA Y DISCURSO

Carmen Bobes (1985: 23-25) afirma que, desde los formalistas rusos, la semiología clásica distingue en el relato dos aspectos complementarios: la *historia* o *trama* y el *discurso* o *argumento*. La historia estaría constituida por los acontecimientos narrativos expuestos cronológicamente como han sucedido, mientras que el discurso integra los mismos acontecimientos o hechos pero ordenados según los intereses literarios del autor, que los dispone de una determinada forma para convertir la trama en argumento. Recordábamos ésto en un apartado anterior cuando nos referíamos a la dicotomía clásica de la narratología del *ordo naturalis* y el *ordo poeticus*.

El esqueleto del argumento así elaborado sabemos que lo conformarán el espacio, el tiempo, los acontecimientos y los personajes, que serán interpretados semiológicamente por el autor de la novela para que alcancen la significación buscada en esa conversión de la historia en discurso literario. Serían los elementos de la diégesis, que, unido a otros elementos narrativos, como el estudio de lo narrado y su representación, junto a la relación entre el autor y el lector implícito, constituyen los distintos elementos del texto narrativo.

Como afirma Valles (2008: 145-147), los acontecimientos serían los elementos atómicos o mínimos que integran la acción, que, al ser vividos experimentalmente por los sujetos/actores de la narración, son ordenados cronológica y causalmente por el autor, convirtiéndose así en el esqueleto narrativo de la historia. De esta forma, los acontecimientos vertebran los cuatro elementos básicos de las convenciones narrativas: ellos mismos, los personajes o actantes y el marco espacio-temporal en el que se suceden. La suma de los acontecimientos o sucesos que forman la historia dará lugar a la *acción narrativa*, que configurará el esqueleto del relato.

Lotman (2016: 283-284) afirma, igualmente, que los acontecimientos son la base del concepto de argumento, la mínima unidad indisoluble de la construcción argumental, que formalistas como Tomachevski (1982: 182-194) definen como *motivo*. Los *motivos* al asociarse entre sí constituirían los núcleos temáticos de la obra, que ordenados naturalmente por la lógica relación causal-temporal conformarían la *historia* o *trama*, mientras que si se presentan manipulados por el autor, siguiendo sus intereses artísticos

y semiológicos, dan lugar al *discurso* o *argumento*, aunque el formalista ruso denomina de otra manera la dicotomía clásica (*fábula/trama*).

En una novela realista como la nuestra, en la terminología de Hayden White (1987), los acontecimientos que se suceden en ella serían acontecimientos reales y no imaginarios en la mayoría de los casos, aunque como ficción que es, al fin y al cabo, dichos acontecimientos no dejan de tener el rasgo de la ficcionalidad aunque con un alto grado de verosimilitud.

En nuestra novela hemos acudido a utilizar alteraciones temporales y causales de la *historia* para que el *discurso* enfatice aquellos contenidos temáticos que pretendemos resaltar para nuestros objetivos semiológicos. Así, *El eunuco* comienza su argumento cronológicamente al final de la historia que se cuenta (extrema res), en un presente que dura tan sólo unas semanas (1606), un presente desde que el protagonista principal, Yuder, hará incursiones a un pasado de 45 años. Este último es el tiempo de la historia, que el autor de la novela traerá al presente mediante el recurso de utilizar las propias *Confesiones* del protagonista principal, el *Memorial* de Diego Marín, las *Cartas*, las crónicas o la voz del narrador omnisciente.

Desde este presente argumental de semanas la novela se va estructurando y, aunque normalmente sigue una linealidad cronológica, el autor manipulará el orden de aparición de los acontecimientos, o su misma forma de presentarlos, para convertir la historia que se quiere contar en un discurso novelesco. En este sentido, hemos recurrido en ocasiones a un cambio en el orden del tiempo diegético cuando hemos querido resaltar semánticamente algún acontecimiento, recurriendo a la prolepsis y, sobre todo, a la analepsis, además de utilizar otros recursos literarios, pero en *El eunuco* la historia no está subordinada al discurso, como ocurre en las novelas no históricas.

La novela arranca con la confesión de Yuder de su situación en 1606, cuando está preso con su amigo Marcos en la prisión de la Sahena, de Marrakech, por un nieto de al-Mansur en castigo a su apoyo a uno de los hijos del sultán, en el marco de la guerra fratricida que se produjo a su muerte. Por un lado, anticipa el inmediato futuro que les espera: su ejecución, pero también es un momento propicio para recordar su pasado, recuerdos que serán completados por otras voces y fuentes que encuentra el supuesto compilador de documentos, a los que dice agregar aclaraciones históricas objetivas de manera omnisciente.

Como hemos dicho, en *El eunuco* el discurso sigue en gran medida el devenir histórico en el que transcurre la trama, queriendo el argumento novelesco resaltar algunos aspectos o acontecimientos de la historia, a los que convierte en núcleos narrativos básicos, que enmarcarán una serie de acontecimientos o sucesos menores o circunstanciales, en tiempos y espacios determinados y con concretas relaciones interpersonales. Bobes (1985: 28-37) ha teorizado de manera didáctica sobre el establecimiento de estos núcleos narrativos.

Estos focos de la narración los hemos considerado en función de lo que afecta a los personajes de la novela, aunque la mayoría de ellos hacen referencia lógicamente a Yuder porque, como hemos repetido en varias ocasiones, esta novela es en gran medida una biografía novelada del conquistador almeriense. No obstante, también hemos querido resaltar algunos datos principales de la historia personal de algunos personajes de la novela porque entendíamos que con ello el discurso se enriquecía.

Hemos elaborado una tabla en la que establecemos los treinta y tres núcleos narrativos más significativos de la novela, agrupados en los cuatro grandes bloques en los que la hemos dividido. Siguiendo la terminología de los formalistas, podríamos considerar los cuatro núcleos narrativos como los cuatro núcleos temáticos de la novela, y los cuarenta y cuatro acontecimientos como los motivos en los que éstos pueden descomponerse, en tanto que son las unidades mínimas de la historia que se convertirán en otras tantas unidades básicas argumentales.

Tabla III: Núcleos narrativos y acontecimientos

NÚCLEOS NARRATIVOS	ACONTECIMIENTOS
Contexto familiar: padres y hermana	Encuentro con Leonor
Infancia en Las Cuevas: la patria perdida	La Santa Inquisición en Las Cuevas
Intransigencia cristiana hacia los moriscos y reacción de éstos	El saqueo de Aben Humeya
Rapto y traslado a Marruecos	La expulsión de la familia y de los moriscos de Las Cuevas
	El asalto de al-Dugali a Las Cuevas y su posterior razia
	Diálogo en la Audiencia de Granada entre su presidente y Bonifaz sobre el

	<p>asalto de al-Dugali</p> <p>El viaje de los raptados en Las Cuevas a Tetuán</p>
<p>Adolescencia en Marrakech</p> <p>Educación y formación de su personalidad</p> <p>Relaciones cortesanas</p> <p>Cambio de sultanes: Abdallah, al-Mutawakil, Abd al-Malik y Ahmed al-Mansur. La batalla de los Tres Reyes</p> <p>Yuder, pachá de Tánger</p> <p>La conspiración de al- Dugali contra al-Mansur</p> <p>Yuder se despide de la corte</p>	<p>Primer encuentro entre Yuder y el príncipe Ahmed en Fez</p> <p>Primer encuentro entre Diego Marín y Ammar al-Fata</p> <p>Primer encuentro entre Diego Marín y la princesa Lalla</p> <p>La castración de Yuder y otros niños de Las Cuevas</p> <p>Primer encuentro de Yuder y la princesa Lalla</p> <p>Acto de conversión al islam de Yuder y sus condiscípulos</p> <p>Encuentro de Yuder con Fátima en el harén</p> <p>Encuentro sexual de Yuder con Anisa</p> <p>Violación de Alonso Sánchez por el sultán al-Mutawakil</p> <p>Encuentro entre la princesa Lalla y Felipe Carrillo, preceptor de Abd al-Malik</p> <p>Primer encuentro entre Yuder y Mohamed ben Zarqun</p> <p>El príncipe Ahmed sorprende a Yuder entrevistándose con al-Dugali</p> <p>Entrevistas/despuestas de Yuder del secretario del Tesoro, de Marcos y de la princesa Lalla</p>
<p>Exilio en el valle del Draa</p> <p>Madurez personal</p>	<p>Encuentro en el palmeral de Zágora de Yuder con Abbas Kader ben Barka, que</p>

<p>Relaciones sexuales con Nana la turca</p> <p>Conocimiento del valle y de sus costumbres</p> <p>Prestigio de Yuder en el cometido de las funciones asignadas: recaudación de impuestos y la formación de los infantes de Alcazarquivir</p> <p>Yuder se rehabilita ante el sultán y es llamado a Marrakech</p>	<p>le habla de las riquezas de Tombuctú</p> <p>Encuentros de Yuder con Abu Hafs ben Ahmed, cheik de la zauia de Tamegrut</p> <p>Encuentro sexual de Yuder con Nana en el desfiladero de Todga</p> <p>Fiesta del <i>mussem</i> de Es-Souk y la curación milagrosa de un lugarteniente de Yuder</p>
<p>El sultán prepara la conquista del Songhai</p> <p>La llegada del príncipe askia Uld Quirinfil a Marrakech</p> <p>Yuder, pachá de Marrakech</p> <p>Yuder, encargado de comandar el ejército de conquista del Songhai</p> <p>Yuder, pachá de Tombuctú</p> <p>Constitución del pachalato de Tombuctú y de la etnia de los <i>Arma</i></p> <p>Connivencia de Yuder con los notables nativos de Tombuctú</p> <p>Relevo de Yuder por Mohamed ben Zarqun</p> <p>Control de Yuder del pachalato</p> <p>Los pachás Mansurico y Mohamed Taba</p> <p>Yuder intenta recrear Las Cuevas en Tombuctú con asentamientos de moriscos y andalusíes en las tierras del valle del Níger</p> <p>Yuder es llamado por al-Mansur a Marrakech</p> <p>Guerra civil en Marruecos por la sucesión de al-Mansur</p>	<p>La Gran Consulta en la corte de Marrakech sobre la conquista del Songhai</p> <p>Entrevista de Uld Quirinfil con el Gran Visir de Marrakech</p> <p>Yuder recluta el ejército de conquista y selecciona sus efectivos y pertrechos de aprovisionamiento</p> <p>Encuentro de Yuder con Ammar al-Fata, donde le confiesa sus tácticas para atravesar el Sáhara</p> <p>Batalla de Tondibi</p> <p>El saqueo de Gao</p> <p>La rendición de Tombuctú</p> <p>Reunión de la corte de Marrakech donde el sultán destituye a Yuder como pachá de Tombuctú</p> <p>Llegada de Mohamed ben Zarqun a Tombuctú: encuentro con Yuder</p> <p>Asistencia de Yuder a la fiesta del maulud</p> <p>Alonso Sánchez (Salem al-Andalusí) compra en Djenné a Aminata, su futura esposa</p>

<p>Desolación y muerte de al-Mansur</p> <p>Intervención de Yuder en las luchas dinásticas</p> <p>Apresamiento y posterior ajusticiamiento de Yuder</p>	<p>Comida de Yuder con los tuaregs</p> <p>Reunión de Yuder con sus generales donde les expone la recreación de una nueva al-Andalus en Tombuctú</p> <p>Ceremonia de investidura de los reyes de los reinos tributarios del pachalato</p> <p>Ceremonia de entronización del pachá Ammar al-Fata</p> <p>Yuder se despide de su primo Alonso Sánchez antes de partir hacia Marrakech</p> <p>Recibimiento de la corte de Marrakech a Yuder</p> <p>Conversación de al-Mansur con Yuder sobre la situación de su familia y de su imperio</p> <p>Encuentro de Yuder y Marcos, en la cárcel de la Sahena, con su paisano Pedro de Morato (Hakil)</p> <p>Ajusticiamiento de Yuder en la Sahena</p>
--	---

Para abordar este elemento de la narración, el de los acontecimientos, hemos querido hacerlo, como el autor omnisciente de *El eunuco*, tratando de hacer una crónica aséptica de la historia tal y cómo sucedió, en las determinadas épocas que enmarcan la trama. Y engarzamos en esos hechos históricos documentados su traslación al discurso de la novela, manipulándolos en el sentido creativo de la expresión. Así, tras la descripción neutra del relato histórico, veremos en muchos casos cómo se trata en la novela las determinadas secuencias diegéticas. Observaremos, en definitiva, pasar del contexto general histórico del qué al cómo lo reflejamos en el relato, de cómo la *historia (trama)* se transforma en *discurso (argumento)*.

Así, serán cuatro los apartados de este capítulo de la tesis, que siguen a este introductorio, pues cuatro son los núcleos narrativos o temáticos de la novela, que se desarrollarán argumentalmente en cuarenta y cuatro acontecimientos o motivos, que ocuparán cada uno de ellos un capítulo de *El eunuco* o una parte importante de él.

En la primera parte de la novela, en la que transcurre la infancia de Yuder en Las Cuevas, los distintos núcleos narrativos y acontecimientos giran en torno a la situación socio-política del antiguo reino de Granada, en el que los moriscos pasan a ser, a ojos de los cristianos viejos, el enemigo interior al que hay que expulsar. Por eso dentro de este apartado primero nos referiremos a los acontecimientos que pilotaron alrededor de la intransigencia cristiana hacia los moriscos, estudiando la idiosincrasia de éstos y sus relaciones con los nuevos pobladores cristianos. Y todo ello analizando cómo se refleja en *El eunuco*.

El segundo núcleo narrativo corresponde a la vida de Yuder en Marrakech, donde pasa de la niñez a la juventud, formándose en el palacio de los sultanes y preparándose como militar y político. El imperio marroquí, con la nueva dinastía de los saadíes logrará situarse entre las potencias estatales euro-mediterráneas de la región, a la par que ellas en importancia. Por ello abordaremos también en esta parte de la tesis la configuración de dicho Estado, con un apartado dedicado al imperio marroquí, sus sucesivos sultanes, especialmente los saadíes (sobre todo al-Mansur), y la relación de ellos con nuestro protagonista principal, y en cómo esto se refleja en la novela.

El tercer bloque de los núcleos narrativos, y sus consiguientes acontecimientos, se centra en el “exilio dorado” de Yuder en el valle del Draa por las sospechas que el sultán al-Mansur tiene hacia él por su supuesta connivencia con el corsario al-Dugali.

En *El eunuco* hacemos residir a Yuder en la zauia de Tamegrut, aunque no existe constancia documental de ello. Desde allí ejercerá las labores que le encomendara el sultán (recaudación de impuestos e instrucción de los infantes portugueses), pero también aprovechará para conocer la región y conocerse mejor a sí mismo. Será una época en la que Yuder alcanzará su madurez, dispuesto a acometer nuevas responsabilidades.

Y cerraremos los apartados sobre los acontecimientos de la historia novelada con su cuarto bloque de núcleos narrativos, que giran en torno a la conquista del Songhai por el ejército comandado por Yuder Pachá y en la constitución del pachalato de Tombuctú, describiendo su organización y evolución histórica y dándole al tema una particular atención porque consideramos de crucial importancia en la historia y en la novela la formación de dicha estructura gubernamental, muy unida a la vida de nuestro protagonista principal y que lo hizo entrar en la Historia con mayúsculas.

IV.2

LOS MORISCOS GRANADINOS Y SU PRESENCIA ARGUMENTAL EN *EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ*

Podemos empezar afirmando, siguiendo a Perceval (1997), que los moriscos como entidad es una invención o creación de la sociedad cristiana vieja del siglo XVI, sustentadora de la Monarquía Católica. Es decir, no existía un cuerpo social homogéneo morisco, con la misma identidad, intereses y manifestaciones culturales. No “todos son uno”, como por el contrario afirmó el dominico Jaime Bleda, eslogan que se acuñó como axioma entre los cristianos viejos para desacreditar a los moriscos y hacerlos merecedores de medidas asimiladoras o represivas a todos por igual. Tampoco era una, por cierto, la sociedad cristiana.

Bernabé Pons (2009: 14) abunda en esta misma idea de Perceval de que los moriscos no se encontraban todos en la misma situación, dependiendo ésta de aspectos tales como el lugar donde habitaran o el momento del que hablemos.

Partimos, pues, de la tesis de que es un error considerar a los moriscos como una realidad existente e independiente de los cristianos viejos con los que convivían, aunque los moriscos existieron y tienen su historia, que trataremos de sintetizar a continuación, circunscribiéndonos a los del reino de Granada, y muy especialmente a los del valle del Almanzora y a los de Las Cuevas, ámbito geográfico donde nació el protagonista de *El eunuco*.

Es ésta una historia de los descendientes de los mudéjares obligados o conminados a convertirse al cristianismo tras la toma de Granada en 1492, y expulsados fuera del reino granadino a otros lugares de la Península Ibérica entre los años 1570 y 1571. Una historia que pasará por dos etapas: la asimilacionista y la de los partidarios de la expulsión, con dos bandos opuestos de cristianos viejos que apoyaban una u otra medida, pero que, en definitiva, se complementaban.

En esta parte de la tesis, que trata sobre las acciones o acontecimientos que tienen lugar en *El eunuco*, es obligado empezar por la historia de los moriscos granadinos por las razones antes aludidas y porque ella enmarca el arranque de la novela, que no es otra cosa que hablar de la intransigencia cristiana ante los moriscos como causa de su levantamiento y posterior expulsión.

IV.2.1: La conquista²³ cristiana de Las Cuevas y del Almanzora: los musulmanes pasan a ser mudéjares

La verdadera conquista del reino de Granada, tras intentos castellanos anteriores, comienza con Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón en el año 1482, cuando el ejército de Castilla toma por sorpresa la ciudad de Alhama. Un viajero alemán, Jerónimo Münzer (2019), que vivió aquellos momentos históricos, nos explica en el libro de viajes que escribió el avance cristiano exitoso como debido a la mezcla de la fuerza, la disuasión y el soborno de parte de la élite política musulmana.

Igualmente, el rey Fernando, con actitudes y tácticas claramente maquiavélicas, utilizará las luchas dinásticas de los últimos reyes y pretendientes al trono nazarí (Muley Hacén, El Zagal y Boabdil) para hacer avanzar a su ejército de ocupación y conquista por todo el occidente del reino, tomando entre 1484 y 1487 poblaciones tan importantes como Ronda, Loja, Vélez-Málaga y Málaga. Su siguiente objetivo fue entonces hacer lo mismo por la parte oriental del reino granadino, para dejar aislada la capital del último reino musulmán de la Península: Granada.

Reducido el frente occidental y resuelto a hacer lo mismo con el oriental, Fernando utilizó la segunda de las razones de la victoria que apuntaba Münzer: la disuasión (la primera era la fuerza). Así, exhibida la fuerza militar del ejército castellano, muchas de las plazas musulmanas asediadas por los cristianos acabaron entregándose a los cristianos alentados (disuadidos) por las honrosas capitulaciones que tendrían lugar si lo hacían, que les aseguraban mantener sus propiedades y costumbres ancestrales.

Más que generosidad, animaba al rey Fernando, cuando prometía las capitulaciones, acortar el tiempo de la conquista, reduciendo la pérdida de soldados y dinero, a emplear en otros frentes bélicos que tenía abiertos en Italia y el norte africano. 1488 fue el año en que esta política veía sus frutos, uniéndose al tema de las capitulaciones otro factor como causa del éxito bélico castellano: el del soborno a muchos de los dirigentes musulmanes de esas plazas a conquistar.

De este modo, nobles musulmanes como Cidi Yahya al-Nasar, uno de los pretendientes al trono granadino, facilitó a los Reyes Católicos la toma de plazas tan

21. Nos referiremos siempre al término *conquista* y no al de *reconquista* cuando nos refiramos a las tomas de ciudades o reinos musulmanes por las tropas cristianas, porque estos pobladores islámicos eran los naturales de los lugares que habitaban, descendientes de la población hispano-romana, a la que luego se sumó un menor porcentaje de bereberes del norte de África y una cantidad menor de árabes que acompañaron al ejército musulmán cuando su llegada a la Península en el 711.

importantes como Almería, Guadix y Baza, además de otras en la frontera oriental del reino, como Vélez Blanco, Vélez Rubio, Las Cuevas, Vera y Mojácar (Llaguno, A., 2006: 34-35).

El 10 de junio de ese año 1488 se entregarían a los cristianos las villas de Vera y Las Cuevas. La primera de ellas se haría al mismo don Fernando por parte del alcaide musulmán Yuza Cordela, y la segunda al enviado del rey aragonés Juan de Benavides, al que entregó las llaves de la ciudad el alcaide Yaya Raocí. Pocos días después, y a lo largo de todo el verano, otras villas y ciudades como Mojácar, Níjar y otros enclaves de los Filabres se fueron integrando en el reino de Castilla, un total de casi cincuenta enclaves poblacionales.

Los musulmanes de esas poblaciones pasaron a tener entonces el estatuto de mudéjares, es decir, musulmanes que podían, por las capitulaciones respectivas, mantener su religión y costumbres en las nuevas tierras cristianas, situación de permisividad que duró hasta principios del siglo XVI, cuando fueron obligados o coaccionados a bautizarse en la fe cristiana, convirtiéndose en moriscos.

En ese año de 1488 la población de Las Cuevas no llegaba a los quinientos habitantes, distribuidos en algo menos de cien viviendas, dedicándose mayoritariamente a las tareas agrícolas, en una tierra donde llovía poco y con pocos recursos hídricos, salvo los del río Almanzora, que combinaba la sequía absoluta con las riadas torrenciales, lo que obligó a estos agricultores a especializarse en las infraestructuras de riego que les permitieran sacar adelante sus cosechas. La mayoría de las redes de canales, acequias y azudes aún persisten en la actualidad (Llaguno, A., 2003: 82).

IV.2.2: De la tolerancia a la asimilación: los mudéjares pasan a ser moriscos

Como hemos dicho antes, los vencidos musulmanes al principio de la conquista de Granada, como dictaban las capitulaciones de los Reyes Católicos, pudieron mantener su religión, costumbres e incluso su característica indumentaria y poder portar armas de fuego, respetándose sus mezquitas como lugares de culto. Aparentemente nada debía cambiar en la vida de los nuevos mudéjares, salvo que habían pasado a ser súbditos de la reina de Castilla.

Este periodo de tolerancia inicial se acompañó de la designación de fray Hernando de Talavera como arzobispo de Granada, el primero en serlo del viejo solar musulmán. El antiguo confesor de la reina era de natural afable y conciliador, partidario de atraer a la fe cristiana a los mudéjares con la enseñanza del catecismo y los sermones, en los que invitaba a los infieles a bautizarse en la verdadera fe de Cristo, y para ser más convincente aprendió el árabe para hablarles en su propia lengua. El arzobispo se apoyaba para conseguir sus fines redentores en el también recién nombrado alcaide de la Alhambra y Capitán General de Granada, Iñigo López de Mendoza, segundo conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar.

Isabelle Poutrin (2008-2010: 12-13) hace una nueva lectura de las cláusulas religiosas de las capitulaciones, que, a su juicio, contemplaron concesiones considerables para que la guerra terminara pronto y porque los Reyes Católicos creían que el régimen de tolerancia que se implantaba (convivencia entre cristianos y mudéjares) no se mantendría mucho tiempo porque los musulmanes granadinos se convertirían pronto al cristianismo, ni tampoco ellos iban a permitir que ese doble régimen de fe perdurase mucho.

El que esa permisividad de culto musulmán recogida en las capitulaciones se preveía provisional podemos observarlo en algunas disposiciones incluidas en las capitulaciones, que en ese caso no recogían lo solicitado por Boabdil a los Reyes Católicos, como era prohibir la llamada a la oración por los almuecines desde los alminares de las mezquitas, para no propagar el nombre de Alá y de su profeta Mahoma, ni incitar a los musulmanes a perseverar en su fe.

Sin embargo, otras medidas de las capitulaciones eran más liberales y permisivas, como la autorización a los musulmanes para que no llevaran señales de identificación, al contrario que en otros reinos peninsulares, y la afirmación capitular de que los musulmanes no fueran forzados a convertirse al cristianismo, aunque el cardenal Cisneros veremos que incumpliría este mandato.

Caso especial era el caso de los *elches* (cristianos convertidos al Islam), que la Iglesia entendía que debían reconvertirse al cristianismo porque no aceptaba la apostasía que supuso esa conversión, y por tanto no les afectaba lo dispuesto en las capitulaciones de las no conversiones forzadas. Pero el final de los primitivos musulmanes sería el mismo que el de los *elches* por la intransigencia de Cisneros.

Esta inicial permisividad no llegó a los ocho años, el período mudéjar de Granada, desde 1492 a 1499, en cuyo mes de julio los católicos Isabel y Fernando volvieron a la ciudad acompañados del nuevo confesor de la reina, el cardenal Cisneros, no partidario de la tolerancia existente hasta ahora hacia los mudéjares ni de mantenerles las prerrogativas contempladas en las capitulaciones. El cardenal emprendió las conversiones forzadas y masivas de los mudéjares al cristianismo, actitud que se convirtió en ley por un pregón de 1501 que obligaba a todos los musulmanes de Granada a bautizarse o tomar el camino del exilio. En 1502 una cédula similar extendía la medida a los mudéjares de todo el reino de Castilla.

Hasta la llegada de Cisneros, en ese inicial tiempo de tolerancia tuvieron un especial protagonismo numerosos nobles musulmanes colaboracionistas que se convirtieron interesadamente al cristianismo y se integraron totalmente en la nobleza cristiana conquistadora. Al igual que vimos que Cidi Yahya (ahora con el apellido compuesto de Granada-Venegas y hecho duque) facilitó a los Reyes Católicos la toma de ciudades musulmanas en el frente oriental del reino, otros nobles ahora, como los propios hijos de Muley Hacén e Isabel de Solís (Juan y Hernando de Granada), Zegrí o Nuñez Muley, abjuraron del Islam y engrosaron la nobleza castellana, recibiendo títulos y propiedades por sus lealtades y servicios, entre otros el de servir de ejemplo de conducta a seguir a sus antiguos correligionarios islámicos, un ejemplo de “perfecta” asimilación e integración en la sociedad cristiana (García Arenal, 2003: 76-77).

El siglo XVI se iniciará, pues, con un nuevo cambio de estatus de los antiguos musulmanes, que habían pasado a ser mudéjares cuando mantenían la fe en Alá y ahora pasaban a ser moriscos o “cristianos de moros nuevos” (pasaron a conocerse como “cristianos nuevos”) cuando empezaron a ser teóricamente creyentes de Cristo.

Márquez Villanueva (1984: 86-87) incide en la incoherencia de la política de los Reyes Católicos hacia sus súbditos musulmanes de Granada, a los que otorgan unas capitulaciones que acabarán no respetando y permitiendo que la actitud intransigente de Cisneros acabe siendo la oficial de la Monarquía, frente a voces más conciliadoras como las de Hernando de Talavera.

En la sociedad cristiana de la época empieza entonces a dibujarse la existencia de dos bandos opuestos en su concepción de lo que había que hacer con los descendientes de los antiguos musulmanes: los partidarios de la asimilación pacífica de éstos al cristianismo y los que lo eran de su extirpación o expulsión, actitudes refrendadas por

sendas corrientes historiográficas que justificaban una u otra postura. Una, partidaria de integrar la herencia islámica en la misma sociedad castellana, como una de sus identidades, y otra, que la rechazaba abiertamente y veía necesaria su erradicación (Perceval, 1997: 87-92).

La primera parte, la asimilacionista, fue la que en principio prosperó, liderada inicialmente por Hernando de Talavera e Iñigo López de Mendoza, que con sus métodos “dulces” querían la integración utópica de los ya moriscos a la comunidad cristiana, con los mismos derechos civiles y religiosos que los cristianos viejos.

Durante este periodo asimilacionista las autoridades cristianas civiles y religiosas llevaron a cabo distintas iniciativas evangelizadoras para atraer a la verdadera fe con sinceridad y sin disimulo (*taqiyya*) a los recién convertidos al cristianismo, erradicando de ellos sus características musulmanas, en un proceso de aculturación que quería eliminar de ellos todos los elementos constitutivos de lo “moro”. Esta eliminación se llevaría a cabo por esa actividad evangelizadora, pero también mediante la educación y la represión (Perceval, 2012: 7).

Se pensaba que con estas actuaciones, y el contacto con la sociedad cristiana, bastaría para integrarlos, pero la evangelización casi nunca fue eficaz, por la falta de un clero especializado y la obligatoriedad de seguir unos ritos formales sin sentido para el no creyente, que además en muchas ocasiones no entendía lo que se le predicaba. Esto hizo que algunos predicadores, como el jesuita de origen morisco Ignacio de las Casas recomendasen a las autoridades que los sermones se pronunciaran en árabe.

A mediados del siglo XVI las autoridades cristianas acumularon multitud de informes y testimonios interesados y fabricados para la ocasión de que los moriscos seguían siendo igual de musulmanes que antes de su conversión formal, y de su connivencia con los enemigos de la Monarquía Católica.

Pero en este primer periodo (asimilacionista) también se confeccionó un inventario de las costumbres de los moriscos a erradicar, elaborándose inventarios y listados de múltiples prohibiciones de conductas y costumbres de los antiguos musulmanes (Kamen, 1974: 118-130), un proceso de verdadera acumulación de datos antropológicos y de disposiciones legales que desembocarían en un proceso que bien podríamos conceptualizar como de etnocidio, por el que se pretendía borrar de estos naturales del reino su identidad.

No es por tanto extraño que ante esta intransigencia cristiana hacia los moriscos, estos se rebelaran contra la Monarquía Católica. Domingo Ortiz y Bernad Vincent (2003) distinguen tres etapas en el conflicto cristiano-musulmán, encuadradas en los intervalos temporales de 1500 a 1502, de 1568 a 1570 y de 1609 a 1614, respectivamente. Nosotros nos centraremos especialmente en la segunda de ellas, la que va de 1568 a 1570, en realidad extensible a las décadas de los 60 y 70 del siglo XVI, que enmarcan perfectamente la situación del antiguo reino de Granada en vísperas de que naciera Yuder y de que fuera raptado por los corsarios berberiscos.

Los primeros en sublevarse fueron los mudéjares del barrio granadino del Albaicín el 18 de diciembre de 1499, que más que una guerra fue una revuelta, que a principios del 1500 se extendió a la sierra de las Alpujarras, propagándose a lo largo del año también a la serranía de Ronda. En mayo de 1501 el mismo rey Fernando tuvo que comandar personalmente el ejército que sofocó esta primera rebelión mudéjar.

Era el momento que aprovechó Cisneros para aplicar la mano dura con los musulmanes granadinos y borrar todos los vestigios del Islam en Granada. Quizá la quema de todos los libros escritos en árabe, que concentró en la plaza de Birrambla el 12 de octubre de 1501, fue el anuncio de que el periodo de tolerancia había concluido (Mármol Carvajal, 1946: 154). Tan sólo se salvaron de la quema los tratados de Medicina, que se los llevó el cardenal a su universidad de Alcalá de Henares.

Como ya dijimos, el 12 de febrero de 1502 Cisneros inspiró la Pragmática que ordenaba bautizarse a todos los musulmanes de Castilla o exiliarse, lo que originó que la mayoría de ellos no tuviesen más remedio que abrazar forzosamente la fe cristiana, aunque siguiesen muchos de ellos practicando su antigua religión de puertas para adentro de sus casas.

La asimilación que se perseguía durante estos primeros años del siglo XVI nació, pues, con la conversión obligada de la mayoría de los mudéjares, discriminados también por el distinto tratamiento fiscal de las dos comunidades, gravándose a los moriscos con impuestos especiales no pagados por los cristianos viejos, como las *fardas* (para sufragar las infraestructuras de defensa costera y el palacio de Carlos V en la Alhambra), ya pagadas por los mudéjares antes, y otros que gravaban los oficios que realizaban (la *garfa*, el *talbix*, el *derecho de pares*, el *tigual* o la *alfitra*, llamada también *capitación*, impuesto este último que se aplicaba por el mero hecho de vivir en un reino cristiano) (López de Coca Castañer, 1991: 191-219).

En 1526, con ocasión de la presencia de Carlos V en Granada, el 7 de diciembre se convocó una Junta en la Capilla Real de la que salió promulgado un Edicto real por el que se volvían a reprimir todas las manifestaciones étnicas de los moriscos, pero en paralelo se otorgó una moratoria de cuarenta años para el cumplimiento de esta normativa restrictiva a cambio del pago en seis años de 90.000 ducados, negociación en la que intervino Francisco Nuñez Muley, que había sido paje del arzobispo Hernando de Talavera (Domínguez Ortiz y Vincent, 2003: 26). Carlos V, que había sido nombrado emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico en 1519, necesitaba dinero para armar ejércitos que se enfrentaran a los enemigos europeos de su primacía política y militar y al Turco.

La moratoria no resolvía el problema, sino que lo aplazaba, una complicada herencia que Carlos V dejaba a su hijo Felipe II, como luego veremos (Fernández Álvarez, 1998: 456).

Estas disposiciones derogatorias de 1526 iniciarán un periodo de relativa calma entre los cristianos viejos y los moriscos, aunque el proceso de asimilación no cesó, cuyas actuaciones paradójicamente retroalimentaban a los que querían la expulsión.

La villa de Las Cuevas formaba parte del marquesado de los Vélez, cuyo titular, al igual que la mayoría de los señores y nobles cristianos, eran partidarios de la asimilación de los moriscos y no de su represión, permitiéndoles muchas de las conductas y costumbres que los edictos reales prohibían. Ello se debía principalmente a su gran laboriosidad, pues trabajaban mayoritariamente para ellos en los más variados oficios, desde la seda a la agricultura, además de que pagaban más impuestos que los cristianos viejos. Esto no fue óbice para que el segundo de los marqueses, don Luis Fajardo, iniciada ya la guerra, pretendiese comandarla.

IV.2.3: El periodo de la expulsión: la segunda rebelión de los moriscos o la guerra de las Alpujarras

La segunda de las etapas que Domínguez Ortiz y Vincent establecían en las rebeliones de los moriscos es la comprendida entre los años 1568 y 1570, ésta ya sí una verdadera guerra, la conocida como la guerra de las Alpujarras, de los moriscos o de Granada.

Vimos cómo a partir de 1526 se había establecido un período de calma entre las comunidades morisca y cristiana debido a la derogación que hizo el emperador de la

Pragmática durante cuarenta años, que prohibía las manifestaciones propias de la cultura morisca. Pero los años pasaron y llegó el año 1566, en el que el lapsus legal prescribió, aunque durante esos años se fueron acumulando injusticias “asimiladoras” sobre la población morisca, que reaccionó, ahora sí, formando un colectivo más compacto que antes, la “nación morisca” para muchos autores, derivado de la unión de quienes se encontraban marginados. La unión frente a los opresores cristianos, que habían conseguido situarse frente al “otro” que representaba lo ajeno a lo cristiano viejo. Como también afirma Perceval (2010: 124-125), a lo largo de todo el siglo XVI se va conformando una mentalidad cristiana, un “nosotros” frente al “otro” distinto, construyéndose la alteridad del morisco.

Ron Barkay (2007) analiza la imagen que cada comunidad, cristiana y morisca, tenía de la otra, apareciendo en el espejo en que se miraba la imagen deformada del otro.

Son variadas las causas que podemos encontrar en la raíz de esta guerra, unas doctrinarias, otras políticas y aún otras económicas, habiendo autores que creen como causa final el hartazgo de los moriscos de la discriminación cada vez mayor en que se encontraban en relación a los cristianos viejos, como, por ejemplo, pagar en exclusividad muchos impuestos y tributos y las actitudes de rechazo por sus manifestaciones culturales (Cabrillana Ciénzar, 1989: 231).

La reacción de la comunidad morisca, como hemos dicho ya, sería la de enrocarse en sí misma para lograr la cohesión interna que le permitiera afrontar de la mejor manera posible la injusta situación. Se daba la paradoja de que muchas familias moriscas que hacía más de sesenta años se habían convertido al cristianismo, y lo profesaban sinceramente, tuvieron que volver a su islam primitivo para afrontar la situación a la que la intransigencia cristiana las había llevado.

Era evidente el fracaso de la política asimiladora del primer período de convivencia entre moriscos y cristianos viejos, con una Iglesia cada vez más radical hacia el infiel, sobre todo a partir del Concilio de Trento, que se clausuró en 1563 con el papa Pío IV en Roma y Felipe II en España. Entre las conclusiones del concilio destacaban cuestiones dogmáticas y de disciplina religiosa, que entrañaban, entre otros aspectos, la lucha contra toda clase de herejía, representada en España por los moriscos.

Si en el primer período asimilacionista Perceval afirmaba que lo que se practicó a los antiguos musulmanes fue un etnocidio en cuanto se quería eliminar “lo morisco”, ahora

en este segundo período, a mediados del siglo XVI, lo que pretendieron los partidarios de la expulsión fue eliminar “el morisco”, un verdadero genocidio (Perceval, 2012: 11).

Julio Caro Baroja analiza la rivalidad en el reino de Granada de sus dos instituciones principales y en cómo quisieron aplicar las doctrinas emanadas de Trento: la Chancillería de Granada, con don Pedro de Deza a la cabeza, partidaria de la mano dura con los moriscos, representando al bando “albista” (por el duque de Alba) dentro de las filas cristianas, frente a la actitud más conciliadora del Capitán General, el tercer marqués de Mondéjar, Don Íñigo López de Mendoza, con el mismo nombre que su abuelo y su misma predisposición pactista, del bando “ebolista” (por el príncipe de Eboli) (Caro Baroja, 1976: 149 y ss.).

Felipe II decantó la balanza hacia el sector más belicista de la corte, representado por el referido don Pedro de Deza, apoyado en el arzobispo Pedro Guerrero y el presidente del Consejo de Estado y Gran Inquisidor, el cardenal Espinosa. El 15 de noviembre de 1566 se reunió en Guadix el Sínodo de los obispos del arzobispado de Granada, que sumaba al de la capital a los obispos de Málaga, Guadix y Almería, para concluir el período abierto por el emperador en 1526. El sínodo lo presidía don Pedro Guerrero y tuvo como principal cometido revisar la moratoria de Carlos V y volver a actualizar las normas derogadas por ella. El 1 de febrero de 1567 se promulgaría la Pragmática con las nuevas prohibiciones y, aunque el anciano Francisco Nuñez Muley interviniese de nuevo ante el rey desmontando las argumentaciones sinodales, nada se pudo lograr ya (Llaguno, A., 2006: 80-81).

Los argumentos de Nuñez Muley reflejan muy bien el sentir de la comunidad morisca y las causas del desencuentro que acabaría en guerra: son los cristianos los que habían roto los pactos, incumpliendo las capitulaciones firmadas por los Reyes Católicos, y eran los moriscos los naturales del reino, siendo los cristianos los llegados a tierra extraña. Claro que los contraargumentos cristianos versaban sobre la conversión fingida en muchos de los casos y las revueltas frecuentes de la comunidad morisca, obviando que éstas se producían como reacción a las medidas marginadoras ya aludidas.

De este modo, los moriscos volvieron a no poder vestir sus tradicionales ropas, bañarse hombres y mujeres, estas últimas no teñirse el pelo o adornarse con alheña, tocar música con reminiscencias árabes, bailar zambras ni siquiera en las bodas, portar armas, ponerse nombres o apellidos alusivos a su origen, hablar o escribir árabe....(García Arenal, 2003: 98-99). En fin, el conflicto era inevitable.

Por otro lado, se instauró en la sociedad cristiana del momento la percepción de que los frecuentes ataques de piratas y corsarios berberiscos que asolaron las costas de Valencia, Murcia y Andalucía se hacían en connivencia con los moriscos, que trataban también con el Turco y los hugonotes franceses contra la política y los intereses del “prudente” rey Felipe. Esta idea, que convertía a los moriscos en una quinta columna dentro de la Monarquía Católica, acabó de convencer a las autoridades cristianas de que era necesaria la erradicación morisca del suelo granadino.

Autores como Braudel (1980: 455), Tapia Garrido (1990a: 92), Grima Cervantes (1993: 252-264) o Vincent (1981: 192-193) dan cuenta de numerosos casos de estos ataques berberiscos en las costas granadinas y almerienses, con sus correspondientes razzias, siendo notoria la detallada por Vincent en el caso de Las Cuevas, perpetrada por el corsario al-Dugali, a la que nos referiremos más adelante porque nuestra novela arranca de ese hecho de la captura, entre otros de Yuder Pachá.

Sin querer entrar en las vicisitudes de la guerra, sí que tendríamos que resaltar algunos momentos de ella, como su inicio el 24 de diciembre de 1568 con el levantamiento de los moriscos granadinos, en el valle de Lecrín. Fue el inicio de una verdadera guerra civil entre granadinos, cristianos viejos y moriscos, pero también dentro de la misma comunidad morisca, entre los partidarios del antiguo linaje de los Abencerrajes, liderado por Farax Aben Farax, y el de los Abenhumeya, cuyo líder, Hernando el Zaguer, logró que se entronizase como rey de los moriscos a su sobrino Fernando de Córdoba y Válor con el nombre de Aben Humeya, que pretendía descender de la familia de los Omeya de Córdoba (Acosta Montoro, 1988: 57 y ss.).

En las filas cristianas también hubo si no una guerra civil sí una controversia clara entre el belicista don Luis Fajardo, segundo marqués de los Vélez, y el más pactista don Juan de Austria, hermanastro del rey, que llegó a Granada el 13 de abril de 1569, harto ya Felipe II de las intromisiones del marqués (Capitán General de Murcia) en la jurisdicción militar del marqués de Mondéjar, Capitán General del antiguo reino granadino (Sánchez Ramos, 2002: 18-19).

Aben Humeya moriría asesinado por los suyos el 20 de octubre de 1569, siendo sustituido como rey por su primo Aben Aboo. Por otro lado, don Juan de Austria sustituiría en el mando del frente noreste del reino (ya ejercía como comandante jefe del frente occidental) al marqués de los Vélez a mediados de 1570. El infante tomaría las villas del Almanzora de Serón, Tíjola, Oria, Purchena, Cantoria, Zurgena y Lubrín, y,

una vez pacificada la comarca, se desplazaría a la Alpujarra almeriense, firmando paces en Padules y otras poblaciones, paces lideradas por el negociador morisco Hernando el Habaqui, no produciéndose entre mayo y octubre de 1570 más encuentros bélicos que no fueran simples escaramuzas, pudiéndose afirmar que el 1 de noviembre de 1570 la guerra había terminado.

Manuel Barrios en una monografía muy interesante analiza los factores que influyeron en la convivencia negada entre las dos comunidades, cristiana y morisca, al tiempo que hace una revisión de la bibliografía sobre el tema morisco en los últimos veinte años (2008), mientras que en otra posterior profundiza en la suerte que corrieron los vencidos (2009).

Tras la finalización de la guerra las autoridades cristianas procedieron a la expulsión de los moriscos granadinos a otras regiones de Castilla o de la parte occidental de Andalucía, aunque ya antes de dicha terminación bélica, entre junio de 1569 y mayo de 1570, en previsión de lo que vendría después, se habían deportado unos veinte mil moriscos al occidente andaluz y a la Mancha (Vincent, 1981: 203).

En Las Cuevas la primera expulsión tuvo lugar en noviembre de 1570, trescientas cuarenta y cuatro personas para Tapia Garrido (1990b: 195), que se sumaron a otros dos mil de toda la comarca del Almanzora, agrupados todos en Vera, desde donde se trasladaron luego por barco a Sevilla y por tierra a Murcia.

Finalizada la guerra, en diciembre se procedió a una nueva expulsión de los moriscos de toda la comarca del valle del Almanzora, siendo la de Las Cuevas el 21 de ese mes, vueltos a reagrupar en Vera para dirigirse luego hacia Sevilla, Murcia y Albacete (Sánchez Ramos, 2000: 48).

A nivel general, se produjeron dos últimas expulsiones de los moriscos granadinos, una entre 1573 y 1574, y otra a principios de 1584, que sumaron un total de ochenta mil moriscos erradicados del antiguo reino granadino. Si a esta cantidad sumamos otros que se exiliaron al norte africano, podemos aventurar que más de cien mil granadinos moriscos se vieron obligados a abandonar su tierra natural.

IV.2.4: Los moriscos como problema

Durante el período de asimilación, como hemos dicho ya, se hizo una exhaustiva relación de las características propias del morisco para eliminarlos y convertirlos en verdaderos cristianos, pero, como sabemos, esto se hizo con medidas represivas que fueron indisponiendo a la antigua población musulmana contra la sociedad cristiana. Ambas situaciones, la del conocimiento más o menos profundo de las características moriscas y la indisposición motivada de los nuevos cristianos, hizo que el discurso predominante de los opresores acuñase el término de “lo morisco” como un todo para referirse a todo el colectivo. El poder cristiano construyó entonces un arquetipo irreal de los moriscos, como si todos ellos respondiesen al mismo patrón de asimilación, obviando que unos se integraron y otros no.

Los cristianos viejos empezaron a tratar despectivamente a todo el colectivo de los moriscos, animándose unos a otros a observar las más mínimas manifestaciones islámicas en ellos para denunciarlos a la Inquisición como falsos cristianos. Perceval (1977: 125-181) profundiza en esta actitud de recelo y antipatía de los cristianos viejos hacia los moriscos, que devino en asco, criticando y ridiculizando sus gustos culinarios, sus prácticas de bañarse, sus olores, sensualidad y estética (color más moreno de la piel) y la algarabía²⁴ con la que hablaban y que utilizaban para que no se les entendiera y así poder conspirar contra las autoridades sin ser descubiertos.

Inevitablemente, con esta actitud, los moriscos se transformaron de un hecho diferencial al principio en un verdadero problema. Las iniciales actitudes conciliadoras de los asimilacionistas devendrán con estas actitudes, hacia la segunda mitad del siglo XVI, en argumentario para los partidarios de la expulsión.

Pero más que en el aspecto religioso, los conflictos con los moriscos se manifestarán especialmente en los niveles social y político, en tanto que, aunque abrazaran el credo cristiano, los moriscos tenían el estigma de su origen musulmán, que les impedía ascender socialmente, salvo los nobles colaboracionistas, y les imposibilitaba ocupar los cargos socio-políticos reservados a los cristianos viejos. Era necesario para el ascenso social demostrar pureza de sangre, por lo que muchos moriscos tuvieron que recurrir al ardid de falsificar su procedencia si querían optar a algún puesto administrativo o prebenda (Bernabé Pons, 2009: 15, 102-103).

²⁴ El término *algarabía* en principio se refería a la lengua árabe, pero devino a significar en castellano galimatías, jerga, desorden, caos...por la situación de rechazo a lo distinto (morisco.)

Esta situación conflictiva derivaría, pues, en la construcción del arquetipo de los moriscos como problema, conformando todos ellos el “enemigo” que tenían en frente los cristianos viejos. No cabía otra solución a los ojos de las autoridades cristianas que la expulsión.

IV.2.5: Notas historiográficas en torno al problema de los moriscos

El estereotipo del morisco se debe inicialmente a autores contemporáneos a la guerra, que relataron los hechos de primera mano, como Diego Hurtado de Mendoza, Ginés Pérez de Hita y Luis del Mármol Carvajal, historiador este último que mejor caracteriza al mundo de los moriscos, partiendo su crónica desde las capitulaciones y, aunque partidario de las medidas regias de conversión, no dejó de entender las causas de su sublevación, y a juicio de García Pedraza (2002: 39) fue el primer autor que rompió con la idea estereotipada del bloque homogéneo morisco, creyendo que la disidencia de los moriscos no fue unánime, pues había moriscos que abrazaron la fe cristiana con sinceridad. Y los tres aportaron datos de heroicidad y pillaje de los dos bandos en contienda, en un intento de ser objetivos.

La misma autora hace un estudio exhaustivo de los autores más representativos de la historiografía apologética que conformaron la idea deformada de lo morisco, dando aparentes testimonios de su esencia perversa, como Jaime Bleda, Damián Fonseca y Aznar Cardona. Todos ellos caracterizaron el problema morisco con una carga negativa expresa para justificar la expulsión de los antiguos mudéjares, creyendo García Pedraza, al igual que Márquez Villanueva, que en parte la premura con que estos apologistas instaban a las autoridades a la expulsión era debida a querer callar las voces de una parte ilustrada de la sociedad y sectores de la nobleza que no veían bien esa medida. Contradicciones de la época (García Pedraza, 2002: 44-46).

Pero la verdad es que, aunque había dos posturas en el seno de la sociedad respecto a las medidas a tomar con los moriscos, acabó predominando la de los que creían que era mejor su expulsión para mantener una homogeneidad social y religiosa.

La posición conservadora viene representada magistralmente por Boronat y Barrachina en su obra *Los moriscos españoles y su expulsión*, donde intenta justificar su idea de que el conflicto entre cristianos viejos y moriscos fue verdaderamente, además

del componente bélico, una lucha dialéctica entre dos razas y religiones antagónicas (García Pedraza, 2002: 51).

Menéndez Pelayo, dentro de esta posición conservadora, al igual que hiciera Cánovas del Castillo a finales del siglo XIX, plasma su posición sobre el tema en una obra cuyo título anuncia ya su posición: *Historia de los heterodoxos españoles* (1947: 331). En ella parte del fracaso de la posición asimilacionista por haberse hecho imposible la fusión de dos razas. Los moriscos eran unos falsos cristianos que se convirtieron solamente por interés y no exiliarse de Granada o de Castilla, pero que en su interior eran unos auténticos musulmanes. Constituían una quinta columna dentro de la sociedad cristiana, aliados de los piratas berberiscos y de Constantinopla. No quedaba otro remedio que su extirpación de la sociedad cristiana, justificándose plenamente la decisión regia que se tomó de su expulsión.

Adentrándonos ya a mediados del siglo XX, nos encontramos con una serie de historiadores que supusieron una renovación de los estudios moriscos a partir de los años setenta de ese siglo. Esa renovación fue impulsada por autores como Julio Caro Baroja, Fernand Braudel, Cardaillac, Ladero Quesada, Domínguez Ortiz, Bernard Vincent o Mercedes García Arenal, entre otros, imprescindibles para acercarse a la realidad de los moriscos.

En la segunda mitad del XX autores como José María Perceval, Bernabé Pons, Enrique Soria Mesa, Valeriano Sánchez Ramos, Emilio González Ferrín o Mohamed Saadan Saadan y los colectivos dirigidos por Youssef al Alaoui o Michel Boeglin actualizan el discurso y nos dan una visión integradora de la situación de los moriscos y de los periodos de asimilación y expulsión por los que pasaron estos naturales del antiguo al-Ándalus, criticando que los historiadores conservadores apologistas fueran construyendo un corpus teórico de la idiosincrasia de los moriscos para justificar y avalar históricamente su expulsión.

Esta revisión historiográfica moderna pretende hacer un análisis riguroso del problema morisco, desmontando mitos que se establecieron como inamovibles por los apologistas del XVII al XIX. El primero de ellos es el de que constituían una raza diferente, cuando en realidad, como ya hemos apuntado, no es verdad: eran los naturales de un territorio con sedimentos ibéricos, romanos y visigodos semejantes a los del resto de peninsulares, con aportes posteriores de otras procedencias geográficas pero que no desvirtuaron su identidad de pueblo hispano.

María Soledad Carrasco (1956, 2006) estudia la visión que la literatura ha proporcionado del morisco, contribuyendo a la conformación del arquetipo que hay de él.

En segundo lugar, los moriscos no eran uno solo, sino que dentro de ellos se encontraban individuos con las mismas diferencias entre sí e intereses contrapuestos como entre los cristianos.

Finalmente, desechar la idea de que la expulsión fue inevitable, porque bien podría haberse optado por una real integración, incorporando lo morisco a la nación española. Pero la decisión fue la contraria, con consecuencias varias, que genéricamente reflejaba Pérez de Hita en una carta a Felipe II en la que le expresaba: “Finalmente, los moriscos fueron sacados de sus tierras y fuera posible haber sido mejor que no se les sacara, por lo mucho que han perdido Su Majestad y todos sus reinos” (Llaguno, A., 2006: 99).

IV.2.6: Los moriscos en *El eunuco de Tombuctú*

Hacia 1561 Las Cuevas era una población eminentemente morisca, queriendo nosotros que la novela se inicie con la composición poblacional y religiosa de la villa, para situar el contexto humano en el que nace Yuder. Se lo recuerda el sacerdote Diego Marín en su *Memorial*:

Cuando tú naciste, Yuder, casi toda la población de Las Cuevas era morisca porque el señor de la villa, el marqués de los Vélez, prefería los moriscos a los cristianos viejos como moradores de sus tierras por su destreza en la agricultura y en otros oficios, como el trabajo de la seda y, sobre todo, porque eran los principales pagadores de los impuestos y tributos, de los que se eximía en parte a los antiguos cristianos (55).

Queremos afirmar también en *El eunuco* que no todos los moriscos eran uno en sus convicciones religiosas y en su integración en la sociedad cristiana. Así, cuando la razia de al-Dugali, uno de los *seises*²⁵, Luis de Tudela, verdadero creyente y leal con las

²⁵ Cuando la expulsión de los moriscos seis de cada cien se quedaron en el reino de Granada, supuestamente verdaderos conversos, para ayudar en los deslindes y repartos de tierras, así como en el laboreo de los campos.

autoridades, denuncia al alcaide la posición contraria y traidora de otro *seise*, que había hecho concentrar en el interior del castillo a gran parte de la población para su rapto por el corsario berberisco:

--- Uno de ellos --- prosiguió Luis de Tudela --- creo que era Juan Bernal, del que venía yo desconfiando hace un tiempo.

--- ¿Por qué, Luis? --- preguntó nervioso Illescas, temiendo la respuesta.

--- Sospecho, señor, que colaboraba con el Turco, pasándole información a sus secuaces de la situación de la villa y de sus defensas --- contestó apesadumbrado el morisco (28).

Igualmente, el padre Marín recuerda a Yuder lo verdaderamente cristiana que era su madre, de manera sincera y cumplidora de sus obligaciones religiosas, mientras que su padre no era tan practicante, cosa que, por otro lado, ocurriría también entre los cristianos viejos. Del mismo modo, el clérigo sabe que otros moriscos siguen practicando su fe musulmana puertas adentro de sus casas, pero se muestra conciliatorio con esa actitud, porque, al fin y al cabo, Dios sí es uno:

Recuerdo a tu padre, Diego de Guevara, y a tu madre, Isabel de Mendoza, que, a pesar de su ascendencia musulmana, vivieron la verdadera fe cristiana con sinceridad, no como otros moriscos de la villa que yo sabía que de puertas adentro de sus casas seguían orando a Alá. Pero nunca delaté a esos otros porque siempre sospeché que Yahvé, Jesucristo o Alá pudieran ser el mismo Dios, pero que tuvieron profetas diferentes o con distinta primacía en el caso de que alguno coincidiera, como ocurriera en el caso de Jesús (39-40).

...

Aunque tu madre era de misa diaria, temía yo que la ausencia de tu padre de la iglesia, por estar absorto trabajando en el campo incluso en día de fiesta, pudiera interpretarse como la desidia para con Dios del falso cristiano (58).

La novela hace incursiones temporales a los años 60 y 70 del siglo XVI para recrear la situación en la que se encontraban los moriscos por la intransigencia de las autoridades cristianas y el no cumplimiento por parte de éstas de las Capitulaciones que

firmaran los Reyes Católicos con los emisarios del rey nazarí Boabdil el 25 de abril de 1491. Los capítulos 8 (“La Santa Inquisición en Las Cuevas”), 9 (“Aben Humeya, el rey de los moriscos”) y 10 (“Expulsión de los moriscos”) novelarán esa situación de desencuentro entre las dos comunidades de cristianos viejos y conversos.

La política señorial con los moriscos era mucho más permisiva que la que había en los lugares de realengo, sometida a la jurisdicción directa del rey, porque, efectivamente, como se recoge en el texto, eran los que les suministraban con sus impuestos la mayor parte de su hacienda. Los cristianos viejos, por el contrario, estaban exentos de pagar muchos de ellos, por lo que señores como el marqués de los Vélez preferían tener como vasallos a cristianos conversos:

El afán recaudatorio de los marqueses era proverbial, lo que les ocasionaba continuos conflictos y litigios con la corona y la iglesia, con los que disputaba, entre otras cosas, el cobro de los diezmos [véase Franco Silva, A., 1981: 90]. Había, por tanto, un ambiente enrarecido políticamente en el dominio de los Fajardo, que se creían verdaderos reyezuelos en su señorío. El marqués aparecía a los ojos de las autoridades centrales demasiado permisivo y tolerante con las costumbres de los moriscos, permitiéndoles incluso la práctica de sus ancestrales costumbres musulmanas, lo que motivó un año antes de que tu nacieras, hacia mitad de agosto de 1561, que el Tribunal de la Inquisición de Granada enviara al marquesado una comisión del Santo Oficio (55).

Esto explica la relativa permisividad del marqués hacia las prácticas religiosas de los moriscos puertas adentro, mayor tolerancia que a veces era un simple chantaje que se traducía en delatarlos al rey si no pagaban impuestos especiales que no se gravaban a los cristianos viejos, como nos recuerda el profesor Sánchez Ramos (2002: 28).

Pero esta actitud del marqués levantaba permanentemente suspicacias en las autoridades centrales del reino, que intentaban neutralizar la tolerancia interesada del señor hacia sus vasallos, llevando a cabo actuaciones, como que fuera la Santa Inquisición a Las Cuevas en 1561, de lo que se hace referencia al final del párrafo anterior de la novela. La intransigencia del Tribunal caerá a veces en el absurdo y en el desatino, como trata de expresar la novela en los párrafos siguientes:

El párroco don Martín me contó años después los despropósitos de la comisión, que abrieron infinidad de causas para descubrir a los falsos cristianos, la mayor parte de las cuales contravenían las medidas de connivencia entre las dos religiones que prometieron los Reyes Católicos cuando conquistaron Granada. La intransigencia del cardenal Cisneros persistía cincuenta años después de su muerte.

Los delitos más habituales hacían referencia a la manera de degollar las reses, que descubrieron en algunos casos que lo hacían desangrando completamente al animal y orientados hacia la Meca, o el bañarse y acicalarse las mujeres incluso con ocasión de su boda, como ocurriera con la morisca María Rafe, o simplemente por una higiene al parecer mal entendida, como pasara con la también morisca Ángela Mandín, sorprendida bañándose en su casa. Todo ello denotaba, a juicio de la Inquisición, que todas estas personas seguían practicando la religión musulmana y que su conversión al cristianismo era fingida y, en consecuencia, eran merecedoras de los castigos previstos para tales casos [véase Alcaina Fernández, Pelayo, 1988: 24-29].

Pero no sólo eran moriscos los que fueron encausados, sino también empleados y siervos del marqués, así como cristianos viejos, por delatarlos algunos vecinos que dijeron oírles exclamar alguna jaculatoria contra Dios o pronunciar el nombre del maligno, como ocurriera con el licenciado Francisco de Cervantes o el escribano Francisco de Lizana.

Las penitencias impuestas de oír misa mayor, el rezo de oraciones, las multas de cientos y miles de ducados y maravedíes, incluso la prisión en la cárcel del castillo o en la misma Granada, siguieron abonando en Las Cuevas el desencuentro entre cristianos viejos y nuevos (56).

En el capítulo 9 de la novela (“Aben Humeya, el rey de los moriscos”) se reflejan las consecuencias de esta política de intransigencia cristiana que no fue otra cosa que la segunda rebelión de los moriscos. La novela recrea la presencia en Las Cuevas del recién coronado rey de los moriscos, Aben Humeya:

Enseguida vimos galopar las huertas de Calguerín unas decenas de caballos y correr por ellas más de un centenar de hombres, algunos con antorchas en las

manos, quemando los árboles y las plantaciones, especialmente el vergel que sabíamos era del marqués. Era una cabalgada que no parecía de conquista, sino de destrucción, con la sola intención de hacer daño. Arrasado gran parte del pago, los asaltantes partieron rápido hacia el norte del valle, como si no quisieran hacer frente a los defensores de la villa.

Lorenzo Román me dijo que el jefe de los asaltantes era Aben Humeya, el rey de los moriscos, que se había alzado en armas contra el que yo creía que era nuestro único rey, don Felipe. Fue la primera vez, a mis ocho años, que comprendí que la guerra de la que hablaban nuestros padres afectaba también a nuestro pueblo y que afectaría también a nuestras vidas y a nuestro destino. Fue como si desapareciese en ese momento la inocencia de la niñez.

Una vez que pudimos volver al pueblo, nos enteramos de que, alertados los vecinos, la mayoría de ellos se refugiaron en el castillo, cristianos viejos y moriscos, no queriendo éstos últimos secundar a las huestes de Aben Humeya, agradecidos como estaban al marqués de los Vélez. Tan sólo unos cuantos cristianos nuevos acompañaron al reyezuelo morisco en su huida, engrosando su incipiente ejército. Mi familia, afortunadamente, fue una de las que se guarecieron en el castillo y con ello salvaron su vida (61-62).

Aben Humeya procedía de una noble familia musulmana que pretendía descender del mismo Profeta Mahoma, siendo don Fernando de Córdoba y Válor el primer converso de ella. Fernando el Católico, además de darle su nombre, lo premió con el señorío de Válor, en Jubiles, que era una taha de las Alpujarras, al tiempo que lo nombró *caballero veinticuatro*²⁶ de la ciudad de Granada. Premiaba con ello su lealtad y actitud colaboracionista (Acosta Montoro, 1988: 57 y ss.).

El texto de la novela hace referencia a la incursión que el rey morisco hace por toda la cuenca del río Almanzora, desde Purchena, soliviantando y alzando en ocasiones en armas a los conversos de Cantoria, Partalao, Albanchez, Arboleas y Zurgena, dirigiéndose después a la ciudad de Vera, a la que sitió el 25 de septiembre de 1569 (Grima, 1996: 12-14).

²⁶ Los *veinticuatro* eran los regidores de los cabildos municipales y se instituyeron en las grandes ciudades andaluzas, dándoseles la condición de hidalguía, por lo que engrosaron las filas de la baja nobleza castellana.

Al conocerse la proximidad de Aben Humeya a Las Cuevas, el alcaide de su castillo, Diego Teruel, ordenó a la población guarecerse en el interior de la fortaleza, y así la villa pudo resistir mejor que otras la ofensiva del rey morisco. Por otra parte, se dio la circunstancia de que la mayoría de los conversos, efectivamente, como se narra, no secundaron a su supuesto rey, sino que se mantuvieron leales al marqués de los Vélez, salvo unos cuantos de ellos que engrosaron el ejército del morisco. Aben Humeya, fracasando en su intento de reclutar mayoritariamente a sus correligionarios, incendió antes de partir para Purchena río arriba la iglesia y arrasó las huertas del marqués en el pago de Calguerín. A ello alude la novela:

El castillo resistió por la defensa que de él hizo su alcaide, Diego Teruel, advertido del inminente ataque de Aben Humeya; aunque su actitud, valerosa en un primer momento, se convirtió pronto en mezquina, como supe años después por Diego Marín. Y es que el alcaide, auxiliado por su sobrino Alonso del Castillo, aprovechó la ocasión para quedarse con muchas de las provisiones de grano, frutas, aceite y ganado de los moriscos huidos o de los que él, caprichosa e interesadamente, creyó colaboradores de los asaltantes.

Ahora creo, Marcos, que quien verdaderamente asaltó ese 25 de septiembre de 1569 la villa de Las Cuevas no fue Aben Humeya, sino el alcaide y su sobrino, porque si el primero fue directamente contra el marqués, los dos cristianos viejos lo hicieron contra todos nosotros, tal fue su codicia (62).

Novelamos la actitud mezquina del alcaide y de su sobrino Alonso del Castillo, que aprovecharon el desconcierto que se creó con la llegada de Aben Humeya y la huida de muchos moriscos para no secundarlo, para saquear y apropiarse de muchos de sus bienes. Un ejemplo claro de la animadversión de muchos cristianos viejos a los nuevos cristianos (Sánchez Ramos, 2000: 43 y 44).

A la incursión de Aben Humeya seguirá la caída en desgracia del marqués de los Vélez, Luis Fajardo de la Cueva, que comandaba un ejército propio contra los moriscos. Aunque invitado a participar en la guerra por Pedro de Deza, presidente de la Real Chancillería de Granada, su actitud belicista le había granjeado la enemistad del marqués de Mondéjar, Iñigo López de Mendoza, Capitán General del reino de Granada, más conciliador en la contienda. Los desaciertos del de los Vélez y su intromisión en la

jurisdicción militar de don Íñigo le hace ser relevado del mando compartido por don Juan de Austria, hermanastro de Felipe II, que asume el mando único del ejército cristiano a mediados de enero de 1570 (Vincent, 1981: 200).

La expulsión de los moriscos era una de las consecuencias del cambio de dirección impulsado por don Juan. Yuder, en su prisión de la Sahena, lo recuerda:

Era el 21 de diciembre de 1570, en vísperas de la Noche Buena, cuando concentraron en el patio de armas del castillo a más de trescientos moriscos que el rey había ordenado dispersar fuera del antiguo reino de Granada.

Don Luis Fajardo, nuestro señor, había perdido el favor real y había sido sustituido por el hermanastro del rey, don Juan de Austria, como comandante del ejército contra los rebeldes moriscos de las Alpujarras. Tras la victoria sobre los insurgentes en los primeros meses de ese año fatídico de 1570, las autoridades cristianas decretaron la expulsión de los moriscos de todas las tierras que fueron del reino de Granada, decisión que llegó también a nuestro valle del Almanzora, huérfanos ahora de nuestro señor natural, el marqués de los Vélez, hundido y abatido emocionalmente por su reciente destitución como jefe del ejército del rey.

Una Pragmática Real ordenaba la expulsión de todos los moriscos mayores de diez años del antiguo reino musulmán a otros territorios de Castilla. Eso me salvó a mí, pero no a mis padres ni a mi hermana María, que era mayor que yo tres años. De nada sirvieron las gestiones de mis padrinos y de los cristianos viejos que estimaban a mi familia y que intermediaron ante los alguaciles reales para que se quedaran en Las Cuevas, por ser cristianos tan practicantes y convencidos como los más antiguos de la villa. Su ascendencia musulmana fue más importante que su presente de cristianos convencidos (63-64).

Yuder logra, aun a su pesar, no encontrarse en el grupo de expulsados, como recuerda en sus *Confesiones*:

El padre Marín me había acogido en la parroquia como monaguillo, y cuando la expulsión, alegando mi edad y que vivía con él en las dependencias de la iglesia, logró que no se me incluyera en la relación de moriscos a expulsar, pero yo quería

unir mi suerte a la de mi familia y a la de muchos de mis amigos, y partir con ellos a donde ésta los llevara.

Fueron mis padres los que, a fuerza de insistir, y de obligarme más bien a hacerlo, lograron que me quedara en Las Cuevas con el cura Marín, porque presentían que mi futuro estaría más asegurado con el párroco de la villa que con ellos deambulando por las tierras castellanas como proscritos (64).

En el afán de lograr la mayor verosimilitud posible, añadimos a la descripción histórica los sentimientos que ocasionaría en Yuder la segregación de sus padres y amigos. Un desarraigo que marcará su psicología, apareciendo la figura del presbítero Diego Marín como sustituto de la figura paterna perdida, como leemos en los dos últimos párrafos transcritos. El recuerdo de aquel 21 de diciembre de 1570 es amargo para nuestro protagonista:

Un último abrazo selló la despedida con mi familia, a la que nunca volvería a ver ni siquiera a saber de su paradero, y no sé si ellos supieron del mío, sospecho que no, porque hasta de nombre cambié, además de creencias y de afectos...

También me despedí con dolor de los amigos que pude, sin apenas decir palabra alguna porque un nudo en la garganta me lo impedía. Sólo las manos estrechadas y los abrazos entrecortados sellaban una hermandad de juegos y querencias ahora rotas (65-66).

IV. 3

EL IMPERIO MARROQUÍ DESDE LOS ALMORÁVIDES A LOS SAADÍES

Con las dinastías de los almorávides y los almohades, entre los siglos XI y el primer tercio del XIII, el Magreb estuvo unido, integrando también a al-Andalus en su configuración estatal y constituyendo el primer embrión del imperio marroquí.

Pero tras estos dos siglos de unidad estatal, el poder central almohade se fracturó en numerosos reinos de taifas y nuevas estructuras políticas. Una nueva dinastía, la de los benimerines, fundó un nuevo Estado, el merinida, que en 1331 llegó a su máximo esplendor con el sultán Abu Hassan, que logró unificar todo el Magreb occidental, integrando en una misma estructura política reinos centrales y periféricos, como Fez, Marrakech, Tremecén, Ifriquiya, el Sus, el Draa, el Tafílete o Qairuán. Podemos considerar el Estado creado por los benimerines como un precedente inmediato del imperio de los saadíes.

La derrota de los benimerines en la batalla del Salado, en 1340, frente a las fuerzas coaligadas de Castilla y Portugal, acaba con sus ansias expansionistas hacia la Península Ibérica e inicia una crisis social y económica de su imperio, que hace que, poco a poco, el Estado se vaya debilitando y muchos de sus reinos desmembrándose. Así, la familia de los Beni Watas destronará al último sultán merinida, Abd al-Haqq, en 1465, iniciando su líder, Beni Wata Mohamed, en 1471, el nuevo poder imperial.

Con la dinastía de los watasidas, potencias europeas, como Portugal sobre todo, ocupan distintas plazas en suelo marroquí, como Arcila, Azamur, Agadir, Safi, Ceuta, Alcazarquivir, Tánger o Castillo Real, creando nuevas poblaciones como Mazagán y Casablanca. Castilla, igualmente, fundará en el Atlántico marroquí Santa Cruz de la Mar Pequeña o conquistará lugares como Sidi Ifni, Melilla o el Peñón de Vélez de la Gomera.

Esta debilidad del imperio watasida, incapaz de evitar la ocupación o fundación de plazas fuertes en sus costas, hará que surja un importante movimiento religioso y político frente al poder central, que pretendía reunificar el Magreb bajo la obediencia islámica. En este contexto nacionalista, adquirirán una gran fuerza los *morabitos*, hombres piadosos y santos que predicarán el ascetismo y la reunificación de todas las tierras del Magreb. Estos santones impulsarán el movimiento desde las *zauias*, unas

especies de conventos y escuelas coránicas en las que se formarían los futuros defensores del poder del Islam, agrupados en cofradías. Junto a las zauias se edificarían las tumbas o mausoleos de estos hombres piadosos, también llamados morabitos, lugares de peregrinaje y de celebración de ferias anuales (Zoido, 2001:97 y ss.).

A finales del siglo XV será clave la figura de Mohamed ben Sliman Essemelali el Yazuli en el resurgimiento del nacionalismo marroquí, que abogaba por la primacía política de los descendientes de la tribu del Profeta Mahoma, la corachita. Ellos serán los *jerifes* o *chorfas*, que liderarán el creciente nacionalismo magrebí (Bellaire, 1923: 22).

Una familia del valle del Draa, los Bani Saad, o saadíes, considerada descendiente de Mahoma como jerifes que eran, será la que encarne las reivindicaciones nacionalistas, sobre todo a partir de su patriarca, Mohamed ben Ahmed el Qaïm, que se decía descendiente también del santo Muley Idriss.

La nueva dinastía saadí, además de hostigar a los portugueses, redujo el poder territorial de los wattasidas, enajenando de su obediencia a las regiones del Sus, el Draa, el Tafilete y el Tuat, casi todo el sur del Magreb, que tenían en Marrakech su capital. De este modo, los wattasidas redujeron su poderío al norte, con su capital en Fez.

El fundador de la dinastía saadí, El Qaïm, murió en 1517, sucediéndole su hijo primogénito, Ahmed el Arej, que sería destronado tiempo después por su hermano Mohamed ech Cheikh I, que logrará unificar los dos reinos de Fez y de Marrakech al vencer en 1554 a Ba Hasun, el último rey wattasida.

Muerto el sultán Mohamed ech Cheikh, en 1557, le sucedió en el trono su hijo mayor, Muley Abdallah al-Galib, en cuyo reinado llegó Yuder al reino unificado de Marrakech, como se lo recuerda, en *El eunuco*, el sacerdote Diego Marín en su *Memorial*:

Cuando llegamos al reino de Marrakech reinaba Muley Abdallah al-Galib, hijo de Mohamed ech Cheikh, el sultán que unificó en un mismo imperio los reinos de Fez y de Marrakech hacia 1554 de nuestra era, cuando venció en el campo de batalla al último rey wattasida.

El padre del sultán unificador, Mohamed ben Ahmed al-Qaim, fue realmente el fundador de la nueva dinastía de los saadíes, al saber ponerse al frente del clamor popular, alentado por las cofradías de santones y los morabitos, que veían cómo su pueblo era víctima de las potencias extranjeras, sobre todo de Portugal y de

España, que habían fundado o se habían hecho dueños de plazas fuertes en la costa, claves para su actividad comercial.

El país estaba sumido en el caos, con una dinastía totalmente desacreditada a los ojos de los hombres doctos y sabios, que acusaban a sus monarcas de pasividad ante el fraccionamiento del territorio marroquí. Por ello todos vieron complacidos cómo un jerife, un descendiente de la tribu del profeta, proveniente del valle del Draa, pugnara con los decadentes wattasidas para ocupar el poder. Pero fue el hijo de al-Qaim, Mohamed, quien realmente asentó la dinastía y unificó el imperio, no sin antes participar activamente en luchas fratricidas y de aniquilar totalmente los resquicios del poder wattasida. Y a este imperio, Yuder, fue al que llegamos veinte años después de que se unificara con el nombre del reino más sureño de los dos, Marrakech (38-39).

A pesar de que en la familia imperial se había establecido la norma no escrita de que a la muerte de un sultán no le sucedería su hijo primogénito, sino el siguiente en edad de sus hermanos, Abdallah nombró en vida heredero a su hijo al-Mutawakil, que subió al trono a su muerte, en 1574. Esa sucesión, que rompía el pacto familiar, traería conflictividad al imperio y al posicionamiento de los notables de la corte, en un contexto de intrigas palaciegas, algunas de las cuales protagonizaría al-Dugali, el corsario secuestrador de Yuder:

... llegó a Tetuán la noticia de la muerte del sultán Abdallah, que había dejado como heredero a su hijo Muhammad al-Mutawakkil, apodado el Negro. Al-Dugali, conocedor de los entresijos palaciegos y de que esta sucesión sería cuestionada por los hermanos del difunto sultán, se aprestó a marchar a Marrakech con todos los cautivos, aquellos destinados a ser soldados y aquellos otros seleccionados para el sultán. Y, al mismo tiempo, aprovecharía para prestar juramento al nuevo monarca y olfatear en la corte los derroteros por los que iría la situación política creada por la muerte de Abdallah (43).

En este ambiente de maquinaciones políticas, el mismo al-Dugali sonsacará información al Chambelán de la corte sobre lo que piensan los ulemas sobre la sucesión imperial:

--- ¿Es que se anuncian de nuevo desacuerdos entre los príncipes?--- preguntó al-Dugali, silenciando su encuentro reciente con Ahmed en Fez.

--- Todo pudiera suceder, alcaide, que andan algunos ulemas defendiendo la primacía en la sucesión al trono del hermano de mayor edad del difunto sultán, que bien claro dejó como heredero a su hijo al-Mutawakkil (49).

Al-Mutawakkil sólo estaría en el trono dos años, puesto que fue destronado en 1576 por su tío Abd al-Malik, hermano de Abdallah, disconforme con la sucesión de su sobrino. Al-Malik y su hermano menor, Ahmed, habían huido a la otomana Argel para escapar de su sobrino, y desde allí organizaron un ejército que venció al imperial en al-Rukh. En *El eunuco* dedicamos un capítulo a este cambio de sultanes (“Entre Argel y al-Rukh: cambio de sultanes. 1576”) porque concedemos mucha importancia a este hecho en el devenir de la historia que queremos contar. Dice el narrador omnisciente:

Cuando Abdallah al-Galib asumió el poder en 1557 sucediendo a su padre, Mohamed ech-Cheikh, quiso evitarse posibles rivales que le disputaran el trono, por lo que ordenó ejecutar a gran cantidad de sobrinos y hermanos. Pero dos de éstos últimos escaparon a Argel, un protectorado del sultán turco de Estambul, concretamente Abd al-Malik y Muley Ahmed, el menor de los hijos vivos del difunto ech-Cheikh.

Durante todo el reinado de Abdallah los hermanos que consiguieron escapar de su sentencia de muerte anduvieron entre Argel y Estambul, bajo la protección del sultán turco, al que sirvieron en sus luchas contra los cristianos participando en los sitios de La Goleta y de Túnez, o incluso el mayor de ellos interviniendo en la batalla de Lepanto, siempre contra el español Felipe II.

Cuando en 1574 muriera Abdallah y dejara el trono a su hijo al-Mutawakkil, los hermanos del difunto monarca no aceptaron tal sucesión y recabaron la ayuda del sultán turco para entronizar en Marruecos a Abd al-Malik, tío del recién nombrado sultán y al mismo tiempo el hijo de mayor edad que quedaba de la prole del unificador del imperio, ech Cheikh (109).

...Finalmente, a finales del año 1575 partió de Argel el ejército de los hermanos al-Malik y Muley Ahmed, formado por turcos y andalusíes, para encontrarse con el de al-Mutawakkil el 17 de marzo de 1576 muy cerca de Fez, concretamente en al-Rukh.

Al frente del único cuerpo de la artillería del ejército del sultán al-Mutawakkil se encontraba el alcaide y corsario al-Dugali con dos mil escopeteros andalusíes, lo que hacía presagiar la victoria de su señor frente al ejército de su tío al-Malik.

Pero, y de manera inesperada, al-Dugali se pasó al bando del pretendiente al-Malik, decidiendo a su favor la suerte de la batalla. Al-Malik partió de inmediato hacia Fez, donde se encontraba en ese momento la corte, para entronizarse como nuevo sultán y seguir su lucha contra su sobrino, el destronado monarca, que huyó hacia el sur.

En julio de 1576 al-Malik entraría en Marrakech, derrotando de nuevo en varias ocasiones a al-Mutawakkil, refugiado en las montañas del Atlas. Vencido ya totalmente, el sultán destronado volvió a huir, esta vez hacia el norte, hasta alcanzar las costas de Portugal, a cuyo rey don Sebastián pidió apoyo para recuperar su trono perdido (110-111).

La voz omnisciente del narrador hace coincidir el argumento novelesco con la historia real, como si de un documento se tratase. Además de la trama histórica de la estancia de los dos príncipes en tierras de dominio turco, el narrador da cuenta de la traición de al-Dugali a su señor, el vencido al-Mutawakkil, facilitando la victoria del nuevo sultán, su tío al-Malik, así como la huida del monarca destronado a Portugal, en busca de la ayuda de su rey para recuperar el trono perdido.

Don Sebastián de Portugal vio una oportunidad en la petición del sultán vencido, y renació en él la idea de volver a controlar nuevas plazas en el Magreb como pago a su ayuda, para lo que formó un ejército de soldados provenientes de distintos lugares de Europa con el objetivo caballeresco de conquista en nombre de la fe católica. Era el rey portugués un joven muy impetuoso y exaltado, que no consiguió ni convocar el contingente de efectivos que pretendía ni que éste estuviese bien organizado.

Por el contrario, el ejército de los hermanos al-Malik y Ahmed, del que formaban parte un importante número de turcos, constituía una tropa poderosa, por el número y la organización, que se encontró con la cristiana, auxiliada por los escasos seguidores de

al-Mutawakkil, en un punto cercano a Alcazarquivir, donde se libró la batalla el 4 de agosto de 1578, a favor de los príncipes hermanos. La batalla fue conocida para la Historia, además de por Alcazarquivir, por la de Los Tres Reyes, porque en ella perecieron tres monarcas: don Sebastián de Portugal, Al-Mutawakkil y al-Malik, proclamándose nuevo sultán en el mismo campo bélico el príncipe Ahmed, que pasará a ser conocido como Ahmed al-Mansur, “el Victorioso” o Ed Dhabí, “el Dorado”, por la riqueza que logró poseer, sobre todo cuando conquistó el antiguo Sudán y las fuentes del oro.

En *El eunuco*, el narrador omnisciente cuenta todo esto como si fuera una verdadera crónica:

Tras su huida de Marruecos, al-Mutawakkil se refugió en Portugal, donde alentó a su joven rey, don Sebastián, a que lo apoyara en la recuperación del trono a cambio de recobrar las plazas fuertes que su antecesor, su abuelo Juan III, se había dejado arrebatar por los marroquíes.

Don Sebastián era un rey impulsivo y exaltado, con ciertas dosis de misticismo y de ideales caballerescos, que pretendía llevar la fe católica allende los mares. Por eso la petición de ayuda del sultán destronado le ofreció la oportunidad de intervenir nuevamente en el país vecino, al igual que hicieron siglos atrás sus antecesores en el trono, aunque su abuelo había orientado su política expansionista hacia la India y a la colonización del Brasil, que por el Tratado de Tordesillas pertenecía a Portugal.

El rey portugués consiguió del papa Gregorio XIII la consideración de cruzada a la invasión que pretendía hacer de Marruecos, enrolándose muchos caballeros de toda la cristiandad en el ejército que estaba formando, desde unos mil quinientos españoles a holandeses, alemanes, toscanos o de los mismos estados pontificios, con seiscientos soldados que costeara el propio pontífice. El grueso era, por supuesto, de portugueses, con el apoyo táctico de marroquíes adictos a al-Mutawakkil, entre los cuales se distinguían seiscientos jinetes provenientes de las guarniciones militares de Tánger y Arcila.

Finalmente don Sebastián logró reunir un ejército en torno a los dieciocho mil efectivos, pero, al agruparlo de manera precipitada, andaba mal pertrechado, con un escaso número de cañones y con mucho personal de servicio y avituallamiento.

Ocho mil pajes, clérigos, mujeres, niños y otros familiares acompañaban a la flor y nata de la nobleza portuguesa, que se había alistado en el ejército que pretendía ser el de la salvación nacional.

Por el contrario, el ejército de al-Malik superaba los setenta mil hombres, por lo que casi cuadruplicaba al portugués, estando además mejor provisto de armas de fuego y de una caballería muy superior en número. Su contingente humano era también muy diverso, desde arcabuceros andalusíes, veteranos soldados turcos, desertores de los antiguos Tercios españoles de Flandes y el grueso de marroquíes de distintas tribus del imperio...

La desproporción de los dos ejércitos era mucha y evidente, por lo que al-Malik intentó evitar la confrontación por vía diplomática, porque, aunque su victoria era previsible, no quería embarcarse en una contienda que le supondría ingentes gastos económicos y muchas bajas militares. Por estos motivos escribió al rey español Felipe II, que era tío de don Sebastián, para que disuadiera a su sobrino de su aventura africana, ofreciéndole al rey portugués aumentar el perímetro de las plazas fuertes que mantenía en suelo marroquí. Pero la diplomacia falló y el ejército de don Sebastián y de al-Mutawakkil se aprestó a partir hacia Marruecos.

...Como era de esperar, la victoria fue para el ejército de al-Malik, aunque no pudo saborearla porque murió en su tienda de campaña, algunos dicen que por la peste y otros que envenenado. Igualmente, murieron los otros dos soberanos, don Sebastián luchando y el depuesto sultán ahogado cuando atravesaba el río en su huida (140-142).

IV.3.1: Ahmed al-Mansur, el Songhai y Yuder Pachá

El reinado de Ahmed al-Mansur (1578-1603) está considerado como uno de los más importantes de toda la historia del imperio marroquí, además de suponer el apogeo de la dinastía de los saadíes. Fue al-Mansur un verdadero hombre de Estado, que reorganizó y modernizó la estructura del gobierno, la misma corte y el ejército, éste último a la

manera turca, mejorando, igualmente, la economía del imperio y su vida cultural y dando un impulso definitivo a la construcción y ornamentación de edificios y ciudades.

En el orden internacional, al-Mansur situó a Marruecos entre las principales potencias del momento, manteniendo relaciones diplomáticas privilegiadas con los sultanes otomanos, Felipe II, monarca del imperio hispano-portugués, y la reina Isabel I de Inglaterra.

Al igual que el nuevo sultán pacificó el imperio respecto a las turbulencias dinásticas del pasado, también tuvo que hacer frente a alguna revuelta interna de sus generales, como el golpe de Estado que protagonizó el corsario al-Dugali, a partir del cual al-Mansur mostró una cierta desconfianza hacia Yuder Pachá, que lo veía en cierta connivencia con su raptor. Ello hizo que lo enviase a un “exilio dorado” durante 12 años a una zauia del Sus, que en *El eunuco* la ubicamos en Tamegrut, en el valle del Draa, donde le encomendó la recaudación de impuestos de la región y el adiestramiento militar y religioso de los jóvenes cristianos apresados en Alcazarquivir.

Calmada la política interior, al-Mansur proyectó la expansión del imperio para controlar las rutas transaharianas, las minas de sal del desierto del Sáhara y apoderarse de las fuentes del oro. Lo primero que hizo fue evaluar hacia dónde podía hacerlo. Al oeste, el océano Atlántico se lo impedía, por el norte se encontraba el imperio hispano-luso de Felipe II y al este se topaba con la regencia turca de Argel, caminos ambos imposibles de tomar. El sur era la única vía de crecimiento territorial posible, que le aseguraría, además, los objetivos buscados.

Al-Mansur, aunque tenía como objetivos verdaderos, en su expansión hacia el sur, los enunciados, meramente económicos (el control de la sal y el oro, sobre todo), quiso enmarcar su aventura en su deseo de unificar el Islam del Magreb y de la Curva del Níger bajo su autoridad espiritual como califa, como jerife que era y, por ello, descendiente del Profeta. Y como quiera que el soberano del Songhai, el askia Isaq II, no se aviniese a sus deseos de supremacía religiosa, que, entre otras cosas, suponía tributar por explotar el yacimiento salino de Taodeni, el sultán marroquí decidió finalmente invadir el antiguo Sudán, el País de los Negros. Y ello tras una gran consulta en palacio, que *El eunuco* trata en un capítulo específico (“La gran consulta. 1589”):

--- ¡En el nombre del Altísimo, el Misericordioso!, os he convocado aquí, en la sala del Trono, para oír vuestros consejos sobre un asunto muy principal para el

Imperio y que tiene que ver con la misión que Alá me ha confiado de defender el Islam.

--- La fuerza militar que muchos reyezuelos, o incluso verdaderos reyes, han tenido los ha hecho gobernantes de sus pueblos, algunos como sultanes, muchos de ellos profesando también la fe en Alá. Pero sabemos los aquí reunidos que sólo los que descienden del Profeta pueden unir al poder temporal el espiritual, el unir a la condición de sultán el ser Comendador de los creyentes.

... --- Así es, nuestro señor, ¡Alá te ayude en tus propósitos! Sólo tú, que eres de la tribu de los corachitas, la familia del Profeta, del que desciendes directamente, ¡bienaventurado seas!, eres digno de ser el califa de los servidores de Dios, de ser nuestro guía en la tierra hacia el Paraíso.

... --- Has hablado bien, Gran Mufti---le contestó el sultán---. Como siempre, tus palabras son sabias. ¡Alá te siga dando sabiduría muchos años más! Y para conseguir esta misión que Alá me ha encomendado de proteger el Islam, ha llegado el momento de conquistar el Sudán, que su Askia me reconozca como el único califa posible de la tierra que domina como rey. Un buen creyente no podría oponerse a esta decisión del representante de Dios en este mundo.

... --- Has expuesto, Azan, perfectamente la situación --- y, dirigiéndose a los pachás, caídes y generales del ejército, complementó la argumentación acabada de oír ---. Son muy sabias las palabras del general al referirse a que por tres de los puntos cardinales no nos queda ninguna posibilidad de expansionarnos. Sólo por el sur, más allá del desierto, cabe engrandecer nuestro imperio y que nuestro sultán, ¡el siempre victorioso!, lleve a cabo la misión que como califa de los creyentes tiene. Y me imagino que además de estas razones militares habrá otras diferentes, políticas o económicas, que, aunque vislumbro, se me escapan porque no soy un letrado sino un simple soldado. Otros más ilustrados que yo podrán dar cuenta de ellas.

... --- Y he aquí que el oro que necesitamos, y que empieza a escasear, está allí en el Sudán en cantidades inimaginables. Alá, en su infinita sabiduría, ¿cómo no

ha de desear que su representante entre los creyentes, nuestro venerado sultán y califa, disponga de él para llevar el Islam a los confines de la Tierra?

... --- ¡Bienaventurado seas, señor, ¡Comendador de los creyentes!, me es grato comunicarte que todos los aquí presentes, los más altos representantes de las provincias, del ejército, de las mezquitas, de las madrazas y universidades, de la justicia y otros notables de la corte, apoyan sin objeción alguna tu propuesta de conquistar el Sudán, porque en ello ven los designios de Alá para nuestro imperio, y que tus palabras te han sido dictadas por el Altísimo.

El sultán se levantó entonces de su trono y solamente exclamó:

--- ¡Así sea! (207-214).

Decidida, pues, la conquista del Songhai, al-Mansur eligió entre sus generales a Yuder para que comandara el ejército invasor. Ya lo había rehabilitado de su exilio en el Draa y lo había hecho volver a Marrakech, donde lo nombró pachá de la ciudad, y es que, superada la desconfianza que hacia él tenía, lo consideraba el mejor de sus militares para la hazaña de atravesar el desierto del Sáhara y someter al askia del Sudán a su obediencia.

Yuder organizaría el ejército de conquista con un contingente que oscilaría entre los seis y diez mil soldados, saliendo de Marrakech el 30 de octubre de 1590 hacia el Songhai. El 13 de febrero de 1591 este ejército, ya muy mermado de efectivos, se encontraría con el del askia Isaq II en las proximidades de Tondibi, en la Curva del río Níger, al que infligió una severa derrota. El imperio marroquí se anexionaría, de esta manera, el antiguo reino del Songhai, aunque más reducido en extensión territorial que cuando era gobernado por los askias. Sería una provincia más del Estado, organizándose en el llamado pachalato de Tombuctú, que perduraría 242 años, y en el que se sucederían 167 pachás. Más adelante nos detendremos más exhaustivamente en su organización.

IV.3.2: El final de la dinastía de los saadíes

Yuder Pachá fue el primer pachá de Tombuctú, al que siguieron Mohamed ben Zarqun, Mansur ibn Abderramán, Mohamed Taba y Ammar al-Fata hasta junio de 1599, cuando el sultán al-Mansur le ordenara volver a Marrakech para que le ayudase en la guerra fratricida que se había instaurado entre sus hijos para sucederle.

Los tres hijos, en cuestión, eran Abu Fares, el primogénito, al que había entregado Marrakech para que la gobernara; Mohamed ech Cheik, al que hizo lo mismo con Fez; y Muley Zidane, al que encomendó el gobierno de Tadla. Seguidamente al reparto, los tres emprendieron una encarnizada lucha por la sucesión, intentando al-Mansur remediar el error que tuvo encargándoles a sus hijos la gobernanza de las distintas ciudades, fragmentando el poder central, con la mediación de Yuder. Al-Mansur encargaría al conquistador de Tombuctú que le garantizase que, a su muerte, su primogénito, Abu Fares, fuese el único gobernante del imperio, aprestándose a nombrarlo en vida su sucesor.

Pero los deseos del sultán resultaron frustrados por su muerte en agosto de 1603, recrudeciéndose la lucha entre los hermanos, protagonistas de una verdadera guerra civil.

Un hijo de ech Cheikh, Abdallah, apresaría a los principales lugartenientes y colaboradores de su difunto abuelo, al-Mansur, entre ellos a Yuder Pachá, al que mandaría ejecutar en 1606, año en el que empieza *El eunuco*, cuando nuestro protagonista espera su muerte, recordando, hasta que ésta le llegue, los principales acontecimientos de su vida:

Hace ya tres años que mi señor Ahmed al-Mansur murió, y yo le he sobrevivido prisionero en esta mazmorra donde su nieto Abdallah me ha encerrado, a la espera de que acabe con mi vida un día de estos. Mientras, preso en esta cárcel de la Sahena, que tan bien conozco desde hace veinte años y de la que liberé en su día a algunos de sus moradores para que formaran mi guardia personal, comparto celda con mi amigo Marcos Sánchez, escribano que fuese de la cancillería de mi muy amado sultán Ahmed, ¡que Alá, el Clemente, el Magnánimo, lo tenga en su gloria!
(21).

La guerra civil entre los príncipes saadíes proseguiría hasta 1613, cuando Muley Zidane consiguió reunificar todo el imperio bajo su autoridad como único sultán, acabando la dinastía con Ahmed al-Abbas en 1659, al que antecedieron Abd al-Malik II (1627-1631), Al Oualid (1631-1636) y Mohamed ech Cheik III (1636-1354). Otra nueva dinastía, también jerifiana, la de los alauitas, la sustituiría. *El eunuco*, en su epílogo, resume la situación final del imperio saadí:

Ahmed al-Mansur había conseguido en su extenso reinado de veinticinco años que Marrakech se situase entre las potencias del Mediterráneo con unas cotas de prosperidad económica, paz y estabilidad política nunca vistas antes en el imperio. Pero tras su muerte las guerras fratricidas entre sus hijos y nietos acabaron con su legado y el país se sumió en la anarquía.

El imperio volvió a fragmentarse en los reinos de Fez y de Marrakech y en numerosas ciudades-estado y territorios insurgentes a cualquier poder central, como fue el caso de Tetuán o la república corsaria de Salé. Al mismo tiempo se produjo un segundo movimiento religioso morabítico, parecido al que desalojó a los watasidas del poder, volviendo las zaiias a convertirse en centros de poder local contra los saadíes.

La dinastía sobrevivió a al-Mansur todavía cincuenta años, en un clima político caótico, hasta que en 1659 muriera el último sultán descendiente del Dorado, Muley Ahmed al-Abbas, y fue relevada por otra familia jerifiana, la de los alauitas, alentada de nuevo por imanes y santones desde sus púlpitos (341).

IV.4

EL EXILIO DORADO DE YUDER PACHÁ

La tercera parte de *El eunuco* hace referencia al exilio al que obligó al-Mansur a Yuder, por desconfiar de la relación que éste pudiera haber tenido con el corsario al-Dugali en el intento de golpe de Estado que intentara hacer contra el sultán.

Pero fue un exilio un tanto especial, por eso lo de “dorado”, porque no fue a una cárcel, sino a una zauia, eso sí, alejada de la corte, con competencias gubernamentales delegadas por el sultán, como eran la recaudación de impuestos de las poblaciones un tanto insumisas del valle del Draa y el adiestramiento de los jóvenes portugueses apresados en la batalla de Alcazarquivir.

De este periodo de tiempo en el que Yuder estuvo en el Draa tenemos poca documentación, tan sólo alguna referencia a que ejerció los cometidos asignados con gran diligencia, lo que motivó, entre otras cosas, que el sultán volviera a darle su confianza y que lo llamara a su lado pasados esos once años. Por esta escasa documentación nuestra novela acude a la ficción más que en otros momentos históricos, aunque siempre teniendo en cuenta la necesaria verosimilitud de lo que se cuenta en el discurso narrativo.

Las razones de su exilio se las resume en *El eunuco* su amigo Marcos, el escribano Hakim al-Andalusí, en la primera carta que le envía, cuando ya ha partido de Marrakech hacia el Draa. En ella aludirá a los motivos psicológicos del sultán, que llega a creer los infundios de ben Zarqun, enemigo declarado de Yuder, que no cesa en su empeño de predisponerlo en contra de quien consideraba que podría ser rival suyo en el favor real:

A los pocos días de marchar tu comitiva hacia el sur procuré entender las razones de tu nuevo destino. Los cortesanos que no te quieren bien, los afines a nuestro paisano ben Zarqun, hablaban abiertamente de que te han exiliado por tu connivencia con al-Dugali. De sobra sé por ti mismo lo difícil que te fue mantener tu lealtad hacia el sultán, ¡Alá le dé larga vida!, al mismo tiempo que mantener la cortesía debida a nuestro raptor, que también veló, aunque seguramente de manera interesada y torticera, por nuestra formación en palacio, especialmente por la tuya. Pero, tristemente, la calumnia repetida muchas veces

causó mella en el ánimo de nuestro señor al-Mansur, que, para contentar a esta facción de la corte y no castigarte como querían, optó por alejarte de Marrakech pero manteniéndote el rango de pachá y ciertas atribuciones de mando (167-168).

En la novela utilizamos el recurso de las *Cartas* para aportar información de lo que ocurría en la corte y que Yuder no podía conocer por no encontrarse allí, de manera que el lector pueda tener una idea cabal de lo que sucedía a ambos lados del desierto del Sáhara. Hakim, en este sentido, le informa también del lugar a donde le ha exiliado el sultán, al tiempo que recreamos la situación política de la región en ese momento:

...El sultán te manda precisamente a la cuna de su dinastía, al valle del Draa, donde la familia de los saadíes inició su ascenso al poder imperial. Sus habitantes son en su mayoría bereberes, que tienen por orgullo ser los primeros pobladores del territorio imperial, lo que les hace mostrarse rebeldes al poder del majzen, aunque de sus entrañas surgiera la familia que hoy ocupa el trono de Marrakech. Su rebeldía, su no sometimiento al poder que emana del diwán del sultán, los hace ser considerados como gente insumisa al orden y a la ley, lo que en la corte llaman bled es-siba.

Y uno de los gestos que muestra mejor la resistencia de estos bereberes al poder del majzen es su oposición a pagar los impuestos. Por eso el sultán te ha encomendado la tarea de cobrarlos, para demostrar a tus adversarios que eres capaz de hacerlo. Es como darte una segunda oportunidad, que tienes que aprovechar para recuperar el favor imperial, demostrarles a todos los cortesanos que eres un buen administrador al servicio del califa (168).

Realmente, el sultán le da una segunda oportunidad a Yuder mientras que le impone el suave castigo de su exilio, como si más que tener una certeza de su complicidad con al-Dugali tuviese una sospecha que quisiera disipar.

Además del cobro de impuestos, Yuder tenía el mandato de procurar el adoctrinamiento de los infantes portugueses. Él mismo, en sus *Confesiones* en la prisión de la Sahena, se lo cuenta a su amigo Marcos:

En la batalla de Alcazarquivir se hicieron miles de prisioneros cristianos de todas las nacionalidades, que luchaban en el ejército de don Sebastián.

... De entre estos cautivos portugueses el sultán escogió ochenta niños menores de quince años, la mayoría de ellos jóvenes nobles y sus pajes y servidores, y me los asignó para que me acompañaran al Draa con el fin de que los educara en la fe islámica e hiciera de ellos verdaderos soldados que luego utilizaría en su ejército (171-172).

En el viaje de Yuder a su exilio observamos el carácter espacial de la novela, describiendo con mucha precisión los cambios paisajísticos y accidentes geográficos, con lo que pretendemos enfatizar que estamos en un nuevo escenario, distinto al de Marrakech. El viaje como plasmación de la conexión espacio-tiempo. El mismo Yuder sigue contando a Marcos las transformaciones del paisaje:

Cuando atravesamos el desfiladero de Tizi N'Tichka, en lo más alto de la cordillera del Atlas, el paisaje cambió drásticamente, pasando de la verde vegetación de los cedros, los pinos, los cipreses, los fresnos y las adelfas a la aridez de las rojas montañas y las tierras yermas de arenisca cubiertas apenas por esparto. Según me dijeron, Marcos, las cumbres de las montañas que divisábamos con nieve originaban, cuando se derretían, infinidad de riachuelos que confluían en verdaderos ríos y en barrancos que con el tiempo habían surcado el árido paisaje originando los profundos cañones y gargantas rocosas que recorríamos.

Tuvimos que atravesar dos ríos, el Dades y el Uarzazat, y pasar la aldea de Agdz hasta adentrarnos en el valle del río Draa, fruto de la unión de esos dos afluentes. El nuevo río transcurría nada más formarse surcando suaves laderas que descendían de la gran cordillera del Atlas, para adentrarse luego en terrenos más llanos. El paisaje entonces volvió a cambiar, sucediéndose en las orillas de los ríos y riachuelos oasis poblados de palmeras y pequeños huertos irrigados con el agua que canalizan los pobladores desde los cauces a los bancales, un agua teñida de ocre debido a los minerales que arranca a las montañas, pero buena para el riego y agradable al paladar (172).

El destino final de Yuder en el Draa es incierto, sólo sabemos que era una zauia, lugar propicio para el adiestramiento de los jóvenes portugueses cautivos, y desde donde podría moverse por todo el valle recaudando impuestos para el sultán. A través de una carta del padre Marín a su pupilo Yuder contamos lo que era una zauia y sus fines, al tiempo que aludimos a la figura de los jerifes:

El cheik es el fundador o jefe espiritual de la cofradía formada por sus seguidores. Es un jerife o descendiente del Profeta, favorecido por Dios con la baraca o bendición divina, que le hace ser merecedor de ese poder de intermediación sagrada.

La zauias son precisamente las moradas de estos hombres santos, y pronto se convirtieron en escuelas coránicas donde el maestro enseñaba a sus discípulos, los que forman la cofradía, que entre sí se llaman hermanos y que se juramentan en guardar la regla, o tarika, dictada por el cheik. De ahí su inmenso poder sobre sus fieles, muy superior al que pudiera ostentar el sultán.

Al mismo tiempo las zauias disponen de una hospedería donde alojar a los peregrinos que vienen a visitar ese foco de espiritualidad y la tumba del fundador del santo lugar. En tu caso, en Tamegrut, no encontrarás el mausoleo del morabito porque se fundó muy recientemente, en 1575, y su fundador, Abu Hafs, será quien te reciba (181).

Pretendemos en *El eunuco* que Yuder en su exilio dorado alcance su madurez mientras cumple con sus obligaciones como dignatario que era del imperio. Para ello lo hacemos contertulio del cheik de la zauia de Tamegrut, Abu Hafs, que lo introduce en la mística del sufismo. Además, su ánimo inquieto lo hace visitar y participar en las manifestaciones propias de la región, como la asistencia a un *mussem*, como narra a su confidente Marcos:

El mussem es una fiesta religiosa y comercial que se celebra una vez al año en algunos lugares del imperio, especialmente en torno a una zauia, adonde peregrinan los devotos de la cofradía que tiene su sede en ella. Y acuden a honrar al santo morabito que yace allí enterrado y que fundó la zauia. Me habían hablado de esta fiesta como representativa del alma bereber y eso era de lo que

yo quería impregnarme para conocer mejor a las gentes entre las cuales conviviría no sabía aún por cuántos años.

...La abundancia de palmeras hizo que desde tiempo inmemorial se detuviesen aquí las caravanas que bajaban hasta el Sudán para proveerse de dátiles. Por ello en el mussem de Es-Souk se celebra una feria que dura tres días y en la que se venden todas las variedades de estos frutos tan alimenticios.

Pero no sólo se vendían dátiles en el mussem, sino que con ocasión de su celebración se formaba un gran mercado al que acudían todas las tribus del Tafilet y en el que se encontraban todos los productos que se criaban en las huertas, aun en las más lejanas, las distintas artesanías de la región y las alfombras y tapices bereberes, junto a la compra y venta de todo tipo de animales, comercio que tenía lugar en un terreno algo retirado del mercado central. Pero lo que más me asombró fueron los puestos de los medicamentos tradicionales bereberes, con animales disecados y otros enjaulados, e infinidad de cráneos y de huesos de todo tipo, junto a montones de hierba seca de multitud de colores (191-192).

En la novela nos esmeramos en la descripción de las situaciones y los elementos de los escenarios para realzar las vivencias nuevas de nuestro protagonista, que, a través de los distintos sentidos, asimilará las realidades con las que entra en contacto por primera vez, como el éxtasis al que conducirá el baile desenfrenado y rítmico de los fieles sufíes, en un rito de curanderismo mágico que sana la pierna de uno de los mandos militares de Yuder (194-195).

En su exilio del Draa, Yuder también disfrutará de los placeres de la carne con Nana la turca, la esclava que le regalara la princesa Lalla, la madre del sultán, describiendo la novela muchos de esos encuentros eróticos. Pero, tras esas vivencias sexuales, queremos en la novela enfatizar la madurez personal que alcanza nuestro protagonista, convirtiéndose en un verdadero hombre adulto, aunque joven, que se hace consciente del valor de su propio cuerpo y de su personalidad plena:

Desprovistos ya de nuestras ropas, sus manos infatigables recorrieron todo mi cuerpo, facilitando la labor el agua tibia que servía de lubricante a sus movimientos. Todavía recuerdo cómo parecía que sus manos me estaban

esculpiendo, como si fuera una estatua, y reparé entonces en que mis hombros se habían ensanchado, que el pecho se había robustecido con músculos en los que antes no me había fijado bien, y que mis brazos y piernas se habían convertido en potentes armas corporales. Todo mi cuerpo estaba fibrado por el ejercicio al que constantemente lo sometía. Me había convertido en un hombre ya físicamente, aunque mentalmente lo era desde hacía tiempo. Y fue Nana, con su cuerpo acoplado al mío, la que me mostró, como si fuera un espejo, los cambios corporales que me habían ocurrido fruto del severo adiestramiento que había seguido durante los años anteriores. Con Nana a mi lado, con nuestros escarceos sensuales, me sentí un hombre completo, con ganas de vivir de nuevo (191).

Pero cuando Yuder ya se ha aclimatado a su nueva situación en el Draa, el sultán dará fin a su exilio, reclamando su presencia en Marrakech. Ya ha disipado su desconfianza hacia él, y quiere encomendarle el mando del ejército que quiere reclutar para conquistar el Songhai. Por otro lado, Yuder ha entrado en contacto con los mercaderes que hacen escala en la región camino de Tombuctú, ciudad de la que hablan maravillas, que para él va a suponer el paraíso terrenal al que le gustaría ir. En una carta a Hakim al-Andalusí le cuenta su vuelta inmediata a Marrakech, sus renovadas esperanzas y la añoranza que siente de su pueblo natal, que equipara a la ciudad soñada de Tombuctú:

Parece ser que el sultán piensa en mí para formar parte del ejército que quiere crear para conquistar el Sudán, porque entiende que mi experiencia en someter aldeas insumisas y cobrar impuestos le puede ser útil en la aventura que quiere emprender al sur del Sahara. La noticia me agrada, aunque he de decirte, Marcos, que ya me había acomodado a esta jaula dorada de la que en ocasiones hemos hablado en nuestras cartas. Pero también es verdad que la llamada del sultán me ha dado nuevos bríos cuando supe para lo que se me reclamaba, y he vuelto a soñar muchas noches con Tombuctú, confundiéndola en mis sueños con nuestro pueblo lejano de Las Cuevas (204).

IV.5

YUDER PACHÁ Y EL PACHALATO DE TOMBUCTÚ

El cuarto bloque de los núcleos narrativos de *El eunuco* hace referencia a la conquista del Songhai por Yuder Pachá, así como a la configuración del pachalato de Tombuctú, desde sus orígenes a su desaparición. Igualmente, abordaremos la relación entre el sultán al-Mansur y nuestro protagonista principal, uno de los ejes de la trama novelesca que analizamos.

IV.5.1: Yuder Pachá y el sultán al-Mansur

En la presencia de hispanos y andalusíes en la Curva del Níger cabe distinguir dos períodos: antes y después de Yuder Pachá, y ello porque hasta la llegada de este general esta presencia había sido de personas concretas, individuales, o en pequeños grupos como sumo, mientras que Yuder llegó con un ejército de miles de personas que constituyeron una etnia diferencial, los *arma*.

Como sabemos, en la batalla de Alcazarquivir (1578) (Llaguno, A., 2006: 205-209) se proclamó como nuevo sultán de Marruecos a Ahmed al-Mansur, que se aprestó a pacificar el imperio marroquí tras años de turbulencias dinásticas. Seguidamente, al-Mansur pensó expansionar su territorio para consolidar su posición geo-política, encontrándose con dificultades para hacerlo por el oeste atlántico por razones obvias, por el norte, al otro lado del Estrecho, por asentarse allí el imperio hispano-portugués, y por el Este porque el imperio otomano había llegado hasta su frontera oriental con la regencia turca de Argel. El sur era la única dirección posible, al otro lado del desierto del Sáhara, que entendía que era el flanco más débil, además de ser la región de la que provenía el mítico oro sudanés que necesitaba para financiar las campañas bélicas que preveía emprender para mantener su hegemonía regional, también necesario para embellecer sus ciudades imperiales, al tiempo que haría efectivo y duradero su dominio sobre las minas de sal de Tegaza y Taodeni y las rutas transaharianas.

En la novela hemos querido dar una gran importancia a la decisión del sultán de conquistar el Songhai. Cuando hablábamos en un apartado anterior de la dimensión temporal de *El eunuco*, aludíamos a la utilización del recurso de la *pausa* en el capítulo 35 (“La gran consulta. Marrakech 1589”), con una extensión en páginas mayor que el promedio (4,2), concretamente de 7,5. Y esa demora, como decíamos, obedecía a querer detenernos en narrar las razones que el sultán y su corte adujeron para justificar la conquista del Sudán. Creíamos necesaria esa *pausa* para explicar el porqué de esa decisión de gran trascendencia histórica. El narrador omnisciente hace señalar al general Azan Ferrer, contestando a otras intervenciones más pesimistas, en la asamblea regia, la única dirección posible de la expansión marroquí:

--- ¿Cuántas veces he de oír más el lamento de mis compañeros de armas de que el rey de los cristianos nos atenaza por el norte--- prosiguió Azan, haciendo una pausa elocuente, casi teatral --- y nuestros hermanos los turcos por el oriente? ¿Cuántas veces hemos hablado entre nosotros de que el imperio está maniatado por estos otros reinos y por la mar oceána al oeste? ¿Es que nos vamos a resignar a no hacer crecer el reino que nuestro señor el sultán, ¡guiado por el Altísimo!, gobierna como ninguno de sus antecesores ha hecho hasta ahora? (210-211).

Otro general, Mustafa al-Torqui, asentará las palabras de su compañero de armas:

--- Has expuesto, Azan, perfectamente la situación --- y, dirigiéndose a los pachás, caídes y generales del ejército, complementó la argumentación acabada de oír ---. Son muy sabias las palabras del general al referirse a que por tres de los puntos cardinales no nos queda ninguna posibilidad de expansionarnos. Sólo por el sur, más allá del desierto, cabe engrandecer nuestro imperio y que nuestro sultán, ¡el siempre victorioso!, lleve a cabo la misión que como califa de los creyentes tiene. Y me imagino que además de estas razones militares habrá otras diferentes, políticas o económicas, que, aunque vislumbro, se me escapan porque no soy un letrado sino un simple soldado. Otros más ilustrados que yo podrán dar cuenta de ellas (211).

Como ya anunciaba el general al-Torqui, había otras razones aparte de las geográficas para lanzarse a la conquista del Songhai: la búsqueda del oro y el control del comercio de la sal eran las razones objetivas del deseo de conquista del Sudán, aunque el sultán marroquí quiso enmarcar su aventura subsahariana en su deseo de unificar el Islam del Magreb y de la Curva del Níger bajo la autoridad espiritual de un jerife, un descendiente del Profeta, como era él mismo, que se convertiría en el califa de ese gran Marruecos que quería construir desde el Mediterráneo hasta la sabana africana. La negativa del Askia Isaq II a aceptar esta supremacía religiosa que entrañaba, entre otras cuestiones prácticas, que le tributara por la explotación del yacimiento salino de Taodeni, control que el monarca sudanés consiguió durante un tiempo, fue la excusa final para que el sultán marroquí se decidiera a someter al imperio del Songhai.

En el mismo capítulo de “La gran consulta” el mismo narrador omnisciente recuerda la justificación doctrinaria que los ulemas utilizaban para considerar a al-Mansur el único soberano legitimado para asumir el califato de todo el mundo islámico, con palabras del mismo sultán:

--- La fuerza militar que muchos reyezuelos, o incluso verdaderos reyes, han tenido los ha hecho gobernantes de sus pueblos, algunos como sultanes, muchos de ellos profesando también la fe en Alá. Pero sabemos los aquí reunidos que sólo los que descienden del Profeta pueden unir al poder temporal el espiritual, el unir a la condición de sultán el ser Comendador de los creyentes (208).

Tomada la decisión de invadir el imperio sudanés, al-Mansur eligió entre varios candidatos posibles al todavía joven Yuder Pachá para que comandara el ejército al ser uno de los generales más prestigiosos del imperio y que había desempeñado cargos de mucha responsabilidad, tales como el de pachá del sitio de Tánger, en posesión de los portugueses, o de la propia capital del imperio, Marrakech, aunque también lo exiliara once años a una zauia del sur del país por una supuesta connivencia suya con adversarios del sultán, como el pirata al-Dugali. Pero, superada esta desconfianza, al-Mansur entendió que Yuder era el más capaz de su milicia para conquistar el imperio de los askia (Martín Mingorance, 1987: 45 y ss.).

Como vemos en *El eunuco*, Yuder es consciente de este cambio positivo en su relación con el sultán, por lo que se muestra satisfecho, como se lo confiesa a su paisano Marcos:

Supongo que habría recobrado su confianza de años atrás en mi lealtad y que valoraba en mucho la experiencia que había conseguido en el Draa. ¡Sea su nombre bendito por los siglos de los siglos! (225).

IV.5.2: El fin del imperio songhai: la batalla de Tondibi

Yuder, una vez que el sultán lo nombró comandante en jefe del ejército que tendría que combatir al askia, se aprestó a formar ese contingente militar, que oscilaría entre los seis y diez mil soldados, la mayor parte de ellos provenientes de la Península Ibérica, ya fueran mercenarios cristianos, renegados o moriscos, o de origen árabe-bereber, incluso de otros países europeos. Los hispanos o andalusíes tenían fama de manejar muy bien la pólvora y las armas de fuego, por lo que solían ser los arcabuceros, integrados en la infantería. La caballería la conformaban más de quinientos jinetes también arcabuceros, los llamados *spahis*, en su mayor parte renegados. Otros cuerpos del ejército lo formaban dos mil lanceros de Marruecos y Mauritania y el contingente de servidores, gastadores y camelleros, que superaban los dos mil. Además, Yuder contaba con una guardia personal de setenta cristianos cautivos que reclutó de la prisión real de la Sahena. El ejército se completaba con mil caballos y ocho mil camellos, necesarios para el transporte de la munición, alimentos y pertrechos precisos para los encuentros bélicos, el viaje en sí y las acampadas. En la novela se relacionan exhaustivamente los elementos del ejército y su aprovisionamiento (224).

A Yuder lo acompañaba un elenco de prestigiosos militares que conformaban su Estado Mayor, como Azan Ferrer, Qasem Uaradani, Mustafa al-Torqui, Ahmed ben al-Hadad el Hamri, Ali ben Mustafa o el también oriundo de Las Cuevas Ammar al-Fata, los mejores generales del imperio, que contribuirían seguramente al éxito de la expedición castrense (Diadié y Llaguno, A., 2018: 94-97).

El ejército salió de Marrakech el 30 de octubre de 1590 hacia el Songhai, recorriendo un trayecto que desde entonces muchos conocen como “camino de Yuder”, cuyas

principales escalas eran el valle del Draa y Tinduf, Tufurin, Erg-Iguidi, Erg-Eglab, Tegaza, Taodeni, Arawan, Guetara, In Echay, Bu Yelaha, Betana, Al Farsiya, Metbut, Karabara y Tondibi (ver Anexo 2). Más de dos mil kilómetros que la tropa de Yuder tardó en recorrer ciento treinta días con muchas dificultades por tener que atravesar zonas desérticas y pedregosas y sufrir diversas penalidades, que causaron muchas víctimas en el contingente militar y de servicio, llegando a su destino quizá poco más de la mitad de los que salieron de Marrakech (Diadié, 1993: 79-86).

En la novela cobra gran importancia el viaje del ejército, en el sentido ya expresado del viaje como eje vertebrador del espacio y el tiempo (el cronotopo), acudiendo a precisar minuciosamente los accidentes geográficos y los tiempos cronológicos, como vemos en las *Confesiones* de Yuder al escribano Marcos:

El primer tramo de la travesía me era conocido por mi pasado viaje a Tamegrut, pues el inmediato destino era el valle del Draa. El puerto de los Glawa, en la cumbre del gran Atlas, estaba cubierto de nieve, así como el descenso de las montañas, lo que, junto a las ventiscas de finales de otoño, hizo dificultosa la marcha. Como observé ya en aquel viaje, el paisaje y el clima cambiaron en cuanto divisamos los ríos Dades y el Uazarzat y dejamos atrás la aldea de Agdz. Nos adentramos entonces en el valle del Draa, descendíendolo, mientras pasábamos por innumerables kasbas y ksar.

A diez leguas del palmeral de Zagora descansamos un mes en las proximidades del ksar de Lektawa para aprovisionarnos de agua y de dátiles, pues sabía que a finales de noviembre se acababa su recolección y los de esos oasis eran los mejores para ser prensados, que los comerciantes que transitan por la región llaman con razón el pan de los caravaneros (227).

... Desde Marrakech a los oasis de Tinduf habíamos recorrido ya ciento cuarenta y cinco leguas, la tercera parte, calculaba yo, de la distancia que había entre la capital del imperio y la del Songhai, Gao. Y si hasta aquí habíamos seguido la dirección sur ligeramente orientada hacia el oeste, a partir de Tinduf lo haríamos en sentido sureste, para dirigirnos a las salinas de Tegaza y Taodeni (228).

Yuder, astutamente, había hecho creer al askia que entrarían por el oeste del imperio, por Kala, mientras que en realidad lo hicieron por su parte oriental, por el corazón de la joroba del Níger, para que no le diera tiempo al soberano sudanés de agrupar allí a todas sus fuerzas militares, aunque ello le supuso atravesar el inhóspito desierto del Tanezruft y tener más víctimas en su ejército.

El general marroquí también ensayó la diplomacia con el Askia Isaq II apercibiéndole de que si quería que no lo aniquilara se sometiese a la obediencia de su señor, el sultán y califa Ahmed al-Mansur, descendiente del Profeta, que quería unificar el Islam en su persona. El soberano sudanés no se tomó en serio esta propuesta toda vez que frente a los cuatro o cinco mil efectivos en que había quedado reducido el ejército marroquí él disponía de unos sesenta mil soldados. El encuentro bélico era, pues, inevitable.

El 13 de febrero los dos ejércitos se enfrentaron cerca de Tondibi. Yuder situó el suyo a espaldas del Níger, sin posibilidad de que sus soldados huyeran o de que fueran rodeados por los sudaneses, y los distribuyó a la manera turca. Por delante, él mismo con su guardia personal, tras la cual se situaron el cuerpo de gastadores y el de intendencia. A ambos lados de esta posición central se encontraban dos alas, cada una de las cuales la conformaban tres escuadrones. Cerrando cada una de las alas se ubicaban destacamentos de lanceros a caballo.

El ejército del Askia Isaq II estaba constituido mayoritariamente por la infantería, que casi multiplicaba por diez la de Yuder, sobresaliendo en ella el grupo de los *sonna*, valientes y fieros soldados que se trababan las piernas para que les fuera imposible huir del terreno de batalla. Desde lejos se les reconocía por el brazalete de oro que lucían en su brazo izquierdo.

A pesar de la diferencia numérica de efectivos de los ejércitos a favor del de los songhai, el ejército marroquí resultó vencedor, entre otras razones por la mayor planificación táctica de Yuder y sus generales, además del hecho objetivo de que por primera vez en estas latitudes se utilizó la pólvora. Las lanzas sudanesas poco podían hacer contra los cañones enemigos, aunque no fueran muchos. Si a esto unimos la equivocada astucia que utilizaron los sudaneses de enviar contra sus enemigos una manada de cebúes, que, asustados por el estruendo de los cañonazos, retrocedieron diezmando a sus dueños, podemos entender que las tropas de Ahmed al-Mansur derrotaran a las de Isaq.

En *El eunuco* damos una importancia relevante a la batalla de Tondibi, en tanto en cuanto supone el inicio de los cuatro núcleos narrativos, por lo que utilizamos la técnica de la *pausa*, que nos permite detenernos exhaustivamente en sus preparativos, desarrollo y final. De hecho, le dedicamos un capítulo expresamente, a cuya descripción dedicamos más páginas que la media por capítulo (4,2), en total 6 (233-238).

No vamos a entrar aquí en narrar los acontecimientos que siguieron a la batalla de Tondibi, como los intentos de Yuder de probar de nuevo la diplomacia con el Askia, cosa que volvió a granjearle la desconfianza del sultán y de que lo reemplazara por otro general al frente de las fuerzas de ocupación marroquíes, sino tan sólo esbozar algunas de las consecuencias de la derrota de los sudaneses en Tondibi.

La primera fue obviamente la desaparición del imperio songhai, que pasó a ser una provincia o protectorado marroquí, pero también supuso la desaparición de una estructura política que había sabido mantener relativamente unidas decenas de pequeños reinos y etnias diferentes, lo que garantizaba la seguridad de las rutas comerciales transaharianas al sur del desierto.

Los sucesivos reinos de Ghana, Malí y el Songhai habían logrado imponer una fuerza centrípeta hacia el poder central, cohesionando de alguna manera la diversidad geográfica y racial de la región. Tras Tondibi resurgieron las fuerzas centrífugas de los reinos, hasta ahora coaligados, hasta reducir en poco tiempo el nuevo Estado creado, el pachalato de Tombuctú, al eje fluvial del Níger. Tuaregs, bambaras, peules y los mismos songhai intentarían en determinados momentos ocupar el vacío dejado por los askia, suplantado a las fuerzas marroquíes, pero fue un vano intento en un primer momento.

Por otro lado, en paralelo a la derrota songhai, el descubrimiento de América, con la aparición de importantes yacimientos auríferos y de plata, hizo perder al oro sudanés la primacía que hasta ahora había tenido, con lo que las rutas transaharianas perdieron su importancia de antaño por no ser ya imprescindibles, al tiempo que, como acabamos de decir, eran menos seguras que las nuevas rutas marítimas americanas.

Con el decaimiento del comercio transahariano vino también una notable decadencia cultural, reclusándose sus ciudades en sí mismas, menos abiertas a lo que pudiera venir del norte. Tombuctú llegaría a ser una ciudad cerrada a los infieles, muy alejada de aquella época en la que estuvo abierta a todas las razas y credos. El desierto del Sáhara, que un tiempo fue puente de unión, volvió a convertirse en un muro difícilmente

franqueable, y las tierras ribereñas al Mediterráneo y las subsaharianas volvieron a dejar de comunicarse como hasta ahora.

Europa dejó de mirar hacia el continente africano, desplazando su interés hacia el occidente americano y el océano atlántico, hasta que en el siglo XIX la codicia le hizo volver su atención al África que quería colonizar, pero ya de otra manera (Llaguno, A., 2008: 49-51).

IV.5.3: La formación del pachalato de Tombuctú y su estructura de gobierno

Tras la batalla de Tondibi se sucedieron otros encuentros bélicos para pacificar el imperio songhai, que formalmente se anexionó el imperio marroquí, al principio como una provincia más y luego como un protectorado, el llamado pachalato de Tombuctú, que formalmente duraría 242 años, entre 1591 y 1833, sucediéndose 167 pachás al frente del mismo.

En los primeros años del dominio marroquí se fueron conformando las distintas estructuras de poder del pachalato, que, aunque iniciado por Yuder Pachá, fue obra sobre todo de su sucesor, Mohamed ben Zarqun. Yuder, que fue sustituido por este morisco de Guadix, fue llamado a Marrakech por al-Mansur cuando la llegada del nuevo pachá, pero fue retrasando su partida hasta ocho años después, conviviendo con los cuatro pachás que le sucedieron, unas veces en armonía y otras en abierto enfrentamiento, retomando el mando en los interregnos, pero siempre ejerciendo un inmenso poder e influencia en la sombra.

Los pachás marroquíes entendieron pronto que para mantener su poder en el territorio conquistado debían dotarse de un aparato político-administrativo y militar potente y bien estructurado, pero también teniendo en cuenta que la tierra conquistada no era una, sino múltiple en su variedad de geografías, grupos raciales y costumbres. Yuder Pachá ya advirtió que una cosa era ganar una batalla y otra conquistar un imperio, entre otras cosas por la vastedad del territorio, imposible de ocupar físicamente en su totalidad si no era contando con las fuerzas locales, a cambio de otorgarles gran margen de autonomía, aunque teniendo que reconocer la autoridad máxima del sultán de Marrakech y de su representante en Tombuctú, el pachá, con la consiguiente tributación.

La constitución del aparato de mando del pachalato se ajustó a lo que esperaba el sultán de la conquista del imperio sudanés, que, por un lado, era permanecer en el territorio conquistado, y, por otro, recaudar oro y conseguir con los esclavos mano de obra barata. Por tanto, dicho aparato tendría un doble componente: uno militar y otro económico (Llaguno, A., 2008: 84-91).

Respecto al componente militar del gobierno del pachalato, era necesario crear una estructura de mando jerárquico y piramidal semejante a la de un ejército, que garantizase la permanencia en el poder de los marroquíes, tan alejados de su metrópoli. De este modo, se centralizó en la figura del pachá la autoridad militar suprema, como comandante del ejército de ocupación, pero también de todo el entramado político de gobierno, representando al sultán de Marrakech.

En relación al aspecto económico del gobierno, que perseguía la recaudación de impuestos, oro y esclavos, se creó otra figura fundamental en el nuevo régimen, el *amín*, que era el administrador de la nueva provincia marroquí, y nombrado directamente por el sultán, lo que a veces supuso que se convirtiera en un verdadero contrapoder del pachá.

Algunos autores hablan de una estructura bicéfala en el gobierno del pachalato, aunque nominalmente el pachá mantuvo la primacía sobre el *amín*, con independencia de que a veces surgieran entre ambos fricciones y rivalidades, algunas alentadas por el mismo entorno palaciego del sultán.

El pachá, pues, era la máxima autoridad del pachalato, sólo dependiente del califa de Marrakech, el gobernador de la nueva provincia marroquí y el comandante supremo del ejército, al tiempo que el jefe de la estructura de gobierno, que conformó lo que se conoció como el *tibshat*, a semejanza del *diwan* de la corte de Marruecos.

Para desarrollar sus cometidos administrativos el pachá contaba con la colaboración de tres funcionarios nombrados directamente por él: el *wazir*, una especie de primer ministro, el *katia*, que actuaba como secretario, y el *mushawir* como asesor personal.

En lo referente a la administración judicial y estamento religioso, los pachás mantuvieron la estructura y los mismos cargos de los askia, los *cadíes* y los *imanes*, que seguían siendo elegidos por la comunidad de cada población, aunque ahora nombrados formalmente por el pachá de turno.

Respecto al ejército, debajo del comandante supremo, que era el pachá, se encontraban los *caídes*, generales que podrían considerarse los "barones" del régimen,

ejerciendo de gobernadores militares de los lugares donde se asentaban sus guarniciones. Bajo cada caíd estaban sus cuatro lugartenientes, los *kahyas*, dependiendo de los cuales se encontraban otros oficiales y suboficiales subalternos, como los *bashut*, los *odabashi*, los *oldash* y los *hawush*. El conjunto de todos estos cuadros constituía el Estado Mayor del Pachalato (Abitbol, 1979: 154).

Por debajo de todos estos puestos de mando se encontraban los soldados rasos, los fusileros o *rami*, temidos y admirados por la población indígena por recordarles a los primeros soldados marroquíes que llegaron con Yuder Pachá.

La organización central, pues, del gobierno del pachalato era muy compleja y hasta cierto punto novedosa en la región, pero a nivel de la periferia provincial o local los pachás mantuvieron la administración tal y como funcionaba con los askia, pues entendieron que sería la única manera de que los nativos aceptaran el nuevo poder.

En *El eunuco* incidimos en cómo Yuder, junto a ben Zarqun, estructuran el aparato administrativo y militar del pachalato, dedicando un capítulo a dicha configuración “Carta del pachá Yuder Pachá a Nana la turca donde le habla de la constitución del pachalato de Tombuctú y de la etnia de los *arma*. 1591-1592”:

El pachalato se va configurando por el sur en torno al Níger, desde Djenné a Koukya, más abajo de Gao; y por el norte llegando hasta Arauán. Y aunque en estos momentos la prioridad es la guerra, tenías razón, Nana, cuando me decías en tu carta que ben Zarqun convino conmigo, cuando entró en Gao, la constitución de una estructura central de gobierno similar al diwán de Marrakech, el tibshat (276).

Este respeto a la estructura político-administrativa de los sudaneses también lo tuvieron antes los askia, conscientes ellos igualmente de que era necesaria esa actitud para mantener la hegemonía del imperio songhai en la región. Y como ellos, dieron mucha autonomía a los reinos que integraban el pachalato siquiera nominalmente, reconociendo a sus jefes o reyes, que para los tuaregs era su *amenokal*, para los peules su *ardo*, para los bambara y malinkés su *fama*, para los de Djenné y el delta interior del Níger su *Djenné-were* y para el pueblo songhai su *askia*. A cambio, estos reyezuelos recibían sus atributos reales de los pachás, y se declaraban vasallos del sultán de Marrakech.

Las tierras sudanesas conquistadas por los pachás conformaban, más que una provincia, un protectorado marroquí, que en gran medida se regía por las costumbres ancestrales de los diferentes pueblos que lo integraban. Un supuesto viajero que regresara a la región diez años después de su primera visita, y que estuviera ajeno a los acontecimientos bélicos ocurridos entre tanto, podría creerse perfectamente que se encontraba en el mismo Estado que dejó, pues las autoridades locales serían las mismas, al igual que las leyes que regulaban la convivencia.

Volviendo a la estructura formal del gobierno central del pachalato, cabría ahora centrarse en la figura del *amín*, que ya dijimos que era su administrador principal, su tesorero, con dos funciones básicas: la recaudación de impuestos y el aprovisionamiento del ejército, responsabilidades tan importantes para el sultán que hizo que este cargo administrativo alcanzara gran poder, rivalizando a veces con el propio pachá, en tanto que hubo momentos en que se convirtió efectivamente en la máxima autoridad civil del protectorado marroquí.

Para poder cumplir con éxito su función recaudatoria, el *amín* disponía de un grupo de inspectores, entre los que destacaban los *muqaddin*, que colaboraban con él en los aspectos generales de su oficio, y de otros dedicados a temas específicos, como los *mushawara*, encargados de recaudar un impuesto territorial por el simple hecho de vivir en un determinado lugar, *el kharadad*; los *shaykh al-riwa*, que cobraban los tributos de los pueblos pesqueros; o los *amil*, que ejercían su labor en el medio rural.

Hecho este repaso de la estructuración político-administrativa y militar del pachalato hemos de hacer notar su consistencia, que hizo que el régimen instaurado por Yuder se mantuviese durante mucho tiempo en las tierras sudanesas, aunque al final sólo ejerciera el poder real sobre un territorio muy menguado en torno a las ciudades de Tombuctú, Djenné y Arawan. No obstante, el prestigio del sistema de poder instaurado por Yuder y ben Zarqun hizo que los grupos que suplantaron a los *arma* en el dominio real de Tombuctú, como los tuaregs o los bambara, acudieran a los pachás para recibir de ellos los símbolos del poder, sometiéndose formalmente a ellos como vasallos, pues durante mucho tiempo los consideraron los señores naturales de la Curva del Níger por derecho de conquista (Abitbol, 1979: 134-135).

IV.5.4: Evolución histórica del pachalato

Cabe distinguir un primer período en la historia del pachalato comprendido entre el año de la conquista, 1591, y 1660, cuando en la oración del viernes (la *khutba*) en las mezquitas deja de invocarse el nombre del sultán de Marrakech como comendador de los creyentes, invocándose sólo el del pachá, investido ahora como nuevo guía de los fieles.

Son casi siete décadas en las que el pachalato se mantuvo bajo la dependencia absoluta de Marrakech, aunque poco a poco el protectorado sudanés fuese ganando autonomía en relación al poder central por su lejanía de la metrópoli. Las órdenes tardaban mucho en llegar al Sudán, así como los nombramientos de los pachás, con las distorsiones que ello ocasionaba. Ello provocaría que ya en 1612 éstos fuesen elegidos por el ejército, y luego ratificados por el sultán, en principio procedentes de Marruecos o que habían formado parte del ejército de Yuder, pero a partir de 1646 lo fueron ya *arma* nacidos en la Curva del Níger.

Curiosamente el final de este período coincide con el punto máximo del apogeo del pachalato en la región, pero también con el inicio de su declive, en paralelo a la descomposición de la dinastía saadí en Marruecos, enzarzado en luchas civiles tras la muerte del sultán al-Mansur en 1559. Pero, en otro orden de cosas, es también el momento en que el protectorado empieza a regirse prácticamente de forma independiente.

El segundo período temporal del pachalato iría desde mediados del siglo XVII hasta 1833, cuando formalmente desaparece tras la toma de Tombuctú por los peules de Macina.

Como acabamos de decir, es en esta época cuando se inicia el ocaso de la que fue provincia marroquí, originado por causas internas y otras externas al propio gobierno de Tombuctú. Las primeras hacen referencia a las disputas intestinas del mismo grupo dirigente de los *arma*, concretamente del ejército, que se convirtió en el verdadero poder del pachalato, eligiendo a los pachás desde 1612 y poco después a los *amines*.

Fue el pachá Mahmud Longo, natural de Sevilla, el que estableció el sistema de elección de los pachás, que tenían que proceder alternativamente de las divisiones militares de Fez y Marrakech, a las que se agregaría después el grupo de los Cheraga. Fueron momentos de gran inestabilidad política, sucediéndose pachá tras pachá por la

lucha entre los tres grupos de electores, y de fragmentación territorial. Una prueba de esta inestabilidad en la cúpula del gobierno lo es el dato de que entre 1646 y 1700 tomaron posesión del antiguo protectorado 57 pachás, con una media inferior al año de permanencia en el poder (Abitbol, 1979: 96-97).

Las causas externas al propio poder *arma* del ocaso del pachalato, aunque en principio eran ajenas a dicho poder, sí que luego estuvieron muy en relación con la inestabilidad de su gobierno, en tanto que el territorio que dejaron de controlar pasó a ser ocupado sucesivamente por los reinos anexionados anteriormente por el imperio songhai, que los marroquíes no supieron o no pudieron mantener.

Los tuaregs fueron el primer pueblo nativo que socavó realmente el poder del pachalato. Hasta la mitad del siglo XVII, los dos grupos más importantes de este pueblo nómada eran los *maghsharen*, que habían fundado Tombuctú, y los *bérabich*, grupos con los que el gobierno del pachalato había mantenido buenas relaciones, incluso utilizándolos en sus luchas contra otros grupos étnicos. Y todo ello a pesar de que estos tuaregs periódicamente habían hecho incursiones contra el territorio controlado por los *arma*.

Pero en esa mitad de siglo XVII otros dos grupos de tuaregs provenientes del Este, del desierto de Adrar, concretamente los *Awlliminden* y los *Kel-Tadmekket*, se venían asentando entre su tierra de procedencia y la Curva del Níger, en franca hostilidad con el poder de Tombuctú. A finales de siglo estos nuevos tuaregs asediaron y llegaron a entrar en Gao, aunque el pachá Mansur al-Za'ri los rechazara en varias ocasiones.

Parte de estos tuaregs se hicieron sedentarios y siguieron atacando las posiciones de los *arma* durante más de treinta años, hasta que llegaron a las inmediaciones de Kabara y de Tombuctú, amenazando al mismo corazón del pachalato. Fue ese el momento en que el pachá gobernante, Ahmed ben Mansur-Sanibar al-Za'ri, decidió acabar con los *kel-tadmekket*, el más belicoso de los dos grupos, pero sin una adecuada planificación estratégica, algo improvisada, lo que llevó a los *arma* a ser derrotados por estos tuaregs en las cercanías de la isla de Toya el 23 de marzo de 1737.

Muchos autores consideran que esta derrota de los *arma* supuso el fin de su hegemonía en la Curva del Níger, aunque el pachalato siguió existiendo formalmente un siglo más, pero sometidos a los reyes que fueron conquistando Tombuctú, en este caso al *amenokal* de los tuaregs, que tomaron también Gao, con lo que pasaron a controlar toda la parte oriental del ya exiguo territorio *arma*.

Mientras tanto, los animistas bambaras de Ségou, Sounsana y Kaarta hicieron su aparición por el occidente de la Curva del Níger, y fueron avanzando hacia las ciudades de Djenné y Tombuctú. Con el rey de Ségou Mamari Kulibali (1712-1755) los bambara sometieron las ciudades principales del pachalato, haciéndolas tributarias del nuevo poder emergente, aunque mantuvieron nominalmente su existencia.

El siglo XVIII fue funesto para el pachalato, inmerso en luchas sin fin entre las clases aristocráticas de los *arma*, que suplantaron la autoridad de los pachás, sembrando la anarquía en las ciudades, asaltadas periódicamente por grupos nativos de la región ante la falta de una autoridad única y fuerte. Y es que se constituyó una verdadera oligarquía formada por unas pocas familias que detentaban el poder real, ocupando los cargos principales del tibshat y repartiéndose las tierras más fértiles de la curva que hacía el Níger. Las más notables de estas familias eran la de Al Dar'i, cuyo antepasado Ali ben al Mubarak al Dar'i fue uno de los mandos militares que acompañó a Yuder en 1591 cuando la conquista, y la de Al Zar'i, que provenía del pachá Mas'ud ben Mansur al-Zar'i. Eran familias que llegaron a constituir verdaderas dinastías y que, socavando el poder del pachá, socavaron también el destino del pachalato.

Una principal consecuencia de esta fragmentación del otrora poder único *arma*, con la aparición de esas castas aristocráticas, fue ineludiblemente la fragmentación del pachalato, con cuatro ámbitos geográficos casi autónomos, aunque con la dependencia formal al pachá de turno: Tombuctú, Djenné, Gao y Bamba, en el curso medio del Níger, más una zona de influencia hacia el norte de la curva del río, por Azawad hasta Arawan.

Otra de las consecuencias de este desgobierno y situación caótica fue una nueva configuración urbana ante la inseguridad de las ciudades, especialmente en Tombuctú. Los miembros de las clases aristocráticas fortalecieron sus casas para poder defenderse mejor de las turbas que asaltaban la ciudad buscando pillaje, edificando plantas superiores sobre sus residencias actuales de planta baja y reforzando las fachadas con la piedra de arenisca del desierto (*lahore*), rodeando las viviendas con cercas que funcionaban como pequeñas murallas defensivas.

La desestructuración social vino acompañada de numerosas catástrofes naturales en distintos momentos del siglo, como la alternancia de periodos de sequía y lluvias torrenciales, seguidas de largos años de hambre, incluso de un gran terremoto.

Uno de los efectos de esta situación calamitosa lo sería el aspecto ruinoso de muchos edificios de las ciudades, construidos con el conocido *banco* de barro, desmoronado por las lluvias y falta de la restauración que en otros momentos acometía colectivamente la población, ahora diezmada y hambrienta. El explorador francés René Caillié nos daría cuenta a principios del siglo XIX de la situación urbana con la que se encontró, una ciudad paupérrima e invadida por la arena del desierto, con numerosas casas en ruina. Salvando las distancias y la entidad de los personajes, nosotros también nos decepcionamos en nuestro primer viaje a la ciudad por su aspecto exterior, aunque pronto comprendimos que su riqueza radicaba en sus gentes, en la sabiduría colectiva acumulada, sus monumentos y su papel en la historia.

Escribíamos algo parecido a René Caillié, todavía sin haber leído su obra, contemplando la ciudad tras uno de los largos periodos de sequía:

Tombuctú... hoy día es una ciudad invadida por el desierto, aislada o rodeada por las dunas, agravado este aislamiento por la última sequía, que ha introducido el desierto hasta el mismo centro de la ciudad. No obstante, en los últimos años ha vuelto a llover, y algunos arbustos intentan detener al Sáhara.

En Tombuctú no hay calles asfaltadas, sino que las casas descansan directamente sobre la fina arena del desierto. Las construcciones son mayoritariamente cúbicas, hechas de barro y paja, de una especie de arcilla oscura que traen de un lugar situado a unos seis o siete kilómetros de distancia. Como con el tiempo y la lluvia las paredes se desmoronan, en muchos lugares, en las calles, aparecen montículos de barro para reponer de vez en cuando las paredes de las viviendas, cuando no son ruinas que nunca se restaurarán...

No hay sistema de depuración de aguas residuales, vertiéndose directamente a la calle, formando una especie de riachuelos que producen numerosos charcos y pequeñas elevaciones del terreno. Me cuenta Ismael que hace unos diez años las calles estaban más cuidadas, persistiendo el sistema arma de desagüe, una especie de pozo ciego.

Pero en la actualidad, como remarca Ismael, la ciudad parece una ciudad abandonada, con muchas casas en ruina, quedando de muchas de ellas apenas unos promontorios como único vestigio de lo que fueron alguna vez. La basura y

las numerosas bolsas de plástico que vuelan por doquier contribuyen a esa imagen de desolación que ni por asomo me esperaba de la mítica Tombuctú.

(Diario de mi primer viaje a Tombuctú, 28 de agosto de 1993).

IV.5.5: El final del pachalato

Uno de los grupos étnicos sometidos a los songhai cuando la llegada de Yuder en 1591 fue el de los peules, un pueblo nómada proveniente del sur de Mauritania y del Senegal que se dedicaba al pastoreo, lo que le hizo aproximarse a la Curva del Níger buscando nuevos pastos para sus ganados. A finales del siglo XV fundaron un reino, el de Macina, que era una teocracia animista, con un rey llamado *ardo* que comandaba el ejército además de ser el líder espiritual de la comunidad.

Las relaciones de estos peules con los *arma* sufrieron altibajos, rebelándose contra ellos en numerosas ocasiones y firmando la paz entre revuelta y revuelta, hasta que en el siglo XVIII dejaron de tributar a los pachás para hacerlo a los bambara de Ségou, de los que se hicieron vasallos.

A principios del siglo XIX un morabito de Macina, Sheku Amadu (1755-1845) se alzó contra el ardo de ese momento, Dicko, al que venció, proclamándose nuevo rey de Macina, que siguió siendo una teocracia, la *DINA*, pero ahora musulmana, con un rigor extremista islámico nunca visto antes en la región.

Tras conquistar Djenné en 1819, Sheku ocupó todo el delta interior del Níger, dirigiéndose entonces a tomar la última plaza de los *arma*, Tombuctú, donde los notables acababan de nombrar pachá a Uthman, que sucedió a su hermano, recién fallecido, de la parentela de los Abu Bakr ben Ahmad ben Mansur. El nuevo gobernante no tuvo más remedio que entregar la ciudad en 1825 al rey peul ante su evidente superioridad militar, rindiéndole pleitesía y vasallaje.

Sheku en principio mantuvo la formalidad de la institución del pachalato, aunque poniéndolo bajo su autoridad, y se marchó a su capital, Hamdalaye, aunque antes impuso las medidas rigoristas en todas las actividades sociales y comerciales de la ciudad. Esto levantó a las familias aristocráticas de Tombuctú contra el nuevo poder peul, hasta el punto de que el pachá rechazara en 1833 seguir declarándose vasallo del *ardo*, dirigiendo su menguado ejército en septiembre de ese año contra la capital del

reino, a donde no llegó porque en Dire fue derrotado por los peules, que acabaron ahora sí con la existencia del pachalato.

Los peules ocuparon Tombuctú treinta y seis años, de 1826 a 1862, y, aunque acabaron con el pachalato en 1833, permitieron que un *arma* fuera uno de los dos emires de la ciudad, junto a otro de procedencia peul, igual que harían los toucouleur, que entre 1862 y 1863 dominaron la urbe. La mayoría de estos administradores serían de la familia Zar'i, pero no ya con el título de pachás o emires, sino con el de *kayha*, que antaño, en el *tibshat*, eran los lugartenientes del *caíd* o gobernador de una guarnición militar.

En la actualidad, fuimos testigos de la añoranza de muchos de los *arma* que aún viven en la región de la importancia que tuvieron en el pasado, antes de la llegada de los peules, y de no resignarse al paso del tiempo, que ha establecido un nuevo statu quo en el que ellos ya no son la casta dominante de la región:

Acompañado del alcalde y de Ismael visito la casa de Ibrahim Khabé Touré, vicepresidente de la Asociación de Amigos de Cuevas del Almanzora, en donde tiene lugar el encuentro con los representantes principales de las dos comunidades *arma* de Tombuctú, diez y ocho hombres en total. Todos me esperan en la terraza de la casa, donde, tras los saludos y presentaciones, nos sentamos sobre las esteras y las alfombras, mientras nos sirven refrescos, cacahuetes y una especie de buñuelos de masa.

Hoy día, los habitantes *arma* de Tombuctú están divididos en dos comunidades, la de Sarejkaina y la de Djingereiber, cuyos dos caídes son, respectivamente, Abba Babér y Yahya al-Mumbarek, siendo el primero de ellos el que pronuncia un discurso dándome la bienvenida y alegrándose de que un alcalde de la ciudad de Yuder haya venido a visitarlos. Las distintas intervenciones tienen un tono pesimista respecto a la situación en la que se encuentran actualmente los *arma*, que han perdido su hegemonía política y social tras la colonización francesa. No obstante, dan gracias a Dios de que a la llamada que hiciera el último pachá haya respondido el alcalde de Cuevas. Ello les da un soplo de esperanza: por fin alguien ha llegado a preguntarles cómo están, cómo viven. Hay alguien que desde lejos se preocupa de ellos, aunque muchos temen la extinción de su casta.

Les respondo enfatizando el tono pesimista de sus intervenciones y de que creo que constituyen una minoría con suficiente vida como para no morir. Pero los pueblos que quieren perdurar han de adaptarse a las nuevas circunstancias de los tiempos y, así, ellos deben resignarse a no ser la casta dirigente de la sociedad, pues hoy el poder político no se tiene por linaje, sino a través de otros mecanismos (democráticos). Aunque tienen que estar orgullosos de su pasado, éste no puede detenerlos. Lo importante como etnia es que conserven su historia, su manera de ver el mundo, su idiosincrasia, su gastronomía, su artesanía, su cultura, etc. Nosotros los occidentales que tenemos vinculaciones y relaciones culturales con ellos podemos ayudarles dándolos a conocer en nuestra tierra, para que el olvido del que ellos hablan insistentemente en el que han estado durante el último siglo no les haga desaparecer de la memoria de las gentes, de la historia en definitiva.

Luego, en el hotel, Ismael y el alcalde critican la actitud de muchos arma, que sólo viven del pasado, vestidos con sus grandes bubús, pensando con complacencia que son jefes de no sé cuántas familias, mientras que la miseria los rodea, no haciendo nada para remediarlo. Además, ambos coinciden en que no son estos arma de Tombuctú los últimos de la Curva del Níger, sino que son una minoría, unos seiscientos, en comparación con los aproximadamente ochenta mil que viven en otros lugares entorno al Níger (treinta mil en la región de Tombuctú)”.

(Diario de mi primer viaje a Tombuctú, 30 de agosto de 1993).

También en *El eunuco* se refleja esta situación, y la novela finaliza con el “Epílogo”, en el que se establece un paralelismo entre las muertes de al-Mansur y Yuder Pachá con el declive de la dinastía saadí, que acabaría, igualmente, con el ocaso del pachalato de Tombuctú:

En paralelo, con la muerte del pachá Yuder empezó también el declive del pachalato de Tombuctú, que tampoco volvió a recuperar el esplendor que con él tuviera, aunque perduró formalmente como tal hasta 1833, cuando de nuevo los peules de Macina se convirtieron en el poder hegemónico en la región, destituyendo al último pachá arma, Uthman.

No obstante, durante mucho tiempo, los reyes nativos gustaron de recibir sus investiduras como tales de manos de los jefes arma que se fueron sucediendo, porque no dejaban de reconocerlos como los señores naturales del Níger desde que aquel legendario Yuder arribara a sus orillas a finales del siglo XVI (341).

CAPÍTULO V
LOS PERSONAJES

V.1

LOS PERSONAJES EN LA TEORÍA LITERARIA Y EN *EL EUNUCO*

V.1.1: La importancia del personaje en el relato

Si la figura del narrador en el relato es importante, como luego veremos, la del personaje también lo es porque además de que en la novela se cuenta una historia, que es lo que hace el primero, alguien tiene que ejecutar las acciones de la misma, que es lo que hace precisamente el segundo.

En la Teoría Literaria la importancia del personaje ha evolucionado desde la postura grecolatina a la novela contemporánea. En su *Poética*, Aristóteles inicia la doctrina literaria sobre la figura del personaje, ligándolo a las acciones que realiza, siendo la tragedia una mimesis de acciones y vida, y no de hombres (personajes). Este planteamiento ha tenido vigencia durante muchos siglos, retomando el concepto formalistas rusos como Tomachevski (1982) y los narratólogos franceses, como Todorov (1976) y Barthes (1966), que, aunque basándose en la doctrina aristotélica, dotaron al personaje de una mayor independencia con respecto al narrador y la acción, aunque siguieron considerando al personaje como un elemento secundario del relato, que seguía estando subordinado a sus acciones.

Un caso singular, dentro de esta tradición narrativa estructuralista francesa, es el *análisis actancial* de Greimas (1966), lingüista francés que desde la semiótica afirma que el personaje, más que importante por su identidad físico-psíquica, lo será por el lugar en el que se posiciona en la narración, en cómo interaccione funcionalmente con otros actores de la diégesis. Es un análisis interesante, que abordaremos en el apartado siguiente de esta tesis porque nos permitirá analizar el papel en la trama de los personajes principales de *El eunuco* y, en definitiva, de la comprensión de la historia que se narra.

Esta tendencia de asignar al personaje una mayor autonomía respecto a otras figuras del relato, como el narrador y la acción, se ha incrementado con el tiempo hasta la actualidad, en la que los personajes llegan a considerarse tan reales, o casi, como las personas de carne y hueso. Muchos críticos hacen prevalecer la realidad del personaje

ficticio a la de la persona real. Y es que esa ilusión de realidad del personaje se basa, en gran medida, en el hecho de que, a través del relato, el lector conoce los pensamientos y motivaciones para la acción que tiene el personaje, mientras que en nuestra vida real cotidiana desconocemos esos aspectos íntimos de la gente real con la que nos encontramos en la calle o en el ascensor (Sánchez Alonso, 1988: 82-92).

En concordancia con esta visión emancipadora del personaje, Carmen Bobes afirma que los personajes son elementos sintácticos del relato, unidades de descripción, que operan funcionalmente estableciendo relaciones que se transforman a lo largo del tiempo (Bobes, 1985: 77).

En la gran mayoría de las ocasiones, el lector empezará a interesarse por el relato que está leyendo cuando aparezca el personaje, y más aún si éste es el protagonista. El personaje es, pues, un elemento imprescindible del relato, uno de sus elementos constructivos, uno de sus cuatro categorías narrativas. Los personajes son las personas y seres animados, ya sean reales o ficticios, que realizan o participan en las acciones de la historia, viviendo los acontecimientos que la conforman. Y será en función de la naturaleza de dichos acontecimientos cuando se requiera un tipo u otro de personaje (Chatman, 1990: 117-118).

En *El eunuco* queremos que, desde el principio, el lector se involucre en la trama de la novela, presentando en el primer capítulo al protagonista del relato (auto-presentación mediante sus *Confesiones*). Yuder, además de darse a conocer, se referirá a otros personajes importantes del relato, como el sultán al-Mansur, el escribano Marcos Sánchez, el sacerdote Diego Marín o el marqués de los Vélez, además de mencionar los tres espacios claves de su experiencia vital: Las Cuevas, Marrakech y Tombuctú (21-23).

Pero los personajes no dejan de ser invención del autor, y sólo cuando adquieren autonomía respecto a él tendrán una identidad propia, adoptando en ocasiones una caracterización que en un principio su creador no tenía en su cabeza. Es como si, fruto del devenir de los acontecimientos, el personaje se escapara del plan que originalmente tenía el autor para con él y se fugase de la ficción a la realidad.

En el discurso narrativo el autor conoce, el narrador cuenta y el personaje vive lo que uno conoce y el otro cuenta. Para Garrido (1996: 77) el personaje no puede definirse en abstracto independientemente de sus acciones (recuerdo aristotélico), y éstas no pueden aparecer en el texto narrativo sin un agente que las protagonice y que esto se haga con

verosimilitud (visión moderna). Esto hará que el personaje, a los ojos del lector, transite por la historia ficticia del relato con una autonomía semejante a la de una persona por la vida real, sin necesidad de explicaciones complementarias (Forster, 1985: 67).

El personaje será el elemento de la ficción que permita al lector acceder a la realidad del texto narrativo porque el autor permanece fuera de ella, mientras que el narrador aporta su voz y su punto de vista. Ese acceso a la realidad, por el pacto narrativo conocido entre autor y lector, aportará la verosimilitud al relato, que permitirá al personaje moverse por el espacio y el tiempo, siendo el ejecutor de las acciones o acontecimientos que se narran.

Finalmente, habría siquiera que apuntar la diferencia que establece Bal entre personaje, actor y actante. Mientras que el primero se parece a un ser humano, el actor no tiene necesidad de tal identificación. El personaje es una identidad semántica completa, mientras que el actor constituye una posición estructural. Por otro lado, el actante hace referencia a una clase determinada de actores considerados como tales por las relaciones que establecen entre sí. Y mientras que los personajes y los actores pueden ser muchos, los actantes, como luego veremos cuando nos detengamos en el análisis actancial de Greimas, sólo pueden ser seis, agrupados en tres parejas: sujeto-objeto, destinador-destinatario y ayudante-oponente (Bal, 1990: 87-88).

V.1.2: La caracterización del personaje

Para que el receptor reconozca a un agente novelesco como personaje, éste necesita caracterizarse como tal, que el lector le atribuya la autoría de las acciones que lee en el relato (Garrido, 1996: 82). La caracterización del personaje es fundamental para su existencia como unidad sintáctica de la narración, que se le identifique con un determinado perfil físico y también psíquico, con una atribución de propiedades en este sentido, que lo singularice para establecer relaciones con otros actores y el resto de los componentes diegéticos (Reis y Lopes, 1995: 33).

En una novela realista como la nuestra, la caracterización incorporará una variada descripción del personaje, no sólo de su identidad psico-corporal, sino también de su entorno físico y temporal, así como de sus costumbres, ideología y entramado familiar (Valles y Álamo, 2002: 289). Los límites de la verosimilitud del personaje los

establecerá su coherencia psicológica, y ello no desde parámetros actuales, sino desde los de su época, que no tienen porqué coincidir con los del presente (Amorós, 1981: 25-26).

Con la caracterización del personaje se pretende singularizarlo, que sea protagonista de una determinada acción, proveerlo de las cualidades necesarias para que cumpla su función narrativa y que el lector lo identifique como el actor de ese acontecimiento concreto.

Esta caracterización puede ser directa o indirecta, aunque en nuestra novela hemos utilizado ambas modalidades, según la pretensión creativa en cada momento.

V.1.2.1: Caracterización del personaje Yuder Pachá

Para caracterizar al personaje principal hemos recurrido en primer lugar a la caracterización directa, y, más concretamente, a la auto-caracterización. En sus primeras *Confesiones* a Marcos, nuestro protagonista empieza caracterizándose como natural de un espacio primigenio, Las Cuevas, muy vinculado a otros dos lugares fundamentales de su trayectoria vital (Marrakech y Tombuctú), en paralelo a la evocación de su familia, amigos y amores. Escribe sobre los acontecimientos de su vida, del tiempo y de los espacios que habitó, siendo él el personaje principal del relato, enunciando en un párrafo los cuatro componentes básicos de la diégesis (espacio, tiempo, acontecimientos y personajes), en línea con esa caracterización propia de la que hablábamos de la descripción realista:

Son realmente muchos los acontecimientos de mi aventurada vida los que, en estos días postreros de mi existencia, vienen a mi cabeza, y lo hacen con asombrosa nitidez. Desde los más tiernos recuerdos de mi infancia en el reino de Granada hasta mi llegada a Tombuctú, pasando por mi juventud en Marrakech, las intrigas palaciegas, los amores ocasionales, los compañeros de armas, los sultanes que conocí, los amigos de verdad... Es asombroso cómo revivo ahora, como si los estuviera percibiendo en estos momentos, los aromas del pan recién horneado de la casa de mis padres en Las Cuevas, el que desprendía la hierba cortada en la vega del río Almanzora, el de la tierra mezclada con paja de las casas de

Tombuctú, o la embriaguez del olor de los cuerpos perfumados de las mujeres a las que amé (22).

En esas mismas *Confesiones*, Yuder se auto-caracterizará como hombre de poder, el conquistador de Tombuctú, estrechamente ligado al sultán al-Mansur, circunstancias éstas que lo definen como personaje histórico:

Y es que yo, oriundo de Las Cuevas, villa también conocida como Las Cuevas del Marqués, por formar parte del señorío del marqués de los Vélez, en el reino de Granada, avecindado en Marrakech, fui el conquistador de Tombuctú y de todo el imperio Songhai de los negros en nombre de mi señor el muy glorioso y siempre victorioso Ahmed al-Mansur, el Dorado, el más valeroso y capaz de los reyes de su estirpe (22).

Al ser un personaje histórico, para la caracterización de Yuder hemos recurrido a las escasas noticias documentales que existen, como las pinceladas sobre su identidad física que describe Sa'di en su *Tarik es-Soudan* (“talla pequeña y tenía los ojos azules”) y el *Anónimo Español*, manuscritos que referenciamos en la “Introducción” de esta tesis. Es ésta una caracterización indirecta a la que también recurrimos, como la realizada por el sacerdote Diego Marín en el *Memorial* que le redacta a nuestro protagonista, en el que le describirá aspectos de su infancia en Las Cuevas que por su edad no podía recordar. Pretendemos que el sacerdote aporte datos biográficos de la primera infancia de Yuder, que nos suministre desde el principio informaciones sobre su filiación religiosa y encuadre social (padrinos) del personaje principal de la novela:

...te bautizó el sacerdote don Martín Cabeza de Vaca en Las Cuevas del Marqués allá por el año del Señor de 1562. Yo acababa de llegar a la villa procedente de Bédar, precisamente para sustituir al anciano don Martín, achacoso ya por la edad y por la gota, y asistí al bautizo junto con tus padrinos, Francisco de Baena y Catalina Hernández, dos cristianos viejos que apreciaban mucho a tus padres, lo que me predispuso a mí también a empezar a tenerles el mismo afecto porque sabía que estos dos lugareños no daban su amistad a cualquiera, conociéndolos como los conocía por ser parientes míos lejanos (37).

Tras el encuadre natal y su paso por la pila bautismal, el sacerdote nos caracterizará a Yuder física y psicológicamente, aludiendo al magnetismo personal que irradiaba su figura:

La primera imagen que tengo tuya es la de un niño no muy alto pero vigoroso y fuerte, con unos ojos azules que atrapaban como un imán, perdiéndose uno en la profundidad de tu mirada, que, aunque infantil todavía, inspiraba confianza y seguridad. A lo largo de los años descubrí que esa penetrante mirada azul había contribuido a que muchos te siguieran a ciegas, mirada que demandaba también comprensión y aceptación de los demás (38).

Y, finalmente, Marín nos sitúa a Yuder como morisco, presentándonos a sus padres, aventurándose a pensar que profesaban un cristianismo sincero (al menos la madre), aunque mostrándose comprensivo con la situación equívoca de la conversión de sus hermanos de raza, que podría sintetizar la relación de cristianos viejos y nuevos en el antiguo reino de Granada:

Recuerdo a tu padre, Diego de Guevara, y a tu madre, Isabel de Mendoza, que, a pesar de su ascendencia musulmana, vivieron la verdadera fe cristiana con sinceridad, no como otros moriscos de la villa que yo sabía que de puertas adentro de sus casas seguían orando a Alá. Pero nunca delaté a esos otros porque siempre sospeché que Yahvé, Jesucristo o Alá pudieran ser el mismo Dios, pero que tuvieron profetas diferentes o con distinta primacía en el caso de que alguno coincidiera, como ocurriera en el caso de Jesús (39-40).

Éstos son unos primeros acercamientos prosopográficos a la identidad física de Yuder y a su personalidad realizados por otro personaje, y también narrador, el padre Marín, pero también será el propio general cuevano, convertido en narrador autobiográfico a través de sus *Cartas y Confesiones*, el que se auto-caracterice, completando el retrato de su preceptor, apareciendo a lo largo de la narración otras notas definitorias de su estructura corporal y personalidad, que irán evolucionando con el tiempo lógicamente. Con el paso de los años, Yuder aumentará su masa muscular, fortaleciendo su cuerpo

tras la instrucción militar recibida, como reconoce su raptor, al-Dugali, después de un tiempo sin verlo, y que nuestro protagonista reproduce en una de sus *Confesiones* a Marcos Sánchez: “--- ¡Al fin, Yuder, te encuentro! --- empezó nuestro antiguo raptor a decirme ---. Ya veo que te has convertido en un muchacho fuerte, un buen soldado, como me dice tu instructor militar” (p. 125).

Es un cambio físico que el propio Yuder observa en sí mismo, como le escribe a su amigo Marcos, aludiendo a su transformación de niño a adulto, por la nueva complexión de su cuerpo, de lo que parece que se hace consciente al practicar por vez primera sexo con Nana la turca:

Todavía recuerdo cómo parecía que sus manos me estaban esculpiendo, como si fuera una estatua, y reparé entonces en que mis hombros se habían ensanchado, que el pecho se había robustecido con músculos en los que antes no me había fijado bien, y que mis brazos y piernas se habían convertido en potentes armas corporales. Todo mi cuerpo estaba fibrado por el ejercicio al que constantemente lo sometía. Me había convertido en un hombre ya físicamente, aunque mentalmente lo era desde hacía tiempo (191).

Aparte de la descripción física de nuestro protagonista, a lo largo de la novela se irá definiendo su identidad personal a través de sus acciones y de su relación con los otros personajes, ya sean principales o secundarios. Diego Marín ya había apuntado en el texto transcrito antes que la figura de Yuder irradiaba atracción hacia él de los demás. Nuestro protagonista mismo percibe su liderazgo entre sus compañeros de pandilla en Las Cuevas, como se lo recuerda a Marcos en sus *Confesiones*:

--- Y te hicimos caso, Yuder, que bien sabes que muchos de nosotros seguimos tu estela y tu misma suerte. Desde el principio te vimos como nuestro guía, como nuestro jefe natural.

--- Bien lo sé, Marcos. Recuerdo que ya en Las Cuevas me considerabais el cabecilla de la cuadrilla que nos juntábamos para jugar, quizás fuera porque me preocupaba de los demás al mismo tiempo que de mí mismo y de que siempre he creído que se gana más con la compañía que solo (84).

V.1.2.2: La caracterización de los personajes de *El eunuco* por su denominación

Álamo Felices considera que la denominación de los personajes es uno de los procedimientos del proceso caracterizador de los mismos (2006: 201-210), en tanto que el nombre de una persona puede tener un alto valor representativo y simbólico a veces, como si la denominación sintetizara en su expresión un determinado estereotipo personal (Valles y Álamo, 2002: 288).

Para estructuralistas como Barthes (1966) el personaje no es sino un conjunto de *semas* que giran en torno a un nombre propio, que en principio está vacío, pero que se irá rellenando con adjetivos narrativos (Chatman) que permitirán su caracterización. El nombre propio atraerá, como si fuera un imán, a los *semas* hasta llegar a caracterizar a un personaje. El nombre sería la garantía de la unidad de todas esas referencias que conforman un personaje, dotado ya de una apariencia concreta, con un comportamiento definido y un mundo relacional propio en la trama.

Lo afirmado por estos autores tiene una especial relevancia en obras no históricas, en tanto que el creador es libre de elegir los nombres de sus personajes, que en muchas ocasiones querrá que dichas denominaciones respondan al carácter de los diferentes actores. Pero en las novelas históricas como la nuestra es más difícil que el nombre responda a un estereotipo personal, en tanto que la mayor parte de los personajes aparecen ya en la obra con un determinado nombre establecido e históricamente conocido. No obstante, aun en este tipo de obras, es posible la relación nombre-caracterización porque algunos personajes si son ficticios, por exigencia argumental, o, incluso, nombres predeterminados pueden ser llamados por apelaciones diversas según los intereses artísticos del autor.

En el caso de *El eunuco*, el protagonista principal llega a Marruecos con el nombre cristiano de Diego de Guevara, que es cambiado por el de Yuder por el príncipe Ahmed:

- ¿Cómo te llamas, pequeño soldado?
- Diego, mi señor ---balbuceó, azorado por el mal árabe en que lo hizo.
- Ese no es un nombre adecuado para un soldado del Islam, te deberías llamar mejor Yuder, pues aunque pequeño ya muestras que vas a ser grande (45).

Aquí aparece ya una primera caracterización de nuestro protagonista en suelo marroquí, que, aunque pequeño en estatura, será grande en cuanto a su personalidad y futuras acciones vitales. Ya tiene un nuevo nombre, Yuder, y relativamente pronto tendrá también un apelativo, Pachá, cuando a sus dieciséis años sea nombrado por el sultán al-Malik pachá de Tánger. Su protectora, la princesa Lalla, lo bautiza con esa denominación completa cuando lo despide de la corte en busca de su nuevo destino tangerino: “--- Viniste aquí como Diego y te vas como Yuder Pachá, ¡que Alá te guíe por el buen camino, hijo mío! --- y no pude contestarle porque la emoción me lo impidió” (p. 139).

Ya tenemos configurado al protagonista Yuder Pachá con algunas de sus características físicas y psicológicas, además con responsabilidades de poder, que, de una manera u otra, mantendrá hasta su muerte.

Otro personaje histórico de gran importancia en la novela es el sultán al-Mansur, que será denominado por su nombre primigenio, Muley Ahmed, en pocas ocasiones, y más frecuentemente por distintos apelativos, diferentes según sea quien se refiera a él y, sobre todo, por cómo lo haga Yuder, siguiendo los intereses semiológicos del autor. Así, nuestro protagonista aludirá al sultán con un diferente nombre según sea su relación con él en un momento concreto o el mensaje que quiera trasladar a sus interlocutores.

En el sentido anterior, Álamo Felices habla de esta posibilidad de alternar el nombre propio con el de otros apelativos (apodos dice él) de un personaje, tanto para exaltar un determinado rasgo de personalidad o de comportamiento, que entendemos que puede referirse también a un cambio de relación entre determinados personajes y en cómo se refieren o llaman unos a otros (Álamo, 2002: 203).

Volviendo a *El eunuco*, hay un periodo de tiempo, cuando al-Malik es entronizado como sultán, en el que Yuder se ve muy cercano al futuro al-Mansur, y se refiere a él como Ahmed sin el título principesco, como le confiesa al escribano Hakim:

Se bien, Marcos, que un príncipe o un rey no puede ser amigo de un plebeyo o de un súbdito suyo, pero en esos meses creo que se fraguó una relación lo más parecida a una verdadera amistad entre Ahmed y yo, compartiendo ambos muchos de nuestros miedos y deseos para el próximo futuro (136).

Cuando Yuder le plantea al príncipe sus dudas de aceptar el cargo de pachá de Tánger por su temprana edad, prefiriendo acompañarlo al campo de batalla, éste le reitera el nombramiento imperial, volviendo a la cercanía afectiva (“amigo mío” lo llamará). Entonces Yuder se referirá al príncipe sin el título de tal, después de escucharle:

--- Todo se andará, amigo mío, y ya sois un verdadero hombre, y capaz de hacer lo que os pedimos. Tienes la edad suficiente, Yuder, para empezar a tener cargos de responsabilidad. Ya hemos hablado muchas veces de tus ganas y de tus capacidades, ¿o es que ahora te ves incapaz de comandar una acción así? --- me retó inteligentemente Ahmed (137-138).

Pero esa relación armónica de Muley Ahmed y Yuder cambiará cuando el nuevo sultán al-Mansur recele de su antiguo amigo por su sospecha de connivencia con el corsario al-Dugali, que pretendía dar un golpe de estado contra él. Yuder ya no se referirá al sultán por nombre alguno, sino por su título imperial: “Al sultán no pude verlo porque varios días antes de mi marcha partió al norte del imperio intentando pacificar unas tribus insurgentes del Rif” (p. 162).

En las cartas que Yuder le escribe al escribano Hakim en su exilio dorado del Draa volverá a referirse a Ahmed como el sultán, evidenciando la lejanía personal entre ambos. Sin embargo, cuando está asentado en Tombuctú, años más tarde, y es reclamado por el soberano para que vuelva a Marrakech para ayudarlo en la resolución de las disputas entre sí de sus hijos, nuestro protagonista se referirá a él ya como al-Mansur, olvidando el título imperial, cuando le escribe a Hakim (308). El autor omnisciente refleja la cercanía restaurada entre el sultán y su pachá en la recepción que le da a su vuelta a la capital imperial:

--- Bienvenido seas a Marrakech, general victorioso. El imperio te necesita ahora aquí, donde esperamos que le infundas el mismo brillo que diste al Sudán--- empezó halagándole el sultán.

--- Venerado al-Mansur, si yo he brillado ha sido tan sólo por ti, el único sol del Islam que brilla por sí solo. Mi brillo ha sido únicamente la luz que de ti he recibido--- le contestó a su halago.

--- La constancia, Yuder, ha sido una de tus mejores virtudes y hombres como tú son los que necesito, porque constante ha de ser nuestra labor para poner orden en los asuntos del gobierno. Sabed todos--- y se dirigió a la concurrencia --- que el pachá Yuder goza de toda mi confianza y que lo he llamado a Marrakech para que sea el comandante de mi ejército. Nadie como él tan leal al Trono y a mi dinastía (323-324).

Donde se evidencia más claramente en *El eunuco* el papel del nombre como caracterizador del personaje, es cuando los compañeros de Yuder de Las Cuevas adoptan nuevos nombres al convertirse al Islam. Diego Marín, en su *Memorial*, describe nítidamente la situación y el significado de los nombres elegidos:

Y como si los nombres expresasen lo que uno es o persigue ser, tu primo Alonso eligió el de Salem, que significa el que es seguro y entero; Marcos el de Hakim, el sabio; Francisco el de Nabil, el noble; y Pedro el de Kamil, el perfecto, todos con el apelativo de al-Andalusí para indicar vuestra procedencia. Cinco nuevos nombres para cinco nuevos renegados (99).

Y es que para Yuder su primo Alonso Sánchez, bautizado como Salem, será la persona en la que confiará enteramente, haciéndolo su lugarteniente, por la seguridad que le da su ayuda y apoyo; Marcos Sánchez, Hakim, será el personaje que represente la sabiduría en el grupo de amigos de Yuder, sus ojos y oídos mientras él esté alejado de la corte; Francisco Díaz se caracterizará por la nobleza de su corazón, y Pedro de Morato será el amigo perfecto, que asistirá al líder de Las Cuevas en las horas finales de su vida.

Respecto a otros personajes secundarios de la novela, también reales, en este caso de las mujeres del harén procedentes de Las Cuevas, ellas también adoptaron nuevos nombres musulmanes. Teresa Flores tomó el nombre de Fátima, muy común en el mundo árabe, como si quisiese con él no significarse sobre las demás compañeras del harén, además de que por su relativa avanzada edad (30 años) no era apetecible al sultán. Juana de Cepeda, que llegaría a ser la nueva amante de Yuder, se convirtió al Islam como Amina, cuyo significado en árabe es la de ser una persona muy agradable físicamente y amable y cordial en el trato.

El nombre de la amante oficial de Yuder, Nana la turca, personaje histórico documentado, evoca a la sirvienta doméstica, en este caso de la esposa favorita del sultán al-Mansur. Ésta, Radina, cuando Yuder se despide de ella para partir a su exilio dorado del valle del Draa, se la regala en señal de su estima hacia su persona. En sus *Confesiones*, Yuder rememora aquellos momentos con la sultana:

--- Yuder, a bellezas como ésta las tengo por el momento ocultas a los ojos de nuestro señor el sultán, no sea que se deslumbrase como tú hace un momento --- me dijo con una media sonrisa que traslucía también su temor a que eso sucediese de verdad.

--- Mi señora, ¿cómo se llama la esclava turca?

--- Nana es su nombre, Yuder (163).

Respecto a los personajes ficticios, destacaremos los nombres del primer amor de Yuder en *Las Cuevas*, Leonor, la poseedora de la luz, la que iluminó el despertar sexual del que luego fuera convertido en eunuco, y que por ese deslumbrar mantuvo sus apetencias eróticas, aunque mermadas por la mutilación genital parcial. El nombre de otra de sus amantes, ésta sudanesa, Hawa, recuerda en árabe al amor o a la Eva bíblica, mientras que el nombre de la esposa de su primo Salem, Aminata, connota a la misma como la mujer fiel y leal en quien el antiguamente llamado Alonso Sánchez, también eunuco, pudo confiar con seguridad su estabilidad doméstica, afectiva y familiar.

V.1.3: La presentación de los personajes en *El eunuco*

Muy en relación con la caracterización de los personajes está el hecho de saber quiénes son los que los presentan en el relato. Ello nos permitirá conocerlos exhaustivamente o tan sólo a través de unas pinceladas biográficas, según los intereses artísticos del creador o de su grado de conocimiento de los mismos. A pesar de que en apartados anteriores hemos aludido a ciertas presentaciones, consideramos interesante sistematizarlas para entender el papel de los personajes que aparecen en el relato.

En el sentido de lo escrito anteriormente, Bourneuf y Oullet (1985: 204-231) afirman que hay cuatro maneras de presentar a los personajes en la novela: que éstos lo hagan

por sí mismos, a través de otro (narrador homodiegético), mediante la omnisciencia o narrador heterodiegético, o mezclando estas tres modalidades, que es lo que hemos hecho en nuestra novela.

Respecto a la primera modalidad, en la que el personaje se presenta a sí mismo, en *El eunuco* es Yuder quien lo hace en sus *Confesiones* y *Cartas*, a veces con el carácter apologético al que se refiere Garrido (1996: 89), cuya presentación hemos referido pocas páginas atrás: “Y es que yo, oriundo de Las Cuevas,..., fui el conquistador de Tombuctú y de todo el imperio Songhai de los negros...” (p. 22).

Además de esta auto-presentación inicial, Yuder nos irá ofreciendo rasgos de su físico y de su personalidad a través de estos recursos literarios aludidos, como hemos visto en este apartado, una presentación típica del género autobiográfico, en el que el personaje se auto-caracteriza utilizando estos medios, cosa que en menor medida hace el sacerdote Marín en su *Memorial*. Como recordábamos en un capítulo anterior, sus *Confesiones* abarcan el 32% del texto de la novela y sus *Cartas* el 26%, por lo que más de la mitad del relato está narrado desde la óptica de su protagonismo.

Aunque en menor medida, Diego Marín utilizará su *Memorial* a Yuder para indicar su procedencia (Bédar) y primeros afectos en Las Cuevas: el párroco don Martín, sus padrinos y sus padres (37).

En *El eunuco* hemos recurrido con frecuencia a la presentación de los personajes a través de otros que también participan en el relato (narradores homodiegéticos), en concordancia con la novela contemporánea, en la que el peso del relato no recaerá ya exclusivamente en la omnisciencia del narrador ausente, sino que ahora descansará en gran medida sobre unos personajes que, convertidos en narradores, relatarán desde su óptica personal los acontecimientos del relato. Lógicamente, el conocimiento que tiene cada uno de estos narradores de los personajes que caracterizan es parcial, pero sumadas todas las apreciaciones sobre un mismo personaje podemos conocer al actor determinado de manera más integral.

Yuder, en sus *Cartas* y *Confesiones*, nos irá presentando a personajes como el sultán al-Mansur (21-23); su primer amor, Leonor (53); sus compañeros de Las Cuevas, Francisco Díaz, Pedro de Morato, Alonso Sánchez y Marcos Sánchez (92); las mujeres del harén procedentes de su pueblo natal: Teresa Flores, Catalina Alonso, Isabel Hernández y Juana de Cepeda (103-108); los intelectuales de Tombuctú Mohamed Bagayoko y Ahmed Baba (255-257); los hispanos que le antecedieron en la Curva del

Níger siglos atrás como al-Fazzazi, es-Saheli, Sidi Yahya, Ali ben Ziyad y Mahmud Kati (243-256); la esposa sudanesa de su primo Salem, Aminata (292-293); y una última presentación de su sucesor en el pachalato, ben Zarqun (259), ya presentado antes por el autor omnisciente.

Otro narrador homodiegético será el padre Diego Marín, que nos presentará a personajes principales como la princesa Lalla, el corsario al-Dugali, ben Zarqun o secundarios, pero también importantes, como Ammar al-Fata, chambelán de la corte y quinto pachá de Tombuctú (71-74), incluso algunos de menor relevancia, como Felipe Carrillo.

Marín hace una primera referencia a la princesa, encuadrándola familiarmente: “La señora Lalla Messauda fue la esposa favorita en su día del sultán Mohamed ech Cheikh y madre de los príncipes Abd al-Malik y Muley Ahmed...” (p. 79).

Después, Marín nos seguirá presentando a la princesa completando su caracterización y genealogía:

Lalla Messauda era hija del jeque bereber Abu Labbas Ahmed ben Abdallah, descendiente de la dinastía de los almohades, un hombre piadoso que había alcanzado fama de santo por su atención a los más necesitados, al tiempo que un verdadero alarife o constructor que sabía, al decir de quienes lo conocieron, convertir las más humildes piedras en los más bellos edificios.

De su padre, la señora Lalla heredó estas cualidades, que la convirtieron en una protectora de las artes y de las letras, promoviendo la construcción de mezquitas con su propio peculio, como la que mandara levantar en el barrio Dokkala en Marrakech (86-87).

Marín nos presentará exhaustivamente al corsario al-Dugali, raptor de ambos, estableciendo su procedencia (Orgiva, del reino de Granada) y haciendo un perfil biográfico, que incluye acertados comentarios sobre su psicología y doblez personal, que tantos problemas le ocasionarían a su protegido Yuder:

...el corsario granadino era un hombre ambicioso y con gran olfato político, que sabía situarse siempre, en las frecuentes luchas entre los príncipes, en el lado de los vencedores, al tiempo que gustaba de rodearse de personas que le debieran

algo para contar con su apoyo cuando más adelante los necesitara. Iba así creando una red de clientes, y contigo también lo intentó, Diego, y aún no sé si lo consiguió (41).

El sacerdote preceptor de Yuder también nos presentará a Felipe Carrillo, preceptor de los príncipes luego sultanes:

Felipe Carrillo había sido un capitán español apresado por el sultán ech-Cheikh en una escaramuza contra los cristianos en Tetuán. Llevado a Marrakech, y dada su alta preparación militar, fue asignado como instructor militar de los príncipes que se formaban en el palacio, entre los que se encontraban varios hijos y nietos del sultán, como al-Malik, Muley Ahmed y al-Mutawakkil (119).

El sacerdote nos presentará al sultán al-Malik de manera muy favorable, con el que llegaría a colaborar muy estrechamente, toda vez que el soberano lo hizo su consejero. Se lo narraría a Yuder en su *Memorial*:

Supe, Yuder, por Felipe Carrillo de la alta preparación de al-Malik, conocedor de varias lenguas, como el castellano, el francés o el alemán, además del árabe, y de que en sus manos el imperio estaría en mejores manos que en las de su sobrino, el nefasto al- Mutawakkil, que regía por ahora nuestros destinos (121).

Igualmente, Marín nos presentará a Mohamed ben Zarqun de manera certera:

Su mayor hombre de confianza [del sultán al-Malik] era Mohamed ben Zarqun, un morisco de Guadix, del antiguo reino de Granada, como nosotros, donde se destacó en la Guerra de las Alpujarras como uno de sus jefes más valerosos. Ya en Marruecos, conoció a al-Dugali, que lo enroló en el cuerpo de artillería que estaba formando por orden del sultán Abdallah, pero, inquieto como era, partió al poco tiempo hacia Estambul, donde conoció al entonces príncipe al-Malik, que pronto lo convirtió en su mano derecha y le encargó que le organizase la artillería del ejército que quería formar para combatir a su sobrino al-Mutawakkil, actividad ésta que había aprendido de su antiguo jefe al-Dugali.

Conquistado el trono, al-Malik nombraría a ben Zarqun kahiya, título que daban en Estambul al jefe máximo del ejército y que antes, en Marrakech, era el llamado mizwar, un verdadero capitán general o virrey como le llamarían en las naciones cristianas (128-129).

Marcos Sánchez, bautizado como Hakim, el escribano, será quien nos presente al fundador de la zauia de Tamegrut, Abu Hafs Omar ben Ahmed al-Ansari, quien será un apoyo fundamental de Yuder en su exilio en el valle del Draa (169); al supuesto príncipe askia Uld Quirinfil (215-217); y a los hijos del sultán al-Mansur: al-Mamun, Abu Faris y Muley Zidane (317-318).

Las novelas realistas como la nuestra suelen hacer uso frecuente del narrador omnisciente o narrador heterodiegético para presentar al lector algunos de sus personajes, y muy especialmente en novelas con actores históricos con trayectorias personales conocidas y documentadas. En tales casos, algunos de estos personajes son asépticamente presentados, como ocurre en *El eunuco* con el corsario al-Dugali (24-26), el funcionario regio Bonifaf (32), los sultanes Abdallah al-Galib, al-Mutawakkil, Abd al-Malik y Muley Ahmed (109-111), los generales Azan Ferrer, Mustafa al-Torki y ben Zarqun (210-212), los pachás Mansur ibn al-Rahman y Mohamed Taba (283-285) y los hijos de al-Mansur, al que el autor omnisciente hace confesar a Yuder su decepción por todos ellos, haciendo un retrato muy personal de cada uno de sus descendientes:

--- He tenido mala suerte con mis hijos, Yuder. El mayor, al-Mamun, es un intrigante, con un carácter colérico insufrible. Será un tirano cuando reine. Tu amigo Abu Faris, aunque es el que más me respeta, no es muy dado a los asuntos de Estado y además ya sabes que sufre esas convulsiones que lo inutilizan un tiempo. A Zidán es al que menos con ozo por ser el menor de ellos, pero tampoco me ha demostrado su valía (325).

V.1.4: Tipología de los personajes

Han sido muchas las clasificaciones tipológicas de los personajes, atendiendo a parámetros diversos, ya sea por su importancia en el relato, su grado de realidad o de funcionamiento o de su dinamismo. Narratólogos franceses como Todorov revisaron las distintas tipologías habidas hasta el último tercio del siglo XX, que agrupan, por un lado, a las que se basan en criterios formales, y, por otro, a aquellas clasificaciones que podemos llamar “sustanciales”, enmarcadas en el Formalismo y el Estructuralismo (Todorov, 1976: 261-262).

Dentro del primer grupo (tipologías formales), una primera clasificación haría referencia a la importancia que los personajes tienen en la acción. Éstos podrán ser principales, secundarios o terciarios, en función de que desarrollen la mayor parte de las acciones, tengan una implicación menor complementaria o que adopten una mera posición testimonial, como meros figurantes en los acontecimientos, respectivamente.

Respecto al primer tipo de la clasificación, Yuder es el personaje principal de la novela, su verdadero protagonista, que mantiene a lo largo de la historia que se cuenta una coherencia y línea de actuación previsible con la caracterización que le hemos dado en el relato, siendo el que mayor peso tiene en el conjunto de acontecimientos que se narran.

Pero otros personajes también principales, pero menos importantes, serán el padre Diego Marín; Marcos, el amigo de la infancia de Yuder convertido en el escribano Hakim al-Andalusí; el sultán al-Mansur y su madre, la princesa Lalla, siempre acompañando o a la sombra del protagonista principal; y, cómo no, el corsario al-Dugali.

Estos otros personajes principales, a pesar de su subordinación a la figura del protagonista, juegan también papeles importantes en la trama novelesca, bien por sus posiciones personales, como las del sultán y su madre, y el mismo al-Dugali, que provocarán determinadas reacciones y cambios en la historia, o porque además de personajes serán narradores, como en el caso de Marcos y el padre Marín.

Después de estos personajes principales estarán otros secundarios, que, aunque tienen una participación menor en el desarrollo de los acontecimientos, sí que servirán de complemento a los desarrollos biográficos de los personajes principales. Personajes secundarios serán los padres de Yuder, Diego de Guevara e Isabel de Mendoza, los

sultanes al-Mutawakkil, al-Malik y Muley Zidan, los pachás ben Zarqun y Ammar al-Fata, el primo de Yuder Alonso Sánchez, el cheik Abu Hafs, el supuesto príncipe songhai Quirinfil, el askia Isaq II o la amante de Yuder, Nana la turca, también narradora a través de sus cartas a nuestro protagonista.

Finalmente, en esta primera tipología, después de estos actores importantes, ya sean principales o secundarios, nos encontramos con una pléyade de personajes terciarios, unos más importantes y otros menos, que jalonan las páginas de la novela, como pueden ser Pedro de Deza, Aben Humeya, Felipe II, el marqués de los Vélez, Felipe Carrillo, don Juan de Austria, Fátima, Anisa, Aminata, Umu, al-Torqui, Mohamed Taba, al-Fisthali o Ahmed Baba, entre varias decenas de ellos. Con estos personajes pretendemos conseguir un ambiente humano rico en matices caracteriales y roles diversos, aunque muchos de los mismos serán meros figurantes que acompañan a los personajes principales mencionados, unos como comparsas y otros ejecutando diferentes acciones, aunque breves o menores.

En cuanto a su naturaleza de realidad, los personajes pueden clasificarse en otros tipos, como ficticios, históricos o autobiográficos. En *El eunuco* aparecen un total de 167 personajes, de los cuales 154 son históricos, personajes reales de la Historia, mientras que tan sólo 13 son ficticios, los cuales hemos creído oportuno introducir en la novela para justificar determinadas actitudes de los personajes reales, como puede ser el caso de Leonor, con la que Yuder tendría sus primeros escarceos eróticos, que justificarían su sexualidad posterior aunque fuera castrado, una suposición verosímil, por otro lado.

Otros personajes ficticios, además de Leonor, serán por orden de aparición en la novela René, Ali, María, Ana, Ibrahim, Abbas Kader ben Barka, Yazid, Awa, Umu, Aminata, Yuder ben Salem al-Andalusí y Mohamed Saaf. La presencia de todos ellos en la novela nos permitirá entender mejor el nudo relacional de muchos otros personajes históricos y el desarrollo de determinados acontecimientos.

También por su naturaleza, podemos considerar a Yuder como un personaje autobiográfico, en tanto que a través de sus *Confesiones* y *Cartas*, además de actor se convierte en uno de los narradores principales de la novela.

Finalmente, por su profundidad psicológica, Forster (1985a: 74-84) distingue entre los personajes planos y redondos, bien porque siempre se comportan de la misma manera o porque imprimen movimiento y cambio a las acciones que ejecutan. En este sentido,

Yuder será un personaje redondo, que, por otra parte, es habitual que lo sean todos los personajes principales. Frente al carácter plano de la gran mayoría de los personajes de la novela, que no cambian a lo largo de ella, nuestro protagonista evolucionará desde el principio del relato al final del mismo, aprehendiendo las enseñanzas que le da su azarosa vida.

Algunos autores (Sánchez Alonso, 1988) hablan también de personajes estáticos o dinámicos, clasificación que nos recuerda a la anterior, de tal manera que podríamos hacer equivaler los personajes redondos a los dinámicos y los planos a los estáticos. Yuder sería un personaje dinámico, además de redondo, más vivo que ninguno, manifestándose su carácter en las acciones que realiza, que vertebran muchos de los acontecimientos que se narran en la novela. Un dinamismo que contrasta con otros personajes estáticos, con comportamientos muy estandarizados.

También serán personajes redondos y dinámicos el sultán al-Mansur, la princesa Lalla, el pachá ben Zarqun, el sacerdote Diego Marín, el escribano Hakim o el corsario al-Dugali, todos ellos con trayectorias vitales reflejadas en la novela llenas de matices y cambios, en consonancia con el devenir de los hechos y situaciones diversas. Por el contrario, la mayoría de los personajes secundarios y todos los terciarios serán personajes planos y estáticos, cuya aparición en escena lo es para ser figurantes de las acciones que capitalizan los actores principales de la trama.

Decíamos al principio de este apartado que había una segunda tipología de clasificación de personajes, que llamábamos “sustanciales”, sustentada teóricamente por el Formalismo y el Estructuralismo, en la que el personaje no se entiende si no es por la función que desarrolla y su nivel relacional con los otros actores. Los actantes y no los personajes serán los protagonistas del relato, las unidades semánticas convertidas en unidades sintácticas sobre las que descansa el desarrollo de la trama. Autores como Propp, Souriau, Tesnière o Greimas, especialmente, encarnarán esta otra visión del papel del personaje, reconvertido en actante. En el capítulo siguiente le daremos un tratamiento especial al análisis actancial de Greimas por considerarlo muy útil para conocer mejor el entramado relacional e histórico de *El eunuco*.

V.2

EL ANÁLISIS ACTANCIAL Y *EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ*

V.2.1: El análisis actancial de Greimas

Sobre la temática que estudiamos, existe una amplia bibliografía narratológica, que va desde diccionarios como el de Lázaro Carreter (1971) a los de Reis y Lopes (1995) o Valles y Álamo (2002). Igualmente contamos con un catálogo de categorías, y contrastadas monografías o estudios de conjunto, como los de M. Bal (1990), Prince (1982) o Fludernik (2018), amén de las aportaciones de especialistas españoles, como García Landa (2014).

Estos estudios de eruditos no deben hacernos olvidar la necesidad de acudir a las fuentes del análisis narratológico, es decir, a los teóricos clásicos; por ejemplo: pensamos en la escuela formalista estructuralista, Propp, Brémond, Genette y especialmente en Greimas en quien nos basamos para el desarrollo de este apartado.

Como nuestra tesis se centra en un tipo de texto que conocemos como relato, nos centraremos en lo narrativo, a partir de las tesis de Adam sobre la esencia del texto narrativo. Para éste, el acto de narrar es una práctica que se confunde con la experiencia cotidiana. Esta evidencia, hasta cierto punto exime de consideraciones teóricas que la sustenten. Reconoce también que otro tipo de discursos recorren el esquema narrativo, lo que revela su importancia y la necesidad de entenderlo teóricamente. El primer requisito para una narración es que exista un acontecimiento que debe ser relatado por un narrador a través de diferentes medios. Cabe al narrador, por tanto, rellenar las lagunas presentadas por el acontecimiento, configurándose la narración, más que como una reproducción, como una interpretación del hecho.

La relación entre el narrador y su interlocutor o receptor está establecida por el primero que, presuponiendo las características del segundo, sólo esclarece en su relato lo que presupone que el segundo no sabía, y lo hace a partir de un horizonte de expectativas. Queda así establecido un contrato de legibilidad-inteligibilidad entre el narrador y su interlocutor, con base en la selección hecha por el narrador. Le corresponde al lector evaluar la configuración del esquema narrativo de donde emergen varios tipos de discursos, los cuales son más importantes que el relato lineal de los

hechos. La conducta narrativa asumida por el narrador permite al lector, en la diversidad narrativa emergente, captar las estrategias empleadas en el relato desarrollado que, en una perspectiva interaccional, se reviste de un tono conversacional o persuasivo.

Para que esto suceda, es muy importante la estructura cronológica de la narración, pues acredita que la coherencia narrativa deriva de la relación causa-consecuencia que se impone por la narrativa.

Para que exista la coherencia y la capte el receptor es necesario observar los siguientes aspectos:

- 1.- Recurrencia constante de los personajes.
- 2.- Mantenimiento de la lógica de las relaciones entre los predicados iniciales y los finales.
- 3.- Existencia de una cronología responsable para la sucesión del proceso narrativo.

No basta con que el receptor/lector acompañe la sucesión de los acontecimientos. Este interlocutor debe percibir, también y especialmente, la configuración semántica del relato que va a ser identificada como la macroestructura del texto.

Observando así la narrativa, es imprescindible también en el proceso de comprensión del texto narrativo, que surjan inferencias sobre el asunto de que trata.

Por tanto, la narrativa está constituida por la exposición del episodio a través de diferentes acontecimientos, la cual es seguida de la complicación derivada de los mismos y, posteriormente, de la resolución. Se hace evidente un valor diferenciado entre las diferentes partes que lo constituyen, además de los participantes funcionales o actantes en la sintaxis del relato, que recuerda de algún modo el modelo casual de Fillmore, conocido como gramática de los casos. La contribución más significativa de Van Dijk (1978) está explícita en el reconocimiento de que el texto narrativo emerge en medio de una diversidad discursiva; en el proceso de comunicación que se establece entre el narrador y el receptor en la dimensión del contrato de inteligibilidad: solo es explicado por el narrador lo que no es previsiblemente conocido por el autor; en la percepción por el lector de la dimensión cronológica como factor importante de la configuración del texto.

El concepto de actante lo consolidó el lingüista Greimas y lo plasmó en su obra *Semántica estructural* (1966), en el contexto de una tradición del estudio del personaje que venía de Aristóteles y que, siglos después, retomarían los estructuralistas y narratólogos franceses, que incidían en el rol del personaje como agente de la acción,

del desarrollo de los acontecimientos, más que caracterizarlo con connotaciones particulares psicológicas o identitarias. Autores como Propp, Soriau, Tesnière o Barthes desarrollan teóricamente, junto a Greimas, el papel del personaje como función.

Para abordar el análisis que establecemos a continuación, digamos que lo que tipifica a las narratologías posclásicas es abandonar el enfoque textocéntrico y dar cabida, por ejemplo, al contexto. De hecho, Nunnin (2003) ya plantea el dilema sobre si hablar de narratología o narratologías. Entre éstas, hoy hablamos de narratología y feminismo y sus nexos con los Estudios Culturales o la Ecocrítica, en tanto que corrientes que buscan visibilizar a la mujer con objeto de lograr la equidad de los géneros.

Hoy las ciencias sociales han operado un giro narrativo que privilegia también la relación de la narración con la educación y con la ecología y por tanto con todo lo relacionado con las narrativas del agua y su intrínseca relación con la educación ambiental.

Vladimir Propp (1987) es un claro precursor de las ideas de Greimas, desarrollando su teoría a partir del estudio de los cuentos populares rusos, en los que relacionaba estrechamente los personajes a las funciones que podrían desempeñar, que él cifraba en 31, distribuidas en 7 esferas de acción.

Siguiendo esta línea de trabajo, Greimas elaboró su particular modelo actancial del relato, basándose en los conceptos de actantes y funciones, que consideraba que eran los dos elementos básicos de la gramática de la narración. Y es que, influido aquí por Soriau y Tesnière, Greimas basó su modelo en la sintaxis, pero yendo más allá del análisis lingüístico, extrapolándolo a lo semántico: el nuevo modelo actancial de Greimas analizará el relato desde una nueva categoría semántica.

En este modelo, es importante la preocupación por el contexto, que tiene precedentes interesantes. Ya Coseriu detalló las distintas clases de contexto, llegando a distinguir las siguientes variedades:

- 1.- El contexto verbal.
- 2.- El contexto extraverbal (y sus subtipos: físico, empírico, natural, práctico, histórico y natural).

En general se acepta como contexto la posición de los participantes en la comunicación o el relato, incluyendo no solo lo físico sino también sus conocimientos, sus convicciones, sus valores, experiencias, intuiciones, es decir, todo el mundo interior,

hasta todas y cada una de las condiciones en que se produce el texto (lugar, tiempo, ambiente natural, organización de la comunidad, tradiciones culturales, etc.)

El contexto preocupa a todos los ámbitos de la Lingüística, especialmente a la pragmática (Van Dijk, 1978).

Greimas estudió a fondo el análisis sintáctico del relato que hacía Tesnière (1959), teniendo en cuenta las instancias gramaticales presentes en la oración gramatical (sujeto, predicado, complementos...), del que derivaban los actantes sintácticos, pero Greimas fue más allá con sus actantes semánticos al caracterizarlos como los actores fundamentales que encarnan los elementos básicos de la experiencia humana, como pueden serlo el iniciar una acción, desear algo, ayudar, oponerse o beneficiarse del desarrollo de los acontecimientos.

El modelo actancial de Greimas parte, pues, de considerar al personaje no como una identidad particular, material y psicológica, sino como el actante que alcanza su significación por el lugar que ocupa en la narración, por lo que dicho modelo, de base estructuralista, analizaría las relaciones funcionales entre los distintos actores del relato (actantes), estableciendo los nexos estructurales que puedan surgir entre ellos. En este modelo habrá un limitado número de actores actanciales, que se distribuirán también en un limitado número de categorías, que abarcan todas las relaciones funcionales posibles entre dichos actantes y los acontecimientos en los que se ven inmersos (Bal, 1990: 33).

El actante es, pues, algo más que un personaje, aunque es también un agente (persona, animal, cosa o concepto) que ejecuta acciones, que desempeña funciones o, como diría Valles (1994: 129), un ser o una cosa que participa en un determinado proceso narrativo.

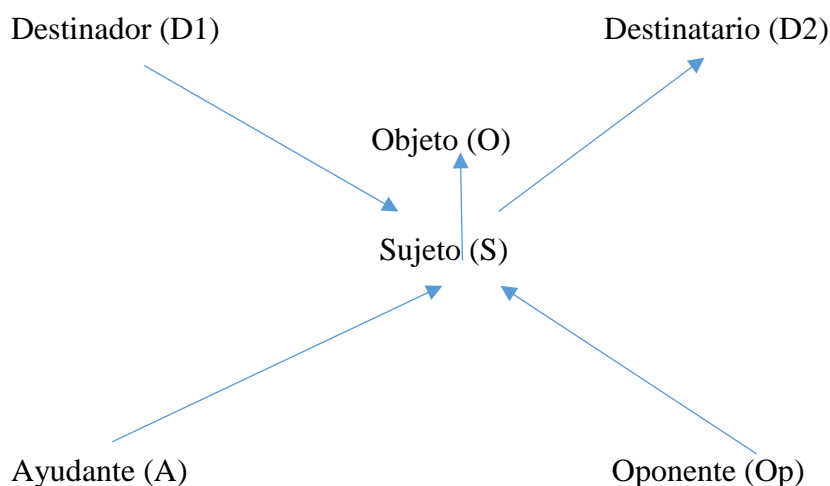
Por lo tanto, y resumiendo, el modelo actancial de Greimas propone abordar de manera diferente el análisis de los personajes atendiendo al rol que ejercen en la narración y no por sus particularidades individuales. Se trataría de analizar a los personajes por sus funciones y acciones. Barthes insiste en este salto cualitativo de Greimas, al considerar que el lingüista clasifica y describe a los personajes no en razón de lo que son, sino de en cuál eje semántico participa, en el del deseo, en el del saber o en el del poder (Barthes, 1992: 30).

En su modelo actancial, Greimas distingue seis actantes, aunque cada uno de ellos puede ser múltiple, que responden a seis roles diferenciados: Sujeto, Objeto, Destinador, Destinatario, Ayudante y Oponente, agrupados en tres ejes fundamentales. El primero

de ellos es el eje del deseo, con dos actantes que interactúan entre sí: el Sujeto que desea un Objeto. Éste es el principal eje, pudiendo considerarse a los otros dos como auxiliares de él.

El segundo eje sería el del saber o de la comunicación, con dos actantes: Destinador (agente que influye de manera decisiva en el transcurrir de los acontecimientos) y Destinatario (el beneficiario de la acción). El tercero sería el eje del poder, en el que luchan otros dos actantes: el favorecedor (Ayudante) o el que dificulta o imposibilita que el Sujeto consiga su Objeto (Oponente).

Un esquema del análisis podría ser el siguiente:



Nosotros hemos querido hacer un análisis actancial de *El eunuco* porque consideramos que ello es útil para una comprensión semántica de la complejidad de acontecimientos y personajes de la novela, donde hay multiplicidad de relaciones funcionales, aunque no somos ajenos a las críticas que ha suscitado entre prestigiosos autores (Villanueva), por lo que en otros lugares de la tesis nos acercaremos a los personajes con otras miradas que sumen al estudio de las funciones y de las acciones la idiosincrasia de los personajes en su vertiente más identitaria.

En *El eunuco* no puede aplicarse un análisis actancial único para toda la novela, sino que necesariamente hay que hacer más, cuatro de ellos porque cuatro son las partes de la novela, y otro más porque son cinco los cronotopos que podemos distinguir en ella. Habrá personajes/actantes nuevos en cada uno de ellos, por lo que la diégesis justifica análisis diferenciados.

V.2.2 El análisis actancial de “Reino de Granada”

En la primera parte de la novela (“Reino de Granada”) la mayoría de los actantes no son personajes concretos del texto, salvo en el caso del Oponente, porque todavía no han aparecido todos ellos y muchos de los que sí lo han hecho aún no han conformado su personalidad ni establecido las relaciones que se forjarán posteriormente entre ellos.

Entrando en el primer eje del análisis actancial, el del Sujeto-Objeto, vemos que el actante Sujeto es la intransigencia cristiana que se vivía tanto en Las Cuevas como en los demás reinos cristianos de la Península Ibérica, una actitud que traducía la oposición de gran parte de la población de “cristianos viejos” de aceptar que los “cristianos nuevos”, de procedencia musulmana, conservasen sus usos y costumbres tradicionales, aunque se hubiesen convertido formalmente al cristianismo.

El Objeto del Sujeto sería en este caso la expulsión de los moriscos de Las Cuevas, cosa que se consumó en diciembre de 1570. La intransigencia cristiana como actante Sujeto habría conseguido su meta de expulsar a los moriscos, el actante Objeto de esta primera parte de la novela.

El actante Destinador no podría ser otro que la Monarquía Católica más que un rey concreto, en este caso Felipe II, porque era todo un sistema el que propició que el Sujeto tuviera como Objeto, y lo consiguiese, la expulsión de quienes no encajaban en la ortodoxia católica que tenía el poder del Estado y de la Iglesia.

El actante Destinatario sería el grupo concreto de los moriscos de Las Cuevas, entre ellos la familia del que será sujeto en el resto de la novela, Yuder Pachá, entonces el niño Diego de Guevara.

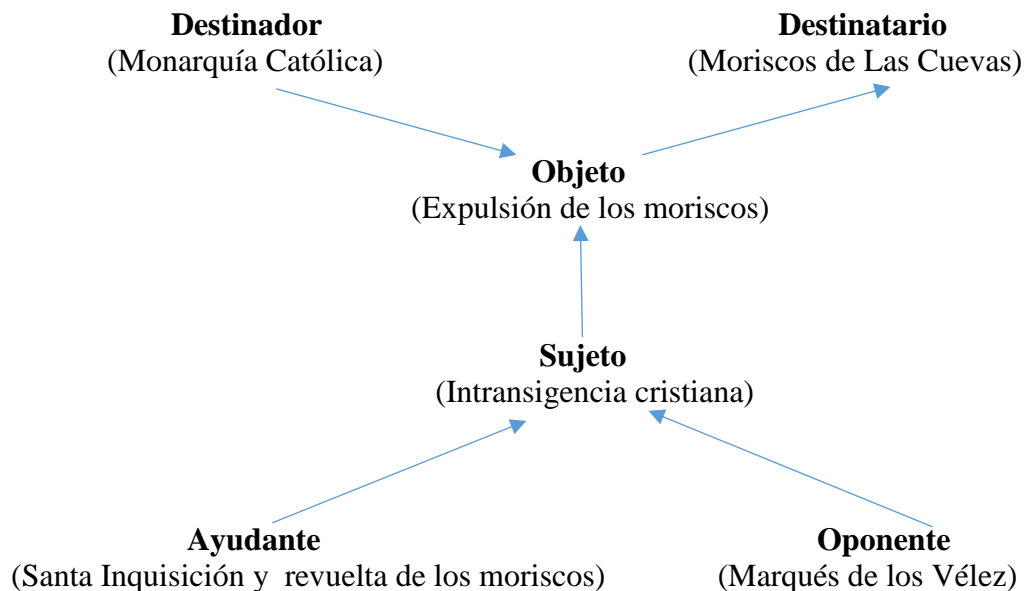
Entrando en el tercer eje del análisis actancial, el de Ayudante-Oponente, consideramos que el actante Ayudante lo serán al mismo tiempo dos elementos diegéticos de la trama: por un lado, la Santa Inquisición y, por otro, las revueltas de los moriscos.

La Santa Inquisición, que llegó a Las Cuevas en 1561, actuará como actante Ayudante del Sujeto (intransigencia cristiana) porque contribuirá decisivamente a que esa actitud se mantenga e incremente con los supuestos descubrimientos del tribunal eclesiástico de actuaciones heterodoxas de los moriscos y moriscas de la villa, lo que justificaría y legitimaría que el Sujeto pudiera conseguir su Objeto.

Un segundo actante Ayudante será la revuelta de los moriscos, en tanto que la misma alarmará a las autoridades cristianas del peligro que supone convivir con los moriscos, a los que algunos considerarán una quinta columna en suelo cristiano, en connivencia con el Turco y los piratas berberiscos, que en ocasiones era cierto. La presencia de Aben Humeya en la comarca del Almanzora, y en la misma villa de las Cuevas en 1569, será tratada en *El eunuco* como prueba de esa función que tiene el levantamiento morisco en la génesis de su expulsión (59-62).

El Oponente a esa meta del Sujeto, consistente en la expulsión de los moriscos de Las Cuevas, es el señor de la villa, Luis Fajardo, segundo marqués de los Vélez, que temía que esa medida mermara sus ingresos, quedándose sin vasallos a los que cobrar impuestos. El padre Marín se lo recuerda a Yuder en su *Memorial*, informándole de la posición interesada del marqués y de la composición étnica de la población: la mayoría de los habitantes de la villa eran moriscos, y eran preferidos por el marqués a los cristianos viejos por los oficios que desempeñaban y porque a ellos los gravaba con tributos que a estos no podía aplicar (55).

El esquema actancial sería, pues, éste:



V.2.3 El análisis actancial de “Marrakech”

En la segunda parte, “Marrakech”, el espacio de esta ciudad imperial enmarcará la trama de la novela, y será donde Diego de Guevara pasará a ser Yuder, donde transitará

de la niñez a la adolescencia y a la primera juventud. En este primer escenario diegético haremos el primer análisis actancial de *El eunuco*.

El Sujeto será indudablemente Yuder Pachá, el actante en torno al cual se estructura la narración, un actante que ejerce el rol de protagonista principal del relato. Él mismo se ocupa de afirmarlo en el primer capítulo de la novela para que el lector no se lleve a engaño, como ya sabemos (22).

El actante Sujeto desea un Objeto, que en este caso es doble y ninguno de sus elementos son personajes en concreto, sino acciones o situaciones deseables: por un lado Yuder deseará, o más bien necesitará para sobrevivir, integrarse en la corte de Marrakech y, por otro lado, ganarse el favor del príncipe Ahmed. Esos serán los objetivos que se marcará el Sujeto Yuder.

Primeramente, Yuder necesita no sentirse un extraño en el lugar a donde lo han llevado, cosa que únicamente será posible si es capaz de aprovechar la educación que se le proporcionará y lograr relacionarse con sus compañeros de estudios y de juegos, algunos de los cuales serán príncipes, mientras que él es un simple esclavo. El esfuerzo ha de ser titánico para conseguirlo, para lo cual se convertirá en un alumno aventajado que aprovechará al máximo la formación que se le da en palacio, lo que le hará introducirse en el grupo variado de niños y adolescentes de palacio, eunucos, hijos de altos funcionarios y parientes de la familia imperial, como uno más de ellos.

Yuder recordará vívidamente sus primeros momentos en el palacio de Marrakech, primero en la escuela de los eunucos, donde completará su aprendizaje del árabe y aprenderá a recitar el Corán (91). Posteriormente, se adiestrará en las distintas disciplinas militares, que eran las que prefería, como el montar a caballo, manejar armas o entrenarse en la lucha cuerpo a cuerpo (92). Y, finalmente, completará su formación en la madraza de ben Yussef (93-95). Será una educación completa que lo integrará en ese grupo de jóvenes del que hablábamos y que conseguirá que el actante Sujeto Yuder consiga la primera parte de su actante Objeto, su integración en la corte de Marrakech.

El segundo elemento del Objeto de deseo del Sujeto Yuder será ganarse el favor del príncipe Ahmed, que, aunque al principio de esta segunda parte de la novela que estamos analizando no está en Marrakech sí que lo estará al final de la misma, siendo una figura central de la vida palaciega.

Al principio, efectivamente, Ahmed estará con su hermano al-Malik exiliado en Argel, bajo la protección del sultán turco, pero tendrá un encuentro fugaz en Fez con el

niño Diego de Guevara, al que vería por primera vez con el grupo de esclavos que traía al-Dugali de Las Cuevas. El niño estaba jugando a ser militar con los soldados del corsario:

Diego de Guevara participaba en estos ejercicios entre el regocijo de los lugartenientes de al-Dugali, que no cesaban de asombrarse de la incipiente pericia de aquel niño y de su arrojo, que lo llevaba a blandir con destreza la daga contra otros niños cautivos o contra los mismos soldados corsarios.

Y en esa cuita estaban, peleando el niño y los hombres de al-Dugali ... Muley Ahmed, llevaba un tiempo observando el espectáculo, dispar por la diferencia de edad entre los supuestos combatientes, y admirando más por ello la habilidad del joven Diego. También le sorprendió su entereza y que no se dejara amilanar por personas mayores que él (44).

El príncipe querrá comprar como esclavo a Yuder, pero el corsario se negará a vendérselo porque él también se había apercebido de la valía del niño, que, a pesar de la actitud de su dueño, entrevió que su oportunidad era ligar su futuro al del príncipe. En la novela intentamos dejar claro este actante Objeto de Yuder desde las primeras páginas:

Diego comprendió al momento que se le presentaba una oportunidad como nunca para escapar a su destino de esclavo, y de nuevo, hincando la rodilla izquierda en el suelo y atreviéndose a coger la mano derecha del príncipe entre las suyas, dijo en su mejor árabe:

--- Señor, dejadme ir con vos como escudero, que quiero unir mi destino al vuestro (45)

En este encuentro y conversación vemos ya prefigurada una relación e interacción funcional entre dos actantes, que cobrará en ocasiones más importancia que la figura concreta de dos personajes, que se extenderá a otras similares. Es la importancia del establecimiento de redes de interacción funcional más que de roles concretos para el análisis actancial de un texto.

Ahmed, una vez ya en Marrakech, acompañando a su hermano el nuevo sultán al-Malik, integrará a Yuder en su círculo de confianza, tal y como lo percibió el sacerdote Diego Marín al escribir en su *Memorial*:

Pero tú [Yuder], sagazmente, he de reconocerte, supiste hacerte con la confianza del príncipe, siempre a su lado atento a sus demandas, empezándole a criticar la actitud de al-Dugali para que entendiese que tú no eras un allegado suyo, sino que, como le dijiste cuando lo conociste en Fez, querías unir tu destino a su suerte (132).

El mismo Yuder confirma a Marcos el cambio de actitud del príncipe hacia él, actitud positiva que lo hará ser un cortesano más:

El príncipe Ahmed, después de venir del Sus cambió de actitud hacia mí, gustando de mi compañía en muchas de las actividades en las que tomaba parte, tanto las oficiales como las más placenteras. Así, lo acompañé junto a otros cortesanos, en alguna recepción a principales del imperio...

Sé bien, Marcos, que un príncipe o un rey no puede ser amigo de un plebeyo o de un súbdito suyo, pero en esos meses creo que se fraguó una relación lo más parecida a una verdadera amistad entre Ahmed y yo, compartiendo ambos muchos de nuestros miedos y deseos para el próximo futuro (135-136).

El segundo elemento del actante Objeto, que era el ganarse la confianza del príncipe Muley Ahmed también lo había conseguido el actante Sujeto, aunque otro actante, muy ligado al desarrollo de los acontecimientos, el Destinador, no haría prolongada la consecución de tal Objeto, al menos por un tiempo, como veremos luego.

El actante Destinador es el príncipe Ahmed, que es quien de manera principal puede hacer que el Sujeto consiga su Objeto o que no lo haga. En el juego de relaciones que se establece entre los distintos personajes, la función del príncipe es de influir en el desarrollo de un acontecimiento en un sentido u otro. Será una especie de árbitro que interactuará con el Sujeto, interfiriendo en la consecución de su Objeto, premiándolo o castigándolo según cumpla o no sus expectativas.

Acabamos de ver el primer contacto entre Ahmed y Yuder, y cómo el príncipe, o mejor dicho su estatus y el gozar de su protección, se convierte en un elemento constitutivo del deseo del Sujeto. Por eso la función del Destinador será muy importante, porque a la vez de que como personaje es clave en la trama de la novela también lo es asumiendo la función de posibilitador o no de la consecución del Objeto por parte del Sujeto Yuder.

En un primer momento, ya con el nuevo sultán al-Malik en palacio, el Destinador (el príncipe Ahmed) premiará las aptitudes demostradas y la fidelidad de Yuder hacia él y su familia, haciéndolo gozar de su confianza y una relativa amistad, que era el Objeto de deseo del Sujeto Yuder, como hemos visto. Su manumisión y designación de pachá del sitio de Tánger (135-138) serán muestras de esa confianza y un premio a su actitud y comportamiento. Pero esta confianza se quebrará cuando el príncipe, después de la Batalla de los Tres Reyes, siendo ya el nuevo sultán Ahmed al-Mansur, abortó un golpe de Estado contra él auspiciado por el corsario al-Dugali. Creerá que Yuder seguía vinculado a su antiguo raptor y, aunque no llega a pensar que formara parte de la conspiración, sí que empieza a sospechar que existe una proximidad personal entre ambos.

El nuevo sultán, alentado por un actante Oponente (ben Zarqun), empieza a desconfiar de Yuder, recordando y dando valor a una escena del pasado cuando sorprendió a su protegido y al corsario golpista saliendo de una habitación, donde acababan de mantener una conversación reservada:

Una mañana me mandó llamar al-Dugali a una habitación reservada del palacio, con claras intenciones de mantener en secreto nuestra conversación. Lo acompañaba otro militar que yo desconocía en ese momento.

...

Al poco de salir los pachás de la estancia lo hice igualmente yo, llevándome la sorpresa de encontrármelos en el pasillo con el príncipe Ahmed. Me arrodillé y cogí la mano del príncipe para besársela, al tiempo que observé su rostro, que manifestaba su contrariedad por habernos visto salir a los tres de la misma habitación (125-126).

El Objeto en lo que respecta a éste su segundo elemento, pues, que ya se había conseguido momentáneamente, se verá truncado por esta retirada temporal del favor imperial, aunque Yuder ya había conseguido ser un cortesano más, con asunción de ciertas responsabilidades. No obstante, el Destinator Ahmed al-Mansur responderá a las sospechas que tiene del Sujeto Yuder castigándole a alejarse de la corte, aunque con un cargo menor (su exilio dorado).

El Destinatario en esta parte de la novela sería el propio Yuder y sus amigos que lo acompañaron de Las Cuevas, que siguieron un proceso semejante a él en cuanto a su conversión al Islam y acomodo en la vida de palacio: Marcos (Hakim), Alonso (Salem), Francisco (Nabil) y Pedro (Kamil).

Estos amigos de Yuder fueron claros beneficiarios de las acciones positivas del líder cuevano, todos ellos conformando el actante Destinatario de manera conjunta, siendo nombrado su amigo Marcos escribano de la cancillería del sultán, su primo Alonso Sánchez lugarteniente de la tropa que se llevaría a su exilio al valle del Draa, y Pedro de Morato y Francisco Díaz integrados como oficiales en el ejército del sultán, el primero en la guarnición de Fez y el segundo en la de Marrakech. Pero el principal Destinatario fue el propio Yuder, pues aunque consiguió que sus compañeros se integraran también en la vida de palacio y en el ejército, ello no fue con la intensidad y calidad que lo hizo él, que superó a todos en posición y jerarquía.

El tercer eje direccional del modelo actancial será el formado por los actantes Ayudante y Oponente, una pareja de elementos que actúan facilitando, en el caso primero, o dificultando en el caso segundo, la meta del Sujeto de alcanzar su Objeto. De esta manera favorecerán o entorpecerán el que los acontecimientos se desarrollen de una determinada manera.

Respecto al actante Ayudante en *El eunuco* éste viene representado por cuatro personajes: el sacerdote Diego Marín, la princesa Lalla, el chambelán Ammar al-Fata y el corsario al-Dugali, aunque este último en un momento dado se transformará en actante oponente.

El sacerdote Marín será ya desde Las Cuevas un apoyo esencial de Yuder para conseguir sus objetivos en esta etapa de su vida, en cuanto que, como su primer preceptor, guiará su formación y su evolución personal hacia la vida adulta. El presbítero se lo recuerda en el *Memorial* que el propio Yuder le encargó que redactara:

El corsario atendió a mi súplica de acompañarte, más que por generosidad por las monedas de oro que le di, guardadas en uno de los bolsillos de mi traje de clérigo, que conservé durante todo el trayecto en el barco. También, supongo, porque me consideraría útil para mantener cierta disciplina en los niños habida cuenta de mi conocimiento del árabe, lo que me permitiría transmitirles las órdenes que me dictasen para ellos. Y así fue como me convertiría en una especie de ayo para algunos de vosotros, especialmente para ti, a lo que luego siguió el papel de preceptor encubierto... (39).

Diego Marín como actante Ayudante seguirá aconsejando a Yuder sobre sus relaciones con personajes de la talla de al-Dugali, previniéndole que le puede traer problemas, y que dificultará su objetivo de integración en la corte y de ganarse el favor del príncipe Ahmed:

--- Yuder, ten cuidado con al-Dugali, que puede arrastrarte con él al precipicio. Ya has visto cómo el príncipe ha reaccionado al verte con él. Mejor que ligan tu suerte al sultán y a su hermano, y no a este corsario.

--- Bien lo sé, padre --- me respondiste ---, que trato de vadear las corrientes que se oponen entre sí sin dejarme arrastrar por ellas (130).

La princesa Lalla será el actante Ayudante más determinante en la consecución del Sujeto de su objetivo de integración y de entrar en el círculo de la familia imperial, por su posición privilegiada en la corte. Será el núcleo actancial en el que confluirán las actuaciones de otros actantes Ayudantes, como el padre Marín y al-Dugali y el actante Destinador Ahmed, que conforman un nudo entrelazado de funciones determinantes del desarrollo de los acontecimientos.

En el primer encuentro de la princesa con Diego Marín ésta expondrá de forma clara ese complejo relacional:

--- Mi hijo Ahmed me ha hecho llegar a través de sus agentes su interés por la formación de vuestro pupilo Diego de Guevara, pues parece ser que en Fez le asombró su gallardía. Mis eunucos de confianza propiciarán que se forme también en la escuela de los príncipes y de que se adiestre como soldado y en tareas

administrativas. Además, el alcaide al-Dugali ha mostrado también su interés por el muchacho y ha procurado que esté a mi servicio. Eso allanará mucho las cosas porque el corsario goza de la confianza del sultán [Al-Mutawakkil] (89).

La princesa será, efectivamente, el actante Ayudante más importante en la consecución del Sujeto Yuder de su Objeto, lo orientará hacia esa meta, al tiempo que tendrá que neutralizar la función limitadora del actante Oponente.

Para hacer posible esta función de actante Ayudante, la princesa acogerá a Yuder en sus habitaciones privadas del palacio como paje, al tiempo que procurará para él una formación integral que le capacite para el cumplimiento de su objetivo. El padre Marín desde que Lalla aparece en escena compartirá con ella su labor de tutoría:

Pero la princesa, que cuidaba de tu formación conmigo, te apremió a que también aprendieras cuestiones administrativas, nociones de cálculo y estrategia militar, porque en la corte no estaban, la mayor parte de las veces, muy delimitadas las jerarquías civiles y las de la milicia (118).

Un chambelán de la corte, Ammar al-Fata, natural también de Las Cuevas, será, igualmente, un aliado de Yuder, favorecedor de que consiga sus objetivos. Es otro actante Ayudante en ese lazo de relaciones funcionales actanciales. Diego Marín comprende cuando lo conoce que los protegerá tanto a él como a Yuder:

Comprendí que al-Fata no era uno de los hombres de confianza de al-Mutawakkil, pero que quizás podríamos contar con él los desheredados que acabábamos de llegar a Marrakech (74).

El raptor de Yuder, al-Dugali, empieza como actante Ayudante del sujeto, en tanto que, cuando lo deja en el palacio de Marrakech, procura que adquiera la educación oportuna y facilita que el padre Marín siga siendo su preceptor, cosa que pacta con el Gran Chambelán (47-48).

El actante Oponente es doble: en primer lugar lo será ben Zarqun, militar morisco de la confianza de los sultanes hermanos al-Malik y al-Mansur; en segundo lugar estará al-

Dugali, que cambiará de función de actante Ayudante al de Oponente cuando conspire contra el actante Destinador Ahmed.

El sultán al-Malik, nada más subir al trono, nombró a ben Zarqun jefe máximo del ejército, el cual, desde el momento en que conoció a Yuder se convirtió en su enemigo. Diego Marín se lo recuerda en su *Memorial*:

Desde el principio, Yuder, percibí que ben Zarqun no simpatizó contigo, quizás porque te consideró un rival nada más conocerte, por tu juventud, capacidad de influir en los demás y apoyos en la corte (129).

Ben Zarqun se convertirá en actante Oponente al Sujeto Yuder, un verdadero obstáculo para que éste consiga su Objeto. Proclamado Ahmed al-Mansur nuevo sultán, éste nombrará pachá de Fez al enemigo de Yuder, que no cesará en su función de intoxicar al soberano con infundios acerca de una supuesta participación suya en la conjura de al-Dugali, predisponiendo al sultán contra él. Pero los actantes Ayudantes intentarán neutralizar la función obstaculizadora del actante Oponente, y tanto la princesa Lalla, como el padre Marín y el nuevo Gran Chambelán, Ammar al-Fata, prevendrán al sultán de la acción de obstaculizar permanente de ben Zarqun, que temporalmente ha logrado su propósito de que el soberano retire parcialmente su inicial confianza a Yuder, aunque no hasta el punto de arrestarle o ejecutarle como si hizo con otros lugartenientes moriscos del corsario al-Dugali, sino que se limitó a exiliarlo, aunque con mando militar y administrativo, al valle del Draa.

Será la propia madre del sultán quien transmita al Sujeto la ambivalencia hacia él de su hijo y el cargo menor que le ha asignado, en cuya decisión todos los actantes Ayudantes seguramente habrían intervenido:

--- Mi hijo el sultán te sigue teniendo aprecio, Yuder, y no va a proceder contra ti como algunos le aconsejan. Valora tu trayectoria, aunque hasta ahora corta por tu edad, pero provechosa en la milicia y en la gestión del campamento de Tánger, al tiempo que recuerda tu lealtad y entrega a su persona cuando fuiste a rescatarlo a Tarudant.

--- Me tranquilizáis, señora --- le respondiste, Yuder.

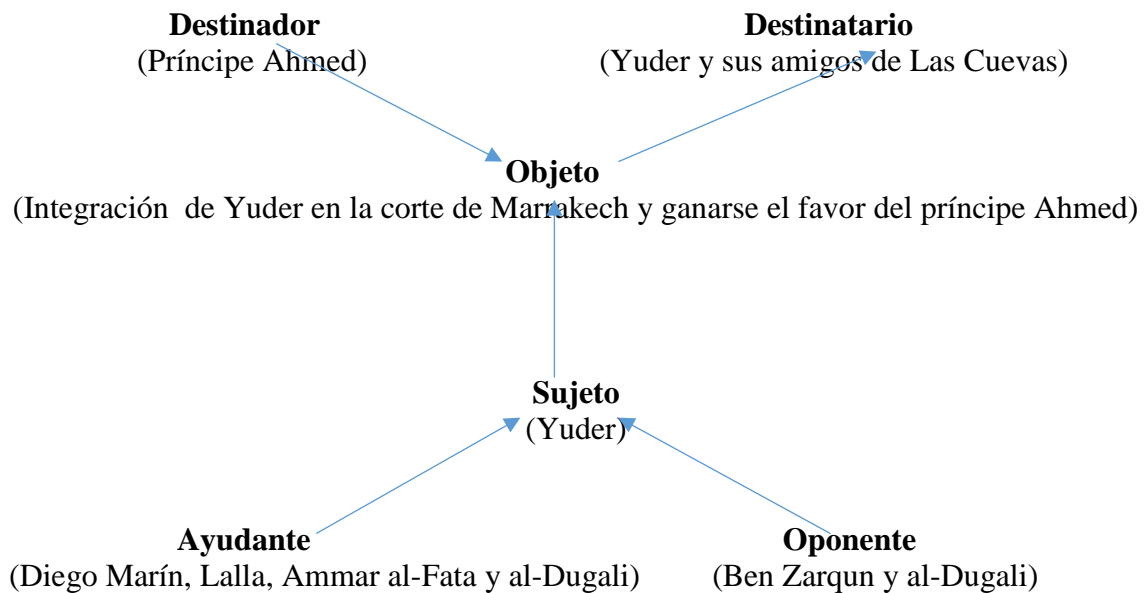
--- El sultán te quiere dar otra oportunidad, aunque no sea aquí en palacio.

--- Le serviré donde él disponga --- atinaste a contestarle.

--- Te encargarás de formar a los niños y jóvenes portugueses hechos prisioneros en Alcazarquivir, tanto militar como religiosamente, auxiliado por lugartenientes de tu confianza y ulemas que encontrarás en tu destino (156-157).

Al-Dugali, que ha ejercido una función como Ayudante del Sujeto Yuder cuando lo condujo a Marrakech procedente de Las Cuevas, al llegar el príncipe Ahmed a la corte se convertirá en un actante Oponente de los deseos del Sujeto Yuder, intentando separarlo de la influencia de Lalla y del favor de su hijo, logrando que éste desconfíe de su protegido. Con su actuación, el actante ben Zarqun conseguirá que el Objeto (el favor de Ahmed) del Sujeto en cierta manera se trunque.

Veamos el esquema actancial de esta segunda parte de la novela:



V.2.4 El análisis actancial de “El exilio dorado”

La tercera parte de la novela –“El exilio dorado”- ha sido para nosotros la menos importante de la obra, con tan sólo ocho capítulos que ocupa escasamente un 10% del total del texto. Los acontecimientos que ocurren en el intervalo temporal que abarca esta parte (once años) están poco documentados, por lo que hemos recurrido a la figura

narrativa de la elipsis en dos ocasiones, que cubre cuatro años de silencio en la vida de Yuder. No obstante, cabe hacer también en esta parte de la novela un análisis actancial de la narración, aunque menos rico en actantes por el mismo hecho de referirse a un periodo de tiempo un tanto ignoto.

Empezando con el primer eje direccional, consideramos que el actante Sujeto es indudablemente Yuder Pachá, el protagonista de esta historia novelada en torno al cual girarán los acontecimientos que se relatan. Las causas de su exilio se las recordará su amigo Marcos en la primera carta que le escriba en su nuevo destino, en la que quedarán nítidamente expuestos los motivos del monarca para exiliarle, así como lo relativo a las características de la pena impuesta:

A los pocos días de marchar tu comitiva hacia el sur procuré entender las razones de tu nuevo destino. Los cortesanos que no te quieren bien, los afines a nuestro paisano ben Zaqun, hablaban abiertamente de que te han exiliado por tu connivencia con al-Dugali. De sobra sé por ti mismo lo difícil que te fue mantener tu lealtad hacia el sultán, ¡Alá le dé larga vida!, al mismo tiempo que mantener la cortesía debida a nuestro raptor, que también veló, aunque seguramente de manera interesada y torticera, por nuestra formación en palacio, especialmente por la tuya. Pero, tristemente, la calumnia repetida muchas veces causó mella en el ánimo de nuestro señor al-Mansur, que, para contentar a esta facción de la corte y no castigarte como querían, optó por alejarte de Marrakech pero manteniéndote el rango de pachá y ciertas atribuciones de mando (167-168).

El actante Objeto es doble: la recaudación de impuestos (zakat, alcabalas, gabelas y el de capitación y el jarach para los infieles) y el adiestramiento de los jóvenes cautivos de Alcazarquivir. El sultán al-Mansur exiliará a Yuder al valle del Draa, en la región del Sus, con ese doble objetivo, que se refleja bien al final de la parte segunda de la novela, igual que al principio de ésta, como acabamos de ver, cuando el escribano Hakim le habla de su primer objetivo: la recaudación de impuestos, y de los problemas que tendrá para ello debido a la negativa a pagarlos de las tribus bereberes que habitaban la región:

... Sus habitantes son en su mayoría bereberes, que tienen por orgullo ser los primeros pobladores del territorio imperial, lo que les hace mostrarse rebeldes al

poder del majzen, aunque de sus entrañas surgiera la familia que hoy ocupa el trono de Marrakech. Su rebeldía, su no sometimiento al poder que emana del diwán del sultán, los hace ser considerados como gente insumisa al orden y a la ley, lo que en la corte llaman bled es-siba.

Y uno de los gestos que muestra mejor la resistencia de estos bereberes al poder del majzen es su oposición a pagar los impuestos. Por eso el sultán te ha encomendado la tarea de cobrarlos, para demostrar a tus adversarios que eres capaz de hacerlo. Es como darte una segunda oportunidad, que tienes que aprovechar para recuperar el favor imperial, demostrarles a todos los cortesanos que eres un buen administrador al servicio del califa (168).

La recaudación de impuestos será, pues, el primer objetivo del Sujeto, pero asociado estrechamente a la sumisión de estas tribus rebeldes (*es-shiba*) al poder del *majzen* (administración imperial). Este propósito será el actante Objeto, compartido con un segundo objetivo de nuestro protagonista como era el adiestramiento de los jóvenes cautivos de Alcazarquivir, en la Batalla de los Tres Reyes. El propio Yuder lo recuerda en sus *Confesiones* en la Sahena:

De entre estos cautivos portugueses el sultán escogió ochenta niños menores de quince años, la mayoría de ellos jóvenes nobles y sus pajes y servidores, y me los asignó para que me acompañaran al Draa con el fin de que los educara en la fe islámica e hiciera de ellos verdaderos soldados que luego utilizaría en su ejército (171-172).

El Sujeto Yuder conseguirá las dos metas que le impuso el actante Destinador (al-Mansur) de manera satisfactoria. Lo recordará al final de su vida en la cárcel:

Me reconfortaron las palabras del cheik de la zauia, Marcos, porque expresaban que uno de mis cometidos en la región se estaba logrando, como era la extensión de los dominios de nuestro señor al-Mansur en el valle, así como la consiguiente recaudación de impuestos. Cada año enviaba una cantidad mayor de oro a Marrakech, y sé por ti que ello placía extraordinariamente al sultán y a su secretario del Tesoro, el judío Jacob Rute (185).

Igualmente, el segundo elemento del actante Objeto, el adiestramiento de los jóvenes de Alcazarquivir, también será recordado adecuadamente por el Sujeto:

Concluido el té, nos interrumpió el ulema encargado del adoctrinamiento de los infantes portugueses, ya menos de los que traje porque algunos de ellos habían sido rescatados por sus familiares de Portugal. Me informó del avance de la enseñanza y de las muchas conversiones sinceras al Islam que me hicieron retrotraerme a nuestro propio proceso de conversión (187).

Respecto al segundo eje direccional, el actante Destinador es claramente el sultán al-Mansur, que es quien ordenará a Yuder partir al exilio a su nuevo destino, una acción mitad castigo mitad degradación del favor imperial, pero por ello con la posibilidad de volver al entorno palaciego.

El actante Destinatario es doble también, correspondiéndose con los dos elementos del actante Objeto. Por un lado, el *majzen*, que se beneficiará del éxito del objetivo primero del sujeto en cuanto que la hacienda imperial aumentará sus ingresos; y, en segundo lugar, otro actante Destinatario será el grupo de infantes portugueses, que, adquirida su formación, podrán ser rescatados por sus familias o integrarse en el ejército marroquí.

Entrando en el tercer eje actancial, el actante Ayudante es doble también: el escribano Hakim al-Andalusí, su amigo Marcos, y el cheik Abu Hafs ben Ahmed.

El amigo de la infancia de Yuder, Marcos o Hakim, a través de sus cartas le informará de la vida de la corte, de las disposiciones imperiales y de todo aquello que le pueda afectar, ejerciendo una clara función de apoyo a la consecución de sus objetivos. Este apoyo permanente fue una de las causas que motivó que Yuder, antes de salir de Marrakech, propiciara el nombramiento de su amigo de escribano de la cancillería imperial. Así lo reconoce el recién nombrado escribano, al igual que la complicidad establecida entre ellos:

Mi puesto como escribano en la secretaría del Gran Visir hace que mis ojos y mis oídos estén en muchas ocasiones en aquellos lugares donde se hablan y deciden las cosas que afectan al imperio. También puedo hacer que los portadores de correos de los que dispone el diwan para comunicarse contigo y

otros pachás y generales te lleven mis misivas, cumpliendo así lo pactado entre nosotros (167).

El segundo actante Ayudante será Abu Hafs ben Ahmed, el cheik (jefe espiritual) de la cofradía religiosa de la zauia de Tamegrut, en donde residirá el Sujeto en todo el tiempo de su exilio. Un hombre santo muy importante que ayudará a Yuder a cumplir su Objeto por la influencia que tenía en la población, la ascendencia sobre el sultán y por propiciar que la zauia sea un lugar idóneo para la formación de los infantes portugueses. Diego Marín informará a Yuder, en la primera carta que le escribe, de la influencia del cheik y de su recomendación de que logre su favor:

Te exhorto, al igual que sé que ha hecho Marcos Sánchez, a que te granjees la amistad del cheik de la zauia [Abu Hafs] porque su ascendencia sobre el sultán es considerable, y porque te abrirá el camino a las tribus insumisas del Draa (181).

La consecución satisfactoria de su Objeto por parte del Sujeto Yuder agrada al sultán, volviendo a devolverle la confianza que antaño tenía en él. El Ayudante Hakim le escribe a su amigo, el Sujeto, del cambio de actitud que percibe en el Destinador (el sultán), hacia él, cambio motivado tanto por el cumplimiento de las metas que le impuso como por el apoyo de Ayudantes como Abu Hafs, con claros beneficiarios de ese buen hacer, como los actantes Destinatarios de la hacienda imperial (con la sumisión aparejada de las tribus de bereberes insurgentes) y los infantes portugueses. El texto de la carta expresará sintéticamente el nudo interfuncional de los actantes del relato de esta parte:

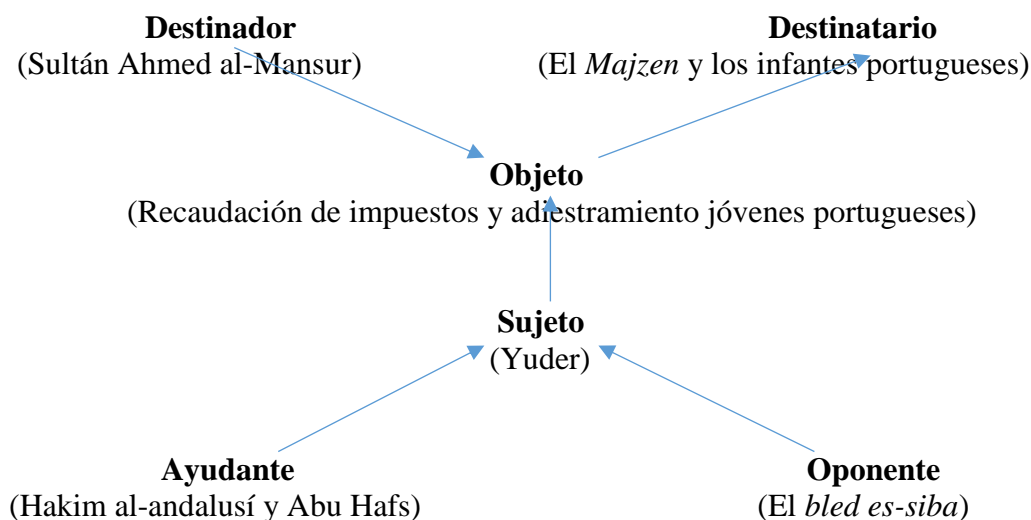
Nuestro señor al-Mansur, ¡Alá lo conserve muchos años!, está muy satisfecho con tu labor en el trabajo que te encomendó, no sólo por el oro que le reportas, sino también por el sometimiento que has hecho de algunas aldeas hasta ahora insumisas al poder del majzen. Son varias veces las que le he oído hacerle comentarios al Gran Visir elogiosos hacia ti, tanto como recaudador de impuestos como jefe militar.

Creo que también ha contribuido a mejorar su opinión sobre ti, cosa que me ratificó nuestro maestro Diego Marín, el observar la educación recibida por los

infantes portugueses que han regresado de Tamegrut a Marrakech para ser rescatados por sus familiares. Sorprendí a un ulema muy valorado por el sultán decirle que los jóvenes portugueses eran ya unos verdaderos musulmanes, refiriéndose a ti como el artífice de su conversión al Islam. Las misivas del cheik de la zauia, Abu Hafs, han contribuido también mucho a esa nueva valoración del sultán hacia tu persona (197).

En el nudo interfuncional del que hablamos faltaría, aunque se alude a él implícitamente, el actante Oponente, es decir, las tribus rebeldes del Draa, que constituirían el *bled es-siba*, que tratarían de imposibilitar el objetivo de Yuder de someterlas al poder imperial y cobrarles los impuestos oportunos, pero que fracasaron en su intento obstaculizador. Esta imposibilidad de impedir el éxito del sujeto supondrá un camino abierto para que Yuder se reintegre en la corte de Marrakech.

El análisis actancial de esta parte resumirá los nexos relacionales a los que hemos hecho referencia:



V.2.5 Análisis actancial de “De Marrakech a Tombuctú”

La cuarta parte de la novela –“De Marrakech a Tombuctú”- es quizá la más importante, porque se centra en la conquista del antiguo Sudán, y en sus consecuencias, por parte de Yuder Pachá y de su ejército, lo que lo convertirá en un personaje histórico de relevancia. En esta parte, como epílogo, también cabe distinguir una subparte referida a la vuelta de Yuder a Marrakech, llamado por el sultán para que le ayude a solucionar la crisis dinástica que prevé suceda tras su muerte. Ello requerirá un último análisis actancial.

En el primer eje actancial de esta parte, el Sujeto volverá a ser Yuder, indudablemente el personaje indiscutible de la diégesis, que será quien determine con sus acciones y actitudes, por encima de otros actores, el desarrollo de los acontecimientos en este espacio físico de la Curva del río Níger.

El Objeto lo será triple, por un lado, la conquista del imperio songhai, y, en paralelo, la constitución del pachalato de Tombuctú, cosas ambas ordenadas expresamente por el soberano marroquí, pero el Sujeto añadirá un nuevo objetivo cuando consiga el primero, que será el recrear su patria originaria de al-Ándalus y Las Cuevas en las orillas del Níger. Yuder buscaba ya una tierra definitiva para su gente, los moriscos y militares de su ejército de ocupación, que darán lugar a una nueva etnia, los *arma*, fruto del mestizaje de ellos mismos y las nativas de la región.

La primera de las metas del actante Objeto es la conquista del Songhai, posible tras la derrota del soberano sudanés, el askia Isaq II, en la batalla de Tondibi el 12 de marzo de 1591 (233-238), a la que siguió la toma de Gao (239-244), la capital del imperio, y la de Tombuctú, la ciudad santa y centro neurálgico del comercio y la sabiduría de la región (249-252).

El Sujeto cumplirá su objeto de vencer a los songhai, pero al Destinador (el sultán al-Mansur) le molestará su propuesta de entablar conversaciones con el askia derrotado y de ensayar con él una vía diplomática. El escribano Hakim le contará a Yuder en una carta, en la que transcribe la conversación pertinente, la cólera del monarca y la nueva retirada de su confianza al Sujeto en cuestión:

--- ¡Este Yuder es un traidor! Ya me aconsejasteis algunos que no lo enviara al frente del ejército ---empezó diciendo el sultán---. ¿Cómo se ha atrevido a hacer suya semejante propuesta de paz? ...

--- ¡Ha permitido al askia reorganizar su ejército y reponer fuerzas! Yuder tenía que haberlo perseguido hasta el fin del mundo y darle muerte. Ha sido una operación frustrada ---sentenció ben Zarqun (265)....

--- Mi primera decisión es destituir a Yuder como comandante en jefe de nuestro ejército en el Songhai, aunque le mantendré su rango de pachá como general victorioso que ha sido y los servicios que en el pasado me hizo. Tú, ben Zarqun, lo sustituirás, y partirás de inmediato a Tombuctú para hacerte cargo del ejército y hacer del Songhai una nueva provincia del imperio. Ya se ha acabado el tiempo de las negociaciones, persigue al maldito askia hasta acabar con él y conquista todo el Sudán para mí (266).

No obstante, el Destinador no puede ocultar la victoria objetiva del sujeto, y tiene que comunicarlo a los notables del imperio, de lo que se hace eco el escribano en la misma carta:

--- Os vengo a anunciar, notables de Marrakech, la victoria de nuestro ejército, comandado por el pachá Yuder, sobre las huestes del pérfido askia del Songhai. Y, como me pide al-Fisthali, quiero también comunicar la noticia a los jefes, jurisconsultos y a todos los notables de Fez, junto a los reinos vecinos, para que sepan de nuestra gloria (268).

Pero el sultán, siguiendo su tónica habitual con Yuder de premio-castigo, ahora lo castigará relevándolo del puesto de pachá de Tombuctú, sustituyéndolo por su antiguo enemigo ben Zarqun, aunque le mantenga el rango militar, una actitud característica de al-Mansur en esa relación funcional Sujeto-Destinario.

La segunda meta del Sujeto, parte del actante Objeto, será la constitución del pachalato de Tombuctú, que Yuder iniciará tras la derrota del soberano sudanés. Será una estructura político-administrativa y militar que convertirá al antiguo imperio songhai en una parte del territorio marroquí, como un protectorado dependiente de Marrakech. Ello lo hará el actante Sujeto con su antiguo contrincante, ben Zarqun, que le sucederá como segundo pachá de la nueva provincia marroquí, y que ahora no tendrá la función de ser su Oponente, porque el Sujeto no será ya su rival en un terreno hostil para los dos, sino que su cooperación será necesaria. El sujeto describirá a Nana la turca

en una carta cómo se ha materializado la constitución del pachalato y su nueva relación con ben Zarqun:

He de reconocerte, Nana, que el pachá ben Zarqun, a pesar de su arrogancia y de su falta de habilidad diplomática, es un buen militar (275)...

El pachalato se va configurando por el sur en torno al Níger, desde Djenné a Koukya, más abajo de Gao; y por el norte llegando hasta Arauán. Y aunque en estos momentos la prioridad es la guerra, tenías razón, Nana, cuando me decías en tu carta que ben Zarqun convino conmigo, cuando entró en Gao, la constitución de una estructura central de gobierno similar al diwán de Marrakech, el tibshat.

He de reconocerte, Nana, que el que los dos supiéramos las intenciones del sultán de cómo construir el armazón de la nueva provincia del Sudán, facilitó nuestro acuerdo a la hora de configurar la estructura del pachalato. Como eran dos sus grandes objetivos, la conquista y la recaudación de impuestos, quería también una estructura política con dos cabezas, el pachá y el amín, poderes casi iguales que se controlarían el uno al otro, aunque nominalmente el pachá sería el representante principal del sultán en el Sudán, su gobernador y el comandante de su ejército, mientras que el amín sería el tesorero de la provincia.

En cuanto a la organización del ejército, ben Zarqun y yo teníamos una formación militar parecida, y nos entendimos rápidamente. La estructura piramidal que iba desde el pachá como comandante en jefe a los lugartenientes y caídes era algo que compartíamos (276).

Pero un tercer componente del actante Objeto, éste no encargado por el Destinador, será la recreación de al-Ándalus y Las Cuevas en la Curva del Níger. Yuder expresará por primera vez este deseo que empieza a nacer en él en la última carta que le escribe a Hakim antes de regresar a Marrakech desde su exilio:

Salem, mi primo Alonso, va más allá de esta apreciación de Nana, y sueña con llegar al otro valle del río de los negros para hacerlo nuestro y encontrar allí nuestra morada definitiva. Le digo que está loco y me río de sus sueños, pero, poco a poco, observo que los comentarios de Nana y de Salem están causando

mella en mi ánimo y que empiezo a vislumbrar que ese valle sudanés pudiera parecerse al nuestro del Almanzora (204).

El actante Destinatario es doble: por un lado, el imperio marroquí, que ve expandidas sus fronteras hacia el sur con la victoria de su ejército sobre los songhai, y, por otro, los moriscos y militares del sequito del conquistador, que se verán premiados con tierras y el ejercicio de oficios, intentando recrear la patria de la que procedían. Es lo que intenta al menos el Sujeto y, como tal, se lo cuenta a su amigo el escribano en una de sus cartas, en la que también le habla de la nueva etnia creada por el mestizaje de los suyos con las mujeres de la región:

Prosiguiendo con mi idea de asentar definitivamente a nuestros compatriotas en esta tierra, he procedido a licenciar a un centenar de nuestros soldados más veteranos aprovechando que el pachá Mansurico trajera con él soldados más jóvenes que los nuestros, que han reemplazado a los que yo jubilé. En premio a sus servicios he hecho lotes de tierras fértiles pertenecientes a los nativos insurgentes y las he distribuido entre nuestros curtidos soldados. La mayoría de las tierras están junto al río, fecundadas por sus aguas, en donde se cultivan cereales, arroz y multitud de verduras.

Otros de nuestros veteranos han preferido dedicarse a la ganadería, criando ovejas, cabras o vacas y bueyes en otras tierras de pastos requisadas a nativos songhai partidarios de los askia. También los hay, sobre todo en los núcleos urbanos, dedicados a los trabajos artesanales, sobresaliendo especialmente los sastres, que elaboran los primorosos bordados al estilo marroquí, y los dedicados al cuero y a la tintorería, así como los fabricantes de sandalias y alpargatas. Poco a poco los sudaneses van viendo crecer con ellos un nuevo grupo humano fruto del mestizaje entre los que vinimos y los que aquí estaban. Ya empiezan a dejar de llamarnos marroquíes para llamarnos arma (287-288).

En el tercer eje actancial, nos encontramos como Ayudante a Nana la turca y a los intelectuales tombuctianos Ahmed Baba y Mohamed Bagayoko. La primera, una esclava regalada por la princesa Lalla y convertida en su amante, ayudará al Sujeto siendo su confidente y poniéndole al tanto de lo que acontece en Tombuctú, de donde él ha sido desplazado a Gao por su antiguo Oponente, que ya no lo es, ben Zarqun. Ella

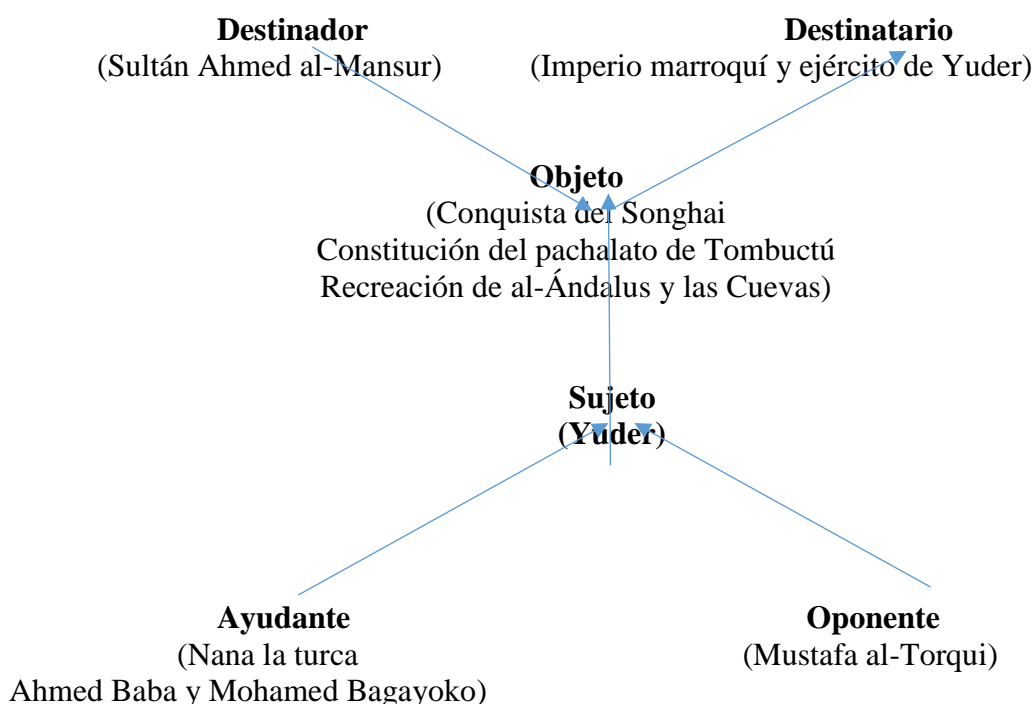
misma lo reconoce así cuando le dice: *Seré tus ojos y tus oídos en esta ciudad, al igual que Marcos lo es en Marrakech* (p.271).

Los sabios Ahmed Baba y Mohamed Bagayoko introducirán a Yuder en el mundo tombuctiano, en la sociedad sudanesa, con lo cual su labor pacificadora, que tendría que venir tras su victoria, resultará más exitosa (253-257).

El actante Oponente será Mustafa al-Torqui, uno de los diez generales que acompañaron a Yuder de Marrakech a Tombuctú, y que también lo hizo con ben Zarqun cuando éste llegó a la ciudad sudanesa a hacerse cargo del pachalato. Mustafa ahora sería nombrado caíd de la capital, relegando a Yuder a Gao, aunque también con el cargo igualmente de caíd. En Tombuctú retendrá a Nana y maniobrá contra Yuder, jugando el papel que en otro tiempo hiciera ben Zarqun. Yuder recordaba que ya en la ciudad imperial recelaba de este general, y se lo confiesa a Marcos en la cárcel al final de sus días:

Comprendí entonces, Marcos, la actitud siempre recelosa conmigo de al-Torki, uno de los diez generales que me acompañaron en la travesía desde Marrakech, porque supuse que era en la corte un allegado de ben Zarqun y que éste seguramente lo habría incluido entre mis oficiales para que lo tuviera informado de mis movimientos (260).

El esquema actancial de esta parte sería el siguiente:



V.2.6 Análisis actancial del final de la novela

Como decíamos antes, en la cuarta parte de la novela cabe hacer un segundo análisis actancial del final de ella, porque los acontecimientos se van a precipitar a partir del momento en que Yuder es llamado por el sultán a Marrakech para que le ayude a atajar las luchas fratricidas que piensa que sus hijos van a emprender entre sí en cuanto él muera, para heredar su trono. Será un final abrupto de la novela, en el que funcionalmente hay un rico entrecruzamiento de actantes, ya en un corto periodo de tiempo.

El actante Sujeto volverá a ser Yuder y el Objeto la encomienda que le hace el sultán de ayudarle en la resolución del conflicto familiar que se avecina en la corte imperial. Yuder le resume a su amigo Marcos la misiva que ha recibido de al-Mansur marcándole su objetivo:

En su misiva alude a que necesita mis servicios en la corte para que le ayude en la resolución de los conflictos que prevé tendrá pronto con sus hijos, todos ellos muy intrigantes, sobre todo el mayor, ech-Cheikh al-Mamun. Confía en que mi experiencia le será provechosa para mediar entre ellos, pues todos ellos saben de mi lealtad al Trono y a su familia (308).

Pero, el Sujeto será incapaz de conseguir su Objeto, el fin de las luchas fratricidas, que, iniciadas en vida de al-Mansur, continuarán después de su muerte hasta el fin de la dinastía saadí cincuenta años más tarde.

El actante Destinador es también el sultán Ahmed al-Mansur, que recibirá solemnemente al Sujeto en la corte de Marrakech, manifestando a todos su renovada confianza en su persona. Vuelven a entrelazarse Sujeto, Objeto y Destinador en un complejo relacional ya conocido: el Sujeto recibirá la encomienda de conseguir el Objeto que le ha consignado el Destinador (Yuder, su meta y al-Mansur).

El narrador omnisciente de la novela refleja el parlamento del actante Destinador (al-Mansur) con el Sujeto (Yuder), pero en realidad con toda la corte presente, marcándole el Objeto que persigue, relacionado con su nombramiento de jefe del ejército: poner fin a las luchas fratricidas:

--- La constancia, Yuder, ha sido una de tus mejores virtudes y hombres como tú son los que necesito, porque constante ha de ser nuestra labor para poner orden en los asuntos del gobierno. Sabed todos--- y se dirigió a la concurrencia --- que el pachá Yuder goza de toda mi confianza y que lo he llamado a Marrakech para que sea el comandante de mi ejército. Nadie como él tan leal al Trono y a mi dinastía (324).

El actante Destinatario es el futuro del imperio o, más bien, de la dinastía saadí, porque en función del cumplimiento o no del Objeto marcado por el Destinador así será el devenir de la familia en el trono marroquí.

En el tercer eje direccional del análisis tenemos que situar a los hijos del sultán y a uno de sus nietos, uno de ellos ayudando al sujeto a cumplir el mandato del Destinador y los otros tres oponiéndose al mismo.

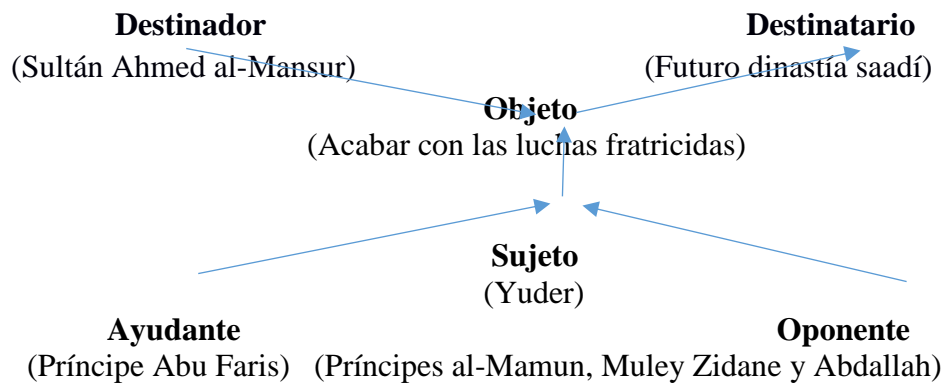
Vistos los primeros movimientos de sus hijos, al-Mansur decidió desheredar del trono a su primogénito, al-Mamun, en favor de su segundo hijo, Abu Faris, amigo desde joven de Yuder, al que apoyará como actante Ayudante a cumplir el encargo de su padre, que no era otro que garantizarle que a su muerte haría todo lo posible para que fuera él el que lo sucediera como sultán.

Pero, a pesar de esta designación, al-Mansur era muy pesimista con respecto a todos sus hijos sin excepción, no encontrando a ninguno de ellos digno de sucederle. El mismo sultán se lo confiesa a Yuder tras su recibimiento en la corte (325).

Muerto al-Mansur a causa de la peste, y desencadenadas las luchas fratricidas, Yuder como Sujeto intentará que éstas se resuelvan a favor de Abu Faris, a lo que se opondrán beligerantemente en diferentes momentos sus hermanos al-Mamun y Muley Zidane, y el hijo de este último, el príncipe Abdallah, todos ellos convertidos en el actante Oponente del Sujeto Yuder, lo que imposibilitará que cumpla el objetivo que le marcó el Destinador.

Abdallah acabará apresando a Yuder y a los caídos y más estrechos colaboradores de su abuelo, ejecutándolos después, terminando también al cabo de poco tiempo la dinastía saadí de reinar en Marruecos.

El esquema actancial será el siguiente:



V.3

PERSONAJES SINGULARES HISPANOS ANTERIORES A YUDER PACHÁ EN LA CURVA DEL NÍGER

Yuder Pachá no es el único protagonista de la novela, ni tan siquiera lo son aquellos otros personajes contemporáneos suyos, con muchos de los cuales interacciona en ella mediante diálogos o cartas, sino que intentamos poblar los espacios en los que vivió nuestro protagonista principal con personas singulares que estuvieron allí antes que él temporalmente, especialmente en la Curva del Níger, y que conformaron de alguna manera la idiosincrasia de esos lugares, en cuanto que contribuyeron a la forja de su identidad.

Efectivamente, desde el siglo XII está acreditada la presencia de hispanos y andalusíes en la Curva del Níger según los reinos cristianos de la Península Ibérica avanzaban hacia el sur, obligando a muchos musulmanes peninsulares a abandonar sus tierras y a exiliarse hacia el norte de África, donde muchos de ellos llegaron, como veremos, a la sabana sudanesa.

En otro lugar hemos tratado exhaustivamente sobre ese éxodo (Llaguno, A., 2006: 217 y ss.), que en ocasiones fue de grupos humanos más o menos numerosos, que llegaron a fundar poblados entre los meandros del río Níger o se integraron en otros ya existentes. Y en otros momentos fueron personajes singulares, aislados o con poca compañía, los que llegaron, en los que nos centraremos a continuación.

V.3.1: Al-Fazzazi y la celebración del maulud

El primero de estos personajes de relevancia que antecedió a Yuder en el antiguo Sudán occidental fue al-Fazzazi, aunque no en este caso con su presencia física, sino con su influencia espiritual, que Ismael Diadié ha puesto de relieve al estudiar su obra y al hacer notar que su obra cumbre, *Kitab al-Ishriniyyat*, ya fue considerada por al-Saadi, en su *Tarikh el-Soudan*, una de las más importantes escritas por los poetas árabes y andalusíes asentados en el Magreb y en la Curva del Níger (Diadié, 1997: 17 y ss.).

Al-Fazzazi al-Qurtûbi nació en Córdoba en 1229, educándose de niño seguramente en su mezquita y bajo la protección de su imán, dada la situación de sus padres, que no les permitía atenderlo suficientemente. Fue un alumno precoz, que ya a los siete años recitaba suras enteras del Corán, al tiempo que fue conformando una personalidad austera, mística y piadosa.

Cuando cayó el califato, muchos cordobeses optaron por exiliarse al reino vecino de Granada, mientras que otros, como algunos parientes de al-Fazzazi, lo hicieron al norte de África, a donde se lo llevaron consigo. Tras una estancia corta en Ceuta, recorrió otras ciudades del Magreb, en las que fue completando su formación religiosa y mística hasta convertirse en un poeta sufí renombrado.

El poeta cordobés, haciendo gala de ser un buen creyente, peregrinó a La Meca, donde se acrecentó su fama de poeta místico por las numerosas composiciones que escribió ensalzando las virtudes y hechos piadosos del Profeta Mahoma. Después de estar un tiempo en los santos lugares del Islam (La Meca y Medina), permaneció una temporada en los oasis argelinos del Tuat, donde conoció a una personalidad singular como era Abu-l-Qasim. Ese encuentro entre el poeta y el fervoroso religioso marcó la trayectoria vital del primero para siempre, dándole a su obra la trascendencia universal que en el mundo islámico tuvo.

Abu-l-Qasim fue, desde que la leyó, un admirador profundo de la obra poética de al-Fazzazi, especialmente de su *Kitab al-Ishriniyyat*, una hagiografía sobre la vida del Profeta, obra cumbre de su misticismo. Abul Qasem-el-Tuati, como también era conocido el religioso argelino, comprendió pronto que podría utilizar esta obra como medio para hacer posible la comunicación mística de los fieles con Alá, mediante la recitación de sus versos, como si fueran suras del Corán. Las alabanzas exclamatorias de al-Fazzazi a sus 99 nombres sublimes y a los cientos de maneras como era conocido su Profeta eran paradójicamente un cántico a la unicidad del Creador y un instrumento perfecto de comunión con Él (Diadié y Llaguno, A., 2018: 69).

El religioso del Tuat estaba imbuido de la idea de ser un elegido por Dios para llevar el verdadero Islam a toda la comunidad musulmana, especialmente a aquellos lugares donde la religión se practicaba de manera más relajada y heterodoxa, como podía ser el caso de Tombuctú, donde la huella del animismo se hacía notar todavía. En el marco de su actividad proselitista, Abul se afincó un tiempo en la ciudad, donde sus notables lo eligieron imán de la mezquita de Djingereiber, quizá con el propósito de erradicar esa

fama de poca religiosidad ortodoxa. El nuevo imán aprovechó la ocasión para llevar a la práctica la utilización del *Ishriniyyat* de al-Fazzazi como instrumento de conversión a la verdadera y auténtica fe islámica de los descuidados creyentes tombuctianos. La incorporación de algunos de los versos de la obra mística del poeta cordobés en la oración del viernes venía a cumplir satisfactoriamente los propósitos del ferviente imán.

Pero Abul no sólo hizo leer los versos del poeta andalusí en la mezquita de Djingereiber, sino que influyó para que se leyeran también en muchas de las mezquitas sudanesas, y, sobre todo, consiguió que la obra de al-Fazzazi fuese de lectura obligada en la fiesta del maulud, como una de sus actividades más identitarias y sobresalientes.

El término maulud originariamente hacía referencia a la celebración del aniversario de algún santo u hombre piadoso, pero derivó con el tiempo a referirse exclusivamente a la conmemoración del nacimiento y bautismo del Profeta, llegando a convertirse en una de las fiestas sagradas más importantes del Islam, en la que las familias se reencontraban para honrar la memoria de sus difuntos (Llaguno, A., 2006: 220).

El ritual que se sigue en el maulud prácticamente es el mismo que estableciera Abul Qasem en la segunda mitad del siglo XV en cuanto a la lectura de la obra de al-Fazzazi. Hay un periodo de cuarenta y dos días previos a la semana en la que se celebra el nacimiento de Mahoma en el que empieza a leerse el *Ishriniyyat*, con la siguiente secuencia: en los primeros treinta días se hacían dos lecturas quincenales de toda la obra y en los últimos doce días el texto se divide en diez partes, leyéndose cada una de ellas cada noche. En la undécima noche se descansa y en la duodécima empieza verdaderamente el maulud, cuando es el aniversario del nacimiento de Mahoma.

El día del nacimiento del Profeta es el primer día del maulud. Este día se lee el *Ishriniyyat* en su totalidad, al igual que en el último, que conmemora su bautismo, a cuya lectura sigue la recitación de la *fatihá*, la oración sagrada de los musulmanes (primeros versos del Corán), tras la cual concluye el maulud, entre los abrazos de la concurrencia (Diadié y Llaguno, A., 2018: 70).

Como material para reconstruir la celebración del maulud, hemos utilizado, además de la bibliografía citada, las anotaciones de nuestro propio diario de viaje, concretamente del segundo que hicimos a Tombuctú en 1995, que reproduzco casi literalmente en la novela para darle la mayor verosimilitud posible. La primera vez que Yuder en *El eunuco* hace referencia a al-Fazzazi es con ocasión de que es invitado por los notables de la ciudad a participar en la celebración del maulud el primero de los días, cuando lo

que se conmemoraba era el nacimiento del Profeta, contándoselo a su amigo Marcos en una de las cartas que le escribía:

Un poco antes de la media noche salimos a la calle, llena de gente, mucha de la cual procedía de lugares distantes de Tombuctú, aunque originaria de la ciudad, que venía en estas fechas a celebrar el maulud y honrar a sus muertos. Y quise unirme a los rituales que hacían los fieles para que entendiesen que yo también era un devoto seguidor de sus tradiciones.

Empezamos dando tres vueltas a la mezquita de Djingereiber invocando el nombre de Alá y de su Profeta, mientras observaba que muchos devotos yacían sobre las tumbas de sus antepasados, situadas junto a la muralla de la mezquita y señaladas por unas piedras que sólo ellos reconocían. Después de estas tres vueltas preceptivas a la gran mezquita, hicimos lo mismo en torno a las dos otras principales mezquitas de la ciudad, la de Sankoré y la de Sidi Yahya.

Igualmente, existen otros lugares en la ciudad que congregan a los vecinos de los diferentes barrios, y que quise visitar también. En todos ellos imanes y letrados recitaban, cantando, el “Kitab al-Ishriniyyat” de al-Fazzazi de Córdoba, mientras que los fieles coreaban en grupo los versos recitados y las mujeres dejaban escapar de vez en cuando gritos de júbilo.

Según me dijo Ahmed Baba, Al-Fazzazi fue un poeta cordobés de hace tres siglos, cuya obra, un panegírico o loa del Profeta, fue traída a Tombuctú en el siglo pasado por un erudito argelino afincado en la ciudad, Abu Kasim al-Tuati, y cuya lectura íntegra se hacía precisamente en esa noche”(256).

En la novela relatamos también, a continuación (256 y 257), el último día del maulud, cuando se celebra el bautismo del enviado de Alá, igualmente una cuasi transcripción de nuestro diario:

Esta noche empieza la celebración del ‘bautismo’ de Mahoma, una fiesta similar a la de su nacimiento, hace una semana, aunque con cambios en su ritual.

...Todas las calles están repletas de gente, destacando el vivo colorido de los vestidos de las mujeres, que realzan su belleza con joyas de oro, portando incienso para el rezo, mientras gritan sus you-yous en medio de una especie de delirio

colectivo. Los tambores no dejan de sonar, mientras que jinetes aderezados con adornos multicolores, igual que los caballos y sus monturas, recuerdan, me dice el profesor Baba, a los antiguos guerreros arma de Yuder, con sus grandes sables y arcabuces.

Nos sentamos en el suelo en primera fila frente a la puerta principal de la mezquita para empezar el rito del bautismo del Profeta, con el alcalde y las autoridades de la comuna y de la región. Me recuerdan que ya se ha leído entero el Ishriniyyat de al-Fazzazi. Detrás, una muchedumbre inunda la explanada de la mezquita. Todos proceden, guiados por un imán, a la lectura colectiva de la fatiha, acabada la cual todos emiten lo que parece un solo grito de júbilo en alabanza al enviado de Alá, seguido de un saludo de todos a los que se encuentran a su derecha o a su izquierda, que me recuerda a lo que hacemos en las iglesias católicas cuando nos damos la paz o las felicitaciones en noche vieja. Ha finalizado el maulud”.

(Diario de mi segundo viaje a Tombuctú, agosto de 1995).

Al-Fazzazi moriría en 1290 en Marrakech sin que llegara a entrar en Tombuctú, a pesar de lo cual es uno de sus personajes más relevantes y que mayor influencia ha ejercido en ella, pues si bien es verdad que nunca la pisó, es también indudable que su presencia espiritual estuvo y está viva en la ciudad sudanesa, por la huella innegable de su obra poética, que marcó como ninguna la religiosidad de la ciudad.

V.3.2: Es-Saheli, inspirador de la arquitectura sudanesa

Es-Saheli es sin duda un personaje notabilísimo, no sólo en Tombuctú, sino en todo el Subsáhara africano por su relación con la arquitectura de toda esa amplia región, como tendremos ocasión de ver más adelante. Su nombre completo era Abu Isaac Ibrahim al-Sahili, igualmente conocido con el apelativo de “al-Tuwayyin”. Nació en Granada hacia el año 1290 en el seno de una familia económicamente bien situada, toda vez que su padre, Muhammad al-Ansari al-Awsi al-Garnati, era el *alamín* de la Alcaicería, el jefe

del gremio de los vendedores de perfumes, seda y especias de este mercado, que era el principal de la ciudad, oficio que venían transmitiéndose de padres a hijos durante varias generaciones (Llaguno, A., 2006: 224 y ss.).

Ismael Diadié ha profundizado en las distintas fuentes bibliográficas sobre su vida y su obra, haciendo un recorrido sobre todas ellas, desde las contemporáneas a nuestro personaje, como al-Umari, Ibn al-Jatib, Ibn al-Ahmar, Alí Gao, Ibn Azim al-Garnati o Ibn Battuta; hasta autores posteriores como León el Africano o Mahmud Kati; incluso actuales como José Corral, Rafael López Guzman, José Bigorra Rodríguez o John Hunwick (Diadié, 1997: 103 y ss.).

Diadié nos habla de que la familia paterna de es-Saheli había vivido varias generaciones en Granada, mientras que la materna era originaria de Málaga, de donde provendría el gentilicio de “Sahili” con el que se le acabó de conocer.

El padre de Es-Saheli, además de ejercer de alamín era un renombrado alfaquí, al que recurrían muchos granadinos como mediador en variados tipos de asuntos, desde pleitos civiles a temas testamentarios, la mayoría de las veces conflictivos.

Es-Saheli recibió una metódica educación en el campo de las letras, manejando pronto el idioma árabe, su gramática y caligrafía, que le permitió introducirse, primero, y luego triunfar en los círculos literarios granadinos, donde su fama fue creciente por sus esmeradas composiciones en prosa y poesía, que declamaba y recitaba con pasión, para deleite de sus oyentes, que acudían en gran número cuando se anunciaba su presencia (Diadié y Llaguno, A., 2018: 77).

Velázquez Basanta ha publicado y estudiado su obra poética y en prosa (1999), en la que se evidencia su innegable talento, que indudablemente conformaría su personalidad, que lo haría creerse un ser superior. Los versos de una estrofa de una de sus poesías evidencia esta afirmación (77):

*La clarividencia me protege de la vulgaridad,
y la fuerza de voluntad me conduce a la esperanza;
el recto proceder ensalza mi divisa;
y a falta de joyas me engalana el aderezo de la superioridad.*

Este evidente talento literario, acompañado de similares dotes para la oratoria y la disertación, unido a sus sentimientos de superioridad, lo convirtió en un habilidoso

polemista, siempre dispuesto a defender sus ideas de manera convincente en cualquier escenario y ante cualquiera, lo que le ocasionaría problemas con algunos notables y el poder establecido.

En paralelo a su formación literaria, es-Saheli siguió los pasos de su padre adentrándose en el estudio de la administración, valiéndole mucho en este cometido su destreza y pericia en las artes de la narración y de la caligrafía. Joven todavía, fue nombrado notario de la Alcaicería, donde también actuó con pericia en las operaciones comerciales que allí se hacían, al mismo tiempo que actuó, como su padre, en la resolución de pleitos y disposiciones testamentarias.

Ibn al-Jatib, alto funcionario de la corte de la Alhambra, reparó en la carrera exitosa de Es-Saheli y le propuso al sultán Nasr (1308-1313) que se hiciese cargo de la Secretaría de la correspondencia real y de la redacción de documentos del palacio (*katib al-rayail*), puesto que él mismo había dejado libre por haber sido ascendido a visir del soberano nazarí.

El hecho de convertirse en un importante cortesano incrementó aún más su sentimiento de superioridad, alimentado por los aduladores de turno, que en los salones literarios exacerbaban sus ínfulas prepotentes, hasta el punto que de que él mismo temiera que no pudiera cumplir con la doble vida de funcionario y de poeta animador de las tertulias a las que lo invitaban, porque le fallara la memoria y no pudiera desempeñar satisfactoriamente sus funciones de secretario real ni declamar con el éxito de siempre sus poemas. Y es entonces, seguramente, cuando se inició en el consumo de la resina de anacardo, una nuez proveniente de Oriente con fama de preservar y aumentar la inteligencia y la memoria, aunque su consumo exagerado provocaba en el adicto fenómenos pasajeros de locura, histeria y melancolía, parecido a los brotes psicóticos, pero inducidos por los tóxicos.

Además de la resina de anacardo, es-Saheli probablemente sería un adicto a otras sustancias tóxicas, como algunos alucinógenos, que agravarían sus problemas mentales, alejándolo de la realidad, llegando a creerse un enviado divino, reescribiendo, entre otras conductas anómalas, el mito de “La leyenda de la caverna”, que aparece en el Corán, una versión heterodoxa en la que él era el protagonista.

El gobierno y los poderosos de la ciudad le dieron la espalda y le retiraron el apoyo que antes le proporcionaron, no teniendo es-Saheli más remedio que exiliarse en 1322 al norte de África. Durante dos años viajó por el Magreb y todo el norte africano. En

Aleandría decidió instalarse durante un tiempo, y allí conoció a Siray al-Din ben al-Kuwayk, un rico e influyente comerciante que lo tomó bajo su protección y lo introdujo en la corte mameluca del Egipto del sultán al-Malik al Nasir ben Qalawun, poniéndolo en contacto con el ministro Ala al-Din Ali ben Ahmad ben al-Atir, de la influyente familia de los Banu al-Atir, en donde se integró como uno más de su parentela en la corte de El Cairo.

Recuperado de su dependencia al anacardo y otras drogas, es-Saheli quiso viajar por Oriente próximo, cosa que pudo hacer gracias a su protector caiota. La primera etapa de su periplo fue Damasco, donde hizo amistad con Ibn Fadl al-Umari, ministro del gobernador mameluco de Siria, que era también historiador y literato. Al-Umari se convirtió también en protector de es-Saheli, introduciéndolo en los círculos literarios de Bagdad, Mesopotamia y Yemen, donde volvió a poner de manifiesto su elocuencia y oratoria brillante, aunque ya sin las excentricidades de Granada. El ministro sirio llegaría a ser biógrafo del poeta granadino.

En 1324 es-Saheli quiso peregrinar a La Meca y allí conoció a quien transformaría su vida, el emperador maliense Kanku Musa, que estaba empeñado en formar un grupo de hombres sabios y expertos en distintos conocimientos que trasladaran a su país sus saberes para hacer más grande su imperio dentro de los cánones islámicos, todavía con influencias animistas que quería desterrar. Y se lo llevó como *alarife* o arquitecto, profesión que hasta ahora no había ejercido y que no sabemos el porqué de ese cambio de oficio, aunque siguió manteniendo el de literato. Seguramente los conocimientos que tuviera en matemáticas, dibujo, física y geometría, además de su desbordante imaginación, le ayudarían a convertirse en lo que esperaba de él el soberano de Malí.

Kanku Musa, en su mítico viaje a los Santos Lugares del Islam había llevado cantidades ingentes de oro para sobornar a autoridades y obsequiar a príncipes y reyes para congraciarse con ellos, hasta tal punto que ocasionó una depreciación durante años del metal precioso en el Mediterráneo, pero su generosidad lo arruinó al final de su peregrinaje, teniendo que recurrir a es-Saheli para que le buscara entre sus protectores alguno que le pudiese prestar el dinero suficiente para llegar a su reino sudanés. El alejandrino al-Kuwayk fue el benefactor prestamista de Kanku Musa, que de esta manera pudo regresar con su corte ambulante y grupo de expertos a la Curva del Níger.

Llegados a Malí, es-Saheli, se aprestó a llevar a cabo lo que Kanku Musa le había encargado, que no era otra cosa que transformar la arquitectura de sus ciudades,

convencido de que ello engrandecería su imperio y lo situaría entre las grandes naciones del Islam.

Aunque no pueda afirmarse categóricamente que es-Saheli fuese el creador único de la llamada arquitectura sudanesa, sí que le cabe el honor de ser el arquitecto que revolucionó o transformó el diseño de las edificaciones civiles y religiosas que hoy conocemos como tal arquitectura. Todavía hoy muchas mezquitas y otros edificios singulares que jalonan el Subsáhara y el Sahel, desde el océano Atlántico al Índico, llevan el sello inconfundible de su genio.

Este estilo arquitectónico inspirado por es-Saheli podemos considerarlo como la fusión de otras tantas manifestaciones artísticas que el arquitecto granadino conociera en sus viajes. El primer grupo de estos elementos arquitectónicos provendría lógicamente de su Granada natal, del arte árabe que observara en la Alhambra y palacios nazaríes, como se refleja en la utilización de arcos para delimitar las naves de las mezquitas, las celosías en las ventanas o las cerrajerías y repujados de las puertas. Igualmente, estando en Granada conocería seguramente las catedrales góticas de los reinos cristianos peninsulares, de las que imitaría los arcos ojivales, que introducirá en muchas de sus construcciones.

De su paso por el Magreb, es-Saheli incorporaría otras manifestaciones artísticas hispano-moriscas que almorávides y almohades trasladaron a la región desde la Península Ibérica cuando dominaron las dos orillas del Estrecho de Gibraltar, con nuevas incorporaciones autóctonas.

Cuando el alarife granadino fijó temporalmente su residencia en Egipto, además de frecuentar los círculos literarios de El Cairo visitó los templos y las pirámides de los faraones, que seguramente influirían en ese renovado estilo arquitectónico sudanés, concretamente inclinando los muros hacia el interior y construyendo los alminares en forma de pirámides truncadas.

Podríamos aventurar que su paso por el Sahel, y la contemplación de las elevadas torres de barro de los nidos de las termitas, abundaría en esa otra imagen de las pirámides egipcias a la hora de diseñar los alminares de las mezquitas sudanesas. Igualmente, una vez en la Curva del Níger, es-Saheli tomaría prestado del animismo de la región símbolos característicos fálicos o de fertilidad, como almenas puntiagudas o huevos de avestruz coronando las elevaciones constructivas.

Todas estas influencias, como metidas en un crisol, darían lugar a ese renovado estilo arquitectónico atribuido a es-Saheli, aunque algunos estudiosos le hurtan ese protagonismo argumentando que anteriormente a su llegada ya había construcciones semejantes (Monteil, 1968). Pero, aunque eso es verdad en parte, dado que en la región había previamente edificaciones parecidas, más que nada porque estaban construidas con el mismo material (barro), también lo es el que el arquitecto granadino introduce nuevas técnicas constructivas que lo hacen merecedor de ser considerado como el inspirador de la nueva arquitectura sudanesa, siendo su obra principal, la mezquita de Djingereiber (1325), el modelo de las nuevas edificaciones de la curva del Níger y de todo el Sahel, desde el Atlántico al Índico, como dijimos antes.

El interior de la mezquita es de forma rectangular, distribuyéndose en tres patios, donde se rezaba en verano, y una sala de oración para rezar en invierno con dos filas de pilares, una orientada de norte a sur de veinticinco columnas y otra de ocho pilares dirigida de este a oeste. Y será en el exterior de la mezquita donde se observa más claramente el estilo sudanés, con una cerca almenada con dos torres principales de forma fálica, atravesadas por troncos de árboles para su consistencia y mantenimiento periódico: el alminar mayor en el centro con forma de pirámide truncada como si fuera el faro terrestre de la ciudad, y otra menor de forma cónica, en el extremo oriental de la fachada, coincidiendo con la qibla en su interior (Diadié y Llaguno, a., 2018: 49).

Además de la oportuna revisión bibliográfica, lo relatado en la novela es un fiel reflejo de lo vivido por nosotros en el escenario de los hechos, y anotado en nuestro diario de viaje:

El imán y el profesor Seku Feita nos acompañan [a Ismael y a mí] a visitar la mezquita, que llaman la ‘imperial’. Me hacen notar la similitud de la construcción con las pirámides de Egipto, influencia que trajo de ese país Es-Saheli, enterrado en el interior de la mezquita, precisamente en uno de sus pilares piramidales. A mi pregunta de por qué no hay ninguna inscripción que indique dicho enterramiento me contestan que en esa región han seguido al pie de la letra lo preceptuado en el Corán de la simplicidad y la ausencia total de imágenes y de adornos. Los datos, por ejemplo, de la ubicación del arquitecto se transmiten de generación en generación...

En un patio interior, el imán y el profesor me señalan unas piedras bajo las que se encuentran enterrados varios pachás arma. Sarcásticamente explican el hecho porque todos los arma han sido malos musulmanes, por lo que sintieron la necesidad de compensar esa falta de fe islámica enterrándose en ese lugar sagrado, como si así su culpa se expiara.

(Diario de mi primer viaje a Tombuctú, 29 de agosto de 1993).

López Guzmán y Bigorra Rodríguez (1991: 47-60) han estudiado exhaustivamente el urbanismo de Tombuctú y sus edificaciones arquitectónicas, estableciendo una relación innegable entre ellas y el alarife de Granada, en contraposición a lo apuntado por Monteil (1968), que duda de la paternidad de muchas edificaciones que se le atribuyen.

Probablemente fuese en Gao donde es-Saheli diseñara su primera mezquita, la del *Mihrab*, un poco antes que la de Djingereiber en Tombuctú, donde se le atribuye también la autoría de la residencia del Tombuctú-koi, el palacio *Má-dugu* (“casa del rey”), seguramente una de sus construcciones más simples y sobrias, aunque algunas de sus habitaciones estuviesen pintadas y decoradas con arabescos.

Sin embargo, en Niani, Kanku Musa le encargó la construcción de un gran palacio para que fuese su residencia y un símbolo de su magnificencia, logrando satisfacer al soberano, que lo recompensó con diez mil mihkals de oro. La planta del palacio era cuadrada, con una gran cúpula coronando su estructura, estando las habitaciones ricamente enlucidas con pinturas y arabescos (Diadié, 1997: 122 y 123). El célebre viajero tangerino Ibn Battuta (2002: 303 y 304) recogió en su conocido periplo *A través del Islam* la grandiosidad de su Sala de Audiencias, a la que calificó de magnífica, describiendo los adornos de oro y plata que embellecían puertas y ventanas.

Filipowiak ha estudiado profusamente este palacio, dando cuenta que en uno de sus laterales es-Saheli diseñó también una pequeña mezquita para servicio especialmente de la corte maliense (1981: 82).

En *El eunuco* destacamos la figura de es-Saheli como uno de los precedentes más preclaros de la presencia andalusí en la ciudad santa del Níger antes de la llegada de Yuder, utilizando una de las cartas que le dirige a su amigo Marcos para exponer ese renovado estilo sudanés resultante de la mezcla de variadas influencias artísticas:

Era una noche clara en la que la luna llena iluminaba el alminar y otros pináculos de la gran mezquita de Djingereiber, no muy lejos de la casa del cadí. Ahmed Baba, haciendo honor a su fama de erudito y aprovechando la visión magnífica que teníamos desde allí de la mezquita, me habló de su construcción en el siglo XIV por el arquitecto granadino es-Saheli, que trajera consigo el gran emperador de Mali Kanku Mussa de El Cairo junto a otros sabios, letrados y morabitos, cuando fue de peregrinación a los santos lugares del Islam.

Siguió hablando Ahmed Baba de este es-Saheli como el inspirador de toda la arquitectura que veíamos alrededor, y entendí entonces que el granadino había trasladado a estas tierras aquellos adornos que me asombraron de las celosías y los herrajes de las puertas. Serían como las que viera en al-Ándalus y Marrakech, y las reprodujo aquí. También el aspecto de pirámide truncada que tenía el alminar de la mezquita me recordó los dibujos que había visto alguna vez de las pirámides de Egipto, que es-Saheli conocería en su exilio cairota. El arquitecto granadino había mezclado los estilos que conoció a lo largo de su largo periplo, desde el reino de Granada hasta Egipto, pasando por el Magreb. Volvía a tener la sensación, Marcos, de que antepasados nuestros estuvieron aquí mucho antes que nosotros (255-256).

Participamos de la creencia de Goytisolo de que la obra de es-Saheli influyó de alguna manera en la arquitectura del catalán Antonio Gaudí. En otro lugar he aventurado la idea de que el célebre arquitecto se quedó impresionado por las formas de las mezquitas sahelianas que observara en las fotografías que se mostraban en la Exposición Universal de París de 1878, donde la metrópoli francesa exhibía las ciudades y los monumentos del Sudán occidental, donde el alarife granadino inspirara su arquitectura (Llaguno, A., 2006: 230).

Después de más de una década de recorrer las ciudades del imperio dirigiendo obras civiles y religiosas, su biógrafo Ibn al-Jatib (1955: 347-349) dejó escrito que en 1337 participó en una embajada que el emperador Kanku Musa dirigiera al sultán benimerín Abu Hassan, evidencia de que gozaba del favor real. Fue un momento en que es-Saheli pensó aprovecharlo para visitar la Península Ibérica, desistiendo finalmente de ello no

sabemos por qué razón, quizá por no disponer del dinero suficiente para una estancia prolongada en su tierra de origen.

Ya de regreso a Malí, es-Saheli vivió sus últimos años en Tombuctú, siempre bajo la protección del emperador, con el reconocimiento de la sociedad tombuctiana como uno de sus notables, tanto por su obra poética como arquitectónica, transformadora de su configuración urbana. Rodeado de sus mujeres, entre las cuales había una Kati, e hijos, es-Saheli moriría el 15 de octubre de 1346 en Tombuctú, siendo enterrado bajo el alminar principal de la mezquita de Djingereiber, muestra inequívoca de su prestigio y reconocimiento social a su trayectoria humana y artística.

En *El eunuco* queremos enfatizar este último dato del enterramiento de es-Saheli, dando cuenta de la paz que se respira en el interior de la mezquita, en parte debido a la configuración espacial de su interior, al tiempo que hago que Yuder exprese su deseo de querer ser enterrado en el mismo lugar como final deseado para su azarosa vida:

La sala de oración está plagada de anchas columnas, como ocurre en la mezquita de Córdoba, según me dijo en su día Bagayoko, construidas con el pobre aunque digno barro que le da a la estancia sobriedad, pero también belleza y una quietud y armonía que hace que la imaginación vuele lejos del recinto sagrado. Evoqué los diferentes lugares por los que ha transcurrido mi vida y, al igual que me dijo el imán sobre que es-Saheli estaba enterrado en uno de sus pilares piramidales, aquí quiero yo también ser sepultado cuando llegue la hora de mi muerte (289).

V.3.3: Sidi Yahya al-Andalusí

Aunque la importancia de Sidi Yahya en toda la Curva del Níger es mucha, no hay demasiada bibliografía sobre su obra y figura. Tan sólo al-Saadi, en su *Tarikh el-Soudan*, y Mahmud Kati, en el *Tarikh el-Fettach*, se refieren a ellas. Modernamente ha sido Ismael Diadié (1997) quien ha recuperado algunos aspectos biográficos del poeta y su aportación a la poesía mística de la región.

Sidi Yahya al-Tudeli al-Andalusí, como indica el primero de sus apelativos, era originario de Tudela, en el reino de Navarra, en donde nacería hacia 1400, pero pronto

se trasladaría a vivir a al-Ándalus, de donde le viene el segundo de sus sobrenombres, por el que es más conocido hoy día.

Como muchos andalusíes, se exilió al Magreb, donde entonces reinaban los merinidas, asentándose en Chinguetti, en las proximidades de un oasis mauritano que servía de parada a las caravanas que cruzaban el desierto con destino al Sudán. Al-Saadi y Mahmud Kati dan cuenta en sus obras referidas, de la fama que llegó a alcanzar este hispano, siendo considerado un verdadero santo, además de un reputadísimo poeta místico, poseedor de la *baraka* o bendición del Altísimo. Su vida ascética y piadosa alimentaba esta fama, además de por proceder de la misma familia del Profeta, la de los corachitas, que lo convertía en un *jerife*.

Era una época en que Tombuctú gozaba de un periodo de paz considerable con el gobierno de Mohamed Naddi (1433-1465), el Tombuctú-koy, bajo la dependencia de los tuaregs, pero con gran margen de autonomía en la administración de la ciudad. El gobernador de la población se propuso prestigiarla con edificaciones nuevas y la llegada de hombres piadosos y sabios, siendo éste el contexto en el que Sidi Yahya se instalará a vivir en Tombuctú.

En este ambiente de bonanza económica y social de Tombuctú, hacia 1400, el jeque El Moktar Hamahhah, que era un rico comerciante caravanero que quería hacer méritos para ascender social y políticamente en la ciudad, costeó de su peculio personal la construcción de una mezquita, de cierta envergadura y proporciones armoniosas, que estuvo cerrada durante cuarenta años.

La tradición oral ha transmitido que la razón por la que se mantuvo cerrada tanto tiempo la mezquita obedecía a la profecía de Hamahhah de que pasados cuarenta años vendría del norte un hombre santo y blanco que desenterraría las llaves donde él las escondió, abriría el templo y se haría cargo de él como imán. Y, efectivamente, en 1440 llegaría Sidi Yahya a Tombuctú procedente del desierto, encontraría las llaves, abriría la mezquita y se presentaría al Tombuctú-Koy reivindicando ser él el esperado imán. Lógicamente, la llegada de Sidi Yahya sería de otra manera y se enmarcaría en esa política referida del jefe local de atraer a la ciudad a hombres del prestigio del poeta andalusí, mandándolo buscar a su refugio de Chinguetti para que se hiciera cargo de la nueva mezquita y ejerciese allí su magisterio. La mezquita a partir de ese momento pasaría a ser conocida por su nombre.

La leyenda sobre la venida a Tombuctú de Sidi Yahya perdura todavía en la ciudad como uno de sus mitos. La reproducimos en *El eunuco* porque la vemos con fuerza narrativa, además de que establece un nexo de unión, por la patria común, entre Yuder y el poeta andalusí:

Lo primero que hice al llegar a Tombuctú, muerto el pachá Mansurico, fue enterrarlo con todos los honores en el patio de la mezquita de Sidi Yahya, donde quiero que reposen los restos de los arma que gobiernen o sobresalgan en el pachalato.

Hace unos años Bagayoko me contó una leyenda sobre la mezquita, construida por el dueño de la ciudad, el Tombuctú-koy, que era por aquel entonces Mohamed Naddi, a principios del siglo pasado, pero que no la abrió a los fieles, sino que enterró las llaves de su puerta principal en un lugar secreto afirmando que en un sueño un ángel le había revelado que cuarenta años más tarde vendría del desierto el que sería el imán de la mezquita a hacerse cargo de ella. Transcurridos los años anunciados, Sidi Yahya apareció en la ciudad y fue directamente a donde estaban las llaves escondidas, probando con ello ser el imán esperado tanto tiempo. Este Sidi Yahya al-Andalusí era un exiliado hispano y se convirtió en un poeta renombrado y en el patrono de los trescientos treinta y tres santos de la ciudad. Bagayoko se sentía muy honrado, como imán de la mezquita, de ser uno de los sucesores del santo andalusí en tal magisterio.

El día del entierro de Mansurico una caravana de mercaderes había entrado en la ciudad portando en sus camellos las placas de sal provenientes de Tegaza y Taodeni. Tuve curiosidad de aproximarme a una de ellas por verlas ornamentadas con una hermosa caligrafía, y vi que llevaban inscritas el nombre del poeta andalusí. Le pregunté al jefe caravanero el porqué de esa inscripción, y me afirmó que era el talismán que aseguraba que la mercancía llegara a su destino. Un español garantizando el éxito de una empresa después de muerto. Eso querría ser yo para nuestros Arma, el que asegurase su permanencia en estas tierras sudanesas (288).

Sidi Yahya vivió en Tombuctú sus veintiocho últimos años, con una ejemplar conducta piadosa y ascética, verdaderamente santa, que lo hizo acreedor de ser

considerado el patrón de los trescientos treinta y tres santos de la ciudad, como también es conocida la misma. Por otro lado, desde su cátedra universitaria de la mezquita de la que era imán, fue un verdadero maestro de la poesía mística de todo el Sudán, en la línea de al-Fazzazi, el otro santo y poeta andalusí, además de dedicarse al comercio y a la astrología, prediciendo desde el clima hasta la muerte en numerosas ocasiones (Al-Saadi, 1981: 81 y ss.).

Sidi Yahya moriría hacia 1468, siendo enterrado bajo el alminar principal de su mezquita, que pasó de ser simplemente un templo a ser una referencia ineludible de la ciudad, una vez que pasó a ser también el mausoleo donde se guardaban los restos del santo andalusí. Era el lugar por el que muchos habitantes de Tombuctú pasaban todas las mañanas para que su jornada fuera venturosa, además de ser un punto obligado de las manifestaciones religiosas principales del islam, como podría ser la celebración del maulud, cuando los fieles, al igual que hacían con las mezquitas de Djingereiber y Sankoré, circunvalaban tres veces como parte del ritual que conmemoraba el nacimiento y bautismo del Profeta.

Pero, también, la mezquita de Sidi Yahya era al mismo tiempo uno de los lugares por excelencia de Tombuctú donde tenían lugar acciones y gestiones cotidianas de la vida diaria, como la firma de transacciones comerciales, los esponsales de muchas parejas o donde acudían las caravanas para grabar su nombre en las placas de sal que portaban, en la creencia de que el santo andalusí bendecía esas operaciones desde el Paraíso y haría llegar las mercancías con seguridad a sus destinos.

En *El eunuco* recogemos esta práctica de grabar las placas de sal con el nombre del santo:

Estas caravanas oscilan entre los veinte y treinta camellos, las más pequeñas, hasta las más grandes, que pueden llegar a los mil, llevando cada uno de ellos de cuatro a seis placas de sal en forma de barras rectangulares sobre las que se inscribe el nombre de algún santo, como el de Sidi Yahya que ya viera yo antes. Su destino final sería el barrio de Abarayu, o barrio de las caravanas, en Tombuctú, desde donde se trasladarían a todo el Sudán (296).

La fama de santidad de Sidi Yahya creció después de muerto, invocándose su nombre en forma de jaculatoria en un sinnúmero de situaciones por considerársele muy próximo al

Altísimo en el Paraíso, desde pedirle que lloviera o que dejara de hacerlo, para que erradicase de la ciudad cualquier amenaza que pudiera cernirse sobre ella, para que realizara algún milagro o para que ayudara a descubrir las respuestas que uno buscaba. Un santo de la Península Ibérica del siglo XV que aún hoy día alumbra e inspira a los habitantes de Tombuctú.

V.3.4: Ali ben Ziyad, el patriarca de los Kati

Ismael Diadié, en su obra *Los últimos visigodos. La biblioteca de Tombuctú* (2003), hace descender su familia de Witiza, el penúltimo rey visigodo. El hijo del rey, Aquila, encabezó la facción descontenta con el nuevo monarca, Rodrigo, disconforme con la decisión que habían tomado algunos obispos y altos funcionarios de la corte, que no habían optado por él como sucesor de su padre (Thompson, 1971: 284-286). Toda la parentela, pues, de Witiza se configuró como el grupo opositor de Rodrigo, convirtiéndose en la quinta columna de los musulmanes en la Península Ibérica, a los que acabarían facilitando su entrada en ella, al tiempo que la mayoría de sus miembros se convirtieron al Islam.

No obstante, hay autores que defienden la idea de que la implantación de los musulmanes en la Península no fue traumática para la población autóctona, sino que éstos supieron adaptarse a la realidad existente, manteniendo en muchas ocasiones la propiedad de la tierra en manos de sus originarios dueños, optando muchos de ellos por convertirse al Islam para evitarse pagar impuestos como el de capitación (Jackson, 1981: 13), viviéndose el cambio de régimen por la población en general con relativa tranquilidad (Vernet, 1989: 58-59).

En este contexto, las familias conversas al Islam conservaron con mayor motivo sus propiedades y oficios, como la de los *Banu l'Quti* (“el goda”), una de las ramas de la familia de Witiza.

Una subrama del tronco familiar de los Quti procedía de Sara al-Quti, también conocida como Sara “la goda”, al parecer nieta de Witiza, de la que provendrían los Qutiyya, que se asentaron en el sur peninsular, concretamente en las actuales provincias de Málaga, Córdoba y Sevilla (Sánchez Albornoz, 1984: 129).

De estos Qutiya andaluces el más sobresaliente fue Abú Bark ibn al-Qutiya (900-977), un erudito de la corte del califa de Córdoba, autor de la obra *Iftitah al-Andalus*, en la que aporta una visión novedosa de la entrada de los musulmanes en la Península Ibérica, en tanto que profundiza en cómo la vivió la población autóctona, al tiempo que describe la descomposición política del reino visigodo, pasando luego a relatar la historia del emirato cordobés hasta la llegada de Abderramán III.

Otro Quti documentado de esta subrama familiar, contemporáneo aunque mayor en edad que el anterior, fue el también cordobés Hafs ben Albaral-Quti al-Qurtubi, traductor del bíblico *Los Salmos* de David (Chejne, 1999: 238 y 239).

Fuera de esta parentela de Sara “la goda” se conoce la existencia de otros Quti castellanos que adquirieron notoriedad entre los siglos XI y XII, como Suleyman ben Arit al-Quti, autor de un tratado sobre oftalmología, o Abd Allah al-Quti y su hijo Ahmad, propietarios de viñedos en Toledo (Llaguno, A., 2006: 242).

En paralelo a estas ramas familiares hubo una que mantuvo a lo largo del tiempo el apelativo de Quti, devenido luego en el de *Kati*, uno de cuyos descendientes fue Ali bez Ziyad, que quizá sea el ejemplo más claro de mestizaje entre los dos mundos, el del norte y el del sur, el de los blancos y el de los negros, que tiene lugar en la curva del Níger, y que mantiene en la actualidad su descendencia.

A Ali ben Ziyad le tocó vivir en Toledo en una época convulsa presidida por las luchas dinásticas entre el rey de Castilla Enrique IV y sus hermanastros Alfonso e Isabel, en la segunda mitad del siglo XV, uno de cuyos episodios más bochornosos de esta confrontación entre hermanos fue la llamada *Farsa de Ávila* en 1465, un montaje bufonesco que representaba el destronamiento de Enrique IV, personificado en un muñeco revestido de los símbolos regios, y la entronización de su hermanastro Alfonso, por la nobleza levantisca liderada por el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, y el maestre de la orden de Calatrava, Pedro Girón.

Una de las consecuencias de la Farsa de Ávila fue el incremento de las luchas civiles entre los partidarios de Enrique y Alfonso, que en Toledo tuvieron una especial virulencia, llegando el conflicto hasta la propia catedral, sitiada por los conversos, judíos, mudéjares y moriscos, que apoyaban el bando de Enrique, mientras que en el interior del templo se refugiaron los “cristianos viejos”, partidarios de Alfonso.

En la noche del 22 de julio de 1467 parte de la catedral se incendió, y con ella algunos barrios colindantes, atribuyendo los alfonsinos a los sitiadores la autoría del incendio,

que pasó a ser conocido como los *Fuegos de la Magdalena* por ser ese día la festividad de la santa.

Después de los incidentes de la catedral las relaciones entre los cristianos viejos y los conversos se deterioraron mucho y, estando ocupada Toledo por los partidarios del príncipe Alfonso, estos últimos (los conversos) empezaron a pensar en salir de la ciudad ante la creciente intransigencia cristiana.

Ali ben Ziyad, de la familia de los Banu al-Quti, fue uno de los conversos toledanos que optó por marcharse de la ciudad y probar suerte por el sur de la península. Ali se dedicaba a regentar varias hospederías, al tiempo que era un consumado bibliófilo, cosa que le hizo poseer una importante biblioteca, desde literatura o historia islámica a tratados de medicina, matemáticas o filosofía, obras escritas en castellano, árabe y hebreo. Además era el cadí de la comunidad musulmana de Toledo, marchándose en 1468 acompañado de algunos familiares, como uno de sus hermanos, amigos y servidores, con cientos de libros de su biblioteca, que luego veremos fue el germen del Fondo Kati.

Primeramente la comitiva de Ali recaló en la cristiana Sevilla, pero pronto partió de allí para dirigirse a la musulmana Granada, donde esperaba ser mejor recibida. La parentela de Ali ben Ziyad visitó muchas poblaciones del reino nazarí, como Almería, Cúllar y Salobreña entre otras, pero sin encontrar la paz y el sosiego en ninguna de ellas. También aquí se reproducían las luchas civiles entre los príncipes nazaríes y, visto que la situación era parecida a la de Toledo, Ali y su parentela optaron por proseguir su viaje al otro lado del Estrecho. El 22 de mayo de 1468 el renegado toledano y sus acompañantes partieron de la Península Ibérica.

Destinos ocasionales de la comitiva de Ali en el Magreb fueron Ceuta, Kenitra, Katanat, Asadat, Maquila, Fez o Sijilmasa, de donde partían las caravanas hacia el Sudán para el intercambio comercial ya referido. Allí conoció el importante negocio de los manuscritos, que alcanzaban un gran valor en oro, como él mismo pudo comprobar en el oasis del Tuat cuando compró uno de ellos.

Efectivamente, Ali con su gente se instaló en el Tuat seis meses, y allí adquirió el manuscrito el 22 de julio de 1468, como anotó él mismo en uno de sus márgenes, así como a quién lo compró y por cuánto, como era costumbre hacer. El manuscrito en cuestión es el número 1.335 del Fondo Kati, y allí se detalla que Ali lo compró por 45

mitqales de oro, que equivalían a 225 gramos del metal precioso, y que se trataba del *Kitab as-Shifa*, una biografía del Profeta escrita por Cadi Iyad al-Andalusí de Ceuta.

Por estas notas marginales sabemos, pues, que Ali y sus allegados ya se encontraban en esa fecha en la ruta que conducía al Bilad es-Sudán, a donde querían llegar para encontrar allí la paz que buscaban desde que salieron de Toledo y no habían encontrado todavía.

Pero antes de seguir el camino hacia la curva del Níger, Ali y sus acompañantes peregrinaron a La Meca y a Medina, adquiriendo de vez en cuando manuscritos que los comerciantes llevaban en sus caravanas o que compraba en las ciudades por las que pasaban, engrosando la colección que Ali se trajera de Toledo. Y de regreso al Tuat emprendieron el viaje hacia el sur buscando la tierra de los negros.

Al igual que hacían las caravanas, Ali ben Ziyad se detuvo en Walata, pero no sólo para aprovisionarse de víveres y agua, sino para dedicarse durante cuatro meses a comerciar con quienes transitaban por allí y con ello mejorar su ya menguada economía.

Transcurrido ese tiempo en Walata, donde también adquiriría valiosos manuscritos, Ali y su grupo continuaron el viaje hasta llegar a Gumbu a principios de 1468, donde se asentarían definitivamente. Para entonces el contingente humano había aumentado pues Ali había sabido conformar una clientela de personas, unas provenientes de la Península Ibérica y otras que se había ido incorporando en su deambular por el Magreb, dedicadas al comercio bajo su dirección.

Gumbu era una población que había pertenecido al antiguo imperio de Ghana, de etnia soninké, que se había incorporado al nuevo imperio songhai, regido entonces por Sonni Ali Ber.

En su nueva ciudad, Ali continuó dedicándose al comercio y al negocio que conocía de las hospederías, estando al tanto de las noticias que los caravaneros traían del otro lado del Estrecho y del Magreb. Pero también continuó con su faceta de hombre ilustrado, acrecentando su biblioteca y conocedor de las leyes islámicas, lo que lo llevó a ejercer de jurisconsulto y cadí.

Ali ben Ziyad entendió que una manera de integrarse aún más en la sociedad que lo había acogido sería contribuir con su peculio a la financiación de obras necesarias para la población, toda vez que sus actividades comerciales y el negocio de las hospederías habían mejorado notablemente su situación económica. Así, intervino financieramente

en la ejecución de variadas obras públicas, como en la construcción de una pequeña mezquita, por ejemplo.

Esta posición económica y benefactora de Ali lo situó en lo más alto de la sociedad de Gumbu, donde fue considerado uno de sus notables, al que acudían muchos para conocer su opinión en los más variados asuntos de la vida cotidiana. Su encumbramiento social le facilitaría casarse con una princesa de la familia imperial, Khadija, hija de Kasaï, una hermana del emperador songhai Sonni Ali Ber casada a su vez con Abu Bakr Sylla, de la antigua familia real de los Sylla.

Este matrimonio supondría el mestizaje de dos razas y la unión de familias tan prestigiosas como la hispano-goda de los Banu al-Quti y las songhai de los Sonni y de los Sylla. Y a partir de ese momento el término Kati sustituiría al de al-Quti como identificativo de la descendencia de Ali ben Ziyad. El primogénito del enlace mixto sería Mahmud Kati, el primero de los Quti africanos, un personaje de crucial importancia en la historia que estamos contando.

En *El eunuco* hacemos a Yuder referirse a Ali como un precursor hispano de él mismo, patriarca de una familia a la que conoció en la persona de Mahmud Kati:

...Y me habló de él [Mahmud Kati] por su procedencia hispana por línea paterna, que se remontaba a Ali ben Ziyad, de la familia de los Banu l'Quti, que se exiliara de Toledo en 1467 por la intransigencia religiosa del momento en la Península Ibérica. El apellidarse Quti indicaba su procedencia goda, aunque aquí en el Sudán empezó a conocersele como Ali ben Ziyad al-Andalusí, como tantos otros oriundos del antiguo al-Andalus.

Parece ser que este Ali ben Ziyad llegó hasta la curva del río Níger, concretamente a la ciudad de Gumbu, y allí emparentó con la familia imperial del Songhai al casarse con la princesa Khadija, hermana del que sería el primer emperador de la dinastía de los askia, el Askia Muhammad. Fruto de este matrimonio nacería Mahmud Kati... (243).

Finalmente, Ali, una vez asentado socialmente tanto él como su familia, volvió al norte, tanto al Magreb como a la Península Ibérica, posiblemente por la añoranza del pasado. Tras cinco años viajando y comerciando por estas tierras, en Gumbu se le tuvo

por muerto, noticia desmentida por su vuelta, saludada por todos. Y ya no viajaría más este fundador de una de las familias más prestigiosas del África negra, muriendo seguramente sobre 1515.

V.3.5: Mahmud Kati, el padre de la historiografía africana

El primogénito africano de Ali ben Ziyad fue Alfa Mahmud Kati, cuya educación, como era tradicional en la región sudanesa, especialmente entre las clases nobles, fue encomendada a uno de sus tíos maternos, el hermano de su madre, Muhammad ben Abu Bakr Sylla, que llegaría a convertirse en el emperador Askia Muhammad.

El preceptor de Mahmud Kati era entonces gobernador de Hombori, una meseta que limitaba con el país dogón y de donde provenían los songhai. Ello le permitió al hijo de Ali ben Ziyad formarse en la vida cortesana y diplomática, recibiendo además una esmerada educación tanto en las ciencias como en las letras. Estudió la lengua árabe clásica y su gramática, así como derecho, historia y filosofía, además de disciplinas científicas como las matemáticas, medicina y astronomía. Fueron amplios y variados conocimientos los que adquirió, que hicieron de él un hombre sabio y preparado para la política y la diplomacia (Diadié, 2003: 63 y ss.).

El tío de Alfa Mahmud en 1493 se convirtió en el nuevo soberano del imperio songhai, tras derrocar al heredero de Sonni Ali Ber, su primo Abubacar Dao, finalizando con él la dinastía de los Sonni e instaurándose la nueva de los Askia, pasando él a conocerse como el Askia Muhammad. El nuevo emperador llevaría a su sobrino Mahmud a la corte de Gao, donde desempeñó diversos cargos en la administración estatal, y también lo hizo acompañarle en su peregrinaje a los Santos Lugares del Islam en 1496.

En 1505 Mahmud Kati conoció a León el Africano, cuando éste acompañaba a un tío suyo que viajó al Sudán en misión diplomática ante el Askia en nombre de su soberano, el wattasida Muhammad al-Burtugali de Fez. Ambos tendrían ocasión de intercambiar informaciones de los mundos de los que procedían, como podemos deducir de las notas marginales que aparecen en algunos manuscritos del Fondo Kati, que atestiguan dichos encuentros. Sus obras respectivas *Tedzkire al-Ihwan* y *Descripción General del África y de las cosas peregrinas que allí hay* podrían estar “contaminadas” de informaciones y

saberes compartidos entre Mahmud y León, dos oriundos en definitiva de la Península Ibérica (Llaguno, A., 2006: 259-260).

Hasta 1529 Mahmud Kati ejerció distintos cargos políticos y diplomáticos con su tío el Askia Muhammad, llegando a ser gobernador de la provincia de Baghana, al oeste del imperio, y encargado de la hacienda imperial, una especie de ministro de Hacienda, cargos que abandonó cuando el emperador fue depuesto por su hijo Musa en ese año. El primer Kati africano se retiró entonces a Tindirna, no lejos de Tombuctú, donde volvería al negocio familiar de las hospederías y a ejercer, igualmente, de cadí (juez) de la ciudad (Diadié, 2003: 99 y ss.).

En *El eunuco* hemos querido dejar constancia de la historia de los Kati, de su genealogía, del papel histórico de Mahmud, que hubiera querido, si la edad no se lo hubiera impedido, participar en la comisión negociadora de los Askia con los invasores marroquíes. En la novela se lo cuenta Yuder a su amigo Marcos, el escribano cortesano de Marrakech, en una carta en la que trasluce su admiración por el sabio oriundo de su misma patria, al tiempo que ello le supone considerar su presencia continuadora de la de otros hispanos que siglos atrás recorrieron ese mismo camino desde la lejana Hispania a las orillas del Níger:

Diawara me habló de un tal Mahmud Kati, otro notable de la corte songhai y tío del askia, al que le hubiera gustado formar parte de la delegación negociadora, pero que por su avanzada edad optó por retirarse a su aldea de Arkoja, una población de la región de Jimballa. Y me habló de él por su procedencia hispana por línea paterna, que se remontaba a Ali ben Ziyad, de la familia de los Banu l'Quti, que se exiliara de Toledo en 1467...

Fruto de este matrimonio [de Ali ben Ziyad y la princesa Khadija] nacería Mahmud Kati, el primero de los Kati africanos, abuelo del que te hablo, y que me dijeron mis contertulios que fue un gran político e historiador del África negra y de las relaciones entre las dos orillas del Mediterráneo y el Sudán. Fue para mí un descubrimiento maravilloso el darme cuenta de que no éramos nosotros los primeros blancos que se habían aposentado en estas tierras, al margen de los comerciantes, sino que otros lo hicieron siglos atrás, pues tampoco Ali ben Ziyad fue el primero que hasta aquí llegó (243).

Ya centenario, Mohamed Kati dejó Tindirma para irse a vivir a Arkoja, a la región de Mopti, donde encontraría la muerte el 27 de septiembre de 1593, y de allí fue llevado a Tombuctú para ser enterrado en la ciudad santa. Dos años antes, en 1591, Mahmud recibiría la visita de Yuder Pachá y de algunos de sus generales, como Ammar al Fata y Azan Ferrer, que se desposarían ambos con mujeres de la familia Kati.

Aunque es conocida la longevidad que alcanzó Mahmud Kati, algunos historiadores, como John Hunwick, que visitó la biblioteca Kati en 1999, dudan de si realmente nos referimos siempre al mismo Mahmud Kati o a dos, uno hijo del otro con el mismo nombre, como parece deducirse por la autoría de alguna obra que se le atribuye (Temboury, 2015: 612-613).

Hacia 1580 Mahmud Kati visitó en Gao al entonces emperador Askia Daud (1549-1583), al que le propuso llevar la biblioteca imperial a Tindirma para salvarla de posibles revueltas palaciegas, a lo que el monarca accedió. Allí, alejado de la corte, Alfa Mahmud fusionó en una las dos bibliotecas, la imperial de Gao y la familiar que trajera su padre de la Península Ibérica, y que su progenitor y él mismo ampliaron con adquisiciones sucesivas. Ese puede considerarse el germen de lo que luego sería el Fondo Kati, del que hoy es director y propietario Ismael Diadié Haidara.

En la producción literaria propia de Mahmud Kati destaca sobremanera el *Tarikh el-Fettach* (“Crónica del investigador”), aunque es más bien una obra colectiva que él mismo inició en 1519 y en la que seguramente intervendrían otros Kati, como uno de sus nietos, Ibn el-Moktar, con el que podemos dar por concluida la crónica en 1599, aunque aparecieron posteriormente notas manuscritas por descendientes de el-Moktar hasta 1668.

En el *Tarikh el-Fettach* podemos encontrar la historia de los grandes imperios de la Curva del Níger, concretamente de Ghana, Malí y el Songhai, así como de la llegada de Yuder Pachá al Sudán y del exterminio de los judíos de Tindirma en 1495, tanto su aniquilación como la expulsión de los que quedaron vivos. Estos judíos se habían asentado en el Tuat cuando, tras la conquista de Granada por los Reyes Católicos en 1492, se exiliaron allí. El Askia Muhammad ordenó la operación instigado por el radical islámico Mohamed al-Maghili, alfaquí de Tremecén, que no cesó en su empeño antijudío hasta que el Askia los expulsó del imperio. Era entonces Mahmud Kati cadí

de Tombuctú, un testigo privilegiado del genocidio, que narró en su conocida crónica (Diadié y Llaguno, A., 2018: 176-177).

Otra obra de relevancia, ésta sí de autoría exclusiva de Mahmud Kati, fue su *Tedkire al-Ihwan* (“Investigaciones sobre mis hermanos”), donde traza certeras pinceladas históricas sobre la Hispania visigótica preislámica y el exilio de muchos andalusíes al continente africano. Además, Alfa Mahmud fue autor de un libro científico sobre oftalmología, en el que adiestraba a una nueva cirugía ocular, otras crónicas históricas y obras filosóficas menores.

Muchos estudiosos consideran a Mahmud Kati el padre de la historiografía africana, en tanto que la revolucionó epistemológicamente al aproximarse de una nueva manera a los hechos históricos, acercamiento alejado de la visión teocrática del mundo imperante hasta entonces.

YUDER PACHÁ Y SUS COETÁNEOS

En el apartado anterior nos hemos referido a los personajes históricos de procedencia andalusí o hispana que llegaron a la Curva del Níger antes de que lo hiciera Yuder Pachá, personajes reales que marcaron una impronta personal en el territorio, en el que ejercieron una gran influencia en variados aspectos de su idiosincrasia (poesía, espiritualidad, arquitectura, organización política...), cuyas huellas es posible detectarlas aún hoy día. Cabría ahora detenernos en aquellos otros personajes contemporáneos a Yuder, pero si quisiéramos hacer un tratamiento exhaustivo de sus vidas añadiríamos centenares de páginas a esta tesis, lo cual no es objeto de la misma. En el anexo de personajes históricos figuran todos ellos, con un sintético perfil biográfico, pero quizá deberíamos reducirlos a aquellos que tuvieron una relación más próxima a nuestro protagonista, con una participación similar en la novela.

Un criterio de selección podría ser el de su importancia para Yuder, que podríamos obtenerlo de uno de los contenidos de los sueños que tuvo en la prisión de la Sahena, en vísperas de ser ajusticiado, cuando rememora todo su pasado. Su amigo Marcos Sánchez (el escribano Hakim al-Andalusí) reproducirá en su *Crónica* sobre la muerte del general cuevano su conversación con él, en la que, en ese postrer momento, Yuder se acuerda de lo que ha soñado, cuando le vienen a su cabeza unos personajes concretos y no otros:

--- ¿Y cómo eran esos sueños, Yuder?

--- De todo ha habido, Marcos, porque la vida misma da placer a veces y otras da dolor. Placer he sentido cuando se me han aparecido mis padres, mi hermana, mis padrinos, los amigos de la infancia, Leonor, el padre Marín, la princesa Lalla, Anisa, Nana, Hawa, al-Mansur, al-Fata, Abu Haffs, Ahmed Baba, Bagayoko, el pequeño Yuder ben Salem y otros tantos que me quisieron y a los que quise. La angustia y la opresión me vinieron cuando distinguí, en ese duermevela, a al-Dugali, ben Zarqun, al-Torki y otros personajes de la misma ralea (336).

Si de esa relación quitáramos a su supuesta familia (presuposición nuestra) y los personajes ficticios, incluyendo a aquellos paisanos del protagonista que existieron pero no con los nombres y ejecutorias vitales utilizadas en la novela (Leonor, Hawa, Anisa y ben Salem) nos quedaríamos con el padre Marín, la princesa Lalla, el sultán al-Mansur, al Fata, Ahmed Baba, Bagayoko, al-Dugali, ben Zarqun y al-Torqui como personajes a los que el propio Yuder destacaría como importantes en su vida.

Un segundo criterio de selección de los personajes que afectaron vitalmente a Yuder, positiva o negativamente, sería el derivado del análisis actancial que hemos visto, que establece los nudos funcionales entre personajes y acciones, sabiendo que no todos los elementos que intervienen son personas de carne y hueso, sino que también pueden serlo ideas o conceptos. Así, como Destinatario aparece siempre el sultán al-Mansur y como Destinatario el grupo de los amigos de Las Cuevas, cuyo representante más notorio sería su amigo y confidente Marcos Sánchez. Como Sujeto también siempre será Yuder quien ocupe esa posición funcional. Los Ayudantes serán el sacerdote Diego Marín, la princesa Lalla, Ammar al-Fata, el corsario al-Dugali, Hakim al-Andalusí, Abu Hafs, Nana la turca, Ahmed Baba, Mohamed Bagayoko y Abu Faris. Finalmente, los Oponentes lo serán el marqués de los Vélez, Ben Zarqun, al-Dugali (doble papel), Mustafa al-Torqui y los príncipes al-Mamun, Muley Zidane y Abdallah.

A lo largo de la tesis cada uno de estos personajes ha ido apareciendo según analizáramos la novela desde una u otra consideración: unidades sintácticas (cronotopo, acontecimientos y personajes), sujetos de la producción y recepción literaria o los modos narrativos utilizados. No obstante, nos extenderemos un poco más sobre algunos de ellos por su importancia en el texto y por la significación que tuvieron en relación a nuestro protagonista, y lo haremos en el momento en que aparecen en la vida de Yuder, por lo que el eje que vertebrará su aparición será el recorrido que hagamos de aspectos significativos de la biografía de Yuder a los que hemos aludido poco o nada hasta ahora en la tesis. Y siempre los datos biográficos que aportemos serán los que aparecen en *El eunuco* como tales.

Y nos referiremos tan sólo a aquellos que aparecen en la vida de Yuder antes de que partiera para conquistar el Songhai y de manera relevante, puesto que aquellos otros que conoció en la Curva del Níger, como Abu Hafs o los intelectuales tombuctianos Ahmed Baba o Bagayoko, y otros secundarios o terciarios como Nana la turca y el nieto o hijos de al-Mansur, ya han sido aludidos biográficamente en otros capítulos de la novela.

Hechas estas consideraciones, y atendiendo a los dos criterios de selección de los personajes, entrecruzándolos, haremos ahora un bosquejo de la biografía de Yuder Pachá desde su nacimiento a su primera madurez, insertando en ella semblanzas históricas del sacerdote Diego Marín, el corsario al-Dugali, el sultán al-Mansur, la princesa Lalla, Ammar al-Fata, ben Zarqun y al-Torki.

V.4.1: Nacimiento de Yuder Pachá y su rapto por los corsarios berberiscos. Diego Marín, al-Dugali y el príncipe Ahmed (al-Mansur)

Aunque sobre el nacimiento y circunstancias identitarias de Yuder hay varias hipótesis, como recogemos en otro sitio (Llaguno, A., 2006: 265-273), suscribimos una de ellas, como defendimos en ese lugar y en alguna otra publicación posterior. Es la misma de la que partimos en la novela: Yuder nacería en Las Cuevas en 1562, hijo de Diego de Guevara y de Isabel de Mendoza. El presbítero Diego Marín se lo recuerda en su *Memorial*:

Me dispongo a cumplir una petición que me hiciste hace ya bastantes años, Yuder, cuando entonces todavía te llamabas Diego, como yo, aunque la verdad es que para mis adentros te sigo recordando con ese nombre cristiano con el que te bautizó el sacerdote don Martín Cabeza de Vaca en Las Cuevas del Marqués allá por el año del Señor de 1562 (37).

¿Quién era este **Diego Marín** que aparece como el primer personaje relevante en la novela? Era un sacerdote que en el mismo *Memorial* referido indica su procedencia y la razón por la que llegó a Las Cuevas: “Yo acababa de llegar a la villa procedente de Bédar, precisamente para sustituir al anciano don Martín [párroco de Las Cuevas], achacoso ya por la edad y por la gota...” (p.37).

Raptado, al igual que Yuder, por al-Dugali a finales de 1573, Marín se convertirá en su preceptor hasta que su pupilo fue nombrado pachá del sitio de Tánger, destino al que no lo acompañó porque el sultán al-Malik lo retuvo en la corte como consejero. Sus conocimientos del árabe y costumbres de los cristianos y musulmanes hicieron que el soberano lo introdujera en la actividad diplomática, que lo envió en una misión ante el

rey Felipe II para conseguir unas relaciones de amistad entre los dos reinos. El mismo sacerdote se lo cuenta a Yuder en la primera carta que le escribe cuando éste está viajando hacia su exilio:

El 16 de abril de 1577 partí hacia Madrid, donde se encontraba el rey español, con una carta del sultán en la que le expresaba su deseo de establecer una alianza política entre la monarquía católica y el imperio de Marrakech, y ello lo hacía en unos términos muy lisonjeros hacia mi persona, expresándole la plena confianza que hacia mí tenía al tiempo que le informaba de que me había dado la libertad, al igual que hiciera contigo. Yo mismo traduje la carta del sultán del árabe al castellano, copiando después estas frases que te transcribo:

“Vuelvo a escribir de nuevo a Vuestra Majestad ahora con el Padre Diego Marín, al cual di libertad por los servicios que me ha hecho y, conociendo su fidelidad, determiné escribir ésta a V.M. certificándole que al dicho Padre Marín se le puede dar todo crédito en lo que V.M. tratará, porque él lleva a cargo el intento de mi voluntad, y V.M. esté cierto que todo lo que él tratare lo cumpliré, como por las obras parecerá²⁷ (179).

En Madrid Diego Marín estará dos años, volviendo en 1579 de nuevo a Marrakech, ahora como embajador del rey cristiano, gestionando ante las autoridades marroquíes la entrega de la plaza fuerte de Larache a los españoles a cambio de la cesión que ellos hicieron antes de la de Mazagán. Aunque este papel de doble embajador de Marín contribuyó a asegurar las buenas relaciones entre los dos soberanos, su insistencia en la cesión de Larache, defendiendo los intereses hispanos en esta ocasión molestó al sultán al-Mansur y a la corte de Marrakech, especialmente al secretario del Tesoro, el judío Jacob Rute, que maniobró ante su rey para indisponerlo más hacia su antiguo consejero y embajador.

El rey Felipe reclamó al sultán la presencia del padre Marín en Madrid, a lo que al-Mansur se negaba con variadas excusas. En un viaje que el sacerdote hizo acompañado

²⁷ Extracto de la carta enviada por al-Mansur a Felipe II, actualizada por el autor, recogida por Darío Cabanelas en *Diego Marín, agente de Felipe II en Marruecos*, “Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos”, XXI (1972).

de Rute a Fez, misteriosamente Marín moriría, tal y como escribió el escribano Hakim a Yuder, sospechando de la autoría regia de tal luctuoso hecho:

Mientras que Pedro Venegas [embajador de Felipe II al que tenía que haber acompañado Diego Marín] partía para España, el sultán ordenó a Jacob Rute y a Diego Marín que fuesen juntos a Fez para resolver al parecer unos temas en los que ambos participaban. Sólo sé del viaje que nuestro maestro fue atacado sorpresivamente por malhechores que se dieron a la fuga después de dispararle con unas escopetas, pero fallaron en los disparos, matando por error a dos soldados de la comitiva. Dos días después lo que no hicieron las balas lo hizo un dulce de azúcar envenenado. ¿Quién lo hizo?, ¿quién lo mandó hacer? ¡Sólo Dios sabe el porqué de las cosas que suceden y el destino de los hombres! (202).

Prosiguiendo con la biografía de Yuder Pachá, Pedro Llaguno, partiendo de lo publicado por Villar Raso (1987: 10-11), descubre la partida de bautismo de un tal Diego, hijo de Diego de Guevara y de Isabel de Mendoza, apostando porque este niño fuese Yuder Pachá (Llaguno, P., 1990: 26).

El documento encontrado en la iglesia parroquial de Cuevas del Almanzora (antes Las Cuevas) data de 1562 y anota como fecha del bautizo la del 13 de marzo de 1562, llevado a cabo por el sacerdote Martín Cabeza de Vaca y actuando como padrinos Francisco de Baena y Catalina Hernández (Archivo parroquial de Cuevas del Almanzora: 1562, folio 7).

Suscribimos la hipótesis de Manuel Villar Raso y de Pedro Llaguno, dando por supuesto la identificación del protagonista Yuder con aquel niño de Las Cuevas llamado Diego de Guevara, así como su fecha de nacimiento, arrancando de esa suposición la trama de la novela.

En cuanto a la procedencia de Yuder, la mayoría de los autores dan por cierta la aseveración del *Anónimo Español*²⁸ de 1595 de que nació en Las Cuevas, en el reino de

²⁸ Se conoce por *Anónimo Español* un manuscrito que Jiménez de la Espada hiciera en 1877, titulado *Libro del conocimiento de todos los reynos, tierras y señoríos que son por el mundo*. El manuscrito se redactó en 1591, la misma fecha en que Yuder llegó al Sudán, y se incluyó en el tomo sexto del *Libro de los Jesuitas*, que el arzobispo de Sevilla, Carlos D.R. de Castro, mandara recopilar en 1595, y que Jiménez Espada incorporó en su edición de 1877. Posteriormente, Henri de Castries publicó el manuscrito en 1923 en la Revista Hespéris.

Granada, llamada actualmente Cuevas del Almanzora, en la provincia de Almería.

Sobre sus aspectos personales tenemos pocas referencias, tan sólo que no era de gran estatura, de tez clara y que tenía los ojos azules. Ya desde el principio de la novela queremos insistir en el poder magnético que parece que tuvo sobre los que le rodeaban, lo que hoy se llamaría un líder, que le hizo confraternizar con príncipes y soldados. Nos referimos a la profundidad de su mirada, ligada al color azul de sus ojos, para apuntar una personalidad inicial atractiva. Ya aludíamos a ello cuando hablábamos de la caracterización que hacía el sacerdote de su pupilo (38).

En esa caracterización inicial, Marín apuntaba ya un rasgo de la personalidad de Yuder además de su capacidad de liderazgo derivada de su predisposición a la empatía. Aludimos a su necesidad de ser aceptado por los demás, consecuencia de la inseguridad originada por su historia vital de carencias afectivas, que necesitaba cubrir apresuradamente, sin discriminar en ocasiones su procedencia. Esto le empujaría a nuestro protagonista a mantener relaciones pseudo-filiales con personajes enemigos y muy diferentes entre sí. Con ello consiguió que todos ellos desconfiaran de él por mantener al mismo tiempo esas relaciones tan especiales con personajes contrapuestos entre sí, creyendo cada cual que le estaba siendo desleal con el otro *padre*.

Esta desconfianza se evidenciará primero en el príncipe Ahmed, el futuro al-Mansur, cuando sorprende a Yuder saliendo de una de las habitaciones del palacio de Marrakech, de la que poco antes había salido al-Dugali y al-Gurri, dos de los militares que planearían años más tarde un golpe de estado contra él. Lo contamos en el capítulo “Al-Malik en palacio. 1577”:

Al poco de salir los pachás de la estancia lo hice igualmente yo, llevándome la sorpresa de encontrármelos en el pasillo con el príncipe Ahmed. Me arrodillé y cogí la mano del príncipe para besársela, al tiempo que observé su rostro, que manifestaba su contrariedad por habernos visto salir a los tres de la misma habitación.

--- Pregunté por ti, Yuder, y no supieron decirme dónde estabas, pero ya veo que estabas muy bien acompañado --- me dijo el príncipe, complementando con sus

palabras su gesto anterior de sorpresa y desagrado, lo que tampoco pasó desapercibido a los pachás (126-127).

El mismo Yuder se da cuenta de su error y le confiesa a su amigo Marcos, en la misma página, su percepción de la situación:

Comprendí, Marcos, que se había instalado en el príncipe Ahmed cierta desconfianza hacia mí por lo que él suponía proximidad mía con al-Dugali, desconfianza cuya persistencia en el tiempo me hizo pensar que truncaría la trayectoria personal que empezaba a iniciar (127).

Es el momento en el que las dos figuras protectoras de Yuder en el escenario marroquí entran en colisión por querer disputarse en exclusividad el servicio y la gratitud del protegido: por un lado el príncipe Ahmed y, por otro, el corsario al-Dugali.

Indudablemente, el personaje histórico más relevante en la vida de Yuder, con una presencia en paralelo a la suya en gran parte de la novela, es el sultán **al-Mansur**, que nuestro protagonista conocería en Fez –recordamos que siempre en *El eunuco*- en 1574, cuando el soberano era todavía príncipe (**Muley Ahmed**), acompañado de su hermano mayor, al-Malik. Ambos luchaban contra su sobrino al-Muttawakil, que se había proclamado sultán a la muerte de su padre, Abdallah, cuando la ley sucesoria establecía que quien tenía que suceder a un soberano era su hermano mayor, en este caso al-Malik, y no su hijo primogénito. En Fez, pues, se conocerían Yuder y Muley Ahmed, cuando el primero formaba parte de la presa capturada en Las Cuevas que el corsario al-Dugali llevaba a Marrakech para entregársela al sultán.

Después de la famosa batalla de Alcazarquivir o de los Tres Reyes el príncipe Ahmed sería coronado como sultán, Ahmed al-Mansur, cuya figura recorrerá toda la novela, en la que hay apartados de esta tesis, como el de “Yuder Pachá y el el sultán al-Mansur”, en los que explícitamente se habla de su trayectoria vital, además de otros muchos en los que ocupa un papel destacado en el texto, ya sea en las *Confesiones*, las *Cartas*, la *Crónica* o la voz omnisciente. En este sentido, no es superfluo que en el análisis actancial de la novela aparezca como único Destinador el sultán y como único también Sujeto Yuder Pachá. Entendemos, pues, que no cabe añadir ahora más comentarios a su

figura explícitamente, salvo las alusiones inevitables a su figura cuando hablemos de otros personajes o de determinados acontecimientos.

Said ibn Faray **al-Dugali**, era un morisco de Órgiva, del antiguo reino de Granada, que huyó a la Berbería para hacerse pirata y vender en plazas como Tetuán o Argel los cautivos que hacía en las costas de la Península Ibérica. El padre Marín traza muy bien su trayectoria biográfica en su *Memorial* a Yuder:

Pronto al-Dugali se hizo valer en la corte, y más que pirata fue corsario a las órdenes del sultán, al que suministraba valiosos esclavos andalusíes, muy apreciados por su destreza en el manejo de las armas y en las tareas administrativas de palacio. Al-Dugali sabía también cuidar de su gente, para la que conseguía del sultán asentamientos en la vega de Marrakech donde poder cultivar los productos de la tierra cuando no estaban en actividades bélicas, aunque ello también le causara la enemistad de muchos de estos colonos, forzados a ser agricultores cuando antes eran comerciantes o letrados.

El sultán se dejó aconsejar por al-Dugali hasta el punto de que formó un ejército como él le proponía, encargándole el reclutamiento de andalusíes emigrados y de los esclavos que capturara en las razias, como la que había hecho en Las Cuevas. Se convirtió en el mando supremo del cuerpo de elite de esta fuerza militar, su artillería, como alcaide de ellos, unos dos mil andalusíes, magníficos como ballesteros y arcabuceros, además de ser extremadamente belicosos, con sed de venganza hacia los otrora convecinos suyos en el antiguo reino de Granada (40-41).

Al-Dugali fue el primero que se dio cuenta de la valía de la presa capturada en Las Cuevas, y le procuró una adecuada educación en la corte de Marrakech. Pero no era una actitud desinteresada, sino que era lo habitual en él: formar infantes que en el futuro le sirvieran para sus intereses ocultos, que no eran otra cosa que alcanzar el poder supremo. Era, en cierto sentido, un estratega, que, al margen de las tácticas a corto plazo, preveía un escenario de contienda más allá del tiempo presente, en el que tendría que contar con los mejores entre sus filas, y uno de ellos quería que fuese Yuder.

El presbítero Diego Marín, el preceptor de Yuder, se lo advierte en su *Memorial*, acabando su exhortación con una duda que vale para él y para el propio al-Mansur. Lo hace en el párrafo de la novela ya transcrito en un capítulo anterior en el que dudaba, en el momento en que le envía el *Memorial*, si Yuder, al igual que otros niños, no había caído ya en la red clientelar que forjaba al-Dugali, confesándole que dudaba todavía si lo consiguió o no (41).

Cronológicamente, el segundo de los protectores de Yuder en Marrakech fue el príncipe Ahmed, que se dio cuenta de su valía potencial si se educaban sus aptitudes, y a ello se aprestó, con la cooperación de al-Dugali, que permitió que ya en la corte el niño Diego de Guevara encontrara la protección de la princesa Lalla, madre del futuro sultán al-Mansur. Al-Dugali, hombre sagaz y previsor, no quiso contrariar la voluntad del príncipe no fuera a necesitarlo en el futuro, dada la convulsa situación política del imperio.

Yuder, además del liderazgo ejercido sobre sus amigos y compañeros de juego en Las Cuevas, del que damos cuenta en los capítulos iniciales de la novela, una vez en territorio marroquí prosigue su afán de aprender las artes militares:

En el trayecto por el norte del reino, en todos los lugares donde descansaban, Diego de Guevara demandaba de los lugartenientes de al-Dugali que le enseñaran el manejo de las armas, cosa que hacían complacidos, asombrados de la gallardía y destreza del niño que pronto sería un adolescente (43).

En uno de esos ejercicios de prácticas que los oficiales de al-Dugali hacían con Yuder para su divertimento, el príncipe Ahmed ve por vez primera al niño Diego de Guevara y "...le sorprendió su entereza y que no se dejara amilanar por personas mayores que él "(p.44).

Al-Dugali no consiente en vender el niño al príncipe, como éste quería, pero acepta como solución de compromiso (Capítulo "La princesa Lalla, 1574"), ponerlo, una vez en Marrakech, bajo la protección de su madre. La misma princesa se lo dice al cura Marín:

--- Mi hijo Ahmed me ha hecho llegar a través de sus agentes su interés por la formación de vuestro pupilo Diego de Guevara, pues parece ser que en Fez le

asombró su gallardía. Mis eunucos de confianza propiciarán que se forme también en la escuela de los príncipes y de que se adiestre como soldado y en tareas administrativas. Además, el alcaide al-Dugali ha mostrado también su interés por el muchacho y ha procurado que esté a mi servicio. Eso allanará mucho las cosas porque el corsario goza de la confianza del sultán (89).

Pareciera que, al igual que al-Dugali, el príncipe pensara en el futuro y en reclutar a los mejores. En este contexto, evitará que el corsario castigue a Diego de Guevara por haberse ofrecido a seguirlo en su destino:

Al-Dugali se abalanzó sobre el niño para separarlo del príncipe llamándole insolente y amenazándole con un duro castigo por su atrevimiento, pero el príncipe lo interrumpió bruscamente:

--- ¡Déjalo en paz, alcaide!, que no es mala la lealtad de un niño cuando no hallo la de muchos hombres que me haría falta (45).

Con estas relaciones prefiguradas entre dos grandes personajes de la política marroquí del momento (al-Dugali y el príncipe Ahmed), Yuder llega a la corte de Marrakech como nuevo esclavo del sultán, presto a educarse en palacio para servir mejor a sus señores.

V.4.2: Yuder en Marrakech: la forja de un líder. La princesa Lalla, Ammar al-Fata, ben Zarqun y al-Torki

Llegado a Marrakech, la novela incide en la formación que recibirá Yuder en la corte, aspecto éste que trataremos en varios capítulos (“El palacio de Marrakech”, “La casa de los eunucos”, “La princesa Lalla” y “La madraza de ben Yussef”). Será el propio Yuder el que le cuente, en sus últimas *Confesiones* a su amigo Marcos, el objeto de esta educación, no sólo de él, sino de todos los eunucos y esclavos del sultán:

... esta educación de los eunucos en el palacio junto a los vástagos reales tenía el objetivo de formar la clase dirigente del Estado, una elite de esclavos bien

preparada militar y administrativamente, capaz de gobernar el imperio, y que todo se lo debiera al sultán, por lo que estos dirigentes serían fieles únicamente a su persona, dispuestos a morir por él si hiciera falta. Era la manera de evitar la formación de una aristocracia, como ocurría en las naciones de la cristiandad, que pudiese rivalizar con los mismos soberanos. El ascenso social del eunuco desde esclavo a hombre principal de la corte sería exclusivamente por la voluntad del sultán, con lo que éste se garantizaba su obediencia y lealtad. Y la imposibilidad de descendencia del eunuco evitaría la creación de castas familiares a las que transmitir el poder acumulado. La única familia con poder transmisible sería la de la dinastía reinante (83).

Esta educación en el caso de Yuder sería más completa que la del resto de sus compañeros, habida cuenta de la protección que desde el principio le dispensaran el corsario al-Dugali y el príncipe Ahmed, el futuro al-Mansur, a la que se añadiría la de la princesa Lalla una vez que Yuder se aposentara en la capital del imperio.

Ya vimos que, entre otros personajes, el sacerdote Marín nos introducía en su *Memorial* la figura de la **princesa Lalla**, la madre del sultán al-Mansur. Era hija del jeque almohade Abu Labbas Ahmed ben Abdallah, un hombre santo que alternaba sus acciones piadosas con la construcción de suntuosos edificios, alarife como era también. Su hija heredaría esta afición, además de ser mecenas de las artes en general.

Para dar mayor verosimilitud a la idea asentada de que la formación de Yuder fue especial, lo que le permitiría cierta camaradería con los príncipes saadíes, nos hemos permitido la licencia de situar a la madre de al-Mansur en la corte de Marrakech, aun reinando en ella los sultanes Abdallah y al-Mutawakkil. Ello justificaría la relativamente educación privilegiada que en *El eunuco* recibiera Yuder en palacio y en la madraza de ben Yusef, tan poco acreditada documentalmente, pero que perfectamente pudiera haberse producido, pues no era extraño que muchos de los príncipes e hijos de cortesanos complementaran su educación en palacio con la asistencia a esta importante escuela islámica. En cualquier caso, esta licencia se inscribe en lo escrito en capítulos anteriores sobre la libertad del autor de mezclar la ficción con los datos históricos documentados para hacer más comprensible, al tiempo que verosímil, la historia contada.

La princesa Lalla se encargaría de comunicar al preceptor de Yuder, el presbítero Diego Marín, la formación que recibirá su pupilo, auspiciada por dos personajes antagónicos: su propio hijo Ahmed y el raptor del niño protegido por ambos:

--- Mi hijo Ahmed me ha hecho llegar a través de sus agentes su interés por la formación de vuestro pupilo Diego de Guevara, pues parece ser que en Fez le asombró su gallardía. Mis eunucos de confianza propiciarán que se forme también en la escuela de los príncipes y de que se adiestre como soldado y en tareas administrativas. Además, el alcaide al-Dugali ha mostrado también su interés por el muchacho y ha procurado que esté a mi servicio. Eso allanará mucho las cosas porque el corsario goza de la confianza del sultán (89).

La formación en palacio de Diego de Guevara, el futuro Yuder, sería la clásica que recibiría todo estudiante de buena posición social de aquella época, en gran medida basada en la recitación del Corán, a través de la cual aprendía el árabe y se imbuía del espíritu religioso del Islam. Yuder lo recuerda en sus *Confesiones*:

Días enteros todos los escolares recitábamos mecánicamente primero el alfabeto y después suras completas del Corán, pues una cosa que se nos enseñó desde el principio fue que la recitación de memoria de las suras y versículos del libro sagrado era un deber del buen musulmán, aunque nosotros no lo fuésemos, pero que era el modelo a imitar. Y junto a la lectura, la caligrafía ocupó en seguida nuestro tiempo, aplicándonos a ella como si dibujásemos en vez de escribir (91).

Pero la personalidad de Yuder se estaba configurando más hacia la acción que hacia la contemplación, hacia lo militar más que a lo religioso o lo administrativo, aspectos todos en los que se adiestraba en palacio:

---... lo que a mí más me gustaba era la instrucción militar que comenzamos a los tres meses de iniciar nuestra educación en palacio.

...

---... esos son mis mejores recuerdos de mi formación en palacio, el aprender a montar a caballo, a tirar con arco, a manejar la espada y la daga, lanzar la jabalina y luchar cuerpo a cuerpo (92).

Pero la princesa Lalla, convertida en una especie de preceptora de Yuder junto al padre Marín, quería que su protegido adquiriese una formación integral y lo incorporó al grupo de príncipes que irían a la madraza de ben Yussuf a completar sus estudios. Yuder asistirá a la madraza, pero sin olvidar seguir con sus prácticas militares:

A los que veníamos del palacio se nos dispensó del seguimiento regular de los estudios reglados de la madraza porque lo que querían nuestros instructores era que ampliásemos nuestros conocimientos en materias tales como la teología, el derecho, la literatura y las matemáticas, que entendían nos formarían para ser en el futuro eficaces servidores del Estado.

...

Pero yo no descuidaba mi formación militar, en la que me encontraba más cómodo... (94).

Desde que Yuder llegara a Marrakech, la princesa Lalla lo protegerá, no sólo facilitándole una educación esmerada, sino salvándole también de las maledicencias de sus actanciales Oponentes, como las de ben Zarqun y al-Dugali. En toda la novela se evidencia el afecto entre la princesa y Yuder, como le recuerda él mismo a Marcos Sánchez en una de sus *Confesiones*, en la que la equipara con la figura materna perdida:

El día de mi partida [hacia Tánger] fui a despedirme de la princesa Lalla, que en esa ocasión no me tendió las manos para que se las besase, igual que hiciera su hijo Ahmed unos días antes. Ella sí que me dio un abrazo entero, como lo recibí de mi madre cuando partió con mi familia del pueblo... (139).

Siguiendo con los datos biográficos de Yuder, tras su formación completa era obligada su conversión al Islam, cosa que tanto él como sus amigos de Las Cuevas lo viven con júbilo. No lo sentirá así el sacerdote Marín, como posteriormente le expresaría a Yuder en su *Memorial*:

No quise asistir a vuestra profesión de fe, que hicisteis en las dependencias del jefe de los eunucos. En el fondo de mi alma no os lo reprochaba porque entendía que vuestra situación en palacio cambiaría a mejor, además de que deduje, por nuestra última conversación, que también te guiaba en la conversión la llamada del dios único que todo lo rige. Pero no podía asistir a un acto en el que hacíais apostasía de la religión a la que yo servía como ministro (98).

En este período de aprendizaje en Marrakech no podía estar ausente la sexualidad en el desarrollo evolutivo de Yuder, a pesar de que fuera castrado nada más llegar a la corte. Ya en Las Cuevas nuestro protagonista tuvo su primera experiencia amorosa con Leonor, una vecina del pueblo, ficción que hemos introducido en la novela para justificar su actividad sexual, aunque limitada e incompleta, con una amante que tendría luego, Nana la turca, relación de la que sí hay referencia documental. En el harén del palacio de Marrakech, Yuder reconocería a una vecina de su pueblo natal, Juana de Cepeda, también un personaje de ficción, ahora bautizada como Anisa, con la que en la novela le hacemos mantener cierta relación de pareja. En sus *Confesiones* a Marcos Yuder le cuenta a su amigo su renacido deseo sexual, que lo enlaza en el recuerdo con su primera experiencia sensual con Leonor:

Volví a notar, entre las piernas, mi miembro viril sorprendentemente erguido, aunque no con la altivez de cuando me excitaba pensando en Leonor, pero sus labios sí creí reconocerlos en los labios carnosos de Anisa y su cara era también la de ella, y los senos que acariciaba eran también los suyos, aunque los notaba más crecidos que aquellos (108).

En paralelo a esa maduración como persona, Yuder iba también conformándose como líder de su grupo de compañeros, como vimos antes cuando Diego Marín le confiesa en su *Memorial* que tras su mirada azul penetrante veía la razón de que muchos lo siguieran a ciegas, presuponiendo una predisposición incipiente a dirigir personas sobre la base de la empatía que transmitía (38). El mismo Yuder confesaría a Marcos en la cárcel de la Sahena sus recuerdos de su época de educación en Marrakech cuando su formación militar le adiestró en el arte del liderazgo y le hizo aspirar al mando:

Pero yo no descuidaba mi formación militar, en la que me encontraba más cómodo, y procuraba que nuestros compañeros de Las Cuevas me siguieran. Alonso, Francisco, Pedro y tú mismo, Marcos, os decíais mis lugartenientes y, junto a otros jóvenes, empezasteis a referiros a mí como a vuestro capitán, y aunque sabía que era de chanza, eso me dio seguridad y empecé a alimentar pensamientos de futuro, en el que me veía comandando algún ejército del sultán (94-95).

Acabada su formación, Yuder será liberado de su esclavitud, acto de manumisión firmado por el sultán al-Malik, pero alentado por la princesa Lalla y su hijo Ahmed. Yuder es consciente en ese momento de que sus etapas de la niñez y de la adolescencia han pasado y que empieza a ser un hombre adulto que necesita organizar su vida. Él mismo se lo confiesa a Marcos en la cárcel:

Pensé que en ese momento acababa una etapa de mi vida, la de la infancia y la de mi dependencia absoluta hacia mis padres primero y hacia mis preceptores después. Cuando mi pubertad se hubo confundido con mi mocedad accedí a la libertad, a un nuevo estado de madurez incipiente en el que sería más responsable de mi destino (135).

Yuder, pues, en Marrakech pasará de la niñez a la juventud, a una madurez incipiente que le permite empezar a desempeñar algún cargo, a ejercer algún mando, para lo que estaba preparado y siempre había soñado. Su primer destino sería el de pachá del sitio militar de Tánger, y se lo comunicará el príncipe Ahmed en nombre de su hermano el sultán al-Malik:

---... Yuder, el sultán ha decidido nombrarte pachá de Tánger, más bien del sitio que desde hace tiempo mantenemos de la ciudad, todavía en manos de los portugueses. Allí estarás presto a reconquistarla cuando se te ordene, y además cobrarás los impuestos de la región, que tanta falta hacen al tesoro imperial.

--- Pero, señor --- alegué ---, tengo tan sólo dieciséis años. ¿No sería mejor que os acompañara cuando tengáis que salir al campo de batalla?

--- Todo se andará, amigo mío, y ya sois un verdadero hombre, y capaz de hacer lo que os pedimos. Tienes la edad suficiente, Yuder, para empezar a tener cargos de responsabilidad. Ya hemos hablado muchas veces de tus ganas y de tus capacidades, ¿o es que ahora te ves incapaz de comandar una acción así? --- me retó inteligentemente Ahmed.

--- No, señor, pondré todo mi empeño en llevar a cabo con éxito la empresa que me encomienda el sultán... (137-138).

La princesa Lalla resume perfectamente el cambio evolutivo que sufrió Yuder con estas palabras, dirigidas a él, que cierran el capítulo de la novela donde tratamos su nombramiento como pachá de Tánger: “--- Viniste aquí como Diego y te vas como Yuder Pachá, ¡que Alá te guíe por el buen camino, hijo mío! --- y no pude contestarle porque la emoción me lo impidió“(p. 139).

Antes que la princesa Lalla, aparece en escena en *El eunuco* un chambelán de la corte, **Ammar al-Fata**, natural también de Las Cuevas, que junto a ella y otros personajes ya conocidos, ejerció desde el principio el papel actancial de Ayudante de Yuder. Diego Marín lo presenta en su *Memorial* reproduciendo el primer diálogo que mantuvo con él:

--- Efectivamente, señor --- contesté, sorprendido de su excelente castellano ---. Es una alegría oír a alguien que habla tan bien la lengua de la tierra de la que procedemos.

--- Un día ya lejano también fue la mía. Todavía recuerdo la feracidad de las tierras de Las Cuevas, su castillo, donde nos refugiábamos cuando los piratas desembarcaban en la costa, a mis parientes los Cervantes, en fin... ¡tantas cosas!, pero eso ya es pasado.

--- ¡Qué sorpresa, señor!, y ¿cómo es que ahora estáis aquí en el palacio?--- pregunté, asombrado.

--- Ya habrá ocasión de contaros mi historia, sólo quería darme a conocer porque seguramente nos seguiremos viendo.

--- ¿Vivís aquí en el palacio, señor?

--- Así es, soy uno de los chambelanes de la corte. El sultán Abdallah me trajo aquí después de haberle servido como caíd en una de sus plazas fuertes. Mi edad

requiere ya más sosiego --- me respondió como para salir del paso, porque no era una persona anciana, dado que aún no habría llegado a la cuarentena, al igual que yo (71).

Ammar, al igual que la princesa, protegería siempre a Yuder y lo salvaría también en muchas ocasiones de las maniobras torticeras de Oponentes como al-Dugali o ben Zarqun, sobre todo cuando alcanzó el grado de Gran Chambelán de la corte con al-Mansur y tuvo por ello mayor influencia en la misma.

Al-Fata sería uno de los diez generales que acompañaron a Yuder cuando partió para conquistar el Songhai, de donde volvió a Marrakech para regresar a Tombuctú años más tarde investido como pachá del principado marroquí, concretamente el quinto. El sultán llevaba años reclamando a Yuder su presencia en Marrakech con variadas excusas, la última de ellas para que le ayudara en la resolución de las luchas fratricidas que sus hijos habían emprendido entre sí por sucederle en el trono. Al-Mansur sabía que nombrando pachá a Ammar, un viejo amigo de Yuder, en el que confiaba plenamente, éste no se podía negar a admitirlo como tal. La voz omnisciente en *El eunuco* nos describe la situación:

Para hacer posible el relevo en el pachalato al-Mansur designó como nuevo pachá a uno de los amigos y colaboradores más estimados de Yuder, su paisano Ammar al-Fata, que hacía unos años había regresado a Marrakech con una caravana de oro para el sultán. Llegó a Tombuctú a primeros de febrero de 1599 al frente de quinientos renegados, habiendo perecido en la travesía otros quinientos andalusíes que siguieron un camino distinto, error por el que en su día tendría que responder el pachá.

Yuder quiso demostrar a la población su agrado porque fuese al-Fata el nuevo pachá de Tombuctú organizando la ceremonia de entronización, cuyo ritual había él mismo instituido con ben Zarqun cuando éste lo sustituyó en 1591 (312).

Ben Zarqun era natural de Guadix, del reino de Granada, donde guerreó contra las autoridades cristianas en la Guerra de las Alpujarras. Huido a Marruecos, se puso a las órdenes del sultán Abdallah, ayudándolo a formar el cuerpo de artillería. Pero pronto el

granadino marchó a Estambul, donde contactó con el príncipe al-Malik, convirtiéndose en un hombre de su mayor confianza. El futuro sultán le encargó, igualmente a lo que hizo en Marrakech, que le organizase el cuerpo de artillería, con el que quería vencer a su sobrino al-Mutawakkil, que a sus ojos había usurpado ilegítimamente el trono.

Lo anterior lo sabemos en *El eunuco* por el *Memorial* de Diego Marín (128-129), que le relata a Yuder sus orígenes y los cargos con los que el sultán al-Malik lo recompensó. Igualmente, el sacerdote le apuntará que desde que Yuder y ben Zarqun se conocieron, éste último mostró hacia el primero una antipatía acusada, que lo convertiría para siempre en su actancial Oponente:

Conquistado el trono, al-Malik nombraría a ben Zarqun kahiya, título que daban en Estambul al jefe máximo del ejército y que antes, en Marrakech, era el llamado mizwar, un verdadero capitán general o virrey como le llamarían en las naciones cristianas.

Desde el principio, Yuder, percibí que ben Zarqun no simpatizó contigo, quizás porque te consideró un rival nada más conocerte, por tu juventud, capacidad de influir en los demás y apoyos en la corte (129).

Ya sabemos que ben Zarqun no cesaría de maniobrar contra Yuder, temiendo que pudiera hacerle políticamente la sombra, tratando de influir sobre el sultán al-Mansur contra su persona, como cuando llegó a la corte la epístola de Yuder al soberano conminándolo a ejercer la diplomacia con el derrotado askia Isaq II, como hemos visto ya.

Fruto de este episodio último, el sultán reemplazaría a Yuder como pachá de Tombuctú por ben Zarqun. En sus *Confesiones* Yuder vuelve a recordar la figura de su sucesor cuando está llegando a Tombuctú, proveniente de Marrakech, y el mensaje expeditivo que le transmitió de parte del sultán:

Mohamed ben Zarqun había sido la mano derecha del difunto al-Malik, y continuó su influencia en la corte con su hermano al-Mansur, con el que había sido pachá de Fez, comandante de los esclavos libertos y renegados, guardián del Tesoro imperial y gobernador militar del Sus, toda una carrera política y militar que culminaría ahora con el cargo que en breve nos comunicaría.

...

--- Pachá Yuder, soy portador de un edicto del sultán por el que se te revoca del mando del ejército imperial y de la administración de esta provincia del Sudán (259).

El sultán mantendría a Yuder el rango de pachá, pero con el cometido y posición inferior de caíd, pero no de la ciudad de Tombuctú, sino de la de Gao, reservando la gobernación de la capital del pachalato a uno de los lugartenientes de ben Zarqun, **Mustafa al-Torki**, un actancial Oponente de Yuder, de lo que él era muy consciente, como le confiesa a su amigo Marcos Sánchez:

Comprendí entonces, Marcos, la actitud siempre recelosa conmigo de al-Torki, uno de los diez generales que me acompañaron en la travesía desde Marrakech, porque supuse que era en la corte un allegado de ben Zarqun y que éste seguramente lo habría incluido entre mis oficiales para que lo tuviera informado de mis movimientos (260).

Ben Zarqun moriría en una operación arriesgada, casi suicida, contra el Akia Nuh, que sucediera a Isaq I, en los acantilados de Bandiagara. Yuder Pachá ordenó rescatar su cuerpo y enterrarlo en la mezquita de Sidi Yahya, consciente de su dignidad, a pesar de haber sido siempre enemigos mortales (279-282).

Con este capítulo sobre la biografía de Yuder Pachá y sus coetáneos finalizamos el acercamiento específico a su figura de manera explícita en el apartado de los personajes, aunque es obvio que retazos de su historia han aparecido y aparecerán en otras partes de esta Tesis, como en las dedicadas a los acontecimientos fundamentales de la trama de la novela y en las que se analizan el papel de los narradores y otras figuras retóricas de *El eunuco*.

CAPÍTULO VI

LA PRODUCCIÓN LITERARIA Y SU EXPRESIÓN NARRATIVA

VI.1

LA COMUNICACIÓN NARRATIVA

En la elaboración y transmisión del texto literario cabe diferenciar entre los actores del acto de elaboración del texto narrativo, por un lado, y, por otro, en cómo y por quién se recibe ese discurso literario. Por esto tratamos en primer lugar la enunciación narrativa (producción literaria) y, finalmente, la recepción del relato, componentes ambos del proceso de comunicación, en el que Schmid (1977: 20 y ss.) distinguía tres niveles: uno, extratextual, relativo a la comunicación autor-lector; y dos situados dentro del mismo texto, uno entre el narrador y el narratario y otro entre los mismos personajes de la diégesis.

VI.1.1: LA ENUNCIACIÓN NARRATIVA

VI.1.1.1: Las instancias enunciativas de la narración: escritor, autor y narrador

Las tres instancias de la enunciación narrativa, responsables de la producción literaria del relato, son el escritor, el autor y el narrador, estrechamente relacionadas entre sí, que Barthes (1992: 34) entrelazó de manera clarificadora: “Quien habla (en el relato) no es quien escribe (en la vida) y quien escribe no es quien existe”.

“Quien habla” es el narrador, la voz que le llega al lector. “Quien escribe” es el autor, el responsable de la ordenación material de los elementos del relato, que da lugar a la novela. “Quien existe” es el escritor, el novelista, que, de alguna manera, vive al margen del relato, pero que lo hace posible y es, en definitiva, el responsable último del proceso de narración.

El escritor es la persona física y real, insertada en su mundo social, que tiene la iniciativa creadora de producir una novela. Es una instancia extratextual sin la cual no hay escrito, y que se ocupa de diseñar la estructura general de la obra atendiendo a su propio proyecto personal, que en *El eunuco* obedece a nuestro deseo de dar a conocer un personaje y unos acontecimientos históricos muy relacionados con Andalucía y Cuevas del Almanzora. Un deseo de difusión de una parte desconocida de nuestra

historia, por lo que el escritor (el mismo de esta tesis) recurrirá a recursos extra-textuales como una “Introducción” y un “Epílogo”, algunas notas a pie de página y algunos anexos para complementar, y hacer más entendible, la trama de la historia narrada en la novela, recursos que no dejan de ser unos materiales más de la obra.

Pero el escritor se separa del texto cuando queda configurada la realidad ficcional del relato, transformándose en el autor, quien será el responsable de la enunciación y el encargado de la ordenación de los elementos referenciales de la novela.

Esa delegación de tareas del escritor al autor es necesaria para que exista el discurso narrativo, estando éste, el autor, al borde del relato, ni dentro ni fuera, teniendo en él una función clasificatoria de los diversos textos para agruparlos en un corpus unitario, que será la novela en cuestión (Campillo, 1992: 28-29). El autor, pues, sería el primero que, a juicio de Tacca, daría la cara al lector, por lo que afirma que el libro le pertenece (1985: 35).

El autor será quien establezca la relación entre la realidad y la ficción, ordenando el conjunto de información que tiene, lo que dará coherencia al texto (Gullón, 1979: 158). Y es a través de ese proceso de ficcionalidad como el autor puede transformarse en narrador (Forster, 1985a: 57), al que utiliza para distanciarse de lo narrado, para no ser el responsable de la valoración de los hechos, atribuyéndole “malévolamente” al narrador la autoría de esa apreciación subjetiva.

Pero, en cierto sentido, toda obra que se publica es un engaño, empezando por el escritor que figura en la portada del libro, el verdadero creador del texto y otros elementos extra-textuales (notas, apéndices...), que es el responsable legal de la obra ante la sociedad. Pero el lector, desde el principio, necesita saber quién es el que escribe, el autor en el que el escritor delega la autoría ficcional del relato, que, a su vez, tendrá que decidir sobre el sujeto de la enunciación, que será el narrador, que se situará entre el autor y el lector, para el cual el narrador será el autor ficcional de lo que está leyendo (Trancón, 2012: 452).

Cuando el lector inicia la lectura de una novela, o cualquier texto literario, sabemos ya que establece un pacto narrativo entre sí y el autor, por el que el primero acepta que lo que le cuenta éste es verdad. Se producirá una mágica transformación de su noción de la realidad, una suspensión de las condiciones que rigen la aceptación de “verdad” de su mundo real. El lector respetará las condiciones del proceso de enunciación-recepción determinado por el autor. Es un contrato tácito por el que el lector acepta la retórica

determinada elegida por el autor, con una ordenación determinada, en la que éste se disfraza de narrador (Pozuelo, 1992: 228). En este sentido, Martínez Bonati habla del pacto narrativo como de un fenómeno intrínseco a la naturaleza de la comunicación literaria (1992: 128-134).

Siendo esto así en todos los casos, en la novela histórica lo es aún más porque el lector atribuirá al autor conocimientos de los que él carece, como ocurre en *El eunuco*, una historia muy desconocida en el mundo occidental. La verosimilitud de lo que el narrador cuenta será mayor en este tipo de novelas que en otras.

La relación entre escritor y autor es muy estrecha, por lo que muchos narratólogos hacen equivaler ambos términos, y se refieren a ellos como la única persona real responsable de la autoría del relato. De esta forma, el término “autor real” a veces sustituirá al de escritor, así como el de “autor empírico”.

Tacca (1985: 36 y ss.) analiza la mayor o menor presencia del autor en la novela, distinguiendo, por un lado, entre el autor relator y el transcriptor o editor y, por otro, el autor subjetivo u objetivo y el presente o el ausente. En *El eunuco* el escritor (Antonio Llaguno) pretende convencer al lector de que no ha inventado nada, que ha sido un mero transcriptor o editor de unos documentos que casualmente encontró o se le confiaron, pretendiendo con ello dar mayor objetividad y verosimilitud al relato, queriendo hacerle creer también que se ha mantenido en la más estricta neutralidad.

Lo expresado anteriormente nos remite a la figura del autor implícito, que no coincide con el autor real (escritor). Éste creará una versión implícita de sí mismo, que ordenará los materiales que conforman la novela, como cartas, crónicas, confesiones, datos históricos o memoriales (Booth, 1978: 70-71). Como dice Villanueva, el autor real es el escritor que escribe y produce la novela, la persona de carne y hueso, al margen de quienes sean los narradores, que no son sino entes ficticios (1989: 185). En *El eunuco* hay un autor real, el que firma esta tesis, que empieza contando en la “Introducción” la causa real de una de sus estancias en Marrakech, que era la de impartir una conferencia organizada por el Instituto Cervantes, pero pronto se convierte en autor implícito cuando miente y dice haber recibido de un anciano francés, René, asistente a la conferencia, un cofre con varios documentos, que serán los que constituyan el grueso del relato:

El contenido del cofre consistía en varios legajos de manuscritos enrollados y anudados por tiras de cuero. Uno de los rollos lo formaban unas crónicas de un tal Yuder Pachá que éste le dictara a un escribano que compartía con él encarcelamiento, otros tres eran un conjunto de cartas que intercambié Yuder con este mismo escribano, con un sacerdote y con una mujer, que debería ser su amante a tenor de lo que se decían. Igualmente, había un memorial del religioso y unas cartas del soberano del Sudán y del propio Yuder dirigidas al sultán al-Mansur, además de otros escritos con anotaciones dispersas (16).

Es éste, el de encontrar un manuscrito, un viejo recurso que ya utilizaran Cervantes con *El Quijote*, Goethe con *Werther*, Juan Valera con *Pepita Jiménez*, Humberto Eco con *El nombre de la rosa*, Villar Raso con *Las Españas perdidas* o Antonio Gala en su *Manuscrito carmesí*, entre otros tantos.

Igual que es “mentira” el hallazgo del cofre con los manuscritos lo es el de la existencia de René, el hijo del arqueólogo francés que lo descubriera y robara. El tal René, al igual que su padre, es una figura ficticia, al que el escritor (Llaguno) hace participar en la autoría del ensamblaje de los textos que contenía el cofre, limitándonos ambos a ordenarlos y actualizarlos, traducéndolos al lenguaje de hoy día.

También reconocemos que hemos intercalado entre los documentos antiguos algunas páginas historiográficas que contextualizan el momento histórico y dan cuenta de hechos documentados, no ficcionales, que complementan lo narrado en las páginas previas o inmediatamente posteriores. Es el primero de los tipos que describe Kurt Spang cuando habla de los posibles narradores de una novela, al que llama figura ficticia, que interviene a lo largo de la narración para justificar cómo llegaron a ella esos materiales manuscritos (2000: 648).

Esta figura ficticia se convierte en un verdadero narrador omnisciente que sabe desde el principio el decurso y el fin de la historia, pero que aparentemente se limitará a ordenar el material encontrado, traducirlo a un lenguaje comprensible y a intercalar páginas neutras de historiografía oficial, sabiendo ya que esta supuesta autenticidad es relativa. Lo decimos en la “Introducción” de la novela:

...el grueso de las páginas que empezáis a leer son las que provienen del cofre que tomara prestado el padre de René de la tumba de Yuder. Pero tanto él como

yo pensamos que nos podíamos convertir en narradores omniscientes que engarzarán los relatos del cofre con retazos de cronología histórica, que sirvieran como eslabones que unieran los diferentes textos, incorporando, incluso, diálogos y reflexiones que seguramente tendrían los protagonistas de esta historia.

Mi trabajo, pues, se ha limitado a esa ordenación y traducción de manuscritos y a la inserción de esos pequeños eslabones de recreación histórica, pero los verdaderos autores de esta especie de biografía de Yuder Pachá son él mismo y los personajes que lo acompañaron en su azarosa vida (17).

Y por supuesto este autor, más bien autores (también lo sería René, aunque a partir de ahora nos referiremos a ellos en singular), son autores extradiegéticos, pues es obvio que no pertenecen al mundo del pasado que se cuenta en la novela. Son narradores externos y ajenos a la historia que se cuenta, y al narrar desde la tercera persona gramatical se sitúan en un espacio distinto e independiente del espacio donde suceden las cosas, como nos señalan Vargas Llosa (1997: 53) y Baquero Goyanes, hablando este último de la necesidad de utilizar la tercera persona cuando el autor/narrador omnisciente intercala textos y quiere con ello dar objetividad y verosimilitud a la novela, afirmando que por ello se deriva que tras esta tercera persona se percibe la primera persona del autor (Baquero Goyanes, 1988: 77).

Y es esta distancia temporal y cultural del autor la que inscribe esta novela en la llamada novela histórica más que en la narración histórica, puesto que en la narración no ha lugar esta distancia, mientras que en la novela es un recurso que el autor utiliza conscientemente para dar sentido a lo contado. Se resuelve así el posible anacronismo histórico, al tiempo que sitúa a *El eunuco*, en este sentido, más próxima a la novela antiilusionista que a la ilusionista. Fernández Prieto teoriza muy acertadamente estas apreciaciones que acabamos de exponer cuando analiza las formas y funciones del anacronismo (2004b: 249-250).

El carácter omnisciente del autor contribuye en gran medida a la sensación de autenticidad, incrementada por esa intercalación aludida de datos objetivos que enmarcan los sucesos narrados. El hecho de que, finalizada la novela, se inserten apéndices biográficos y un mapa es natural que aporte credibilidad a la obra, en tanto que contribuyen a demostrar que los datos que se inscriben en el texto son efectivamente verídicos y gran parte de ellos constatables documentalmente.

Pero los verdaderos narradores de la novela son aquellos que escriben *Confesiones*, *Cartas*, *Memoriales* o *Crónicas*, que constituyen el grueso de la obra escrita y veremos ahora. Kurt Spang se refiere a ellos cuando habla del segundo tipo de narradores, el narrador múltiple o el redactor de documentos o escritos, que son también narradores intradieгéticos, intratextuales, figuras participantes en la trama novelesca.

En definitiva, lo que hace el autor real con el autor implícito es lo mismo que hace con la voz narrativa que necesita para convertir una historia en un relato, un recurso retórico básico que le permitirá desplegar la narración, estableciendo quién cuenta, quién habla, pero que no es quien escribe la historia, que no es otra instancia que el narrador, figura que utilizará el autor para que sea quien dé voz a lo que quiere contar, por lo que, de alguna forma, el narrador no será sino una proyección ficcional suya (Martínez García, 2002: 198).

El narrador sería, pues, el agente narrativo que cuenta una historia, el sujeto lingüístico que se expresa en el lenguaje determinado que se materializa en el relato, pero no es el autor implícito, sino el autor transformado en voz de la narración (Bal, 1977: 125).

Pero, además, el narrador, como afirma Vargas Llosa, es siempre, de alguna manera, un ser de ficción al igual que los otros, aquellos a los que él cuenta, pero más importante que ellos, pues de la manera cómo actúa ---mostrándose u ocultándose, demorándose o precipitándose, siendo explícito o alusivo, juguetón o sobrio--- depende que éstos nos persuadan de su verdad o nos disuadan de ella y nos parezcan títeres o caricaturas. La conducta del narrador es determinante para la coherencia interna de una historia, la que, a su vez, es factor esencial de su poder persuasivo (1997: 52-53).

Por otro lado, a pesar de que en ocasiones el escritor pudiera transmitir sus propias experiencias y concepciones vitales sobre los narradores, no tiene por qué coincidir las ideas y actitudes de ambas instancias, sino que pueden ser, y a menudo lo son, claramente divergentes. En nuestra novela es más fácil esta divergencia en tanto que los personajes son mayoritariamente históricos, con una trayectoria vital más o menos conocida por los historiadores, supuestamente alejada de la biografía del escritor, aunque qué duda cabe que cuando éste hace ficción, aún con los personajes históricos, no puede alejar de sí su propia historia personal, que pudiera reflejarse inconscientemente en lo que hace contar o vivir a los narradores y personajes, como diría Vargas Llosa (2002).

VI.1.1.2: Autor versus narrador

Cuando se enuncia un relato por el autor en forma de un texto escrito, el yo del narrador suplanta al yo del autor, creando la ilusión en el lector de que ambas instancias son el mismo sujeto, por el ya referido pacto narrativo. El lector entonces ya no dudará de la unicidad de la autoría, sino que ahora su preocupación será la de convencerse de que los hechos que le cuenta el narrador son ciertos, por lo que el autor tendrá que separarse de la obra y dejar el protagonismo al ser literario que ha creado, el narrador, centro de la enunciación del discurso literario. Como afirma Alberto Paredes (1987: 29), “la persona que cuenta la novela no es propiamente el autor, sino aquel que dentro del texto personifica una proyección del autor como emisor del discurso literario”. No obstante, el autor siempre permanecerá, aunque sea como autor implícito, como responsable último ante la sociedad del discurso narrativo (Booth, 1978).

En novelas históricas como *El eunuco*, el autor (Llaguno) no quiere inventar una historia, sino dar a conocer una que ya existe, pero necesita distanciarse de ella, en tanto que no es uno de sus personajes, sino que actúa como historiador. Esa voluntad de divulgación exige del autor empírico un compromiso con la verdad, pero, al mismo tiempo necesita del género novelesco lo ficcional, para dar verosimilitud al complejo relacional que se establece entre su personaje principal y el perfil identitario de muchos de ellos. El narrador hará posible el objetivo del autor de contar una historia novelada, utilizando para ello recursos dialógicos como las cartas o las confesiones autobiográficas, que dan a lo narrado la inmediatez de lo verídico.

En *El eunuco*, en puridad, antes de que el autor verdadero (el escritor) delegue en el autor ficcional el protagonismo del relato, hay un primer narrador (Llaguno auxiliado por René), que dice haberse limitado a transcribir y editar los documentos encontrados: las cartas de Yuder, Hakim, Diego Marín y Nana la turca, entre otros manuscritos, todos ellos guardados en el cofre guardado por René (16).

No obstante ese fugaz protagonismo, Llaguno y René pretenden convertirse en los narradores omniscientes de las notas asépticas (eso quieren) que jalonan la novela, afirmando que su intervención en la autoría de la novela se ha limitado además de ordenar y transcribir traducidos los documentos del cofre, a redactar unos “pequeños eslabones de recreación histórica” (17). Una omnisciencia repetida en el “Epílogo” de la obra, que pretende relacionar los acontecimientos que siguieron al final de la novela, y que ya se escapan al ámbito temporal de ella, pero que pueden entenderse como

consecuencia de ese final dramático. Pero es una intervención que podemos considerar no ya de autor sino de editor, que une al texto narrativo o literario en sí otros recursos extra-textuales, como los apéndices, las precisiones históricas, la cronología, el glosario, la relación de personajes históricos o un mapa del itinerario que siguió Yuder desde Marruecos a la Curva del Níger.

El objetivo de verosimilitud de esta estrategia autoral es obvio, pero se hacía necesaria también la aparición inmediata de verdaderos narradores del relato, que, a lo largo de él enunciaran al lector la trama de la novela. En la novela contemporánea, en la mayoría de las ocasiones, el peso del discurso no descansará sobre el narrador omnisciente, sino que serán los propios personajes, a través de la escenificación de sus diálogos o sus propias narraciones, utilizando sus testimonios en *Cartas*, *Crónicas* o *Confesiones*, como en *El eunuco*, los que mantendrán el argumento narrativo.

Así, en el primer capítulo de *El eunuco* aparecerá ya el primer narrador verdadero y protagonista de la novela, Yuder Pachá, al que seguirán Diego Marín, Hakím al-Andalusí y Nana la turca, todos ellos personajes de la narración además de narradores. Todos ellos tendrán puntos de vista diferentes que completarán el conocimiento y comprensión de los acontecimientos de la trama.

No será, pues, una sola voz la que le cuente al lector la historia, sino que recurrimos a una polifonía necesaria para conocer de forma más precisa e integral la realidad concreta de Yuder y su mundo espacio-temporal y relacional. Con esa polifonía de voces, la novela creará ese mundo verosímil buscado, la verdad literaria, objetivo que el escritor transmitió al lector como tal y que el narrador hizo posible.

Finalmente, habría que resaltar que ambos, el autor y el narrador de una obra, suelen facilitar al lector interpretaciones de la misma, porque toda obra, si es buena, debe permitir interpretaciones sin límite. Recuérdese, por ejemplo, que *El Quijote* se leyó en su siglo como una obra de burlas ante todo; sin embargo, a partir de las lecturas hechas por la Generación del 98, acabó siendo el símbolo viviente de lo español, encarnado en las distintas personalidades de don Quijote y Sancho. La Teoría Literaria moderna denomina a este fenómeno *efecto poético*, que no es sino la capacidad que tienen los textos de generar lecturas distintas, sin agotarse jamás del todo.

El narrador de *El nombre de la rosa* es un cronista que vive en el mismo Medioevo y plasma con palabras de hoy la cosmología de Europa en el siglo XIV. En *El eunuco* son varios los narradores, como ya sabemos, y todos ellos nos recrean los distintos

escenarios por los que anduvieron, desde un pequeño pueblo del reino de Granada, el imperio de Marrakech y sus ciudades, el valle del Draa y la Curva del Níger, con las costumbres de sus gentes y los acontecimientos que vivieron en torno a la figura de Yuder Pachá. Todos ellos nos plasman, igualmente que el cronista-narrador de Umberto Eco, la vida de finales del siglo XVI y principios del XVII en esos espacios, con un lenguaje accesible a los hombres y mujeres contemporáneos.

VI.1.1.3: El narrador, instancia central de la comunicación, y sus tipologías

El narrador, pues, es la persona ficticia que se sitúa entre la realidad del autor y de los lectores (el mundo empírico) y el mundo de ficción de la novela, en el que da cuenta de cómo se suceden los acontecimientos, en un orden determinado y utilizando variados recursos retóricos, que dan un determinado sentido a lo narrado, pudiendo convertirse en ocasiones en uno de los personajes (Bobes, 1993: 197), con unas funciones fundamentales para el despliegue del relato, como la narrativa (contar la historia), organizativa (articulación interna del texto), comunicativa (diálogo con el *narratario*), testimonial (fuentes de información) e ideológica (explicaciones justificativas de los acontecimientos), todas ellas estructurantes del texto narrativo (Estébanez Calderón, 1990: 71).

Y es que para que exista una narración es precisa una voz que la cuente, por lo que la figura del narrador es fundamental. Como afirma Bal, el texto literario es aquel en el que un narrador cuenta una historia (1990: 13). Por el pacto narrativo, el autor cede la palabra al narrador para que cuente la historia de la novela, suministrándole la información que necesita para ello. Álamo define al narrador como la entidad ficticia que genera el propio autor para transferirle “una autoría intratextual de la comunicación narrativa” (2016: 6).

Para gran parte de los narratólogos modernos, el narrador es el elemento más importante del discurso narrativo, pues es la instancia que puede manipular los elementos tanto de la historia como del relato. El lector de una novela cuando la está leyendo “configura en su propia mente a alguien que le está hablando”, que no es otra figura que el narrador, esa voz imaginaria que le cuenta la historia en forma de discurso literario, para lo cual lo ha inventado el autor (Brioschi y Girolamo, 1988: 125). Por esa

delegación autoral, el narrador se constituiría también en el sujeto lingüístico del lenguaje expresado en el texto que se relata (Bal, 1990: 125). El autor desaparecerá cuando delegue en el narrador el protagonismo de la enunciación narrativa, cediéndole su voz.

Esa cesión que hace el autor al narrador de la palabra es acompañada de la transmisión de la información que quiere que tenga de los personajes, permitiéndoles que sean los protagonistas de los acontecimientos en un espacio y tiempo determinados. Así, la relación entre el narrador y los personajes vendrá dada por la cantidad de información que tiene el primero sobre los actores de los hechos, relación que el lector percibirá y le hará entender cuál de ambas instancias enunciativas tiene más datos sobre la historia relatada.

Si el narrador sabe y cuenta más de lo que lo hace el personaje será un narrador *omnisciente*, que siempre está por encima del personaje en cuestión, independientemente de que esté fuera o dentro de la diégesis. Si el narrador sabe y relata lo mismo que conoce y cuenta el personaje lo convertirá en un narrador *equisciente*, y si es menos tendremos un narrador *deficiente*. Pero en la novela contemporánea no se da un tipo de narrador único, sino que actúan varios de estos relatores para caracterizarla como polifónica, dialógica y plurilingüística (Batjin).

En *El eunuco* vemos la voz omnisciente en los retazos históricos que el autor implícito introduce entre los textos narrativos relatados por los varios narradores. Así, procuramos encuadrar objetivamente entre ellos acontecimientos históricos de la manera más asépticamente posible: el asalto del corsario al-Dugali a Las Cuevas, la actuación de la Audiencia de Granada, la situación geopolítica de las ciudades de Fez y Marrakech, las sucesivas tomas del poder de los sultanes al-Mutawakkil, al-Malik y al-Mansur, la batalla de Alcazarquivir, la gran consulta palaciega sobre la conquista del Songhai, la derrota de los sudaneses en Tondibi, la rendición de Tombuctú, el relevo en el pachalato de ben Zarqum, Mansurico, Mohamed Taba y Ammar al-Fata o el encuentro final entre Yuder y el sultán al-Mansur. Este narrador omnisciente conoce el devenir de los acontecimientos que narra y de los personajes que participan en ellos, cosa que ellos mismos ignoran, y dosificará la información para que el lector vaya poco a poco entendiendo el marco histórico en el que se mueven los actores de la trama, para hacerla más comprensiva.

Cuando el narrador, como en el caso de Yuder, lo es homodiegético y protagonista será un narrador equisciente. Cuando habla de sí mismo como personaje cuenta lo que sabe, coincidiendo la información que tiene de los hechos en los que está involucrado con los que relata, que por ello, en ocasiones, no coincide con la realidad.

En ocasiones, utilizamos en *El eunuco* la voz deficiente del narrador, como en el caso de la información que le suministra Nana la turca por carta a su amante Yuder sobre el comportamiento y actitud de su adversario al-Torqui. Nana (narradora) sabe menos que el enemigo de Yuder (personaje), pero queremos, a pesar de ello, oír su voz para conocer las apreciaciones subjetivas de una actancial Ayudante de nuestro protagonista (271-274).

Como vemos, son distintas las posiciones desde las que enfocamos la narración, para hacerla más rica y plural. Así, tendremos una visión más integral de la trama novelesca.

Genette (1972: 24) parte del término *diégesis*, en su acepción de desarrollo narrativo de los acontecimientos, o el simple relato o narración, para establecer una tipología de la figura del narrador en función de su posición respecto al relato ficcional, de si está o no incluido en la trama, siendo o no un personaje de la misma. Si el narrador se sitúa fuera del texto narrativo, de la historia contada, será un narrador *extradiegético*, y si, por el contrario, lo hace desde dentro será un narrador *intradiegético*.

Este último narrador, el *intradiegético*, que relata la trama desde dentro de la narración, puede ser a su vez un personaje de ella, en cuyo caso sería un narrador *homodiegético*, y si no lo es será un narrador *heterodiegético*.

El narrador *homodiegético*, el que está dentro de la diégesis, puede ser un personaje principal, pero también secundario, testigo de los acontecimientos o, incluso, protagonista de ellos, en cuyo caso sería un narrador *autodiegético*, mientras que las otras variantes en cuanto a su importancia (principal, secundario o testigo) serán narradores *alodiegéticos*.

Pozuelo (1992: 247-248) considera que la clasificación de Genette sigue vigente, y, en este sentido, discrepa de la concepción tradicional que identifica la voz del relato con alguna de las tres personas gramaticales, ya sea la primera (yo), la segunda (tú) o la tercera (él), y cree que las modalidades de la voz narrativa podrían reducirse a dos: “yo” y “no yo”, en línea con los narradores de Genette *homodiegético* (“yo”) y *heterodiegético* (“tú” y “él”).

En nuestra novela utilizamos distintos tipos de narradores para contar la historia, desde la omnisciencia del narrador *extradieético*, en el que se reconvierte el autor implícito, a los *intradieéticos*, todos ellos *homodieéticos*, porque además de narradores son personajes del relato. Dentro de estos últimos, el primero de ellos será Yuder Pachá, que, por ser el protagonista principal será un narrador *autodieético*, con un tipo de narración similar al autobiográfico, como veremos en el capítulo siguiente, utilizando sus *Confesiones* y *Cartas* como recurso literario de expresión.

Diego Marín, un personaje secundario pero importante, será también un narrador *homodieético* que participará en muchos acontecimientos de la novela como testigo de algunos de ellos, y nos relatará lo que ve y sabe a través de sus *Memorial* y *Cartas* a Yuder.

Marcos Sánchez, reconvertido en el escribano Hakim, será también un narrador *homodieético* e, igualmente, testigo, por su posición cortesana, de la dinámica palaciega de Marrakech, aunque con un perfil bajo en cuanto a la autoría de acontecimientos. Sus *Cartas* serán también el medio que utilizará para informar a Yuder de lo que se decide en palacio y le compete, así como su *Crónica* final informará a los lectores de los últimos momentos del conquistador de Tombuctú.

Finalmente, Nana la turca, muy importante en la vida de Yuder, pero muy secundaria en el desarrollo de los hechos históricos de la novela, cumplirá, igual que Hakim, mediante las *Cartas* que le escribe, su papel de informante de las cosas que él no puede observar por encontrarse ausente del lugar donde ella sí está (Djenné). Será también una narradora *homodieética*.

Por otro lado, el narrador *extradieético* se convertirá en un narrador omnisciente, que todo lo sabe, incluido el desenlace narrativo, y que puede situarse en cualquier punto del relato, y es utilizado por autores como nosotros para, desde una omnisciencia neutral, describirnos con precisión entornos y sucesos históricos que juzgamos necesario que conozca el lector para una mayor comprensión de la trama. Este tipo de narrador en *El eunuco* podría confundirse con el autor implícito, un narrador fuera de la diégesis, al que ya el autor real le hacía decir al comienzo de la novela que insertaría en el relato “pequeños eslabones de recreación histórica” (17).

VI.1.1.4: Perspectiva y focalización en la narración

Pero, como afirma Genette, en la narración no basta con saber quién habla, es decir, cuál es la voz narrativa, el narrador, sino que también es preciso saber la instancia que percibe, quién ve los hechos o desde qué perspectiva el narrador enfoca la historia. Y es que, al igual que éste -el narrador- es el centro del relato, su esencia es el lugar desde el que observa la realidad y la transmite al lector. Estamos hablando de la focalización, del punto de vista, del ángulo de visión que utiliza el narrador para contar la historia. Y ello es necesario saberlo porque, como metaforizó Henry James ya en 1881, la ficción es una casa con millones de ventanas, queriendo expresar con ello que una misma realidad puede abordarse desde múltiples enfoques, desde distintas perspectivas, según sea la ventana por la que se mire y se acceda al exterior (James, 1994).

Efectivamente, focalización no implica considerar que la perspectiva, aunque pueda ser variada, tiene que ser siempre la misma una vez adoptada, sino que, y sobre todo en la novela contemporánea, la narrativa cada vez más apuesta por un entrecruzamiento de puntos de vista (Lotman, 2016: 320-323), en el sentido de caracterizar el acercamiento narrativo contemporáneo de cierto relativismo (Baquero Goyanes, 1998: 177).

La realidad, pues, no será única, sino relativa, en función de la perspectiva desde la cual la encuadra el narrador y, consecuentemente, la cuenta en el discurso literario.

El Formalismo ruso y las escuelas del Este inciden en la teoría del punto de vista ligada al narrador, cuya perspectiva y visión de la historia narrada la va a caracterizar como polifónica (Garrido, 1996: 127), y es que, la realidad, aunque existencialmente sea única, literariamente se expresará de múltiples maneras, atendiendo a la perspectiva desde la que se contemple. Estamos hablando de multiperspectivismo, que hace que Batjin (1991: 87-102) identifique los conceptos de polifonía y dialogismo a la novela, a la que considerará una realidad heterogénea y plurilingüe, con variedad de estilos y voces, de lo cual se derivará una multipluralidad que exigirá la presencia de un organizador que ordene esa multiplicidad de visiones y posiciones diferentes. Ese necesario organizador será el narrador-locutor, que convertirá esa pluralidad de voces en una armónica polifonía.

En este sentido, en *El eunuco* hacemos convivir varios narradores con la voz omnisciente que integra las otras voces, porque, como reitera Batjin (1991: 115-117), la novela se caracteriza por su dialogismo, conviviendo dentro del relato una pluralidad de

voces emitidas desde diferentes perspectivas. Novelas como la nuestra integrarán el plurilingüismo de esas variadas voces en un único lenguaje literario armonizador de las diferencias focales, incorporando a veces desarrollos lingüísticos que quieren ser extraliterarios, en busca de la objetividad realista. Así, a los recursos retóricos de las *Cartas*, *Confesiones*, *Memoriales* o *Crónicas*, el autor implícito intercalará fragmentos cuasi-documentales engarzados entre los relatos de los narradores para, desde la supuesta objetividad omnisciente autoral, añadir verosimilitud a la historia.

Genette distingue tres tipos de focalizaciones que un narrador puede adoptar cuando narra un relato: interna, externa o de focalización cero. Será interna cuando la voz es la misma que la de los personajes, asumiendo sus puntos de vista, ya se trate de un solo personaje (fija), de varios (variable) o cuando un mismo hecho es visto por distintos de sus protagonistas (múltiple).

En la focalización externa el narrador se convertirá en un fotógrafo que tratará de registrar lo que ve sin entrar en la interioridad y subjetividad de los personajes, aunque los conozca exterior y superficialmente. En este tipo de focalización el narrador es el ser omnisciente que todo lo sabe y que se sitúa por encima de los personajes de la novela, conociendo el desenlace de la acción.

La focalización interna de Genette viene a coincidir con el tipo N=P de Todorov (1974: 177), en el que el narrador sabe lo mismo que el personaje y, por lo tanto, está tan limitado como él en su percepción de lo que ocurre, que se restringe a su propia experiencia y visión de las cosas. Es lo que otro teórico de la Literatura, Pouillon, llama *visión con*.

En la focalización externa de Genette, el narrador sabe menos que el personaje, N<P para Todorov, por lo que se limita a contar lo que ve externamente, sin hacer una introspección de lo que ocurre en el interior de los personajes, que en términos de Pouillon sería una *visión desde fuera*, y mientras que en la focalización interna existe un personaje focalizador o foco de la narración, en ésta no existe instancia focalizadora, no cabiendo, pues, ningún acercamiento psicológico a los personajes.

Por último, la focalización cero es un relato no focalizador, en el que el narrador sabe más que el personaje, N>P para Todorov, una *visión por detrás* para Pouillon, en la que el narrador carece de cortapisas que le reduzcan su campo de visión, sino que su visión es ilimitada (Garrido Domínguez, 1996: 134).

VI.1.1.5: Narradores y focalizaciones en *El eunuco de Tombuctú*

En *El eunuco* la historia, ya lo hemos dicho, no la cuenta un único narrador, sino varios, ni utilizamos una única perspectiva focal, sino diferentes, porque la queremos hacer más creíble y verosímil, adoptando para ello un enfoque narrativo múltiple o una técnica de multiperspectiva.

El protagonista principal, Yuder, será también el narrador principal de la novela, a través de sus *Confesiones* y *Cartas*, que ocupan más de la mitad del relato (58%). Será un narrador, pues, *intradiegético* y *homodiegético*, pues está dentro de la diegésis y es uno de sus personajes. En la primera de sus *Confesiones* explicita el porqué de recurrir a esa figura retórica para contar su vida:

Es ahora, cuando en breve estaré en el Paraíso, ¡Alá el Compasivo así lo quiera!, cuando se me agolpan en la memoria cientos de imágenes de mi pasado, de mi historia, que quiero contar a mi compañero de sufrimientos Marcos para aliviarnos de la espera de la muerte, y al mismo tiempo para que él conozca de mi boca aquellas otras aventuras que no compartimos en las orillas del Níger, aunque muchas de ellas las oyera relatar a los cuentistas de la plaza de Jemaa el Fna o se las escribiera yo en mis cartas (21-22).

No quiere Yuder que su vida caiga en el olvido, por lo que utilizará a su amigo Marcos para que escriba lo que él le dicta:

El carcelero, al que ayudé tiempo atrás, me ha proporcionado papel, tinta y cálamo para que Marcos transcriba esta especie de confesiones o crónicas que le dictaré para que no caigan en el olvido las aventuras y desventuras que sufrí (22).

Algunos autores se refieren a este tipo de narrador como narrador protagonista y en primera persona, el cual cuenta únicamente los acontecimientos que él mismo ha protagonizado, con una subjetividad y expresividad que confiere autenticidad al relato.

Pero además de ser un narrador homodiegético, hemos querido que Yuder perciba la realidad desde dos tipos de focalizaciones, según hayamos pretendido enfatizar unos u otros acontecimientos del relato. Cuando queremos que el lector conozca sus

pensamientos, sentimientos y expectativas vitales hemos recurrido a la focalización interna fija, como diría Genette, para que el punto de vista de lo que escribe sea el suyo propio, limitado a su propia percepción de las cosas (el tipo N=P de Todorov) y una *visión con* que diría Pouillon. Con ello queremos exponer una visión parcial de la realidad, para hacer más vivo y real ese momento vital, que se unirá a otros enfoques limitados para formar un caleidoscopio perceptivo.

En este sentido, respecto a su relación con el príncipe Ahmed, el futuro sultán al-Mansur, Yuder confiesa su lealtad hacia él, aunque es consciente de que el príncipe pudiera pensar lo contrario, como así fue realmente y en otros lugares de la novela queda explicitado. Yuder tiene una visión limitada de lo que pasa, aventurándose incluso a pensar que, en este caso, al-Mansur pudiera tener otra percepción de la realidad:

Comprendí, Marcos, que se había instalado en el príncipe Ahmed cierta desconfianza hacia mí por lo que él suponía proximidad mía con al-Dugali, desconfianza cuya persistencia en el tiempo me hizo pensar que truncaría la trayectoria personal que empezaba a iniciar. Pero te juro por el Altísimo, que todo lo sabe, que ni en esos primeros momentos de mi andadura preferí la alianza con al-Dugali a la que yo quería con él. Nunca fui desleal con el sultán, aunque él en esos momentos pudiera pensar que andaba en connivencia con el corsario (127).

En una de sus *Confesiones* últimas, Yuder le expresa a Marcos lo que pensaba hacer en 1599 después de que volviese a Tombuctú del viaje incipiente que iba a hacer a Marrakech, reclamado por el sultán, y que esperaba que tuviese una duración corta, el tiempo suficiente para resolver rápidamente el conflicto de al-Mansur con sus hijos:

Cuando decidí, Marcos, regresar a Marrakech, obligado por el sultán, pensaba que no sería de manera definitiva, sino por el tiempo suficiente para ayudar a al-Mansur a que resolviese el conflicto con sus hijos. Sería una más de las actuaciones de pacificación de un territorio, aunque ahora se tratase nada más y nada menos que del imperio (319).

El imperio estaba en una “situación calamitosa”, muy distinta a la que suponía Yuder:

El sultán lo esperaba en el Pabellón de Audiencias del palacio El Badi rodeado por todo el majzen y la corte. Por un momento Yuder pensó que la información que tenía de la ciudad era falsa, que todo era como ayer, con el mismo lujo aparente. Pero las caras demacradas de muchos de los notables presentes descubrían los estragos del tiempo, al igual que muchas ausencias acreditaban las huellas de la peste. El propio al-Mansur parecía muy envejecido, como si hubieran pasado cincuenta años desde que Yuder se fuera al Songhai y no los nueve que hacía que faltaba de la ciudad (323).

La peste acabaría con la vida del sultán, las luchas fratricidas entre sus hijos serían encarnizadas y Yuder moriría ajusticiado. La percepción que nuestro protagonista tenía en Tombuctú de la situación del imperio era muy limitada, o más bien desenfocada, pero hemos querido que así sea para dramatizar la relación de Yuder con su contexto histórico, y conseguir con ello el multiperspectivismo que buscamos.

Sin embargo, en otras ocasiones queremos que Yuder focalice el relato externamente y, en cierta manera, objetiva para describir, por ejemplo, su espacio vital primigenio. Así, el narrador Yuder se convertirá en un espectador del paisaje de Las Cuevas, relatando cómo lo ven sus ojos externamente (N<P de Todorov y la *visión desde fuera* de Pouillon):

Marcos, cuando evoco mi infancia en Las Cuevas viene a mi memoria de inmediato el verdor de las huertas en torno al río. Como el fluir del agua por su cauce no era constante, los antiguos musulmanes que poblaron la villa idearon un sistema de distribución del agua a través de acequias y azudes.

Cuando la sequía se instalaba en los campos, dos grandes acequias, una en cada margen del río, con sus correspondientes ramales llevaban el agua permanente desde la fuente del Cebollar, menos de una legua río arriba del pueblo, a los diferentes pagos de la vega. En la época de lluvias, los azudes, que recogían directamente el agua del río, permitían un riego abundante y rápido, que, además,

abonaba de manera natural las tierras, por lo que la fertilidad de éstas era famosa en todo el valle del Almanzora (51).

Yuder fotografía vívidamente la geografía del río Almanzora y la manera como su pueblo se desparramaba desde el castillo hasta su cauce, sin hacer en ese momento ninguna aproximación psicológica a sus compañeros de juegos:

Cruzando el río, al otro lado, se abría el pago de Campos, que cambiaba del color verde al amarillo según los trigales crecían y daban su fruto, recordándonos también el cambio de las estaciones. Pero antes de adentrarnos en Campos, nada más subir por un terraplén desde el río, unas higueras robustas y con múltiples ramas como brazos aguantaban nuestro peso, subidos a una altura desde la que veíamos cómo las casas del pueblo, blancas con algún toque de color azul, se desparramaban del castillo hacia abajo (52).

Igualmente, el personaje y narrador-testigo Diego Marín contará parte de la historia de *El eunuco* desde las dos focalizaciones, externa e interna, según queramos abordar ciertas realidades desde su visión subjetiva de las cosas o, por el contrario, desde una mayor asepsia informativa.

Marín redactará su *Memorial* como una crónica encargada por Yuder para que le narre los acontecimientos que marcaron su vida, para que éstos no cayeran en el olvido. Nosotros hemos utilizado este *Memorial* para conocer –a través de este narrador– algunos hechos de la trama de *El eunuco* con una cierta objetividad, sin ningún filtro psicológico. Sería lo que Genette llamaba focalización externa, N<P Todorov y Pouillon la *visión desde fuera*. Así, el sacerdote narrador comienza su crónica contándole a su pupilo Yuder el momento histórico en que se encontraba la villa de Las Cuevas cuando él nació, con la permisividad interesada del marqués de los Vélez hacia los moriscos:

Cuando tú naciste, Yuder, casi toda la población de Las Cuevas era morisca porque el señor de la villa, el marqués de los Vélez, prefería los moriscos a los cristianos viejos como moradores de sus tierras por su destreza en la agricultura y en otros oficios, como el trabajo de la seda y, sobre todo, porque eran los

principales pagadores de los impuestos y tributos, de los que se eximía en parte a los antiguos cristianos (55).

Y también Marín le describirá a Yuder cómo era la medina (musulmana) de Las Cuevas, una descripción más pormenorizada y exacta de la que podría hacer Diego de Guevara (Yuder) con sus ojos de niño:

La antigua medina musulmana de Las Cuevas coincidía prácticamente con el barrio que conocíamos como de la morería, antaño al lado de la mezquita mayor, ahora iglesia, al que se entraba según se salía del templo a la izquierda, con intrincadas callejuelas que desembocaban en la cuesta de los Aljezones, que descendía hasta encontrarse con el final de la calle del Pilar de la Almazara del Marqués, la que arrancaba de la iglesia de la Encarnación, formando una especie de ángulo con ella, que circundaba como perímetro a la morería. Y ambas calles confluían en un cruce donde se hallaba una antigua mezquita, ahora convertida en ermita bajo la advocación de la Virgen de Nuestra Señora de la Piedad (57).

De esta manera, el autor hace que dos de sus narradores, Yuder y Marín, complementen la imagen de la villa natal del primero desde dos ópticas diferentes, pero integrándolas en una realidad: Las Cuevas.

A lo largo de la novela, haremos que el narrador Marín siga utilizando este tipo de focalización para acercarnos a otros espacios vitales de Yuder además de su pueblo natal, como Marrakech o el valle del Draa, no así de Tombuctú, por haber fallecido ya cuando éste llegara allí.

Respecto a su visión de Marrakech, la focalización externa es evidente, como si describiera la fotografía que acabara de realizar:

Lo primero que llamó mi atención de Marrakech al traspasar sus murallas fueron sus palmerales y el color rojo de sus casas, y la sensación de encontrarnos en una gran ciudad en la que amplias avenidas conducían a palacios, madrazas y mezquitas, dominando toda la horizontalidad los alminares de estas últimas, especialmente el de la Kutubia, y la imponente cordillera del Atlas, allá en el fondo del paisaje, con sus cumbres todavía nevadas (69).

En la primera carta que el sacerdote envía a Yuder cuando éste va camino del exilio al valle del Draa, le describe detalladamente, igual que antes, el lugar de su destino, donde abundan las zaiias, explicándole pormenorizadamente su organización y funciones. Es una crónica que pretendemos que el lector conozca a través de los ojos de Diego Marín, por su ascendencia sobre Yuder:

Como verás, en el valle del Draa abundan las zaiias, en las que se rezuma un misticismo parecido al de mis admirados poetas Juan de la Cruz o Teresa de Ávila, el llamado sufismo, que es una variante algo heterodoxa del Islam, en tanto que parte de la idea de que determinados hombres santos o morabitos son los intermediarios entre Dios y los hombres. Y tienen el amor divino como destino del hombre, que con una vida ascética y piadosa pueden entrar en éxtasis y comunicarse con su dios, que está en todas partes.

El cheik es el fundador o jefe espiritual de la cofradía formada por sus seguidores. Es un jerife o descendiente del Profeta, favorecido por Dios con la baraca o bendición divina, que le hace ser merecedor de ese poder de intermediación sagrada.

Las zaiias son precisamente las moradas de estos hombres santos, y pronto se convirtieron en escuelas coránicas donde el maestro enseñaba a sus discípulos, los que forman la cofradía, que entre sí se llaman hermanos y que se juramentan en guardar la regla, o tarika, dictada por el cheik. De ahí su inmenso poder sobre sus fieles, muy superior al que pudiera ostentar el sultán (181).

No obstante todo lo anterior, en el caso del sacerdote Marín lo hemos convertido en un narrador que utiliza en más ocasiones la focalización interna que la externa, porque nos ha interesado como autor resaltar su propia visión de las cosas, su percepción psicológica de los acontecimientos y los personajes, justificable para ejercitar su labor de preceptor y consejero de Yuder, y ello en los distintos momentos vitales de su aventajado alumno.

Ya hemos hablado antes del primer perfil físico y psicológico de Yuder que aparece en *El eunuco* realizado por Marín cuando lo describe físicamente como no muy alto pero fuerte y con los ojos azules y, psicológicamente, con un incipiente magnetismo

personal, que lo llevaría al liderazgo de personas años más tarde (38). También se aventura Marín a suponer la ascendencia racial del entonces niño Diego de Guevara, después de reiterar su aspecto físico y sus primeras impresiones subjetivas:

De mediana estatura, pero bien proporcionado, y con los ojos azules, siempre pensé que en tus venas corría la sangre de los antiguos godos que invadieron la Península hacía ya siglos, más que de los musulmanes de los que procedía tu familia. Y es que serían pocos los árabes que llegaran a Hispania hace siete siglos y tuvieron necesariamente que mezclarse con ese antiguo poso romano y godo con el que se encontraron, sedimento racial que afloraba a veces, como en tu caso, en esos hijos e hijas fruto de tantas mezclas (39).

También queremos acercarnos a la realidad del harén del palacio imperial de Marrakech, y a su funcionalidad actancial, en el desarrollo de los acontecimientos a través de la mirada de Diego Marín, en la focalización interna propia que hace desde su propia subjetividad:

La vida del harén me fascinó desde el principio y procuré conocer sus entresijos, Yuder, por ser un lugar recóndito, oculto al común de los mortales, pero más determinante en sus vidas de lo que éstos pudieran sospechar, porque muchas decisiones el sultán las tomaba cuando se refugiaba en el serrallo, reclinado en mullidos cojines mientras la música sonaba y algunas de sus concubinas lo acariciaban o le escanciaban vino en una copa, después de haberlo bañado con pétalos de rosa y flores de azahar y masajeado con aceites y perfumes. Era en esos momentos de intimidad cuando los oídos del sultán estaban más receptivos a las sugerencias de sus favoritas o a las demandas de sus eunucos preferidos (76).

En la primera carta que el sacerdote escribe a Yuder, en la etapa de su exilio, le describirá la situación personal en la que se encuentra respecto a la corte desde su particular óptica, muy cercana a la realidad, pero que no deja de ser un punto de vista propio que le permite acercarse al papel que juegan sus protectores y detractores (Ayudantes y Oponentes en el análisis actancial de Greimas), el escribano Marcos, la

princesa Lalla y Ammar al-Fata entre los primeros, y el corsario al-Dugali entre los segundos, manteniéndose el sultán al-Mansur como actante Destinador:

Coincido plenamente con Marcos Sánchez en las apreciaciones que te ha hecho sobre tu relativa caída en desgracia en la corte. La princesa Lalla y Ammar al-Fata así me lo han confirmado. Al-Dugali te siguió haciendo daño después del rapto porque sembró en el sultán al-Mansur, cuando era príncipe, dudas sobre tu lealtad. Pero ese estado de dudas y no de confirmaciones hace posible, Yuder, que algún día puedas recobrar su confianza. Por eso has de esmerarte en cumplir tus obligaciones con éxito. Y, conociéndote, sé que lo harás (180-181).

Como vimos en un apartado anterior, utilizaremos la focalización interna para que el sacerdote Marín como narrador nos presente a personajes importantes en la vida de Yuder. Nos interesa autoralmente sus retratos psicológicos de esos actores tan principales, que antes o después interaccionaran con nuestro protagonista, con relaciones funcionales que vimos en el análisis actancial de la novela. A al-Dugali lo caracterizará como “un hombre ambicioso y con gran olfato político”, que le ocasionaría problemas con el sultán al-Mansur (41). La princesa Lalla heredaría las cualidades de su padre (el jeque y alarife bereber Abu Labbas Ahmed ben Abdallah) y se convertiría en una protectora de las artes y las letras (86). El sultán al-Malik tendría una alta preparación intelectual (121). Y ben Zarqun, el pachá rival de Yuder, gozaría de grandes dotes de organización que le harían ganarse la confianza de los sultanes al-Malik y al-Mansur, alcanzando el máximo escalafón militar del imperio (128-129).

En sus *Cartas* a Yuder, el escribano Hakim utilizará los dos tipos de focalizaciones. La externa queremos que la use para que le describa a él y a los lectores los acontecimientos que ocurrieron en la corte de Marrakech una vez que Yuder abandonó la ciudad, camino del exilio. Fue un compromiso que adquirió con su amigo y que cumplirá:

Tal y como te prometí, me dispongo a escribirte ésta mi primera carta para que no pierdas el contacto con nuestra Marrakech querida y sepas por mi boca lo que aquí acontece y pueda ser clave en tu devenir. Mi puesto como escribano en la

secretaría del Gran Visir hace que mis ojos y mis oídos estén en muchas ocasiones en aquellos lugares donde se hablan y deciden las cosas que afectan al imperio (167).

Como le escribe en la carta, Hakim quiere ser lo que le pidió Yuder antes de partir de Marrakech: sus ojos y sus oídos, por lo que, a veces, se convertirá en un narrador-testigo de lo que presencia y oye:

Nuestro señor al-Mansur, ¡Alá lo conserve muchos años!, está muy satisfecho con tu labor en el trabajo que te encomendó, no sólo por el oro que le reportas, sino también por el sometimiento que has hecho de algunas aldeas hasta ahora insumisas al poder del majzen. Son varias veces las que le he oído hacerle al Gran Visir comentarios elogiosos hacia ti, tanto como recaudador de impuestos como jefe militar (197).

Pero, además de informarle de la situación cortesana y de los planes que el sultán tiene para él, Hakim aconsejará a Yuder de cuál debe ser su actitud en su exilio del Draa, incorporando ahora una visión interna propia, fruto de sus reflexiones:

El sultán ha elegido para ti una zauia fundada recientemente, apenas hace cuatro años, en Tamegrut, y por ello menos contaminada que las demás contra el poder central. Fue fundada por Abu Hafs Omar ben Ahmed al-Ansari, partidario de la familia imperial, y con el que te conviene llevarte bien porque será la puerta de entrada a las aldeas más insumisas de la región. Interésate por la zauia, por los motivos que le llevaron a fundarla, halágalo, hazlo de tu causa (169).

En la última de sus *Cartas*, Hakim le describirá a Yuder la situación calamitosa en la que se encontraba el Estado saadí a finales del reinado del sultán al-Mansur. Hemos querido que sea él, desde su posición preeminente de testigo cortesano, el que nos describa cuasi fotográficamente la realidad del imperio, un acercamiento histórico fidedigno que, en este caso, lo hemos preferido a la voz omnisciente, como un observador psicológico de la realidad, que utiliza ahora una focalización mixta, externa e interna al mismo tiempo:

Tan sólo seis años después de la victoria de Tondibi distintas calamidades de la naturaleza asolan el imperio. Intensas inundaciones seguidas de largos periodos de sequía han arruinado las cosechas, dejando las tierras antes cultivadas a merced de los pastores para que pasten sus ganados. El derrumbe de las plantas azucareras ha dado un golpe definitivo a la economía. El hambre empieza a aparecer en campos y ciudades.

Y por si fueran pocas estas desgracias, la peste devasta también todo el territorio (316-317).

VI.1.2: LA RECEPCIÓN NARRATIVA

VI.1.2.1: Autor versus lector

El texto narrativo adquiere su auténtica entidad o existencia en el proceso de lectura, cuando una persona lee la narración escrita por otra persona de carne y hueso. Es un encuentro extratextual entre el autor y el lector, ambos situados en el plano de la realidad (Iser, 1987: 221).

La figura del lector cobrará ahora una especial importancia al considerarse éste un elemento fundamental del proceso de comunicación intersubjetiva, que acoge e interpreta el texto narrativo. Es decir, el lector cuando inicia la lectura del texto se convierte en el sujeto de la recepción. Tener en cuenta esta relación extratextual vino a superar el análisis tradicional que la Sintaxis y la Semántica semióticas hacían del texto, al que consideraban que por sí mismo daba sentido a la narración. Era una concepción inmanentista que eludía otros componentes del acto de la narración, como, por ejemplo, instancias extratextuales como el autor y el lector.

De esa referida concepción participaba el Formalismo ruso y el Estructuralismo de la década de los sesenta del siglo pasado, superada por una nueva teoría de la recepción que acabará con la consideración de la textualidad como objeto único del discurso narrativo (Acosta Gómez, 1989: 16).

Ahora, desde la Pragmática, se considera fundamental para una comprensión integral del acto narrativo la relación del texto con el contexto en el que se produce la obra literaria pero, también, en cómo se comunica y recibe por alguien (lector) lo producido por otra instancia que está fuera del texto (autor). Pozuelo (1992: 127) considera que esta incorporación de la recepción como un aspecto crucial de la acción de narrar ha transformado el análisis literario, hablando de una nueva semiótica que profundiza en la relación entre la literatura y el público.

Valles Calatrava es también crítico con las corrientes literarias del Formalismo y el Estructuralismo, pero también con las morfológicas o marxistas, que consideraban al texto literario como un constructo autónomo de su creador -su autor- que se justificaba por sí mismo sin necesidad de nadie que justificara su concepción. Era, en expresión de Barthes, la “muerte del autor”, al que se consideraba no como un ser empírico, sino como una instancia intratextual implícita, pero no con rango de instancia autoral (Valles, 2008: 245).

Desde la Fenomenología ahora, el texto literario se connotará de dinamismo al provocar en el lector su imaginación, lo que le hará adquirir un papel activo y creador, no sólo receptor de ese hecho en cuestión. Primero, a través del pacto narrativo con el autor, el lector dará por verosímiles y ciertos los acontecimientos que le cuenta el narrador, para después desplegar su actividad creadora rellenando los huecos o espacios vacíos de la narración, que irá completando con la información que los narradores le van suministrando. Es ésta una dinámica de la lectura que evidencia el despertar activo y creador del lector, al no provocar el texto una misma reacción en cualquier lector, sino que cada uno de ellos, atendiendo a su idiosincrasia y contexto, responderá de una manera u otra (Iser, 1987: 221).

Esa relación entre el lector y el texto busca la complicidad del primero, su participación activa en el proceso de recepción del relato, que le hará buscar la coherencia debida en el texto narrativo, reordenando como en un puzle las piezas del relato, como la sucesión de los acontecimientos, la relación funcional entre los personajes o dando sentido a la presentación de los espacios en un tiempo determinado.

Al igual que el autor es un ser real, por lo que también es conocida esta instancia enunciativa como *autor empírico*, el lector es también en puridad un *lector empírico*, cualquier persona del mundo real que coge un libro y empieza a leerlo. Siguiendo este paralelismo, como ya vimos en un apartado anterior, el *autor empírico* se desdobra en

cada obra en un *autor implícito*, distinto en cada obra literaria de las muchas otras que pueda haber producido el escritor (*autor empírico*), adquiriendo entonces una dimensión intratextual. Es el autor específico de una obra específica, concreta, distinto al escritor real, que en cada obra que escriba se transformará en un único *autor empírico* para esa obra y ninguna más. Igualmente, el *lector empírico* deviene en *lector implícito* cuando el autor se refiere a él intratextualmente, ya sea nombrando un tipo especial de lector con cualificaciones que a él le interesan para su discurso (lector interesado en determinadas temáticas o pertenecientes a un contexto socio-histórico determinado) o a cualquier sujeto receptor del texto. Esto último es lo que ocurre en *El eunuco* cuando el *autor implícito* (Llaguno reconvertido) se dirige al “Amable lector o lectora que empiezas a leer estas páginas, quiero comenzar contándote...” (p. 13), con una complicidad buscada en el tuteo. En este sentido, Luz Aurora Pimentel (2008: 174) afirma que “el autor, al construir su texto, tiene en mente un tipo de lector al cual va dirigido su discurso, y que simétricamente ha sido llamado lector implícito o virtual.

Pero no es cierto, como plantea Vargas Llosa en *La verdad de las mentiras* (2002), de que siempre el escritor está pensando en un lector real de su novela, sino que a veces escribe para un *lector ideal*, al que Umberto Eco (1981: 89) inscribe en la necesaria cooperación interpretativa entre el texto y el lector, definiendo a ese tipo de receptor como el conjunto de *condiciones de felicidad* que es obligado satisfacer para que quede plenamente actualizado el contenido potencial de un texto.

A veces, también, desde la óptica del autor, el lector no es sino él mismo mezclado con otros lectores virtuales. Esta circunstancia se da, entre otros casos, en aquellos en los que el propio autor relee y relee su obra mientras la está creando, en un afán perfeccionista que lo convierte en lector además de autor de la narración en concreto.

VI.1.2.2: Narrador versus narratario

En paralelo al eje de la comunicación autor-lector está el de narrador-narratario, con la diferencia sabida de que mientras el primero se mantiene en el ámbito de la extratextualidad, el segundo lo hace en el interior del texto. Si el narrador es la instancia enunciativa que cuenta la historia, el narratario es aquella otra destinataria de ese relato. Será el propio texto narrativo el que relacione semióticamente al autor y al lector

precisamente a través de unos sujetos o actores ficticios, el narrador y el narratario (Bobes, 1993:29). El narrador, en el plano del discurso, tiene como receptor al narratario, mientras que los personajes tienen como destinatarios de sus voces a otros personajes.

La denominación de narratario es de Genette, pero fue Prince (1974) quien teorizó más integralmente sobre el concepto del término y su relación con otros elementos narrativos. Además de definir al narratario como el destinatario del narrador, Prince lo distinguirá del lector, ya sea el real, el virtual o el ideal, considerándolo como el receptor intratextual de otro intratextual emisor.

La presencia del narratario es necesaria para que exista el narrador, pues éste enuncia una determinada historia a un receptor determinado o impreciso, pero siempre a alguien en quien piensa como destinatario de su discurso. Siempre se cuenta una historia a alguien.

Para Tacca (1985: 148-167) el narratario puede ser interno o externo. En el primer caso el destinatario suele ser un personaje concreto de la trama novelesca, receptor de las comunicaciones escritas del narrador-emisor. En el segundo caso el destinatario es anónimo, un receptor virtual al que de manera imprecisa se dirige el narrador.

Por otro lado, atendiendo a su presencia o no en la diégesis y por el grado de invocación que le hace el narrador, el narratario puede ser un receptor explícito, reconocido como tal, o implícito cuando no es invocado con una identidad propia. El usado por nosotros genéricamente en nuestra novela es el narratario explícito, al que invoca el narrador en segunda persona, lo que agiliza el relato con un tono de inmediatez. Además serán unos narratarios intradieгéticos en casi todos los casos, pues serán personajes de la historia que se relata.

En *El eunuco*, pues, utilizamos narratarios internos, intradieгéticos, receptores concretos y explícitos de lo que los narradores quieren contar, a través de *Confesiones*, *Memoriales* o *Cartas*. Como sabemos, en nuestra novela utilizarán estos recursos Yuder Pachá, Diego Marín, Hakim y Nana la turca.

Las *Confesiones* de Yuder irán dirigidas a su amigo y paisano Marcos Sánchez, convertido luego en el escribano Hakim, que será el primer narratario de la novela. Es una elección literaria el utilizar este recurso de las *Confesiones* para contar al lector empírico lo que le interesa que sepa. Son manifestaciones que Yuder articula como crónicas que transmite a su amigo y colaborador, al que siempre se dirige como Marcos

y nunca con el deíctico “tú”, a diferencia de lo que hará en las *Cartas* que le dirigirá después, queriendo que las *Confesiones* simulen la asepsia omnisciente, mientras que las epístolas reflejarán más su visión subjetiva de las cosas.

Así, sus *Confesiones* las encabezará Yuder con expresiones como “Hace ya tres años que mi señor Ahmed al-Mansur murió...”(21), “Aquel día salí con mis amigos a jugar por la rambla que atravesaba la villa...”(59), “Aquellas navidades fueron las más tristes que recuerdo...”(63), “Al sultán al-Mutawakkil lo vi tan solo en tres ocasiones...”(102), “Un día por la mañana observé un gran revuelo en palacio...”(112), “Cuando al-Malik y su hermano Ahmed partieron de Argel...”(122), o “Huido al-Mutawakkil a Portugal...”(133). Son todos estos encabezamientos referencias temporales objetivas, seguidas de acontecimientos concretos, que enmarcan el contenido de lo dictado por Yuder a Hakim, para que el lector vaya rellenando los espacios vacíos que le dejaron indeterminados otros narradores.

Por otro lado, estas *Confesiones* están dictadas por Yuder a Marcos Sánchez en la cárcel de la Sahena, al final de sus vidas, por lo que su narrador (Yuder) tiene que hacer un importante ejercicio de retrospectión (analepsis).

Si en sus *Confesiones* el destinatario único de Yuder es el escribano Hakim, en sus *Cartas* tendrá varios narratarios: el mismo Marcos, el padre Marín, Nana la turca o el propio sultán al-Mansur. En ellas Yuder comunicará a sus interlocutores (narratarios) contenidos narrativos desde el presente en el que las escribe, contando la sucesión de las acciones en el mismo momento en que se producen. También el emisor Yuder es más subjetivo en las *Cartas* que en las *Confesiones*, con un tono más personal, utilizando la segunda persona y encabezamientos más íntimos y cercanos: “Mi leal Marcos, aquí me encuentro en el Draa...”(189), “Amigo y camarada Marcos...”(226), “Bien sabes...”(226), “!Excelso señor y guía de todos los creyentes del islam! [sultán al-Mansur]”(247) o “Mi fiel Nana...”(275).

Otros narradores de *Cartas* serán Marcos Sánchez, Diego Marín y Nana la turca, pero siempre con un único narratario: Yuder Pachá, que será el receptor exclusivo de las aportaciones narrativas de los personajes que actúan como emisores (narradores).

Esta exclusividad receptora de Yuder lo convertirá en un narratario cuasi un lector ideal del autor, aunque no lo es, con una función descodificadora de las historias narradas que recibe, participando de esta manera en la conformación del discurso narrativo final (Prada, 1985: 26-35).

Decíamos antes, cuando hablábamos de la tipología del narratario de Tacca (1985), que éste podía ser interno o externo. Hasta ahora hemos visto los narratarios internos, reconocidos y llamados por narradores por su nombre como sus destinatarios, utilizando *Confesiones*, *Memoriales* o *Cartas*. Es el tipo de narratario más usado por nosotros en *El eunuco*. Pero también hemos querido utilizar en una ocasión, al final de la novela, un narratario externo, impreciso, pero al que quiere dirigirse el narrador sea quien fuere. Es el caso del narrador Marcos Sánchez (Hakim) cuando redacta su *Crónica* de la muerte de Yuder.

En sus últimas *Confesiones*, Yuder le encarga al escribano, que comparte celda con él, que escriba lo que han hablado entre ellos para que puedan leerlo más adelante los interesados en conocer su historia. Hakim, pensando en ese destinatario, redactará esas páginas de las horas finales de Yuder y de él mismo, cumpliendo su encargo:

Amigo Marcos, aquí seguimos encerrados sin saber cuál será el día de nuestro ajusticiamiento. Preveo que no esperaremos mucho más por lo que me dice el carcelero. Quiero que hasta el último momento pongas por escrito nuestros diálogos, por si a alguien le pudiera ser de utilidad en el futuro leerlos y sepa el mundo la verdad de mi vida y de lo que hice en tierra de moros y de negros (329).

Cumpliendo la petición hecha por su amigo, Marcos redactará la *Crónica* de su muerte dirigida a ese narratario desconocido, pero necesario para que la historia de Yuder y de su época no caiga en el olvido:

Cierro con estas páginas finales los recuerdos de Yuder y de su vida gloriosa con la esperanza de que su fama no acabe al terminar su vida, sino que perdure en el tiempo. Para elaborar estas últimas líneas me he valido de lo que he oído y observado esta mañana, hasta que su alma voló de su cuerpo, y de lo que me contaron esta tarde los que lo acompañaron al cadalso (335).

VI.2

LOS MODOS NARRATIVOS EN *EL EUNUCO*

Analizadas en el capítulo anterior la enunciación y la recepción del relato, cabe ahora detenernos, y finalizar con ello el contenido temático de la tesis, en los modos narrativos utilizados para llevar a cabo ese proceso de comunicación en *El eunuco*.

Ya dijimos antes que las *Confesiones* ocupaban un 32% del contenido textual de la novela y las *Cartas* un 26%. Un 58% del total, pues, son recursos narrativos caracterizados por procedimientos autobiográficos y epistolares, en los que el dialogismo tiene una gran importancia, por lo que este apartado final se centrará en analizar estos modos narrativos y ver cómo *El eunuco* se ha valido de ellos.

El diálogo es el recurso primario de la comunicación humana, expresado normalmente en una conversación entre dos o más sujetos que se alternan como emisores y receptores de un mensaje. La manera más común de expresarse el diálogo en el texto narrativo sería a través de fragmentos dialogados (escenas), que pueden reproducirse en cualquiera de los modos narrativos, no sólo en las *Confesiones* y las *Cartas*, aunque sí en ellas preferentemente en *El eunuco*.

Cuando hablábamos de la extensión de los modos narrativos en capítulos de la novela, nos referíamos a que las *Escenas* estaban presentes en un 60% total, por lo que vemos que la escenificación dramática de los acontecimientos es muy importante en nuestra novela. Será un recurso éste en el que predominarán los tiempos verbales del presente (presente indicativo, pretérito imperfecto, futuro y pretérito perfecto), con frecuentes invocaciones, exclamaciones y frases exhortativas e interrogativas.

También daremos unas pinceladas sobre el *Memorial* de Diego Marín y la *Crónica* de Hakim al-Andalusí, y alguna referencia a la presencia del narrador omnisciente, que ocupa un 25% del total del relato, aunque ya ha sido tratada en capítulos anteriores.

Pero, en consonancia con lo dicho anteriormente, tenemos que afirmar que, a pesar de la importancia de los modos narrativos dialógicos, no podemos considerar a *El eunuco* una novela confesional o epistolar pura, porque ésta además de ellos se vale de los otros recursos mencionados, aunque en menor medida. Hay otras voces distintas a las de los narradores que redactan confesiones o escriben cartas, como las del narrador

omnisciente o las de los que escriben memoriales o crónicas. Es, por tanto, una novela mixta en lo que hace referencia al tipo de comunicación narrativa.

VI.2.1: El discurso de lo autobiográfico

Lo autobiográfico es un elemento discursivo común a los dos modos narrativos a los que aludíamos (*Confesiones* y *Cartas*), especialmente cuando es Yuder el sujeto de la enunciación, ya sea en sus comunicaciones confesionales o epistolares. Sin embargo, cuando son otros los personajes los que son emisores, como Diego Marín, Hakim al-Andalusí o Nana la turca, este elemento autobiográfico no está presente, sino el puramente descriptivo. Por ello, como hemos repetido en variadas ocasiones, *El eunuco* puede considerarse una novela histórica en torno a la figura de Yuder Pachá, que nos hablará de sí mismo a través de los recursos narrativos referidos.

Pero además de ser una narración histórica, *El eunuco* no deja de ser una novela, una obra de ficción, aunque con rigor historiográfico. Quiere esto decir que los modos narrativos utilizados no transcriben conversaciones o diálogos reales, sino ficticios, aunque responden a planteamientos relacionales verosímiles. Aunque no se produjeran así en la mayoría de las veces, porque no hay constancia documental de ello, y el anacronismo está presente, sí que es creíble que los personajes históricos conocidos, la mayoría de la novela, pudieran haberse comunicado con los mismos temas discursivos. De hecho, en algunos casos, los menos, sí que recreamos contenidos dialógicos que nos consta que se enunciaron realmente, como nos dejó escrito al-Fishtali, poeta y cronista de la corte de Marrakech, con ocasión de la reacción del sultán al-Mansur ante la connivencia del vencedor Yuder con el askia vencido en Tondibi, Isaq II. Es lo que ocurre, igualmente, en la *Crónica* de Hakim sobre la muerte de Yuder en la Sahena, de la que se hace eco Jorge de Henin, y nosotros hemos utilizado para redactarla.

En este sentido de lo ficcional, la utilización de lo biográfico en estos modos narrativos de *El eunuco* no nos puede hacer creer que ellos (*Confesiones* y *Cartas*) pertenecen al subgénero de la autobiografía, porque para hablar en puridad de esta forma de expresión sería necesario que coincidieran las identidades del autor, del narrador y del personaje, como afirmó Lejeune (1994) y estudia profusamente José

María Pozuelo en su obra *De la autobiografía. Teoría y estilos* (2006), en la que analiza la difícil relación entre la autobiografía y la ficción.

Está claro, pues, que siguiendo los presupuestos de Lejeune y Pozuelo, la historia novelada de Yuder Pachá no es una biografía porque no coinciden las tres instancias actorales de autor, narrador y personaje, sino sólo las dos últimas, pero también es cierto que nuestra novela adopta el discurso autobiográfico, al igual que hiciera Margarita Yourcenar, salvadas las distancias, con sus *Memorias de Adriano*. Este subgénero fronterizo entre la biografía y lo ficcional cumple además con algunos requisitos de la primera como la verosimilitud y la credibilidad de lo narrado, incluso la verificación de los acontecimientos cruciales del relato, aunque no, ya lo hemos dicho, con el pacto autobiográfico de identidad autor-narrador. Será, pues, un texto el nuestro con un discurso autobiográfico aunque no llegue a ser una autobiografía, pero, al igual que ella se caracterizará por constituir un acto de conciencia que construye un “Yo” y la utilización de la comunicación a través de las *Cartas* o *Confesiones* para justificar esa identidad yoica ante los otros, que no son otros que los lectores (Pozuelo, 2006: 15-69).

En este modelo autobiográfico hay que tener en cuenta que el verdadero destinatario del autor no es el narratario al que el narrador epistolar o de las confesiones se dirige formalmente, sino el lector empírico de la novela, al que reemplaza para informarle verazmente de la historia. Los ojos del lector compondrán en un todo armónico las confesiones y las cartas dispersas enunciadas por Yuder, suplantando los ojos de al-Mansur, Diego Marín, Hakim al-Andalusí o Nana la turca.

Emilio Lledó considera que la escritura en lo autobiográfico está muy relacionada con el binomio memoria-olvido. Cuando el autor escribe o el narrador cuenta quieren recuperar el pasado a través de la memoria, pero lo hacen desde el presente, por lo que el olvido puede intervenir más o menos en lo que se comunica. Esa mezcla de memoria y olvido explicará el contenido final de lo que el narrador cuenta a su narratario, que aunque lo haga desde el presente no deja de ser silencio hasta que los ojos del lector doten de voz y presencialidad al relato, completándose el ciclo de la comunicación. En el intercambio epistolar está más inmediato el presente porque se escribe en variados momentos temporales sucesivos, mientras que en las *Confesiones* y el *Memorial* actúa más la memoria, seleccionando los recuerdos, que algunos psicoanalistas consideran que sería debido a la auto-represión de determinados sucesos traumáticos (Lledó, 1992: 53-55).

Pozuelo (2006: 112) tiene la hipótesis de que en el relato autobiográfico tiene una gran importancia el recuerdo de los años infantiles y la recreación de los espacios como elementos configuradores de la identidad de los narradores que escriben sobre sí mismos, cosa que tendremos ocasión de ver ahora cuando analicemos cómo se refleja esta hipótesis en *El Eunuco*.

VI.2.2: Las Confesiones

Estébanez Calderón (1996) considera que el modo narrativo más propiamente autobiográfico es el de las Confesiones, con antecedentes históricos clásicos como las de San Agustín o las de Rousseau. Es un recurso basado en la retrospectiva, que emplea la memoria para recuperar el tiempo pasado, pero siempre desde el presente en el que se escriben o se dictan las confesiones, como en el caso de *El eunuco*.

Etimológicamente, confesión es hablar, contar algo de sí mismo, cosa ligada a la necesidad de auto-exculpase, de justificarse ante quien la lee, ante el mundo entero en definitiva. El autor de una confesión quiere sentirse cercano al lector a través del narrador, lograr un espacio de comunicación íntima, descubrirse enteramente al otro, que le haga aparecer a sus ojos como auténtico, con un discurso narrativo verdadero y fidedigno, encuadrado en la realidad objetiva (Zambrano, 1995).

En *El eunuco*, las *Confesiones* es el modo narrativo más utilizado (32%) porque, como venimos repitiendo, nuestra novela adopta en gran medida el discurso de lo autobiográfico, aunque no coincidan el autor y el narrador, pero sí éste último y el protagonista de la historia. Este modo narrativo nos permitirá un acercamiento a los acontecimientos, a los personajes y al cronotopo descritos con el sello propio de la autenticidad que todo lector desea cuando empieza a leer un libro.

Las *Confesiones* las hace Yuder a su amigo Marcos en la prisión de la Sahena, en Marrakech en 1606, cuando los dos están esperando la muerte en el patíbulo, *Confesiones* que Yuder dicta a su camarada para que los que han de venir sepan de sus andanzas. En esos momentos finales, Yuder alcanza una lucidez extraordinaria, serena, que le permite recordar todo su pasado de una manera clara, desde su más temprana infancia hasta el presente en que espera su ajusticiamiento:

Son realmente muchos los acontecimientos de mi aventurada vida los que, en estos días postreros de mi existencia, vienen a mi cabeza, y lo hacen con asombrosa nitidez. Desde los más tiernos recuerdos de mi infancia en el reino de Granada hasta mi llegada a Tombuctú, pasando por mi juventud en Marrakech, las intrigas palaciegas, los amores ocasionales, los compañeros de armas, los sultanes que conocí, los amigos de verdad... Es asombroso cómo revivo ahora, como si los estuviera percibiendo en estos momentos, los aromas del pan recién horneado de la casa de mis padres en Las Cuevas, el que desprendía la hierba cortada en la vega del río Almanzora, el de la tierra mezclada con paja de las casas de Tombuctú, o la embriaguez del olor de los cuerpos perfumados de las mujeres a las que amé (22).

Tal y como afirmaba Pozuelo (2006), tanto en los relatos de corte autobiográfico como en los confesionales tiene gran relevancia el recuerdo de los años infantiles, como podemos observar en la transcripción de la primera de las *Confesiones* de la novela, en las que, por otro lado, justifica un poco antes el porqué de dictarlas, que no es sino por la razón de que su historia no caiga en el olvido. Una retrospectiva unida a la necesidad de justificar una trayectoria personal en nada merecedora del final que le espera. Y será esta injusticia la que moverá a Yuder a contar su vida.

Yuder irá ordenando sus recuerdos desde que tuvo uso de razón, como le confiesa a su compañero de celda, empezando por los primeros juegos infantiles: “Recuerdo vivamente las tardes en las que los amigos jugábamos en el cauce del río haciendo figuritas de barro con la arcilla humedecida” (p.51). Era un tiempo inmediatamente anterior a aquél en el que se enamoró por vez primera, que él cifra meses antes de su rapto, recordando nítidamente los sentimientos que abrigaba hacia su primer amor:

Fue unos meses antes de que nos raptara al-Dugali cuando creo que me enamoré de Leonor, o eso creía yo, porque sufría si no la veía y cuando lo hacía me daba un vuelco el corazón, como si se me quisiese salir del pecho. Era una sensación nueva, distinta al amor que sentía por mis padres y a la amistad que me unía a mis compañeros de juegos (53).

En sus *Confesiones*, Yuder irá dictando sus recuerdos infantiles en el orden en el que se sucedieron, desde la incursión de Aben Humeya a Las Cuevas, la expulsión de los moriscos de la población, entre ellos su propia familia, su rapto por al-Dugali, la llegada a Marrakech, la castración a la que fue sometido, su conversión al Islam, su formación en palacio y en la medersa y el inicio de su vida adulta como pachá del sitio de Tánger. Recuerdos de su niñez a los que seguirán otros relativos a su madurez.

Pozuelo afirmaba también la importancia en el relato de corte autobiográfico de la recreación de los espacios en las vivencias infantiles. En alguna ocasión hemos hablado de *El eunuco* como una novela espacial, en el sentido de que los determinados espacios en los que transitan los personajes, y especialmente Yuder, configuran su identidad. Desde el principio de sus *Confesiones*, nuestro protagonista relacionará sus primeros recuerdos infantiles con su espacio primigenio del río Almanzora, que bañaba la vega de su pueblo:

Marcos, cuando evoco mi infancia en Las Cuevas viene a mi memoria de inmediato el verdor de las huertas en torno al río...

Cuando la sequía se instalaba en los campos, dos grandes acequias, una en cada margen del río, con sus correspondientes ramales llevaban el agua permanente desde la fuente del Cebollar, menos de una legua río arriba del pueblo, a los diferentes pagos de la vega. En la época de lluvias, los azudes, que recogían directamente el agua del río, permitían un riego abundante y rápido, que, además, abonaba de manera natural las tierras, por lo que la fertilidad de éstas era famosa en todo el valle del Almanzora (51).

Igualmente, recordará perfectamente la ubicación de Las Cuevas en su orientación respecto a los cauces que la circundaban:

Al llegar a la desembocadura de la rambla, frente a la suave meseta donde se asentaba la villa de la Portilla, torcimos hacia la izquierda del río, subiendo por su margen derecha, pasando por el huerto de mis padres rumbo al pago de Calguerín (59).

Una vez en Marrakech, Yuder describirá los espacios por los que transita, aunque obvia algunos porque ya hará una descripción de ellos en sus *Cartas*. No obstante, en las *Confesiones* Yuder sí recordará algunos espacios ligados a momentos importantes de su vida, como su llegada a la zauia de Tamegrut, donde empezaría su exilio, no dejando de recordar a su pueblo natal:

A media legua de la zauia de Tamegrut se encontraba el ksar que en la corte me habían asignado como residencia. Desde la distancia se asemejaba a una pequeña ciudad fortificada, con torres vigía en cada una de sus esquinas, todo ello construido con adobes que resultaban de la mezcla de barro con paja o heno secados al aire, y que, a pesar de la pobreza de los materiales, daban sensación de consistencia. El color marrón del barro se confundía con el del árido paisaje, pareciéndome que dichas construcciones brotaban del suelo.

Sobresalía en el interior de la muralla una elevada construcción, con una torre almenada y decorada profusamente con motivos geométricos, que me recordó a la casa del alcaide del castillo del marqués de los Vélez de nuestra Cuevas natal. Enseguida supe que era la kasba que iba a ser mi morada los años que estuviera en el Draa (175).

Al igual que en una de las primeras *Confesiones* a Marcos Yuder rememora el río Almanzora y en cómo baña a la villa de Las Cuevas, al final de su estancia en el Sudán nos describirá exhaustivamente en otro dictado confesional la manera como el Níger abraza a la ciudad de Djenné:

Djenné se encuentra rodeada, Marcos, por un brazo del río Bani, el principal afluente del Níger, y por zonas pantanosas que la convierten en una isla, sobre todo los meses que van desde octubre a enero, en los que el nivel del agua alcanza su mayor altura. En medio del delta interior del Níger la ciudad controla el comercio con la sabana sudanesa a través de los múltiples meandros y canales que la circundan y la unen a territorios alejados, de donde vienen en piraguas el oro y los esclavos que buscan los mercaderes del norte del Sahara con sus camellos cargados de sal. Por ello, la ciudad de Djenné parece que flota en el agua, con

canales que sirven de calles, lo que facilita el tránsito de personas y mercancías cuando el río anda crecido (290).

Por otro lado, en sus *Confesiones* Yuder utilizará tanto el estilo indirecto como el directo, como fórmulas de expresar acontecimientos y conversaciones entre protagonistas de la novela, por lo que continúan la labor dialógica de las cartas. Así, unas veces nos darán cuenta de la conversación mantenida entre algunos de ellos, como ocurre en el párrafo siguiente:

El príncipe también se sinceró conmigo, me habló del cierto desarraigo que había vivido porque, nacido en una familia siempre en guerra consigo misma, desde muy joven tuvo que ir de ciudad en ciudad huyendo de parientes que querían acabar con él por el simple hecho de los derechos dinásticos que como príncipe tenía. También me habló de la influencia que siempre ejerció su madre sobre él, de la que había aprendido el gusto por el arte y la atención a los menesterosos, que a su vez ésta había adquirido de su padre, su abuelo el jeque Abu Labbas. Y de su pasión por varias de sus favoritas (136).

Pero en otras ocasiones escribirá literalmente la conversación entre algunos de los protagonistas de la historia, como ocurre, por ejemplo, en esta confesión en la que Yuder entabla una conversación con el comerciante Abbas Kader ben Barka, que le habla por primera vez de Tombuctú:

--- Allí donde vamos, pachá Yuder, el oro abunda como aquí los dátiles.

--- Y, ¿quién controla toda esa riqueza?, dime, buen hombre. ¿O acaso allí no hay reyes que impongan el orden y la ley?

--- No señor, sí que lo hay, que tienen como reyes a los que llaman Askia, que son los que garantizan que caravanas como la mía lleguen a buen puerto. Me siento más seguro transitando por aquellos lugares que a veces por estas tierras del sultán.

--- Háblame de sus ciudades, ¿cómo son?

--- El askia de los negros vive en Gao, que es la capital de su reino, pero nosotros llegamos hasta Tombuctú, una ciudad que en nada desmerece a

Marrakech, con sus centenares de mezquitas y mausoleos. Una ciudad de ensueño, dorada, donde el oro brilla en las piraguas que lo traen por un río tan grande como el mar (173-174).

VI.2.3: El intercambio epistolar

La comunicación es connatural con la esencia humana. El hombre cuando alcanza la dimensión de tal empieza a comunicarse con sus congéneres a través del lenguaje oral primero y luego, inmediatamente, con el escrito. La escritura, de esta manera, desde el origen de la humanidad, ha sido un medio para comunicarse los hombres entre sí. Éste es el origen de la carta, que para que alcance su verdadero valor necesita del intercambio epistolar, que el emisor de un mensaje escrito (la epístola) reciba del destinatario de la carta una respuesta también escrita.

Este intercambio epistolar tiene una dimensión dialógica evidente, como si se tratara de una conversación coloquial entre dos o más personas, pero no en un mismo tiempo y espacio, sino que es una comunicación diferida, en la que el emisor de la carta escribe desde el lugar en el que se encuentra y en un momento determinado, cronotopo distinto al del receptor epistolar. Esta comunicación tendrá la virtud narrativa de crear en el lector una cierta expectación ante la posible respuesta a la carta que acaba de leer, puesto que hasta que no llegue a leerla más adelante, la respuesta del destinatario, no se completará el diálogo iniciado (Spang, 2000: 643).

Para que la comunicación a través del intercambio de cartas sea posible es necesario lógicamente un pacto epistolar entre el emisor y el receptor, por el que sucesivamente se cambian los roles alternativamente: el que primero era un emisor se convertirá luego en receptor, y el que era receptor en emisor. De esta forma, si el intercambio es fluido y constante, los personajes que se cartean se harán más presentes en la narración, como si estuvieran vivos (Saiz Cerredá, 2001-2002: 310).

En *El eunuco* los personajes inician el intercambio epistolar en la tercera parte de la novela, cuando los emisores y receptores de las cartas no están en el mismo espacio. Así, la primera de ellas que aparece es la que dirige el escribano Hakim a Yuder cuando

éste está viajando a su exilio dorado del valle del Draa, y está fechada el 15 de marzo de 1580 (167-169).

El destinatario Yuder se convertirá tiempo después en el emisor de cartas a Hakim, contestando primeramente a la que le envió su amigo, pero no inmediatamente, sino años más tarde, concretamente el 20 de diciembre de 1583 (189-195), porque éste es un periodo temporal no muy relevante en la novela del general cuevano. Ya tuvimos ocasión de ver, cuando tratamos la temporalidad y la cronología en nuestra novela, la menor importancia dada a esta parte, que sólo ocupa un 10% de la extensión del texto, por lo que recurrimos a la elipsis en dos ocasiones para cubrir años de silencio. Pero la frecuencia del intercambio epistolar aumentará cuando las noticias que le transmita el escribano a Yuder sean positivas para él, como la renacida estima del sultán y del *majzen* a su persona.

Con Hakim el intercambio de cartas de Yuder se volverá fluido y regular en la cuarta parte de la novela, intercambio sucesivo de roles (emisor-receptor). Con Diego Marín será imposible la respuesta de Yuder a su epístola por la temprana muerte del sacerdote, y con Nana la turca tan sólo se produjo el intercambio en una ocasión porque fue poco el tiempo en el que estuvieron separados, él en Djenné y ella en Tombuctú. Pero sólo las cartas escritas por Yuder tienen un componente autobiográfico, porque las que redactan otros personajes no tienen como objetivo hablar de sí mismos, sino de trasladar a Yuder informaciones que entienden que necesita saber.

Las cartas no dejan de ser un verdadero diálogo entre los personajes principales de la novela: entre Yuder y su amigo Marcos (Hakim al-Andalusí), entre Yuder y su preceptor Diego Marín y, finalmente, entre Yuder y su amante Nana la turca. Además de la falta de contestación de Yuder a la única carta que le escribió Diego Marín debido a su fallecimiento, otras dos cartas no tendrán su respuesta en la novela y no porque hayamos recurrido a la técnica de la elipsis, o considerado irrelevantes las respuestas, sino por todo lo contrario, para enfatizar las reacciones a las mismas, pero expresadas por personajes ajenos a ellas.

La primera de las cartas la dirige el askia Isaq a Yuder proponiéndole un tratado de paz con el sultán. La respuesta podríamos considerar que es la segunda carta de la que hablábamos, la que Yuder dirige a al-Mansur haciendo suyas las propuestas del rey negro, que es en definitiva una respuesta a los planteamientos del soberano sudanés.

Creemos que hacer consecutivos los dos capítulos que recogen sendas epístolas evidencia la importancia que damos a estos sucesos. Yuder mostrará una actitud comprensiva a las propuestas del askia, cosa que sus enemigos tildarán de connivencia traidora, y que le hará ser sustituido como pachá de Tombuctú.

Igualmente, esa carta que Yuder enviará al sultán al-Mansur anunciándole un acuerdo previo con el askia Isaq no tendrá respuesta directa de éste, al menos en la novela. Consideramos de tal magnitud la reacción de al-Mansur que preferimos que sea Marcos, testigo de la recepción de la carta, quien le dé cuenta de su reacción ante la misma:

Observé con temor que según iba leyendo la carta el sultán se iba encolerizando, coloreándose su rostro enteramente de rojo como nunca antes se lo había visto. Arrugó tu carta y la tiró al suelo de forma violenta; la recogió al-Fisthali y, tras el permiso del sultán, la terminó de leer en voz alta.

--- ¡Este Yuder es un traidor! Ya me aconsejasteis algunos que no lo enviara al frente del ejército ---empezó diciendo el sultán---. ¿Cómo se ha atrevido a hacer suya semejante propuesta de paz? (265).

Por otra parte, hay que destacar la credibilidad que da a la narración que el narrador, en el intercambio epistolar, utilice la primera persona y no la tercera, lo que da autenticidad a lo que se cuenta, por ese acercamiento al lector, que vivirá lo que lee por medio de una carta como algo verdadero y cierto. Esa narración en primera persona supondrá, convenientemente mezclada con los textos en apariencia objetivos, dotar a lo narrado de un sello de autenticidad incontestable (Sotomayor Sáez, 1998: 14). Narrar desde la primera persona gramatical hace que el espacio del narrador y el espacio de lo narrado se confundan, como diría Vargas Llosa (1997: 53). Y si esta comunicación a través de epístolas se hace entre personajes históricos reales, como ocurre en *El eunuco*, se acentuará aún más si cabe la credibilidad de lo relatado. Esta convicción de que de lo que se dialoga entre los personajes que se escriben es real, va a permitir progresar la

historia y que ésta guarde una coherencia interna al complementarse con los llamados materiales objetivos.

Otra virtud del intercambio epistolar será el fijar la sucesión cronológica de los acontecimientos, al fechar exactamente día, mes y año de la carta que se escribe y de la que se recibe, fijación que se completará con otros datos similares y complementarios proporcionados por las *Confesiones* de Yuder, el *Memorial* de Diego Marín o la voz del narrador omnisciente. La estructura epistolar en parte de la novela permite la simultaneidad de los acontecimientos, lo que provocará en el lector una sensación de inmediatez.

El contenido epistolar puede limitarse al relato descriptivo de los acontecimientos o impresiones subjetivas del emisor, pero también puede reproducir conversaciones textuales de las que él ha sido testigo, queriendo transmitir las a su interlocutor para su mayor conocimiento y comprensión de las situaciones que le comunica. Se conseguirá con ello un realismo superior a la mera enunciación narrativa, por lo que las novelas históricas suelen utilizar este recurso literario.

El escribano Hakim quiere en su carta de 20 de febrero de 1589 a Yuder que éste conozca pormenorizadamente lo que supuso la llegada a la corte de Marrakech del supuesto príncipe askia Uld Quirinfil, porque ello fue el desencadenante del deseo de conquista del Songhai por parte del sultán al-Mansur. Pareciera que Hakim transcribiera literalmente la conversación mantenida entre el sudanés y el Gran Visir:

--- *¿Y dices que eres un príncipe askia que huye del Sudán porque el actual soberano, Ishaq II, ha usurpado tu trono? --- le preguntó directamente el Gran Visir.*

--- *Así es, mi señor, que el Songhai ya no es el imperio justo y estable que mi antepasado el Askia Muhammad llevara a su apogeo hace un siglo.*

...

--- *¿Vienes ahora de Gao?*

--- *No, señor, el askia usurpador me confinó en las minas de sal de Tegaza, como si fuese un vulgar esclavo, para que no le disputase el trono. Y vengo*

cruzando el desierto para ver al glorioso sultán Ahmed al-Mansur, ¡las bendiciones de Alá sean sobre él!

--- ¿Qué pretendes de nuestro señor el sultán?

--- Que me restituya en el trono de Gao. Y yo a cambio lo reconoceré como califa de todas las tierras que baña el gran río al sur del desierto y le ofreceré las riquezas que esconde su suelo (216).

Yuder contestará a Hakim reproduciendo también su conversación con Ammar al-Fata sobre la elección del camino más adecuado para llegar al Níger y las razones que lo indujeron a tal decisión:

--- Ammar, después de descansar unos días y de proveernos de agua, partiremos hacia Gao atravesando el Tanezruft, el camino más corto.

--- Sabes, Yuder, que también será el más duro y en el que perderemos un mayor número de soldados y animales.

--- Lo sé, Ammar, pero ya te he explicado las razones de esta decisión. Como tú, nadie espera que sigamos este camino, sino el de Kala, como han hecho otros invasores en el pasado. El askia desplegará allí el grueso de su ejército, mientras que nosotros llegaremos a Gao antes de que reaccione, y conquistada la capital caerá con ella todo el imperio de los negros (230).

Particularmente importante es la traslación que le hace el escribano a Yuder sobre la reacción que suscitó en el sultán su plan de ensayo diplomático con el vencido askia Isaq II y no su aniquilación total. Esta transcripción de la conversación mantenida por al-Mansur y sus cortesanos traslada perfectamente la actitud del soberano y sus allegados y su futuro inmediato, consecuente a la retirada de la confianza real: su sustitución como pachá de Tombuctú por su rival ben Zarquun, que, oída la explosión verbal del soberano, interviene el primero para avivar su animadversión hacia el recién caído en desgracia:

--- ¡Ha permitido [Yuder] al askia reorganizar su ejército y reponer fuerzas! Yuder tenía que haberlo perseguido hasta el fin del mundo y darle muerte. Ha sido una operación frustrada ---sentenció ben Zarquun (265).

...

--- *Está claro que hay que castigar a Yuder, pero eso no ha de expresarse como un fracaso de nuestro ejército, pues nuestra victoria no será completa hasta que todos la vean como tal, y si el castigo de Yuder es público pudiera parecer que ha fracasado, y con él también nuestro sultán ---continuó al-Fisthali.*

...

--- *Mi primera decisión [la del sultán] es destituir a Yuder como comandante en jefe de nuestro ejército en el Songhai, aunque le mantendré su rango de pachá como general victorioso que ha sido y los servicios que en el pasado me hizo. Tú, ben Zarqun, lo sustituirás, y partirás de inmediato a Tombuctú para hacerte cargo del ejército y hacer del Songhai una nueva provincia del imperio. Ya se ha acabado el tiempo de las negociaciones, persigue al maldito askia hasta acabar con él y conquista todo el Sudán para mí (266).*

Estos son ejemplos de los diálogos que se reproducen en las cartas que se intercambian los personajes en *El eunuco*, en las que la prevalencia de los recursos dialógicos sobre los más puramente narrativos ayudan en mucho a la verosimilitud buscada, porque en esos diálogos, a veces coloquiales, los personajes nos acercan a los sucesos con una proximidad que no se consigue con otras estrategias narrativas.

Pero esa prevalencia de lo epistolar hará que se fragmente el tiempo narrado, que se produzca una cierta discontinuidad en el discurso narrativo, que hemos solventado utilizando la analepsis, ahora sí, en ocasiones y haciendo convivir este recurso narrativo dialógico con la narración descriptiva de los hechos, tanto en las mismas epístolas como fuera de ellas, produciéndose un efecto polifónico al mezclarse ambos recursos narrativos. Esa mezcla caracterizará a la obra de un efecto de mosaico compuesto por variadas piezas que el lector tendrá que ensamblar para tener una imagen única y completa del relato (Sotomayor Sáez, 1998: 13).

Cuando lo epistolar se incardina en la descripción narrativa se favorecerá, pues, la comprensión total del relato, y permitirá al lector reconstruir integralmente la historia. Se obtiene así una visión poliédrica de la misma, con un poli-perspectivismo conseguido en parte porque son varios los personajes que escriben las cartas, que son voces alternativas que permiten una sucesión de puntos de vista, que permitirán al lector integrarlos en un todo unificador y completo, dando verosimilitud a la historia contada.

Ese esfuerzo de comprensión integradora por parte del lector está en línea con lo expuesto por Spang cuando hablaba de las características de la novela *antiilusionista*, en la que el autor ha de conectar elementos diferentes y autónomos de la narración para darle un sentido cabal (Spang, 1995: 86-100).

En *El eunuco*, pues, hemos utilizado estrategias narrativas diferentes y complementarias al intercambio epistolar para completar la secuencia interrumpida de las cartas, como pueden ser la confesión, el memorial o la voz omnisciente. Esta última, con datos historiográficos precisos, nos permite condensar en unos cuantos párrafos, resumiéndolo, un período cronológico más extenso que el aparente tratamiento dado en la obra, pero que nos es suficiente para enmarcar temporalmente la historia:

Cuando Abdallah al-Galib asumió el poder en 1557 sucediendo a su padre, Mohamed ech-Cheikh, quiso evitarse posibles rivales que le disputaran el trono, por lo que ordenó ejecutar a gran cantidad de sobrinos y hermanos. Pero dos de éstos últimos escaparon a Argel, un protectorado del sultán turco de Estambul, concretamente Abd al-Malik y Muley Ahmed, el menor de los hijos vivos del difunto ech-Cheikh.

...

Cuando en 1574 muriera Abdallah y dejara el trono a su hijo al-Mutawakkil, los hermanos del difunto monarca no aceptaron tal sucesión y recabaron la ayuda del sultán turco para entronizar en Marruecos a Abd al-Malik, tío del recién nombrado sultán y al mismo tiempo el hijo de mayor edad que quedaba de la prole del unificador del imperio, ech Cheikh (109).

El modo narrativo epistolar hará posible la presentación de manera alternada de diferentes voces, entrecruzándolas, expresando un hecho desde perspectivas diferentes, lo que crea la ilusión de objetividad e imparcialidad (Baquero Goyanes, 1970: 18-27). Fernández Prieto abunda en esta idea de la novela como el resultado de un conjunto de voces diferentes, cuyas versiones de los hechos se yuxtaponen sin que el autor omnisciente imponga una versión sobre otra, dejando abierta, como si fuera una incógnita, la verdadera intención de un determinado protagonista (2004: 98-99). Es lo que pasa con la supuesta connivencia de Yuder con su raptor al-Dugali, y la

desconfianza que ella origina en su valedor al-Mansur. En el primero de los párrafos transcritos Yuder niega esa connivencia, mientras que en el segundo a su preceptor Diego Marín le cabe la duda. El lector es libre de hacerse una idea cabal de la situación embarazosa y delicada para nuestro protagonista principal, leyendo primero una de las *Confesiones* y después el *Memorial*:

...ni en esos primeros momentos de mi andadura preferí la alianza con al-Dugali a la que yo quería con él [al-Mansur]. Nunca fui desleal con el sultán, aunque él en esos momentos pudiera pensar que andaba en connivencia con el corsario (127).

...el corsario granadino era un hombre ambicioso y con gran olfato político, que sabía situarse siempre, en las frecuentes luchas entre los príncipes, en el lado de los vencedores, al tiempo que gustaba de rodearse de personas que le debieran algo para contar con su apoyo cuando más adelante los necesitara. Iba así creando una red de clientes, y contigo también lo intentó, Diego, y aún no sé si lo consiguió (41).

Esta polifonía hace que cuando consideramos una determinada acción como importante para el transcurso de la narración, la hacemos contar por varios de los protagonistas, ya sea a través de las *Confesiones* de Yuder, los diferentes intercambios epistolares o la relación aparentemente aséptica de los datos historiográficos. El mismo hecho contado por diferentes narradores y la voz omnisciente de la narración aséptica, en la línea del poli-perspectivismo comentado.

Finalmente, refiriéndonos a la tesis de Pozuelo (2006) de la importancia de los recuerdos infantiles y los espacios vividos en el discurso autobiográfico, hemos de señalar que, a diferencia de en las *Confesiones*, en las *Cartas*, Yuder no rememora su pasado infantil, pero sí los espacios por los que transitó, porque las primeras las dicta al final de su vida, esperando la muerte en la Sahena, cuando la ocasión es más propicia para examinarse y justificar la trayectoria vital propia ante el mundo.

Cuando al principio de la tesis nos centrábamos en la dimensión espacial de *El eunuco*, nos referíamos a ella como una novela espacial, en tanto que el espacio cobra en ella un protagonismo especial. Es decir, en nuestra novela el espacio no es neutro, sino que tiene un valor semiológico importante, que configura en gran medida el discurrir de los acontecimientos. Además, en una novela como ésta en la que los traslados espaciales del protagonista tienen una gran presencia en el texto, la fusión del espacio y el tiempo en un cronotopo singular, el del viaje, caracteriza a éste como elemento vertebrador del espacio.

En el viaje se transitarán espacios diferentes, en periodos cronológicos determinados, muy significativos para Yuder. Algunos de ellos hemos querido conocerlos por la voz omnisciente, pero otros por la propia voz del protagonista, que narra al escribano Hakim lo que ven sus ojos en el presente próximo a cuando le escribe la carta correspondiente, con una significación importante para él. En la primera que le escribe, camino de su exilio, Yuder hace una declaración de intenciones sobre su deseo de conocer los espacios donde va a pasar once años de su vida, volviendo a orientarse por los cauces de los ríos:

Por eso una de las cosas primeras que hice, una vez aposentado en Tamegrut, fue recorrer la región que discurría paralela al sur del Atlas siguiendo los cursos de los ríos Draa, Dades, Togda y Ziz, desde el oeste al este del territorio, hasta llegar a los confines del imperio, en las proximidades de las tierras argelinas del Turco. No quería que la zauia fuese el único horizonte de mi existencia (189).

Años más tarde, Yuder iniciará otro viaje al sur, pero ahora, recobrada la confianza del sultán, para conquistar el imperio songhai como comandante en jefe del ejército marroquí. Igual que en el viaje anterior, Yuder le escribirá a Marcos sobre su travesía por el desierto para llegar al Níger:

El primer tramo de la travesía me era conocido por mi pasado viaje a Tamegrut, pues el inmediato destino era el valle del Draa. El puerto de los

Glawa, en la cumbre del gran Atlas, estaba cubierto de nieve, así como el descenso de las montañas, lo que, junto a las ventiscas de finales de otoño, hizo dificultosa la marcha. Como observé ya en aquel viaje, el paisaje y el clima cambiaron en cuanto divisamos los ríos Dades y el Uazarzat y dejamos atrás la aldea de Agdz. Nos adentramos entonces en el valle del Draa, descendiénolo, mientras pasábamos por innumerables kasbas y ksar (227).

Finalmente, conoceremos un espacio concreto mítico, el de Tombuctú, a través de su caracterización arquitectónica, muy ligada a al-Ándalus y a la Península Ibérica, descrita antes a través de otros modos narrativos, pero que en esta ocasión queremos acercarnos a ella con los ojos de un Yuder contemporizador con los intelectuales de la ciudad:

Siguió hablando Ahmed Baba de este es-Saheli como el inspirador de toda la arquitectura que veíamos alrededor, y entendí entonces que el granadino había trasladado a estas tierras aquellos adornos que me asombraron de las celosías y los herrajes de las puertas. Serían como las que viera en al-Ándalus y Marrakech, y las reprodujo aquí. También el aspecto de pirámide truncada que tenía el alminar de la mezquita me recordó los dibujos que había visto alguna vez de las pirámides de Egipto, que Es-Saheli conocería en su exilio cairota. El arquitecto granadino había mezclado los estilos que conoció a lo largo de su largo periplo, desde el reino de Granada hasta Egipto, pasando por el Magreb. Volvía a tener la sensación, Marcos, de que antepasados nuestros estuvieron aquí mucho antes que nosotros (255-256).

VI.2.4: El Memorial de Diego Marín y la Crónica de Hakim al-Andalusí

Además de los modos narrativos de corte autobiográfico como las *Confesiones* y las *Cartas*, ya sabemos que hemos utilizado otros en *El eunuco*, como la voz omnisciente, ya analizada, y los del memorial y la crónica descriptiva, en los que nos centraremos ahora en el contexto de nuestra novela.

El *Memorial* es un cuaderno manuscrito que Diego Marín va escribiendo a su pupilo Yuder, a instancias de este último, donde le da cuenta de hechos para él desconocidos o bien porque aún no había nacido o era un niño pequeño todavía, al margen de otras apreciaciones que el presbítero considera necesarias que conozca su protegido. Y esto porque como todos los *Memoriales*, el suyo tiene un fin, que no es otro que su pupilo sepa los antecedentes de su vida actual, en la que tiene cierto poder, y que éste no lo ciegue y sea ponderado y equilibrado en su toma de decisiones, como se lo expresa en el primero de los que escribe:

Me imaginé que me pedirías esta especie de crónica, en el momento en que empezabas a tener poder, para entender mejor cómo llegaste hasta ese momento y ser equilibrado en tus decisiones, y que no sea sólo por la vanidad del triunfador, porque el destino de cada uno de nosotros sólo lo sabe el Creador, y el que ahora está arriba puede mañana estar abajo. Yo cumplo con lo prometido, y te iré escribiendo páginas según mi memoria las vaya recordando, y no estrictamente por orden cronológico, porque bien he aprendido que unas cosas pueden llevar a otras aunque estén separadas en el tiempo (37-38).

Dijimos antes que la prevalencia de lo confesional y epistolar en la novela podía fragmentar el tiempo narrado, que se produjera una cierta discontinuidad en el discurso narrativo, que hemos completado con la analepsis que supone en la mayoría de los casos lo que el presbítero Marín le recuerda a su antiguo pupilo Yuder en su *Memorial*. Efectivamente, los memoriales casi siempre hacen una retrospectiva de los sucesos del pasado que explican lo que acontece en el momento actual en el que los escribe el presbítero, intentando por nuestra parte que ello lo haga más comprensible al lector, rellenando esas lagunas fragmentadas que se originan con las cartas. Hacemos que se lo diga el cura Marín a Yuder en el primero de esos *Memoriales*, en el que se propone contarle cosas muy atrás en el tiempo, de las que él mismo no tiene conciencia por su edad, pero que determinarán en parte su vida futura:

Te iré haciendo una relación de los hechos que recuerdo rodearon tu vida, y de los que tu sólo sabrás de oídas por ser entonces todavía un niño, y también de aquellos otros que conocí preguntando a muchos y por lo que me he preocupado de saber leyendo en los libros, cuya afición a ellos ya conoces, lo que me ha abstraído en muchas ocasiones de la realidad a veces tan penosa que hemos vivido (37).

También en ese primer *Memorial* Diego Marín vuelve la vista hacia atrás, y en esa mirada retrospectiva característica de la analepsis le recuerda a Yuder las figuras de sus padres:

Recuerdo a tu padre, Diego de Guevara, y a tu madre, Isabel de Mendoza, que, a pesar de su ascendencia musulmana, vivieron la verdadera fe cristiana con sinceridad, no como otros moriscos de la villa que yo sabía que de puertas adentro de sus casas seguían orando a Alá. Pero nunca delaté a esos otros porque siempre sospeché que Yahvé, Jesucristo o Alá pudieran ser el mismo Dios, pero que tuvieron profetas diferentes o con distinta primacía en el caso de que alguno coincidiera, como ocurriera en el caso de Jesús (39-40).

Finalmente, hemos de referirnos a un último modo narrativo que utilizamos en *El eunuco*, que no es otro que la *Crónica* que Hakim al-Andalusí escribe sobre los últimos momentos de la vida de nuestro protagonista, recién decapitado, destinada a los futuros lectores que tengan la suerte de encontrar los manuscritos que ambos han previsto que se escondan para preservarlos.

Nos hemos valido para la redacción de esta crónica de la que hiciera realmente en 1614 Jorge de Henin²⁹, ocho años más tarde del ajusticiamiento en 1606, y hemos

²⁹ Jorge de Henin era un belga o flamenco que fue consejero real en la corte del sultán Muley Zidane, escribiendo en 1614 un Informe al rey Felipe III, donde le relataba asuntos del imperio marroquí, y, entre otros, la decapitación de Yuder Pachá.

querido que en la novela sea su amigo Marcos (Hakim) quien la escribiera porque fue el único testigo de los últimos días de Yuder. Su objetivo de trascendencia lo deja claro:

Cierro con estas páginas finales los recuerdos de Yuder y de su vida gloriosa con la esperanza de que su fama no acabe al terminar su vida, sino que perdure en el tiempo. Para elaborar estas últimas líneas me he valido de lo que he oído y observado esta mañana, hasta que su alma voló de su cuerpo, y de lo que me contaron esta tarde los que lo acompañaron al cadalso (335).

La *Crónica* utiliza en gran medida lo dialógico como técnica narrativa, relatando conversaciones verosímiles, algunas apuntadas por Henin, como la siguiente:

Entonces Yuder se desnudó en parte para sacarse de la casaca las bolsas con los diamantes y rubíes y se los entregó al eunuco que le había contestado.

--- Entregadle al príncipe estas joyas, dignas de un soberano, pues otros reyes me las dieron como ofrenda en su día y hasta hoy las he guardado. También este rosario con el que me obsequió su abuelo al-Mansur cuando me hizo venir de Tombuctú. Que entienda Abdallah que son una prueba de mi lealtad a su dinastía.

--- Así lo haremos, pachá, que son muchos los que aquí estamos que sabemos de tu fidelidad al Trono (337-338).

...

Antes de subir las escaleras del cadalso, Yuder volvió a dirigirse a los dos criados:

--- Decidle a vuestro señor, el príncipe Abdallah, que más que pesarme el que me quite la vida, me apena que empiece a gobernar errando, pues matar a los principales generales y servidores de su abuelo, el gran al-Mansur, es un considerable error que, aunque no alcance ahora a verlo, acabará con su obra y con su propia familia.

--- Así se lo diremos, pachá Yuder--- le respondieron al unísono los dos criados--. Y ahora encomiéndate a Dios porque la hora de tu muerte ha llegado (338-339).

La *Crónica* intenta, por supuesto, justificar la vida y obras de Yuder, ensalzándolo como héroe, dada la admiración y afecto que Hakim sentía hacia él. Nosotros también, en consonancia con la posición mantenida por la novela posmoderna de reivindicación de determinadas figuras históricas no suficientemente tratadas por la historiografía, hemos querido saldar una *deuda con la alteridad* que decía Ricoeur (1996). En este sentido, hacemos que Marcos Sánchez (Hakim) anteceda al “Epílogo” de la novela con un final de su *Crónica* en el que vincula la muerte de su amigo con la de un período histórico muy importante, el de la dinastía de los saadíes:

Instantes después el verdugo le cortó la cabeza, sesgando la vida del general más valeroso que tuviera, a lo largo de sus veinticinco años de reinado, Ahmed al-Mansur ed-Dahbi. Moría el conquistador de Tombuctú y de todo el imperio Songhai, la mayor empresa que emprendiera su amado sultán. Con la muerte de Yuder desaparece toda una época. ¡Dios se apiade de todos nosotros! (339).

CONCLUSIONES

La historiografía oficial europea databa a mediados del siglo XIX el momento en el que los “blancos” del viejo continente llegaron por vez primera a la Curva del río Níger. En esos momentos las Asociaciones africanistas y Sociedades Geográficas de la Europa Central, especialmente las inglesas, francesas y belgas, crearon premios, con importantes sumas de dinero, para aquellos exploradores que llegaran a esas latitudes y regresaran a sus países de origen informando de las rutas seguidas para llegar a esas tierras africanas. Oficialmente, eran fines altruistas lo que pretendían estas entidades, como llevar la religión –la cristiana- y la cultura – la europea- a esos parajes ignotos. Pero las verdaderas razones eran otras, puramente económicas, como la de conocer las vías de acceso a esas regiones “atrasadas” para apoderarse de sus valiosos recursos naturales. Estaba naciendo la expansión colonial europea, que abarcaría los siglos XIX y parte del XX, tratando de europeizar el mundo, dando lugar a un profundo sentimiento de etnocentrismo cultural.

Dentro de esa amplia región bañada por el Níger había una ciudad emblemática que la representaba como ninguna: Tombuctú, ciudad mítica, donde se intercambiaban fundamentalmente la sal traída en camellos del norte (Sáhara) por los esclavos y el oro que venían del sur (sabana) transportados en piraguas. Ese cruce de caminos y de culturas que era la ciudad santa de Tombuctú se convirtió, pues, en la meta ansiada por los exploradores europeos que buscaban su recompensa tras informar de las vías más apropiadas para llegar a ella. Por entonces, al contrario de lo que ocurría en el siglo XVI, Tombuctú era una ciudad prohibida para los infieles, para los blancos del otro lado del Mediterráneo y, por ello, más apetecible para exploradores como Mungo Park, Hugh Clapperton o Giovanni Battista, entre otros, que intentaron llegar a la ciudad pero no lo lograron. Otros, por el contrario, como Alexander Gordon Laing en 1826, René Caillié en 1828, Heinrich Barth en 1853 y, al mismo tiempo, Óscar Lentz y Cristóbal Benítez, sí lo hicieron, y fueron reconocidos en Europa como los primeros blancos y europeos que llegaron a esa ciudad de leyenda y a esa región subsahariana, también llamada Sudán o país de los negros.

Pero estos exploradores no fueron los primeros “blancos” que llegaron al Sudán, sino que desde el siglo XIII hasta principios del XVII llegaron otros europeos,

concretamente andalusíes e hispanos, como al-Fazzazi, es-Saheli, Sidi Yahya, Ali ben Ziyad, Mahmud Kati, León el Africano o Yuder Pachá, que se enraizaron en la región y no simplemente la visitaron fugazmente como los exploradores aludidos dos siglos y medio más tarde de la llegada del contingente morisco con Yuder. Ni tampoco es verdad que entre los dos mundos, el europeo y el africano subsahariano, no hubiese relaciones hasta la llegada de los buscadores de recompensa, sino que entre los siglos mencionados hubo un contacto secular, basado primeramente en el intercambio comercial de la sal, los esclavos y el oro, y seguidamente cultural.

Para desmontar estas “mentiras” conceptuales, hemos tratado de divulgar la verdad de la presencia de esos hispanos y la relación entre los dos mundos del norte y del sur publicando dos monografías y una novela, *El eunuco de Tombuctú*. Sentíamos la necesidad de romper esos arquetipos históricos y culturales con esas publicaciones. Como afirmaba la prestigiosa arabista en el prólogo a la primera de nuestras monografías sobre el tema, *La conquista de Tombuctú. La gran aventura de Yuder Pachá y otros hispanos en el País de los Negros*, con ella pretendíamos “divulgar al gran público una realidad desconocida por la gran mayoría social, educada en la visión histórica oficial y tradicional europea” (p. 13).

Prosiguiendo esa línea de trabajo se inscribe la presente tesis, que pretende demostrar que a través de una novela, en este caso la nuestra, se puede comprender y divulgar Historia. Como decíamos al principio de este trabajo, partimos de la hipótesis, la misma que en las dos monografías aludidas y la novela, de que entre Europa, a través de al-Ándalus, y el África negra hubo relaciones fecundas comerciales y culturales entre los siglos XIII y XVII. Queremos que esta sea nuestra aportación conceptual, siguiendo la estela de Yuder Pachá, cuya biografía vertebró el devenir histórico de la novela.

Para hacer posible la afirmación inicial de que a través de una novela se puede comprender mejor la Historia, la hemos escrito desde planteamientos narratológicos próximos al realismo y a la novela posmoderna, con una investigación documental e historiográfica que justifica nuestra hipótesis de la presencia en el antiguo Sudán de hispanos y de la relación entre los dos mundos, el blanco y el negro, desde tiempos pretéritos.

Conocedores de los datos documentalmente probados, los hemos hecho conformar la diégesis, la historia de lo narrado en la novela. Ese sería el qué de lo que se cuenta, mientras que el cómo lo hacemos a través del discurso o la trama es lo que hemos

trabajado como creadores para hacer llegar la historia de manera comprensible al lector de hoy día.

Para la divulgación pretendida hemos “manipulado” el texto utilizando los recursos literarios que nos ofrecen la narratología y la teoría literaria, utilizando los elementos que estructuran el relato para dar a conocer de una manera integral y polifónica, con un poliperspectivismo en la focalización, la historia que queremos contar. De esta manera, hemos utilizado, reordenándolos, el tiempo, el espacio, los acontecimientos y los personajes que modularon la biografía de Yuder y de toda su época.

Además del análisis sintáctico de estos cuatro elementos de toda narración, en la tesis hemos estudiado los mecanismos de elaboración de la novela, haciendo que la comunicación del relato la protagonice bien el escritor, el autor, el narrador o la voz omnisciente, según la manera en que queramos que el lector reciba la historia que se cuenta. Para ello, el discurso se expresará a través de distintos modos narrativos (*Confesiones, Cartas, Memorial, Crónicas*, voz omnisciente), con el propósito de que el lector conozca la historia que pretendemos divulgar.

A pesar de la afirmación de que con la novela pretendemos comprender la Historia, no queremos decir que nuestra narración sea un tratado o manual de tal disciplina. Somos conscientes de que *El eunuco de Tombuctú* no deja de ser una novela, pero en el sentido del que hablaba Wesseling (1991) cuando hablaba de la novela histórica posmoderna, a la que caracterizaba por reescribir un período histórico determinado, incorporando el autor, para cubrir los espacios no documentados o ignorados, elementos de ficción, pero verosímiles. Ahora, más que hacer ficción histórica, como se hacía en el Romanticismo, se hace metaficción historiográfica, como afirmaba Hutcheon (1990).

Creemos que hemos cumplido con nuestro propósito de dar a conocer la presencia de hispanos y andalusíes en la Curva del Níger entre los siglos XIII y XVII, investigando como arqueólogos historiográficos sus huellas en las distintas fuentes documentales. Lo que hicimos con las monografías lo hemos hecho en la novela, dando cuenta de los personajes más relevantes que llegaron y vivieron en la Curva del Níger antes de la llegada de Yuder Pachá a esos parajes, haciéndolos transitar por la novela, protagonizando o participando de acciones y acontecimientos contrastables documentalmente. Ello probaría la relación secular entre los dos mundos, blanco y negro, separados por el Sáhara, desde el siglo XIII y no desde la llegada de los exploradores europeos del siglo XIX.

Para dar autenticidad a los hechos narrados, hemos intercalado entre los textos de las *Confesiones*, *Cartas*, *Memorial* o las *Crónicas*, la voz omnisciente sin firma autoral de hechos historiográficos constatables, aunque, evidentemente, hemos mezclado estos datos asépticos con elementos ficcionales, acomodados coherentemente con el resto del relato para hacerlo más comprensible. Un ejemplo de esto último es la utilización de las escenas, en las que los diálogos entre los personajes son ficticios, pero que en realidad podrían haber sido de esa índole, salvadas las anacronías, dadas las relaciones existentes entre los personajes que dialogan.

Concluimos, pues, que la presente tesis demuestra que una novela histórica puede dar a conocer al gran público personajes y hechos relevantes de la Historia, sin sustituir a los tratados históricos, pero sí, como decía Ricoeur (1996), saldando *una deuda con la alteridad*, en el sentido de la restitución histórica de determinados personajes y acontecimientos. Ese olvido historiográfico es lo que hemos tratado de corregir con esta tesis.

ANEXO I

PERSONAJES HISTÓRICOS DE *EL EUNUCO DE TOMBUCTÚ*

Abd al-Ali: Uno de los dos caídes, junto a Hammu ben Ali Barka, que acompañó a ben Zarquun a Tombuctú.

Abd al-Malek: Renegado portugués que fue uno de los lugartenientes del pachá Ammar al-Fata en Tombuctú.

Abd al-Malik: Sultán de la dinastía de los saadíes, hijo del también sultán Mohamed ech Cheikh. Destronó en 1576 a su sobrino Muhammad al-Mutawakkil, reinando hasta 1578, cuando murió en la batalla de Alcazarquivir.

Abdallah: Muley Abadallah fue un príncipe saadí, hijo de Mohamed ech-Cheik II (Muley Xequé) y nieto de Ahmed al-Mansur. Apresó y ordenó ajusticiar a Yuder Pachá en 1606. Sultán desde 1613 a 1626, reinando como Abdallah II Mohamed.

Abdallah al-Ghalib: Sultán de la dinastía de los saadíes, hijo de Mohamed ech Cheikh, al que sucedió en 1557, reinando hasta su muerte en 1574.

Abdallah ben Chain: Comerciante al que Yuder le requisó varias decenas de camellos en Arauán cuando se dirigía a la conquista del Songhai.

Abdelah ben Hosain: Dirigió la zauia de Tamegrut a la muerte de Abu Hafs Omar ben Ahmed al-Ansari, en unión de la hija de éste, Lalla Mimouna, que se encargó más del aspecto patrimonial de las instalaciones de la zauia, mientras que él se ocupaba del tema espiritual. Fue maestro de Mohamed ben Nasar al-Drai, que le sucedería como cheik y que fue el fundador de la zauia Nasiria.

Aben Humeya (1545-1569): Su verdadero nombre era Hernando de Válor y Córdoba, descendiente de la dinastía de los Omeyas. Fue nombrado rey de los moriscos en la rebelión de las Alpujarras (1568-1571), y asesinado por su primo Aben Aboo al año de la insurrección.

Abu Faris: Sultán saadí nacido en 1564, hijo de Ahmed al-Mansur.

Abu Faris al-Fishtali (1549-1621): Abd al-Aziz al-Fishtali fue biógrafo del sultán Ahmed al-Mansur, cronista y uno de los poetas más importantes de su tiempo. Fue el visir de la pluma o secretario de la correspondencia del sultán.

Abu Hafs Omar ben Ahmed al-Ansari: Fundador de la zauia de Tamegrut sobre 1576, seguidor de la tarika Chaduliya, que le inculcó su maestro Abu Hassan al-Chadulí. La zauia alcanzaría su esplendor con Mohamed ben Nasar al-Drai, fundador de la zauia Nasiria en la misma Tamegrut.

Abu Hafs Umar: Cadí de Tombuctú cuando Yuder tomó la ciudad.

Abu Hassan al-Chaduli: Morabito de la tribu de Gomara del siglo XVI fundador de la orden Chaduliya, origen de muchas cofradías de Marruecos.

Abu Labbas Ahmed ben Abdallah: Jeque bereber padre de Lalla Messauda, que fuera esposa del sultán al-Mansur.

Abu Qasim al-Tuati: Erudito argelino que llevó el *Kitab al-Ishriniyyat* de al-Fazzazi a la Curva del Níger en el siglo XIV.

Agi Morato: Renegado de Ragusa, en Dalmacia, se convirtió al Islam y fue un representante diplomático del Gran Turco en Argel. Padre de Zoraida, la esposa del que sería el sultán Abd al-Malik.

Ahmed Ag-Adda: Cheik de una zauia próxima a Telik, que le salió al encuentro a Yuder cuando éste iba a conquistar el Sudán.

Ahmed al-Harusi al-Andalusí: Uno de los diez generales que llevó Yuder al Sudán.

Ahmed Baba: Sobrino del cadí Abu Hafs, estaba considerado el mayor intelectual de Tombuctú cuando llegó Yuder a la ciudad.

Ahmed ben al-Haddad al-Hamri: Jefe de la guardia de al-Mansur y uno de los diez generales que acompañó a Yuder al Sudán.

Ahmed ben Alí al-Hajji: Fue el primer maestro de Abdelah ben Hosain, cheik de una zauia en la región de Tafilet, que sucedió a Abu Hafs Omar ben Ahmed en la dirección de la zauia de Tamegrut. Fue iniciado en el sufismo por al-Ghazi de Sijilmasa.

Ahmed ben Attiya al-Andalusí: Uno de los diez generales que acompañó a Yuder al Sudán.

Ahmed ben Yussef: Uno de los diez generales que llevó Yuder al Sudán.

Al-Fazzazi: Poeta cordobés del siglo XIII que aunque no llegó a la Curva del Níger es allí muy conocido, pues su obra hagiográfica sobre el Profeta *Kitab al-Ishriyyat* es recitada en el maulud.

Al-Gurri: Abu al-Fadl al-Gurri fue un morisco renegado natural de Andarax, en el reino de Granada. Combatiente en la Guerra de las Alpujarras, se exilió a Argel, donde se hizo de la confianza de Abd al-Malik, del que llegó a ser uno de sus lugartenientes.

Conspiró en la conjura de al-Dugali, por lo que fue mandado asesinar por Ahmed al-Mansur en 1578.

Ali al-Ayami: Emisario de Yuder que llevó la carta a al-Mansur informándole de la victoria de Tondibi.

Ali ben Mustafa: Uno de los diez generales que acompañó a Yuder a la conquista del Songhai. Fue también caíd de Gao.

Ali ben Ziyad al-Andalusí: Renegado de Toledo que se exilió a la Curva del Níger, adonde llegó en 1468, siendo el patriarca de la familia Kati.

Ali Yunawi: Renegado que participó en la conjura de al-Dugali y mandado asesinar por ello por Ahmed al-Mansur en 1578.

Alonso del Castillo: Militar de Las Cuevas, sobrino del alcaide de su castillo, Diego Teruel.

Alonso Sánchez: Uno de los niños raptados en Las Cuevas en la razia de al-Dugali de 1573, junto con sus padres, Alonso y Ana Guevara, cuando tenía diez años.

Ammar al-Fata: Morisco probablemente natural de Las Cuevas, llegó a ser un alto funcionario en la corte de los sultanes Abd al-Malik y Ahmed al-Mansur, que lo nombró pachá de Tombuctú en febrero de 1599, cargo en el que estuvo hasta mayo de 1600.

Andrés el lorquino: Repoblador de Las Cuevas, proveniente de Lorca, que regentaba una almazara en la villa cuevana.

Andrés Martínez: Vecino de Las Cuevas de 28 años, repoblador del Campillo, raptado por al-Dugali en la razia de 1573.

Ángela Mandín: Doncella morisca de Las Cuevas, condenada por el Tribunal de la Santa Inquisición que visitó la villa en 1561 a asistir a misa mayor y a 15 reales por bañarse *para velar*.

Antonio Beltrán: Niño de Las Cuevas que iba en el contingente formado hacia Murcia y Albacete en la expulsión de los moriscos de la villa en 1573.

Askia Daud: Askia del imperio songhai entre los años 1549 y 1582.

Askia Muhammad: Primer emperador de la dinastía de los Askia (1493), con el que el imperio songhai llegó a su apogeo.

Askia Nuh: Príncipe sudanés que sucedió como askia a Muhammad Gao.

Azan Ferrer: Renegado natural de los Balcanes o de Grecia para algunos autores. Al-Mansur lo tenía en muy alta estima, siendo considerado el mejor militar del ejército de Marrakech. Fue uno de los diez generales que acompañó a Yuder a la conquista del

Songhai, siendo también su lugarteniente y comandando el ala derecha en la batalla de Tondibi.

Bonifaz: Enviado del Consejo de Población de Granada al marquesado de los Vélez para hacer la repoblación de cristianos viejos.

Bu Ijtiyar: Caíd marroquí que al-Mansur envió a Tombuctú en 1593 con un refuerzo de soldados al pachalato.

Bucar Lamba: Secretario de los askia Isaq II y Muhammad Gao.

Catalina Alonso: Joven de dieciocho años raptada por al-Dugali en la razia que hizo a Las Cuevas en 1573, junto a su marido, Andrés Cebrián. Vinieron desde Lorca (Murcia) a Las Cuevas como repobladores.

Catalina Hernández: Vecina de Las Cuevas y esposa de Francisco de Baena, siendo ambos padrinos de bautismo de Diego de Guevara en 1562.

Cisneros (1436-1517): Francisco Jiménez de Cisneros fue franciscano, confesor de Isabel I la Católica, cardenal, arzobispo de Toledo, primado de España, Inquisidor General y regente de Castilla. Muy intransigente con los mudéjares y moriscos del reino de Granada.

Diawara: Juez ayudante del cadí de Tombuctú Mohamed Dramé.

Diego de Guevara: Vecino de Las Cuevas, casado con Isabel de Mendoza y padre del niño llamado también Diego Guevara.

Diego de Montalbán: Notario de Las Cuevas raptado en la razia de al-Dugali de 1573.

Diego de Palma: Comerciante granadino asentado en Tetuán, donde se ocupaba de rescatar a los cristianos hechos cautivos por los piratas berberiscos en las costas españolas.

Diego Marín: Sobrino del presbítero del mismo nombre que éste se trajera de la Península Ibérica a Marrakech en 1580.

Diego Teruel: Alcaide del castillo del marqués de los Vélez de Las Cuevas.

Es-Saheli: Natural de Granada, acompañó a Kanku Mussa a Mali, en 1324, cuando el emperador hizo su célebre peregrinaje a los Santos Lugares del Islam. Arquitecto inspirador del arte sudanés.

Felipe Carrillo: Capitán español hecho preso por el sultán Mohamed ech Cheik en Tetuán, siendo preceptor del que también sería sultán Abd al-Malik.

Felipe II (1527-1598): Rey español de la dinastía de los Austria o de los Habsburgo, hijo del emperador Carlos V y de la emperatriz Isabel de Portugal. Rey de España desde 1576 y de Portugal desde 1580.

Francisco de Baena: Vecino de Las Cuevas y esposo de Catalina Hernández, que fueron padrinos de bautismo de Diego de Guevara en 1562.

Francisco de Cervantes: Cristiano viejo de Las Cuevas, acusado ante la Santa Inquisición en 1561 de no creer en Dios, y condenado a asistir a misa mayor con una mordaza.

Francisco de Lizana: Escribano de Las Cuevas, acusado ante la Santa Inquisición en 1561 de renegar de Dios, por lo que fue condenado a asistir a misa mayor y posteriormente hecho preso en las cárceles de Las Cuevas y Granada.

Francisco Díaz: Repoblador de Las Cuevas proveniente de Lorca, casado con Isabel Hernández. Fue raptado por la razia de al-Dugali de 1573 junto a su esposa y cinco hijos: **Francisco** (12 años), **Isabel** (10), **Lorenzo** (3), **Juan** (2) y **Andrés** (1).

Ginés Alhuda: Morisco vecino de Las Cuevas.

Gregorio XIII (1502-1585): Papa de la iglesia Católica desde 1572. Contemporáneo de Felipe II.

Hammedi-Amina I: Rey de los peules que, junto a otros reyes nativos, se alzó contra el poder del pachalato de Tombuctú, a cuyo ejército infligió una severa derrota en Tié en 1599.

Hammu ben Ali Barka: Nombrado por ben Zarqun, junto a Yuder, caíd de Gao en 1591.

Hammu Haqq ed-Deri: Administrador songhai de Tegaza y amin del pachalato de Tombuctú.

Hasan Pachá: Fue beylerbey o Gobernador General de Argel, del imperio otomano. Se casó con Zoraida, la hija de Agi Morato y viuda del sultán Abd al-Malik.

Huerta de Sarmiento: Alguacil que llevó el grupo de moriscos expulsado de Las Cuevas en 1570 y que iban destinados a Murcia y Albacete.

Ibn Sina (980-1037): Nacido en Persia, conocido en occidente con el nombre de Avicena, fue el más famoso médico, filósofo, matemático y astrónomo de su tiempo.

Ibrahim ben Muhammad al-Sufyani: Gran Visir con Ahmed al-Mansur. Ya tuvo una gran influencia con Abd al-Malik, al que acompañó en la batalla de Alcazarquivir.

Illescas de Castro: Alcalde Mayor de Las Cuevas, fue raptado por al-Dugali en la razia de 1573, cuando tenía 32 años.

Isabel I (1533-1603): Reina de Inglaterra e Irlanda desde 1558, de la dinastía Tudor. Hija del rey Enrique VIII y de Ana Bolena.

Isabel de Mendoza: Vecina de Las Cuevas, casada con Diego de Guevara y madre del niño también llamado Diego de Guevara.

Isabel Hernández: Repobladora de Las Cuevas de 30 años, proveniente de Lorca y esposa de Francisco Díaz.

Isaq I: Askia del imperio songhai entre 1539 y 1549.

Isaq II: Askia que fue derrotado por Yuder en 1591 en la batalla de Tondibi.

Jacob Rute: Consejero o ministro del Tesoro del sultán Ahmed al-Mansur a finales del siglo XVI. Era un judío rico perteneciente a una familia muy influyente de Fez, que ya había dado muchos funcionarios a la anterior dinastía de los Wattasíes. Fue también un próspero comerciante, siendo uno de sus negocios la redención de cautivos cristianos.

Juan III (1502-1557): Rey de Portugal de la dinastía de los Avís, reinó desde 1521. Hijo del rey Manuel I el Afortunado y de la infanta María de Aragón, por lo que era nieto de los Reyes Católicos.

Juan Beltrán de Guevara: Inquisidor del Tribunal de la Santa Inquisición que visitó Las Cuevas en 1561.

Juan Bernal: Uno de los seises que se quedó en Las Cuevas tras la expulsión de los moriscos de 1570.

Juan de Arteaga: Alférez de la guarnición militar de Vera, en el reino de Granada.

Juan de Austria (1545-1578): Hijo ilegítimo del emperador Carlos V y de la alemana Bárbara de Blomberg. Desarrolló una intensa carrera militar y diplomática bajo el reinado de su hermanastro Felipe II. Fue, entre otras cosas, Gobernador de los Países Bajos y el vencedor de la batalla de Lepanto.

Juana de Cepeda: Joven de quince años, hija de los repobladores Juan de Cepeda e Isabel Jiménez, de Baza (Granada), raptada con sus padres por al-Dugali en Las Cuevas en 1573.

Juan de la Cruz: Santo, religioso carmelita y poeta místico español que murió en 1591.

Juan Goytisolo: Escritor e intelectual español nacido en 1931. Su obra literaria es muy extensa, desde los ensayos, cuentos, poesía, libros de viajes o novelas. Firme defensor del diálogo intercultural, ha sido Premio Cervantes en 2014.

Khadija: Hermana del Askia Muhammad, se casó con Ali ben Ziyad y fue madre de Mohamed Kati.

Lalla Messauda: Hija del jeque bereber Abú Labbás Ahmed ben Abdallah, fue una de las esposas del sultán Mohamed ech Cheikh y madre de los sultanes Abd al-Malik y Muley Ahmed al-Mansur.

Lalla Mimouma: Hija del fundador de la zauia de Tamegrut, Abu Hafs Omar ben Ahmed al-Ansari, al que sucedió en su dirección junto a Abdellah ben Hosain.

Lela Chabania: Esposa de al-Mansur y madre de su hijo Muley Zidán.

Lela Horra: Esposa de al-Mansur y madre de sus hijos Mohamed esch Sheik al-Mamun y Abu Faris.

Leonor de Córdoba y Zúñiga: Esposa del II Marqués de los Vélez, Luis Fajardo de la Cueva.

Lorenzo Román: Vecino de Las Cuevas cuyo oficio era el de alpargatero.

Luis Cabreta: Capitán español que envió el sultán al-Malik a Felipe II en 1576 en una primera embajada de establecimiento de relaciones de amistad.

Luis de Quijada: Ayo de don Juan de Austria.

Luis de Tudela Alvyad: Fue uno de los seises que se quedó en Las Cuevas después de la expulsión de los moriscos de 1570. Era un morisco relativamente culto, que llegó a tener una pequeña fortuna. En 1579 el marqués de los Vélez lo nombró Mayordomo de la Tercia, desde donde administraba las rentas y tributos en especie del marqués.

Luis Fajardo de la Cueva (1508-1574): II Marqués de los Vélez, casado con Leonor de Córdoba y Zúñiga.

Magdalena de Ulloa: Esposa de Luis de Quijada, que fue ayo de don Juan de Austria.

Mahmud Kati: Hijo de Ali ben Ziyad y de la princesa Khadija, fue el primer Kati africano. Se dedicó a la política reinando su tío el Askia Muhammad, al mismo tiempo que a las letras, pudiendo considerarse el padre de la historiografía africana.

Mami ben Barum: Sustituyó a al-Torki como caíd de Tombuctú, nombrado por ben Zaraqun.

Mansa Mahmud: Rey de Mali que se alzó contra el pachalato de Tombuctú en 1598.

Mansur ibn Abd al-Rahman: Renegado de Córdoba y héroe de Alcazarquivir, conocido también por Mansurico. De la confianza de al-Mansur, llegó a ser comandante en jefe del ejército de Marrakech y tercer pachá de Tombuctú entre marzo de 1595 y noviembre de 1596.

Marcos Sánchez: Vecino de Las Cuevas, hijo de Juan Sánchez, un repoblador de Totana (Murcia), fue raptado cuando tenía diez años por el pirata berberisco al-Dugali en la razia que hizo a la villa en 1573.

María Rafe: Morisca de Las Cuevas, condenada por el Tribunal de la Santa Inquisición en 1561 por haberse bañado acompañando a otra mujer que hacía lo mismo antes de casarse.

Martín Cabeza de Vaca: Sacerdote de Las Cuevas que en 1562 bautizó a Diego de Guevara.

Miguel Rafe: Uno de los seises que se quedó en Las Cuevas tras la expulsión de los moriscos de 1570.

Mohamed Bagayoko: Jurisconsulto natural de Djenné aunque afincado en Tombuctú, donde fue cadí, imán de la mezquita de Sidi Yahya y profesor de la universidad de Sankoré. Murió en 1593.

Mohamed ben Zarqun: Morisco renegado natural de Guadix, en el reino de Granada, llegó a ser el jefe máximo del ejército del sultán Abd al-Malik, con el título de kahiya, y, posteriormente, ya con Ahmed al-Mansur como sultán, pachá de Fez. Fue también pachá de Tombuctú, el segundo del pachalato, sustituyendo a Yuder, cargo en el que estuvo entre 1591 y 1595.

Mohamed Dramé: Cadí de Gao que recibió a Yuder cuando tomó la ciudad.

Mohamed ech-Cheikh (1511-1557): Primer sultán de la dinastía de los saadíes, que reinó entre 1544 y 1557. Padre de los sultanes Abdallah al-Galib, Abd al-Malik y Muley Ahmed al-Mansur. Otra grafía de su nombre completo es la de Abu Abdallah Muhammad al-Sayj al-Madhi.

Mohamed ech-Cheikh al-Mamun: Sultán saadí nacido en 1560, hijo primogénito de Ahmed al-Mansur.

Mohamed Naddi: Tombuctú-koy de la ciudad a principios del siglo XV, mandó construir la mezquita de Sidi Yahya.

Mohamed Taba: Comandó a los renegados en la batalla de Alcazarquivir, fue uno de los alcaides de la confianza del sultán al-Malik. Ahmed al-Mansur lo nombraría cuarto pachá de Tombuctú a finales de 1596, cargo que ocupó cinco meses, hasta mayo de 1597.

Muhammad al-Mutawakkil: Sultán de la dinastía de los saadíes, hijo del sultán Abdallah al-Galib, al que sucedió en 1574, siendo destronado por su tío Abd al-Malik en 1576. Fue uno de los tres monarcas que pereció en la batalla de Alcazarquivir (1578).

Muhammad Gao: Príncipe sudanés que destituyó a Isaq II en 1591 y se proclamó nuevo askia.

Muley Ahmed al-Mansur (1549-1603): Sultán de la dinastía de los saadíes, hijo de Mohamed ech Cheikh y de Lalla Messauda, que llegó al trono tras la batalla de Alcazarquivir (1578), muriendo en 1603.

Muley Ismail (1645-1727): Segundo sultán marroquí de la dinastía alauita desde 1672. Trasladó la capital del imperio a Meknes, destruyendo el palacio El Badi. Contemporáneo del rey Luis XIV de Francia.

Muley Zidane: Sultán saadí hijo de Ahmed al-Mansur.

Murat III (1546-1595): Sultán otomano desde 1574. Hijo de Selim II, fue contemporáneo de Abd al-Malik y Ahmed al-Mansur.

Mustafa al-Fil: Uno de los lugartenientes, junto a Abd al-Malek, del sultán Ammar al-Fata.

Mustafa al-Torki: Uno de los diez generales que acompañó a Yuder al Songhai, siendo nombrado por ben Zarqun caíd de Tombuctú.

Mustafa ben Askar: Uno de los diez generales que llevó consigo Yuder al Sudán.

Nana Hamma: Descendiente de Mahmud Kati que se casó con Ammar al-Fata.

Nana Kati: Descendiente de Mahmud Kati que se casó con Azan Ferrer.

Nana la turca: Las crónicas hablan de ella como la amante de Yuder.

Pedro de Deza: Presidente de la Real Audiencia y Chancillería de Granada desde 1566 hasta 1576, pasando en esa fecha a la de Valladolid, siendo nombrado posteriormente cardenal por el papa Gregorio XIII.

Pedro de Morato: Niño de 10 años raptado en Las Cuevas por al-Dugali. Era hijo de Ginés de Morata y de Juana, repobladores de Lorca. Todos ellos fueron raptados, junto a los otros cuatro hijos del matrimonio: Juan (16 años), Andrés (8), Úrsula (6) y Jusepe (4).

Pedro Venegas de Córdoba: Embajador de Felipe II ante al-Mansur en la embajada de 1579, en la que iba acompañado como intérprete por Diego Marín. Hasta 1568 había sido gobernador de Melilla.

Peñuela: Escribano de Granada que acompañó al alcalde Bonifaf a Las Cuevas.

Qasem Uaradani: Uno de los diez generales que fue con Yuder a la conquista del Sudán y también uno de sus dos lugartenientes. En la batalla de Tondibi comandó el ala izquierda del ejército.

Radina: Una de las favoritas del sultán Ahmed al-Mansur.

Reduán: Renegado portugués de la confianza del sultán Abd al-Malik. Participó en la conjura de al-Dugali contra Ahmed al-Mansur, por lo que lo mandó asesinar en 1578.

Reyes Católicos: Se denominaron así a los esposos Fernando II de Aragón (1452-1516) e Isabel I de Castilla (1451-1504). En sus reinados se produjeron el descubrimiento de América, la conquista del reino musulmán de Granada, la expulsión de los judíos y una primera expulsión de los moriscos.

Said ibn Faray al-Dugali: Morisco renegado natural de Órgiva, en el reino de Granada, sirvió a las órdenes de Abdallah al-Ghalib, al-Mutawakkil, al-Malik y al-Mansur como corsario. Nombrado pachá de Salé, urdió una conjura contra al-Mansur, por lo que fue mandado asesinar en 1578. Como pirata llevó a cabo varias razias en las costas españolas, como la de 1573 en Las Cuevas.

Sancho de Leyva: Capitán de galeras que dirigió el grupo de moriscos expulsado de Las Cuevas en 1570 y que iba destinado a Sevilla.

Sebastián de Portugal (1554-1578): Rey de Portugal de la casa de Avís, sucedió a su abuelo Juan III, después de las regencias de su abuela Catalina de Austria y de su tío abuelo el cardenal Enrique. Hijo póstumo del infante Juan Manuel, hijo de Juan III, y de la archiduquesa Juana de Austria, por lo que era también nieto del emperador Carlos V. Fue uno de los tres reyes que murió en la batalla de Alcazarquivir (1578).

Selim II (1524-1574): Hijo de Solimán el Magnífico, fue sultán del imperio otomano desde 1566 hasta su muerte. Contemporáneo del sultán marroquí Abdallah al-Ghalib.

Sidi Yahya al-Andalusí: Hispano que llegó a Tombuctú mediado el siglo XV para ser el primer imán de la mezquita que lleva su nombre. Poeta místico y patrono de los 333 santos de la ciudad.

Solimán del Pozo: Renegado de Córdoba, jefe de la artillería del ejército de al-Malik en la batalla de Alcazarquivir. Sexto pachá de Tombuctú entre mayo de 1600 y julio de 1604.

Solimán el Magnífico (1494-1566): Sultán otomano, también conocido como el Legislador. Reinó desde 1520, llevando al imperio turco a su máximo esplendor,

logrando implantarse en la Europa central y de los Balcanes. Contemporáneo y rival del emperador Carlos V.

Suleyman: Askia títere que impuso ben Zarqun a la muerte de Muhammad Gao.

Teodosio: Duque de Barcelós, pariente del rey portugués e hijo del duque de Braganza, Juan I, al que representaba en la batalla de Alcazarquivir porque éste no pudo ir, teniendo sólo diez años. Aportó al ejército de don Sebastián dos mil seiscientos soldados.

Teresa de Ávila: Santa, religiosa y poetisa mística española que murió en 1582.

Teresa Flores: Vecina de Las Cuevas, raptada en la razia de 1573 de al-Dugali, cuando tenía 30 años.

Uld Quirinfil: Esclavo sudanés en las minas de Tegaza que se hizo pasar por un príncipe askia ante al-Mansur, para animarle a la conquista del Songhai.

Yafar: Renegado que participó en la conjura de al-Dugali contra al-Mansur, y que por ello fue mandado asesinar por éste en 1578.

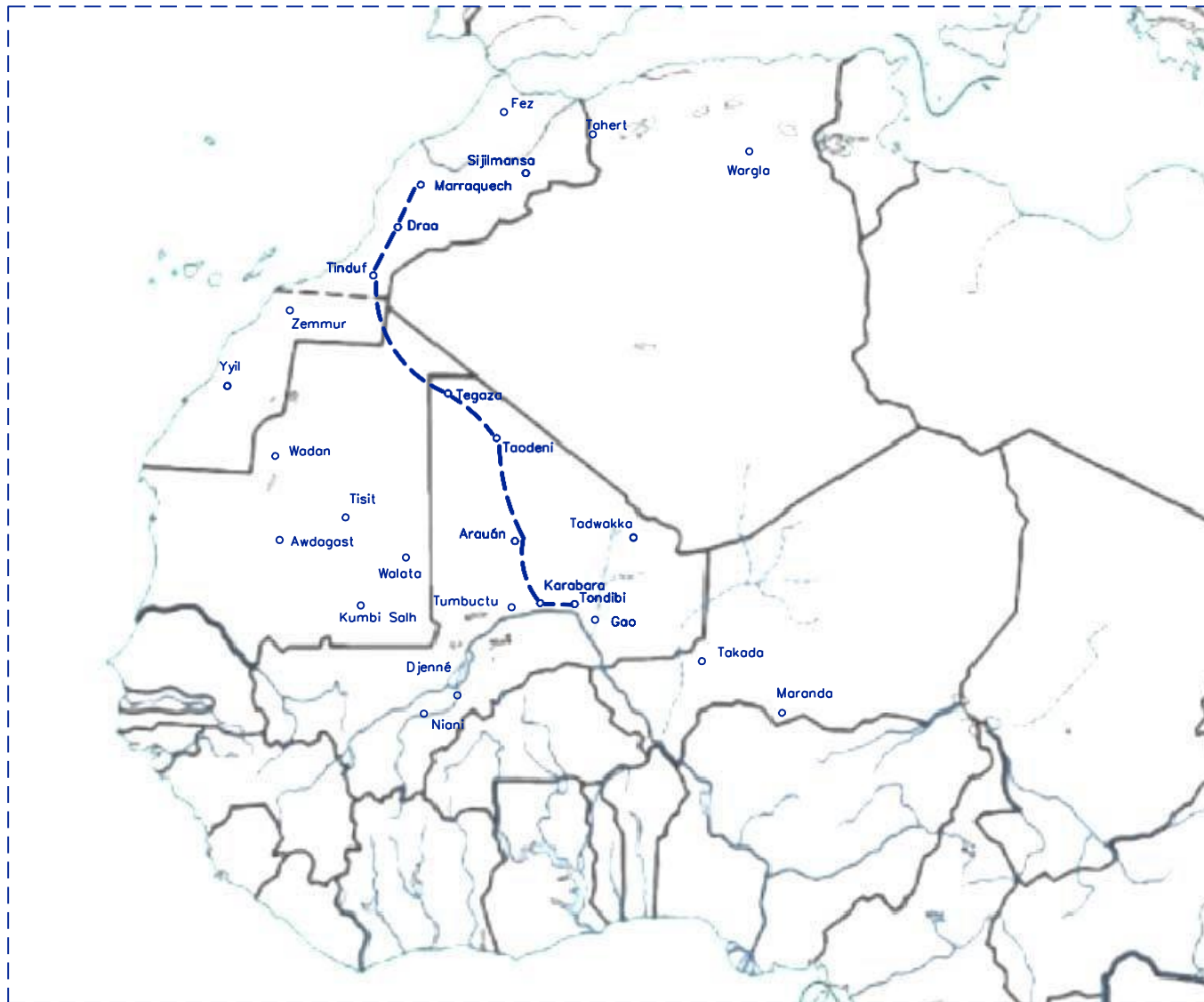
Yamma: Muecín de Tombuctú que encabezó la delegación de recepción a Yuder cuando éste tomó la ciudad.

Zayyanni: Cronista de la corte de al-Mansur.

Zoraida: Hija de Agi Morato, se casó con el pretendiente al trono de Marrakech Abd al-Malik, del que tuvo un hijo, **Muley Ismail**. Ya viuda, en 1580 se casó con Hasan Pachá, el beylerbey de Argel.

ANEXO II

ITINERARIO SEGUIDO POR YUDER PACHÁ DESDE MARRUECOS A LA CURVA DEL NIGER PARA CONQUISTAR EL IMPERIO SONGHAI



BIBLIOGRAFIA

Abad Nebot, F. (2002). *Teoría de la novela y novela española*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Abitbol, M. (1979). *Tombouctou et les Arma. De la conquête marocaine du Soudan nigérien en 1591 à l'hégémonie de l'Empire Peul du Macina en 1833*. Paris: Maisonneuve et Larose.

Acosta Gómez, L.A. (1989). *El lector y la obra. Teoría de la recepción literaria*. Madrid: Gredos.

Acosta Montoro, J. (1988). *Aben Humeya. Rey de los moriscos*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses y Ayuntamiento de Purchena.

Ainsa, F. (2003). *Narrativa hispanoamericana del siglo XX*. Zaragoza: Universidad.

Álamo Felices, F. (2006). La caracterización del personaje novelesco: perspectivas narratológicas. *UNED. Revista Signa*, pp. 189-213.

___ (2009). *Principios teóricos y metodológicos de teoría de la narrativa*. Almería: Universidad.

___ (2011): *Los subgéneros novelescos: Teoría y modalidades narrativas*. Almería: Universidad.

___ (2013). El narrador: tipologías y representación textual. *EPOS*, XXIX, pp. 359-376.

___ (2014): El concepto de ficcionalidad: Teoría y representaciones textuales. *Revista de Literatura*, enero-junio, vol. LXXVI, pp. 17-37.

___ (2016). Las relaciones extratextuales e intratextuales entre texto narrativo y autor. Teoría y modelos. *AnMal Electrónica* 41 (2016). ISSN 1697-4239.

Albadalejo, T. (1986). *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa. Análisis de las novelas cortas de Clarín*. Alicante: Universidad.

___ (1992). *Semántica de la narración: la ficción realista*. Madrid: Taurus.

Albuquerque-García, Luis (2011). El 'relato de viajes': hitos y formas en la evolución del género. *Revista de Literatura*, enero-junio, vol. LXXIII, nº 145, pp. 15-34.

Alcaina Fernández, P. (1988). La inquisición en el marquesado de los Vélez. La visita de 1561. *Revista Velezana*, 7, pp. 24-32.

Alonso, A. (1942). *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en "La gloria de don Ramiro"*. Madrid: Gredos.

Álvarez Méndez, N. (2002). *Los espacios narrativos*. León: Servicio de publicaciones y Medios Audiovisuales de la Universidad de León.

Amorós, A. (1981). *Introducción a la novela española contemporánea*. Madrid: Cátedra.

Ardao, A. (1993). *Espacio e inteligencia*. Montevideo: Biblioteca de Marcha-Fundación de Cultura Universitaria.

Aristóteles (2000). *La Poética* (trad. Salvador Mas). Madrid: Biblioteca Nueva.

Aspe, V. (2005). Nuevos sentidos mimesis en la Poética de Aristóteles. *Tópicos, Revista de Filosofía*, (28), pp. 201-234.

Auerbach, E. (1988): *Mimesis*. México: F.C.E.

- Ayala, F. (1970). *Reflexiones sobre la estructura narrativa*. Madrid: Taurus.
- Bachelard, G. (1994). *La poética del espacio*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Bajtín, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- ___ (1991). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Bal, M. (1990). *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*. Madrid: Cátedra.
- Baquero Goyanes, M. (1970). *Perspectivismo y contraste (De Cadalso a Pérez de Ayala)*. Madrid: Gredos.
- ___ (1995). *Estructura de la novela actual*. Madrid: Castalia.
- ___ (1998). *Qué es la novela-Qué es el cuento*. Murcia: Universidad.
- Barbero, S. G. (2004). *La noción de mimesis en Aristóteles*. Córdoba: Colección Ordia Prima Studia 2, Ediciones del Copista.
- Barrios Aguilera, M. (2008). *La convivencia negada: historia de los moriscos del reino de Granada*. Granada: Comares.
- ___ (2009): *La suerte de los vencidos: estudios y reflexiones sobre la cuestión morisca*. Granada: Universidad.
- Barthes, R. (1966). *Essais critiques*. Paris: Seuil.
- ___ (1980). *S/Z*. Madrid: Siglo XXI.
- ___ y otros (1992). *Análisis estructural del relato*. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo.

Bauer Landauer, I. (1922). *Papeles de mi archivo. Relaciones de África, II: "Marruecos"*. Madrid: Ibero-Africana.

Bellaire, M. (1923). *Apuntes para la Historia de las Cofradías Musulmanas marroquíes*. Tetuán.

Benítez, C. (1886-1877). Viaje por Marruecos, el desierto del Sahara y el Sudán. *BSGM*, XX-XXI. Madrid.

Benítez Sánchez-Blanco, R. (1978). Felipe II y los moriscos. El intento decisivo de la asimilación, 1559-1568. *Estudios de Historia de Valencia*, pp.183-201. Valencia.

Benjamín, W. (1978). *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus.

___ (2007). *Illuminations*. New York: Schocken Books.

___ (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Bolíva Echevarría (ed.). México: Itaca.

Bennassar, B. (1981). *Inquisición Española: poder político y control social*. Barcelona: Crítica.

Benveniste, É. (1982). *Problemas de lingüística general II* (trad. Juan Almela). México: Siglo XXI.

Bernabé Pons, L. F. (2009). *Los moriscos: expulsión y diáspora*. Madrid: Los libros de la catarata.

___ (2017). Musulmanes sin Al-Andalus. ¿Musulmanes sin España? Los moriscos y su personalidad histórica. *Humanista* 37, pp. 249-267.

Bobes Naves, M.C. (1983). El espacio literario en “La Regenta”. *Revista Archivum*, tomo XXXIII.

___ (1985). *Teoría general de la novela. Semiología de la Regenta*. Madrid: Gredos.

___ (1987). *Estudios de semiología del texto*. Valladolid: Aceña.

___ (1989). *La semiología*. Madrid: Síntesis.

___ (1993). *La novela*. Madrid: Síntesis.

Booth, W. C. (1978). *La retórica de la ficción*. Barcelona: Bosch.

Bourneuf, R. y Ouellet, R. (1985). *La novela*. Barcelona: Ariel.

Braudel, F. (1980). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Tomo segundo. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Brèmond, C. (1974). *La lógica de los posibles narrativos*. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo.

Brioschi, F. y Girolamo, F. (1988). *Introducción al estudio de la literatura*. Barcelona: Ariel.

Buckley, R. (1973). *Problemas formales en la novela española contemporánea*. Barcelona: Península.

Buendía, F. (1963). La novela histórica española (1830-1844), estudio preliminar en su *Antología de la novela histórica española (1830-1844)*. Madrid: Aguilar.

Burger, P. et al. (1987). *Estética de la recepción*. Madrid: Arco/Libros.

Busfeha, M. (2017): *Babuchas negras*. Madrid: Áltera.

Butor, M. (1964). L'espace du roman, 'Recherches sur la technique du roman'. *Répertoire II*. Paris: Les éditions de minuit.

Cabrillana Ciézar, N. (1977). Repoblación y despoblación en Almería (1572-1559). *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXX, 4.

___ (1978). *Documentos referentes a los moriscos*. Granada: Universidad.

___ (1989): *Almería morisca*. Granada: Universidad.

Caillié, R. (1996). *Voyage à Tombouctou*, 2 vol. Paris: La Découverte.

Caillié, R. (2015). *Tombuctú. De Djenné a Tombuctú*. Barcelona: Alhena Fábrica de Contenidos.

Camarero, J. (1994). Escritura, espacio, arquitectura: una tipología del espacio literario. *Signa* 3, pp. 89-101.

Cardaillac, L. (1978). Un aspecto de las relaciones entre moriscos y cristianos: polémica y taqiyya. *Actas del Coloquio Internacional sobre la literatura aljamiada y morisca*. Universidad de Oviedo (10-16 julio 1972). Madrid.

___ (1983). La vida religiosa de los moriscos. *Revista de la facultad de Letras de Fez*, VII, pp. 127-140.

Caro Baroja, J. (1976). *Los moriscos del reino de Granada. Ensayo de historia social*. Madrid: Istmo.

Carrasco Urgoiti, M. S. (1956). *El moro de Granada en la literatura*. Madrid: Revista de Occidente.

___ (2006). *Estudios sobre la novela breve de tema morisco*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

Castellino, M. (2003). Imágenes del noroeste argentino: estrategias de construcción del espacio en la narrativa de Fausto Burgos y Héctor Tizón. *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, LXVIII. Buenos Aires.

Castellino, R.H. (1967). *Tiempo y expresión literaria*. Buenos Aires: Nova.

Castilla del Pino, C. (1988). *El discurso de la mentira*. Madrid: Alianza.

Castries, H. (1923): La conquête du Soudan par Al-Mansur, 1591. *Hespéris*, III, 4.

___ (1905-1965). *Les sources inédites de l'Histoire du Maroc*. Paris.

Castro, A. (1948). *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Buenos Aires: Losada.

Chatman, S. (1990). *Historia y discurso. La estructura narrativa en la novela y en el cine*. Madrid: Taurus.

Chejne, A. G. (1999). *Historia de la España Musulmana*. Madrid: Cátedra.

Cortés López, J. L. (2002): Tombuctú, la ciudad de los sabios. *Mundo Negro*, 469. Madrid.

Costa Morata, P. (1975). Españoles al servicio del cherif marroquí en el Sudán del siglo XVI. *Historia Internacional*.

Cuesta Abad, J.M. (1991). *Teoría hermenéutica y literatura*. Madrid: Visor.

Culler, J. (1978). *La poética estructuralista. El estructuralismo, la lingüística y el estudio de la literatura*. Barcelona: Anagrama.

___ (1998). *Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*. Madrid: Cátedra

___ (2000). *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona: Crítica.

Delgado, F. (1973). *Técnicas del relato y modos de novelar*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Demaison, A. (1927). *Le pacha de Tombouctou*. Paris: J. Ferenczi et Fils.

Diadié Haidara, I. (1977). *L'Espagne musulmane et l'Afrique subsaharienne*. Bamako: Éditions Donniya.

___ (1993). *El bajá Yaudar y la conquista saadí del Songhay (1591-1599)*. Almería : Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora e Instituto de Estudios Almerienses.

___ (1997). Tombouctou et les poètes de l'exil andalous. *Actes du Colloque International tenu à Tombouctou sur: La Culture arabo-islamique en Afrique au sud du Sahara: Cas de l'Afrique de l'ouest*. Zaghoua: Fondation Temini pour la Recherche Scientifique et l'information.

___ (2003). *Los últimos visigodos. La biblioteca de Tombuctú*. Sevilla: rd editores.

___ y Llaguno, A. (2018). *De Toledo a Tombuctú, un camino de manuscritos*. Málaga: Ginger Ape Books&Films.

Domínguez Ortiz, A. (1962). Notas para una sociología de los moriscos españoles. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, nº 11, pp. 39-54.

___ (1963-1964). Los moriscos granadinos antes de su definitiva expulsión. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, pp. 12-13.

___ y Vincent, B. (2003). *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*. Madrid: Revista de Occidente.

Dubois, F. (1897). *Tombouctou la mystérieuse*. Paris: Librairie Ernest Flammarion.

Eco, U. (1981). *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona : Lumen.

___ (1982). *El nombre de la rosa*. Barcelona : Lumen.

___ (1998). *Apostillas a "El nombre de la rosa"*. Barcelona: Plaza&Janés.

Estébanez Calderón, D. (1999). *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza.

Fernández Álvarez, Manuel (1998). *Felipe II y su tiempo*. Madrid: Espasa Calpe.

Fernández Prieto, Celia (1996). Poética de la novela histórica como género literario. *Signa*, 5, pp. 185-203.

___ (2004a). Novela, historia y postmodernidad (Conferencia). *Literatura e Historia*. Fundación Caballero Bonald.

___ (2004b). El anacronismo: Formas y funciones. *Actas del Coloquio Internacional Literatura e Historia*, vol. I. Porto.

Fernandez Prieto, C. y Hermsilla, M.A., eds. (2004). *Autobiografía en España: un balance*. Madrid: Visor.

Filipowiak (1981). Le palais Royal du Mali. En *Le sol, la parole et l'écrit. Mélanges en hommage à Raymond Mauny*. Paris.

Fludernik, M. (2018). *Introduction à la narratologie post clasique: Les nouvelles directions de la recherche sur le récit*. Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires du Septentrion.

Forster, E.M. (1985a). *Aspectos de la novela*. Madrid: Debate.

___ (1985b). *La postmodernidad*. Barcelona: Kairós.

Franco Silva, A. (1981). El obispado de Almería tras su incorporación a la corona de Castilla. *Cuaderno de Historia Medieval*, VI-VII, pp. 79-95.

Frank, J. (1963). *Spatial Form in Modern Literature. The Widening Eye*. New York: Rutgers.

Gamir Sandoval, A. (1943). Organización de la defensa de la costa del reino de Granada desde su reconquista hasta finales del siglo XVI. *Boletín de la Universidad de Granada*, pp. 131-132. Granada.

___ (1958) Las fardas para la costa granadina (s. XVI). En *Carlos V (1500-1558), homenaje de la Universidad de Granada*, pp. 328-329.

García Arenal, M. (1975). *Los moriscos*. Madrid: Editora Nacional.

___ (1983). Últimos estudios sobre moriscos: estado de la cuestión. *Al-Qantara*, pp. 101-114.

___ (2003). *La diáspora de los andalusíes*. Barcelona: Icaria.

García Berrio, A. (1994). *Teoría de la literatura (la construcción del significado poético)*. Madrid: Cátedra.

García Carcel, R. (1977). La historiografía sobre los moriscos españoles: aproximación a un estado de la cuestión. *Estudis*, VI, pp. 71-79.

___ (1985). Los moriscos y la historia. *Cuadernos de Historia* 16, nº 225, pp. 4-7.

García Berrio, A. y Huerta Calvo, J. (1992). *Los géneros literarios: sistema e historia*. Madrid: Cátedra.

García Gómez, E. (1935). Españoles en el Sudán. *Revista de Occidente*, L, pp. 93-117.

García Gual, C. (1972). *Orígenes de la novela*. Madrid: Istmo.

García Landa, J.A. (2014). *Acción, relato, discurso. Estructura de la función narrativa*. Salamanca: Universidad.

García Pedraza, A. (2002). *Actitudes ante la muerte en la Granada del siglo XVI. Los moriscos que quisieron salvarse* (Volumen I). Granada: Universidad.

García Peinado, A. (1998). *Hacia una teoría general de la novela*. Madrid: Arco/ Libros.

García Sánchez, F. (1993). *Tres aproximaciones a la novela histórica romántica española (Mímesis y fantasías en la novela histórica romántica)*. Ottawa: Dovehouse Editions Canada.

Garrido Domínguez, A. (1996). *El texto narrativo*. Madrid: Síntesis.

___ (1997). *Teorías de la ficción literaria*. Madrid: Arco-Libros.

Genette, G. (1972). *Figures, III*. Paris: Seuil (trad. Carlos Manzano).

___ (1983). *Nuevo discurso del relato*. Madrid: Cátedra.

___ (1993). *Ficción y dicción*. Barcelona: Lumen.

Goodman, N. (1971). *La estructura narrativa*. Madrid: Siglo XXI.

___ (1990). *Maneras de hacer mundos*. Madrid: Visor.

Goytisolo, J. (1959). *Problemas de la novela*. Barcelona: Seix Barral.

___ (1978). *Disidencias*. Barcelona: Seix Barral.

Gozalbes Busto, G. (1990). Cautiverios y redenciones en el Marruecos de la Edad Moderna. El caso de Cuevas del Almanzora (1573-1579). *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su reino*, 4.

Greimas, A. J. (1966). *Semántica estructural. Investigación metodológica*. Madrid: Gredos.

Greimas, A. J. y Courtés, J. (1971). *Semiotica. Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona: Ariel.

Grima Cervantes, J. (1993). *Almería y el reino de Granada en los inicios de la Modernidad (ss. XV-XVI)*. Almería: Arráez.

___ (1996). Aben Humeya y el cerco de Vera de 1569. *Axarquía*, I, pp. 12-14.

Grima Cervantes, J. y Moldenauer Carrillo, F. (2001). Ataque del curso berberisco a Garrucha en 1563. *Axarquía*, 6, pp. 24-25.

Gullón, R. (1979). *Psicologías del autor y lógicas del personaje*. Madrid: Taurus.

___ (1980). *Espacio y novela*. Barcelona: Antoni Bosch.

Gullón, G. y Gullón, A. (1974). *Teoría de la novela*. Madrid: Taurus.

Gullón, G. (1996). El discurso histórico y la narración novelesca (Juan Benet), en Castillo Romera: *La novela histórica a finales del siglo XX*. Madrid: Visor.

Hasseye, Baba Mahmoudou (1997). Les traditions et coutumes islamiques de Tombouctou. *Actes du Colloque International tenu à Tombouctou sur: La Culture arabo-islamique en Afrique au sud du Sahara: Cas de l'Afrique de l'ouest*. Zaghousa: Fondation Temini pour la Recherche Scientifique et l'information.

Heidegger, M. (2008). *El concepto de tiempo (Tratado de 1924)*. Barcelona: Herder.

Heras Sánchez, J. (1995). *Estudio narratológico de la Enmilgada, de Agustín Gómez Arcos*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses.

Hunwic, J. O. (1990). An Andalusian in Mali: a contribution to the biography of Ishaq al-Sahili, c. 1290-1346. *Paideuma*, XXXVI.

Hurtado de Mendoza, Diego (1948). *De la guerra de Granada* (ed. crítica de Manuel Gómez Moreno). Madrid: Memorial Histórico Español, LXIX.

Hutcheon, L. (1990). *A poetics of postmodernism. History, theory, fiction*. London/New York: Routledge.

Ibn al-Jatib (1955). *Al-Ihata fi ajbar Garnata*. El Cairo: Dar al-Maarif.

Ibn Battuta (2002). *A través del Islam* (Introducción, traducción y notas de Serafín Fanjul y Federico Arbós). Madrid: Alianza.

Iniesta, Ferrán (1981). Djuder, el andaluz que conquistó Tombuctú. *Historia* 16, 57 (enero), pp. 78-84.

Izquierdo Martínez, F. (1977). *La expulsión de los moriscos del Reino de Granada*. Madrid: Azur.

- Iser, W. (1987). *El acto de leer*. Madrid: Taurus.
- Ivars, L. Á. (2005/2006): Espacio costumbrista y espacio simbólico. En *Polvo y Espanto* de Arias, A. *Piedra y Canto. Cuadernos del CELIM*, número 11-12.
- Jackson, G. (1981). *Introducción a la España medieval*. Madrid: Alianza.
- Jamenson, F. (1996). *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta.
- James, H. (1994). *El futuro de la novela*. Madrid: Anthropos.
- Jiménez de la Espada, M. (1877). El libro del conocimiento de todos los reinos, tierras y señoríos que son por el mundo, que escribió un franciscano español a mediados del siglo XIV..., *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, II. Madrid.
- Jitrik, N. (1995). *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Biblos.
- Juan Ginés, L. J. (2004). *El espacio en la novela española contemporánea* (tesis doctoral). Madrid: Universidad Complutense.
- Juliá, M. (2006). *Las ruinas del pasado: aproximaciones a la novela histórica posmoderna*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Kamen, E. (1974): El fin de los moriscos. En *La Inquisición Española*, Madrid: Alianza, pp. 118-130.
- Kahdy Diop, N. (2010). *África subsahariana en la novelística de Manuel Villar Raso: un acercamiento multidisciplinar*. León: Universidad.
- Kant, E. (1961). *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Losada.

Kebbel, G. (1992). *Geschichtsgeneratoren. Lektionen zur Poetik des historischen Romans*. Niemeyer: Tübingen.

Kundera, M. (2000). *La ignorancia*. Barcelona: Círculo de lectores.

Ladero Quesada, M. Á. (1969). *Granada, historia de un país islámico, (1232-1571)*. Madrid: Gredos.

___ (1979). Andalucía en sus orígenes medievales. *Andalucía Medieval: nuevos estudios*. Córdoba.

Lázaro Carreter, F. (1971). *Diccionario de términos filológicos*. Madrid: Gredos.

Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros ensayos*. Madrid: Megazul.

León el Africano, J. (1991). *Descripción General del África y de las cosas peregrinas que allí hay* (trad. Serafín Fanjul). Granada-Madrid: Fundación El Legado Andalusi.

López de Coca Castañer, J. A. (1990). *El reino de Granada en la época de los Reyes Católicos. Repoblación, comercio, frontera*. Granada: Universidad.

___ (1991). La fiscalidad mudéjar en el reino de Granada. *Actas V Simposio Internacional de Mudejarismo*. Teruel: Instituto de Estudios Turolenses de la Diputación Provincial, pp. 191-219.

López Eire, A. (2001). Reflexiones sobre la poética de Aristóteles. *Humanitas*, vol. LIII. Salamanca: Universidad.

López Guzmán, R. y Bigorra Rodríguez, J. (1991): Arquitectura y urbanismo en Tombuctú, en *Españoles en la Curva del Río Níger* Granada: Universidad y Diputación Provincial.

Lotman, Y.M. (2016). *Estructura del texto artístico*. Madrid: Istmo.

Lozano, M. P. (2007). *La novela histórica posmoderna*. Madrid: Arco/Libros.

Lucien-Graux. (1928). *Le Mansour le Doré. Sultán de Marrakech*. Paris: Arthème Fayard et C.

Lukács, G. (1971): *La novela histórica*. México: Ediciones Era.

___ (1979). *Teoría de la novela*. Barcelona: Grijalbo.

Lyyotard, J. F. (2009). *La posmodernidad (Explicada a los niños)*. Barcelona: Gedisa.

Llaguno, A. (2006). *La conquista de Tombuctú. La gran aventura de Yuder Pachá y otros hispanos en el País de los Negros*. Córdoba: Almuzara.

___ (2008). *Tombuctú, el reino de los renegados andaluces*. Córdoba: Almuzara.

___ (2015). *El eunuco de Tombuctú. La epopeya de Yuder Pachá, el conquistador del Reino de los Negros*. Córdoba: Almuzara.

Llaguno, P. (1990). En torno a los orígenes cuevanos de Yuder Pachá. *La Voz de Almería*, 24 febrero, p. 26.

___ (1996). Los Tudela, una familia morisca que no se fue. *Axarquía*, I, pp. 6-11.

Lledó, E. (1992). *El surco del tiempo: meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*. Barcelona: Crítica.

Marchese, A. y Forradellas, J. (1994). *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona: Ariel.

Mármol Carvajal, Luis del (1946). *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos de Granada*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

Márquez Villanueva, F. (1984): EL problema historiográfico de los moriscos. *Bulletin Hispanique*, LXXXVII-2, pp. 61-135.

Martínez Bonati, F. (1992). *La ficción narrativa (su lógica y ontología)*. Murcia: Universidad.

Martínez García, J.A. (2002). *Propiedades del lenguaje poético*. Oviedo: Universidad.

Martín Mingorance, L. (1987). La conquista del Sudán en el marco de las relaciones entre España, Marruecos e Inglaterra. En *Andalucía en la curva del Níger*. Granada: Universidad y Diputación Provincial.

Mata Induráin, C. (1995). Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica. En edición de Spang, K; Arellano, I.; y Mata, C.: *La novela histórica. Teoría y comentarios* (anejos de Rilce, nº 15. Serie Apuntes de Investigación sobre Géneros literarios, nº 2). Navarra: Universidad.

Mayoral, M. (coord.) (1989). *El oficio de narrar*. Madrid: Cátedra/MEC.

Mendoza E. (2003). *La ciudad de los prodigios*. Barcelona: Seix Barral.

Menéndez Pelayo, M. (1947). *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo IV. Madrid: Universidad Autónoma de Nuevo León.

Mignolo, W. (1978). *Elementos para una teoría del texto literario*. Barcelona: Crítica.

Miquel, M. A. (2014). *Cómo escribir una novela histórica*. Barcelona: Alba.

Münzer, J. (2019). *Viaje por España y Portugal 1494-1495* (Ed. Facsimil). Valladolid: Maxtor.

Nunnin, A. (2003). *Narratology or narratologies? Wat is narratology*, pp. 246, 239-275.

Ortega y Gasset, J. (1924). Las ideas de León Frobenius. *El Sol*, 12 de marzo.

___ (1982). *Ideas sobre la novela*. Madrid: Alianza.

Ortiz, D. y Vincent, B. (2003). *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*. Madrid: Alianza.

Panofsky, Erwin (1999). *La perspectiva como forma simbólica*. Barcelona: Tusquets Editores.

Paredes, A. (1987). *Las voces del relato*. México: Universidad Veracruzana.

Perceval, J. M. (1997). *Todos son uno. Arquetipos, xenofobia y racismo. La imagen del morisco en la Monarquía Española durante los siglos XVI y XVII*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses.

___ (2010). Repensar la expulsión 400 después: del 'Todos no son uno' al estudio de la complejidad morisca años. *AWRAQ* n° 1, pp. 119-136.

___ (2012). La situación actual de las investigaciones sobre los moriscos: nuevas visiones y retos del siglo XXI. *Diversidad*, diciembre 2012, año 3, pp. 1-21.

Pérez, J. (1978). Les 'moriscos' (1502-1614), *Bulletin Hispanique*, n° 80, pp. 373-382.

Pérez de Hita, Ginés (2009): *Guerras civiles de Granada* (Ed. Facssimil).Valladolid: Maxtor.

Pimentel, L.A. (2008). El relato en perspectiva, estudio de teoría narrativa. México: Siglo XXI/UNAM.

Portillo Togores, J. (1971-1974). La expedición militar del Bachá Yaudar a través del Sáhara. *Revista de Historia Militar*, 30 y 31 (1971); 34 (1974).

- ___ (1987). La aventura de Yaudar en África. *Cálamo*, 15 (Octubre), pp. 26-29. Madrid.
- Pouillon, J. (1970). *Tiempo y novela*. Buenos Aires: Paidós.
- Poutrin, I. (2008-2010). Los derechos de los vencidos: las capitulaciones de Granada. *Sharq al-Andalus*, 19, pp. 11-34.
- Pozuelo Yvancos, J.M. (1988). *Teoría del lenguaje literario*. Madrid: Cátedra.
- ___ (1992). *Poética de la ficción*. Madrid: Síntesis.
- ___ (2006). *De la autobiografía. Teoría y estilos*. Barcelona: Crítica.
- Prada Oropeza, R. (1985). “Los elementos pragmáticos del nivel discursivo: el narrador y el narratario”. *Semiosis (Seminario de semiótica. Teoría. Análisis)*, nº 14-15. México: Universidad de Veracruz.
- Prado Biedma, J. (1999). *Análisis e interpretación de la novela. Cinco modos de leer un texto narrativo*. Madrid: Síntesis.
- Prince, G. (1974). “Introduction à l'étude du narrataire”. *Poétique*, 14, pp. 178-196.
- ___ (1982). *Narratology: The form and functioning of narrative*. Berlin: Mouton.
- Propp, V. (1987). *Morfología del cuento*. Madrid: Fundamente.
- Pulgarín, A. (1995). *Metaficción historiográfica. La novela histórica en la narrativa hispánica posmodernista*. Madrid: Espiral Hispano Americana.
- Reis, C. y Lopes, A.C. (1995). *Diccionario de narratología*. Salamanca: Colegio de España.

Ricoeur, Paul (1996). *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México: Siglo XXI.

___ (1999). *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós.

Riesgo, J.M. (1993). IV Centenario de la conquista de un imperio por el almeriense Yaudar. *Cuadernos de la Escuela Diplomática*. Madrid.

Riosalido Villar, P. M. (2014). *Las novelas históricas posmodernas de los ochenta y el problema de la Historia* (tesis doctoral). U.N.E.D.

Rodríguez Cascante, F. (2004). *Autobiografía y dialogismo*. San José: Universidad de Costa Rica.

Rodríguez Pequeño, F. J. (1995). *Ficción y géneros literarios (los géneros literarios y los fundamentos referenciales de la obra)*. Madrid: Universidad Autónoma.

Ron Barkai (2007). *El enemigo en el espejo: cristianos y musulmanes en la España medieval*. Madrid: Ediciones Rialp.

Saaf, A. (2014). *Le conquérant de l'empire imaginaire*. Casablanca: Croisee des Chemins.

Sa'di (1900). *Tarikh es-Soudan*. Paris: Ernest Leroux.

Saiz Cerredá, M.P. (2001-2002). La dimensión dialogística de la carta: una lectura del pacto epistolar en la correspondencia de Antoine de Saint-Exupéry. *Cuad. Invest. Filol.*, 27-28, pp. 307-322.

Sánchez-Albornoz, C. (1984). *Orígenes y destino de Navarra. Trayectoria histórica de Vasconia. Otros escritos*. Madrid: Planeta.

Sánchez Adalid, J. (2008). Novela histórica. *Tejuelo*, nº 1, pp. 44-52.

Sánchez Alonso, F. (1988). Teoría del personaje narrativo (Aplicación a *El amor en el tiempo del cólera*). En *Didáctica*, 10, pp. 79-105. Madrid: Servicio de Publicaciones UCM.

Sánchez Ramos, Valeriano (2000). Cuevas, los moriscos y Aben Humeya. *Axarquía*, 5, pp. 43-44.

___ (2001). La III Campaña del Marqués de los Vélez contra los moriscos. Julio 1569-Enero 1570. *Revista Velezana*, 20, pp. 7-26.

___ (2002). *El II Marqués de los Vélez y la Guerra contra los Moriscos*. Almería: Revista Velezana y Centro Virgitano de Estudios Históricos.

Schimid, S.J. (1977). *Teoría del texto (Problemas de lingüística de la comunicación verbal)*. Madrid: Cátedra.

Sékéné Mody Cissoko (1960). L'intelligenstia de Tomboutou aux XV el XVI siècles. *B.I.F.A.N.*, 4.

Silva Rodríguez, M. E. (2008). *Las novelas históricas de Germán Espinosa* (tesis doctoral). Bellaterra: Universidad Autónoma de Barcelona.

Sotomayor Sáez, M.V. (1998). El género epistolar. *CLIJ109*.

Spang, Kurt (1995). Apuntes para una definición de la novela histórica. En edición de SPANG, K; ARELLANO, I.; y MATA, C. *La novela histórica. Teoría y comentarios* (anejos de Rilce, nº 15. Serie Apuntes de Investigación sobre Géneros Literarios, nº 2). Navarra: Universidad.

___ (2000). La novela epistolar. Un intento de definición genérica. *RILCE* 16.3.

Sullá, E. (1996). *La novela*. Barcelona: Crítica.

Tacca, O. (1985). *Las voces de la novela*. Madrid: Gredos.

Tapia Garrido, J.A. (1990a). *Historia General de Almería y su provincia*, tomo IX. Almería: Confederación Española de Cajas de Ahorro y Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Almería.

___ (1990b). *Historia General de Almería y su provincia*, tomo XI Almería: Confederación Española de Cajas de Ahorro y Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Almería.

___ (1990c). *Historia General de Almería y su provincia*, tomo XIV. Almería: Confederación Española de Cajas de Ahorro y Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Almería. .

Temboury, Luis (2015). *Nuestros nobles parientes. El Fondo Kati en el marco de la historia africana* (2 tomos). Málaga: Ediciones del Genal.

Tesnière, L. (1959). *Éléments de syntaxe structurale*. Paris: Klincksieck [(1994). *Elementos de sintaxis estructural*. Madrid: Espasa libros].

Thompson, E.A. (2014). *Los godos en España*. Madrid: Alianza.

Todorov, T. (1971). *Literatura y significación*. Barcelona: Planeta.

___ (1974). Las categorías del relato literario. En: VV.AA., *Análisis estructural del relato*, "Comunicaciones", 8 (vers. esp. Buenos Aires: Mundo Contemporáneo), pp. 155-192.

___ 1976 (antol.y prol.). *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Tomachevski, B. (1982). *Teoría de la literatura*. Madrid: Akal.

Torres, Diego de (1980). *Relación del origen y suceso de los xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante*, (Edición, estudio, índices y notas de Mercedes García-Arenal). Madrid: Siglo XXI.

Trancón, S. (2006). *Teoría del Teatro*. Madrid: Fundamentos.

___ (2012). El acto de narrar: Relaciones entre autor y narrador. *EPOS*, XXVIII, pp. 451-458.

Valles, J. (1994). *Introducción histórica a las teorías de la narrativa*. Almería: Universidad.

___ (1996). Algunas consideraciones históricas y sistemáticas sobre el estudio del espacio narrativo. *Discurso* 9-10, pp. 51-78.

___ (1999a). *El espacio en la novela. El papel del espacio narrativo en La ciudad de los prodigios de Eduardo Mendoza*. Almería: Universidad de Almería.

___ (2008). *Teoría de la narrativa. Una perspectiva sistemática*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuet.

Valles, J. y Álamo Felices, F. (2002). *Diccionario de teoría de la narrativa*. Granada: Alhulia.

Van Dijk, T. (1978). *Texto y contexto. Semántica y pragmática del discurso*. Madrid: Cátedra.

Vargas Llosa, M. (1977). *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Círculo de Lectores.

___ (1984). El arte de mentir. *Revista de la Universidad de México*, pp. 40-42.

___ (2002). *La verdad de las mentiras*. Barcelona: Alfaguara.

Velázquez Basanta, F. N. (1999). *Un “mutanabbi” andaluz: vida y obra del poeta, alarife y viajero granadino Abu Isaq Ibrahim al-Sahili, alias “al-Tuwayyin” (s.XIV)*. Cádiz: Universidad.

Vernet, J. (1989). La islamización. *Historia 16*, p. 156.

Villanueva, D. (1977). *Estructura y tiempo reducido en la novela*. Valencia: Bello.

___ (1989). *El comentario de los textos narrativos: la novela*. Gijón: Júcar-Aceña.

___ (1992). *Teorías del realismo literario*. Madrid: Espasa-Calpe.

___ (2006). *El comentario del texto narrativo: cuento y novela*. Madrid: Mare Nostrum.

Villar Raso, Manuel (1984). *Las Españas perdidas. Odisea africana de Yuder Pachá y los moriscos andaluces*. Granada: Editorial Andaluza.

Vincent, Bernard (1977). De la conversión a la expulsión. *Historia 16*, nº 18, pp. 70-75.

___ (1987). *Minorías y marginados en la España del siglo XVI*. Granada: Diputación Provincial.

___ (1981). Economía y sociedad en el reino de Granada. *Historia de Andalucía*, vol. IV. Barcelona: Planeta.

___ (1985). *Andalucía en la edad moderna: economía y sociedad*. Granada: Diputación Provincial.

___ (2003). Un ejemplo de curso berberisco-morisco: el ataque de Cuevas del Almanzora (1573). *Axarquía*, 8, pp. 7-14.

VV.AA. (1987). *Andalucía en la curva del Níger*. Granada: Universidad y Diputación de Granada.

___ (1991). *Españoles en la curva del río Níger*. Granada: Universidad y Diputación de Granada.

Wesseling, E. (1991). *Writing History as a prophet. Postmodernist innovations of the historical novel*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.

White, H. (1984). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.

___ (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Paidós.

Zambrano, M. (1995). *La confesión: Género literario*. Madrid: Siruela.

Zoido, Antonio (2001). *Los hijos de Platón. Sobre santos y cofradías de Andalucía y Marruecos*. Sevilla: Signatura Ediciones.

Zubiaurre, M.T. (2000). *El espacio en la novela realista. Paisajes, miniaturas, perspectivas*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.